

A grayscale image of a hand holding a glowing globe. The globe is overlaid with a white network of lines and dots, representing a digital or interconnected world. The background is a soft, light gray gradient.

Segunda estrella a la derecha

Sofía Ortega

Título: Segunda estrella a la derecha.
Todos los derechos reservados.
Copyright © 2020 Sofia Ortega Medina.
Diseño de portada: Sofia Ortega.
1ª edición.

SEGUNDA ESTRELLA A LA DERECHA

Sofía Ortega

*A mis dos angelitos, Sofía y Valentina...
Siempre seré vuestra segunda estrella a la derecha,
la que os guiará hacia el país de Nunca Jamás,
para que nunca jamás perdáis la ilusión...*

—¿Que no lo entiende? —exclamó Eugenia, exasperada y tirándose de la larga melena oscura, enredándola más, si cabía—. ¡Que no tengo drogas! ¡Que no las he consumido en mi vida! ¡Pero si me marea el olor de los porros, por Dios!

El policía de aduanas la contempló con los ojos entornados tras su última frase. Quizás, debía haberla omitido, pues una anciana, a pocos metros de distancia, no se perdía la escena y acababa de sonreír con diversión por sus palabras poco acertadas.

—¿Para qué me abre la maleta? —inquirió ella, al borde del colapso nervioso—. ¿No se supone que he pitado yo? Esto es increíble... ¡Escanéeme de una vez para que pueda irme!

—A ver, señorita, apártese a un lado —le contestó el policía, empujándola hacia la pared.

—¡Que voy a perder el avión! ¡Suélteme, mal-maldita sea! —se retorció—. ¿Así tratan a todos? ¡Deberían enseñarle modales, jo-joder!

Se reprendió a sí misma por haber usado un taco, rara vez lo hacía porque rara vez perdía la paciencia; incluso, le costaba decirlos en voz alta.

Eran las seis de la mañana del lunes y su vuelo de regreso a casa salía a las seis y cuarto, y aún se encontraba en el control de aduanas tras haber soportado una cola de cuarenta minutos. Si llegaba otra vez tarde al trabajo, es decir, pasadas las ocho de la mañana, su jefe la despediría, ya estaba avisada; no se podía permitir prescindir de su sueldo; aunque dudaba de que la despidiese, siempre la amenazaba, y sin motivo aparente.

—No está ayudando en absoluto —gruñó el hombre, arrebatándole el bolso sin miramientos—. Tranquilícese, no le queda otra opción, o, si no, no haber pitado —sonrió sin humor.

—¡Oiga! —se quejó Eugenia, rabiosa. Observó de nuevo su reloj de muñeca y se volvió a tirar del pelo. Los negros ojos del policía le advirtieron que se calmara—. Por favor, ¿le importaría darse prisa? —rechinó los dientes.

El hombre la ignoró deliberadamente y procedió a hurgar en su bolso con manos torpes y lentas: sacó su iPhone y pasó un aparato con luz azul por el móvil para ver si detectaba alguna droga. Se tomó siete eternos minutos para repetir el proceso con su equipaje de mano. A continuación, retrocedió un par de pasos y le devolvió el bolso y el teléfono.

—Extienda los brazos en cruz y separe bien las piernas para poder acercarle el escáner y comprobar que esté todo bien, y rapidito, que mi turno ya ha terminado.

—Esto es el colmo... —obedeció. Volvió a mirar a la anciana, sin ocultar su irritación. La mujer, para su completa frustración, le guiñó un ojo—. Solo le faltan las palomitas... —murmuró.

La anciana rompió a reír. Eugenia se sonrojó por la vergüenza, ¡la había oído! Fue a pedirle disculpas, pero el maldito escáner concluyó en ese momento.

—Puede marcharse, señorita —sonrió—, o perderá el avión.

Ella se tragó la sarta de insultos que su mente evocó. ¡Miles de insultos! ¡Y fuertes! Permitió que su cerebro registrase todos los tacos del mundo, y en los cuatro idiomas que sabía.

Revisó la hora por enésima vez. Juntó los dos lados de la maleta sin cerrarla con la cremallera y alzó los ojos. La anciana le sonreía ahora con cariño. ¿Cariño? Eugenia resopló y cogió la maleta en vilo. Volvió a alzar los ojos y se topó con que la mujer había desaparecido, literalmente.

—Si estaba a mi lado hace un segundo...

Gruñó de nuevo y salió disparada en dirección a la puerta de embarque de su vuelo. Cuando la divisó, aceleró, pero pisó uno de los cordones desatados de sus zapatillas y aterrizó de bruces en el reluciente suelo. El equipaje rebotó hasta detenerse a unos metros de distancia y su ropa voló por los aires.

—¡Dios mío! —de rodillas, se cubrió las mejillas con las manos. Observó el cielo, ligeramente oscuro, a través de una de las paredes acristaladas del aeropuerto y respiró hondo—. Echadme una mano, por favor, por favor, por favor...

Las dos azafatas que recogían las tarjetas de embarque de su vuelo cerraron la puerta que conducía a su avión.

—No... —Eugenia escondió el rostro entre las manos. Las lágrimas se derramaron por su cara, bañándola de desesperación y fracaso.

—Disculpe, señorita, ¿está usted bien?

Una voz masculina, profunda y un ápice áspera le arrancó un sollozo.

—¡Claro que no estoy bien! —estalló ella en llanto, sentándose en el suelo de manera brusca—. ¡He perdido mi vuelo! ¡Y me van a despedir! ¡Mi hermana se casó ayer y no había otro vuelo que me pudiera permitir para poder estar con ella en su día tan especial y llegar al trabajo hoy a tiempo, pero mi jefe me dijo que si llegaba otra vez tarde me despediría! ¡Necesito mi sueldo! ¡Claro que no estoy bien, mi-mierda!

—Todavía te sigue costando decir tacos —murmuró esa voz masculina en un tono divertido—. Y todo este desastre... Está claro que hay cosas que nunca cambian. Y me alegro, Nana.

Nana...

Unos resplandecientes ojos marrones claros se situaron delante de los suyos, y una sonrisa inconfundible, de labios más gruesos que delgados, de perfectos dientes blancos, le paró el corazón unos segundos, como hacía ocho años que no le sucedía.

—Felipe...

Él le guiñó un ojo al ver que le reconocía. Se acuclilló y procedió a guardar todas sus pertenencias en la maleta, doblándolas con cuidado y rapidez. La cerró, le ató los cordones de las zapatillas como si fuera una niña pequeña, como antaño, le secó las mejillas con cálidos dedos, como había hecho infinidad de veces en el pasado, se incorporó y la tomó de las manos para levantarla.

—Estás de suerte, Nana. Hay otro vuelo a Madrid que sale en quince minutos. Pilota un amigo mío y va vacío de pasajeros. Tu jefe no te despedirá. ¿Vamos?

Eugenia, muda todavía por la impresión de verlo, asintió, incapaz de hablar, y lo siguió hasta otra puerta de embarque custodiada por una azafata que se derritió al toparse con Felipe. Y qué mujer no lo hacía...

—Hola, María —la saludó él, cuya sonrisa arrebatadora se tornó educada y cordial—. Ella viene conmigo.

—Muy bien —respondió la chica—. ¿Nos vemos la semana que viene en Dublín? —su interés fue acompañado por un aleteo de pestañas más que descarado.

—No, tengo unos días libres. Creo que va Javi. Adiós, María.

—Adiós, Felipe —contestó la azafata con un mohín desanimado.

Caminaron por un estrecho pasillo hasta el avión. Felipe le cedió el paso para que entrara primero.

—¡Hola, Flip! —exclamó un hombre de uniforme, con pantalón azul, camisa blanca de manga corta con franjas azules en los hombros, corbata azul y zapatos negros. Llevaba el pelo rubio más corto en los laterales y poseía unos preciosos ojos azules que rozaban el gris. Era muy guapo, alto

y delgado. Le recordó a un actor—. Ya creía que no llegabas.

—Hola, Richi —se estrecharon la mano—. Te presento a Eugenia. Eugenia, él es Ricardo, el piloto que te llevará sana y salva a Madrid.

—¿Y Eugenia es...? —preguntó Richi, sonriéndole a ella.

—Una vieja amiga —señaló Felipe enseguida, con una sonrisa que no alcanzó su mirada castaña—. Y no puede llegar tarde al trabajo, así que vámonos.

Ricardo se inclinó hacia ella y se dieron dos besos.

—Encantado, Eugenia. Siéntate donde gustes, tenéis el avión para vosotros solos.

—Gracias —sonrió ella, algo tímida.

Felipe la acompañó hasta los asientos de primera clase y se encargó de guardarle el equipaje en el compartimento superior.

—¿Todavía...? —empezó él, con el ceño fruncido.

—Todavía —Eugenia inhaló aire con fuerza y lo expulsó entrecortadamente.

Felipe, entonces, se acomodó en la ventanilla y ella, en el pasillo, también como antaño.

—Querida dama y caballero —sonó la voz de Richi a través de los altavoces mientras el avión reculaba—, buenos días, les habla el capitán. Me complace anunciarles que el vuelo con destino Madrid dará inicio en unos minutos. Abróchense los cinturones, apaguen sus teléfonos móviles y demás aparatos tecnológicos y disfruten de la corta travesía. En, aproximadamente, cincuenta minutos aterrizaremos en la bella capital española. Buen vuelo, chicos. Y un placer conocerte, Eugenia. Qué escondidita la tenías, ¿eh, Flip?

Felipe se rio. Eugenia, en cambio, se aferró al asiento y tragó saliva tantas veces que perdió la cuenta. Su corazón se propulsó como un cohete, cerró los ojos y apretó los puños, volviéndose sus nudillos blancos.

Justo un instante antes del despegue, un brazo rodeó sus hombros con firmeza y la atrajo hacia un torso duro, cálido y flexible. Ella se giró, le estrujó el jersey entre los dedos a la altura del pecho, escondió la cara en su cuello y comenzó a temblar. Él la estrechó con más fuerza con ambos brazos y la besó en la cabeza, acariciándole el pelo. Se sintió tan reconfortada... Hacía tanto tiempo que no se sentía así...

—¿Cuánto ha pasado? —le susurró Felipe al oído—. Vamos, Nana —la instó para que se entretuviera con otra cosa que no fuera su pánico a volar—. Haz memoria.

—Hace ocho años que nadie me llama *Nana* —pronunció en un hilo de voz. Aspiró su aroma, su inconfundible aroma, como inconfundible era él.

—En realidad, siete años y once meses —se rio—. ¿Tu hermana se ha casado con Luis?

—Sí —musitó, separándose unos milímetros para fijarse en sus ojos.

—Me alegro por ella.

No mentía. Felipe jamás le había mentado. Jamás.

—Como tú dices, han pasado ocho años —le dijo él, con una sonrisa amable—, no me duele, estate tranquila.

También le creía en eso, pero el tema era peliagudo. La hermana de Eugenia, Isabel, o *Bel* para los que la conocían, había sido novia de Felipe durante cinco años. Eugenia siempre había creído que acabarían casados y formando una familia. Se habían querido tanto, o eso había creído ella, que la infidelidad de su hermana fue una jarra de agua helada para todos.

—Siempre has sido un libro abierto —le comentó él, con una sonrisa que carecía de alegría—. Esos ojos verdes tan bonitos que tienes siguen siendo muy expresivos, son...

—Mi maldición —bufó.

Felipe emitió una carcajada.

—Está claro que hay cosas que nunca cambian y, repito —le acarició la nariz, trazando su fino puente con el dedo índice, volviéndose su voz más áspera—, me alegro —sus ojos se clavaron en los suyos, alterándole la respiración.

Permanecieron en silencio un rato, aún unidos, hasta que Felipe rompió el momento.

—¿Le duró mucho? —quiso saber él, en un tono tan bajo que le costó oírlo.

Sabía a lo que se refería.

—Dos años.

Felipe se quedó rígido un instante.

—Lo siento, Nana, de verdad que lo siento.

—Yo, no —hizo un amago de sonrisa, pero una pequeña turbulencia le robó el aliento unos segundos. Tragó. Le clavó las uñas en el pecho por el susto—. Desde que nos reconciamos, nuestra relación es diferente.

—¿Diferente para bien o para mal?

—Diferente. Y no la culpo. La traicioné —seria, agachó la cabeza.

—¿Te arrepientes? —contemplaba el amanecer a través de la ventanilla.

—Nunca. Lo volvería a hacer.

Felipe soltó el aire que había retenido al esperar su respuesta. A ella se le paró el corazón por segunda vez ese día. Si ya no le dolía, ¿por qué parecía que aún le afectaba?

Para Eugenia, su hermana había sido un ejemplo a seguir: la más guapa, la más buena, la más simpática y la más inteligente. Pero un día, todo se truncó. La vida de ambas cambió por completo una mañana que despertaron y vieron en la televisión el accidente aéreo en el que murieron sus padres, Pedro y Alicia. Las dos se hundieron en la tristeza. Aquel accidente de vuelo sacó lo peor de Isabel y, aunque Eugenia y Felipe trataron de ayudarla, su hermana se desahogó con Luis, su ex y actual marido, no con su verdadero novio, Felipe, y tampoco con la propia Eugenia. Isabel se aisló, se distanció y, finalmente, todo se rompió. Lo traicionó a él con Luis, quedándose embarazada, y Eugenia la traicionó contándole a Felipe.

Las consecuencias fueron dos años de no hablarse ni mirarse, los primeros dos años de vida de su sobrino Juan; Bel, incluso, se cambiaba de acera cuando coincidía con su hermana por la calle. Eugenia lo soportó, no la culpó y esperó a que se acercara por sí misma. Lo hizo. Dos años después de la discusión, Isabel llamó a su puerta. Se abrazaron, se pidieron perdón y emergió una nueva relación de hermanas, una relación diferente, a secas.

Con Felipe, sí fue más sencilla la separación. Era piloto de una compañía aérea alemana y cuatro o cinco días a la semana se hallaba en el aire en alguna parte del mundo. Cuando se enteró de la infidelidad, hizo las maletas —vivía con ellas desde el accidente de Pedro y Alicia, para que no estuvieran solas en aquel momento tan malo— y se marchó.

Eugenia todavía recordaba esa noche como si acabara de acontecer... Él tomó un taxi en dirección al aeropuerto con intención de viajar a Munich, donde tenía un apartamento; había vivido entre Alemania y España desde que había terminado sus estudios e iniciase su carrera profesional. Ella, que no tenía carnet de conducir, cogió otro taxi y salió detrás de Felipe. En el aeropuerto, le suplicó que volviera a casa, que perdonara a su hermana y que no se alejara de la vida de la propia Eugenia. Le rogó mil veces, llorando, pero él, intentando reprimir las lágrimas, no cedió, la besó en la frente, le dijo que lo sentía mucho por ella, que la echaría muchísimo de menos, pero que tenía que alejarse. Y se fue sin mirar atrás ni una sola vez.

Eugenia también se culpó por eso. Si hubiera cerrado la boca, Felipe no se hubiera marchado de su vida y su hermana no habría estado dos años distanciada. No obstante, no se arrepentía.

—¿Y el bebé? —se interesó él, interrumpiendo sus recuerdos.

—Se llama Juan —sonrió—. Es muy tímido y muy callado y tiene una sensibilidad que a veces me asusta.

—Entonces, es igual que su tía —sonrió y la apretó contra su pecho. Eugenia cerró los ojos y aspiró su aroma a limpio, a jabón, a hogar—. Es verdad lo que te dije.

—¿El qué? —susurró ella, incapaz de moverse, de apartarse o, incluso, de dejar de respirar en su cuello.

—Que te echaría muchísimo de menos. Aún lo hago.

El corazón de Eugenia se detuvo por tercera vez.

El resto del vuelo no hablaron. Y no se separaron hasta que el avión aterrizó. Él la acompañó hasta la parada de taxis de Barajas.

—Toma —le indicó Felipe, entregándole un papel doblado—. Es mi móvil. Escíbeme ahora para decirme que has llegado sana y salva al trabajo —le sonrió, pero mientras que sus labios pretendían transmitir amabilidad, su mirada era indescifrable—. Prométeme que lo harás.

—Te lo prometo —sonrió.

—Adiós, Nana.

—Adiós, Felipe.

Y esa vez fue Eugenia quien no miró atrás. Simplemente, no pudo. Algo en su interior comenzó a asfixiarla.

Alcanzó el edificio de su trabajo quince minutos después. Sacó su iPhone del bolso y le escribió un mensaje.

Sana y salva. Gracias por todo.

Eugenia.

No recibió respuesta. *¿Qué esperabas, Eugenia? Eres una ingenua.*

—Dime ahora mismo que en la boda ligaste con el más feo y ridículo y entenderé la cara que tienes —le pidió su compañera y mejor amiga, Sofía, al acercarse a su mesa, frente a la suya, un buen rato más tarde.

—Ya me conoces, Sofi, acabaré solterona y rodeada de gatos.

—Odias los gatos.

Sofía, de veintisiete años, como ella, era delgada y de su misma altura, pero resultaba más alta por los larguísimos tacones que calzaba; pelo listo, castaño claro, hasta los hombros, inquisidores ojos del color del zafiro y muy atractiva. Solía vestirse con pantalones de pinzas oscuros y blusas muy femeninas, entalladas, con discretos escotes y con algún estampado floral.

—Vamos a comer y me cuentas qué tal la boda de Bel, ¿vale?

Eugenia asintió. Se quitó las gafas, apagó la pantalla del ordenador y agarró el bolso.

Trabajaban en Yuni, una gran multinacional dedicada al sector de la publicidad textil. Se habían conocido en el primer año de universidad. Las dos habían estudiado Dirección y Administración de Empresas. A Eugenia le gustaba, pero no la llenaba. Lo que en verdad le apasionaba era la fotografía, su mayor *hobby*.

Tras la muerte de sus padres, el abogado les comunicó una verdad que desconocían: estaban arruinadas. No habían sido millonarios, pero casi, porque habían vivido muy bien, se habían comprado cualquier cosa sin mirar el precio, habían viajado mucho y habían vivido en una pequeña mansión con servicio de doncellas y chófer. Y de pasar de tener tanto a no tener nada... Fue duro. Muy duro. Pudieron hacer frente a las deudas vendiendo la casa, los muebles y los coches, también la ropa, las joyas y los relojes de sus padres en casas de empeño y de compraventa. Se quedaron con las fotos, el anillo de pedida de su madre y el reloj favorito de su

padre, nada más.

Felipe insistió en que se mudasen con él al apartamento de alquiler donde vivía por entonces, pequeño para los tres, pero suficiente. Eugenia aparcó la fotografía para volcarse en sacar las mejores notas en la carrera por las mañanas y trabajar en una cafetería por las tardes, sueldo con el que aportaba su granito de arena para los gastos de la casa.

Y fue todavía más duro tras el embarazo de Bel y el adiós de Felipe. Ocurrió lo mismo: de tener tanto a no tener nada. Sin embargo, en esa segunda ocasión, pasó de tener a su hermana y a su príncipe rojo, su familia, a quedarse completamente sola. Lo material se podía solucionar, pero lo emocional...

Eugenia se rompió en infinitos pedazos. Al regresar del aeropuerto aquella inolvidable noche, su hermana había desaparecido, sin una nota ni explicación o dirección para contactarla. Eugenia, llena de rencor porque le habían arrebatado primero a sus padres y luego, un año y medio más tarde, a su hermana y a Felipe, cogió todas las fotos que había repartidas por la casa, las partió por la mitad, igual a como sentía su corazón, y las guardó en una caja con la intención de tirarlas a un contenedor. Desde entonces, dejó de fotografiar rostros y, si salía alguna cara en las imágenes que tomaba, la difuminaba y asunto arreglado.

—Suelta por esa boquita —le ordenó su amiga con fingida seriedad, tras acomodarse en una mesa del casero y agradable restaurante donde almorzaban a diario, a veinte pasos de la oficina.

—Lo he visto.

—¿A quién?

—A Felipe —suspiró con fuerza.

Sofía desorbitó los ojos. Cuando se recompuso por la impresión, respiró hondo.

—Desde el principio.

—Hay poco que contar, Sofi —se encogió de hombros—. Pité en el control, el policía de aduanas fue un incompetente y me retrasó. Iba corriendo con la maleta en brazos, sin cerrar, me tropecé, se me cayó y se abrió, y, mientras estaba tirada en el suelo recogiendo, cerraron la puerta de embarque en mis narices. Me eché a llorar; Felipe pasaba por ahí y me ayudó. Después, volé con él hasta Madrid en un avión que pilotaba un amigo suyo y nos despedimos en la parada de taxis. Me dio su número de móvil y me pidió que le escribiera un mensaje cuando llegase al trabajo, para quedarse tranquilo. Lo hice. Fin de la historia —desvió la mirada al mantel.

—¿Fin de la historia? —hizo una mueca—. Ves a Felipe después de ocho años, ¿y me lo resumes en un párrafo de cinco segundos? Habéis volado durante cincuenta minutos solos en un avión —chasqueó la lengua—. Se trata de Felipe. No es un hombre cualquiera para ti.

—Lo sé —por supuesto, omitió que estuvo los cincuenta minutos abrazada a él.

—Felipe es tu...

—No lo digas.

Su amiga permaneció unos segundos callada, escrutándola a conciencia. Conocía la historia que la unía a Felipe. Y a él también lo conocía. Sabía quién era porque habían coincidido los fines de semana que estudiaban juntas en casa de Felipe.

—No me hace falta preguntarte qué sentiste al verlo.

—No lo hagas, por favor... —le suplicó Eugenia, en un hilo de voz.

Sofía la tomó de las manos. Sonrió con cariño.

—¿Qué te ha respondido al mensaje?

—No me ha respondido.

—Y esperas que lo haga. Tus ojos me lo dicen.

No contestó, tampoco hacía falta. Su maldición... Su mirada era tan expresiva que jamás había

podido ocultarle nada a nadie. La detestaba, porque le causaba graves problemas.

—Bueno, mejor comamos y me cuentas qué tal la boda —zanjó el tema Sofi.

Pasó el lunes más largo de su vida, ojeando el teléfono, esperando recibir un mensaje que no llegaba. Ni llegaría.

—Eugenia —la llamó su jefe, justo al apagar el ordenador para marcharse a casa.

La puerta del despacho de Antonio Conrado, jefe del departamento de Contabilidad y Gestión de Yuni, se hallaba siempre abierta. Eugenia no era su secretaria, como tampoco Sofia, ni sus otros dos compañeros, Daniel y Raúl, pero la trataba como si lo fuera.

Se levantó de su silla, la rodeó y giró a la derecha para entrar en el despacho. Tocó la puerta con los nudillos.

—¿Desea algo, señor Conrado?

—Pasa, cierra y siéntate —tenía la odiosa costumbre de emplear con ella un tono de voz tosco; con los demás, era cortés y educado—. Ya estás tardando.

Ya estás tardando, era su frase favorita.

Eugenia obedeció sin prisas, no por fastidiarlo, sino porque estaba desanimada. Le pesaba el cuerpo entero.

El espacio no era pequeño, pero lo parecía por la cantidad de archivadores, carpetas y cuadernos repartidos por la estancia en completo caos. Ella era desordenada, pero lo de su jefe cruzaba el límite. Se acomodó en uno de los dos incómodos sillones que flanqueaban su escritorio de madera.

—Sé que tu hermana se casó ayer en Barcelona y por eso voy a pasarlo por alto —comenzó el señor Conrado, tecleando en su portátil como si estuviera sumamente concentrado—, pero que sea la última vez que te presentas en zapatillas y vaqueros al trabajo. Yuni es una empresa seria y elegante —la observó con acritud—. Me llegan todos los días cientos de currículum pidiendo tu puesto. Y peligras, estás avisada.

Siempre estaba avisada. Una vez al mes, la citaba en su despacho para *avisarla* de que podía perder el trabajo por cualquier nimiedad, aunque, en este caso, le daba la razón. No era ropa apropiada, pero con las prisas, su miedo a los aviones y que su equipaje era un desastre arrugado por culpa del policía de aduanas, no había podido cambiarse.

—Lo siento, señor Conrado, no volverá a suceder.

—Eso espero, Eugenia —se inclinó y entornó sus negros ojos saltones.

No era feo, de hecho era justo lo contrario, además de ser de aspecto fuerte y muy alto. La mayoría de las mujeres de la empresa suspiraban a su paso, pero para ella era el ser más despreciable del universo. La hacía trabajar horas extra sin pagárselas, la telefoneaba los sábados o los domingos para enviarla el lunes a la tintorería a por sus trajes a las siete de la mañana y un sinfín de recados varios que no competían a su puesto.

Eugenia se lo permitía porque necesitaba el trabajo. Echaba su currículum cada vez que encontraba una oferta acorde a su perfil en internet; sin embargo, los sueldos eran insuficientes. Tenía tres años de experiencia, más uno de becaria, como contable en Yuni, sabía cuatro idiomas a nivel nativo, tanto hablados como escritos, y se consideraba responsable y eficiente, pero no importaba: o la rechazaban en las entrevistas porque, supuestamente, su currículum era demasiado bueno, o el dinero resultaba una miseria.

—Los de arriba siempre buscan cabezas para recortar gastos —continuó su jefe con voz afilada—, y tú eres prescindible, más que cualquiera de tus compañeros.

Ella no se molestó en replicar, nunca discutía a no ser que estuviera harta, y eso había acontecido en una única ocasión en su vida hacía ya ocho años, o, mejor dicho, siete años y once

meses...

—¿No dices nada, Eugenia?

—Ya le he pedido perdón, señor.

Antonio Conrado gruñó una incoherencia y, con un gesto, le indicó que se marchara. Eugenia salió de la estancia y agarró su maleta. Se despidió de sus compañeros con la mano y se fue a casa.

Se tumbó en la cama, descalzándose con sus propios pies, y cerró los ojos abrazándose a la almohada. Automáticamente, el rostro de su príncipe rojo se adueñó de su mente. Y su corazón, por enésima vez ese día, paró de latir.



Su madre, Blanca, se sentó a su derecha en el mullido sillón de tres plazas y lo agarró de la mano. Acababan de comer, aunque apenas había probado bocado. Hacía cinco días que su estómago se había cerrado. Hacía cinco días que se había reencontrado con Eugenia.

—Carlota no tardará en venir, ¿no? —comentó Blanca, con una sonrisa. Continuaba siendo muy atractiva a sus cincuenta y nueve años. Su pelo negro encanecido, en lugar de añadirle más edad, le aportaba una refinada madurez. Sus ojos castaños claros, que había heredado él, eran grandes y astutos, demasiado astutos—. ¿Vas a ir a buscarla al aeropuerto?

—Sí, como siempre que puedo —le contestó Felipe, con los ojos fijos en la televisión—. Dentro de dos horas aterriza en Barajas.

—¿Y tienes ganas de verla?

—Claro, mamá —se obligó a sonreír.

—¿Y habéis decidido ya la fecha?

—Todavía no —un sudor frío recorrió su cuerpo. Se soltó de su madre y se cruzó de brazos—. Primero, viviremos juntos unos meses y, luego, buscaremos fecha para la boda.

—Sigo sin entender por qué le regalaste un anillo —bufó su padre, Enrique, un hombre robusto de aspecto y de trato campechano. De sesenta y cinco años de edad, llevaba los cabellos blanquecinos peinados hacia atrás, revelando con orgullo sus profundas entradas, en otro tiempo pobladas de rubios cabellos, como los de su hermana, Alba, idéntica a su padre—. Y mejor me callo con la fecha de la boda.

—Sí, Enrique —lo reprendió Blanca con suavidad—, mejor será que te calles, que estás mucho más guapo —sonrió con travesura.

Él le guiñó un ojo como respuesta, robándoles una sonrisa a sus dos hijos. Los sábados, comían los cuatro juntos en casa de sus padres, una costumbre a la que nunca faltaban; tampoco Alba, de treinta y dos años, que seguía soltera.

—Vale, me callaré —claudicó Enrique, cogiendo el periódico de la mesa que los separaba—, pero, cuando se habla de la boda, uno debería estar feliz, no asustado, que es como está Felipe cuando se menciona el tema. Por algo será.

—Tu padre tiene razón, cariño —convino su madre, acariciándole la rodilla—. ¿Qué te preocupa? Si no estás seguro de casarte con Carlota, no hay prisa, eres muy joven.

—Mamá, que tengo treinta y siete años —se quejó él en un suspiro—. Carlota y yo llevamos tres años juntos y ya no queremos esperar más.

—Los que no quieren esperar no se van primero a vivir unos meses y luego acuerdan la fecha —protestó Enrique, mientras hojeaba el periódico—, sino que eligen fecha y cuanto antes, mejor.

Eso se llama estar enamorado y tú —lo miró por encima de las hojas y de sus diminutas gafas de lectura— no lo estás, hijo.

Felipe se levantó y recorrió el pasillo hacia la cocina de la vivienda de tres plantas. No estaba enfadado. Su padre tenía razón. Carlota le gustaba, su físico era digno de una modelo: guapa, esbelta y sofisticada; además, era de buena familia, simpática y muy sociable, pero no la amaba, y eso que lo había intentado.

—¿Qué te ocurre, hijo? —quiso saber Blanca, que lo había seguido.

Él se acomodó en una de las sillas que había en torno a la mesa donde comían, a la izquierda, pegada a la pared de bonitos azulejos con dibujos de frutas. Su madre lo imitó.

—La vi, mamá —tragó saliva. Sus ojos se perdieron en los recuerdos de un pasado que creía haber olvidado.

Blanca posó una mano en su pecho. Su mirada se enturbió.

—Hijo... —enlazó una mano con la suya—. ¿Y cómo te sientes? Después de ocho años...

—Siete años y once meses —la corrigió, incapaz de no hacerlo.

—Con eso me lo has dicho todo.

Felipe suspiró.

—Está tan cambiada, pero a la vez tan igual... —sonrió, distraído—. Fue en el aeropuerto del Prat, en Barcelona, el lunes. Me la encontré tirada en el suelo con su maleta abierta y su ropa desperdigada. Acababa de perder su vuelo —se rio, meneando la cabeza—. Siempre ha sido un desastre. Llevaba los cordones de las zapatillas desatados y se cayó.

Blanca también se rio.

—Tiene el pelo mucho más largo —continuó él, abstraído—. Y está más delgada. Su cuerpo es diferente —se estremeció al recordar esas curvas que había estrechado.

—Ha crecido. Ya no es esa niña de dieciocho años que te trataba como si fueses su héroe. Ahora es una mujer hecha y derecha.

—Te equivocas, mamá —le sonrió, con los ojos brillantes—. Sigue siendo esa enana que me necesitaba a mí para volar en avión.

—Felipe... —se asustó.

—Tranquila, mamá —la besó en los nudillos—. Todo está bien.

—Si todo está bien, ¿por qué estás tan raro desde el lunes?

Él se restregó la cara para espabilarse. No había dejado de pensar en ella en toda la semana, ni dormido ni despierto.

—Al verla, he recordado cosas que creía superadas. Isabel se casó el domingo en Barcelona con Luis, por cierto. Por eso, estaba Eugenia en el aeropuerto.

—¿Y cómo te sientes con eso?

—Ya no me duele.

—Felipe —inhaló aire y lo expulsó despacio—. Ambos sabemos que no te dolió la infidelidad de Isabel, como tampoco descubrir que estaba embarazada de otro. Fue la excusa que necesitabas para alejarte. Y no te atrevas a negarlo —lo apuntó con el dedo índice—, que tú no sabes lo que es la mentira.

Su mayor defecto era la sinceridad, pero su mayor virtud era la templanza. Había aprendido que, en ocasiones, era mejor guardarse las opiniones en lugar de sacarlas a la luz, ya fuera hacia él o hacia los demás.

—Felipe —le acarició la mejilla—. ¿Has vuelto a saber de ella?

—No. Le di mi número de teléfono para que me avisara de que había llegado bien. Y me escribió.

—Pero no le contestaste.

—No.

—Tienes miedo, hijo.

Permaneció unos segundos en silencio. Y aquella mudez bastó como respuesta.

—Será mejor que me vaya ya —se incorporó Felipe—, es tarde y Carlota estará a punto de llegar.

—Hijo —se levantó y lo acompañó a la puerta principal—. No te atormentes. Han pasado ocho años y el destino ha querido juntaros de nuevo. ¿Casualidad? No lo creo.

—Mamá —sonrió con tristeza, no pudo evitarlo—. Llevo tres años con Carlota.

—Pero no la amas.

—Mamá, por favor...

—Está bien —se puso de puntillas y lo abrazó, besándolo en la mejilla—. ¿Mañana os esperamos para comer? Hace mucho que no vemos a Carlota.

—Claro. Me voy. ¡Adiós a todos!

—¡Adiós, hijo! —le dijo su padre.

—¡Adiós, Flip! —añadió su hermana.

Felipe se montó en su BMW X5 gris oscuro y partió rumbo a Barajas. Estaba cerca, a apenas veinte minutos sin tráfico. Estacionó en el aparcamiento subterráneo de la terminal. A medida que se acercaba a la puerta de llegadas, iba saludando a compañeros pilotos y azafatas.

Adoraba su profesión. Para él, desde que se había separado de Bel y Eugenia, volar era como respirar, justo cuando había decidido entregarse de lleno a su carrera profesional y afrontar mayores retos. Actualmente, trabajaba para la compañía aérea alemana DATCO, propiedad del importante empresario español Bruno Ordeno, afincado en Berlín y casado con la famosa diseñadora de moda, también española, Loreto Castro, matrimonio que tenía una única hija y heredera de su cuantiosa fortuna, Carlota Ordeno Castro, su novia.

—¡Flip, cielo! —exclamó Carlota, agitando un brazo.

No corrió hacia él. Su novia andaba deprisa, nunca corría, así la habían educado, en el más estricto protocolo de una señorita de alta cuna. Tampoco pasaba un día sin maquillarse, sin alisarse sus largos cabellos de mechas rubias, sin cubrir su cuerpo con vestidos de los mejores diseñadores del mundo y sin sus desorbitados tacones. La señorita Ordeno era sinónimo de perfección, tanto en aspecto como en personalidad. Lo tenía todo.

—Hola, Carlota —sonrió. Se dieron un beso en los labios—. ¿Vamos a tu casa? —preguntó Felipe, mientras cogía sus dos maletas de Louis Vuitton.

Aunque Carlota vivía en Berlín, donde trabajaba al frente de la empresa DATCO, junto a su padre, al iniciar su relación se compró un apartamento en Madrid. Lo lógico, en una pareja normal, sería que su novia se quedase en su casa cuando estuviera en España, o él en la suya cuando estuviera en Berlín, pero ni Felipe se lo había ofrecido ni Carlota se lo había pedido. Ambos mantenían un pacto mudo: eran independientes y ninguno se involucraba en la intimidad ni en la privacidad del otro. No existían los celos ni las desconfianzas. Actuaban como dos personas adultas y maduras que se respetaban y no se hacían preguntas indiscretas ni innecesarias.

—Pilotaba Richi —le informó ella, sonriendo—. ¿Cuándo pensabas contarme lo de Eugenia?

Aquello lo sobresaltó.

—Richi me ha suplicado hasta la saciedad —continuó su novia, gesticulando con la mano— que, por favor, quedemos un día los cuatro. Y a mí se me ha ocurrido que esta noche sería perfecta porque Richi no vuelve a volar hasta el lunes. ¿Es tan guapa como me la ha descrito?

—No sé cómo te la ha descrito —él tragó saliva y frunció el ceño.

—Bonito pelo largo y oscuro, ojos verdes enormes, nariz pequeña y boca que dan ganas de devorarla —soltó una melodiosa carcajada—. Esa tal Eugenia lo ha embrujado, Flip. Y para que una mujer embruje a Richi, debe ser muy guapa.

¿Cómo se fijaba su amigo más en su boca que en sus ojos, si los ojos de Eugenia eran los más bonitos del mundo? Su boca también, poseía unos labios ligeramente carnosos, demasiado sensuales, pero su mirada verde era impresionante. Y sus ondulados cabellos no eran bonitos, sino maravillosos, brillantes, sedosos, un precioso manto marrón oscuro que olía a la flor de azahar, un aroma refrescante que siempre le había resultado afrodisíaco. Y no es que fuera *muy guapa*; sencillamente, era única.

—¿Flip? —lo llamó Carlota, deteniéndose en la puerta del coche—. ¿Estás bien? No me has escuchado.

—Sí, te he escuchado —la besó en la mejilla—. Eugenia es una vieja amiga —abrió el maletero y guardó el equipaje—. Hacía mucho tiempo que no la veía y coincidimos el lunes por casualidad. Tengo su móvil, pero la relación se ha perdido y llamarla de pronto para hacer de celestina con Richi no me parece lo más oportuno.

¿Ricardo interesado en Nana? Su amigo era un conquistador nato, y diez años mayor que Eugenia —igual que él—. Y ella era inocente, además de tímida, callada y sensible. Richi era muy buena persona, pero odiaba los compromisos, y los ojos de Eugenia, por mucho que hubieran transcurrido siete años y once meses, gritaban a los cuatro vientos que buscaba un príncipe azul, que era lo que en verdad se merecía.

—Piénsalo de este modo, Flip —intentó convencerlo al montarse en el BMW—. Richi tiene una cita con Eugenia, tú recuperas su amistad y yo la conozco, que de tanto escuchar a Richi me ha despertado las ganas. ¿Qué me dices?

—No quiero hacerle una encerrona a... —se contuvo— a Eugenia. Es una niña al lado de Richi.

—¿Es muy pequeña? —arrugó la frente.

—Diez años menos.

—Tampoco pasa nada. No sería la primera ni la última mujer que los prefiere mayores.

—Es una niña —arrancó y se puso en marcha.

Carlota se quedó callada unos segundos.

—¿Y de qué la conoces, si puede saberse?, ¿o el tema es muy personal?

Su novia no estaba al tanto de su pasado con Isabel. Jamás había hablado de su ex porque eso significaba hablar de Nana.

—Es la hermana pequeña de una chica con la que salí hace mucho tiempo.

Le pesó en el pecho la palabra *mucho*, entrecortándole la respiración, aunque carraspeó enseguida y no se le notó.

—Pero ya las conocía de antes —agregó Felipe, atento a la carretera.

—¿Y eso?

—Isabel, la hermana de... —se contuvo de nuevo— de Eugenia, fue compañera mía del instituto. Íbamos a la misma clase y nos hicimos amigos. Na... —carraspeó otra vez—. Eugenia tenía siete años cuando la vi por primera vez —se rio, por un momento, recordando aquel día de hacía veinte años.

—¿De qué te ríes? —se interesó ella, sonriendo—. Cuéntame.

—Isabel me había invitado a comer a su casa para estudiar juntos porque teníamos que presentar un trabajo de Historia de España al día siguiente —la tensión desapareció de su cuerpo y condujo con tranquilidad—. Estábamos en el porche a punto de subir las escaleras para entrar en la casa, cuando la puerta se abrió y salió corriendo una pequeña ratoncita con pelos de loca, con

un disfraz de Minnie Mouse rojo y blanco, descalza y con rotuladores en las manos. Se subió a la barandilla y, mientras le gritaba a su madre que la mirase porque sabía volar y se lo iba a demostrar, se lanzó.

—¿Por la barandilla?

—Sí —se rio.

—Y se cayó —sonrió, divertida por la historia.

—No llegó a caerse, yo la cogí antes de que aterrizase en el suelo. Y como la agarré del pecho y del susto que me llevé me quedé inmóvil con ella en el aire, se creyó que estaba volando de verdad —soltó una sonora carcajada.

—¿Y qué pasó cuando se dio cuenta de que eras tú quien la había salvado?

—Me preguntó si era su ángel de la guarda —sonrió, enternecido—. Le dijo que no, que me llamaba Felipe y que era amigo de su hermana. Ella asoció mi nombre al del príncipe azul de *La bella durmiente* y, como su vestido era rojo, y no rosa o azul como el de la princesa Aurora, decidió que en vez de ser Felipe, su príncipe azul, a partir de ese momento me convertía en Felipe, su príncipe rojo —suspiró, tranquilo—. Cosas de niñas, supongo.

—Es una historia muy bonita —le acarició la pierna.

A él le incomodó el gesto, pero no lo demostró.

—¿E Isabel? —inquirió Carlota—. ¿Os hicisteis novios en la universidad? ¿Qué estudió ella?, ¿Ingeniería Aeronáutica, como tú?

—Isabel y yo empezamos a salir en serio al terminar la universidad. Ella estudió Derecho.

—¿Qué pasó, Flip? Cuando me hablabas de Eugenia lo hacías sin dejar de sonreír, pero, con Isabel, pareces... ¿sentir rencor?

—Isabel me engañó con su ex novio y se quedó embarazada de él. Por eso rompimos. Y yo me fui una temporada a vivir a Munich, donde tenía un piso. El resto ya lo sabes. No hubo nadie más hasta que te conocí a ti.

—Dios mío... —se horrorizó—. Pero...

—Por favor, Carlo, no preguntes más porque es una época mala para Eugenia y para mí.

—Lo siento —se inclinó y lo besó en la mejilla—. ¿Volviste a ver a Eugenia después de aquello?

Felipe aparcó el coche frente al edificio de viviendas donde se encontraba el apartamento de Carlota. Le resultó curioso que le preguntase si había vuelto a ver a Eugenia, no a Isabel.

—El lunes la vi por casualidad en el aeropuerto después de... —se contuvo por enésima vez—. Hacía ocho años que no la veía.

Durante unos segundos, su mente evocó la imagen de una niña de diecinueve años, a punto de cumplir los veinte, con el rostro surcado por lágrimas rabiosas, gritándole de forma desesperada que no la abandonara.

—¿Flip?, ¿estás bien? —se preocupó su novia.

—Sí, perdona —sonrió y se bajaron del coche.

—¿La llamarás?

Él respiró hondo. A Carlota no la ganaba nadie a insistente, pero telefonar a Nana para proponerle una cita con un hombre...

—Yo voy entrando —le indicó ella, arrastrando las maletas de ruedas—, tú piénsatelo. Te veo dentro.

A Felipe se le aceleró el corazón. Sacó el iPhone del bolsillo delantero de sus vaqueros. La llamó.

—¿Hola? —dijo una voz increíblemente dulce a través de la línea—. ¿Felipe?

Él se restregó la cara, recostándose en el lateral del coche de manera brusca.

—Hola, Nana —estaba tan nervioso que sonó más áspero de lo normal.

—*Hola.*

—¿Te pillo ocupada?

—*Estoy viendo una película con una amiga, no te preocupes. ¿Te acuerdas de Sofi?*

Felipe sonrió.

—Sí, recuerdo a Sofi. Salúdala de mi parte.

Ella se rio.

—*Otro saludo para ti de su parte.*

—Oye, Nana... —se tornó serio—. No te contesté al mensaje porque... —suspiró con fuerza—.

No supe qué decirte.

—*No pasa nada, lo entiendo.*

—No, Nana, no lo entiendes... —se mordió la lengua.

Silencio.

Más silencio.

—¿Te gustaría quedar esta noche a cenar con unos amigos? —se atrevió él a preguntar—. Richi quiere verte otra vez. ¿Recuerdas al piloto que nos llevó a Madrid?

—*Sí, me acuerdo de Richi.*

—Bueno, pues... No es ninguna encerrona, simplemente sería una cena entre amigos. ¿Te apetece?

—*¿Te ha pedido Richi que me llames?*

Silencio.

—Sí.

Silencio.

—*No creo que sea buena idea, Felipe. Por algo no me contestaste al mensaje y lo entiendo.*

Son ocho años y...

—Siete años y once meses.

Dios... Se desquició.

Los dos carraspearon.

—Vente a cenar, Nana. Tráete a Sofi. ¿Quedamos a las nueve?

Silencio.

—¿Nana?

—*Felipe, yo...*

—Quiero verte —la cortó de sopetón.

—*Creía que era Richi quien quería verme* —replicó Eugenia, enfadada.

—Supongo que Richi ha sido mi salvación.

—*¿Supones?* —su voz evidenció sarcasmo.

Él se revolvió el pelo, cerrando los ojos.

—Si nos hemos reencontrado por algo será, ¿no?

Su sinceridad iba a aniquilarlo.

—*Y si tú no respondiste a mi mensaje por algo será, ¿no?* —emitió una carcajada sin humor—.

No creo que sea buena idea.

—Richi quiere verte otra vez —insistió en un hilo de voz.

—*Ya, pero Richi es tu amigo y si no es por él, no vuelvo a saber de ti. Repito, por algo será. Y no pasa nada. Han sido ocho años y...*

—Siete años y once meses.

Silencio.

Silencio.

Silencio.

—*Lo siento, Felipe, no estoy preparada para hacer como que no ha pasado nada, que es justo lo que sucedió en ese avión.*

—Nana, yo... —respiró hondo para calmarse, pero no lo logró—. Lo que pasó...

—*Pasó y ya está, tranquilo* —su tono transmitió tristeza—. *No te culpo, Felipe, ni a ti ni a Bel, pero sí a mí. Si yo no hubiera abierto la boca...*

Felipe se incorporó del BMW.

—Dijiste que no te arrepentías.

—*Y no me arrepiento, pero te separé de mi hermana y de...* —paró de hablar de golpe.

—Y de ti.

Silencio.

—Ven a cenar con Sofi, por favor.

—*¿Por Richi?*

—Mentiría si te dijera que sí.

—*¿Entonces?*

—Vente a cenar —y colgó.

Cuando entró en el piso, Carlota le sonreía de oreja a oreja.

—*¿Ha aceptado?*

—No está muy segura.

—*¿Por Richi o por ti?*

—Por mí, Carlo. Nos separamos obligados por las circunstancias y, de repente, ahora entrar de nuevo el uno en la vida del otro... No sé —chasqueó la lengua—. Yo tampoco estoy muy seguro.

—Fue como una hermana para ti, ¿cierto? —le sonrió con dulzura.

¿Una hermana? Felipe quiso reírse por tal tontería. Por desgracia, jamás había sentido a Nana como su hermana pequeña, a pesar de que lo había intentado con tanto esfuerzo inútil que la infidelidad de Isabel, como había acertado su madre, fue su vía de escape.

Hermana... Si la hubiera mirado como se miraba a una hermana, quizás no habrían pasado siete años y once meses alejados, pero eso era algo que no pensaba airear. El pasado era pasado.

Pero su amigo Ricardo estaba interesado en ella y, si a Eugenia le gustaba Richi, la vería más a menudo, lo que significaba que el pasado había vuelto, y no estaba preparado para enfrentarse a ello porque corría el riesgo de sufrir la misma tortura que durante años había padecido, una tortura que se había iniciado mucho antes de esos siete años y once meses.

—*¿Le has dicho a Eugenia dónde vamos a cenar?* —preguntó Carlota.

—No...

—Haz una cosa —le aconsejó su novia, de camino al salón—. Mándale un mensaje con la dirección del restaurante y la hora, y que ella decida —lo besó en la mejilla—. Voy a ducharme y a prepararme, que sabes que necesito un par de horas para estar perfecta para ti.

—Siempre estás perfecta.

Demasiado perfecta.

—Gracias, cielo —lo besó en la boca, queriendo incitarle a más—. *¿No te apetece ducharte conmigo?* —le sonrió con picardía mientras se deshacía del vestido con sensual lentitud—. Te he echado de menos.

Cualquiera en su lugar mataría por ese cuerpo tan atractivo, cualquiera aceptaría esa invitación, cualquiera...

Ahora mismo no podía, por más que quisiera.
Pero... ¿quería?

—No quiero ir.

—Mentirosa.

—¡No quiero ir!

—Mentirosa.

—¡No me estás ayudando, mi-mierda!

Su mejor amiga se sentó en el borde de la cama, enlazó las manos en el regazo y la observó unos segundos con ternura.

Eugenia vivía en un piso de sesenta metros cuadrados, el penúltimo del edificio, en una calle perpendicular a Fuencarral, casi en la glorieta de Quevedo. Le encantaba esa casa. Era coqueta y acogedora, en tonos claros, blanco y crema, tanto muebles como cortinas, sábanas y mantas, aportando luminosidad y amplitud. Contaba con una terracita detrás del salón donde Sofía le había plantado flores en pequeñas macetas que silueteaban el cuadrado espacio, acompañando la mesita circular y las dos sillas que había, blancas las tres.

Su cuarto se hallaba al fondo del corto pasillo, a la derecha del salón. No existía *hall*. El baño se encontraba dentro del dormitorio, algo incómodo para las visitas, pero como no solía recibir a nadie excepto a su hermana y a Sofía, no había problema.

—Sí, Eugenia, quieres ir. Yo lo sé. Tú lo sabes. Y deberías ir porque esto iba a ocurrir en algún momento.

—¿El qué?

Estaban en su habitación. Ella, apoyada en el armario, frente a Sofi, se cruzó de brazos y desvió los ojos hacia la ventana, a la izquierda.

—Tu reencuentro con Felipe —le explicó su amiga—. Habéis tenido suerte en estos ocho años de no cruzaros por la calle, ya sea porque él está siempre volando —enumeró con los dedos—, o porque sus padres viven en las afueras de Madrid, o por cualquier motivo. Seamos sinceras —se levantó y la tomó por los hombros—. Os separasteis obligados por las circunstancias, tú misma me dijiste estas palabras hace ocho años. Pero ahora el destino ha vuelto a juntaros.

—La cena es por Richi, no por Felipe.

—Pero Richi es amigo de Felipe, lo que quiere decir que es por Felipe.

—No sé si puedo —Eugenia suspiró de manera irregular.

—¿Porque todavía te duele lo que pasó o porque todavía te duele mirarlo y saber que fue de Isabel, nunca tuyo?

—Era mi príncipe rojo... —le tembló la voz—. Mío... Y se fue.

—Pero está aquí ahora.

—No por mí. Lo hace porque su amigo quiere conocerme.

—Le podía haber pasado tu número a Richi directamente, pero no lo ha hecho, sino que te ha llamado.

Contempló a su amiga con incertidumbre.

—No tengas miedo —sonrió y la abrazó—. Yo estaré contigo.

—¿De verdad me acompañarás?

—Por supuesto. Y si la cena sale mal, siempre podemos irnos nosotras a tomar una copa para

ahogar las penas —le guiñó un ojo—. Y ahora, a ducharse, a vestirse y a maquillarse. ¡Nos vamos de juerga, Thelma!

Thelma, así la llamaba, y ella a Sofia, *Louise*. Era su distintivo. El apodo surgió la primera noche que salieron con sus compañeros de clase de la universidad. Formaban el tándem perfecto para ir de fiesta —y para todo, en realidad—, y sus amigos las bautizaron como *Thelma y Louise*.

Y como hacían todos los fines de semana que se preparaban para un poco de juerga, Sofi accionó una lista de reproducción de su cuenta de Spotify del MacBook Pro de Eugenia y retumbó en el espacio la mítica canción *I'll be there for you*.

Sofía se había llevado una bolsa con ropa y el neceser porque se quedaba a dormir, una vieja costumbre. Vivía en casa de sus padres; hacía unos años, Eugenia le había propuesto compartir un apartamento entre las dos, pero Sofia se había negado, alegando que el día que se independizase sería por su futuro marido. No obstante, era demasiado exigente y no le valía cualquier hombre, por lo que continuaba soltera; las dos continuaban solteras: *Thelma y Louise*.

—¿Y Richi es guapo? —se interesó Sofia mientras le alisaba el pelo a Eugenia en el servicio, frente al espejo que ocupaba la pared entera del lavabo de mármol.

Ella sonrió.

—El novio de Samantha en la película *Sexo en Nueva York*.

Su amiga desorbitó los ojos, paralizándose. Posó una mano abierta en su hombro y la miró.

—¿Me estás hablando en serio?

—Bueno, no es igual, pero me recordó a él, aunque Richi tiene el pelo corto, tipo como te gustan a ti los hombres, más corto en los laterales que en la parte de arriba. Y es más joven que el actor, no llega a los cuarenta, creo que es de la edad de Felipe.

—Estoy enamorada de ese actor. Es el hombre más guapo que he visto en mi vida. ¿Y me estás diciendo que se ha fijado en ti? El mundo no es justo —regresó a su tarea y terminó su alisado, rizándole las puntas de su flequillo lateral—. Tienes el pelo tan, pero tan largo. Te llega al final de la espalda.

—¿Las puntas están bien?

—¡No se te ocurra cortártelo, Thelma! Tienes un pelo precioso.

Ella sonrió y asintió.

Se maquillaron, difuminándose los párpados: Sofi con sombra negra, para destacar así sus increíbles ojos azules y Eugenia, con sombra natural; estaba sin ganas porque no sabía qué le depararía otro encuentro con Felipe.

Eligieron un vestido cada una. El de Sofia era ajustado, azul eléctrico, corto, sin escote y de manga larga, provocativo, pero elegante; se calzó unas sandalias a juego y se colocó una *blazer* masculina de color negro. Estaban a principios de octubre y todavía hacía calor durante el día, pero, por la noche, se notaba que hacía un par de semanas había iniciado el otoño.

Eugenia optó por el color gris perla y un estilo más informal: el vestido era de fino ante, marcaba su pecho, de tamaño proporcionado a su cuerpo de talla cuarenta, y la curva de su cintura, porque se entallaba con delicadeza a la figura; caía suelto hasta la mitad de los muslos, acariciando sus piernas al caminar; las mangas terminaban en los antebrazos en forma de campana irregular. Se calzó unas botas de ante del mismo tono, de punta redondeada y tacón fino y alto. Se puso su cazadora vaquera y se colgó su bolsito bandolera con piedrecitas de todos los colores cruzado en el pecho.

Respiró hondo. Sofia la sujetó por los hombros.

—Si estando allí empiezas a asfixiarte y necesitas salir huyendo, dame una patada en la pierna debajo de la mesa, finjo encontrarme fatal y nos vamos, ¿de acuerdo?

Eugenia ahogó una risita. Su amiga, como actriz, era penosa, pero asintió porque le agradeció el detalle.

Salieron a la calle y pararon un taxi. Habían quedado a las nueve en un restaurante en el barrio de *Las Salesas*, no muy lejos de su casa; sin embargo, el viaje en coche se le hizo cortísimo, en apenas una exhalación se detenían en el lugar acordado.

Y allí estaba Felipe, acompañado de Richi y de una mujer desconocida. Las esperaban en la acera, charlando.

—¡Dé una vuelta a la manzana, por favor! —le suplicó Eugenia al taxista, en un ataque de pánico.

El conductor obedeció, pero, en la quinta vuelta a la manzana, Sofi se negó a más.

—Lo siento, Eugenia, pero como sigamos así, nos arruinamos.

Ella inhaló aire y lo expulsó con fuerza. Pagó al taxista y salió.

Entonces, Felipe la vio y, por un segundo, se suspendió, al igual que la propia Eugenia, pero él reaccionó más rápido, se acercó y la ayudó a bajar del coche tomándola de la mano y cerrando la puerta.

—Hola, Nana —no sonrió. Sus ojos castaños estaban más oscuros de lo habitual—. Estás muy guapa.

—Gracias —musitó, temblando como nunca. Apenas los separaban unos centímetros. Sentía una electricidad que parecía a punto de estallar, como la formación de un rayo. Tuvo que alzar la barbilla para poder mirarlo a los ojos porque era bastante alto—. Tú, también.

No mentía. Esos vaqueros, esa camisa blanca ceñida con sutileza a sus músculos atléticos que se entreveía bajo la chaqueta de piel abierta, y esos zapatos de ante marrón habían sido diseñados exclusivamente para Felipe, para nadie más.

—Hola, Felipe —dijo Sofía, a quien habían olvidado los dos.

Él parpadeó como si se despertara de un trance y le sonrió.

—Hola, Sofi. Me alegro de volver a verte.

—Lo mismo digo —sonrió—. ¿Y tus amigos? ¿Son ellos? —se fijó en Ricardo—. Madre mía... —se colgó del brazo de Eugenia y le susurró—: Richi es mil veces mejor que el actor de *Sexo en Nueva York*. Acabo de enamorarme a primera vista —se mordió el labio inferior—. Por Dios, es guapísimo...

Felipe la escuchó y se echó a reír.

—Richi —lo llamó cuando se aproximaron—, a Eugenia ya la conoces, pero no a Sofía, su mejor amiga. Sofía, este es Richi.

—Es un placer —pronunció Ricardo, que se quedó un momento traspuesto al ver a Sofi, y se inclinó para darle dos besos. Después, besó a Eugenia también—. Eugenia, qué bien verte otra vez.

—Igualmente.

—Y —agregó Felipe—, esta es Carlota. Carlota, ellas son Sofía y Na... —carraspeó— y Eugenia.

Na de ¿*Nana*? Casi había pronunciado su apodo, ¿por qué se había detenido en el último instante? ¿Tan malo era llamarla *Nana* delante de los demás? Al fin y al cabo, le debía tal apodo a él, que fue quien se lo puso cuando ella era una adolescente, en concreto el día que cumplió diecisiete años.

—¡Hola! —exclamó Carlota, muy alegre.

Tanto Eugenia como Sofi tragaron saliva al contemplar a esa espectacular visión rubia. Desprendía seguridad, dinero y suma elegancia. Era una de las mujeres más atractivas que habían

visto jamás.

—Encantada de conoceros —expresó la rubia con una dulce sonrisa antes de besarles las mejillas—. ¿Os parece si nos tomamos una cerveza en la barra del restaurante antes de sentarnos a cenar? La reserva es a la diez. Así nos conocemos un poco.

Las dos amigas sonrieron, ya más relajadas. Parecía muy simpática y de trato sencillo. *Me gusta*, reconoció Eugenia para sus adentros.

—Perfecto —añadió Carlota, que se giró hacia Felipe—. ¿Te parece bien, cielo?

Eugenia se petrificó en el acto.

¿Cielo?

—Perdona, Carlota —la llamó Sofía, sonriendo con naturalidad para disimular la sorpresa—, ¿eres la novia de Felipe?

—Sí —respondió con orgullo, rodeando a su novio por la cintura y besándolo en el pómulo—. Llevamos tres años saliendo ya y dentro de poco nos vamos a vivir juntos —les enseñó el impresionante anillo de oro blanco y diamantes que portaba en su mano izquierda—. Aún no tenemos fecha, pero nuestra intención es casarnos pronto.

Dios mío...

—Será mejor que entremos —anunció Felipe, desprendiéndose de la rubia con delicadeza y abriendo la puerta del local—. ¿Señoritas?

Sofí tuvo que empujar a Eugenia para que reaccionara.

—¿Dónde está el baño? —le preguntó ella a un camarero nada más entrar.

—Detrás de la barra hay unas escaleras. No tiene pérdida.

—Gracias.

Descendió las escaleras y se encerró en un apartado para señoras. Apoyó la espalda en la puerta y se tapó la boca con dedos trémulos.

Que su príncipe rojo tuviera novia era una conmoción, que se fueran a vivir juntos fue como un cuchillo perforándole las entrañas porque, de repente, su estómago se contraía sin orden ni concierto y con crueldad, pero que, encima, fueran a casarse...

Las lágrimas amenazaron con estropearle el maquillaje. Sus ojos... Su maldición... Se apresuró a pensar en algo alegre: la boda de su hermana, donde se lo había pasado tan bien, logró su objetivo.

Al salir del baño...

—Louise... Es una tontería que me ponga así, ¿verdad? —balbuceó Eugenia, al borde del llanto otra vez—. Tiene treinta y siete años y es guapísimo, lo raro sería que continuara soltero, ¿no crees?

—Está cambiado —comentó, pensativa—. Físicamente está más fuerte, parece más grande, y tiene el pelo más largo, se le forman esos ricitos en la nuca y en la orejas tan adorables —sonrió—. Lo llevaba muy corto hace años. Y esa barba de dos días... En mi opinión, ahora está mil veces mejor, y eso que nunca ha sido feo, y estaba bueno, era el chico por el que todas suspi... —se le borró la alegría de un plumazo—. Perdona, no te ayudo nada diciéndote estas cosas.

—No te disculpes. Tienes toda la razón. Ha mejorado.

Sin duda, pero por esas arruguitas en el rabillo de sus ojos. Estaba más maduro, más hombre...

—Ahora, ya lo sé —anunció ella con una triste sonrisa—. Si el destino nos ha hecho reencontrarnos otra vez es porque tengo que poner punto y final. Tengo que cerrar heridas, Sofí, porque no puedo continuar así.

—Eso es cierto. Y ahora, muéstrame tu preciosa sonrisa, nada de lamentos —retomaron el camino hacia el piso superior—. Y aunque me haya enamorado locamente de Richi —suspiró con

dramatismo exagerado—, te lo cedo. Todo sea porque quiero seguir durmiendo en tu casa los fines de semana.

Eugenia se rio por la ocurrencia y se reunieron con los demás en la barra. Pidieron una cerveza.

—Me suena mucho tu cara —le murmuró Carlota—, pero no caigo de qué.

Felipe se removió, incómodo.

—Y, ¿a qué os dedicáis? —se interesó Richi.

Fue Sofia quien respondió. Todos, menos Eugenia y Felipe, charlaron animadamente. Ellos, no. Ellos permanecieron callados, haciendo que escuchaban, cuando ninguno de los dos prestaba atención. Él dejó de mirarla. Ella dejó de mirarlo.

La cena fue larga, aunque Eugenia le reconocía el mérito a Carlota que, en efecto, era muy simpática y dulce, incapaz de caerle mal a nadie, ni siquiera a ellas.

En el postre, decidieron ir a un local cercano para seguir con la reunión.

—Yo estoy cansada —se quejó Eugenia, con una sonrisa de fingido agotamiento—. Prefiero irme a casa, si no os importa.

—No, Eugenia —protestó la rubia, apretándole la mano—. Nos tomamos un cóctel y nos vamos. Solo uno, venga, ánimo.

—Si no quiere, déjala —musitó Felipe, serio.

Sofi y Ricardo también insistieron, por lo que claudicó.

Cuando Felipe sacó su cartera para pagar, su novia arrugó la frente y observó con atención a Eugenia.

—Ya sé de qué me suena tu cara —señaló la rubia.

—No creo que nos hayamos visto antes de hoy —respondió ella, desconcertada.

—Y no nos hemos visto antes de hoy.

Salieron del restaurante y caminaron hacia un local en la siguiente calle. Estaba atestado de gente, la música retumbaba en cada centímetro del espacio, de techos altos y decoración *vintage*. Era muy bonito y con mucho ambiente, justo lo que necesitaba Eugenia para evadirse.

Las tres mujeres pidieron mojitos y los hombres, *gin-tonic*.

—¡Me encanta esta canción! —exclamó Carlota—. ¿Bailamos, chicos?

—¡Yo me apunto! —declaró Sofia, risueña.

Richi las acompañó hasta el centro de una improvisada pista de baile donde más personas meneaban sus cuerpos al son de las canciones que habían sonado en la radio durante el verano. Ella permaneció sentada en un taburete en la barra.

—Creo recordar que te gustaba bailar —comentó Felipe, a su lado.

—Y recuerdas bien —asintió, con una sonrisa—, pero saltando encima de mi cama, sola, sin hacer el ridículo delante de nadie.

Él le dedicó esa sonrisa arrebatadora que lograba detener su corazón unos segundos. Eugenia respiró hondo, girando su copa entre las manos.

—Me alegro por ti —le dijo, sin mirarlo—. Enhorabuena por tu boda.

—No hay fecha.

—Todavía.

—Todavía.

Silencio.

—¿De qué me conoce Carlota? —quiso saber ella, clavándole los ojos en los suyos.

Pero Felipe no respondió.

—Felipe.

—No quiero mentirte.

—Dime de qué me conoce —se enfadó.

—No es buena idea que lo sepas —desvió la mirada y bebió un sorbo de su copa.

—Tampoco era buena idea cenar contigo y aquí sigo —se irguió, molesta.

—Nana... —chasqueó la lengua—. Te conoce por esto —le entregó un papel grueso doblado y roído en las cuatro esquinas—. La llevo conmigo en la cartera desde hace siete años y once meses. Y no preguntes más porque no voy a contestar.

Eugenia desplegó el papel y descubrió que se trataba de una fotografía, rota, dividida en dos partes desiguales y unidas por un trozo de celo. Faltaba una parte. Y en cuanto se percató de qué fotografía era... se quedó sin aliento. Solo salían Felipe y ella, Isabel había sido eliminada.

—Pero...

—Te he dicho que no preguntes.

—¿Cómo no quieres que pregunte si llevas una foto mía en la cartera? —inquirió, ruborizada—. ¿Por qué?

—Joder, Nana... —ofuscado, se revolvió el pelo.

—Felipe...

—No —le arrebató la foto y la guardó en la cartera—. Ha sido un error decírtelo.

—¿Como error ha sido que me dijeras esta tarde que querías que cenara con Richi porque querías verme?

—Sí.

Se contemplaron un instante cargado de tensión.

Eugenia no comprendía nada.

Tantas preguntas...

—Será mejor que me vaya —anunció ella, poniéndose en pie—. Tienes razón. Ha sido un error venir. Discúlpame con tus amigos y con Sofi, por favor.

—No —la agarró del brazo—. No te vayas.

Permanecieron en silencio, mirándose.

—¿De verdad te alegras por mi boda? —le preguntó Felipe en un ronco susurro, muy cerca de su oreja.

Eugenia desvió los ojos, incapaz de protegerse de su maldición, y de él...

—No, Nana. Mírame —la sujetó por la barbilla y la obligó a mirarlo.

—No puedo... —se retorció ella para soltarse, pero Felipe no se lo permitió, sino que la cercó con sus brazos con fuerza.

—Ahí está... —murmuró él, analizando sus ojos—. Por fin...

—¿El qué? —le latía el corazón con tanto ímpetu que temió sufrir un infarto.

—Esa mirada que me hacía invencible. Siempre que me mirabas como lo haces ahora, me sentía un dios invencible —suspiró de manera entrecortada—, tu príncipe rojo.

Eugenia se asustó tanto que lo empujó y corrió hacia el servicio llorando.

Su amiga no tardó en buscarla.

—Thelma... —con una sonrisa tremendamente triste, la abrazó contra el pecho, la acunó como haría una hermana—. Nos vamos.

Ella asintió. Se calmó, se refrescó la cara y dibujó una sonrisa que pretendía ser alegre.

Se despidieron de sus nuevos amigos, pero Ricardo insistió en llevarlas a casa, por lo que se montaron los cinco en el coche de Felipe y ya en el portal, intercambiaron sus móviles con Richi y Carlota.

Tumbadas en la cama, hablaron de lo que había pasado hasta que Sofi se quedó dormida, pero ella no podía conciliar el sueño, su interior era un barullo de incoherencias, de recuerdos, de

interrogantes...

Entonces, su teléfono sonó dentro del bolso. Anduvo hasta el salón y cogió el iPhone. Era un mensaje de Felipe.

F: *Dime que estás bien.*

Se planteó si contestarle o no, pero él volvió a escribirle.

F: *Contesta o me presento en tu casa y despierto a Sofi.*

Se enfadó por la orden y la amenaza.

E: *¿Como tú contestaste a mi mensaje?*

F: *Touché. Contesta.*

Bufó, indignada.

E: *Estoy bien.*

F: *Sabes que odio las mentiras.*

E: *Me has dicho que te diga que estoy bien, y eso he hecho.*

F: *Ahora dime la verdad.*

E: *Responde a una pregunta y te diré la verdad.*

F: *Cuál.*

E: *¿Por qué llevas una foto mía en la cartera? ¿Y por qué quitaste a Isabel de la foto? Teníamos muchas fotos tú y yo solos, ¿por qué esa?*

F: *Eso son tres preguntas, y la primera es innecesaria porque sabes la respuesta, te lo dije en el aeropuerto.*

E: *¿Hace ocho años o el lunes pasado?*

F: *Hace siete años y once meses, y también te lo dije el lunes pasado.*

Se hartó.

E: *¡Me desquicias con tanta corrección! Hiciste lo mismo cuando me presentaste a tu novia: fuiste a decir Nana, pero te corregiste en el último momento. ¿Es que te avergüenzas de llamarme así? Te recuerdo que fuiste tú quien me puso el apodo, por cierto, el mismo día que se tomó la foto que llevas en la cartera.*

F: *Me corregí en el último momento porque eres mi Nana, y no soportaría que alguien que no fuese yo te llamase así.*

Eugenia no pudo continuar hablando con él. Soltó el móvil. ¿Por qué le decía esas cosas? ¿Por qué llevaba una fotografía de los dos juntos en la cartera? ¡¿Por qué?!

El viernes siguiente, Felipe aterrizó en Berlín y tomó un taxi para dirigirse directamente a las oficinas de DATCO, en el centro de la capital alemana, sin cambiarse el uniforme por ropa más cómoda. Tenía reunión de empresa y el señor Ordeno era muy quisquilloso, tanto con la puntualidad como con el aspecto de sus empleados. Con las ojeras y el agotado estado de ánimo, no pudo hacer nada.

—¡Cielo! —exclamó Carlota, al verlo traspasar la puerta giratoria en la recepción del impecable, acristalado y lujoso edificio.

Se besaron en los labios.

—¿Qué tal el vuelo?

—Bien, como siempre —sonrió, aunque últimamente la alegría no hacía acto de presencia en su cuerpo.

Se ajustó la chaqueta azul marino, abotonándose, y subieron por el ascensor hasta la última planta, la número veintidós, donde se hallaban los despachos de Bruno y Carlota y la sala de juntas.

—¿Qué tal, muchacho? —lo saludó el señor Ordeno cuando el elevador se abrió. Estaba hablando con su secretaria.

—Buenos días, Bruno —correspondió él, estrechándole la mano.

—Pasemos a mi despacho.

Los tres entraron en la primera habitación de la izquierda. Felipe dejó su pequeño equipaje en una esquina del amplio saloncito que había a la derecha del magnífico escritorio de roble.

Bruno Ordeno era un hombre muy alto y ancho. Poseía un bigote grueso, acorde a su nariz chata y a su boca carnosa. Sus cabellos eran cortos, gris oscuro, a juego con sus ojos saltones, y peinados con raya lateral. No era atractivo en el sentido clásico, pero irradiaba una férrea seguridad en sí mismo que llamaba la atención del sector femenino. En cuanto a su personalidad, era muy rígido con las normas, exigente y juicioso, pero siempre se comportaba con una educación intachable y un trato sencillo, como su hija.

Se acomodaron en los sofás, de cuero marrón y acolchados.

—La semana que viene iremos a Madrid —comunicó Bruno, mostrando su deslumbrante dentadura blanca—. ¿Sigue en pie la comida con tus padres?

—Sí —asintió.

Carlota enlazó una mano con la suya.

—¿Y para cuándo es la boda? —quiso saber el señor Ordeno, irguiéndose un ápice para estar en la perfecta postura, también como su hija—. Que quiero ser abuelo pronto, ya tenéis una edad —bromeó.

Felipe se obligó a sonreír cuando, en ese momento, lo que deseaba era salir corriendo.

—¡Papá! —lo reprendió su novia, riéndose—. Ya te dijimos que primero vamos a vivir unos meses juntos.

—Si lo tenéis tan claro, primero la boda. ¿O me equivoco, Felipe?

—No, Bruno. La boda es un hecho, pero yo vivo entre Berlín y Madrid, vuelo seis días a la semana y Carlota trabaja y vive aquí. Necesitamos ver cómo lo haremos.

Padre e hija se dedicaron una mirada enigmática.

—Mi padre quería darte la sorpresa después de la reunión —le confesó ella a Felipe, colgándose de su brazo—, pero yo no puedo esperar más. ¿Papá?

Bruno sonrió.

—Muchacho, quiero que aceptes la gerencia de DATCO, compartida con Carlota. Yo me quiero jubilar, ya lo sabes, y quién mejor que mi yerno y mi hija para sucederme, un yerno, además —levantó una mano para enfatizar—, que conoce el funcionamiento de la empresa al dedillo por ser el mejor piloto que ha tenido jamás.

Felipe no pudo decir ni hacer nada. Se paralizó. Se le secó la garganta. Estuvo tentado de aflojarse la corbata azul y desabotonarse la camisa blanca en el cuello.

—¿Cielo? —lo llamó Carlota, preocupada por su palidez.

—Es una gran decisión —afirmó el señor Ordeno, serio y grave—, no tienes que decidirlo ahora mismo, pero sería la solución perfecta para vosotros. Viviríais en Berlín y tú, Felipe, no estarías siempre en el aire. Vais a formar una familia, ¿no te gustaría pasar todo el tiempo posible con tu mujer y tus hijos?

Desde niño, su sueño había sido ser piloto, como su abuelo. Este, piloto militar, le mostró su pasión por volar desde antes de que pudiera recordar. Y Felipe jamás había deseado otra cosa que aprender a pilotar y ser como su abuelo. Había estudiado Ingeniería Aeronáutica; después, se había sacado la licencia de piloto privado y, a continuación, la de piloto comercial. Su abuelo, en el testamento, le legó todos sus ahorros para pagarle así las licencias; eran muy caras y su familia no tenía tanto dinero. Habían vivido de forma acomodada pero normal, colegios e institutos públicos, vacaciones en hoteles de tres estrellas como mucho, pocos restaurantes y pocos caprichos, pero nunca se habían quejado, ni él ni Alba, todo lo contrario.

Ahora, su futuro suegro le ofrecía dejarlo... Tenía treinta y siete años, iba a casarse, sabía que debía renunciar a ciertas cosas, eso lo había hablado con su novia, pero no habían mencionado que abandonase su profesión, que dijera adiós a ser piloto para encerrarse en un despacho y dirigir una de las empresas más importantes de Europa. No era miedo. No se asustó por lo que el cargo conllevaba, aprendería rápido y se esforzaría como el que más para convertirse en el mejor jefe.

—Os dejaré solos —anunció Bruno, percatándose de su inquietud.

—¿Qué ocurre, Flip? —lo interrogó Carlota, acariciándole la espalda, cuando su padre se marchó.

Felipe se incorporó y se desabrochó la americana. Se aproximó a la pared del fondo, acristalada, como todo el edificio en su exterior, y observó las vistas de la ciudad de Berlín.

—Ya has oído a mi padre —ella le siguió—, no hace falta que digas ahora mismo que sí, puedes...

—¿Que diga ahora mismo que sí? —repitió, dándose la vuelta con las manos en las caderas—. No hay posibilidad de negarme, entonces.

—Yo no he dicho eso —titubeó, retorciéndose los dedos en el regazo—, yo solo...

—Eso es lo que esperáis de mí, ¿no? —pronunciaba las palabras con tranquilidad—. Un despacho y mucho más dinero del que gano.

—Felipe...

Él respiró hondo, restregándose la cara. Estaba cansado, no solo físicamente. Demasiadas emociones y noticias en tan poco tiempo.

—Mira, Carlota, os agradezco mucho el puesto, pero yo no empecé una relación contigo para terminar en la silla de tu padre. No lo he querido nunca. Tampoco ahora.

—Lo sé —sonrió con dulzura—, por eso te quiero tanto —le enroscó los brazos en la nuca—. Tú nunca me has mirado más allá de mi persona. Nunca le has dado importancia a mi familia ni a mi dinero —se tornó seria, jugueteando con el cuello de su chaqueta—. Pero reconozco que ya no me gusta tanto estar viajando de un país a otro: tú, una semana y yo, la siguiente. Deberíamos

asentarnos en un sitio, así nos veríamos más, compartiríamos más tiempo juntos, Flip. Eso de vernos solo los fines de semana...

—Y ese sitio es Berlín —adivinó, con el ceño fruncido, sin corresponder a su abrazo. Continuó inmóvil.

—Bueno... —se encogió de hombros—. Mi trabajo está aquí y tú vuelas todo el tiempo para una compañía que está aquí. Si aceptaras la gerencia conmigo ya no tendrías que volar más y...

Felipe se soltó y se sentó de nuevo en el sofá. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en los muslos.

—Me estás diciendo que deje de volar, Carlota —sus ojos se perdieron en el infinito—. No concibo mi vida sin volar, ya lo sabes.

—No; en realidad, no lo sé.

Aquella respuesta le obligó a observarla con incertidumbre. Ella, de pie, a dos metros de distancia, tenía los ojos enrojecidos y ligeramente vidriosos; su expresión era de amargura, una amargura que jamás había mostrado hasta el momento.

Él se levantó.

—Carlota...

—Déjame hablar, por favor —le tembló la voz.

Felipe, grave, asintió y la escuchó.

—Llevamos tres años juntos —comenzó Carlota, en un tono bajo—. Tengo treinta y tres años, la edad perfecta para formar una familia. No hemos hablado nunca de tener hijos, pero te lo digo ahora: quiero casarme contigo y ser mamá pronto, es mi deseo —se estrujó el vestido en el escote con una sonrisa—. Quiero asentarme, contigo, y quiero hacerlo cuanto antes. Y también quiero que tú te asientes —su semblante se cruzó por la seriedad—. Sé que te gusta tu profesión, no porque tú me lo hayas dicho, eres demasiado reservado incluso para hablar de tu trabajo, sino porque tus ojos desprenden un brillo especial cuando mencionas algo sobre pilotar, o te quedas mirando el cielo abstraído de la realidad. Lo haces —tragó saliva—. Lo sé porque me fijo en ti, Flip. Estoy loca por ti y creo que ya es hora de que tú me demuestres que mis sentimientos son correspondidos.

Él arrugó la frente.

—Yo te quiero, Carlota.

—Sé que me quieres —acortó la distancia y lo besó en la boca—, pero no sé si me amas...

Felipe desvió la mirada. ¿Tan transparente era?

—Estos tres años —continuó ella, retrocediendo un par de pasos, abrazándose a sí misma— han sido los mejores de mi vida, pero sí es verdad que esta relación siempre ha sido como tú la has pautado —sonrió con tristeza—. Me compré un apartamento en Madrid por ti. Nunca me ofreciste que me quedara contigo en tu casa cuando volaba a España a verte —alzó una mano para que no la interrumpiera—. Al principio, no le di importancia porque estábamos conociéndonos, no había nada seguro entre nosotros, pero el tiempo ha ido pasando y yo sigo con mi piso y tú, con el tuyo. Y, en Berlín, te hospedas siempre en un hotel, no conmigo. Yo lo he aceptado y, si tengo que seguir aceptándolo, lo haré, pero, entiéndeme —lo tomó de las manos y se las apretó con cariño—. Te puede parecer una tontería lo que te estoy diciendo, pero estas cosas me hacen sentir muy insegura.

—No es ninguna tontería —la abrazó para reconfortarla—. Perdóname.

—Felipe... —escondió la cara en su cuello, estremecida—. Piénsate lo de mi padre, por favor. Me haría tanta ilusión que dirigiras DATCO conmigo...

Felipe sintió cómo se abría el suelo a sus pies y cómo una fuerza sobrenatural pretendía

arrastrarlo al abismo con cadenas y más cadenas. Cerró los ojos y recordó su primer vuelo como piloto al mando de un avión comercial. Sonrió sin darse cuenta.

—¿Eso es un sí? —le preguntó Carlota, confundiendo su gesto.

—Yo... —se apartó—. Necesito pensarlo.

Su novia le dedicó una enorme sonrisa.

—¡No has dicho *no*! ¡Y no sabes cuánto me alegro! —lo besó de forma sonora—. ¡Papá! —salió de la estancia, dejándolo solo y sumido en sus recuerdos.

Su primer vuelo...

Sacó la cartera del bolsillo del pantalón y desdobló la foto rota y unida con celo, la única que llevaba consigo a cualquier parte. La imagen fue tomada en un avión, en la cabina de mando. Él estaba sentado en su asiento, girado hacia la cámara con una gran sonrisa. Eugenia se encontraba en la otra silla, con los cascos puestos en la cabeza, sujetando la palanca de mando y con esa mirada tan especial que tantas veces le había hecho sentirse como un dios invencible.

Cuando él la abandonó aquella noche horrible, rompió la foto, quitó a Isabel, arrodillada entre los dos, y pegó las dos partes con un trozo de celo. Su primer vuelo fue el día que Eugenia cumplió diecisiete años, el día que Felipe la apodó como *Nana*, el día que él se sintió más vivo que nunca, el día en que todo cambió.

Demasiados recuerdos.

Demasiadas emociones.

Demasiados secretos.

—Vamos a la reunión —le indicó Bruno desde la puerta.

La reunión fue como todas las que hacían una vez al trimestre. Al señor Ordeno le gustaba charlar con sus empleados por si hubiera algún problema personal o laboral. Era un buen jefe, respetuoso, y escuchaba antes de emitir conclusiones.

Felipe, sentado en torno a la gran mesa ovalada, pensó en la conversación que había mantenido con Carlota, aunque no fue el rostro de ella el que su mente evocó al percatarse de que la decisión estaba tomada incluso antes de pensarla.

Su iPhone vibró en el interior de su americana. Lo sacó con discreción, se retiró unos centímetros y leyó el mensaje.

E: *Solo te escribo para saber si te parece mal que vea a Richi. No te estoy pidiendo permiso, que quede claro, pero me ha llamado para tomar un café conmigo y como es tu amigo, si él y yo nos hacemos amigos significa que tú y yo coincidiremos alguna vez y... no sé si eso te parece buena idea.*

Él arrugó la frente. Ricardo le había confesado a Felipe, el domingo pasado, al día siguiente de la cena, que, aunque Eugenia le había gustado nada más conocerla, Sofi le había encantado. Entonces, ¿por qué Richi quería quedar con Eugenia? ¿Acaso pretendía jugar con las dos?

Le envió un mensaje a su amigo.

F: *¿Pero a ti no te había gustado Sofía?*

R: *Sí, ¿por qué la pregunta?*

F: *¿Y por qué quedas con Eugenia?*

R: *Si no supiera que te vas a casar con Carlota, pensaría que estás celoso...*

Felipe se sonrojó. Se disculpó y salió al pasillo para telefonar a Ricardo, que descolgó con

una carcajada.

—*A ver, tío, que no tienes que hacer de hermano mayor* —le avisó Richi a través de la línea, en un tono divertido—. *Le he pedido a Eugenia tomar un café porque quiero hablar con ella antes de intentar nada con Sofía.*

—Sigo sin entenderlo —masculló él, recostándose en la pared y bajando los párpados.

—*Es muy simple, tío. Te pedí quedar con Eugenia porque me gustó y me apetecía conocerla, cosa que todavía sigo pensando y queriendo. Pero luego fue ver a Sofía y te juro que me tembló todo el cuerpo como no me ha pasado nunca, me creas o no. Es guapísima y muy divertida. Pero es la mejor amiga de Eugenia, lo que significa que tengo que ganarme a Eugenia, no sea que se crea que me gustan las dos, aunque es cierto que me gustan las dos, pero de diferente manera. ¿Supone algún problema para ti que Eugenia y yo seamos amigos? Te confieso que quizás la necesite un poco para conocer a Sofía.*

—¿Me explicas desde cuándo necesitas a Na... a alguien para liarte con una tía? —golpeó el suelo con el pie de forma insistente.

—¿Y me explicas tú a mí por qué siempre te corriges cuando vas a nombrar a Eugenia?

Silencio.

—*Me dijo Carlota que Eugenia es la hermana pequeña de tu ex, Isabel, que es un tema bastante peliagudo y que desconoce el motivo, pero que todavía proteges a Eugenia a pesar de haber estado distanciados ocho años.*

—Richi... —tragó saliva.

—*Tranquilo* —suspiró—. *Mira, Flip, sé que no soportas los interrogatorios ni que te saquen las palabras obligado, mucho menos que te presionen para hablar de algo de lo que no quieres hablar, pero me gustaría saber qué significa Eugenia para ti, solo así podré entender esa protección que dice Carlota que sientes hacia ella y de la que yo he sido testigo. Pero si supone un problema para ti, pídemelo y no volveré a ver más a Eugenia y a Sofía.*

Felipe sonrió. Tenía la suerte de contar con un amigo tan leal como Ricardo, y se merecía saber la verdad.

—La llamo *Nana*, por eso siempre me corrijo, el apodo me sale solo, pero...

—*No quieres que nadie más la llame así.*

—Exacto.

Ambos inhalaron aire y lo expulsaron de manera relajada.

Su amigo esperó con paciencia a que prosiguiera.

—Si ya sabes por Carlota que *Nana* es la hermana de Isabel...

—*Tu ex novia, sí.*

—Pues no sé qué más quieres saber, Richi. La conozco desde que ella tenía siete años y yo, diecisiete. Isabel y yo estábamos muy unidos antes de ser novios, así que, prácticamente, he visto crecer a *Nana*. Pasaba la mayor parte de la semana en su casa o en la mía, pero siempre con ellas, siempre juntos los tres. Hasta que me marché hace... —carraspeó, incorporándose— ocho años.

—*O sea, que tú, para Eugenia, has sido siempre su héroe, ¿me equivoco?*

Aquel comentario tan acertado le robó el aliento. Un sudor frío lo invadió.

—*Te conozco, Flip. Eres guapo, aunque no tanto como yo* —se rio—, *y para una adolescente, el amigo guapo de su hermana mayor siempre es el protagonista de sus sueños adolescentes, y no lo sé, pero me lo imagino, tú lo has sido de Eugenia, el tópico. Ahora, mi pregunta es...* — permaneció callado unos segundos—. *¿Fue recíproco?*

—¡Joder, Richi! —exclamó Felipe, aterrado de pronto.

Ricardo soltó una carcajada.

—*Desear a la hermana pequeña de tu novia no es ningún pecado, aunque esa hermana sea menor de edad.*

—Richi...

—*Bueno* —lo cortó adrede—, *entonces, ¿sí o no?*

—Sí o no, ¿a qué? —suspiró con fuerza, caminando por el pasillo—. Estoy empezando a perder la paciencia contigo, tío.

—*Joder, eso es nuevo!* —exclamó Richi, sorprendido—. *Parece que Eugenia no es solo la hermana pequeña de tu ex.*

—Bueno, ya vale —se encrespó—. Hacía siete años y once meses que no nos veíamos, un tiempo bastante importante para tenerlo en cuenta. La relación se perdió. Punto. ¿Algo más?

—*Creía que eran ocho años, no siete años y once meses...*

—Dios... —se deslizó por la pared hasta sentarse en la tarima y dejó caer la cabeza hacia delante—. Richi, yo...

—*Respira, Felipe* —añadió su amigo con seriedad—. *De repente, entiendo muchas cosas.*

—Richi...

Silencio.

—Richi, queda con ella si quieres, pero, por favor —añadió en un susurro—, no le hagas daño.

—*Lo que puede haber entre Eugenia y yo solo será una amistad sana, nada más.*

—No tienes que darme explicaciones —apretó la mandíbula.

—*Sí, tengo que dártelas, los dos ahora sabemos por qué.*

—¿Tan transparente soy? —se tiró del pelo, desesperado—. Joder... Por favor, dime que no...

—*No lo eres, eres justo lo contrario, muy reservado.*

—Eso es lo que me ha dicho Carlota hace un rato.

—*Y tiene razón. Es muy complicado conocerte, te guardas a ti mismo con excesivo celo. ¿Siempre has sido así?*

No respondió.

—*¿Algún día me lo contarás?* —le pidió su amigo.

—No lo sé, Richi, supongo que no hay nada que contar.

—*¿Supones?, porque yo ya tengo muy claro que guardas mucho más de lo que me imaginaba.* Carlota salió del despacho, junto al resto de los empleados.

—Tengo que dejarte, Richi —le dijo Felipe, incorporándose—. Queda con ella.

—*Solo amistad sana, Flip, te lo prometo.*

—Te creo, pero, aunque fuera algo más, solo te pido que no le hagas daño.

—*Descuida.*

Colgaron.

—¿Con quién hablabas? —se interesó su novia.

—Richi. Va a quedar con Eugenia para hablar con ella y aclararle que quiere ir a por todas con Sofi.

—La verdad es que, cada una en su estilo, son dos niñas increíbles —comentó, colgándose de su brazo y empezando a caminar hacia el ascensor—. Me cayeron muy bien.

—Oye, Carlota, la foto de...

—No, cielo —lo besó en la mejilla—. Eugenia es como una hermana pequeña para ti y significó tanto en tu vida que entiendo perfectamente que la llesves contigo. Aunque no te voy a negar que me sorprendió cuando la conocí.

—¿Por qué lo dices?

Se metieron en el elevador.

—En la foto se la ve muy jovencita —le explicó Carlota—, pero, en persona, vi a toda una mujer a la que temer.

—¿Temer? —arrugó la frente.

—Es preciosa. Eugenia tiene un pelo precioso, unos ojos preciosos, una boca envidiablemente preciosa, un cuerpo precioso y hasta sus gestos y su voz son preciosos —emitió una carcajada—. Richi se quedó corto en la descripción que me dio de ella. Y si Eugenia se parece, aunque solo sea un poquito, a su hermana Isabel, no me extraña que fuera tu novia.

—No se parecen en nada —musitó Felipe con determinación.

—Perdona —se disculpó de inmediato—, no he querido recordarte lo de Isabel.

—Tranquila —enlazó una mano con la suya. Sonrió—. No te preocupes.

Almorzaron los tres, Carlota, Bruno y él, en un restaurante informal cerca del hotel donde Felipe se alojaba el fin de semana, pues el domingo por la tarde volvía a trabajar, tenía un vuelo a Bilbao y otro seguido a Madrid.

Horas más tarde, mientras esperaba para reunirse con su novia, le llegó un mensaje.

E: *¿De verdad te resulta tan complicado contestarme a los mensajes que te envío, y más cuando en el último te hice una pregunta? Porque por mucho que no te guste responder, es de buena educación, al menos, contestar.*

Él, tumbado en la cama de su habitación del hotel, descalzo, se echó a reír.

F: *Estás enfadada y lo entiendo, tienes razón, pero justo al leer tu mensaje hablé con Richi por teléfono y se me pasó. Perdóname. ¿Qué tal ha ido el café?*

E: *Sigues sin responder a si te parece bien que Richi y yo seamos amigos.*

F: *La semana pasada, cuando insistí en que vinieras con Sofi a la cena, me preguntaste si yo te lo pedía por Richi y te contesté que si te dijera que sí, te estaría mintiendo, y ambos sabemos que yo no miento, Nana, así que, por favor, no insistas.*

E: *Cuando te pregunté si te parecía bien no me refería a mi amistad con Richi, sino a que tú y yo coincidamos más, por Richi.*

F: *No tiene que parecerme bien o mal.*

E: *¿De verdad que eres desesperante, joder!*

F: *¿Y tú desde cuando dices tacos?*

E: *No me cambies de tema.*

Felipe se enfadó. Se enfadó como hacía siete condenados años y once meses que no se enfadaba. Se sentó en el borde del colchón.

F: *¡Tú nunca hablas mal!*

E: *¿Sabes qué, Felipe? Ya no soy una niña. Tengo veintisiete años y tú y yo no somos nada, así que no te debo ninguna explicación. Y en cuanto a Richi, espero que te prepares para verme más, y si no te parece ni bien ni mal, me alegro, me quitas un peso de encima.*

F: *¿Qué significa eso de que te quito un peso de encima?*

E: *Prefiero no responder a esa pregunta... ¿Te suena de algo?*

Ofuscado, se revolvió el pelo.

F: *¿Sabes tú una cosa? No puedes estar más equivocada...*

E: *¿A qué te refieres?*

F: *Prefiero no contestar a esa pregunta.*

Eugenia soltó un chillido de frustración.

—¿Qué pasa, por Dios? —exclamó Sofía, que había dado tal brinco en el sofá por el susto que aterrizó de bruces contra el suelo—. Ay... —se frotó la frente por el golpe.

—¡Que me desespera, jo-joder!

—Uy... —silbó, enarcando las cejas—. ¿Qué te ha dicho?

Le entregó su móvil para que leyera la conversación, y su amiga estalló en carcajadas.

—No le veo la gracia por ningún sitio, se supone que tienes que estar de mi lado —masculló Eugenia, entrecerrando los ojos.

—Relájate, Thelma, porque sí tiene gracia, y por todos los sitios —se levantó y tiró de sus brazos para que se incorporara—. Ahora, nos vamos a arreglar, que hemos quedado con Richi y unos amigos suyos para tomarnos una copa. Después, cuando estemos bailando y riendo, nos hacemos unas cuantas fotos y se las envías a Felipe.

—¿Por qué tendría que hacer eso, si puede saberse?

—Prefiero no responder a esa pregunta... —y, automáticamente, se echó a reír.

Eugenia emitió otro chillido y se fue a duchar dando un portazo, lo que provocó más carcajadas por parte de Sofi.

—¡Y yo no bailo delante de nadie!

Un rato más tarde, esperaban a Ricardo en la calle.

—¡Hola! —las saludó Richi al detener su coche, un BMW Serie 5 Gran Coupé, de color negro. Salió y las besó en las mejillas.

El estilo informal de vaqueros oscuros, camiseta blanca, americana y zapatillas de ante concordaba con su personalidad solazada y pícara. Sofía se derritió al verlo, aunque enseguida se recompuso para que él no se diera cuenta. Era una mujer segura, decidida, exigente y muy inteligente. Le encantaba Richi, había estado toda la semana hablando de él, pero Sofi jamás daría el primer paso hasta estar convencida de las buenas intenciones de Ricardo. Y tras el café que había compartido Eugenia con él, ya no había duda de que las mariposas de Sofía eran correspondidas. El flechazo había sido fulminante.

Se montaron en el coche y partieron rumbo a una terraza al aire libre, con sillones blancos, palmeras en las esquinas, una única barra circular en el centro y música comercial que ambientaba el lugar. La gente bailaba y disfrutaba.

—¡Richi, aquí! —lo llamaron unas voces masculinas desde la zona VIP.

Eran los amigos de Richi.

Tras las correspondientes presentaciones, Eugenia y Sofía se pidieron un mojito, su bebida favorita.

—Así que conoces a Felipe desde hace años, Eugenia —afirmó Tomás, o *Tomy*, para los más allegados, también rubio, de bonitos ojos verdes de pestañas interminables, el más bajito de todos, aunque continuaba siendo más alto que ellas dos. Las facciones de su rostro eran refinadas y elegantes, pareciendo más un niño que un hombre de treinta y cinco años, piloto, como los otros—. ¿Amigos o algo más?

—La sutileza no es lo tuyo —lo regañó Ricardo, con la frente arrugada.

—No sería el primer hombre de treinta y tantos interesado en una chica de veintisiete, ¿no? —enarcó las cejas con clara intención.

Richi se ruborizó por la indirecta, al igual que Sofi, aunque esta ya había cumplido los veintiocho. Los demás se rieron, abochornando más a la inminente pareja.

—¿Entonces, Eugenia? —insistió Tomy.

—Viejos amigos —contestó ella—. Bueno, amigo de mi hermana, por eso lo conozco.

—¿A qué te dedicas? Deduzco que piloto no eres —le dedicó una sonrisa pícaro.

A continuación, ambos se embarcaron en una conversación agradable, fluida y distraída sobre el trabajo, la familia, los viajes...

—Siento mucho lo de tus padres —le dijo él con gravedad, afectado por la noticia—. ¿Eras muy pequeña?

—Gracias —sonrió, posando una mano sobre su brazo—. Tenía diecisiete años.

—¿Y por eso tienes miedo a volar?

Eugenia negó con la cabeza.

—Mi miedo a volar ha sido desde que pisé un avión con nueve años. No pasó nada, pero cuando tenía siete, intenté volar por mi casa después de haber visto *Peter Pan*, era mi película favorita —los dos se rieron—. Mi madre no paraba de gritarme que jamás podría volar, que solo lo hacían en las películas, en la ficción, y que la ficción estaba en la televisión, no en la vida real. Así que, cuando me metí en el avión y despegamos, me tiré todo el vuelo aterrada pensando que estábamos dentro de la televisión y que no volveríamos a la vida real.

—¿Adónde fuiste? —consiguió preguntar, tras el ataque de risa que le dio por la cómica historia de su miedo a volar.

—A París —dulcificó la sonrisa—. Mi madre era una apasionada de la moda. Conocía a mucha gente del mundillo, estuvo trabajando muchos años como fotógrafa para revistas tipo *Vogue*, *Elle*, *Telva*... Y siempre conseguía pases para la semana de la moda de París, de Milán y de Nueva York. Era muy buena. Hacía también exposiciones de las fotografías de sus viajes.

—¿Viajaba mucho? —sonrió con cariño.

—Sí. Mi padre siempre la acompañaba. Después —gesticuló mientras hablaba—, cuando volvían, mi madre se encerraba en su cuarto oscuro, donde revelaba a mano las fotos. Las digitalizaba también y escribía una crónica de cada viaje junto con las imágenes correspondientes al mismo, creando un libro de viajes. Le publicaron ocho —suspiró—. Era una artista y una romántica empedernida.

—¿Te gusta la fotografía? —quiso saber Tomy, muy interesado.

—Mucho —se le borró la sonrisa—, pero no hago retratos.

—¿Y eso?

Ella desvió la mirada.

—¿Y tienes novio? —se interesó él.

—¡Tomás! —profirieron el resto de los chicos entre carcajadas.

—¡Qué, joder! —se estiró la camisa con dramatismo exagerado, recordándole a Sofi. Obviamente, era el gracioso del grupo—. Es una pregunta simple. Es guapa y muy simpática, ¿qué pasa? —se irguió—. ¿Y bien, Eugenia?, ¿tienes novio o algún... viejo amigo con derecho a roce?

Eugenia se rio, agradeciéndole en silencio el no haber profundizado en el tema de sus fotografías.

—Soltera.

—Soltera... Eso hace que me gustes más —la sujetó de la muñeca y tiró con suavidad—. Te invito a bailar, venga, que me has caído genial.

Ella se rio todavía más, resistiéndose.

—No puedo caerte genial porque estamos teniendo nuestra primera conversación. Y yo no bailo.

—En público —concluyó Sofia, con una traviesa sonrisa—, no baila en público, así que, Tomy, te reto a que consigas lo contrario.

—¿Tan mal bailas? —le preguntó él a Eugenia con una expresión de incertidumbre—. Algún defecto debías tener.

Ella soltó una carcajada. En realidad, le encantaba bailar y era lo que hacía cada noche después de cenar, una especie de deporte que le servía para desconectar y hacer ejercicio.

—Hazlo —le susurró Sofí al oído—. Nada te retiene, ¿o sí?

Eugenia la observó y negó, sonriendo. Enlazó una mano con la de Tomás y lo condujo a la pista, alrededor de la barra. Pensó en Felipe, no pudo evitarlo, y se movió al ritmo de la música, olvidándose de que no estaba saltando en su cama, sino en una discoteca llena de gente, pero... ¡qué importaba! Le estaba dando una lección a su príncipe rojo, aunque él no lo supiera, pero ella, sí, suficiente para sentirse mejor. Y disfrutó. Y esa canción cedió a otra. Y a otra.

—Bailas muy bien —la obsequió Tomy, agachándose para que lo oyera.

—Tú, también —sonrió.

Entonces, sin esperarlo, la tomó por un hombro y se inclinó para depositar un casto, pero prolongado beso en su mandíbula, en la frontera con el cuello. Eugenia, atónita, se tapó esa porción de piel, con las mejillas acaloradas y los labios separados. Tomás analizó sus ojos a conciencia.

—Lo siento, no quería incomodarte —le confesó él, muy serio.

—Yo...

Tomy, entonces, sonrió con un fulgor especial en su verde mirada, más clara que la suya, rozando el azul, un fulgor que acrecentó sus pulsaciones. La besó en la mejilla y la rodeó por la cintura con suavidad.

—Tranquila, Eugenia, nunca haré nada que no quieras y ahora mismo no te intereso, ¿verdad? —le guiñó un ojo—. No te preocupes, haré que me quieras, de eso puedes estar segura, aunque solo consiga que sea como amigo, pero mereces la pena —la besó en la mejilla de nuevo y regresaron con los demás.

—Dime ahora mismo que no he visto lo que creo que he visto —le exigió Sofia, empujándola hacia los servicios para hablar a solas—. ¡Te ha besado!

—Yo...

Su amiga le pellizcó el brazo.

—¡Ay! —protestó Eugenia, frotándose la zona afectada—. ¿Por qué has hecho eso?

—Porque no reaccionabas —se apoyaron en la pared—. Ahora, te escucho.

—Me ha... Me ha... —era incapaz de hilar una frase con coherencia.

—¿Te pellizco más?

—¡No! —se alejó con prudencia—. Me ha besado casi en el cuello...

—¿Te gusta Tomy?

—Es guapo, divertido y baila muy bien —sonrió.

—Y, por lo visto, cariñoso, como tú —también sonrió—. Y me ha dicho Richi que Tomy no suele acercarse a ninguna chica, sino al revés, y que cuando eso sucede es porque la chica le ha gustado mucho.

—Acabo de conocerlo, Sofí, ¿y ya me quieres emparejar?

—Thelma, no...

—No —la cortó—. No lo conozco. Y sabes que yo no soy así.

—Pues conócelo.

—Pero... —suspiró con fuerza—. El beso ha sido...

—¿Increíble?

—Iba a decir raro.

—Eugenia —la sujetó por los hombros con expresión de gravedad—. Siento decirte esto, pero tengo que hacerlo porque eres mi hermana y te quiero muchísimo. Tengo que ser sincera, aunque duela... —respiró hondo—. Felipe se va a casar con otra que no eres tú —su semblante se cruzó por la tristeza—. Quizás, ha llegado el momento de que empieces a mirar hacia delante. Solo has tenido un novio, después de que Felipe se marchara de tu vida, y era una maravilla de persona, pero no cuajó por lo que tú y yo sabemos, a pesar de los años que estuvisteis juntos.

Ella agachó la cabeza. Miguel había sido un buen amigo y, cuando Eugenia se percató de que su príncipe rojo jamás regresaría, ella decidió darle una oportunidad. Estuvieron cinco años y medio juntos, y fue un tiempo precioso, pero, en efecto, no cuajó porque nunca llegó a estar enamorada de él, una pena, porque Sofia tenía razón, era una maravilla de persona.

—¿Te gustaría conocer a Tomy? —insistió Sofia con las cejas elevadas—. Puede resultar que solo quiera un rollo, nunca se sabe, todo es probar. El caso es intentarlo. ¿Te gustaría?

—No sé... Sofi...

—Bueno, no es un no. A tu ritmo. Solo quiero que, si te apetece, no te cierres en banda, por favor —la abrazó—. ¿Volvemos?

Eugenia asintió. En ese instante, su iPhone vibró en su bolso bandolera. Lo sacó. Era un mensaje de Felipe. ¿La escribía precisamente ahora?

F: *Creía que solo bailabas saltando en tu cama, sin nadie presente... Está claro que las cosas sí cambian. Saluda a Tomy de mi parte. Por si no lo sabías, también es mi amigo, como Richi. ¿Te parece eso bien? (y no me importa que no me respondas a la pregunta, porque no me hace falta, es retórica).*

Eugenia se enfadó. ¿Qué pretendía? ¿Y cómo sabía que había bailado con Tomás?

—Sofía, ¿nos has hecho fotos a Tomy y a mí bailando?

—Ha sido Richi —respondió Sofia, extrañada—, ¿por qué la pregunta?

Le mostró la pantalla encendida de su teléfono para que leyera el texto de Felipe.

—Vaya... —silbó su amiga, asombrada—. Está celoso. Y es evidente que Richi le envió las fotos, lo que no entiendo es por qué.

—¿Qué? —se sonrojó, guardando el móvil—. ¿Celoso? —resopló sin delicadeza—. No digas tonterías.

—Tienes razón, no está celoso, lo que le pasa es que se sube por las paredes al saber que otro te ha estado abrazando, bien pegadito a ti —enarcó una ceja.

—¿Sofía!

—No se te ocurra contestarle, Thelma —se colgó de su brazo.

—No pensaba hacerlo, Louise.

—Bien, que te dure. Y olvídate del prometido del año y céntrate en ese chico tan guapo que te está esperando solo a ti —la empujó hacia Tomy.

—Hola —le dijo el propio Tomás con una sonrisa.

—Hola —le devolvió el gesto.

—¿Quieres otro mojito?

—Vale.

—Pues vamos. Te invito —enlazó una mano con la suya y la guio hacia la barra. Una camarera les entregó el cóctel enseguida—. Aquí tienes.

—No hacía falta la invitación, pero gracias.

Se miraron durante unos segundos, de incertidumbre por parte de ella. Sin embargo, decidió ignorar lo que su corazón le gritaba, que no era otra cosa que responder al mensaje de Felipe, y se atrevió: se alzó de puntillas y besó a Tomy en la mejilla. Él la contempló como si fuera la única mujer sobre la faz de la tierra. Y se sintió... rara.

—Me gustaría salir contigo a solas, Eugenia. Quiero conocerte.

—Yo también a ti —sonrió.

—Bien —hinchó el pecho, orgulloso y feliz, arrancándole una carcajada por el gesto tan teatrero.

—Nadie se aburre contigo, ¿eh?

—No permitiré que tú te aburras conmigo —le guiñó un ojo.

El resto de la noche fue... especial. Rara, pero especial. Tomás era muy atento, considerado, educado, estaba pendiente de ella sin agobiarla y no paró de hacerla reír, logrando que se relajase, que no pensase en Felipe y que, por fin, a sus veintisiete años, disfrutase, pues desde que habían muerto sus padres, se había sentido como una anciana, cansada física y psicológicamente, centrándose en sus estudios y en su trabajo para tener un porvenir digno, a pesar de su relación con Miguel. Y, ¿de qué servía preocuparse por un sueldo si no se saboreaba la vida? Y había sido la vida la que le había demostrado que el dinero tan pronto venía como se iba y que las pequeñas cosas, los detalles inmateriales eran los que de verdad curaban un corazón; lástima que el suyo aún no había sanado...

Ricardo y sus amigos las acompañaron hasta su casa en dos coches, sin aceptar un no por respuesta. Se intercambiaron los números.

Eran las cinco de la madrugada cuando las dos amigas se tumbaron en la cama, en pijama, dispuestas a dormir, pero ninguna tenía sueño. Estaban dichosas por habérselo pasado tan bien.

—Acaba de sonar tu móvil —le indicó Sofia, cayendo sentada en el colchón en una pose ridícula—. ¿Será... Tomy?

Se miraron y corrieron al salón. Fue Sofí quien atrapó su teléfono antes que ella. Y su expresión cambió de la felicidad al pasmo.

—Tienes siete mensajes de Felipe...

—¿Qué? —le arrebató el iPhone.

Procedió a leer. Se los había enviado en las últimas dos horas.

F: *Me parece increíble que te enfades si no te contesto a un mensaje, pero que luego seas tú la que no contestes.*

F: *Te quejas si me haces preguntas y no respondo, pero, si soy yo quien pregunta, tampoco recibo respuesta (y me da igual que sea retórica porque sigue siendo una pregunta).*

F: *¿Tan ocupada estás bailando con Tomy que no eres capaz de escribirme para dejarme tranquilo? Antes era tu príncipe rojo y siempre tenías un segundo para mí. Por supuesto que las cosas cambian, me lo estás dejando mucho más claro por momentos.*

F: *Y, sí, estoy intranquilo porque estás con gente que no conoces. Avisame cuando llegues a casa sana y salva.*

F: *No me malinterpretes, los chicos son geniales y sé que Richi se encargará de cuidarte, solo necesito saber que estás bien.*

F: *Por cierto, ¿también te vas a convertir en amiga de Tomy, como de Richi?, ¿o con Tomy serás una amiga especial?, porque con Tomy has bailado y con Richi, no, por algo será.*

F: *¿Sabes qué? Olvidalo. Me da igual lo que hagas o dejes de hacer porque, como bien has dicho, tú y yo no somos nada, tenías toda la razón. No sé por qué me molesto en preocuparme por ti.*

—No me lo puedo creer... —adiós a la alegría—. ¿Quién se cree que es para pedirme explicaciones, para regañarme como si fuera una cría y para exigirme que conteste a sus preguntas cuando él no lo hace con las mías? ¡¿Quién, mal-maldita sea?! —arrojó el móvil al sofá.

Y volvió a sonar. Sofía lo cogió y leyó el octavo mensaje.

—No sé si deberías leer esto.

—¿Por qué? —inquirió Eugenia, cruzada de brazos—. ¿Qué mi-mierda dice ahora?

Le tendió el iPhone.

—Ahora sí que me voy a dormir. Dulces sueños, Thelma —la dejó sola.

Lo leyó.

F: *Dios, Nana... Perdóname, por favor... Soy un imbécil. Si no quieres volver a saber de mí, lo entenderé, pero, antes de eso, contéstame a algo y te dejaré en paz: ¿de verdad piensas que tú y yo no somos nada? Necesito una respuesta.*

Eugenia se sentó en el suelo, sobre la alfombra, entre el sofá y el mueble de la televisión, justo en el centro de la sala. Tecleó.

E: *Somos viejos amigos, eso fue lo que le dijiste a Richi cuando me lo presentaste. Aunque dudo de que fuésemos amigos en el pasado. Me tratabas siempre como la hermana pequeña de tu amiga, una amiga que luego se convirtió en novia, pero yo seguí siendo esa hermana pequeña. Siempre me viste como una niña.*

F: *Te conocí cuando tenías siete años, Nana, por supuesto que eras una niña.*

E: *Pues los niños crecen. Yo crecí. Dejé de ser una niña. El día que cumplí diecisiete años discutimos, ¿te acuerdas? Estaba harta de que me trataras con un cuidado excesivo y como si fuera todavía una mocosa. Te grité. Era la primera vez que lo hacía. Nunca te había gritado antes. Y tú te enfadaste. Fue la primera y única vez que te enfadaste conmigo y que me gritaste. Me llamaste enana y ya me quedé con el apodo de Nana. Jamás olvidaré lo mal que me sentí... Me dijiste: «Eres la enana que me necesita para volar en un avión. El día que crezcas, que crezcas de verdad, que no me necesites para volar en avión, entonces dejaré de mirarte como la niña que todavía eres por mucho que te empeñes en negarlo». Supongo que sigo siendo esa enana que te necesita para volar en avión... Por un lado, me fastidia tener miedo a volar, porque eso significa que nunca dejarás de verme como una niña, pero, por otro lado, me encanta tener miedo a volar si tú estás conmigo porque jamás me he sentido tan bien en mi vida como cuando he estado entre tus brazos... ¿Qué somos tú y yo? ¿Hermanos?, ¿viejos amigos?, ¿qué? Yo no lo sé, Felipe, dímelo tú, por favor...*

Tardó en recibir la respuesta una interminable media hora. Y cuando ya creía que él no contestaría, su móvil sonó.

F: *Yo soy tu príncipe rojo y tú eres mi Nana, y eso es infinitamente mejor que ser viejos amigos, infinitamente mejor que ser cualquier otra cosa.*

Su corazón dejó de latir. Su iPhone sonó de nuevo.

F: *Yo tampoco olvidaré el día que cumpliste diecisiete años, ni la discusión, ni lo que te dije, ni cómo me miraste. Jamás podría olvidarlo, porque lo cambió todo. Y tenerte entre mis brazos en el avión cuando nos reencontramos en Barcelona ha sido lo mejor que me ha pasado en los últimos siete años y once meses. Y mi castigo, que no el único, es que nunca te vi como mi hermana pequeña. No preguntes, por favor... Buenas noches, mi Nana.*

—Buenas noches, mi príncipe rojo...

Dejó de odiar al policía de aduanas del aeropuerto del Prat en ese momento. Se secó con los dedos las lágrimas que había derramado sin darse cuenta.

Tú para mí eres mi Nana, y eso es infinitamente mejor...

Y mi castigo, que no el único, es que nunca te vi como mi hermana pequeña...

No preguntes, por favor...

Se durmió y soñó con esas frases.

Al día siguiente, Sofia no la interrogó, ni nombró a Felipe para nada.

Tomás y Ricardo les escribieron un mensaje a cada una para saber si les apetecía comer juntos, pero Eugenia lo rechazó, alegando que le dolía la cabeza. Tuvo que obligar a Sofi a quedar con Richi a solas.

—Sofi, no. Estoy bien, un poco cansada, nada más.

—Pero...

—Venga, ponte guapa y vete con Richi —sonrió, antes de hundir el rostro en la almohada.

—Thelma... —se sentó en la cama y le acarició el pelo—. Estoy empezando a odiarle.

Ella giró el rostro y la observó con el ceño fruncido.

—A Felipe —aclaró Sofia, con el semblante cruzado por la gravedad—. Lo siento, pero es verdad. Te voy a decir algo —respiró hondo, como si se armase de valentía—. Yo te conocí en un momento muy malo de tu vida, hacía poco que se habían muerto tus padres.

Eugenia se acomodó con la espalda en el cabecero y se rodeó las rodillas con los brazos.

—Estabas tan triste —prosiguió su amiga—, pero tan triste... No quería imaginarme cómo te sentías y no me hacía falta porque tus ojos hablaban por sí solos. Lo han hecho siempre. Y tus ojos transmitían una tristeza inmensa, tanta que a veces me ahogaba al mirarlos —tragó—. Y, a pesar de ello, me trataste desde el primer momento con dulzura y cariño —sonrió, emocionada, con los ojos brillantes—, porque eres dulce y cariñosa, Eugenia —le acarició la mejilla—. Pero esa tristeza se esfumaba cuando Felipe estaba presente o me hablabas de él, aunque fuera una bobada, como si te sintieras viva, viva de verdad, como si la sola presencia de Felipe te hiciese renacer y sacase a la verdadera Eugenia: sin tristeza, radiante, soñadora, feliz... —se le cayó una lágrima. Clavó los ojos en el infinito.

»Sin embargo, cuando Felipe se marchó, casi dos años después de la muerte de tus padres... —se humedeció los labios— te rompiste —la miró—. Dejaste de respirar, como si... —se estrujó la camisa en el pecho—. Como si él se hubiera llevado tu oxígeno y no pudieras vivir más —permaneció unos segundos callada—. Te dormías llorando, nombrándolo una y otra vez. Pasó el

tiempo y poco a poco comenzaste de nuevo a sonreír, creo que gracias a Miguel. Y a pesar de reconciliarte con Bel y de estar con Miguel, seguías sin ser tú. Eugenia, ¿sabes cuándo te he visto respirar por fin otra vez tras ocho años sin hacerlo? Cuando apareciste en el trabajo al volver de la boda de tu hermana. Tu mirada era diferente, tenía algo distinto. Y cuando te vi con él en el restaurante la semana pasada, lo supe —asintió—. Anoche te dije que quizás era el momento de mirar hacia delante y tú me dijiste que era hora de poner punto y final, pero, francamente, no vas a poder hacerlo hasta que termines tu historia con Felipe.

—Ni siquiera tenemos una historia...

—Thelma, tu historia con Felipe comenzó cuando eras una niña y conociste a tu príncipe rojo —sonrió—. Aún no ha acabado. Ni siquiera acabó cuando él se marchó. Y es más que obvio que para Felipe tampoco ha terminado. Para la tranquilidad de ambos y para que podáis continuar con vuestras vidas, debéis hablar y solucionar el pasado, porque hasta un ciego vería el dolor que padecéis los dos desde que os separasteis, aunque —frunció el ceño, pensativa— creo que esto se remonta a más atrás, pero prefiero callarme ya, no estás preparada para más sinceridad.

—Últimamente, abunda tu sinceridad —farfulló, metiéndose en la cama.

Sofía se echó a reír, la besó en el pelo y se fue, prometiendo regresar después, dejando a Eugenia sumida en los recuerdos.

Su amiga tenía razón, pero era todo tan complicado...



Felipe aterrizó en Barajas el domingo a las diez y media de la noche. El viento que evidenciaba el otoño español se notaba con fuerza en las alturas, aunque las turbulencias de los dos vuelos que había pilotado habían sido suaves; mejor para los pasajeros.

De camino a su casa, un piso de ciento cincuenta metros cuadrados en plena Castellana, cerca del estadio Santiago Bernabeu, sus celos no remitieron. Pensó que al llegar a Madrid se normalizaría su fiero y rabioso corazón, pero se equivocó. No había vuelto a hablar con Eugenia. Se había obligado a no hacerlo. Sí había hablado con Ricardo y este le había contado que Tomás y ella habían congeniado y que Tomy estaba más que interesado, que se lo contaba para que estuviera preparado cuando los viera juntos.

Juntos.

La mera palabra lo asqueaba.

Al entrar en el apartamento y soltar el equipaje en la entrada, al hallar su casa fría, oscura y silenciosa, al sufrir un escalofrío, se quitó la chaqueta del uniforme a manotazos y sacó el móvil del bolsillo del pantalón. Le envió un mensaje. Necesitaba saberlo...

F: *¿Has quedado con Tomy?*

E: *¿No sabes saludar con un hola? ¿Y tan difícil es para ti no hablarme como si me regañaras?*

Gruñó.

F: *Hola. ¿Has quedado con Tomy, sí o no?*

E: *¿Te das cuenta de que hemos estado ocho años sin vernos y, de repente, nos reencontramos y te crees con derechos sobre mí? No te debo explicaciones, ni te las pienso dar aunque me las exijas, porque tú no pides, tú exiges.*

—¡Joder! —se tiró del pelo con saña.

Ella tenía toda la razón. Felipe jamás se había comportado así con nadie, excepto con ella, tanto en el pasado como ahora en el presente. ¡Y no podía evitarlo! ¿Que se creía con derechos sobre Eugenia? Era su Nana, así de claro, y debía entenderlo de una buena vez para tranquilizarse los dos y no saltar a la defensiva cada vez que se hacían una pregunta, porque parecía que no sabían hablarse sin interrogarse y, por supuesto, sin responderse.

La situación era ridícula.

—¡Por el amor de Dios! Se acabó.

La telefoneó.

—*¿Me llamas para repetirme la pregunta por tercera vez?* —inquirió Eugenia nada más descolgar y en un tono que echaba pestes.

Su corazón dio un vuelco al oírla.

—Dios, te he echado de menos...

Aquellas palabras salieron de su garganta sin recibir orden alguna.

Ambos contuvieron el aliento.

—Joder, perdona, Nana, no debí...

—*Ya basta, Felipe* —su preciosa voz tembló ligeramente—. *No podemos seguir así, al menos yo, no, no sé tú... Pero yo no puedo continuar con este... Con esta especie de juego que nos traemos. Nos reprochamos, nos cuestionamos, recordamos cosas que pasaron hace mucho tiempo cada vez que hablamos o nos escribimos, como si no pudiéramos olvidar el pasado y...* —suspiró, irregular—. *Yo... No puedo seguir así... Te callas cosas, me omites cosas* —se corrigió—, *y cuando me dices algo tipo que me has echado de menos, como hace un momento, o que me quieres ver, me pides enseguida perdón porque te arrepientes. Llevas una foto mía en tu cartera, pero no puedes explicarme por qué y resulta que yo tengo que darte explicaciones de todo. Y no entiendo nada, en serio. Esto no es sano... No puedo volver a sufrir por tu culpa, por favor, no me lo pongas tan difícil... Yo era la hermana de Isabel. Cuando rompiste con ella, tú y yo nos separamos, ocho años después nos hemos reencontrado y he conocido a tus amigos. Punto. No quiero vivir en el pasado, no quiero anclarme, no quiero llorar sin parar como hacía antes y tampoco quiero esperar tus respuestas ni tus mensajes, ni pensar en cómo vas a reaccionar si te hago una pregunta u otra...* —tomó aire y lo expulsó. Y añadió en un susurro ahogado—: *Y tampoco quiero echarte de menos... Me costó, pero me acostumbré a vivir sin ti cuando me abandonaste, no quiero esa sensación otra vez porque ha sido verte y estar afectada de nuevo, pero ahora peor, porque antes no discutíamos y, en cambio, ahora, no hacemos otra cosa... De verdad, esto no es sano.*

Él se secó una lágrima solitaria que le recorrió el pómulo mientras la escuchaba.

—Nana... —carraspeó para aclararse la voz—. Tienes razón. Toda la razón.

—*¿Y qué hacemos al respecto?*

—No quiero perderte... —cerró la mano libre en un puño.

—*Felipe...*

—Pero saldré de tu vida si eso es lo que necesitas.

—*¿Lo que necesito o lo que quiero?*

—A veces queremos cosas que no podemos tener.

—*Eso lo dice alguien que solo busca conformarse con lo fácil.*

—Yo nunca me he conformado con lo fácil, pero... —respiró hondo, recostándose en la pared
—. Hace mucho tiempo, renuncié a algo que quería con toda mi alma, pero que no podía tener.
—*¿Y te arrepientes de haber renunciado a eso?*
—No. Era lo que tenía que hacer.
Ella chasqueó la lengua, como si adivinase de qué le estaba hablando. Y suspiró, resignada.
—*Me escribió Tomy ayer para quedar, pero le dije que no.*
—*¿Por qué?*
—*Me cayó muy bien cuando me lo presentó Richi. Hablamos mucho y nos reímos mucho. Me dijo que quería conocerme y le dije que yo a él, también.*
Los celos lo devoraron. Se contuvo, mordiéndose la lengua.
—*¿Y por qué lo rechazaste ayer?*
—*Porque ayer no hubiera sido una buena compañía, tenía la mente en otra parte, igual que hoy.*
—*¿Y dónde estaba tu mente?* —pronunció Felipe en un hilo de voz, rogándole al cielo la respuesta que tanto ansiaba.
—*En Berlín. Contigo.*
—Nana... —gimió su apodo, no pudo controlarse. Cayó de rodillas al suelo.
Entonces, la escuchó sollozar.
—No llores, por favor —se inquietó él, poniéndose en pie—. Hoy tu mente puede volver a Madrid. Ya estoy aquí.
—*Te vas a casar.*
De perdidos al río.
—Eso no quita para que seas mi Nana...
—*Esto no es sano... Para ninguno de los dos.*
—Lo sé... Lo sé... —cabeceó, restregándose la cara.
—*¿De verdad me has echado de menos?*
—*¿Alguna vez te he mentado?*
—*No.*
—Ahí tienes tu respuesta.
—*Felipe... Quiero verte...*
—Y yo, también, no sabes cuánto... —su cuerpo entero vibró de excitación como jamás le había sucedido—. Pero nos tenemos que ver cuando haya más gente.
—*Pero...*
—Es lo mejor.
—*¿Por qué?* —ahora le exigió Eugenia a él.
Silencio.
—*¡Contesta a la pregunta, mi-mierda!*
Aquello lo sacó de sus casillas y estalló.
—*¡Porque si te veo a solas no voy a poder contenerme, porque ya no aguanto más! ¡¿Estás contenta con tu jodida respuesta?!*
Silencio.
Felipe se sentó en uno de los sofás del salón.
—*¿Y por qué te contienes?*
—Porque no soy bueno para ti... —confesó en un susurro áspero, con los ojos cerrados—. El padre de Carlota es el dueño de la compañía aérea para la que trabajo.
—*¿DATCO?*

—Sí, DATCO. El viernes me reuní con él. Se suponía que Carlota asumiría la gerencia cuando él se jubilase.

—¿Se suponía?

—Sí, se suponía. Me quiere a mí para compartir la gerencia con ella.

Silencio incómodo.

—¿Y tú qué quieres?

Él emitió una carcajada incrédula.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? —se enfadó.

—Me río porque precisamente tú eres la única persona que me ha preguntado qué es lo que quiero al respecto. Ni Carlota, ni su padre, ni los míos, ni Richi.

—¿Y es malo que te lo haya preguntado?

—No, Nana —sonrió con tristeza—, pero eso reafirma mi teoría de no verte a solas. Y, no te preocupes, que yo me entiendo lo que quiero decir.

—Oh, no te preocupes tú, Felipe, que ya me estoy acostumbrando a no entenderte yo, pero a darme cuenta de que tú te entiendes muy bien solito.

—No te pega la ironía —se carcajeó, fue inevitable. Se picaba por todo, así había sido siempre. Era tan fácil enfadarla, y se volvía más bonita aún cuando se enojaba con él.

—Bueno, ¿quieres dejar de volar o no? —lo cortó, impaciente.

Felipe se paralizó. Ella había dado en el clavo...

—¿Felipe? —suavizó la voz—. ¿He dicho algo malo?

—Nana... —se quitó los zapatos y los calcetines y se tumbó—. Ese es el problema, que no quiero dejar de volar. Y no estoy seguro de querer encerrarme en un despacho.

—No lo hagas.

—No es tan sencillo.

—Por Carlota.

—Ella quiere que vivamos en Berlín y... Quiere ser madre pronto y yo...

Escuchó cómo Eugenia contenía el aliento de nuevo.

—Carlota me gusta, Nana, la quiero, es buena, muy buena persona, no me cuestiona, no me pide nada, tan solo me acepta como soy y acepta lo que puedo darle, que no es mucho... Es la primera vez en tres años que me pide algo y yo... —se angustió; de repente, le faltaba el oxígeno—. Carlota espera que acepte el puesto y que me mude a Berlín, quiere que vivamos allí y yo... —cerró los ojos—. Y su padre quiere que nos casemos ya y yo... ¡Yo no quiero, joder! —se incorporó—. ¡No puedo!

—Felipe, tranquilo... —se asustó.

—No sé si debería hablar contigo de esto...

—Para —lo cortó, decidida—. Soy tu Nana, ¿no?

—Sí —sonrió.

—Pues nunca temas decirme algo, por favor. Y necesitas hablar, así que aquí estoy.

Desembucha.

Él emitió una suave carcajada. Y volvió a tumbarse.

—Me gusta volar.

—Te encanta volar —rectificó ella—, o, mejor dicho, para ti volar es respirar aire puro.

Felipe se petrificó.

—No podías haberlo descrito mejor...

Y no solo volar era para él respirar aire puro.

—Felipe.

—Dime.

Silencio.

—*Es normal que Carlota quiera que aceptes el puesto y dejes de volar. Vais a casaros y lo lógico es querer formar una familia, más si ella quiere ser mamá pronto. Y para eso se necesita un poco de tiempo extra juntos, ¿no crees?*

—Los pilotos también son padres y madres —gruñó.

—*Por supuesto, y no pasa nada por seguir siendo piloto, pero es una profesión que no entiende todo el mundo* —se rio—. *¡Sois unos incomprensidos! ¡Los incomprensidos del cielo!*

—¿Y a ti? —se atrevió a preguntar—, ¿te gusta que sea piloto?

—*Felipe, por favor, que la primera vez en mi vida que te vi me tenías suspendida en el aire y yo creí que estaba volando...* —soltó una carcajada que lo contagi—. *No te concibo de otra manera que no sea volando. Creo que he respondido a tu pregunta, ¿no?*

Felipe sonrió.

—*¿Estás mejor?* —se preocupó Eugenia.

—Contigo siempre me siento mejor, Nana —se tapó los ojos con un brazo.

—*¿Y qué vas a hacer?*

—No puedo elegir pensando solo en mí.

—*Ya lo tienes decidido* —musitó, en un tono apenas audible.

—Sí, pero todavía no les he dado la respuesta que quieren.

—*¿Y cuándo os casaréis?*

—No lo sé, pero pronto, en cuanto les diga que acepto el cargo, buscaremos fecha. Bruno, el padre de Carlota, desea jubilarse ya. El sábado vienen ella y sus padres a comer con mi familia.

—*¿Se lo dirás entonces?*

—Sí.

Silencio.

—*Vaya... Estamos ocho años separados y ahora que nos reencontramos vamos a volver a separarnos porque te vas a mudar a Berlín. Y las dos veces, a Alemania. Es nuestro destino* —se rio, intentando, en vano, que sus palabras sonasen a broma.

A Felipe se le contrajo el estómago con crueldad.

—Siempre volveré a España, no todas las semanas, pero mi intención es hacerlo bastante a menudo. Estoy acostumbrado a vivir en dos países.

—*Hasta que Carlota se quede embarazada, porque dudo mucho que le apetezca coger un avión cada dos por tres, o que tú te separes de ella cuando más te necesite.*

Complicado.

—*Sí que cambian las cosas, Felipe* —añadió Eugenia, acongojada—. *La vida continúa y debemos seguir caminando por nuestros senderos, aunque sean diferentes o estén a kilómetros de distancia el uno del otro.*

Dolía. Dolía mucho... Comenzó a costarle respirar.

—Es tarde, Nana. Mejor hablamos en otro momento, ¿vale?

—*¿Me llamarás más veces? ¿O me escribirás?*

—¿Quieres que lo haga?

—Sí... —contestó sin dudar.

—Entonces, lo haré. Y... Nana.

—Dime.

—Si te gusta Tomy, dale una oportunidad —le costó lo inhumano decir aquello, pero se sintió bien—. Es un buen tío y te mereces a alguien así. Te cuidará y no te aburrirás con él. Lo sé. Lo

conozco.

Silencio.

—Prométeme que lo intentarás.

Silencio.

—Nana.

—*Te lo prometo.*

Silencio.

—Buenas noches, mi Nana.

—*Buenas noches, mi príncipe rojo.*

Colgaron.

Mi príncipe rojo...

Esas tres palabras bastaron para relajarlo del todo, a pesar de la boda, a pesar de dejar de volar, a pesar de Tomás, a pesar de Carlota, a pesar de que, en efecto, la vida continuaba y debían seguir caminando por senderos diferentes a kilómetros de distancia el uno del otro.

*

Los días pasaron volando, literalmente hablando, pues trabajó más de lo habitual, adrede. No sabía cuándo sería su último vuelo, pero dedujo que pronto, por lo que aprovechó.

Y llegó la comida del sábado.

—¡Cariño! —exclamó su madre cuando él entró en la casa con Carlota, Bruno y Loreto—. ¡Hola!

Las dos familias se saludaron con sonrisas y alegría. Alba abrazó a Felipe con excesivo cariño.

—Luego te cuento algo —le susurró su hermana al oído.

—Pasemos al salón —les indicó su padre—. ¿Vino, cerveza...?

Se acomodaron en los sofás y charlaron de nimiedades mientras tomaban el aperitivo, hasta que Loreto —una mujer de indiscutible belleza clara, ojos azules, piel casi albina y cabellos con mechas rubias, como su hija, esbelta, gracias a los muchos cuidados, y un poco bajita—, sacó a colación el tema de la boda.

—Opino lo mismo que mi marido: debéis casaros antes de vivir juntos.

—Sí —convino Enrique, sonriendo, afable—, esas modernidades de irse a vivir antes de casarse... Blanca y yo creemos que es mejor que decidan la fecha ya.

—Bueno —dudó Blanca, enlazando una mano con la de Felipe, sentada a su lado—, no hace falta correr, las cosas suceden cuando tienen que suceder. Llevan tres años juntos, pueden esperar un poco más, ¿no, Carlota?

—Sí —dijo Carlota, rodeando los hombros de su novio, acomodada a su otro lado—, pero, en cuanto Felipe acepte el cargo, habrá que hacer de la boda un hecho.

Felipe se había vestido con una camiseta y un jersey de pico, pero, aun así, se asfixió como si llevase camisa cerrada y corbata.

—¿Ya lo has decidido? —quiso saber su madre, sonriendo, fingiendo alegría cuando, en el fondo, su mirada transmitía lo contrario—. Es algo que debes pensar bien.

Él sonrió y la besó en la mejilla.

—Tranquila, Blanca —le dijo su marido—, que se va a vivir a Berlín, no a la Antártida.

Todos rieron, menos madre e hijo.

—Supongo que sigo sin acostumbrarme a que vivas entre dos países —comentó Blanca, al borde de las lágrimas—, y peor va a ser si solo vienes aquí en vacaciones.

—Mamá... —se soltó de Carlota y abrazó a su madre.

—Lo siento —se disculpó Blanca de inmediato, sonriendo a sus futuros consuegros—. Qué tontería ponerse así, parezco una cría.

—Es normal —convino Loreto, sonriendo también—, a mí me pasa lo mismo cuando mi Carlo pasa los fines de semana aquí, en Madrid.

—¿Y bien, muchacho? —lo instó Bruno, expectante, como el resto—. ¿Ya tienes una respuesta? Felipe respiró hondo, sonrió y asintió.

—Aceptaré la gerencia compartida con Carlota.

—¡Bien! —aplaudió Carlota, lanzándose a su cuello, derribándolo hacia el respaldo del sofá.

Los presentes se levantaron y lo felicitaron.

—En unos minutos comeremos —anunció su madre, indicándoles con la mano la mesa grande, al fondo del salón, ya dispuesta con el mantel, la cubertería y las copas de cristal de las ocasiones especiales.

—Hijo —lo llamó Enrique desde el pasillo—, ¿me ayudas un momento, por favor? Se nos fundió una bombilla arriba el otro día, la escalera está rota y tú eres más alto que yo.

—Claro, papá, dime dónde.

Subieron a la segunda planta por la única escalera existente, pegada a la pared, frente a la puerta principal. Anduvieron hasta el dormitorio de sus padres, la última habitación, al final del recto corredor.

—Creía que te gustaba tu trabajo —afirmó Enrique, cruzado de brazos, en el centro de la habitación.

—No hay bombilla fundida. —Su padre negó con la cabeza—. No es el momento, papá.

—Esta es mi casa, así que yo decido cuándo es el momento de hablar con mi hijo —frunció el ceño—. Creía que te gustaba tu trabajo —repitió en voz baja.

—Adoro volar —se cruzó de brazos, adelantó una pierna para equilibrar el peso y arrugó la frente—, pero Carlota quiere formar una familia.

—¿Desde cuándo un piloto no puede ser padre? —resopló, molesto—. ¿Es que te ha pedido que lo dejes?

—No me lo ha pedido, pero sí me ha dicho que le gustaría que me asentara con ella.

—Es lo mismo —masculló Enrique—. ¿Y lo decides así, sin más? ¿Tardas una sola semana en renunciar a tu mayor sueño, un sueño que llevas deseando cumplir desde que eras un mocoso, un sueño que llevas viviendo tantos años? ¿Me estás tomando el pelo, hijo? —se acercó—. ¿Así de fácil?

—Papá... —comenzó a perder la paciencia. Su padre lo estaba presionando y no era el lugar, a unos metros de distancia de su novia, para discutir tal cuestión. Suspiró con fuerza—. Carlota quiere ser madre pronto y...

—¿Te das cuenta de que todavía no te he oído decir *yo quiero*, sino *Carlota quiere*?

—Ya vale —se enfadó, apretando la mandíbula.

—No, Felipe, no vale —negó con la cabeza—. Soy tu padre y si creo que te estás equivocando en algo, te lo diré, aunque no me quieras escuchar —inhaló aire y lo expulsó lentamente, serenándose y suavizando su expresión—. Si renunciamos a los sueños, ¿qué nos queda? —sonrió con amargura—. Hijo, los sueños nos hacen levantarnos de la cama cada día, nos hacen luchar, nos hacen esforzarnos, nos hacen, incluso, mejores personas —gesticuló despacio—. Si renuncias a lo que más te gusta, llegará un día en el que te darás cuenta de que has dejado de soñar, de que has dejado de vivir, y peor te sentirás ese mismo día cuando gires la cabeza y descubras que la mujer que duerme a tu lado no es... —se detuvo un instante—, no es *ella*, no es esa mujer que sí te ha impulsado siempre a cumplir tus sueños.

Felipe se sobresaltó, atónito.

—Hijo... —añadió Enrique, con el semblante serio—. ¿Estás seguro de la decisión que has tomado? No pasa nada si te retractas. Nosotros te apoyaremos.

—¿Qué pasa? —quiso saber Blanca, que entró en la estancia, preocupada.

—Nada, mamá —respondió él, besándola en la mejilla—. Conversación de hombres —sonrió con travesura—. Todo está bien.

Su madre también sonrió, colgándose de su brazo. Su padre se marchó para atender a los invitados.

—Alba vio a tu Nana ayer, cariño.

Felipe sufrió una conmoción. Su madre le acarició la mejilla y le llevó de la mano al comedor. La mención de su Nana lo mantuvo completamente distraído durante la comida. Contestaba con monosílabos y dibujaba sonrisas congeladas de manera automática.

Al terminar, cuando se estaban tomando un café en los sofás del salón, le pidió a Alba que lo acompañara a la cocina para limpiar y que su madre no tuviera que hacerlo. Fregando los platos en la pila, él observó a su hermana. Alba sonrió, secando lo que Felipe iba lavando.

—Te lo ha dicho mamá.

Él asintió.

—Coincidimos en un bar —le explicó ella—. Se estaba tomando una cerveza con un chico. Era rubio y de ojos verdes. Parecía un niño —se rio.

—Tomy... —suspiró Felipe con pesar.

—¡Sí! Tomy —lo contempló sin variar su pícaro expresión—. Está muy cambiada. Antes era una niña muy guapa, siempre lo fue, llamaba bastante la atención, pero ahora es... No sé —ladeó la cabeza—. Parece mucho más madura y eso la hace más guapa todavía. Ese chico, Tomy, tiene suerte, ¿no crees? Y hacían buena pareja, aunque me dijo que solo eran amigos.

—Muchísima suerte... —volvió a suspirar con pesar.

—¿Sabes? Jamás entendí qué viste en Isabel. Siempre me llamó la atención. No es que fuera fea, que no lo era —alzó una mano para remarcar sus palabras—, todo lo contrario, pero nunca vi esa conexión especial de dos enamorados entre vosotros, como si no tuvierais química aunque fuerais muy buenos amigos. En cambio, con Eugenia eras diferente; estabas pendiente de ella cada segundo, no parabas de hablar de ella cuando estabas con nosotros y te la llevabas a cualquier parte. Hubo un tiempo en el que pensé que eras el novio de Isabel para estar cerca de Eugenia —emitió una sonora carcajada—. Por aquel entonces, Eugenia tenía... ¿cuántos años?, ¿diecisiete? Y tú, veintisiete. Suena pervertido —se rio de nuevo por la ocurrencia.

A él se le cayó una fuente de porcelana al suelo. Alba se agachó para recoger los trozos rotos manchados de agua y jabón y Felipe decidió que ya había limpiado suficiente.

Eugenia quiso ser un poco más atrevida de lo habitual y escogió un vestido negro y ajustado, de mangas de encaje hasta los codos, sin escote y corto hasta la mitad de los muslos. Lo conjuntó con unas medias negras tupidas y unas bailarinas de encaje negro. Se secó los ondulados cabellos al aire, se aplicó brillo en los labios y una fina línea negra en los párpados.

—¡Guau, Thelma! —exclamó Sofía desde el umbral de la puerta del baño—. ¿A quién se supone que quieres impresionar?, ¿a Felipe o a Tomy?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —gruñó.

Su amiga enarcó una ceja y se cruzó de brazos.

—¿Y eso me lo dice la que hasta hace una hora no quería salir a tomar una copa, pero que cambió de opinión justo cuando Tomy le dijo que Felipe y Carlota también se apuntaban?

Eugenia se sonrojó y gruñó por segunda vez.

—Por cierto —añadió Sofía con la frente arrugada—, Richi me acaba de escribir. Parece que Felipe y Carlota quieren celebrar algo, ¿tú sabes el qué?

—No he hablado con Felipe desde el domingo por la noche, pero creo que será por lo de su nuevo puesto en DATCO. Me dijo que hoy les diría su decisión de aceptar, a su familia y a la de Carlota.

Le había contado a su amiga la conversación que había mantenido con él, sin omitir nada. Sofía no había opinado al respecto.

—No lo conozco como tú —comentó Sofi, que se acercó para retocarse el maquillaje, muy atractiva con su vestido rojo, de falda de vuelo—, en realidad, casi no conozco a Felipe, pero no me lo imagino sentado en una silla frente a un ordenador, encerrado en un despacho. No sé si es por cuánto me has hablado de él, pero solo lo imagino rodeado de aviones.

—Créeme, yo, también... —murmuró ella para sí misma.

Llevaba sin verlo desde la cena en la que había conocido a Carlota, pero le daba la sensación de que, en lugar de haber transcurrido dos semanas, hubieran transcurrido dos meses, pero dos meses intensos y eternos. Y ahora no sabía cómo debía reaccionar. Le había pedido que la llamase y la escribiese y él no lo había hecho, a pesar de que le había asegurado que lo haría. Y, sí, Sofía estaba en lo cierto: le gustaba Tomás, no era ciega, pero reconoció para sus adentros que había elegido la ropa pensando en su príncipe rojo.

—Richi y Tomy ya están abajo —anunció su amiga tras recibir un mensaje—. ¿Estás lista, Thelma?

Eugenia se colocó su cazadora negra, estilo roquera, y cogió el bolso de mano, también negro. Cerró con llave y bajaron a la recepción en el ascensor, donde las esperaban Ricardo y Tomás, que sonrieron al verlas.

—Estás preciosa —pronunciaron los dos hombres al unísono, observando con embeleso a cada una.

Los cuatro se rieron. Se saludaron con besos en las mejillas. Se montaron en el BMW de Richi y partieron hacia la Castellana, rumbo a un club con decoración californiana, tablas de surf colgadas en las paredes y fotografías de paisajes de playas australianas o de surfistas sorteando olas gigantes. La música era de todo tipo, alternando el pop español e inglés, antiguo y actual,

perfecto para bailar hasta hartarse. Cuando entraron, estaba sonando *Feliz*, de *Bustamante*.

—¡Eh, chicos! —les gritó una voz masculina a la derecha de la puerta.

Eran los pilotos de la semana anterior: Pablo, Javier y Eduardo, los tres morenos y de ojos marrones oscuros. Pablo, de treinta y cuatro años, el más joven, tenía los labios carnosos; Javier, de treinta y seis, poseía la nariz torcida por un accidente de bicicleta cuando era adolescente, y Eduardo, de treinta y seis también, llevaba el pelo largo recogido en un moño, además de una barba bien cuidada. Era un grupo bastante llamativo porque los seis eran muy atractivos, y las mujeres los contemplaban con arrobos.

—¡*Completamente libre!* —entonó Sofia, rodeándola por los hombros, en la última parte de la canción.

—¡*Mil sueños imposibles!* —prosiguió ella, sonriente y dichosa.

—¡*Soy dueño de la luna si estás cerca de mí!* —cantaron a la par y soltaron una carcajada—. ¡*Contigo aquí yo soy feliz, contigo en mí yo soy feliz!*

—Bueno —comenzó Tomy, procurando ocultar la sonrisa—, acabo de descubrir tu único defecto. No quiero que llueva, así que, por favor... —hizo un gesto como si cerrase su boca con una cremallera invisible.

—¡Oye! —protestó Eugenia, golpeándolo en el brazo.

Se rieron los dos. Tomás enlazó una mano con la suya y tiró de ella hacia la barra, enfrente. El local estaba atestado y tardaron en llegar. Los dos se pidieron un tercio de cerveza. Brindaron, chocando sus bebidas, y dieron un sorbo. Apoyaron los codos en la misma barra.

—¿Qué tal el vuelo de hoy? —se interesó Eugenia.

—A Bilbao y vuelta. Bien, sin contratiempos. Mañana por la tarde me toca a Nápoles y creo que aprovecharé para visitar Capri, porque la vuelta la hago al día siguiente, el lunes. Es lo bueno que tiene ser piloto, que puedes visitar los lugares a los que vuelas —frunció el ceño—, aunque a veces me gustaría dormir siempre en mi cama. Uno se cansa de los hoteles, por muy lujosos que sean.

—¿La isla de Capri? —desorbitó los ojos.

Tomy sonrió y asintió.

—Me encantaría conocer Capri... —suspiró ella con aire soñador—. ¿Es tan bonita como dicen?

—¿Por qué no lo compruebas? Acompáñame. Te quedarías en mi habitación del hotel que nos regala la empresa, no pagarías ni el vuelo y, no te preocupes, que nos dan dos camas individuales, o, si lo prefieres, dormiré en la bañera para que estés tranquila —le guiñó un ojo.

Eugenia se carcajeó.

—Venga, dime que sí —la animó Tomás, abrazándola por las caderas y haciendo un puchero que le arrancó más risas.

Aquel hombre con cara de niño aprovechaba cualquier mínima oportunidad para tocarla. Era respetuoso, le gustaba, pero como amigo.

—¿Te olvidas de mi miedo a volar, Tomy? —bebió cerveza.

—¿Y si te pincho una inyección para dormirte todo el vuelo y así no te enteras de nada? —arqueó la cejas y se apartó unos centímetros.

—Como te acerques a mí algún día con una inyección, prepárate, guapo, prepárate...

—Así que crees que soy guapo... Mmm... —le dedicó su sonrisa más cautivadora—. Eso me gusta.

—¡Tomy! —lo regañó, sonriendo.

Tomás ensanchó su sonrisa como un pilluelo y decidieron regresar con los demás, justo cuando

Felipe y Carlota, una pareja digna de la portada de una revista, entraban en el club y se dirigían a saludar a sus amigos; él, vestido con sus clásicos zapatos de ante, vaqueros claros, camisa blanca por fuera de los pantalones y remangada en las muñecas y chaleco abierto de color gris; su novia, con un espectacular vestido blanco de seda, ceñido a su admirable figura, a juego con unos zapatos plateados de tacón y una chaqueta larga de lentejuelas plateadas. Dos modelos de pasarela. Y, encima, hacían tan buena pareja...

Eugenia frenó en seco, haciendo que Tomy chocara contra ella.

—¿Estás bien? —se preocupó Tomás, agarrándola de los codos en un acto reflejo.

En ese momento, *Cómo te atreves*, de Morat retumbó en el espacio, robando silbidos y ovaciones de aprobación entre la gente.

No estaba preparada...

—Es que me encanta esta canción —mintió ella, girándose para mirarlo—. ¿Bailamos?

Tomy asintió. Enlazaron las manos y se desviaron del camino para unirse a los que movían el cuerpo al son de la música. Tomás la giró en una vuelta, la pegó a su cuerpo y la besó en la mandíbula.

Eugenia se asustó.

—Tomy, yo...

—Tranquila —se tornó grave—. Perdóname, es que... —la observó con ojos resplandecientes—. Me gustas, Eugenia, y cada vez más —sonrió con reserva—. Sé que tú no sientes lo mismo que yo, pero no me importa, esperaré lo que haga falta.

—No quiero que hagas eso, no sería justo para ti —agachó la cabeza—. Y tampoco quiero mentirte.

Tomás le elevó la barbilla con dedos cálidos. Analizó su mirada... y se le cruzó el semblante por la derrota.

—Estás enamorada de otro.

A ella se le entrecortó la respiración. ¡Odiaba sus ojos! ¡Por qué tenían que ser tan expresivos!

—Bueno —añadió Tomy, sonriendo con tristeza—, déjame intentarlo. Déjame intentar que lo olvides a él. Solo te pido eso.

—Yo... —tembló.

Tomás la abrazó para calmarla, acariciándole la espalda con ternura. Ella recostó la mejilla en su torso, contemplando, a lo lejos, a su príncipe rojo, que parecía estar buscando a alguien con la mirada por el club. Y cuando sus ojos castaños colisionaron con los verdes de Eugenia, la mirada de Felipe se ensombreció al fijarse en el abrazo, y ella se apartó de Tomy con brusquedad.

—Perdona, yo... —empezó ella, pero se calló porque no sabía qué decirle.

Tomás le sonrió con sosiego. La escoltó hasta sus amigos.

—¡Hola! —exclamó Carlota, acortando la distancia para saludarla, con una deslumbrante sonrisa—. ¡Cuánto me alegro de verte! —se dieron dos besos.

—¡Hola! —sonrió, procurando transmitir alegría, aunque le costó.

—Voy a pedirme una copa, ¿queréis algo? —se ofreció la rubia antes de ir a la barra.

—Hola, Nana —le susurró Felipe a su espalda.

Eugenia se volvió y alzó la cara. Nadie lo había escuchado, excepto ella. Se apartaron un par de pasos de los demás de forma inconsciente, interponiéndose desconocidos entre sus amigos y ellos dos. El local estaba lleno y en la zona en la que estaban en ese momento había una íntima oscuridad, por lo que ella pudo hartarse de mirarlo sin esconder sus emociones.

—Estás preciosa —le dedicó él su sonrisa arrebatadora—. ¿A mí no me das un beso?

El corazón de Eugenia se paró unos segundos. Se puso de puntillas, apoyó ambas manos en sus

anchos hombros y se estiró para besarlo en el pómulo, no sin esfuerzo, porque él era mucho más alto. En vez de agacharse, él la envolvió entre sus brazos y la besó en la mejilla, un beso prolongado y suave.

Un beso. Un mundo.

Se estremeció...

Estaban demasiado cerca. Felipe dejó de sonreír, pero ella, no.

—Tú también estás muy guapo —sonreía con timidez—. Me gusta tu chaleco.

—Tu vestido es muy bonito, pero prefiero la percha que lo luce. Infinitamente más.

Eugenia contuvo el aliento. Él la soltó lentamente, pero la estrechó contra sí un instante antes de que se separaran, se inclinó y depositó en su frente un beso largo e increíblemente puro, como si acariciasen su piel las alas de un ángel. Los párpados de ella se cerraron. La magia se rompió en cuanto la empujó hacia sus amigos, aunque no se apartó de su izquierda, situándose Carlota a la izquierda de Felipe.

—¿Brindamos, chicos? —sugirió la rubia.

—¿Qué celebramos? —preguntó Pablo, intrigado—, que nos tenéis en ascuas desde esta tarde.

—¿Ya tenéis fecha para la boda?, ¿es eso? —comentó Eduardo antes de apurar su copa.

Carlota observó a su novio con el inconfundible reflejo del amor en sus ojos.

—Lo dejo, chicos —anunció Felipe—. Bruno me ha ofrecido la gerencia de DATCO compartida con Carlota. He aceptado.

Sus compañeros de profesión, menos Ricardo, que ya lo sabía, se quedaron paralizados, y sus semblantes se truncaron por la perplejidad.

—Enhorabuena, tío —rompió Richi la incomodidad, abrazándolo.

Los otros lo imitaron, simulando que se alegraban, pero cualquiera se daría cuenta de que acababan de recibir una horrible noticia.

Sofía se colgó del brazo de Eugenia y retrocedieron hacia la barra. Pidieron una cerveza cada una.

—Richi no está de acuerdo —le dijo su amiga con seriedad—. Cree que Felipe se está equivocando y que ha aceptado la gerencia porque necesita huir —pagaron las bebidas, pero no se movieron—. También piensa que lleva huyendo mucho tiempo y que ese tiempo son siete años y once meses.

Eugenia la contempló con pánico.

—Sí —agregó Sofi—, Felipe le habló de ti a Richi, por eso sabe lo de los siete años y once meses —arqueó las cejas—. No sé muy bien qué le contó, pero creo que poco, sin detalles, porque Richi me ha estado interrogando sobre vosotros.

—¿Qué le has dicho? —la agarró del brazo.

—Thelma —hizo una mueca cómica—, que soy Louise.

—Perdona, Sofi, me asusté.

—No me lo jures. Y más te vale tranquilizarte, porque tus ojos te delatan, sobre todo cuando Felipe te acorraló contra la pared —ladeó la cabeza—, ¿algo que añadir a eso?

Ella se ruborizó. Dio un largo trago al tercio como respuesta.

—Solo os hemos visto Richi y yo —le aclaró Sofía—, pero... —suspiró con pesadez—. Eugenia... Siento decirte esto, pero he alucinado... —se inclinó—. Creía que iba a besarte... Jamás —parpadeó— os había visto tan... —arrugó la frente, pensativa—, tan pegados, tan... No sé cómo describirlo, pero te prometo que me habéis puesto la piel de gallina.

—¿Te ha dicho algo más Richi? —quiso saber, rogando en su interior recibir una afirmación.

Su amiga no contestó, sino que la sujetó de la muñeca y la condujo a la pista a bailar *Woman*

Trouble, de *Craig David* y *Robbie Craig*, una de sus favoritas, a ver si así se animaba.

Minutos después, se les unieron Ricardo, Tomás y Carlota. Se fijó en que Felipe parecía estar discutiendo con los otros, a juzgar por sus expresiones.

—¿Ha pasado algo? —se inquietó ella.

—Que vamos a echarle de menos—respondió Richi, restando importancia con un ademán—. Ni Pablo ni Javi ni Edu entienden que Flip abandone los aviones para sentarse en un despacho, y no lo van a entender nunca.

—Tampoco es tan malo, digo yo —replicó la rubia, cruzándose de brazos, transmitiendo lo poco que le gustaba la actitud de los amigos hacia su novio—. Deberían apoyarlo.

—Carlota —le dijo Tomy—, no te enfades —sonrió—, los chicos, todos, me incluyo —posó una mano abierta a la altura del corazón—, siempre hemos pensado que volar forma parte de Felipe, más que de cualquiera de nosotros o de ningún piloto que conozcamos o hayamos conocido. No le concebimos de otra manera que pilotando un avión. Eso no es malo. Además —se encogió de hombros—, ya se acostumbrarán a dejar de ver sus aviones de papel —se rio, contagiando a Ricardo—, los echaremos de menos.

—¿Aviones de papel? —se interesaron Eugenia y Sofi al unísono.

A Carlota también le picó la curiosidad, pero escuchó con una ceja enarcada, desconfiada.

—No sé si sabéis que Felipe dibuja muy bien —comentó Richi.

—Y las maquetas pequeñas de madera se le daban también muy bien —apuntó Eugenia, ruborizada por los recuerdos.

—Todavía se le siguen dando muy bien, hace maquetas de aviones de madera —corroboró Ricardo, regalándole una fugaz sonrisa de comprensión—. Pero en todos sus vuelos, Flip hace un avión de papel en el que escribe siempre la misma frase y se lo deja al siguiente piloto que vaya en ese mismo avión. Todos en DATCO, si encontramos un avión de papel, sabemos que Flip ha estado ahí.

—¿Y qué frase escribe? —lo interrogó la rubia, frunciendo el ceño aún más.

—Segunda a la derecha... —comenzaron Tomás y Ricardo.

—Y, luego, todo recto hasta el amanecer —concluyó Eugenia con una gran sonrisa.

Los cuatro la observaron, patidifusos.

—¿La conoces? —indagó Sofía—. El caso es que me suena...

—A mí, también —convino Carlota, cuya cara ya no reflejaba enojo—, pero no recuerdo dónde la he oído.

—Suelta por esa boca, Eugenia —le ordenó Richi, impaciente—. ¿Quién dijo esa frase?

—¿Eso! —asintió Tomy, también expectante—, que llevamos más de diez años intentando sonsacarle a Felipe el autor de esa frase, pero siempre nos dice que es un secreto.

—Pues no tiene nada de secreto —negó ella entre carcajadas—. Os suena porque es lo que les dice Peter Pan a Wendy, a Michael y a John cuando están volando por encima del Big Ben de Londres y le preguntan por dónde se va al país de Nunca Jamás. Peter Pan señala las dos estrellas que más brillan enfrente de ellos y les dice: *La segunda a la derecha y, luego, todo recto hasta el amanecer*.

—¿Peter Pan? —adivinó Ricardo, boquiabierto.

Eugenia afirmó con la cabeza. Tomás arrugó la frente, un gesto que a ella la incomodó. No pudo preguntarle si estaba bien porque Felipe, Pablo, Javier y Eduardo los interrumpieron.

—¿Ya habéis hecho las paces? —les dijo Richi, como si fuesen cuatro niños, lo que les arrancó a todos una carcajada—. Por cierto, Flip, ya hemos descubierto tu secreto.

—¿Qué secreto? —el aludido frunció el ceño.

—El de tus aviones de papel.

Él sonrió y miró a Eugenia.

—Supongo que la culpable eres tú.

—Supones bien —le devolvió el gesto.

—¿Y? —los instó Pablo—, ¿no pensáis decirnos quién es el famoso autor de la frase de Flip? Después de todos estos años, ya es hora de saberlo, ¿no?

—Es de *Peter Pan* —contestó Tomy, sonriendo sin humor—, tu peli favorita cuando eras niña, ¿no, Eugenia?, ¿o sigue siéndolo a día de hoy?

Tanto Felipe como ella se quedaron rígidos y se les congeló la sonrisa en el rostro.

—Y la mía —la ayudó Sofía—. ¿Que a vosotros nunca os ha gustado *Peter Pan*, señores pilotos? Porque a mí me encantaba imaginarme que sabía volar como él, aunque fingía ser la india Tigridia a la que rescata Peter de las garras del capitán Hook —aleteó las pestañas con coquetería.

Los presentes se rieron y la tensión se disipó, pero no la irritación que parecía haberse apoderado de Tomás. Eugenia le dijo *gracias* con la mirada a su mejor amiga, que le guiñó un ojo en respuesta.

Más tarde, se encontró con Tomy al salir del servicio de señoras. La estaba esperando, apoyado en la pared.

—¿Hace cuánto que conoces a Felipe, Eugenia? Me dijiste que eres la hermana de una amiga suya.

—Sí —sonrió, fingiendo que todo marchaba bien, aunque, en el fondo, estaba hecha un flan—. Yo tenía siete años cuando vino con mi hermana a casa la primera vez.

—Antes has dicho que sabías que se le daban muy bien las maquetas, pero ¿no os habéis visto en los últimos ocho años?

Eugenia se impacientó. Su semblante se cruzó.

—No, hacía ocho años que no nos veíamos —suspiró con fuerza—. ¿Por qué me haces estas preguntas, Tomy? Me estás poniendo nerviosa.

—Curiosidad —sonrió, de nuevo sin humor alguno—. Solo una más.

—Dime —se rodeó a sí misma en un acto reflejo.

—¿Cuándo os volvisteis a ver después de esos ocho años?

—Hace tres semanas, el día que conocí a Richi.

Tomy se incorporó y le tendió la mano.

—Perdona —se disculpó con sinceridad—, he tenido un momento de celos, lo siento.

—¿Celos? —extrañada, arrugó la frente, aceptando el gesto.

—Me he dado cuenta de que Felipe y tú compartís una historia, una gran y bonita historia, me atrevería a subrayar. Y es una historia que, de primeras, no parece tal, pero que cuando os miráis el uno al otro todo cobra sentido, como si se encendiese la luz de un túnel al que solo podéis acceder vosotros dos, no sé si me explico... —se encogió de hombros—. Me gustaría ser Felipe solo por conocerte como te conoce él, de ahí mis celos —la besó en la mejilla—. ¿Me perdonas?

—Felipe fue muy importante para mí —le confesó ella—. Cuando mis padres murieron, él se encargó de cuidarnos a mi hermana y a mí hasta que se mudó a Alemania y dejamos de verlo. Lo conozco desde pequeña. Felipe siempre ha estado ahí.

—Ahora lo entiendo —sonrió con cariño, retirándole un mechón detrás de la oreja—. Felipe es como si fuera tu hermano mayor.

—Durante un tiempo, lo fue —no mintió.

—Me siento ridículo por el interrogatorio que te he hecho y por mis celos...

Eugenia se rio y lo empujó hacia la pista.

—Te perdono si bailas conmigo.

—¡Dalo por hecho! —la giró sobre sus talones y se movieron, junto a sus amigos, al ritmo de la música.

Buscó con la mirada a Felipe y se alarmó. La contemplaba enfadado. ¿Qué le pasaba? Entonces, él le hizo un imperceptible gesto para que ojeara el móvil. Ella se disculpó con Tomás y se dirigió de nuevo al baño, donde se metió en uno de los apartados y sacó su iPhone del bolso, descubriendo un mensaje de Felipe enviado hacía cinco minutos escasos.

F: *Estoy de acuerdo en que Tomy es bueno para ti, pero, por favor, no dejes que te toque el pelo. Invéntate cualquier excusa, que no soportas que te lo toquen, por ejemplo, pero hazlo, por favor.*

—Este hombre es desesperante... —masculló, tecleando la respuesta.

E: *¿Me explicas a santo de qué me exiges una tontería como esa, porque ya me estás exigiendo, que no pidiendo, aunque tampoco deberías pedirme algo así? ¡No pienso decirle eso! ¿Estás loco?*

F: *Porque... NO SOPORTO QUE TE TOQUE EL PELO. Y en cuanto a si estoy loco, mejor no contesto a esa pregunta. Y no me provoques, Nana, que esto no es discutible. Díselo.*

—Lo que me faltaba... —guardó el móvil en el bolso y regresó con sus amigos.

—Menuda cara traes —murmuró Sofía—, ¿todo bien?

—No, claro que no, pero ahora no puedo hablar.

Sofi señaló con la cabeza a Felipe con una expresión interrogante.

—Sí, es por su culpa —contestó Eugenia.

—Vamos a por otra cerveza —les anunció Sofía a los demás, mientras la empujaba hacia la esquina más alejada y oscura de la barra—. ¿Qué ha pasado?

Le contó la conversación y su amiga sonrió, pero no dijo nada.

Pidieron dos tercios de cerveza.

—Yo invito —avisó el culpable de su enfado, a su espalda, entregándole un billete a la camarera tras solicitarle otro tercio para él—. Creía que una niña tan educada como tú, me daría las gracias —le susurró a ella al oído—, por la cerveza, digo.

Sofía se marchó, dejándolos solos, adrede.

—Y yo creía que no podías estar conmigo a solas —rebatía Eugenia, que tuvo que pegarse a Felipe porque había demasiada gente—. Mejor me...

—No te muevas. Y hay como cien personas alrededor —se inclinó y le peinó los cabellos hacia atrás, acariciándolos entre los dedos con tal veneración que a ella se le enturbió la vista, pero no cerró los párpados porque no podía dejar de contemplar a su príncipe rojo—. Por esto no quiero que otro te toque el pelo, porque solo yo quiero ser el dueño de la expresión que tienes ahora mismo en la cara.

Ambos compartieron una sonrisa cargada de nostalgia, pero también de impotencia.

—Mi dios invencible...

—Exacto, mi Nana, tu dios invencible...



A las cuatro de la madrugada condujo el todoterreno hacia el piso de Carlota, tras haberse despedido de los demás en el club. Carlota le había pedido que se fueran, alegando que no se encontraba bien. Aparcó en el mismo portal y apagó el coche.

—¿Necesitas algo? —se preocupó él.

—Por necesitar, necesito muchas cosas —musitó ella, abriendo la puerta del coche para salir a la calle.

Felipe, extrañado por su comentario y por el tono seco que empleó, la siguió hasta dentro del apartamento. Cerró.

—¿Estás enfadada con los chicos? —indagó él.

—No —clavó los tacones en el suelo al andar hacia el salón. Lanzó el bolso y la chaqueta de malas maneras al sofá de tres plazas, a la izquierda—. Estoy enfadada contigo.

Felipe arqueó las cejas, sorprendido, y esperó a que se explicara.

—¿Te parece normal que llevemos tres años juntos y que me entere hoy de esa bobada que haces con aviones de papel?, ¿un jueguecito por el que todos te conocen, todos menos yo, evidentemente?, ¿por el que todos comprenden y defienden tu pasión por pilotar como si yo fuera la intrusa que pretende arrebatarte lo que parece que es lo más importante de tu vida?

¿Bobada? ¿Jueguecito?

Él se rio sin una pizca de humor, meneando la cabeza con incredulidad.

—¿Es gracioso lo que te estoy diciendo? —inquirió Carlota, con las manos en la cintura y adelantando una pierna—. Tenme un poco de respeto, si no te importa.

—Te aseguro que no me hace ninguna gracia que lo describas como una bobada o un jueguecito, aunque poco sabes tú de lo que esos aviones de papel significan para mí, porque no te has interesado en mi profesión en estos tres años que llevamos juntos, salvo para saber si tengo vuelos los fines de semana que estás aburrida y te apetece salir de fiesta. Y cuando le exijas respeto a alguien, antes ofrécelo tú, porque no me estás hablando, me estás escuchando, y sin motivo.

Le habló con frialdad por primera vez desde que la conocía, pero no podía actuar de otro modo. Le dolía que aquella mujer, su prometida, concretamente, se burlara de una de las cosas más importantes de su vida. Esos aviones de papel podían parecer una tontería, pero no lo eran.

—¿Sin motivo? —le rebatió ella, con una mano en el pecho—. Ninguno apoya la decisión que has tomado, ninguno de esos falsos amigos tuyos, porque un verdadero amigo apoya a otro de manera incondicional y sin cuestionarlo.

—¿La decisión que yo he tomado? —se proyectó hacia delante, tranquilo—. Pero ¿es que acaso me podía negar? Yo no he decidido nada, Carlota, ya estaba todo decidido.

—Creo que ni mi padre ni yo te hemos puesto ninguna pistola en la cabeza para obligarte a aceptar la gerencia de DATCO —se irguió.

—No ha hecho falta, Carlota, ya me dejaste bien claro que llevas tres años manteniendo una relación que he pautado yo y que ahora me toca demostrarte mis sentimientos. ¿Y cómo lo hago? Pues aceptando la gerencia y mudándome a Berlín porque es tu deseo, además de querer ser madre pronto. No me has preguntado si yo quería la gerencia, si yo quería mudarme a Berlín y si yo quiero tener hijos. Directamente, me has dicho que acepte la gerencia y que acepte vivir en Berlín porque quieres que me asiente contigo de una vez. Es evidente que lo que yo quiera o piense no te importa. Eso no es sentirse vulnerable, como supuestamente te sientes hacia mí. Y mis amigos no son falsos, precisamente son amigos de verdad, que me conocen de verdad y que saben que no va

a ser fácil para mí dejar de volar porque para mí volar es... —sonrió, distraído—, es respirar aire puro.

—Ese es el problema, Felipe —chasqueó la lengua y se cruzó de brazos—. Que yo no te conozco. Ahora resulta que reniegas de mudarte a Berlín, cuando prácticamente has vivido la mitad de tu vida allí y antes, en Munich, otra ciudad alemana —enumeró con los dedos—. También te parece mal que quiera tener hijos... —resopló.

—Yo no he dicho que me parezca mal —se acercó, aunque no la tocó—, pero ahora mismo no puedo pensar en tener hijos.

—Nadie está preparado hasta que los tiene, Flip —le acarició los hombros—. Tienes miedo, no pasa nada, es normal —sonrió con dulzura—. Yo también, pero...

—No es miedo —la cortó, retrocediendo un paso—. No tengo miedo de ser padre, quiero ser padre, pero ahora mismo, no.

Carlota respiró hondo, enfadándose otra vez.

—No entiendo nada, Felipe —se sentó en el sofá y se quitó los tacones—. ¿Qué te está pasando? ¿Desde cuándo te parece mal todo lo que tiene que ver conmigo?

—No me parece todo mal, Carlota —su tono se tornó agotado—, pero es mucho a lo que voy a renunciar y tú no me estás ayudando si tachas mi pasión de bobadas y jueguecitos.

Su novia arqueó las cejas, se levantó y lo encaró.

—¡Que son aviones de papel, Felipe! Los aviones de papel son cosas de críos, por favor... —bufó, incrédula—. Por supuesto que es un juego. Y también infantil. ¡Tienes treinta y siete años!

—¿Sabes, Carlota? —sonrió sin alegría—. Tienes razón. No me conoces en absoluto. Esos aviones de papel que hago desde que aprendí a volar me los enseñó a hacer mi abuelo, la persona gracias a la cual soy piloto, por cierto. Y digo *por cierto* porque, desde que tú y yo nos conocemos, todavía no te he oído preguntarme por qué y cómo me hice piloto.

—¡Tú no te dejas conocer, maldita sea! —exclamó Carlota, fuera de sí, gesticulando y paseando por la sala sin rumbo—. ¡Nunca me cuentas nada, si quiero saber algo tengo que hurgar y hurgar y, aun así, me sigo sintiendo una intrusa! ¡Y tus amigos no han hecho hoy sino restregármelo por la cara! ¡Si hasta Eugenia sabía lo de esa dichosa frase de *Peter Pan*! ¡*Peter Pan*! —se rio, elevando los brazos al techo—. ¡Una absurda película de dibujos animados!

El tiempo y el espacio se congelaron.

—No la metas en esto —le ordenó Felipe, rechinando los dientes. De repente, se enfureció—. Ni siquiera la nombres.

Ella paró, boquiabierta, pero de inmediato volvió a enderezarse, orgullosa.

—Vi cómo la miraste. No soy ninguna estúpida.

Felipe no se inmutó y dejó que se explicara.

—Cuando tus amigos se enteraron de la frase de *Peter Pan* —le aclaró Carlota, con la voz afilada y las manos unidas a la altura del estómago—, vi cómo la miraste, Felipe, y no era la mirada de un hermano mayor a su hermana pequeña. Ella no es Alba —su expresión era indescifrable cuando añadió—: ese brillo especial que tienes en los ojos cuando te quedas embobado en el cielo es idéntico al que tenías cuando la miraste antes. Por eso haces aviones de papel con la frase de *Peter Pan* —afirmó, convencida por completo—, por eso guardas una foto de ella en tu cartera, por eso no querías llevarla a cenar con Richi, por eso parecías querer matar a Tomy con los ojos cada vez que la tocaba, le sonreía o bailaba con ella —permaneció unos segundos callada—. Por eso te parece mal aceptar la gerencia, vivir en Berlín y ser el padre de mis hijos —se calló un largo minuto—. A mí nunca me has mirado así —siguió perfecta en su pose, como si nada la afectara.

Él no se molestó en negar las acusaciones, pero no se quedó callado. Su padre tenía razón en que solo era *Carlota quiere*.

—Carlota —comenzó Felipe, grave y decidido—. He aceptado la gerencia y he aceptado que vayamos a vivir en Berlín, pero tengo hasta el uno de diciembre, que es cuando tu padre me ha dicho que empezará mi entrenamiento, para decirle adiós a volar y a mi vida. Voy a renunciar a mucho —respiró hondo con fuerza— y necesito despedirme —se giró y caminó hacia la puerta.

—¿Qué quieres decir? —se asustó, fue detrás y lo agarró del brazo—. Felipe, ¿qué significan tus palabras?

Él se volvió, se soltó con delicadeza y la observó, ya calmado.

—Significa que no nos veremos hasta el uno de diciembre, Carlota. Significa que necesito ese tiempo para mí. Y pienso hartarme de volar en estas seis semanas que me quedan. Y que no te quepa la menor duda de que haré tantos aviones de papel con la frase de *Peter Pan* como aviones pilote.

—Pero... —tragó saliva, retorciéndose los dedos en el regazo—. Cielo, yo... —tragó de nuevo—. ¿No nos veremos?

—Necesito ese tiempo para mí —repitió con la mandíbula rígida—. Repito, Carlota, voy a renunciar a mi vida por ti, lo menos que puedes hacer es aceptar esto, aunque —enarcó las cejas, sarcástico—, según tú, no has hecho otra cosa que aceptar todo de mí en estos tres años; no te costará aguantar seis semanas más, ¿verdad?

Su novia, aterrada y patidifusa a partes iguales, retuvo el aliento, cerró los párpados unos segundos y, al abrirlos, dijo:

—De acuerdo.

—No te estaba pidiendo permiso —gruñó él, sintiéndose una maldita marioneta—. Nos veremos el uno de diciembre en Berlín.

Y se fue.

Cuando salió a la calle, antes de entrar en el coche, sintió tal alivio que soltó un grito y una gran carcajada a continuación.

Y, al día siguiente, por primera vez en tres años, no recogió a Carlota para llevarla al aeropuerto el domingo.

*

El lunes, a media mañana, le enviaron un correo electrónico con los vuelos que le correspondían en el mes de noviembre, su último mes como piloto. Todavía no concebía tal idea en su cabeza.

A los cinco minutos, Ricardo lo telefoneó.

—¿Te apetece comer con un amigo? —le dijo Richi nada más descolgar.

—Con un amigo, sí, pero contigo... Tendré que consultar mi agenda —se echó a reír, contagiando a Ricardo.

—¿Y ese buen humor? ¿Se debe a algo?

—A nada en particular. Será que me apetece ese vuelo que tenemos juntos mañana a Nueva York. Sabes que me encanta esa ciudad.

—Reconoce que no es porque esa ciudad te encante, sino porque no puedes pilotar sin mí.

Felipe se carcajeó, encaminándose al baño, la última estancia a la derecha, en el único pasillo de su casa, detrás del salón, donde había estado comprobando el *e-mail* en el portátil de la mesa de comedor. Puso el altavoz del iPhone, lo apoyó en el lavabo de mármol gris claro, el color predominante del diáfano y moderno apartamento, y accionó la ducha, enfrente, de mampara de

cristal con una franja rectangular serigrafiada que ocultaba la desnudez de manera estratégica.

—¿Y qué habías pensado para comer?

—*En realidad, he quedado con Sofi, y Sofi siempre come con Eugenia, así que...* —titubeó—. *Había pensado que te gustaría la compañía.*

Él se suspendió debajo del chorro del agua caliente.

—¿Flip?, ¿he metido la pata?

Felipe se frotó la cara con agua para espabilarse y sonrió lentamente.

—Dime dónde y a qué hora —se vertió champú en el pelo.

—*Ahora te mando la ubicación* —su voz evidenciaba una sonrisa—. *He quedado a las dos. Tienen dos horas y media para comer.*

—Vale. Luego nos vemos, que me estoy duchando.

—¿Vienes a buscarme?

—Podías venir tú a mi casa, para variar un poco, ¿no crees? —lanzó la pulla.

—*Es que me encanta tu coche, tío. Si un día no está en el parking, no lo denuncies, porque no te lo voy a devolver.*

—Estoy pensando en sacar la moto hoy —se aclaró el jabón.

—*¡Hace siglos que no la montas!* —exclamó Richi con entusiasmo—. *A Sofi le encantan los tíos con chaquetas de cuero subidos en una moto. Y hace buen día.*

—Por cierto, ¿estás interesado?

—*Eso no se pregunta, tío: Sofi me encanta y de hoy no pasa, hoy la besaré, aunque tenga que robarle el beso... O los besos, quién sabe* —su voz se tornó ronca—. *Si terminamos pronto de comer, me dejas la moto un ratito y le doy una vuelta.*

Felipe se inquietó.

—Me refería a la moto, payaso. Que si estás interesado en ella. Y ahórrate los detalles de Sofi...

—¿Quieres vender la moto? —inquirió su amigo, incrédulo—. *Adoras tu moto.*

—¿Y la meto en un avión con destino Berlín? —ironizó—. Además, a Carlota no le gustan las motos.

—*Joder...* —masculló sin esconder su desagrado.

—¿Qué?

—*Nada, Flip, absolutamente nada.*

Ambos permanecieron en silencio unos segundos.

Apagó el grifo y cogió su toalla marrón que colgaba de un gancho de la mampara.

—¿Y qué tal Carlota? —le preguntó Richi—. *Estaba un poco seria el sábado antes de que os marcharais.*

—Estará trabajando en Berlín como siempre, supongo, es lunes por la mañana.

—¿Supones? ¿Me estoy perdiendo algo?

—No me mandes la ubicación si voy a ir a buscarte —ignoró deliberadamente su interrogatorio—. Y te la dejo otro día para irte con Sofi adonde quieras. Hoy no.

—*¡Venga, hombre! Ayúdame un poco...* —gimoteó su amigo—. *¿Por qué hoy no?*

—Porque no —arrugó la frente—. No puedo estar a solas con Nana.

—¿Lo dices en serio?

Se sonrojó. Se dirigió a su habitación, la puerta del final del pasillo, perpendicular a las otras cuatro estancias, y a la izquierda del servicio. Dejó el móvil sobre la enorme cama, pegada a la pared del fondo. Caminó hacia el armario, en la pared de la izquierda. Movié una de las dos puertas correderas de espejos y sacó unos vaqueros negros, una camiseta blanca de manga larga,

la cazadora de hebillas que utilizaba cuando iba en moto y sus zapatillas negras gastadas. De la mesilla de noche, que formaba parte de la estructura de la cama, sacó unos calcetines y unos calzoncillos.

—Por supuesto, ¿me ves que esté bromeando? —señaló Felipe, malhumorado.

—¿Qué clase de tontería es esa?

—La clase de tontería que no te interesa.

—*En Nueva York tenemos dos días libres antes de la vuelta a Madrid, así que más te vale prepararte porque tú y yo vamos a hablar, quieras o no.*

—Nos vemos ahora —masculló él, rabioso consigo mismo.

—*Nos vemos ahora* —respondió Richi de igual modo.

Colgaron de malas pulgas.

Se vistió. Se revolvió los cabellos con una toalla pequeña para secarlos. Se guardó la cartera y el iPhone en los dos bolsillos interiores de la cazadora y cogió las llaves de su moto BMW K1300R negra, un caprichito que se había regalado hacía unos años. Su sueldo de piloto, su vida sin muchos lujos y su facilidad para administrarse el dinero le habían permitido vivir holgadamente y pagar la reforma de su apartamento durante los primeros años de su carrera profesional.

En realidad, ese piso perteneció a su abuelo. Su padre lo heredó, pero este cambió las escrituras a nombre de sus hijos, que decidieron reformarlo para disfrutarlo los dos, ya fuera para vivir a diario o para estancias cortas de fines de semana.

Sin embargo, cuando Alba decidió independizarse, aunque él estaba viviendo ya en Munich y el apartamento estaba vacío, decidió irse a casa de su novio de entonces. Felipe se ofreció a comprarle su parte y devolverle los gastos de la reforma, pero su hermana se negó en rotundo. Cuando Alba rompió con su pareja un tiempo más tarde, él insistió de nuevo; no veía justo haber recibido todos los ahorros de su abuelo, que había invertido en su profesión, y que Alba no tuviera nada. También le ofreció irse a vivir con él, pero ella rechazó ambas ofertas, prefería vivir sola tras el fracaso de su intensa relación. Y al regresar Felipe a Madrid, este se mudó definitivamente allí y se compró la moto.

Adoraba esa casa, ubicada en la última planta del edificio. Era su orgullo, porque todo lo había pagado con su esfuerzo y con su dinero, sin ayuda de nadie. Y se entristeció, porque a partir del uno de diciembre solo la utilizaría para las pocas veces que visitara Madrid.

Sacó los dos cascos negros del armario pequeño, blanco y empotrado de la entrada; el suyo, con la visera tintada. Cerró con llave y descendió al *parking* subterráneo en el ascensor. Se ajustó el casco en la cabeza, se colocó el otro en el antebrazo, se montó en la moto y arrancó. Recogió a su amigo, que vivía en La Moraleja, y partieron rumbo a la calle Almagro, muy cerca de la glorieta de Alonso Martínez. Estacionaron la moto en la ancha acera y esperaron a Sofía y a Eugenia.

—¿Me vas a contar qué pasa con Carlota? —quiso saber Richi, con el ceño fruncido.

—Discutimos. Y hasta el uno de diciembre no nos veremos.

—¿Qué ocurre el uno de diciembre?

—Empieza mi entrenamiento para la gerencia de DATCO —separó las piernas y se cruzó de brazos. Dejó apoyado el casco en el asiento—. Bruno será quien me instruya hasta que sepa hacerlo todo yo solo, y se jubilará, dejándonos al frente de la empresa a Carlota y a mí, pero yo no figuraré hasta que no me case con ella.

—¿Y estás de acuerdo con eso?

—Richi —lo miró, serio—, no quiero figurar, esté casado o no con Carlota, ¿entiendes?

—Y tampoco quieres la gerencia.

Felipe desvió los ojos al suelo.

—Venga, Flip —lo animó Ricardo, palmeándole la espalda—, necesitas desahogarte, lo estás pidiendo a gritos, literalmente, porque últimamente gritas mucho; en concreto, desde hace tres semanas, aunque tú no te des cuenta —sonrió—. Y me gusta que grites, tío.

Él le devolvió el gesto, aunque sin humor.

—Claro que no quiero la gerencia de DATCO, Richi —suspiró con alivio al pronunciar esas palabras en voz alta—. Y mucho menos quiero dejar de volar. Joder... —se pasó la mano por la cara—. Discutimos por los aviones de papel.

—¿Por los aviones de papel?

—Sí —se cruzó de brazos de nuevo—. Le sentó fatal enterarse el sábado de que hago esos aviones de papel, le sentó fatal que yo discutiera con los chicos por dejar de volar, le sentó fatal... —se detuvo.

Su amigo alzó las cejas y, con la cabeza, lo instó a que continuara.

—¿No te lo imaginas? —inquirió Felipe.

—La frase de *Peter Pan*. Eugenia.

—Premio.

Ricardo suspiró.

—Eso quiere decir que Carlota lo sabe —adivinó su amigo, en un tono bajo—, lo que sientes por Eugenia.

—Me dijo que no la miro como si fuera mi hermana —declaró en un áspero susurro al recordar cuando le acarició el pelo a Eugenia en la barra del club californiano—. Me dijo que la miro igual...

—Que cuando te quedas perdido mirando el cielo, soñando con volar por el firmamento —concluyó Richi por él, con una sonrisa de comprensión—. Sí, Flip, la miras exactamente así. Y tú lo sabes.

Felipe se quedó contemplando el cielo, pensando en Eugenia, en sus impresionantes ojos verdes que lo miraban como si él se tratase de un dios invencible, su dios invencible...

—Como ahora —añadió Richi.

Felipe se despertó del trance.

—¿Y qué pasó con Carlota? —le preguntó su amigo—, ¿por qué no os vais a ver más hasta el uno de diciembre? Eso es bastante tiempo.

—Tampoco es tanto —se encogió de hombros, despreocupado—. Son seis semanas. Y lo que pasó fue que le dije que me tomaba estas seis semanas para despedirme de mi vida. Si voy a renunciar a todo por ella, necesito decir adiós.

Ricardo enmudeció.

—Y voy a pedir más vuelos para este mes —agregó Felipe, tranquilo—. Pienso pilotar todo lo que quiera. Si no voy a hacerlo más, me despediré a lo grande.

—¿Y Eugenia? —pronunció con delicadeza—. Si piensas pilotar todo lo que quieras, no la vas a ver.

—Es lo mejor. En diciembre me mudo a Berlín y vendré muy poco a Madrid. Si mi relación con ella se hiciese más profunda... —se agobió, le recorrió un horrible sudor frío al percatarse del significado de sus propias palabras.

—La despedida sería peor —concluyó Richi por él.

—Exacto —asintió, con la mirada fija en el infinito.

—No te entiendo... No entiendo por qué vas a renunciar a todo por una mujer de la que no estás

enamorado, cuando podrías tenerlo todo con la mujer de la que de verdad estás enamorado y que, encima, te corresponde. ¡Hasta un ciego lo vería, joder!

—Richi... —desvió la mirada—. No sabes de lo que hablas; mejor, cállate.

—Dime que no la quieres, Felipe, y me callaré —se inclinó, con las manos en las caderas.

Aquello provocó que estallase.

—¡No tienes ni puta idea de nada! —exclamó Felipe, sin importarle lo más mínimo estar en plena calle—. ¡Era una niña de siete años cuando la conocí! —gesticuló, fuera de sí—. ¡Una niña, joder!

—Han pasado veinte años desde entonces y hacía ocho que no la veías —habló con tranquilidad, ni siquiera se inmutó por las voces—, lo que significa que Eugenia tenía diecinueve años cuando os separasteis.

—Pues eso, Richi —apretó los puños en los costados—, una niña...

Ricardo analizó el tormento de su expresión, intentando comprenderlo.

—Flip... —comenzó su amigo, que acababa de resolver el enigma—, ¿fue por eso?

—Richi, por favor... —dejó caer los hombros, derrotado.

—Ya no es una niña —le dijo con suavidad—, es una mujer de casi treinta años.

—Puede que ahora sea una mujer —convino, con dureza en la voz, conteniéndose para no gritar otra vez, conteniéndose como llevaba años haciéndolo—, pero no sabes lo que pasó.

—¿Te refieres a que la infidelidad de Isabel hizo que te largaras a Munich?

—No, Richi, no fue por Isabel por lo que me mudé a Munich, pero...

—Fue la excusa.

—Sí. Y hay más, pero no me interrogues, por favor... —le suplicó en un trémulo hilo de voz. Tragó el grueso nudo que se le formó en la garganta.

—¿Qué sientes cuando la ves?

Sonrieron los dos.

—Consuelo, adrenalina... Mi Nana me hace invencible solo con mirarme, solo con pensar en ella... —se le borró la alegría del rostro—. Pero los recuerdos hacen que el dolor regrese... Y la impotencia... Y la desilusión... Y el suplicio...

—Pues no recuerdes, Felipe.

—El problema es que ella es la dueña de mis recuerdos, pasados, presentes y futuros. Y no solo de mis recuerdos...

Ambos inhalaron aire y lo expulsaron despacio.

Sofía y Eugenia salieron de un portal frente a ellos en ese momento.

Eugenia, en cuanto lo vio, arqueó las cejas por la sorpresa y un súbito y precioso rubor coloreó sus mejillas. Seguidamente, le regaló a él, solo a él, la sonrisa tímida más bonita del mundo y sus ojos, esos impresionantes ojos verdes, lo miraron haciéndole sentir un dios invencible.

Seis semanas para despedirse de su vida. ¿Y si...?

—No sabía que vendrías —le dijo Eugenia a Felipe al acortar la distancia para saludarle.

Él le dedicó esa sonrisa arrebatadora que la debilitaba, antes de envolverla entre sus brazos, para asombro de los presentes, y besarla en el pelo. Y ella, incapaz de desaprovechar la situación, se puso de puntillas y le rodeó el cuello, escondiendo la cara y aspirando su aroma a jabón, a limpio, a frescura, a calidez, a hogar...

—Me encanta abrazarte —le susurró su príncipe rojo, apretándola hasta casi romperle los huesos, lo que le arrancó a Eugenia una carcajada, entre divertida y nerviosa.

Se separaron, pero Felipe, al instante, enlazó una mano con la suya y, los cuatro, caminaron hasta el pequeño restaurante donde siempre almorzaban las dos amigas. Solo la soltó para retirarle la silla y que se acomodara frente a la mesa cuadrada, enseguida volvió a tomarla de la mano.

Eugenia no sabía el motivo, pero estaba diferente, mucho más atento, mucho más cariñoso, como si no pudiera dejar de tocarla. Algo había ocurrido.

—¿Estás bien? —se preocupó ella.

—Contigo, siempre estoy bien —se inclinó y le trazó el puente de la nariz con el dedo.

Eugenia se sonrojó todavía más. Sentía el cuerpo vibrar sin control y su corazón, suspendido, sin latir.

—¿Qué tal el trabajo? —se interesó Ricardo, embelesado en Sofia, quien no le despegaba los ojos de encima.

—Nuestro jefe es un capullo integral —apuntó Sofi, con una mueca de asco—. Cuéntales lo de hoy. Diles a qué hora te ha llamado para recordarte que debías traerle un traje de la tintorería. ¡A las cinco de la madrugada!

Los dos hombres la miraron con incredulidad.

—Pero ¿no eres contable? —quiso saber Felipe, apretándole la mano.

—Y la asistente particular del jefe —aclaró Sofia, antes de dar un sorbo a su cerveza—. Se supone que los cuatro, Dani, Raúl y nosotras dos, somos los contables del departamento, pero ella —la señaló con el tenedor—, además de soportar las constantes amenazas y avisos de que su puesto peligra, es una especie de sirvienta para el jefe. La llama de madrugada, sea fin de semana o no, la obliga a recogerle los trajes del tinte, prepararle cafés en la oficina y le exige hacer horas extra que no le paga.

—¿Y por qué lo consientes, Nana? —inquirió él—. Quéjate. No tiene ningún derecho a tratarte así, y mucho menos a obligarte a hacer lo que le dé la gana bajo coacción.

—Necesito el sueldo. Y si me quejo, me despide. Además, no me afecta.

—Podrías tener un sueldo infinitamente mejor —le rebatió Sofia, seria—, si vendieras tus fotografías. Te lo he dicho muchas veces.

—¿Todavía sigues haciendo fotos? —le preguntó Felipe, con una sonrisa traviesa—. No había quien te quitase una cámara de las manos.

Ella sonrió.

—Me encanta la fotografía, ya lo sabes, pero... —la tristeza la invadió—. Ya no hago retratos, y si salen caras, las difumino —desvió los ojos a un lado y se soltó del agarre.

Pero él no le permitió la huida. La sujetó de la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Dime por qué. Las fotos que más te gustaban eran las de retratos, las caras, las expresiones. ¿Qué cambió?

Eugenia le aferró la muñeca y tiró para desprenderse de su contacto, de repente, la asfixiaba.

—Que me abandonaste, eso cambió —se levantó y, reprimiendo las inminentes lágrimas, se dirigió al servicio de señoras, al fondo del local.

Sin embargo, antes de entrar, Felipe la cogió del brazo con brusquedad y tiró de ella hasta adherir su espalda a su duro y flexible torso.

—Lo siento... —le dijo él con la voz quebrada—. ¿Qué hiciste con las fotos?

—¿Qué fotos? —giró el rostro y lo observó sin comprender.

—Cuando aterricé en Munich, llamé a mi madre para que fuera a recoger todas mis cosas al piso, porque yo no sabía cuándo volvería, tampoco si vosotras seguiríais viviendo allí después de la discusión. Y le pedí que lo hiciera cuando tú estuvieses trabajando en la cafetería, por la tarde, que era cuando también trabajaba Isabel en el bufete, así estaría la casa vacía y mi madre no se sentiría incómoda o violenta —hablaba con los labios pegados a su melena en la parte superior de su cabeza—. Me llamó cuando estaba allí, preocupada porque, según sus palabras, parecía haber pasado un tornado por el piso. Me dijo que en el suelo había trozos de cristales y que todos los marcos de fotos estaban rotos, pero que las fotos habían desaparecido.

Ella ahogó un sollozo.

—¿Qué hiciste con las fotos? —quiso saber Felipe—. Necesito saberlo.

Eugenia cerró los párpados. Él la giró por completo, la tomó por las mejillas con ambas manos y la besó en la frente, justo como la había besado la otra noche, prolongado e increíblemente puro, el roce de las alas de un ángel.

—Felipe...

—Nana... —apoyó la frente en la suya—. Todas esas fotos las hiciste tú, por eso las puse en marcos cuando os mudasteis conmigo a esa casa, porque eran tus favoritas, y porque eran tuyas, de tus manos. ¿Qué hiciste con ellas?

—Las rompí y las guardé en una caja para tirarlas a la basura.

—¿Y lo hiciste?, ¿las tiraste?

Se miraron a escasos milímetros de distancia. Las narices se rozaban y los alientos se acariciaban.

—Solo aquellas en las que salía Isabel, ya fuera sola o con nosotros —confesó, con la voz quebrada.

—Dios, Nana... —suspiró, entrecortado. Se apartó—. No puedo estar cerca de ti a solas ahora mismo... —suspiró de nuevo y regresó a la mesa.

Ella hizo una mueca ante la falta de contacto, rodeándose a sí misma para mitigar el escalofrío que la recorrió. Se secó de un manotazo una lágrima que cayó por su rostro. No entendía por qué tenía que ser tan complicada la situación entre los dos. No entendía casi nada. Casi.

Volvió con sus amigos. Sofía se colgó de su cuello, muy ilusionada.

—¿A que no sabes qué, Thelma?

—Cuéntame, Louise —sonrió, fingiendo que no sucedía nada, aunque su interior era un completo caos existencial.

—¡Nos vamos a Nueva York! ¡Los cuatro!

—¿Cómo? —pronunciaron Eugenia y Felipe al unísono.

Ricardo sonrió como un tunante.

—Sofía, y Eugenia, si quiere, nos acompañarán al vuelo de mañana, Flip, ¿no es genial?

—¡Y la vuelta es el jueves! —continuó Sofi, efusiva—. ¡Es mucho más que genial! ¡Tres días en Nueva York! —se abanicó con la mano con teatralidad.

—Tenemos un trabajo —la regañó Eugenia, frunciendo el ceño—, y no sé tú, Sofi, pero yo quiero conservarlo —se bebió su vaso de agua.

—A ver, Thelma —Sofía ladeó la cabeza—, que tienes todavía tres semanas de vacaciones del año pasado y todo el mes de este año, eso suman siete semanas de vacaciones. Y, te repito, por enésima vez, que no te hace falta ese trabajo. ¡Manda a Conrado al cuerno!

—Vente a Nueva York, Nana —le pidió Felipe, sonriendo.

—Pero... —se estremeció—. Eso son seis horas de vuelo a la ida y siete y media a la vuelta... —palideció.

—Has estado en Nueva York siete veces —la rodeó por los hombros con un brazo, apretándoselos para infundirle ánimos—, puedes volar allí una octava. Y yo estaré en el avión.

—¿Siete veces? —repitió Ricardo, alucinado.

—¿Pilotarás tú? —quiso saber ella, aterrada.

—¡Siete veces! —volvió a exclamar Richi.

—Richi y yo pilotamos a la ida —le respondió Felipe.

—¡Siete! —insistió Ricardo, arrancándoles carcajadas a los demás—. Te sabrás Nueva York de memoria.

—Algo así, ¿verdad, Nana? —su príncipe rojo le guiñó un ojo.

—Acompañábamos a mi madre a la semana de la moda de París, de Milán y de Nueva York —le explicó ella a Richi, recostándose, sin darse cuenta, en Felipe, a su derecha. La mágica protección que desprendía la atraía sobremanera. La nostalgia la invadió.

Él la besó en la sien, lento y tierno, un beso que logró eliminar su repentina tristeza al recordar el accidente que apagó la vida de sus padres.

—¿Entonces, Thelma? —le dijo Sofía con una pícaro sonrisa—, ¿nos vamos a Nueva York?

Eugenia clavó los ojos en los de Felipe.

—¿Y el vuelo de vuelta?

—Estaré sentado contigo —afirmó él, sonriendo—. No nos toca a nosotros pilotar a la vuelta. Y cuando hacemos viajes que superan las tres horas de travesía o si, por ejemplo, pilotamos dos vuelos en un día, la compañía nos regala dos noches de alojamiento en un hotel de cinco estrellas en la ciudad en la que aterrizamos.

—¿En serio? Dos noches en un hotel de cinco estrellas es... —desorbitó los ojos—, es un regalo increíble. Os cuidan bien.

—Muy bien, de hecho —la corrigió Ricardo—, porque también nos regalan, a cada empleado, veinte billetes en primera clase al año para utilizarlos en cualquier vuelo que queramos, como una especie de paga extra, bien para nosotros o bien para familiares, amigos... Así que no pagaríais nada. Yo solo he gastado cuatro este año, ¿y tú, Flip?

—Yo no he gastado ninguno.

—¡Vamos, Thelma! —insistió Sofi—. Lo estás deseando, reconócelo. Así me haces de guía turística. Sabes que siempre he querido ir a Nueva York, y si tú no vas, yo, tampoco —sonrió con dulzura—. Y cuatro días libres sin el idiota de Conrado te van a venir más que genial —le guiñó un ojo.

Ella observó a Felipe.

—¿A ti te parece bien?

Él suspiró. Dejó de sonreír. Sus ojos castaños se oscurecieron.

—Luego hablamos, ¿vale?

Eugenia asintió.

—Pero —añadió Felipe, al oído—, quiero que vengas a Nueva York y no te preocupes por tu miedo a volar, porque seré yo quien te lleve a la segunda estrella a la derecha y luego recto hasta el amanecer.

Ante aquello, sumado a la intensa mirada que le dedicó, una tremenda ilusión la bañó de felicidad, aunque fuera una felicidad temporal que se desintegraría de inmediato, pero atesoró ese instante en su corazón como el mayor regalo recibido en los últimos ocho años.

—Vale —claudicó ella—, nos vamos a Nueva York.

—¡Sí! —gritó Sofia que, en esa ocasión, se colgó del cuello de Richi, y este aprovechó para darle un beso en la mejilla, ruborizándola—. Bueno, mejor comamos —agregó con cierta timidez.

Y comieron mientras charlaban del viaje.

Casi una hora antes de volver al trabajo, ya en la calle, Ricardo le pidió a Felipe la moto para dar una vuelta con Sofi. Él observó a su amigo como si lo estuviera regañando con la mirada, pero, finalmente, le entregó las llaves y su casco, y los tortolitos se fueron.

—¿Café o paseo? —le sugirió ella, temerosa de que se negara a estar a solas con ella.

—Paseo.

Comenzaron a andar despacio, pero Eugenia aceleraba los pasos cuando había menos gente y se acercaba a cualquier persona que caminaba por la acera. Felipe la agarró del brazo y, con la frente arrugada, la frenó.

—¿Qué te pasa, Nana?

—No puedes estar conmigo a solas y me da miedo que te vayas, como has hecho antes en el restaurante —agachó la cabeza, abochornada—, así que he pensado que, si nos ponemos detrás de alguien, no te irás.

Entonces, él estalló en carcajadas.

—Anda, ratoncita —la atrajo hacia su torso y la besó en el pelo entre risas—. No me voy a morir por dar un paseo contigo a solas. —Y añadió, en un tono más áspero de lo habitual—: Otra cosa es quedarnos entre cuatro paredes a solas.

Ratoncita... Así la había llamado tantas veces...

—Técnicamente, el pasillo de los baños del restaurante tenía tres paredes, no cuatro —murmuró ella, con el inicio de una sonrisa.

Felipe se rio de nuevo.

—¿De qué querías hablar? —le preguntó Eugenia.

Él la soltó. Se aproximó a un banco de madera clavado al suelo y le indicó que se sentara. Se acomodaron con bastante distancia, prácticamente uno en cada extremo.

—El uno de diciembre me mudo definitivamente a Berlín —declaró Felipe, apoyando los codos en sus muslos y con los ojos al frente.

—Con Carlota.

—Con Carlota.

Eugenia sintió una presión en el pecho que le dificultó tomar una bocanada de oxígeno, aunque no lo demostró.

—Hasta ese día —prosiguió él—, haré todos los vuelos que pueda. Ya me pasaron esta mañana el plan de noviembre. Después del viaje a Nueva York, me quedan tres vuelos hasta que finalice octubre, son cortos, en España.

—¿Te estás despidiendo de mí? —se levantó como un resorte.

Para su sorpresa, Felipe sonrió, la sujetó de la muñeca y tiró de ella para que se sentara otra vez, pero a su lado. No la soltó.

—Nada más verte hoy he pensado en proponértelo —señaló él, observándola con un mágico destello en sus claros ojos—. La ruta de noviembre la quiero cambiar, pero depende de ti si lo hago o no.

—¿De mí? —arrugó la frente.

—Ven conmigo.

—¿Adónde?

—A todos los viajes que haré en mi último mes como piloto. Vente conmigo, Nana. Tienes siete semanas de vacaciones, cógete seis, más los días a Nueva York. Y yo tengo veinte billetes que quiero gastar en ti —sonrió con tristeza—. Noviembre es mi despedida y quiero despedirme contigo. Vuela conmigo, Nana.

—Pero... —balbuceó ella, atónita y casi sin respirar—. ¿Y...? ¿Y Carlota?

A Felipe se le cruzó el semblante.

—A Carlota no la voy a ver hasta el uno de diciembre —le explicó él, apretando la mandíbula, como si estuviera enfadado—. Hasta entonces, mi vida es mía y yo decido qué hacer con ella.

Fue tal la dureza que utilizó al hablar, que a Eugenia se le erizó la piel. Y fue tal la seguridad que transmitió a través de su mirada, que decidió no preguntar más, pues pronosticó que no contestaría a sus preguntas.

—No creo que le haga gracia —comentó ella con suavidad— que pases seis semanas con otra chica.

—Si te quedas más tranquila, hablaré con Carlota y se lo diré, pero te van a ver mis compañeros en el avión, no será ningún secreto, ni nada malo que tengamos que esconder. Son viajes entre...

—¿Dos viejos amigos?

Felipe la contempló con una amargura tal, que le contrajo el estómago a Eugenia.

—Tú y yo nunca fuimos amigos, Nana, ni lo somos ahora ni lo seremos en el futuro —sonrió, retirándole un mechón detrás de la oreja—. Tú eres mi Nana y yo soy tu príncipe rojo, y eso es mejor que...

—Cualquier cosa, infinitamente mejor —concluyó por él, en un hilo de voz.

—Exacto. ¿Qué me dices, Nana? ¿Volarás conmigo?

—En noviembre.

—Todo el mes de noviembre.

Ella suspiró. Se soltó, se incorporó y se alejó.

—No creo que sea una buena idea, Felipe —dejó caer los hombros—. Si yo fuera Carlota, para empezar, no te ofrecería la gerencia porque es evidente que no la quieres, pero, si te la ofreciese, si tú la aceptases y si necesitases despedirte de los aviones —se giró y lo observó, aguantando las lágrimas—, me iría al fin del mundo contigo con los ojos cerrados el tiempo que tú quisieras: un día, seis semanas o el resto de nuestras vidas.

Felipe contuvo el aliento.

—Pero no soy Carlota —continuó, con la voz rota por el indescriptible dolor que le suponía decir esas palabras—. Y si estoy viviendo contigo un mes entero entre aviones y hoteles, sin despegarnos el uno del otro, el uno de diciembre será mil veces peor que la despedida de hace ocho años, pero mil veces peor... —se arrugó la camisa en el escote, que llevaba debajo de la *blazer*—. No quiero sufrir más, y sufro cuando te veo, sobre todo cuando ella te besa, te abraza o te llama *cielo*, o cuando tú me dices que no puedes estar a solas conmigo... —las lágrimas se derramaron por sus mejillas—. Pero tampoco puedo estar sin ti... —confesó, sin importarle las consecuencias—, así que, aunque solo sean treinta días contigo, prefiero eso a nada —se secó la

cara con dedos temblorosos—. Sí, Felipe, volaré contigo —sonrió—, recto hasta el amanecer...

Él se puso en pie al instante y la estrechó entre sus brazos con fuerza, elevándola del suelo unos centímetros. Se rieron, nerviosos ambos.

—Haré que ese mes sea el más mágico de tu vida, Nana —le susurró en el oído antes de hundir el rostro entre sus cabellos.

—Ya son mágicos todos los momentos contigo.

—Nana... —gimió, apretándola con más fuerza, pero una fuerza agitada, pues no solo ella temblaba.

—Pongo una condición.

Felipe la miró y asintió, aún abrazados.

—El último día, en el último vuelo —le avisó Eugenia, grave—, contestarás a mis preguntas.

—No me pidas eso, Nana —se apartó y retrocedió, revolviéndose el pelo—. No puedo hacerlo.

—¿Porque no puedes o porque no quieres? —entornó los ojos.

—Porque no puedo. Y nunca es buena idea remover el pasado.

Algo en su tono castigado la alertó. ¿Y si toda esa situación tan complicada que les impedía *estar solos entre cuatro paredes* se debía a algo relacionado con Isabel? ¿Y si, por haber sido novio de su hermana, se negaba a la posibilidad de estar con Eugenia, y por eso había aceptado la gerencia y se mudaba a Berlín, lejos de ella, sin dudar? La infidelidad de Bel, su embarazo, que ahora estuviera casada con Luis...

Claro, pensó Eugenia, se trataba de eso, de que él jamás podría coincidir con ninguno de ellos. Los tres formaban su única familia y, si Felipe y ella estaban juntos, los tendría que ver. Él le había asegurado que ya no le dolía lo de Isabel, pero era obvio que seguía resentido, y ella no lo culpaba, cualquiera en su situación se sentiría igual o, incluso, peor. Lo bueno de todo era que Bel vivía en Barcelona y apenas venía a Madrid, excepto en el cumpleaños de Eugenia, precisamente, el treinta de noviembre.

—¿Es por Isabel? —insistió ella, tocándole el brazo.

—El último día, en nuestro último vuelo —zanjó como respuesta—, pero no te prometo nada —enlazó una mano con la suya y emprendieron el paseo—. Ahora, me toca, mi condición.

Eugenia arqueó las cejas.

—De eso nada. Tú no tienes derecho a poner ninguna.

—¿Y eso por qué? —sonrió con picardía.

—Porque has sido tú el que ha propuesto el plan. Si tenías condiciones, haberlas dicho antes —sofocó una carcajada—. Ahora, te aguantas.

—Conque esas tenemos, ¿eh, ratoncita?

Eugenia se apartó y empezó a retroceder cada vez más deprisa ante la expresión de fingido villano que Felipe le brindó, igual que en el pasado, cuando era una niña y jugaba con él a indios y piratas, como en *Peter Pan*. Felipe siempre hacía del capitán Garfio y ella, de Wendy, y Peter Pan nunca llegaba a rescatarla...

Eugenia salió corriendo. Él esperó unos segundos para concederle ventaja y fue a pillarla. Y la atrapó, alzándola en vilo desde atrás.

—Te cacé, ratoncita.

—Me cazaste... —suspiró entrecortadamente.

La bajó al suelo. Se rieron por la escena tan infantil que habían protagonizado en plena calle.

—Nunca me dijiste por qué me llamabas *ratoncita* cuando hacía algo mal—comentó Eugenia, curiosa.

—Porque ibas disfrazada de *Minnie Mouse* cuando te conocí —sonrió, dulce—, cuando te

lanzaste a la barandilla para volar aunque tu madre te estaba gritando que no se te ocurriera hacerlo. Y cuando te portabas mal o ibas a hacer alguna trastada, me acordaba de ese día.

—Tú me agarraste antes de caerme y creí que, de verdad, había conseguido volar —sonrió—. Aunque solo fueron cinco segundos, fue el primer sueño que logré cumplir en mi vida. Y todo gracias a mi príncipe rojo.

—Nana... —la tomó por la nuca y la besó en la frente, lánguido e increíblemente puro.

De nuevo, las alas de un ángel la acariciaron, y eso era lo mejor que pudiera existir. Ella respiró hondo de manera irregular, como él...

El ruido de una moto acercándose los sobresaltó.

Cuando se quitaron los cascos de la cabeza, Sofía estaba demasiado sonrojada, su cara podía estallar de lo incendiada que se mostraba. Y la expresión de fascinación y satisfacción de Richi terminó por demostrar lo que había estado haciendo esa pareja de tortolitos.

—Nos vamos —anunció Sofi, cogiéndola del brazo—, ya casi es la hora de entrar al trabajo.

—A ver qué os dice el jefe cuando le aviséis de que os cogéis unos días libres —dijo Ricardo.

—Luego te llamo, Nana —le avisó Felipe, que la besó en la mejilla—, pero, seguramente, sea a las cinco de la madrugada cuando os recojamos.

—Vale —le devolvió el gesto.

Él le guiñó un ojo.

—¡Adiós! —las dos chicas se despidieron de ellos y se metieron en el edificio.

En el ascensor, Eugenia estalló en carcajadas al ver, en las paredes de espejos, que Sofía continuaba acalorada.

—¡No tiene gracia! —enseguida se contagió—. Me ha... besado... —sus ojos chispearon—. Y ha sido... —se mordió el labio inferior.

—¿Mágico?

—Sí... Me gusta mucho —se tornó preocupada—. Y eso me da miedo. No quiero perderme...

—Bienvenida al club.

Se abrazaron y retomaron sus tareas como contables de YUNI.

Cinco minutos antes de acabar la jornada laboral, Sofía entró en el despacho del señor Conrado para pedirle los tres días libres. Ella lo hizo a continuación.

—¿Qué quieres, Eugenia? —le escupió su jefe, tecleando en el ordenador—. Si vienes a pedirme también tres días libres, ya te puedes ir por donde has venido. Sofía, sí; tú, no.

Entonces, con aplomo y valentía, Eugenia decidió arrojar al vacío. Estaba harta de Antonio Conrado. Estaba harta de vivir *avisada* en un lugar que no la llenaba y en el que no recibía una mínima valoración o consideración por su entrega y dedicación. Se acabó.

—Me largo —dijo ella, de pie—. Quiero mi finiquito. Y lo quiero ahora —se volvió hacia la puerta y la abrió—. No te costará encontrarme un sustituto, eso me has dicho muchas veces, aunque dudo de que soporte lo que he soportado yo, Antonio —adiós al respeto, no se lo merecía—. Y avisa a Recursos Humanos de que voy de camino a verlos.

Y se fue, no sin antes recibir una oleada de aplausos por parte de Sofía, Daniel y Raúl.



—¡Teníais que haberla visto! —exclamó Sofía a las cinco y media de la madrugada, después de contarles en el coche, hacia el aeropuerto, que Eugenia se había despedido del trabajo—. ¡Eres mi heroína, Thelma!

Todos se rieron, menos Felipe.

—Dijiste que necesitabas el sueldo —se preocupó él, al detener el todoterreno en el *parking*.

Salieron del coche. Se dirigieron hacia la zona de embarque directamente, Ricardo y él ya se habían encargado de los billetes de ellas la tarde anterior.

—Tengo ahorros —le aseguró ella, con una palidez tan inquietante que no supo si creerla—. Estoy bien.

Felipe se tragó una carcajada. Lo que estaba era aterrada por el vuelo.

Pasaron el control de aduanas y se encaminaron hacia la zona VIP. Por ser pilotos, los dos amigos contaban con una tarjeta electrónica negra con su nombre grabado que corría con los gastos que hiciesen en los aeropuertos cuando les tocaba pilotar. Pagaba DATCO. Les entregaron sus tarjetas a cada una.

—Nosotros tenemos que irnos ya a prepararnos, podéis tomar lo que queráis, tanto de comer como de beber —anunció él, cogiendo de la mano a Eugenia—. Sé que no te gustan las pastillas, pero el vuelo es largo —sacó del bolsillo del pantalón un frasco de pastillas blancas—. Son naturales. De herbolario. Tómate una ahora y otra, dentro de una hora, ¿vale? Te relajará.

—Felipe... —se quejó.

—Hazme caso, Nana, por favor. Si te quedas dormida, será por falta de sueño, no por esto. Y seguirás con tu miedo, no son milagrosas —sonrió—, pero no sufrirás temblores y respirarás con normalidad, es decir, estarás tranquila y, por consiguiente, yo, también, sabiendo que tú lo estás —le guiñó un ojo—. Hazlo por mí.

Ella asintió con resignación y aceptó el bote. Felipe la besó en la frente, arrancándole un suspiro irregular que envalentonó su estómago. Y Ricardo y él se marcharon.

Tres horas más tarde, despegaron de Madrid rumbo a Nueva York. Felipe no pudo evitar sentirse molesto y nervioso al pensar en que Eugenia estaría sufriendo por su pánico a volar.

No se serenó hasta que, cuando alcanzaron la altura que necesitaban para la travesía y se pudieron mover de los asientos, Richi se marchó y volvió a los dos minutos, con Sofía de la mano. Felipe, entonces, cogió su iPod y pudo acercarse a ver a Eugenia, dejando a Ricardo al mando. La encontró con los ojos cerrados, aferrada con excesiva fuerza a los brazos del amplio y cómodo sillón de la última fila de la primera clase, en el lado del pasillo. Sus cabellos estaban recogidos en una trenza de raíz que no llevaba antes. Se paralizó, de pie, a un milímetro de distancia. Le encantaba su melena suelta, larga, oscura y ondulada, pero en ese instante, con el pelo recogido, parecía una niña otra vez, la preciosa niña que siempre había sido.

—Vamos a servir ya el desayuno, capitán —le indicó Elisa, una de las azafatas, sobresaltando a ambos, pues Eugenia abrió los ojos de golpe.

—Gracias, Elisa. ¿Quieres desayunar, Nana? —le preguntó él, con la voz áspera.

Ella negó con la cabeza. La azafata sonrió con amabilidad.

—Cualquier cosa, me avisa, señorita —le dijo Elisa, alejándose.

Felipe se acomodó en la ventanilla, con cuidado de no golpearla al pasar. Le colocó un auricular en la oreja izquierda y se ajustó el otro en su oreja derecha. Encendió el iPod. Levantó el brazo que compartían los dos asientos y que se interponía entre ambos. La rodeó por los hombros y la atrajo hacia su torso. Le tendió el reproductor de música. Ella subió las piernas al regazo de Felipe, al tiempo que escogía una lista de canciones. *Coldplay* sonó enseguida en sus oídos. Él, además, le quitó las zapatillas para que estuviera más cómoda. Y cerraron los ojos, el uno en los reconfortantes brazos del otro. Y se sentía tan bien...

A mitad del vuelo, se cambiaron con sus amigos para que así Richi también descansara un poco. En la cabina, Eugenia no paró de hacerle preguntas sobre las palancas y los botones, eso sin

contar con el exhaustivo interrogatorio al que le sometió sobre todo lo relacionado con las situaciones de emergencia en un avión.

—Venga, capitán, enséñame a hacer tus aviones de papel.

—¿Todavía no consigues hacer uno? —soltó una carcajada.

—No. Tus clases no sirvieron de nada —se rio—. Lo he intentado muchas veces, pero los he acabado tirando a la papelera.

En el pasado, Felipe le había intentado enseñar a hacer aviones de papel cada día, pero Eugenia siempre había sido muy torpe y terminaba destrozando las hojas.

—Vale, atenta, ¿eh? —le avisó él, arrancando dos papeles de una libreta que siempre cargaba consigo. Le tendió uno—. Repite mis movimientos.

—Vale —asintió con solemnidad y concentrada.

Al cabo de diez minutos, ella perdió la paciencia y, tras ocho intentos fallidos, arrugó el papel con rabia y lo lanzó al suelo. Él explotó en carcajadas.

—Hagamos una cosa —se le ocurrió a Felipe, que arrancó el último papel—. Este será de los dos. Yo lo hago y tú escribes la frase.

Eugenia sonrió, radiante, y él procedió a hacer el avión con su característica rapidez y soltura.

—¿Lo echas de menos?

Aquella pregunta lo pilló desprevenido.

—A tu abuelo —aclaró ella—. Va a hacer quince años, ¿no?

Felipe sonrió, sintiendo un regocijo en su interior. Solo ella podría acordarse de eso.

—¿Recuerdas a mi abuelo? —quiso saber él.

—No me acuerdo de él, pero sí me acuerdo de ti en el entierro.

—Tú no fuiste al entierro —frunció el ceño—. Tus padres no te dejaron.

—Le pedí a Bel que me llevara sin que ellos lo supieran y me escondí detrás de unas lápidas —sus ojos se clavaron en los suyos, profundos, turbadores—. Estabas muy rígido, muy estirado, y apretabas los labios. Se te veía tan enfadado y tan dolido al mismo tiempo... —tragó—. Y cuando todos se fueron y te quedaste solo, sin moverte de donde estabas, te echaste a llorar —se le quebró la voz—. Te caíste de rodillas y lloraste... —volvió a tragar—, mucho. Me asusté. Nunca te había visto así... Quise correr y abrazarte, pensé que lo necesitabas, pero Bel me dijo que lo que necesitabas era estar solo.

—Lo que necesitaba era tu abrazo —confesó, en voz muy baja y afilada, furioso por el consejo de Isabel, aunque no le extrañó. Se le enturbió la mirada al recordar aquel aciago día—. Te necesitaba a ti. Siempre te necesitaba a ti... —se revolvió el pelo y desvió los ojos hacia el cielo—. Llevamos demasiado tiempo solos entre cuatro paredes. Te acompañé a tu asiento —se incorporó.

Y Eugenia se enfadó. Se levantó y lo encaró.

—¿Piensas comportarte así en noviembre? —se cruzó de brazos—. Porque, si es así, si cada vez que coincidamos solos en un espacio cerrado tú te agobias, no iré. No volaré contigo. Me niego —se inclinó, transmitiéndole una mirada cargada de desesperante dolor—. ¿Sabes cómo me siento cuando me dices eso? Haces que parezca algo malo estar conmigo —giró la cara—. Y yo no siento nada malo cuando estoy contigo, haya gente o no a nuestro alrededor, todo lo contrario... —se tapó la boca para silenciar un sollozo.

—Nana, yo... —fue a tocarla, a abrazarla y consolarla y consolarse a sí mismo, pero, en lugar de obedecer a su corazón, le tendió el avión de papel—. Tienes que escribir la frase.

—Escribela tú —masculló, y se fue.

—Joder... —arrojó el avión contra la pared. Se tiró de los cabellos con saña, odiándose por

herirla.

Haces que parezca algo malo estar conmigo...

Richi entró en la cabina al minuto.

—¿Qué ha pasado? —inquirió su amigo—. Eugenia se ha encerrado en el baño, llorando. Está Sofi intentando que abra, pero no quiere.

—Que soy imbécil, eso ha pasado... —se le formó un nudo en la garganta—. Joder, la estoy volviendo loca. Le digo que no puedo estar a solas con ella, pero luego no paro de tocarla por una mínima excusa, de besarla, de abrazarla o de...

—¿Decirle que la quieres, pero sin palabras?

—¡Joder!

—No sé qué haces con Carlota, y mucho menos lo entiendo, pero no te juzgaré ni te presionaré, tú sabrás por qué haces lo que haces. Y ahora arregla lo que sea que le hayas hecho a Eugenia porque tú eres la única persona que puede curarla —se sentó en su silla—. Ah, por cierto, si vais a viajar solos durante un mes, te convendría empezar a resolver tu problema de no poder estar con ella a solas, ¿no crees?

Felipe respiró hondo y se dirigió a los baños, vio a Sofía apoyada en la puerta.

—No quiere abrirme ni hablarme, Felipe. Haz algo.

—Hay un truco para abrir estas puertas desde aquí, pero se supone que no debemos hacerlo porque se puede romper el pestillo. Yo me encargo. Vete con Richi.

La chica de bonitos ojos zafiro, pareja ya oficial de su mejor amigo, asintió y obedeció.

Algunos de sus compañeros adivinaron lo que se proponía hacer, cuchicheando entre ellos. Encerrarse en un servicio de avión junto a otra mujer que no era su novia, a la que todos conocían por ser la hija y heredera del dueño de la compañía para la que trabajaban, no era un acto muy ético, pero Ricardo tenía razón. Y Eugenia, también.

Le propinó un imperceptible golpe seco al picaporte y se oyó un chasquido. Lo giró y se metió, cerrando tras de sí. Ella estaba sentada en la tapa del retrete, ciñéndose las rodillas y con el rostro escondido, rostro que alzó, asustada por la intromisión, rostro que estaba empapado de lágrimas. Se contemplaron el uno al otro, inmóviles y sin respirar, hasta que, a la par, se fundieron en un abrazo tembloroso.

—Mi Nana... ¿Podrás perdonarme algún día?

Eugenia emitió un sollozo ahogado, hundiéndole las uñas en la espalda.

—Odio verte así —le susurró él—, pero más me odio a mí por ser el culpable de que estés así. Dios, Nana... Creo que jamás dejaré de pedirte perdón...

—Sí —lo miró con esos impresionantes ojos, más verdes que nunca—. Eres el culpable, pero algo dentro de mí me dice que no lo eres porque quieras serlo —le acarició la cara con dedos trémulos.

A Felipe se le debilitaron las piernas y tuvo que recostarse en la pared, sin soltarla.

—Tenías razón, Nana. Esto no es sano para ninguno de los dos. Pero es menos justo para ti porque yo...

—Porque tú tienes a Carlota y te vas a casar —concluyó, adivinándolo.

—Sí.

—Felipe... ¿Y si...? —desvió la mirada con las mejillas arreboladas por la vergüenza.

Él la tomó por la nuca.

—Dime, Nana. Y si, ¿qué?

—¿Podrías actuar como si solo fuéramos Felipe y Eugenia, dos personas que estuvieron muy unidas en el pasado, que se separaron durante años, pero que ahora se han reencontrado, sin

complicaciones, sin miedos?, ¿solo ser tú y yo sin nada que nos haga sufrir, al menos, hasta el treinta de noviembre?

Felipe sonrió con ternura.

—Claro, Nana, solo quiero eso, ser tú y yo sin nada más que tú y yo —la besó en la frente.

Aunque la realidad era bien distinta...

—Me encanta que hagas eso... —le susurró ella, bajando los párpados, sujetándose a sus hombros—. Es como si me rozaran las alas de un ángel...

Él estaba muy lejos de ser un ángel, pero aquella declaración le arrancó un jadeo y una severa alteración cardíaca imposible de normalizar.

—Y también me encanta que uses camisas de manga larga y que te las remangues si tienes calor —añadió Eugenia—. No soporto las camisas de manga corta.

—Muchos pilotos las usan.

—Tú, no.

—Yo, no.

—Porque eres el mejor de todos los pilotos.

—Que no te oiga Richi —se rieron.

Un toque en la puerta los devolvió al presente. Era Sofía.

—Dice Richi que ya deberíais empezar el descenso.

Felipe asintió, volvió a besar a Eugenia en la frente y le trazó el puente de la nariz con el dedo índice.

—¿Estarás bien?

—Sí —los ojos le relucían mientras le dedicaba una sonrisa preciosa.

—Recordad —les dijo a ambas amigas—, nos vemos ya en el aeropuerto, ¿de acuerdo? A lo mejor, tardamos un poco.

—¡El avión de papel! —exclamó de pronto Eugenia—. ¡Corre! Dámelo y escribo la frase.

Él soltó una carcajada, regresó a la cabina, cogió el avión de papel del suelo y un bolígrafo y se lo entregó. Ella garabateó con rapidez la frase de *Peter Pan*. Felipe las acompañó a sus asientos y se fue.

Cuando se bajaron del avión, Ricardo y él los últimos del vuelo, pasaron el control exhaustivo de entrada a Nueva York y salieron por su puerta correspondiente de llegadas. En cuanto la traspasaron, se toparon con mucha gente que esperaba a pasajeros de otros vuelos. Hasta ahí todo normal, pero, al final de la cola de personas ansiosas, se hallaban Sofía y Eugenia... ¡saltando con un cartelito con el nombre de cada uno de ellos y gritando como si estuvieran en un concierto de su grupo favorito!

Fue tal la sorpresa, que a Richi se le escurrió la maleta. Entonces, Sofi corrió hacia él y se arrojó a su cuello, atrapando su boca abierta en un beso por el cual silbó más de un desconocido. Ricardo la envolvió con fuerza con todo su cuerpo y la proyectó hacia un lado como en una escena de Hollywood, arrancando aplausos de la gente. La pareja estalló en carcajadas.

Felipe observó a Eugenia, que se había deshecho la trenza y le sonreía con esa timidez que le robaba el aliento. Soltó el equipaje, desplegó los brazos, hizo un gesto con los dedos para que se acercara y sonrió lenta y seductoramente, adrede y disfrutando de lo que estaba a punto de experimentar. Ella se tapó la boca para reprimir la risa y también corrió como su amiga para lanzarse a su cuello. Y Felipe, osado y valiente como nunca había sido, la sujetó del trasero y la alzó, obligándola a que le enroscara las piernas en las caderas. A ambos se les borró la sonrisa, se les extinguió el oxígeno de los pulmones y creyeron estar volando hacia el cielo, recto hasta el amanecer... y, por primera vez en sus vidas, hacia el país de Nunca Jamás.

Ojalá...

Él, mareado por estar tocando sus exquisitas nalgas, contempló su boca con tal agonía que hasta se asustó de cuán insoportables eran sus ganas de besarla, pero por nada del mundo se separaría de ella. Por nada del mundo dejaría de tocarla. Por nada ni por nadie.

—Jamás olvidaré este recibimiento —declaró Felipe, casi sin voz.

—¿Nunca te habían recibido así? —enredó los dedos en su pelo.

—Nunca. Nadie. Y quiero que me recibas así en todos los vuelos que me quedan.

—Felipe... —suspiró, cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás.

—Dios, Nana... —observó su cuello arqueado con una necesidad primaria, una necesidad que escondía desde hacía demasiado tiempo, tanto, que ya ni se acordaba—. No puedo... No puedo...

Tentación.

Tortura.

Tormento.

—¿Qué te...? —comenzó Eugenia, pero él la calló besando su piel justo debajo de su mandíbula, mientras la oprimía contra su torso hasta hundirle los dedos en su trasero, rogando con desesperación fundirse en un solo cuerpo.

No pudo soportarlo.

No quiso contenerse.

Y no fue un beso inocente.

Ni casto.

Ni corto.

La succionó. Bebió de su tez. Se emborrachó de placer. Y jadeó como un animal en cuanto la probó.

—Oh, Dios... —gimió ella en un susurro entrecortado, tirando de sus mechones, estremeciéndose y estremeciendo a Felipe.

Él se detuvo y la bajó al suelo.

—No deberías haber hecho eso —le regañó Eugenia, cuyo rostro estaba tan colorado que él quiso morderle los mofletes.

Mala idea.

No lo hizo.

—No, no debería haberlo hecho.

—¿Vas a pedirme también perdón por esto? —quiso saber ella, con las manos abiertas sobre su chaqueta del uniforme.

—¿Quieres que te lo pida?

—No.

—Mejor, porque no pensaba hacerlo.

—¿Y vas a repetirlo?

—Prefiero no contestar a esa pregunta.

La respuesta les hizo soltar una carcajada.

—Anda, Nana... —se colgó su equipaje y el de Eugenia en el hombro y enlazó una mano con la suya—. ¿Preparada para vivir tres días en Nueva York?

Ella sonrió, deslumbrante.

—¡Sí!

Felipe se rio y se reunieron con Ricardo y Sofía. Se montaron en un taxi y se dirigieron hacia Manhattan.

—¿A qué hotel vamos? —quiso saber Eugenia.

—Adivina —le dijo él, sonriendo.

—¡No! —gritó ella, agarrándolo de las solapas de la americana—. ¡Al Broome!

—Sí —asintió, sin dejar de sonreír.

—Pero creía que DATCO os regalaba estancias en hoteles de lujo —arrugó la frente—, y el Broome no es de cinco estrellas. Me imaginé que iríamos al Upper East Side.

—Íbamos a ir al The Pierre —les explicó Richi, desde el asiento del copiloto—, pero aquí el amigo —señaló a Felipe con la cabeza, girándose en el asiento— cambió la reserva ayer por la tarde.

—The Pierre es precioso —comentó Eugenia, sonriendo—, hemos estado tú y yo. Era el favorito de mi madre, ¿te acuerdas? Nos alojábamos allí cuando veníamos.

—Claro que me acuerdo —convino él, con una sonrisa dulce—, pero el último día de la última vez que estuvimos en Nueva York, tu madre se fue a hacer fotos con tu padre por la ciudad. Cuando cenamos con ellos nos enseñaron las que le habían hecho a un hotel en pleno SoHo —levantó una mano para recalcar—, y dijo que la siguiente vez que volviéramos, nos quedaríamos allí, porque había sentido al entrar que pertenecía a ese lugar.

—Pero no hubo siguiente vez... —musitó ella, entristecida.

—Con ella, no, por desgracia —le acarició la cara con los nudillos—, pero conmigo, sí.

—Contigo, sí —sonrió.

Y el hotel, en efecto, era una preciosidad, un pequeño hotel *boutique* de catorce habitaciones y que disponía de un bonito patio, perfecto para relajarse tras una jornada exhaustiva de visitas por la ciudad.

En la recepción, les entregaron las tarjetas electrónicas de los dormitorios, uno al lado del otro, en la última planta. Se despidieron de las chicas para deshacer las maletas, ducharse y cambiarse de ropa.

—¿Te arrepientes? —le preguntó Ricardo al entrar en la habitación que compartían.

Felipe guardó sus pertenencias en el armario, frente a las dos camas individuales.

—Me refiero a...

—Sé a qué te refieres —lo cortó, quitándose el uniforme.

—¿Y?

—Te creía más listo —masculló Felipe—. Te estoy ignorando.

—Sé que me estás ignorando —sonrió con suficiencia—, pero quiero saberlo.

—No es de tu incumbencia.

—Tío —enarcó una ceja, divertido—, le acabas de morder el cuello a Eugenia en mis narices. Por supuesto que es de mi incumbencia. Y la próxima vez, si no quieres que sea de mi incumbencia —se encaminó hacia el baño—, no saques los colmillos delante de mí, Drácula —y se encerró entre carcajadas.

Él se ruborizó y, furioso, terminó de desnudarse a manotazos. En ese momento, su iPhone vibró en el pantalón, tirado en la moqueta. Descolgó sin mirar quién lo llamaba.

—*Hola, cielo.*

Felipe dio un respingo.

—Hola, Carlota.

—*Vaya...* —su voz se tornó arisca—. *Llevamos desde el sábado sin hablar y encima de que te llamo yo, cuando fuiste tú el que se marchó dándome un ultimátum, me coges el teléfono sin ganas.*

—Es que no tengo ganas de hablar —fue gélidamente sincero—. Acabo de volar desde Madrid a Nueva York y lo último que quiero es hablar.

—*Conmigo.*

—Sí, Carlota, lo siento, pero no me apetece hablar precisamente contigo, y más cuando te avisé de que necesitaba este tiempo para mí.

—*Estamos prometidos, Felipe* —rebatíó, conteniendo el enfado—, *que te tomes seis semanas de descanso en la relación no me da ninguna seguridad.*

—Tienes razón, se me olvidaba lo vulnerable que te hago sentir —ironizó, con una risa seca.

Estaba empezando a hartarse. Había aceptado todo menos tener hijos, ¡qué más!

—*¿Se puede saber qué diablos te pasa?*

—Ya te lo dije. Y no tengo ganas de hablar, Carlota. No te he pedido nada en estos tres años, pero te lo pido ahora. Acepta este tiempo. No me llames ni me escribas, y no vengas a verme. A partir del uno de diciembre me tendrás en exclusiva para ti.

—*Flip, cielo...* —se le quebró el tono por la angustia—. *Me da miedo que necesites un tiempo sin mí... Entiéndeme.*

—Claro que te entiendo —se sentó en el borde del colchón—. Yo me sentiría como tú estás ahora mismo si la persona a la que quiero me pide lo que yo te estoy pidiendo.

—*Dime la verdad, por favor* —le rogó—. *Dime qué te pasa. ¿Es por ella? Estábamos tan bien hasta que la volviste a ver... Cielo, por favor, yo te amo...*

Felipe permaneció un momento callado. Acababa de besar a otra mujer, vale que el beso había sido en el cuello y vale que no era cualquier mujer, pero era una traición en toda regla. Y lo peor de todo era que no se arrepentía lo más mínimo, sino que, en ese instante, lo repetiría...

—Carlota. No voy a mentirte.

—*Te escucho.*

—Está en Nueva York con nosotros —anunció con una tranquilidad aplastante—. Richi invitó a Sofía y Sofía no quería venirse sin ella.

Silencio.

—*No quiero perderte...* —sollozó.

Por desgracia, no sintió nada al escucharla llorar.

—No vas a perderme —le aseguró él, seguro de sus palabras—. Nos casaremos el año que viene. Y, sí, tómate estas seis semanas como una separación. Haz lo que quieras, eres libre.

—*¿Y tú?*

—Yo no soy libre... —murmuró para sí mismo—. No podría serlo...

Estaba encadenado al infierno.

—*¿Me quieres, Felipe?*

—Claro que sí, Carlota —arrugó la frente—, eso no lo dudes. Y de verdad que siento todo esto, pero lo necesito... —lo anhelaba desesperadamente.

—*Me quieres, pero la amas a ella.*

Silencio.

—*Está bien. Somos libres durante seis semanas. Adiós, Felipe, nos veremos en diciembre.*

Pero Felipe se encontraba demasiado lejos de sentir alivio.

6

—Nueva York es... Nueva York —suspiró Sofía, soñadora y feliz—, así de simple. Debería estar incluido en el diccionario como un adjetivo.

Se rieron, pero le dieron la razón.

Llevaban todo el día paseando, enamorándose de cada rincón, de cada cafetería, de cada edificio, de cada rascacielos... Al atardecer, subieron al Empire State para ver cómo se encendían las luces de aquella extraordinaria ciudad. Y se enamoraron más aún.

—¡No me quiero ir el jueves! —gimoteó Sofi. Ricardo la abrazó por detrás y la besó en la mejilla—. ¿Podemos detener el tiempo y quedarnos aquí eternamente?

Ojalá, pensó Eugenia, mientras se acercaba a Felipe, seria y preocupada. Todavía no le había visto sonreír, tampoco la había rozado. Algo le había sucedido cuando se habían cambiado de ropa tras registrarse en el hotel, pero ¿qué? ¿Se arrepentiría del beso en el aeropuerto?

—Dime qué te pasa, Felipe.

Él estaba aferrado a la reja que bordeaba el mirador en la cima del edificio.

—Le he dicho a Carlota que haga su vida en estas semanas. Me llamó antes.

—¿Y eso te molesta o te...? —tragó—, ¿te duele?

—Ni me molesta ni me duele que haga su vida, pero... —apretó la verja y la mandíbula—. Yo no puedo hacer mi vida, Nana, no puedo, no sería justo ni bueno para ti —no la miraba mientras hablaba, en voz baja—. No puedo porque te estoy creando unas ilusiones que se van a romper el treinta de noviembre, porque el uno de diciembre me mudo a Berlín y... —agachó la cabeza—. Tú y yo no nos volveremos a ver. No me arrepiento de nada contigo, absolutamente de nada, ni antes ni ahora —giró el rostro y la contempló con un tormento escalofriante.

»No soy bueno para ti y deberías replantearte lo de noviembre —afirmó, con los ojos turbios—. Aunque Carlota y yo nos hayamos separado estas semanas, aunque estas semanas estemos juntos tú y yo, luego me iré, porque no existe otra opción para mí. Y me odiarás como me odiaste hace ocho años, o incluso más —arqueó las cejas—. Pero soy un jodido cabrón —rechinó los dientes—, porque te quiero para mí en este tiempo, aunque no te vuelva a besar, aunque no pase nada entre nosotros —soltó la verja y cerró las manos en dos puños—, porque no puede pasar nada —negó con un gesto, para enfatizar—, pero te voy a hacer daño, ya te lo estoy haciendo. Y tú no te lo mereces... Pero soy tan mala persona que quiero hacerte daño porque no puedo dejar de tocarte... —se le aceleró la respiración—. No puedo dejar de mirarte... No puedo dejar de abrazarte... No puedo dejar de pensar en ti... No puedo alejarme de ti...

Ella estaba llorando cuando él terminó, y no se dio cuenta hasta que Felipe le secó la cara con una ternura indescriptible. Eugenia cerró los párpados ante la caricia.

Había sido sincero. No podía haber nada entre ellos, pero él la quería hasta el treinta de noviembre, después... adiós, lo que significaba que esas seis semanas eran su despedida definitiva, no como hacía ocho años, que ni siquiera pudo decirle *hasta pronto* porque el dolor le impidió hacerlo. La cuestión era: ¿quería decirle adiós... para siempre?

No.

—No tengo nada que pensar —susurró ella, tragando con dificultad.

—Nana... —apoyó la frente en la suya—. Me vas a odiar, me voy a odiar yo, pero ahora no me

importa, ahora solo quiero disfrutar de ti como nunca he podido ni podré hacerlo —sonrió con tristeza.

Eugenia continuaba sin comprender por qué no podían ser una pareja, por qué no podían amarse libre y abiertamente, frente al mundo, pero Felipe no se lo diría y ella prefería conformarse con seis semanas a su lado que con nada, como hasta ahora. Y haría de esas seis semanas las mejores para él, para que, transcurrido ese tiempo, Felipe no cogiese ese avión con destino a Berlín.

Eugenia sonrió y lo rodeó por la cintura.

—Siempre quise hacer esto cuando subíamos aquí.

—Ahora podemos —sonrió.

Ahora podemos... Había hablado en plural...

Ella se quedó embobada en su nariz recta, en sus ojos almendrados, claros, que brillaban con una intensidad celestial, en su barba de dos días, que la raspaba cuando la besaba en la cara, y en sus labios, un ápice gruesos, que se acababa de humedecer, braveando su interior de tal modo que le clavó las uñas sin pretenderlo.

—Eres tan guapo... —tragó saliva—. Lo eras antes, pero ahora...

Felipe se rio, ruborizándose por el halago, como un adolescente. Eugenia sonrió con travesura.

—Te has puesto colorado.

Él se rio más fuerte, tiró de ella hasta la verja, se situó a su espalda y la protegió con su cuerpo, admirando ambos la ciudad de Nueva York iluminada, frenética, sofisticada y entrañable. Permanecieron varios agradables minutos en silencio y en esa posición, mientras el manto de la noche caía.

Regresaron al hotel para arreglarse para la cena. Eugenia y Sofi cambiaron los vaqueros con rotos y las zapatillas por dos vestidos informales, medias tupidas y bailarinas; Sofi, de color verde y negro y Eugenia, azul marino. Se colocaron sus chaquetas de piel y descendieron hacia la entrada del Broome, donde ya las esperaban los chicos, los dos en vaqueros, camisa y americana; Richi, con zapatillas y Felipe, con zapatos de ante.

Decidieron que no saldrían del SoHo; el vuelo y el *jet lag* les estaban pasando factura. Se decantaron por un restaurante antiguo donde servían, según el recepcionista del hotel, las mejores hamburguesas de la ciudad y una gran variedad de cervezas. Era todo de madera antigua, con toldos rojos en la fachada acristalada, que cubría la terraza, con calefactores. Estaban a finales de octubre y allí se notaba la bajada de las temperaturas más que en España. Se acomodaron en una mesita redonda de fuera y pidieron patatas fritas, la hamburguesa del chef y cerveza.

—Me gustaría comprarles algo a mis padres —comentó Sofi, tras beber de su cerveza—. Vosotros que habéis estado tantas veces aquí, ¿qué me recomendáis?

—Llevamos volando a Nueva York desde que entramos en DATCO —les explicó Ricardo, antes de probar su comida—, pero yo solo la he visitado, me refiero a que no me la conozco como Flip o Eugenia.

—Bueno, si quieres ropa y marcas —anunció Eugenia—, ya sabes que en la Quinta Avenida, como en las películas y en *Sexo en Nueva York* —sonrió—. También podemos entrar en los almacenes Macy's.

—¡Quiero ir allí! —exclamó Sofi—, aunque sea solo para verlos por dentro.

—Y luego podríamos pasear por Central Park —sugirió Felipe, antes de coger una patata y ofrecérsela a Eugenia, que abrió la boca y se la comió.

—Y ya puedes llevarte mañana la cámara, Thelma —le amenazó su amiga, apuntándola con el cuchillo—, que hoy te la dejaste en el hotel.

—No me la dejé porque se me olvidase, es que me gusta hacer fotos tranquila, ya lo sabes:

sentarme tranquilamente, pasear tranquilamente... —le dedicó a Sofi una mirada de fingido reproche—. Y contigo hoy sabía que no podría.

—Pero mañana no te la dejes, que quiero muchas fotos en condiciones, que el móvil, por muy buena cámara que tenga, no son tus manos —Sofi le guiñó un ojo.

Eugenia sonrió y asintió.

—Creía que no te gustaban los retratos —murmuró Felipe, confuso.

—No le gustan los de las fotos que se queda —le aclaró Sofia—. Si tú le pides una foto, la hace y te la da, pero ella la borra o difumina las caras si, al final, se la guarda.

Él no comentó más sobre el tema.

—Bueno, Eugenia —comenzó Richi—, ¿has pensado en tu presente laboral?

—No pienso volver a YUNI —se negó en rotundo, moviendo la cabeza para enfatizar—. En diciembre, buscaré trabajo. Tengo ahorros para vivir bien unos meses y, después de Antonio Conrado, un poco de tranquilidad no me vendrá mal —se encogió de hombros.

—Podrías tomarte un año sabático y recorrer el mundo con tu cámara en la mano —le propuso Sofi, cuyos ojos azules se tornaron pensativos. Entonces, los desorbitó y dio un respingo en el asiento—. ¿Y si sigues los pasos de tu madre?

Ricardo y Eugenia la observaron sin comprender. Felipe, en cambio, sonrió.

—¡Claro! —prosiguió su amiga, emocionada por la idea—. Podrías hablar con la editorial que publicaba los libros de viajes de tu madre, por si estuvieran interesados. Les muestras tus mejores fotos y te contratan seguro. Ellos te pagarían los gastos de los viajes.

—Sí, sí... —asintió ella varias veces, sarcástica.

—A ver, Eugenia —posó una mano en su brazo—, que aunque tengas ahorros, necesitarás un trabajo tarde o temprano, a no ser que te mudes con Bel, como te ha dicho miles de veces, las mismas veces que tú dices que ni hablar del tema.

—Porque no quiero ser una mantenida —frunció el ceño y jugueteó con la cerveza entre las manos—. Y me gusta mi independencia —se recostó en la silla de mimbre—. Vivimos muy bien, Bel y yo, cada una en una ciudad y viéndonos cuatro veces al año —no se sentía cómoda charlando de su hermana con Felipe presente—. Y eso que dices de la editorial está muy bien, pero no tengo experiencia ni carta de presentación. Mis fotos no siguen temas porque son mi *hobby*. No he trabajado como fotógrafa.

—¿Y qué mejor para tu carta de presentación que tu mes de noviembre con Felipe?

Aquello los sorprendió a ambos.

—Estoy de acuerdo —convino Ricardo, sonriendo—. Vas a conocer muchos lugares con él, podrías fotografiarlo todo y crear un libro gráfico que se titule *Una española perdida un mes en un avión de papel*.

—Es una buena idea —comentó Felipe, inclinándose para besarla en la mejilla—, pero pongo una condición.

—Es una idea cojonuda —lo corrigió Richi, hinchando pecho—, porque todas mis ideas son cojonudas.

Los cuatro se rieron.

—La condición es que... —añadió Felipe, ladeando la cabeza—, no vuelvas a difuminar más caras; al menos, en las fotos que hagas desde hoy hasta el treinta de noviembre.

—Pero...

Él le cerró la boca con el dedo.

—No, Nana —su semblante se cruzó por la tristeza—. Por mi culpa las difuminas y por mí dejarás de hacerlo. Además —sonrió con ternura—, quiero otro recuerdo en mi cartera.

Ella se quedó callada. Fotografiaba rostros, ya fuera porque alguien se lo pidiera o porque el objetivo de su cámara los captase por la calle. Y si las difuminaba cuando las editaba era por la sencilla razón de que en ninguna de esas imágenes se encontraba Felipe, la única cara que, de verdad, valía la pena inmortalizar, y no por su atractivo, sino porque era la de su príncipe rojo.

El problema que le surgía ahora era que, si hacía su carta de presentación como le había indicado Ricardo, el rostro de Felipe quedaría inmortalizado en su portátil e impreso en papel. ¿Sería capaz de borrar esas fotos o romper el libro y guardarlo en esa caja que escondía debajo de la cama, donde escondía su pasado?, ¿o se obsesionaría con mirar una y otra vez esas imágenes el resto de su vida, odiando, precisamente, la vida que le había tocado vivir, una vida sin él?

—No sé qué haré... —musitó Eugenia. Se incorporó y se encaminó hacia el baño, en el interior del local.

Escuchó la puerta y, aunque no se giró, sabía quién había entrado.

—Es duro... —susurró ella, frente al espejo del lavabo—. Es muy duro saber que puedo tenerlo hasta el treinta de noviembre, pero que no puedo tenerlo como yo quisiera, y con esa fecha de caducidad persiguiéndome hasta en sueños, y todavía no ha empezado noviembre... —sus hombros cayeron, al igual que su cabeza. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas—. Y es más duro aún saber que él me ama como yo lo amo a él, pero no entender por qué no dice que no a la gerencia de DATCO, ni a Carlota... y se queda conmigo para siempre.

—Eso es raro —le dijo Sofía, apoyada en la puerta—. Él te ama, te ama con toda su alma, solo hay que ver cómo te mira... —chasqueó la lengua—. Pero tienes razón, lo que no entendemos ninguno de los tres, Richi incluido, es por qué renuncia a ti sin ni siquiera intentarlo —acortó la distancia—. ¿Tú intuyes por qué?

—Creo que es por Bel.

—¿Por tu hermana? —extrañada, arrugó la frente.

—Bel lo traicionó con Luis y se quedó embarazada. A día de hoy, está casada con Luis y es madre de Juan —la observó con atención, secándose la cara con el dorso de las manos—. Si Felipe y yo estamos juntos, él coincidirá con mi familia, y mi familia es un constante recuerdo de aquella traición.

—Han pasado ocho años, Eugenia, y Felipe te dijo que no le dolía. Según tú, no es mentiroso, nunca lo ha sido. No —meneó la cabeza, cruzándose de brazos—. Tiene que ser por otra cosa —se quedó pensativa unos segundos—. ¿Recuerdas algo relacionado contigo y con él, algo malo que os sucediese en el pasado? No sé, una discusión, una pelea...

Ella suspiró, obligando a su mente a recordar cualquier cosa relacionada con Felipe. Pero de nada le sirvió.

—No sé, Sofi, aunque... —entornó los ojos—. Espera... —alzó una mano—. Hace poco, Felipe y yo hablamos de cuando cumplí diecisiete años. Me dijo que ese día cambió todo para él y que jamás lo olvidará.

—¿Qué pasó?

—Discutimos por primera vez. Yo estaba harta de que me tratara como a una niña pequeña y, como cumplía diecisiete años ese día, se lo dije, que ya no era ninguna mocosa. Él me llamó enana, por eso surgió mi apodo, esto ya lo sabes —hizo un ademán y prosiguió—. Cuando terminamos de gritarnos, nos fijamos en que Bel lo había presenciado todo. Discutimos en el porche de la casa de mis padres y la puerta principal estaba abierta. Mis padres no estaban y Bel estaba cocinando, pero supongo que oyó las voces y se acercó, aunque no nos interrumpió, ni intentó mediar, no hizo nada. Luego, entró Felipe en la casa y los dos se encerraron en la habitación de Bel.

—¿Discutieron? ¿Bel te defendió?

—No lo sé —se encogió de hombros—. No sé qué pasó entre ellos porque yo me fui enfadada al jardín. Y cuando ellos discutían, nadie se enteraba. Nunca gritaban, ni se miraban mal. Si se enfadaban, jamás lo sabíamos, ni mis padres ni yo. Mi madre siempre decía que una verdadera pareja no era perfecta y que Felipe y Bel nunca terminarían juntos porque parecían la pareja perfecta. Jamás entendí a qué se refería. Y tampoco le pregunté.

La expresión de su amiga cambió por completo.

—¿Qué ocurre, Sofi?

—Nada —no sonrió—. ¿Estás mejor?, ¿volvemos ya?

Regresaron a la mesa.

Felipe le acarició la rodilla por debajo del mantel en cuanto se sentó. Le dio dos golpecitos y ella bajó su mano. Las entrelazaron.

—¿Te apetece ir a bailar? —quiso saber él, sonriendo de ese modo tan maravilloso que le detenía los latidos del corazón.

Eugenia sonrió y asintió. Estaba agotada, todos los estaban, pero ninguno quería dormir, sino seguir la noche y que esos cuatro días no acabasen.

El camarero les recomendó un bar de música latina, de buen ambiente y de deliciosos cócteles, a dos calles del restaurante. Aceptaron encantados.

El local estaba lleno de gente que movía el cuerpo al son de *Pitbull*. Las chicas pidieron su clásico mojito y ellos, un *The Old Fashioned* a recomendación del barman, el cóctel por excelencia del puro Nueva York. Tanto Ricardo como Felipe se pusieron a charlar animadamente con el dueño del bar, congeniando enseguida. Ellas se colaron en el meollo de la fiesta, donde dos parejas de bailarines profesionales danzaban, ahora, al ritmo de *Chayanne*.

—¿Qué bien lo hacen! —le gritó Sofía para que la escuchara por encima de la música.

Eugenia asintió. Era cierto. Sacudían las caderas y el torso con una flexibilidad y una técnica más que envidiable. Entusiasmadas, como el resto de los presentes, aplaudieron cuando la canción finalizó y dio paso a otra. Entonces, esas dos parejas, junto a otras cuatro, comenzaron a sacar a bailar a algunos del público.

Dos hombres de piel morena y vestidos enteros de blanco se acercaron a ellas, les sonrieron y les ofrecieron la mano. Ambas amigas se miraron y se rieron como dos niñas, encantadas. Dejaron los cócteles en una mesa y las chaquetas en una silla vacía, en una esquina. *Ricky Martin* invadió sus sentidos y se dejaron guiar por aquellos dos magníficos bailarines. Las giraron sobre sus talones y atraparon sus cinturas con las manos abiertas, para incitarlas a que soltaran toda la tensión y se desinhibieran. Y lo hicieron. La música se coló por cada poro de su piel.

Eugenia cerró los párpados y se imaginó en su habitación, sola e inventándose coreografías; sus pies y sus curvas se accionaron al compás. Al abrir los ojos, se topó con los de Felipe, quien, a tres metros de distancia, la contemplaba con una expresión que no le había visto hasta ahora... Lujuria. Y ella se sintió, por primera vez en su vida, deseada. Su corazón se precipitó al firmamento. Su oxígeno fue reemplazado por un incendio tan flamígero que le entorpeció inhalar aire.

Y se aprovechó.

Hasta el treinta de noviembre fue lo que pensó al avanzar hacia él con movimientos felinos, levantando los brazos despacio, mientras jugueteaba con el pelo con una sensualidad que no sabía que poseía. Lo rodeó despacio, se situó delante, adhirió la espalda a su pecho y descendió al suelo, arrastrándose adrede, y luego hacia arriba. Felipe la agarró por las caderas, ciñéndola con un brazo de hierro, le retiró los cabellos hacia la derecha, se agachó y rozó su cuello con sus

dientes, solo con el filo, suficiente para enviarla al fuego eterno...

Una súbita oleada de calor se adueñó de su cuerpo, su mente y su alma. Se rodeó la garganta con una mano en un acto inconsciente y su cabeza aterrizó en su torso. Su boca se entreabrió y un gemido incontrolado brotó de su garganta seca.

—Así es imposible que me mantenga sereno contigo —le susurró él, silueteando su oreja también con los dientes—. Y no soy ningún santo, eso lo supe hace mucho tiempo —deslizó las manos por los costados de sus muslos, arrugándole el vestido—. Tampoco soy de piedra —ascendió de nuevo a sus caderas y las acopló a las suyas de golpe, haciéndola notar un duro e interesante bulto en su trasero—, y tú ya no eres ninguna enana, ¿o, sí?

—Felipe...

Los dos cuerpos, ardientes, se acariciaban sin pudor, de manera descarada. Y la boca de su príncipe rojo...

—¡Oh, Dios! —exclamó ella, cuando esos labios y esa lengua succionaron su piel debajo de la mandíbula, hacia la clavícula.

—Sí, Nana, llama a Dios y suplica que te ayude a huir de mí, porque yo ya no tengo perdón...

Aquellas palabras la despertaron del letargo, al igual que la rigidez repentina que lo poseyó a él. Eugenia se giró y lo observó, intentando analizar su semblante. Había deseo, pero también sufrimiento, sacrificio...

—Felipe, ¿qué...?

—El último día, en el último vuelo —la interrumpió.

Ella suspiró y asintió, no podía hacer otra cosa.

Se separaron y se reunieron con sus amigos; bastante acaramelados, estaban prodigándose besos y miradas de locos enamorados, aunque aún no lo reconocieran. Eugenia experimentó envidia. Fue inevitable. Se alegraba mucho por Sofia y por Ricardo. Le caía genial Richi; sobre todo, le encantaba su espontaneidad y picardía. Ricardo solo tenía ojos para Sofi, y viceversa. Su amiga se merecía que la correspondieran. Había sido rápido, un flechazo. Solo hacía un día que se habían besado por primera vez y tres semanas desde que se habían conocido, pero —sospechaba Eugenia— aquello era amor. Uno no controlaba cuándo, cómo, por qué y de quién se enamoraba, simplemente pasaba.

Permaneció largo rato contestando con monosílabos y sin prestar atención a Felipe, no porque estuviera enfadada, sino porque, ahora más que nunca, Sofia estaba en lo cierto: algo sucedió en el pasado que había marcado a su príncipe rojo para con ella, pero ¿el qué? Y preguntárselo a Isabel no era una opción; cuanto menos supiese su hermana del regreso de Felipe y de la extraña relación que mantenía con Eugenia, mejor. Desenterrar la traición y las consecuencias... Mejor que no. De hecho, hablaba con Bel una vez a la semana, normalmente el domingo por la noche, después de cenar, y aún no lo había mencionado.

Para despejarse, se aproximó a la barra y se pidió un mojito.

—Gracias —le dijo al camarero, antes de recostar un brazo en la madera y observar a los bailarines profesionales.

—Richi y Sofi se han ido a dar un paseo —le anunció Felipe, que se había acercado a ella—. ¿Qué quieres hacer?

—Estoy bien aquí —no lo miró, no pudo.

—Nana...

—No lo hagas —ahora sí lo miró, enfadada—. No se te ocurra pedirme perdón.

Él se rio con suavidad, retirándole un mechón detrás de la oreja.

—Iba a decirte que si querías tomarte una copa tranquila en el patio del hotel.

—Oh... —se avergonzó—. Lo siento...

Felipe suspiró, divertido.

—¿Me das un poco? —le preguntó él, señalando el cóctel.

—¿Te gusta el mojito?

—No, no me gusta —el humor cedió al deseo en un instante, un inesperado y abrumador deseo que le robó a ella un jadeo espontáneo. Sus claros ojos castaños se oscurecieron—, pero quiero probar a qué sabe en tu boca.

Dios... mío...

—¿Te das cuenta de lo que me acabas de decir? —pronunció Eugenia, en un hilo de voz tembloroso e irregular. Porque estaba sujeta a la barra, que, si no...

Felipe se inclinó, apoyando las muñecas a ambos lados de ella. Se sintió diminuta, pero segura. Se sintió ansiosa, pero paralizada.

—Bebe —le ordenó, con suavidad.

Eugenia dio un sorbo, pero le vibraba tanto el cuerpo que se empapó la boca y la barbilla en dirección a la garganta. Fue a limpiarse con la mano, pero él se inclinó más hasta quedar a un milímetro de distancia.

—Estate quieta —le volvió a ordenar, ahora más áspero y autoritario.

No le hizo falta que se lo repitiera... Felipe le acarició los labios con los suyos de un extremo a otro... con una lentitud abrasadora... Y, de forma casi imperceptible, trazó los restos de mojito con la punta de la lengua por el mentón y su cuello... apenas un minúsculo roce... Y subió hacia su boca... Y trazó el interior de sus labios con la lengua sin llegar a tocárselos... Y se relamió su propia boca devorando la de ella con los ojos...

—Ya puedes respirar —le avisó él, sin apartarse.

Eugenia expulsó el aire que había retenido sin darse cuenta.

—Si mi novio me hace eso —dijo una chica latina, a su derecha—, te juro que lo encierro en mi habitación y no salimos hasta que necesitemos comer para no morir. De verdad que... ¡Guau!

En ese momento, *Juan Luis Guerra* entonó la primera estrofa de *Bachata Rosa*, provocando ovaciones entre el público. Felipe la agarró de la mano y la condujo hacia la pista. Le alzó los brazos para que le rodease la nuca y la ciñó por las caderas, descansando las manos al final de su espalda. Se mecieron como las olas ya rotas que limpiaban la orilla de una playa, con paz. Los ojos de ambos bailaron juntos, unidos, un par en el otro par, mimándose con ternura, pero con una pasión recóndita y oculta. Ella apoyó la mejilla en su pecho y suspiró. Él la envolvió entre sus brazos y posó los labios sobre sus cabellos; no la besó, pero tampoco quitó la boca de su pelo.

De repente, algo le mojó la sien a Eugenia. Incorporó la cabeza y descubrió que ese algo había sido una lágrima... Tomó a Felipe por las mejillas, se puso de puntillas y besó el surco de su pómulo. Él la apretó contra su cuerpo con excesiva fuerza y escondió la cara en su cuello, donde la besó, casto, prolongado e increíblemente puro. Se estremecieron, pero en esta ocasión no fue de lujuria.

Regresaron al hotel con los dedos entrelazados, demorándose a posta, como si ninguno desease que la noche acabase. Sin pronunciar palabra, la acompañó hasta su habitación, la besó en la frente y esperó a que entrara y cerrase.

Eugenia se tumbó en la cama, sin encender la luz, sin desprenderse de la chaqueta, ni del bolso, ni de las bailarinas. El llanto amargo y silencioso, que había contenido, estalló. Y así la encontró Sofía cuando esta alcanzó el dormitorio una hora más tarde. No le dijo nada. Tan solo se sentó a su lado, la instó a que acomodara su mejilla en sus piernas y le cepilló el pelo con los dedos hasta que se quedó dormida. Sofi era la hermana que necesitaba, esa clase de hermana que, ahora que lo

pensaba, nunca había tenido...



—*Solo en casa* es mi película favorita —señaló Sofia.

—¡La mía también! —exclamó Ricardo, asombrado por tal coincidencia.

Estaban paseando por Central Park; en concreto, por la parte de la escena de las palomas en *Solo en casa 2*, y esa chica de ojos zafiro se había puesto a saltar al decirle Eugenia el lugar donde se hallaban.

Era por la tarde. Acababan de comerse unos perritos calientes por la calle y, tras haber pasado gran parte de la mañana recorriendo tiendas y algunos lugares emblemáticos que les habían quedado por ver, habían decidido pasear por Central Park.

Eugenia había salido con la réflex en la mano y prácticamente no se la había despegado de la cara. La mochila en la que guardaba otros objetivos, el flash y demás, la portaba Felipe en la espalda desde el principio. Ella se había negado, pero él no había cedido, no permitiría que cargase con ese peso, si podía evitarlo.

Alcanzaron una extensión de césped enorme, la que salía en las películas, cerca de donde, en invierno, había una pista de hielo. Se tumbaron, agotados. Hacía fresco, llevaban chaquetas y las dos amigas, pañuelos cubriéndoles el cuello. El sol brillaba en lo alto. Sofia y Ricardo se alejaron hacia un puesto de palomitas, dejándoles solos.

Un grupo de hombres de unos treinta y cinco años jugaba un partido amistoso de fútbol americano. El balón aterrizó a su lado.

—¡Perdón! —se disculpó uno, en inglés—. ¿Nos lo lanzas, por favor?

Él se incorporó y cogió el balón. Lo apretó un poco, sonrió con nostalgia y lo lanzó con precisión, puntería y la distancia y fuerza requeridas. Hizo un ademán para que no se preocuparan por lo ocurrido.

—Menudo tiro... —murmuró Eugenia, atónita.

—Se llama *lanzamiento*, no *tiro* —la corrigió, entre risas, sentándose junto a ella—, es fútbol americano. Me enseñó mi abuelo, le encantaba. Y en la universidad, jugué al rugby, que es parecido —se encogió de hombros.

—No lo sabía.

—Bueno, tú tenías casi ocho años cuando yo empecé Aeronáutica, aunque ya jugaba antes —sonrió, codeándola—. Lo dejé.

—¿Te gustaba? —sonrió con dulzura.

—Me encantaba —se recostó hacia atrás y cruzó las piernas a la altura de los tobillos—. Y no se me daba mal —le guiñó un ojo, relajado.

—¿Y por qué lo dejaste?, ¿por la muerte de tu abuelo? —entornó la mirada—, ¿o por alguna lesión? Recuerdo que te escayolaron la pierna una vez, ¿puede ser?

—Me rompí el fémur y el peroné. Fue una fractura limpia, llevé la escayola un mes y estuve tres de rehabilitación.

—Nunca te he visto ninguna cicatriz —musitó ella, pensativa.

—La cicatriz es muy fina, casi ni se ve, y el pelo me la tapa.

—¿Por qué lo dejaste, si tanto te gustaba? —dobló las piernas debajo del trasero, sin perderse un detalle de la historia y atenta como la mejor alumna.

—Seguí jugando después de terminar la universidad, pero a Isabel no le caían muy bien mis

compañeros de equipo —se tornó serio—. Y odiaba que saliese con ellos después de los partidos —desvió los ojos hacia el infinito, hacia el pasado—. No me pidió que lo dejase; al menos, no con esas palabras, pero yo tomé la decisión.

—Vaya... No creía que mi hermana fuera de las que prohíben cosas a su novio —arqueó las cejas—. A Luis no... —se detuvo de golpe—. Perdona, Felipe, no debí nombrarlo, ni recordarte a Bel.

—Tranquila, Nana —se inclinó y la besó en la mejilla, colocando una mano a su espalda, para tenerla protegida con medio cuerpo y poder aspirar su fragancia a azahar—. Puedes nombrarlos siempre que quieras, son tu familia —sonrió con serenidad—. Te dije que no me duele. Y ya sé lo que me ibas a decir, que a Luis no le prohíbe nada, ¿verdad?

Eugenia negó con la cabeza, descansando el cuerpo sobre su torso con naturalidad.

—Ni a Luis —continuó Felipe—, ni a los otros novios que tuvo entre Luis y yo.

—¿Y por qué a ti sí? —inquirió, molesta.

Él no respondió.

—¿Y si juegas un rato? —le propuso Eugenia, con una expresión de dicha. Se incorporó de un salto—. Todavía nos queda tiempo hasta que vayamos a la Estatua de la Libertad —comprobó el reloj del móvil, que guardaba en la mochila—. Dos horas. De sobra.

—¿Estás hablando en serio? —se quedó boquiabierto.

—Totalmente. Espera —se giró y corrió hacia los jugadores; por supuesto, con la cámara aún en la mano. Habló con ellos y volvió con una sonrisa enorme en su rostro—. ¡No te lo vas a creer! —exclamó, eufórica.

—¿Se puede saber qué has hecho? —no salía de su asombro.

—Les he dicho que estoy haciendo un reportaje de Nueva York para un libro de viajes y les he pedido que si les importa que les haga fotos, que estas cosas en España no se ven, salvo en el cine. Me han dicho que no hay ningún problema. Y, no te lo pierdas —se arrodilló y lo sujetó de las manos, zarandeándolo—, ¡me han preguntado que si te interesaría jugar con ellos, que el tiro fue muy bueno!

—Lanzamiento —la corrigió por segunda vez, con el asomo de una sonrisa bailando en la comisura de sus ojos.

—Eso —hizo un mohín—. ¡Venga! —se levantó y tiró de él—. ¿Qué gracia tiene hacerles fotos jugando si tú no juegas con ellos? Mi intención era pedirles que te unieras a ellos, pero se me han adelantado. ¿No es genial?

Su expresión era tan alegre que Felipe se contagió.

—Estás loquita, Nana.

Ambos se rieron y caminaron hacia el campo improvisado. Tras las correspondientes presentaciones, ella se sentó en la hierba, con las piernas flexionadas para que le sirvieran de soporte para la cámara, y disparó la primera foto hacia él, al colocarse Felipe en posición, dispuestos ambos a recrearse por separado, pero unidos, en dos *hobbies* que formaban parte de su ser: la fotografía para Eugenia y el fútbol americano para él.

Su abuelo, español de pura cepa, había vivido, de joven, antes de casarse, unos años en Estados Unidos, cuando fue piloto militar. Allí se había enamorado del fútbol americano y lo había practicado en sus ratos libres. Y se lo había enseñado a Felipe y a Alba cuando estos eran niños. Su hermana, al cumplir los dieciséis, cambió el balón por el maquillaje y los tacones y dejó de jugar con él, pero Felipe descubrió en la universidad que había una liga de rugby y se apuntó; le servía para desconectar de tanto estudiar. Y recordó, en Central Park, gracias a su Nana, cuánto había disfrutado jugando en el pasado.

A mitad del partido, Ricardo y Sofía se acomodaron en el césped y animaron con palmas y silbidos. Y Felipe, sudoroso, pero radiante, consiguió hacer un *touchdown*.

—¡Gol! —gritó Eugenia, con acento inglés para que la entendieran los americanos, poniéndose en pie y saltando con la cámara.

Él estalló en carcajadas.

—¡Se llama *touchdown*! —no varió el idioma.

—¡Sigue siendo gol! —le rebatió ella, antes de hacerle una foto—. ¡Un tiro genial! —añadió, cuando se quitó la cámara del rostro.

—¡Se llama *lanzamiento*!

—¡Sigue siendo un tiro genial! —se echó a reír, al igual que todos los demás.

Felipe no cabía en sí de lo bien que se sentía, de lo bien que le hacía sentir su Nana. Cuando finalizó el partido, Eugenia corrió hacia él y se arrojó a su cuello desde atrás, para que la aupara a caballito. La sujetó por el trasero y se lo pellizó, adrede.

—¡Oye! —se quejó Eugenia, dando un brinco, entre carcajadas.

—¿Te das cuenta de que estoy asqueroso ahora mismo?

—Mmm... —gimoteó en broma, oliéndole el cuello y abrazándose—. Necesitas una ducha, pero no porque huelas mal —comentó en un tono cariñoso—, sino porque te puedes resfriar. Has estado corriendo un buen rato. Y no me molesta que estés sudoroso, es normal, campeón.

—¿No huelo mal? —giró la cabeza para mirarla.

Ella se ruborizó, sonriendo.

—Hueles muy bien.

Él le besó la punta de la nariz.

—¿Y cuál fue tu posición? —quiso saber Eugenia, deliciosamente abochornada por el beso—, ¿defensa, central o delantero?

Él volvió a reírse.

—Se llama *defensa* y *ataque*, pero me rindo —giró la cabeza para mirarla—, llámalo como quieras porque viniendo de ti...

—... todo es genial —concluyó por Felipe, antes de besarle la mejilla de manera sonora y divertida en un arrebato de espontaneidad que le encantó.

Se despidieron de los americanos y cogieron un taxi hasta el hotel. Él se duchó y se arregló con rapidez para que pudieran llegar a tiempo de montarse en el último *ferry* del día que partía hacia la Estatua de la Libertad. Richi, Sofi y Eugenia también se cambiaron de ropa para aprovechar e ir luego directamente a cenar y no regresar hasta que se fueran a dormir.

Cuando la vio aparecer con el vestido de ante gris perla y de mangas acampanadas que se había puesto la noche en que le había enseñado la foto de su cartera, la contempló como aquella noche quiso hacerlo y no pudo; aunque, en esta ocasión, en lugar de calzar botas de tacón hasta los muslos, eran botines planos los que cubrían sus pequeños pies, y medias tupidas grises las que tapaban sus largas y esbeltas piernas. Y se había marcado las ondas de su preciosa y larga melena, retirándose unos mechones con horquillas en la parte superior de su cabeza. Derrochaba erotismo e inocencia a partes iguales, una mezcla explosiva para su autocontrol. Se la comió con los ojos. Y no se resistió a más. La rodeó por las caderas y la besó en el cuello, casto y prolongado, mareándose por su fragancia natural que tanto le fascinaba.

—Estás preciosa —apenas le salió la voz.

Ella se sonrojó, sonriéndole con timidez.

—Gracias.

—Hay que correr —los cortó Ricardo, tocándose el reloj de muñeca—. O no llegamos. Sale a

las cuatro y media y son las cuatro, chicos.

Un taxi los llevó al muelle de Battery Park, al sur de Manhattan. Habían encargado los billetes cuando habían hecho la reserva del hotel.

No pararon de correr desde que se bajaron del taxi hasta que se metieron en el *ferry*. Se acomodaron en los asientos exteriores.

—Ven aquí —le dijo Felipe a Eugenia, abriéndose su chaqueta para resguardarla de la brisa del río Hudson.

—Gracias —obedeció—. Con las prisas, se me olvidó el pañuelo para el cuello.

Solo llevaba una fina cazadora de piel encima del vestido.

—Tendrías que haberte abrigado más —la regañó, con suavidad—. Has visitado un montón de veces la Estatua de la Libertad, sabes que hace un poco de frío en el *ferry*. ¿No te trajiste otro abrigo?

—No —se sonrojó—. Me encanta esta chaqueta. Creo que me queda muy bien y... —desvió los ojos hacia las oscuras y tenebrosas aguas—. Quería estar guapa para ti.

Él sonrió, sintiendo un regocijo inmenso en su estómago.

—¿Y desde cuándo estar guapa no es compatible con abrigarse, Nana? Además, no te hace falta esmerarte conmigo.

Eugenia lo miró sin comprender, frunciendo los labios y el ceño.

—Porque ya me parece preciosa te pongas lo que te pongas —le aclaró Felipe, antes de trazarle el puente de la nariz con el dedo índice.

Los mofletes de Eugenia se incendiaron y él quiso mordérselos, pero, en cambio, la estrechó contra su torso para mantenerla calentita y a salvo y, en un cómodo silencio, admiraron las vistas de Manhattan mientras navegaban hasta Liberty Island.

La visita fue divertida por las bromas de Richi. Su amigo estaba pletórico y todo se debía a Sofía. Jamás lo había visto tan feliz, tan relajado y tan cariñoso. El amor correspondido en libertad.

Después, cuando regresaron, pasearon por Broadway hasta el emblemático Puente de Brooklyn, que comenzaron a atravesar a pie.

—¿A qué hora sale el avión mañana? —quiso saber Sofi.

—A las dos de la tarde —respondió Ricardo, que mantenía a su novia abrazada por los hombros—. Aterrizamos en Madrid a las tres de la madrugada del sábado, si no hay retraso de vuelo.

—¿Nos dará tiempo mañana a venir aquí, al Puente de Brooklyn? —preguntó Sofía—. Es que me gustaría que me hicieras unas fotos con tu cámara, Thelma.

—Si nos despertamos temprano, no veo problema —opinó Felipe—, pero se tarda en llegar al aeropuerto, así que tendremos que salir del hotel a las once de la mañana, como muy tarde.

Eugenia, un par de metros por detrás de ellos, no prestó atención a la conversación porque estaba sacando fotos con el iPhone de su amiga, tanto del puente como de la ciudad. Él sonrió. Se la veía tan concentrada y con un brillo tan especial en su mirada cuando fotografiaba algo, ya fuera con el móvil o con su cámara...

—¡Vamos, Nana! —desplegó los brazos en una clara invitación.

Ella sonrió y se precipitó hacia Felipe, que la atrapó y la levantó del suelo unos centímetros.

—Te cacé, ratoncita.

—Me cazaste, mi príncipe rojo.

Se rieron con complicidad y la bajó al suelo. Ya en Brooklyn, continuaron hacia el *The River Café*, uno de los restaurantes más conocidos y espectaculares de Nueva York, que combinaba una

atmósfera romántica con una comida excelente.

—Nueva York siempre me pareció otro mundo —declaró Eugenia—, no solo por los rascacielos, sino por la simpatía de la gente. Nadie te golpea el hombro por la calle, te dan los buenos días aunque no te conozcan de nada y te ayudan si creen que lo necesitas, seas turista o no —respiró hondo—. Pero, esta vez, ha sido diferente a las otras.

—¿Y eso por qué? —la interrogó él. Aunque sospechaba el motivo, necesitaba oírse lo decir.

—No sé —lo pensó un instante—, quizá porque he estado a solas contigo, me refiero sin... —tragó—, sin mi familia. Y he podido ser yo misma contigo.

—Quieres decir sin Isabel.

Ella suspiró, pero no contestó. Felipe se mordió la lengua, conteniendo la rabia y la impotencia, por enésima vez en aquel viaje.

Isabel.

Siempre Isabel.

—¿Qué pasada! —exclamó Sofi al llegar al restaurante—. Gracias a la cristalera vamos a cenar con las vistas más impresionantes del mundo —se colgó del brazo de su novio y lo besó en los labios.

Y cenaron comida exquisita, alternada con buen vino y bromas durante unas horas que se le hicieron escasas.

Sin embargo, cuando fueron a pagar...

—Joder... —musitó él, buscando sin éxito su cartera—. Creo que se me ha olvidado la cartera en el hotel.

—No jodas, tío... —Richi palideció, buscando la suya, sin éxito—. A mí, también.

—No importa —les tranquilizó Sofía, cogiendo su bolso del regazo—. Nosotras tenemos dinero. Os invitamos, que tampoco pasa nada. Sois un poco machistas —bromeó. Lo abrió y se le congeló la alegría—. ¡Ay, Dios! ¡No está!

—¡Te la han robado! —gritó Eugenia, asustada.

Sofi expulsó el aire que había retenido al percatarse de que no había sido un robo.

—No me han robado, pero también se me ha debido de olvidar en el hotel. Con las prisas de ducharnos por si no llegábamos a tiempo al *ferry* y al cambiar de bolso, pues...

Los cuatro se observaron los unos a los otros como un partido de tenis por parejas.

—Vale —anunció Ricardo, restregándose la cara, nervioso—, que no cunda el pánico. Sofi y yo vamos al hotel a por el dinero y vosotros nos esperáis aquí. Tomaros una copa.

—¿Cómo piensas ir al hotel si no tenéis dinero? —gruñó Felipe, inclinándose sobre la mesa—. ¿Y se puede saber cómo pagaste el taxi antes?

—¿Encima te enfadas? —inquirió su amigo, imitando su gesto, frente a él—. Esto ha sido por tu culpa. Y el taxi lo pagué porque llevaba un billete suelto en el pantalón.

—¿Mi culpa? —arqueó las cejas.

—Sí, joder. Si no te hubiera dado por jugar ese partido, no habrías tenido que ducharte después, no nos habríamos arreglado de prisa y corriendo y no estaríamos ahora sin saber qué coño hacer.

—Vete a la mierda, Ricardo —pronunció su nombre completo adrede.

—Vete tú a la mierda, Felipe. Es tu culpa —lo apuntó con el dedo índice—. Y si no te gustan mis ideas, propón algo tú, que todavía no te he oído dar una solución.

—¡Sabes perfectamente cómo son los jodidos taxistas aquí! —estalló él, gesticulando y sobresaltando al resto de comensales y personal del local—. Cuando lleguéis al hotel y le digáis al taxista que espere porque tenéis el dinero en la habitación... ¿es capaz de acelerar y dejaros en otro sitio bien lejos para joderos, vete tú a saber dónde! —hizo un aspaviento—, u obligarte a

subir tú solo a la habitación mientras el tío se queda con Sofia en el coche, ¡vete tú a saber para qué!

—¡Eres un paranoico! ¡Relájate, joder!

—¡Esto es Nueva York, aquí puede pasar de todo!

—Disculpen —los interrumpió el *maître*, un hombre de mediana edad, calvo y con expresión de rechazo absoluto por el espectáculo que estaban protagonizando.

—¿Qué?!—vociferaron los dos amigos.

El hombre enarcó una ceja, irguiéndose, y profundizó la grave arruga de su frente.

—Perdón —se disculparon ambos enseguida.

Por la tensión, no se percataron de que el *maître* les había hablado en español.

—Tendrán que acompañarme, caballeros.

Ricardo y Felipe se levantaron con dignidad y siguieron al hombre hacia un estrecho pasillo, al final del cual atravesaron una puerta. Se trataba de un despacho pequeño.

—En este restaurante, no admitimos demora a la hora de facturar las comidas y las cenas —comenzó el *maître* en inglés—. Y somos muy rigurosos con nuestros clientes. Acude aquí gente de diversas nacionalidades, española, entre otras. Todos los empleados dominamos varios idiomas, el español, por poner un ejemplo —alzó el mentón y los miró como si fueran dos niños castigados en la escuela—. Hemos entendido perfectamente su... agradable conversación —ironizó—. En media hora cerramos, es decir, si en treinta minutos no nos pagan la cuenta, tendrán que quedarse a limpiar, y por limpiar me refiero a toda la cocina y al salón donde están las mesas, así quedaría la cuenta saldada.

—Se tarda por lo menos una hora en ir al hotel y volver —le susurró Ricardo al oído.

—Hablo y entiendo español, caballero —repitió el *maître* en español con acento muy marcado—. ¿Y bien?, ¿pagarán o limpiarán?

—Ellas, no —se negó él, rotundo.

—Como deseen, caballero. ¿Entonces?

Los dos amigos inhalaban aire y lo expulsaron de forma sonora.

—Perfecto —añadió el *maître* en inglés, sonriente, al comprender tal gesto como una respuesta —, avisaré a mis compañeros de que pueden marcharse, pues ya se han servido todas las cenas de hoy y la suya, caballeros, es la única que quedaba por pagar.

—Como vuelva a decir *caballero*, le arranco la cabeza —farfulló Richi entre dientes.

—¿Decía, caballero? —dijo el hombre.

Ricardo gruñó y avanzó un paso, pero Felipe lo agarró del brazo.

—¿Tú eres imbécil?

Richi gruñó de nuevo, pero se controló.

—Sígueme, por favor —les indicó el *maître* saliendo del despacho y encaminándose hacia la cocina.

—Esto es increíble... —masculló Felipe, meneando la cabeza—. La última noche en Nueva York y nos toca limpiar un restaurante. Lo siento, Richi.

—Eh, tío, no pasa nada —sonrió, palmeándole la espalda—. Siento yo lo de antes. No tienes la culpa. Ha sido un despiste de todos, no pasa nada.

—Sí pasa. ¿Qué vamos a hacer con ellas? Porque, conociendo a Nana como la conozco, es capaz de ponerse a limpiar, y me niego.

—Ya, yo tampoco quiero que Sofi limpie, ni dejarlas solas.

—Ni yo.

Entraron en la estancia vacía, sucia y desordenada. La pila estaba repleta de platos, cubiertos y

copas que esperaban a ser enjabonados, aclarados y secados. Y la pila ascendía casi hasta el techo. Se quitaron las chaquetas. El *maître* los dejó solos.

—Sal un momento y diles que nos esperen, que vamos los dos al hotel —le pidió a su amigo.

—¿Y por qué no lo haces tú? —rebató Ricardo.

—Porque yo no miento —se remangó la camisa en los antebrazos—. No sé hacerlo.

Richi se rio. Fue a *mentir* a las chicas, pero la puerta se abrió en ese momento. Eran ellas, que se cruzaron de brazos.

—Nana, lo siento —se disculpó Felipe, arrepentido por la que había organizado—. Sofí, perdóname tú también.

—Tranquilo —le dijo Eugenia, que se acercó a la pared donde había un gancho en el que colgaba un delantal—. No has hecho nada malo. Y ahora, a limpiar, que ocho manos son más rápidas que cuatro, y cuanto antes comencemos, antes terminamos —sonrió—. ¿Listos?

Él sonrió, encandilado por su carácter humilde, sin pretensiones, siempre dispuesta a arrimar el hombro cuando hacía falta.

Sofía se colocó otro delantal y se organizaron el trabajo para no perder tiempo.

Tres horas más tarde, salían del local agotados, callados y arrastrando los pies por la acera. Sofi se detuvo, obligándolos a parar.

—¿Cuánto tiempo hay a pie hasta el hotel? Es que me quedé sin batería en el móvil con tanta foto y no puedo comprobarlo.

Los dos amigos sacaron sus teléfonos del pantalón.

—Apagado —señaló Felipe, refiriéndose al suyo.

—El mío, también —apuntó Ricardo con una mueca.

—Yo no he traído el mío —concluyó Eugenia, un segundo antes de tropezarse con sus propios pies porque se le doblaron las rodillas del cansancio—. ¡Ay! —aulló al aterrizar en la calzada.

—¡Nana! —se asustó él, corriendo en su auxilio—. ¿Estás bien?

—No... —se sentó en el bordillo con un gesto de dolor—. Me duele... Creo que me he torcido el tobillo —intentó moverlo, pero emitió un quejido.

Entonces, un taxi pasó a gran velocidad, provocando que el único charco existente los empapase, sin tiempo para alejarse o taparse.

—¡POR DIOS! —chilló Sofi, estallando de indignación—. ¡Se nos olvida el dinero en el hotel, nos toca fregar la mierda de otros durante tres horas, tenemos que volver andando al hotel muertos de cansancio, los móviles sin señal, Eugenia se tuerce un tobillo y encima un gilipollas nos echa encima el único puñetero charco de toda la ciudad! ¡¿Algo más, joder?!

Y, como si hubieran invocado a *Murphy*, automáticamente empezó a llover.

—No me lo puedo creer... —masculló Sofia, que se puso a soltar maldiciones mientras movía las manos como si quisiese ahorcar a alguien.

—¿Quieres que...? —comenzó Richi, acercándose despacio.

—¡Como te acerques, te estrangulo! —exclamó, rabiosa.

Ricardo retrocedió y se metió detrás de una papelera, a gran distancia de su novia. Ante tal reacción, los hombros de Eugenia se convulsionaron cada vez con más rapidez. Felipe la miró y se cubrió la boca. Ambos agacharon la cabeza para no echarse a reír, pero ella no lo aguantó más y explotó en carcajadas, y Richi y él la imitaron. Sofía, al fin, se relajó y le encontró la gracia a la situación, echándose a reír con sus amigos.

—Vamos, Nana —Felipe se giró y se agachó, ofreciéndole la espalda—. Tenemos un ratito de paseo hasta el hotel y no puedes andar.

Ella sonrió y se colgó de su cuello para que la aupara.

Y así regresaron al Broome, las chicas a hombros de los chicos, bajo la suave, pero constante, lluvia que asolaba esa parte de la ciudad. Y continuaron riéndose hasta que cayeron rendidos en sus correspondientes camas.

A la mañana siguiente, se despertaron al amanecer para tomar las fotos que les faltaban por hacer y despedirse de Nueva York.

Y a la hora de comer, despegaron rumbo a Madrid con una desgana apenas contenida en cada uno de ellos. Habían sido solo tres días, pero suficientes como para otorgar a ese viaje el adjetivo de imborrable. ¿Lo repetirían los cuatro en el futuro?

De sueños se vivía.

—Tenía que haber pedido libre hoy también en el trabajo... —murmuró Sofi, tras aterrizar en Barajas y dirigirse al *parking* subterráneo—. En tres horas tengo que estar allí, y hasta las tres de la tarde me toca aguantar a Conrado —hizo una mueca—. Solo de pensarlo...

—Me puedo quedar contigo hasta que te vayas a trabajar —se ofreció Richi, sonriendo con cariño y acariciándole la mejilla—. Hasta el lunes no vuelvo a volar.

Sofía sonrió, embelesada, pero enseguida se le borró la sonrisa.

—Vivo con mis padres. No creo que les haga gracia que invite a un chico a quedarse conmigo de madrugada bajo su techo.

—Siempre podéis veniros a mi casa —sugirió Eugenia—. Y tengo la nevera llena, que hice compra el otro día. Podéis desayunar allí y luego te vas a trabajar, Louise. Tengo dos sofás grandes.

Se montaron en el todoterreno, ella en el asiento del copiloto.

—Suena bien —comentó Ricardo, mientras se ponía el cinturón—. No tengo ni pizca de sueño, ¿y vosotros? Estoy cansado, pero despierto.

Felipe arrancó hacia el apartamento de Eugenia y, en media hora, aparcaron a pocos metros de su portal.

—Es pequeña, lo siento si os agobiáis —se disculpó ella al abrir con llave y mantener la puerta abierta para que entrasen.

—Es muy bonita, Nana —le sonrió él, al echar un vistazo rápido.

—Gracias —sonrió, tímida—. Estáis en vuestra casa. La cocina está ahí —les indicó la puerta de la izquierda— y el baño, dentro de mi habitación —señaló la puerta del fondo del pasillo, a la derecha del salón—. No tiene pérdida.

Richi se acomodó en uno de los dos sofás, enfrentados, y Sofía se acercó a la cocina para beber agua.

—¿Isabel viene mucho? —le preguntó Felipe, que empezó a caminar hacia su habitación detrás de ella para dejar la maleta y la mochila de la cámara de fotos.

—Para mi cumpleaños. Las otras tres veces al año que nos vemos, voy yo a Barcelona: en el cumple de Juanito, en verano y en Navidad.

En el dormitorio, él apoyó el pequeño equipaje a los pies de la cama y la mochila, encima del colchón. Observó el espacio, bastante libre de decoración, pues el armario blanco era empotrado, en la pared de enfrente al lecho, y solo contaba con las dos mesitas de noche, con una cómoda debajo de la amplia ventana a la izquierda, cuya cortina blanca de *plumeti* se hallaba corrida, y tres alfombras de agradable y suave esparto alrededor de la cama. A la derecha se hallaba el servicio. No había cuadros ni fotografías colgadas, pero sí un dibujo de su sobrino pegado con celo en la puerta del baño, en el que Juan les había dibujado volando en el cielo juntos, tras haberle confesado que su película favorita era *Peter Pan*.

—Huele muy bien aquí —murmuró su príncipe rojo—. A azahar. A ti —sonrió.

Eugenia le devolvió el gesto. Era tan extraño estar con él allí, pero tan... natural.

Él se encerró en el servicio y ella sacó la cámara y las tarjetas de memoria. Cogió su portátil, que guardaba en el armario. Se quitó las zapatillas, la chaqueta y el pañuelo. Se sentó en el

colchón con las piernas cruzadas debajo del trasero y procedió a descargar las imágenes del viaje. Felipe, al salir del servicio, también se deshizo de sus zapatillas y de su cazadora y se sentó a su lado.

Juntos, en silencio, con los brazos y las piernas pegadas, vieron las fotos, hasta que se toparon con la imagen de Richi en Central Park sacando la lengua como el monstruo de las galletas, y estallaron en carcajadas. La pareja los escuchó y entró en el dormitorio. Los cuatro se acomodaron en la cama y comentaron, entre risas, los tres días en Nueva York.

—Podríamos hacer un álbum —sugirió Sofia—. Hazlo tú, Thelma, que eres doña Creativa —le guiñó un ojo—, y lo imprimimos para tenerlo físicamente. Yo quiero una copia.

—Yo, también —convino Ricardo.

—Y yo —añadió Felipe, con su característica sonrisa arrebatadora.

—Me faltan por meter las de los móviles —les pidió ella.

Los tres se los entregaron enseguida.

—Muy bien —anunció Eugenia—, ahora las ordenaré, las elegiré y diseñaré el álbum. Calculo que la imprenta me lo enviará en noviembre. Como no voy a estar, ¿doy tu dirección, Louise?

—Claro, Thelma. ¿Dormimos un ratito? —le preguntó a Richi.

La pareja regresó al salón.

—Por cierto —añadió Eugenia, observando a Felipe—, ¿ya cambiaste el plan que te dieron?

—Sí —su sonrisa se volvió enigmática.

—¿Y a dónde volaremos?

—Prefiero no responder a esa pregunta —la rodeó por los hombros—. Solo te diré que necesitarás ropa de primavera y verano —la besó en el pelo.

Ella se rio, encantada y nerviosa. A continuación, comprobaron las imágenes de los móviles.

—Ya tengo mi favorita —anunció él, manejando el teclado y el ratón del ordenador para mostrarle la imagen—. Esta.

Salía Eugenia dormida entre sus brazos, en el avión, de vuelta a España, arropada y protegida por Felipe, con los cabellos sueltos y desparramados, que parecían querer cubrirlo a él también, con la mejilla en su pecho, dándole la espalda a la ventanilla, las rodillas flexionadas y recostadas en su asiento; Felipe, contemplando el atardecer en el cielo, con su expresión soñadora, y cuya cabeza estaba apoyada en la suya. Ella se encontraba de perfil a la cámara, como él, pero tenían los rostros en dirección contraria. Un avión de papel descansaba en su regazo.

La autora había sido Sofi, sin que se dieran cuenta, y, además, había difuminado lo de alrededor, aportando a la foto un toque místico, como si estuvieran en una quimera. Estaba muy lejos de ser profesional, se desenfocaba levemente si se aplicaba el *zoom*, pero no importaba, era, sin duda, la imagen más bonita del viaje.

—Es preciosa... —murmuró Eugenia, sobrecogida—. Parece un sueño.

—No la metas en el álbum —le pidió en un tono áspero—, la quiero para mí solo. Esa será la que guarde en mi cartera, junto con la otra.

—Iré mañana a imprimirla.

—Te acompañaré.

—¿Ya no te da miedo estar a solas conmigo? —se atrevió a preguntar, con los ojos fijos en la pantalla del portátil.

—Me da miedo hasta mirarte, estemos a solas o no —la tomó de la barbilla para que lo mirase—, pero quiero aprovechar cada mínimo segundo contigo, aunque no me lo merezca, aunque el treinta de noviembre consiga que me odies tanto —se le empañaron los ojos— que llegues a borrar estas fotos y, por consiguiente, me borres a mí.

—Felipe...

Él la besó en la frente.

—Te adoro, Nana —le confesó sobre su piel—, ojalá esto nunca llegues a dudarlo, pase lo que pase. Te adoro con toda mi alma... —se le quebró la voz.

A ella se le escaparon las lágrimas, que su príncipe rojo besó con devoción, arrullándole la cara entre sus manos cálidas. Se miraron con ojos brillantes una hermosa eternidad.

*

Eugenia, como estaba espabilada, diseñó el álbum en un par de horas y lo envió a la imprenta, junto con la imagen que Felipe le había pedido tener en papel. Después, se durmió, aspirando el aroma a limpio, a hogar, que su príncipe rojo había impregnado en la almohada y en la colcha.

Cuando se despertó, se escribió con Sofía, se duchó y se puso ropa cómoda. A las diez de la noche, sonó el timbre de su casa. Extrañada, porque no esperaba a nadie, arrugó la frente. Abrió la puerta: Tomás.

—¡Hola! —exclamó la inesperada visita, portando una bolsa en las manos.

—Hola —sonrió—. Pasa.

Se dieron dos besos.

—¿Qué traes? —cerró tras él.

—Comida china —Tomy alzó la bolsa—. ¿Te gusta?

—Sí, y todavía no he cenado.

—Perfecto.

Se dirigieron a los sofás. Del mueble de la televisión, situado junto a la terraza, sacó un mantel para la mesa baja, sobre la alfombra, que había entre los dos sofás. Se sentaron en el suelo y destaparon los pequeños paquetes de las raciones de comida: rollitos de primavera, pollo al limón, cerdo agridulce, langostinos rebozados, tallarines con gambas y arroz tres delicias.

—Aquí hay para un regimiento —se rio.

—No sabía qué te gustaba, así que cogí un poco de todo. ¿Qué tal el viaje?

Habían hablado por mensajes el lunes y ella le había contado que se iba a Nueva York con Felipe, Ricardo y Sofi. Había decidido ser sincera. Tomás era muy bueno con ella y lo último que deseaba era hacerle daño.

—Todavía sigo enfadado porque elegiste Nueva York y no Capri —bromeó Tomás—, así que me debes una.

Eugenia enarcó una ceja, simulando desconfianza, sonriendo.

—¿Y has pensado ya cómo voy a pagarte esta horrible ofensa, señor piloto?

—Me has apuñalado el corazón —hizo un gesto cómico con un puño golpeando su pecho—, por eso, quiero que me acompañes a la fiesta de aniversario de DATCO.

—¿Cómo? —aquello no se lo esperaba.

—Es a finales de enero, en Berlín, y de gala. Podemos invitar a quien queramos y el billete y la estancia nos los regala la empresa, así que —la apuntó con los palillos— no tienes excusa. Nos han enviado hoy por *e-mail* la invitación.

—Pero...

—¿Sí?

No supo qué decir... Entonces, el timbre sonó de nuevo. Se levantó y se aproximó a la entrada.

Sofi, Richi y... Felipe.

—¡Mi Thelma! —la saludó su amiga, antes de lanzarse a abrazarla—. Después de cuatro días tan pegadas, estas horas separadas me han parecido un mundo, y eso que he estado trabajando y

durmiendo —sonrió—. Te hemos traído... —pero se detuvo al ver a Tomy.

—Hola —pronunció Tomás, incorporándose.

Ricardo fue el primero en reponerse de la sorpresa de encontrarlo allí, y a esas horas, y entró en el piso, seguido de Sofía. Felipe, parado en la puerta, la repasó desde los pies, cubiertos por calcetines blancos de tobillo, pasando por las mallas ajustadas negras, la ceñida camiseta larga y blanca de tirante ancho, hasta el pelo recogido en un moño deshecho; apretó la mandíbula y aleteó las fosas nasales. Estaba enfadado, y ni siquiera le dio un beso o le dedicó un *hola*, sino que entró con rapidez.

—He llegado hace poco —les informó Tomy.

—Nosotros también hemos traído comida china —explicó Sofi con una expresión entre "¿qué hago?" y "¿me he perdido algo?".

Se acomodaron todos en torno a la mesa y empezaron a comer.

—Le estaba comentando a Eugenia lo del aniversario de la empresa.

—¿La fiesta de la que me has hablado antes? —le preguntó Sofía a Richi.

—Sí. La gala del aniversario.

—Y Eugenia va a venir conmigo —anunció Tomás, radiante.

Tres pares de ojos la observaron con excesiva fijeza.

—No he decidido nada, Tomy —se quejó ella, ruborizada por el escrutinio de Felipe, que estaba entre este y Tomás, una situación sumamente incómoda.

—Ya, pero me debes una —le retiró un mechón suelto detrás de la oreja—, y no admito un no por respuesta. Me acompañarás y seré el tío más envidiado de la fiesta —le guiñó un ojo.

Felipe carraspeó y se puso en pie.

—Lo siento, pero se me ha olvidado hacer una cosa que no puede esperar —se excusó, de camino a la puerta principal—. Disfrutad de la cena —y se fue.

Se fue...

A Eugenia le latía el corazón tan deprisa que temió que se le saliera del pecho.

Prosiguieron con la comida china. Sofi y Richi procuraban fingir normalidad y llevar el ritmo de la conversación con Tomy, pero ella se dirigió a la cocina varias veces a intentar serenarse. Su móvil vibró en la encimera con el aviso de un mensaje.

F: *¿Qué tienes con Tomy?*

Eugenia suspiró.

E: *Ya estás exigiendo otra vez.*

F: *Después de Nueva York, después de las cosas que me dijiste antes y en el viaje, después de lo que pasó allí y en tu casa esta madrugada, tengo todo el derecho del mundo a pedirte una explicación.*

E: *¿Por eso te has ido?*

F: *¿Querías que me quedara para ver cómo liga contigo? Que te tocara el pelo ya no he podido soportarlo...*

Ella suspiró por segunda vez, meneando la cabeza. No se enfadó, pero le dolió mucho que la tratara de ese modo. Eran celos, eso era más que obvio, pero...

E: *Lo siento, pero no, Felipe, no tienes ningún derecho a pedirme explicaciones, cuando tú tienes novia, o, mejor dicho, prometida, pero me abrazas y me besas cuando y como te apetece. ¿Eso en qué me convierte a mí?, ¿en tu amante? Vale que te hayas dado un tiempo con Carlota, pero yo sigo sin ser nadie, salvo la tonta que te divertirá hasta el uno de diciembre y, cuando ese tiempo termine, veré con mis propios ojos cómo vuelves con tu prometida, y me quedará sin ti, por segunda vez en mi vida. Y no tengo nada con Tomy, pero no puedo atarle las manos para que no me toque, ¿o tú se las has atado alguna vez a Carlota? Y eso que Tomy es solo un AMIGO.*

Esperó, pero no recibió más mensajes, por lo que volvió al salón y, fingiendo estar bien, aguantó con una sonrisa falsa el resto de la cena.

—Mañana vuelo otra vez —comentó Tomás, con la espalda recostada en el sofá—. No estaré el fin de semana, pero podríamos vernos la semana que viene, que la tengo libre.

—Es que... —balbuceó Eugenia—. El día uno me voy un mes fuera. Con esto del despido, me vendrá bien.

—¿Un mes? —exclamó Tomy, alucinado—. ¿Adónde?

—A Barcelona, con su hermana —contestó Sofía.

Eugenia se sentía horrible por mentir así y, aunque no sabía si continuaba el viaje con Felipe tras la discusión, prefería no tener que explicarle a Tomás, un amigo reciente, pero desconocido aún, la razón por la cual se marchaba treinta días de Madrid.

—Es una buena idea —apuntó Richi, siguiendo el juego de su novia—, así piensas qué hacer con tu futuro laboral y pasas un tiempo con... lejos de Madrid —se corrigió al instante.

—¿Tu futuro laboral? —repitió Tomy, extrañado—. ¿Te han despedido, Eugenia?

—Renuncié yo. No me gustaban ni mi jefe ni mi trabajo. Voy a dedicarme un tiempo a la fotografía, que es lo que de verdad me encanta —sonrió.

Tomás sonrió también, apretándole la mano para infundirle ánimos.

—Pero podemos vernos antes de que te vayas —insistió Tomy.

—Es que tengo que preparar el viaje. Un mes es mucho tiempo.

Excusa barata. Podía perfectamente quedar con Tomás, porque el uno de noviembre caía en jueves, pero prefería evitarlo. ¿Por qué? No hacía falta responder a esa pregunta.

—¿Y si nos tomamos algo? —sugirió Tomás—, ¿o estáis muy cansados del viaje?

—Nosotros pensábamos ir a por una copa con Pablo y Edu; Javi está en París —informó Ricardo, de la mano de su novia.

—Yo prefiero quedarme en casa, si no os importa; sí que estoy cansada —se disculpó Eugenia, incorporándose como los demás.

Recogieron las cajas vacías y las bolsas y les acompañó hasta la puerta.

—Me gustaría verte antes de que te vayas —le susurró Tomy en el umbral, serio—, por favor. Ella sonrió, simulando alegría, y asintió.

—Te escribo cuando tenga todo listo y nos tomamos algo.

Tomás la besó en la mejilla.

—¡Adiós, Thelma! —se despidió Sofi—. Te llamo mañana.

—Adiós, chicos. ¡Gracias por la cena! —y cerró.

Se frotó la cara y suspiró. Se tumbó en uno de los sofás y ojeó el móvil en varias ocasiones durante los siguientes treinta y dos minutos, por si tenía algo.

Nada.

Entonces, un golpe en la madera la sobresaltó.

—Se habrán olvidado algo —murmuró. Abrió—. Felipe... —frunció el ceño y se cruzó de brazos—. ¿Qué quieres? Estoy sola.

—Lo sé. Me ha escrito Richi porque le pedí que me avisara cuando se marcharan —estaba muy serio—. ¿Puedo pasar?

—No.

—Por favor —rechinó los dientes.

Pero ella no cedió.

—Cuando aprendas a responder a los mensajes, entonces te dejaré pasar. Y ahora... —empujó la puerta, pero Felipe la frenó con el pie—. Me quiero ir a dormir —resopló, aguantándose las ganas de gritarle unas cuantas cosas.

—Llevas todo el día durmiendo —las comisuras de su boca bailaron en una sonrisa que pugnaba por salir.

—No me hace gracia. Eres... —se mordió la lengua para no insultarlo.

—Y no tiene gracia, pero estás adorable cuando te enfadas, se te arruga la punta de la nariz, como a una ratoncita.

Aquello la sonrojó sobremanera. Desvió los ojos.

Eugenia hervía de furia. Quería echarlo a patadas, pero, a la vez, se sentía irremisiblemente atraída por él. Él aprovechó la duda de ella para avanzar hasta introducirse por completo en el piso, y cerró tras de sí. Le mostró una caja de cartón que había llevado escondida en la espalda sin que se percatara Eugenia.

—Es un trozo de la tarta de queso de mi madre, tu favorita.

—Llevo...

—Ocho años sin probarla.

Eugenia arrugó la frente.

—¿Ya no son siete años y once meses? —se burló, aún enojada.

—Se cumplieron los ocho años ayer —su semblante se cruzó.

Ella entreabrió la boca.

—Y qué ironía, ¿eh? —agregó Felipe—, precisamente, ayer por la noche estuvimos en el aeropuerto de Barajas y a la misma hora que hace ocho años.

—No me...

—No te acordaste. Yo, en cambio, no puedo olvidarlo.

Eugenia suspiró, aceptó el paquete y se lo llevó al salón. Cogió dos cucharas pequeñas de la cocina. Él se quitó la chaqueta y el jersey. Se sentaron; ella, con las piernas dobladas debajo del trasero. Le tendió una cuchara, destapó la caja y tomó la primera porción. En cuanto sus papilas gustativas se deleitaron con tal pecado culinario, gimió.

—¡Está riquísima! Tu madre es la mejor cocinera que he conocido, te lo prometo.

Felipe se rio. Entre los dos se fueron comiendo el postre hasta que quedó la última porción. Felipe la cogió con su cuchara y se la ofreció a Eugenia, mientras le arrebatava la suya, y dejó los cubiertos y el cartón en la mesa. A continuación, se inclinó y tiró de la goma que sujetaba sus cabellos, cayendo estos en cascada sobre sus hombros y su espalda. Le colocó algunos mechones detrás de la oreja. Lo hizo todo con una expresión penetrante y decidida. Eugenia se sintió arder.

—No soporto que te toque el pelo —le susurró, en un tono más áspero de lo normal—, ni él ni ningún otro. No soporto que te coja de la mano. No soporto que te bese en la cara siempre que le apetezca. No soporto que no pare de tocarte, porque eso hace todo el tiempo. Lo siento, Nana, pero no lo soporto —tragó saliva—. Estoy celoso. Muy celoso. Sé que no debería estarlo, que no

tengo derecho a estarlo, y tampoco debería exigirte nada, pero no puedo evitarlo... —le rozó la cara con los nudillos—. Eres mi Nana.

—Felipe... —temblando, por el significado de sus palabras, se movió para sentarse a horcajadas sobre su regazo—. Yo siento lo mismo cuando te veo con Carlota —descansó el rostro en su pecho y bajó los párpados—. Y es una mi-mierda...

Él la envolvió entre sus brazos y la besó en el pelo.

—Vente mañana a comer a casa de mis padres.

Eugenia levantó la cabeza, sonrió y asintió.

—Al final, no imprimimos la foto hoy —declaró Felipe, cepillándole el pelo con los dedos de manera distraída.

—La envié esta mañana por internet a la imprenta con la maqueta del álbum. Me dijeron que la foto estaría mañana.

—Pues vendré a buscarte a las doce, ¿te parece bien? Vamos a por la foto, damos un paseo y luego comemos con mis padres. Va a hacer sol. Pensé en sacar la moto —la observó con desconfianza.

—¿Por qué me miras así? —frunció el ceño.

—Antes te gustaban las motos, pero ahora, a lo mejor, no quieres montarte, por si te estropeas la ropa.

—Menuda bobada, Felipe. Si me dices que vamos a ir en moto, pues no me pongo mi nuevo traje largo de lentejuelas de Chanel y punto —bromeó, antes de soltar una carcajada.

Felipe se rio.

—Por cierto —dijo él, serio—, ¿vas a ir con Tomy al aniversario de DATCO?

Eugenia se levantó y se llevó la caja, las cucharas y el mantel a la cocina.

—Nana —la siguió.

—Pues no, Felipe, claro que no voy a ir, por mucho que insista Tomy.

—Pero ¿quieres ir? —la agarró del codo para que le prestara atención.

—¿Me lo preguntas en serio? —inquirió, soltándose con brusquedad—. ¿Crees que me apetece estar más de un mes sin verte y luego coincidir contigo en la fiesta de la empresa de tu novia y con ella colgada de tu brazo alardeando de vuestra futura boda? ¡Claro que no quiero, mi-mierda! ¡Y no entiendo por qué todo tiene que ser tan complicado! —gesticuló mientras explotaba—. ¡No entiendo qué problema hay en...! —se calló.

—¿Qué problema hay en qué? —pronunció en un hilo de voz—, ¿en una relación entre tú y yo? —su expresión transmitió un agudo tormento—. Es imposible. No puede ser.

—Pero ¿por qué? —las lágrimas ya mojaban su rostro sin contención—. Porque soy una estúpida —se secó a manotazos—. Me tratas como a una niña. Como siempre.

—Nana... —le acunó las mejillas. Contempló su boca, mordiéndose los labios—. Te besaría ahora mismo —apretó la mandíbula—, te besaría en la boca durante días, sin respirar, aunque me muriese en el intento... Y te haría el amor el resto de mi vida, sin descanso, aunque me muriese en el intento... —sus ojos turbios por el deseo se empañaron por la emoción—. Pero si hago todo eso ahora, el treinta de noviembre va a ser peor, y ya es malo lo que hacemos... Lo que yo permito que hagamos.

—No te das cuenta —se sujetó a sus brazos—. Da igual si ahora nos despedimos para siempre o el treinta de noviembre, da igual si me besas ahora o no, da igual —se ruborizó— si me haces el amor ahora o no, porque seguirá siendo una despedida, Felipe. Sufriré igual porque seguirá siendo lo mismo, haya besos, caricias, abrazos o no haya nada, porque seguirá siendo un adiós. Y... —tragó, pero las lágrimas surgieron de nuevo—. Y no te imaginas cuánto me duele...

—No más que a mí, Nana... —la estrechó contra su cuerpo—. No más que a mí...



A las doce del día siguiente, Felipe recogió a Eugenia en su portal. Se había vestido con botines planos de ante beis, vaqueros pitillo con rotos, jersey largo hasta las caderas, de fina lana con cuello vuelto, también beis, una cazadora de piel de color caqui y un pañuelo en tonos verdes, que intensificaba sus impresionantes ojos. Se había trenzado los cabellos y apenas se había maquillado, como acostumbraba. Era todo luz. Y le dedicó tal sonrisa que lo deslumbró. Se besaron la mejilla. Se ajustaron los cascos y partieron hacia la imprenta, en Pozuelo.

—Aquí tienen —les indicó el dependiente, entregándoles un sobre con la imagen impresa en el interior.

Felipe pagó y salieron a la calle. Sacó la foto y sonrió.

—Felipe... —Eugenia, sería, le quitó la foto de las manos—. No lo hagas.

—¿El qué? —cogió la cartera del interior de su chaqueta de cuero.

—¿Tú has visto la foto? —arqueó las cejas, observando la imagen en papel—. Parece que tú y yo... Bueno, me refiero a que cuando Carlota vea esto... —lo miró—. A mí no me gustaría.

—Lo sé, pero quiero tenerte conmigo y cuando ella me conoció, yo ya tenía tu foto en mi cartera —apretó la mandíbula—. A esto no pienso renunciar.

—Es un trozo de papel —musitó ella con tristeza.

—No, somos tú y yo en un avión, para mí es más importante que cualquier cosa, porque, por muchos años que pasen o hayan pasado —enlazó una mano con la suya—, siempre serás esa enana que me necesita a mí para volar, y esta foto es el eterno recuerdo de ello.

—Tu vida no tendría que ser un recuerdo.

—Lo sé —respiró hondo—, pero lo es, y tú eres la dueña de todos mis recuerdos, pasados, presentes y futuros —sonrió—. ¿Nos vamos? —guardó la foto en su cartera, junto con la otra.

Se dirigieron al chalet de Blanca y Enrique.

—¡Hola, cariño! —saludó su madre a Eugenia, al abrir la puerta, con un gran abrazo—. ¡Cuánto tiempo! ¡Estás preciosa!

—¡Hola! —correspondió ella, con una dulce sonrisa.

—¿Ya está aquí Eugenia? —quiso saber su padre, acercándose a abrazarla como si fuese su propia hija—. ¡Cuánto has crecido! Ya no eres ninguna niña. Ahora eres una mujer, y demasiado guapa —le guiñó un ojo.

Eugenia se rio, ruborizada por tanto halago.

—Pasad, venga —los instó Blanca a que entrasen—. ¿Qué te apetece tomar, Eugenia?, ¿una Coca-Cola? —la ayudó con la cazadora.

—Cerveza para los dos, mamá —contestó Felipe, dejando los cascos en el armario de la entrada.

—Cerveza, ¿eh? —señaló Enrique, divertido—, las niñas no beben cerveza, así que, Eugenia, me creeré que has crecido.

Los cuatro sonrieron y pasaron al salón. Blanca se encargó de preparar el aperitivo en la cocina y luego, lo sirvió.

—¿Y a qué te dedicas? —se interesó Enrique, sentado en un sillón al lado de su mujer y enfrente de los dos jóvenes—. Estudiaste algo de números, ¿verdad? —entornó los ojos, pensativo.

—Estudié Administración y Dirección de Empresas, pero dejé el trabajo el lunes. Voy a dedicarme un tiempo a la fotografía; al menos, voy a intentarlo —dio un trago corto a la cerveza.

—¿Fotografía? —se interesó Blanca—, ¿no es eso a lo que se dedicaba tu madre?

—Sí, era fotógrafa —sonrió con nostalgia—. Yo no soy tan buena, pero me encanta hacer fotos. Felipe, sin percatarse de lo que hacía, la tomó de la mano y se la apretó.

—Eres muy buena fotógrafa, Nana, solo tienes que creértelo.

Eugenia se sonrojó, ensanchando su sonrisa.

—¿Y qué tal en Nueva York? —les preguntó su padre, que procuraba ocultar una sonrisa.

—Muy bien —respondieron ambos al unísono.

—Aunque la última noche nos tocó fregar los platos del restaurante donde cenamos —les confesó ella, carcajeándose—. Yo creía que eso solo pasaba en las películas, pero me equivoqué.

—¿Y eso? —se sorprendió el matrimonio.

—Se nos olvidaron a todos las carteras en el hotel, así que nos tocó limpiar. Luego, encima, tuvimos que volver andando, yo me torcí el tobillo y se puso a llover. ¡De todo!

—¡Madre mía! —exclamó su padre, entre carcajadas.

—¿Se os olvidaron a todos las carteras? —quiso saber su madre, enlazando los dedos en el regazo.

—Es que —observó a Felipe con una pícara sonrisa— aquí vuestro hijo decidió recordar viejos tiempos jugando al fútbol americano con unos chicos que había en Central Park. Teníamos los billetes del *ferry* ya comprados para ir a la Estatua de la Libertad y nos pasamos por el hotel para que Felipe se duchara. Al final, nos duchamos todos y nos arreglamos para no tener que volver al hotel antes de cenar, y con las prisas por no llegar a tiempo al *ferry*, se nos olvidaron las cosas.

—Yo no quise recordar viejos tiempos, perdona —rebatió él, sonriendo—, fuiste tú quien quiso verme jugar.

—Es que tu... —se tocó la barbilla con los dedos, simulando encontrar la palabra acertada— tiro fue genial.

—Lanzamiento —la corrigió, adrede.

Los dos compartieron una sonrisa divertida.

—Así que jugaste al fútbol después de tantos años, hijo —le comentó su padre, tras beber un sorbo de su copa de vino tinto. Y añadió, contemplando a Eugenia—: Le enseñó mi padre. Parece más hijo de él que mío. Los aviones, el fútbol americano... —su mujer le dio un codazo y carraspeó—. En fin, chicos, entonces, fue un buen viaje.

—Sí —convinieron a la par.

Alternaban aceitunas y patatas fritas con las bebidas.

—¿Cuándo vuelves a volar, Felipe? —quiso saber su madre.

—Me quedan tres vuelos nacionales en este mes: mañana, a Tenerife; el martes, a Mallorca y el miércoles, a Barcelona.

—¿Y qué pasa al final con los vuelos de noviembre? —se preocupó Enrique—, ¿te han concedido los cambios que querías para despedirte de pilotar como deseas?

—Sí, ya tengo todo el plan de vuelo del mes que viene tal y como quería.

—¿Comemos ya, chicos? —les sugirió Blanca, de repente, incorporándose y simulando alegría.

Almorzaron en la mesa de la cocina, poniéndose al día de la vida de Eugenia en esos ocho años, aunque sin mencionar a Isabel ni a Luis, aunque sí a al niño.

—¿Y cómo se llama tu sobrino?

—Juanito. Bueno, Juan. *Juanito* solo lo llamo yo —sonrió con dulzura—. Lo veo poco, aunque

los domingos hablo con mi hermana y con él por Skype. Siempre me enseña un dibujo diferente que me ha hecho y me cuenta cosas del colegio y de sus amigos —removió con la cuchara, sin darse cuenta de que lo hacía, los garbanzos del cocido madrileño—. Es una pena que no lo vea más, pero vivir en dos ciudades diferentes es lo que tiene.

—¿Dónde vive? —le preguntó Enrique, curioso.

—En Barcelona.

El matrimonio se miró y luego miró a Felipe, que desvió los ojos. Sabía lo que significaba esa mirada y no quería incomodar a Eugenia.

—¿Y Alba? —se interesó Eugenia—. Coincidió con ella hace poco, en un bar.

—Está en Toledo con unos amigos, pasando el fin de semana —le explicó Blanca—. La siguiente vez que vengas, la verás. No suele faltar los sábados a comer. Esta es tu casa, Eugenia, y espero que no transcurran ocho años otra vez para volver a verte —le acarició la mejilla como lo haría una madre con su hija, emocionándola.

—Es agradable mantener una costumbre así, ¿verdad? —opinó ella, con los ojos empañados—. Mi padre, los domingos, nos hacía tortitas con chocolate para desayunar, desde que era una niña —clavó la vista en el mantel.

Él no soportó verla así, tan vulnerable, tan triste, tan necesitada de un abrazo... Rodeó sus hombros y la besó en el pelo.

—Pues —agregó su madre, levantándose para recoger los platos—, no tengo tortitas, pero hago una tarta de queso para chuparse los dedos. Y como sé que te encanta, he hecho una —sonrió con cariño—. ¿Os ha dejado el cocido un huequecito en el estómago?

Eugenia sonrió y asintió.

—Yo siempre tengo un hueco para tu tarta de queso, Blanca —le respondió, levantándose para ayudar a recoger, pero esta le indicó con una sonrisa que se sentara de nuevo—. El cocido estaba riquísimo. Lo echaba de menos.

—Pues ya sabes, tesoro, esta es tu casa —insistió, con sinceridad.

Después de la tarta, Eugenia se quedó en el salón con Enrique mientras este le relataba anécdotas de su padre y de Felipe cuando este era pequeño, de cómo empezó su sueño de pilotar aviones. Felipe y su madre preparaban café en la cocina.

Sin embargo, Blanca, de pronto, parecía enfadada.

—¿Pasa algo, mamá? ¿Estás bien? —posó una mano en su espalda.

—Pasa que no puedo entender cómo con treinta y siete años que tienes aún permites que Isabel siga tratándote como su marioneta particular.

Aquello lo petrificó.

Su madre accionó la cafetera, se giró y lo enfrentó, en voz baja, para que no los oyeran. Se cruzó de brazos.

—Te has quedado blanco como el papel, Felipe. Llevo razón.

—Isabel no...

—No te molestes —alzó una mano para callarlo—. Perdona que te lo diga, pero no he criado a un hijo para que sea tonto toda su vida, así que no puedo entender que lo seas. Vas por el mismo camino que en el pasado. Primero, fue Isabel y ahora, Carlota —se acercó despacio—. Fuiste un títere y lo eres ahora. Y si tuvieras otra novia, estoy segura de que sería como ellas: modosita, de apariencia perfecta, educada —enumeró con los dedos—, que no discute en público, y más cosas que me callo —hizo un aspaviento brusco—. Me dijiste que Carlota no se lleva bien con tus amigos.

—Con Richi, sí, y los demás no la conocen, les impone que sea la hija de Bruno —se defendió,

molesto por que lo tachase de estúpido.

—Con uno, tú lo has dicho, y creo que tienes cuatro amigos más, ¿no? —asintió—. Bien. Por Isabel, dejaste de salir con tus amigos. ¿Es casualidad que se repita el hecho?

—Mamá —frunció el ceño—, Edu, Pablo, Tomy y Javi siguen siendo mis amigos y sigo saliendo con ellos.

—Felipe, te mudas a Berlín en diciembre. Ya me dirás cómo vas a seguir viéndolos, y más cuando no conocen a tu novia, porque una mujer hace mucho, para bien y para mal, te lo digo por experiencia, y más a un hombre como tú, que eres tan bueno —arqueó las cejas—. Continúo con el rugby. ¡Te encantaba, por Dios! —elevó los brazos al techo—. Y lo dejaste por Isabel. Ahora, vas a dejar de volar por Carlota. ¿Segunda casualidad? —permaneció unos segundos en silencio—. Y en medio de todo esto, estuvo y está Eugenia, una niña adorable —apuntó con el dedo hacia la puerta— que, según tú, te necesita para volar y que, encima, hace todo lo posible para que juegues al fútbol de nuevo, aunque sean cinco minutos —respiró hondo profundamente—. Dime una cosa, Felipe: ¿por qué sigue influyendo Isabel en tu corazón? Y lo mejor de todo —soltó una carcajada carente de humor— es que nunca estuviste enamorado de Isabel, y, ahora, tampoco de Carlota. ¿Y sabes por qué, hijo? Claro que lo sabes... —bufó, meneando la cabeza. Señaló hacia la puerta por segunda vez—. Porque tú ya estabas enamorado antes de empezar a salir con Isabel, seguiste enamorado cuando empezaste con Carlota y sigues enamorado ahora, justo antes de mudarte a Berlín. Y de la misma persona. ¿Te digo de quién?

—Ya basta. No quiero oírte más, mamá —caminó hacia la puerta.

—Pues deja de ser tan tonto y no volveré a decirte esto —rebató su madre, que no se movió—. Y repito, hijo, eres la marioneta de Isabel después de ocho años. Es una lástima que tires tu vida por la borda, pero peor aún es que con tu vida te llevas la de Eugenia por delante, porque esa niña daría la suya por ti sin que hiciera falta pedírselo.

Él se detuvo, pero no se giró.

—¿Qué demonios te dijo o te hizo Isabel —continuó Blanca a su espalda— para que sigas rechazando a la mujer que has amado, amas y amarás toda tu vida? ¿Qué fue, Felipe?

A Felipe se le formó un grueso nudo en la garganta.

—Y me da tanta rabia... —agregó su madre en un tono afilado—. ¿Sabes cuánto hace que no te veía como te he visto hoy: feliz, tranquilo...? Más de ocho años: diez años, para ser exactos. Y sé que la culpa es de Isabel. No me lo cuentes si no quieres, guárdatelo como llevas años guardándotelo, sigue destruyendo tu vida —se colocó delante de él y lo contempló, furiosa—. No eres feliz porque no quieres, o porque no la amas tanto como yo he creído todo este tiempo —quiso picarlo y lo logró.

—¡Eso es mentira! —estalló, entre lágrimas—. Yo la amo... La amo más que a nada ni a nadie, mamá... —dejó caer la cabeza y los hombros—. Soy un enfermo...

—¿Qué clase de tontería es esa? —hizo una mueca.

—Me enamoré de Eugenia cuando solo era una niña de diecisiete años... ¡Una niña, mamá! ¿Qué nombre recibe eso? ¡Dime!

Blanca, boquiabierta, comprendió entonces el tormento de su hijo. Cerró los labios y suspiró, seria.

—¿Quién te dijo eso? —le preguntó su madre con voz decidida y firme—. ¿Fue Isabel? ¿Ella se dio cuenta de lo que sentías por su hermana y te llamó enfermo?

—Nunca se lo reconocí, ni a ella ni a su padre. Y tampoco me llamó nunca enfermo, no le hizo falta...

—Espera... ¿A su padre? ¿A Pedro? —no salía de su asombro—. ¿Él se enteró?

—Solo sé lo que me contaba Isabel.

—Lo que te contaba Isabel... Ya —inhaló aire y lo expulsó despacio—. ¿Y sabes que Eugenia ya no es una niña de diecisiete años? —ladeó la cabeza—. Lo sabes, ¿verdad?

No contestó.

—Te juro, hijo —articuló Blanca en un tono duro y cargado de odio tras un eterno minuto muda —, y bien sabes que yo no juro en vano, que si tuviera aquí delante a Isabel la mataría, y no me importaría que me metieran en la cárcel por ello, iría gustosa —agitó un dedo en el aire—. Esto te lo juro —marcó cada palabra—. Y más le vale a Isabel no cruzarse en mi camino, aunque la vida es muy larga —sus ojos transmitieron tal ira que él se asustó—. No sé qué palabras utilizó, qué artimañas empleó para herirte, pero tuvieron que ser las peores que existen porque, años después, sigue haciéndote daño, y no solo a ti, sino también a su propia hermana. Basta mirar solo un segundo a Eugenia y mirarte otro segundo a ti para ver la inmensa tristeza que cargáis a costas, para ver cuánto os amáis, porque lo vuestro es amor —lo agarró de los brazos—. Suplicáis con los ojos, Felipe, tanto tú como ella —sonrió con ternura—. Suplicáis el corazón del otro, y no tenéis que suplicar, porque ya es vuestro. Siempre os perteneció porque nacisteis para amaros de forma incondicional. ¿Me equivoco hijo?, ¿la amas o no?

—Con toda mi alma, mamá... Llevo amándola en silencio desde siempre...

—Te creo, cariño, te creo, porque lo veo con mis propios ojos —le secó la cara con manos dulces. Lo besó en la mejilla, observándolo con adoración—. No eres ningún enfermo, Felipe, porque un enfermo es una mala persona y una mala persona no sabe lo que es amar, y tú, fíjate si serás buena persona, que llevas diez años de tu vida negándote la posibilidad de ser feliz, porque has creído siempre que Eugenia sería más feliz sin ti —acunó su rostro sin variar la sonrisa—. Mira tú por dónde, no crié a un hijo tonto, sino al mejor hijo.

—Mamá... —suspiró—. Se trata de su hermana y de su padre...

—Una hermana —apuntó Blanca, cargando la bandeja con pastas de té y café— a la que ve poquísimo, que vive en Barcelona, y un padre que, con todos mis respetos, lleva muerto diez años. Es fácil, Felipe.

No, no lo era.

—Alba me dijo el otro día que... —tragó—. Me dijo que hubo un tiempo en el que pensó que yo salía con Isabel para no alejarme de Nana, pero que enseguida desestimó tal idea porque Nana tenía diecisiete años y yo, veintisiete, por aquel entonces, y que sería... Mamá... —suspiró de forma entrecortada—. Eso es...

—No se te ocurra decirlo —lo cortó con rudeza—. No es un comentario muy acertado el de tu hermana dadas las circunstancias, pero ni siquiera lo pienses. Y, ahora, vamos a tomarnos el café y las pastas.

—Mamá... —se interpuso en su camino, de espaldas a la puerta de la estancia—. Le pedí un tiempo a Carlota. Hasta el uno de diciembre, cada uno hará su vida.

—¿Por qué?

—Porque necesitaba despedirme de volar.

Su madre entrecerró la mirada, analizando su expresión.

—Felipe, ¿por qué cambiaste el plan de vuelos de noviembre?

—Porque le pedí a Nana que se viniera conmigo todo el mes y quería volar a lugares que sé que a ella le encantaría conocer —agachó la cabeza—. Porque quería despedirme de ella.

Blanca inhaló una gran bocanada de aire, armándose de paciencia.

—Definitivamente, no eres tonto, hijo, sino masoquista —y se fue al salón.

Él estuvo distraído y contestando con monosílabos las dos horas siguientes. Después, llevó a

Eugenia a su casa.

—¿Mañana vuelas? —se interesó ella, en la puerta del portal.

—Sí, a Tenerife. El vuelo sale a las dos menos diez de la tarde.

—¿Y cuándo es la vuelta?

—Aterrizo en Madrid a las diez y cuarto de la noche.

—Bueno, pues... Ya hablamos, ¿no? Digo, para quedar para el jueves —sacó las llaves de su bolso bandolera de piel.

—Nana, ¿estás segura? —la tomó de la mano.

—¿Qué te pasa, Felipe? —se soltó, chasqueando la lengua—. En el café has estado muy callado y ahora me preguntas esto. Parece que el que no está seguro eres tú. No sé ya cuántas veces me has hecho esta pregunta —se cruzó de brazos—. Me haces dudar de que quieras que vaya contigo —desvió la mirada.

—No —frunció el ceño—. Quiero que vengas.

—Pues se acabaron los peros y cuestionar el viaje —estaba enfadada—. Ahora solo queda que llegue el jueves y disfrutemos de estos treinta días juntos, ¿estamos? —empezó a estirarse el jersey—. Estoy harta ya de tanta preguntita, mi... jo... ¡Ay! ¡Joder! —resopló, indignada—. No poder pronunciar un taco en condiciones en este momento hace que...

Él explotó en carcajadas, olvidándose por completo de su malestar.

—Exactamente eso —añadió ella, arqueando las cejas—. Que yo parezca un payaso de circo y no te tomes en serio mis palabras —sonrojada al extremo, le ofreció la espalda e introdujo la llave en la puerta—. Si vas a seguir riéndote...

Felipe la atrapó entre sus brazos.

—Mi Nana... —se rio más—. Me encanta cuando te enfadas —aspiró el azahar de su sedosa melena—. ¿Te cuento algo?

—Dime... —susurró.

—El primer vuelo y el último de nuestro mes de noviembre, no pilotaré.

Eugenia lo observó, interrogante.

—Quiero estar sentado contigo —le explicó él, en un tono más ronco, a un centímetro de su boca— por tu miedo a volar en avión. No estarás sola; al menos, en esos dos vuelos —sonrió—. Me tendrás a tu lado desde el despegue hasta el aterrizaje.

—Principio y final —el abatimiento se adueñó de ambos—. Nos conocemos desde hace veinte años, pero solo merecerán la pena los últimos treinta días. Curioso el destino —agachó la cabeza—. Curiosa la manera en que me ofrece lo único que he deseado siempre para arrebatármelo antes de que me dé cuenta, antes incluso de probarlo... Una ilusión... Una quimera, Felipe, como la foto.

Se separaron.

—Merecen la pena cada uno de los días desde que nos conocemos, Nana —le aseguró Felipe, ferviente y duro en su voz—. Cada uno.

Ella lo miró unos segundos, anhelando lo que no podría tener jamás.

—Adiós, Felipe.

Eugenia desapareció.

—Adiós, Nana...

Él se marchó arrastrando el alma con los pies.

Desgarrado desde hacía, en efecto, diez años, transcurrió el resto del día tumbado en la cama, viendo una y otra vez las fotos del viaje a Nueva York que tenía en el móvil, todas con su Nana de protagonista, algunas que Felipe había tomado sin que ella se percatase.

Por la noche, Richi lo llamó por teléfono para quedar con los chicos, pero se negó, solo le

apetecía estar con Eugenia, besarla, abrazarla, hacerle el amor durante el resto de su vida, cuidarla, protegerla, venerarla con la mirada, con las palabras y con el cuerpo entero, amarla sin miedo y gritarlo con libertad...

Su madre tenía razón, ya no era una niña, pero tanto tiempo creyéndose él un enfermo... Eugenia tenía diecisiete años cuando reconoció que estaba perdidamente enamorado de ella; y el día que se dio cuenta, lo cambió todo, el día del principio del fin.

¿Qué mente sana hace eso?, esa fue la pregunta que le había hecho Isabel tantas veces que había perdido la cuenta, hasta el punto de aceptar, al fin, que estaba enfermo. Y fue tal su enfermedad que cada día se enamoraba más y más de ella. Se volvió loco. Se trastornó. Y la había querido tanto, pero tanto, que no había podido romper su relación con Isabel porque eso hubiera supuesto dejar de ver a Eugenia, algo que jamás había sido capaz de hacer. La infidelidad de Luis fue la excusa que precisó para acabar con todo.

—Ay, Nana... Mi Nana... Qué tontería llamarte así, porque nunca has sido mía... Una quimera... Pues si es una quimera, bienvenida sea, porque la viviré. Como dice mi padre, de sueños vivimos —suspiró—. Prepárate para el jueves, porque te voy a cazar, ratoncita, y no te soltaré hasta el treinta de noviembre; al menos, físicamente, porque de mi corazón no te vas a ir nunca, por desgracia para este enfermo que soy yo...

Al día siguiente, pilotó con el ánimo aún por los suelos, y más cuando hubo un problema con el motor del segundo avión, el de la vuelta a Madrid, y el retraso fue de dos horas. Aterrizó en Barajas a las doce y media de la noche.

Al traspasar la puerta de llegadas, no pudo evitar sonreír al recordar cómo Sofía y Eugenia los habían recibido en el aeropuerto de Nueva York.

Entonces, parpadeó, confuso, porque al final de la fila de personas que esperaban a los pasajeros de diferentes vuelos, se topó con los ojos verdes más impresionantes que había visto jamás. Frenó en seco. Estaba allí... Y ella sonrió, corrió hacia él y se arrojó a su cuello.

—Nana... —la envolvió entre sus brazos con insólita fuerza y escondió la cara entre sus mechones sueltos.

Suspiraron, como si hubieran retenido el oxígeno el tiempo que habían estado separados.

—Dijiste que te recibiera así en todos los vuelos que te quedasen —le susurró ella, temblando, igual que él.

—Dios, Nana... —se le encogió el corazón. La besó debajo de la mandíbula y, seguidamente, le acarició la piel con la nariz.

Que hubiera ido a buscarlo y lo hubiera estado esperando las dos horas de retraso, desterró la tristeza que lo embargaba.

Y tras los dos vuelos que le restaron en octubre, tal mágica escena se repitió, sin importar si fuera de madrugada o no: ella esperándolo, ella corriendo hacia él, ella arrojándose a sus brazos, ella suspirando aliviada al tocarlo... y él esperando su reencuentro, él estrechándola contra su pecho, él besándola en el cuello, él suspirando aliviado al tocarla...

—Vas a malacostumbrarme, Nana —tenían las frentes apoyadas la una en la otra, con los párpados cerrados, saboreando el momento como si fuera el último—. Pero no te imaginas lo bien que se siente.

—Se siente igual que volando a la segunda a la derecha...

—Y recto hasta el amanecer.

—Mi príncipe rojo... ¿Está mal decirte que cuento los minutos que nos quedan hasta que nos tengamos que subir al primer avión?

El corazón de Felipe se desintegró.

¿Cómo algo tan hermoso podía ser malo? ¿Y si su madre tenía razón?

Entrelazaron sus manos y caminaron despacio, alargando su tiempo juntos todo lo que pudieran, hasta el aparcamiento. Se montaron en el BMW y la llevó a su casa.

—A las cuatro estoy aquí con Richi —le informó él, rodeando sus caderas, no podía dejar de tocarla—. Él nos lleva al aeropuerto. Intenta descansar que, a partir de esa hora, comenzarás a vivir nuestra quimera.

—Nuestra. De nadie más.

Se contemplaron los labios apenas un instante. Se estremecieron.

—Solos tú y yo, Nana, durante treinta días. Aún no me lo creo...

—Ay, Thelma... Te voy a echar tanto de menos... —suspiró Sofía, abrazándola con fuerza—. ¿Qué voy a hacer un mes entero sin ti?

Eugenia se echó a reír.

—Creo que vas a estar bastante ocupada con Richi —le susurró al oído para que el aludido no las oyera.

Su amiga se sonrojó. Estaban en el aeropuerto, despidiéndose, un poco apartadas para tener intimidad.

—¿Ya sabes adónde vais?

—Dice que es una sorpresa —respondió ella, sonriendo embelesada mirando a Felipe—. No me importan los lugares, solo estar con él.

—¿Te das cuenta de que vais a estar a solas durante un mes, de día y de noche? —arqueó las cejas, divertida—. Disfrútalo, Thelma, que el tiempo se pasa volando, nunca mejor dicho.

—Me gustaría disfrutarlo como yo de verdad quiero y como creo que él quiere, Sofi, pero... —chasqueó la lengua—. No voy a poder.

—A ver, Thelma —la sujetó por los hombros—, que soy virgen, pero no ingenua.

—Lo que eres es una bruta —masculló, avergonzada.

—Lánzate —la ignoró—. Bésalo. Recuerda lo que os pasó en el bar latino. Además, no te rechazará. Dice Richi que, desde el sábado, lo nota muy extraño y que todavía no termina de decidir si está extraño para bien o para mal. ¿Sabes si le ha pasado algo?

Ella negó con un gesto.

—Oye, ¿y Bel? —se preocupó Sofía, de pronto—, ¿lo sabe?

—Sabe que me voy de vacaciones, pero no adónde ni cuándo. Tampoco le he dicho con quién, pero se imagina que es contigo.

—¿Sigues sin contarle que has vuelto a ver a Felipe? —arrugó la frente.

—Ni pienso hacerlo. El uno de diciembre se volverá a marchar de mi vida y a Bel solo... —desorbitó los ojos y se tapó la boca—. ¡Ay, Dios!

—¿Qué pasa? —exclamó Sofi, asustada por su repentina reacción.

—El treinta de noviembre es mi cumpleaños, el día que volvemos Felipe y yo, y todos los años viene Bel a Madrid a pasarlo conmigo.

—Que no cunda el pánico —abrió las manos en el aire—. ¿A qué hora llegáis el día treinta?

—A las seis de la tarde aterrizamos en Madrid, si no hay retraso, es lo único que sé, la hora del vuelo de hoy y la del día treinta —frunció el ceño—. No sé qué voy a decirle a Bel.

Sofía se quedó pensando unos segundos.

—Vale, a ver, es sencillo —sonrió con satisfacción—. Cuando te diga que se va a comprar los billetes de avión, le comentas que te he organizado una fiesta con nuestros nuevos amigos en plan fin de semana completo. No tiene por qué enterarse de que son amigos de Felipe, ni de que lo has vuelto a ver. ¿Y no viene siempre Bel con Juanito y sin Luis? Pues solucionado. No va a dejar a su hijo de siete años solo en tu casa para irse a una fiesta, aunque sea tu cumpleaños.

Eugenia no estaba muy convencida, esa fecha era la única ocasión en que Isabel viajaba a Madrid y aprovechaba para visitar la tumba de sus padres.

—Deberíamos irnos ya, Nana —la avisó él, acercándose—. Embarcamos en quince minutos y hay que pasar el control de aduanas.

—Bueno, Louise —le dijo Eugenia a su mejor amiga, abrazándola por enésima vez, con lágrimas en los ojos—, te escribiré y te llamaré siempre que pueda, ¿vale?

—Ay, Thelma... —repitió, apretándola—, te voy a echar tanto de menos... —la besó en la mejilla, tomándola de las manos.

—Y yo, Louise... —se secó las lágrimas con dedos temblorosos—. Es la primera vez que nos separamos... —la señaló con el dedo índice—. No me reemplaces por nadie, ni siquiera por Richi.

—Estaré aquí el día treinta, palabra —bromeó Sofia.

Los cuatro se rieron.

—Cuidamela, Felipe —lo amenazó Sofia—, que solo tengo una hermana.

—Descuida —convino él.

Ricardo los abrazó con cariño.

—Buen viaje, chicos, y no hagáis nada que yo sí haría —les guiñó un ojo.

Soltaron una carcajada y emprendieron el camino hacia el control de aduanas, pero a los cuatro pasos, Eugenia se giró, al igual que Sofia, y, como dos imanes, corrieron la una a los brazos de la otra por última vez.

—Te quiero muchísimo, Louise.

—Y yo a ti, Thelma —sonrió, acariciándole la cara—. Aprovecha para convencerlo de que solo puede estar contigo, que tú eres su destino. Es tu única oportunidad. Tienes treinta días para conseguirlo.

Ella suspiró y asintió, aunque desanimada. Ojalá, pensó.

Al darse la vuelta, vio a Felipe sonriendo con ternura y con la mano extendida. Eugenia sonrió, triste por despedirse de Sofi, pero feliz por estar con él. Aceptó el gesto y, por fin, se marcharon, aunque no supo adónde, porque Felipe le tapó los ojos con una mano para que no viera en la pantalla el destino del vuelo.

Cuando entraron en el avión, de la compañía DATCO, dos azafatas le sonrieron. Empujó a Eugenia hacia sus asientos, en la última fila de la primera clase, casi vacía excepto por dos hombres trajeados. Guardó su mochila, que contenía sus enseres de fotografía, en el compartimento superior, y se acomodaron en los mullidos y amplios sillones; ella, por supuesto, en el del pasillo.

—Tómate la pastilla —le recordó Felipe, entregándole el frasco.

Eugenia entornó la mirada, sonriendo.

—Eso significa que el vuelo es largo... —musitó, con un regocijo en el estómago. Se tragó la pastilla y bebió de una botella pequeña de agua.

—Te ibas a enterar en cuanto el capitán hablase por el interfono, pero... —le tendió una caja pequeña con unos tapones dentro—. Prefiero que, de momento, sigas con la incertidumbre —sonrió con travesura.

—¿En serio? —se quejó, cogiéndolos.

—En serio, Nana. Póntelos.

Obedeció a regañadientes.

Una tensa media hora después, despegaban rumbo a lo desconocido. Se quitó los tapones cuando alcanzaron la altura requerida. Estaba aterrada por el vuelo, pero reconocía que aquellas pastillas mantenían a raya sus temblores, lo que se agradecía una barbaridad.

—¿Me dejas el iPod? —le preguntó ella.

—Lo metí en tu bolso. Y mi cartera y mi móvil también, por cierto.

Lo dijo tranquilo, hojeando el periódico que les habían dado al subir al avión. Eugenia ocultó una risita de júbilo.

Se ajustó los auriculares y comprobó las listas de reproducción. Arrugó la frente al fijarse en una, llamada *Nana*. La accionó y se dio cuenta de que todas las canciones que habían escuchado juntos en el vuelo de vuelta de Nueva York estaban agrupadas en esa lista, canciones que ella había seleccionado, sus favoritas de todas las que tenía Felipe en el iPod. Recostó el asiento, se desprendió de las zapatillas blancas, flexionó las piernas debajo del trasero, cerró los párpados y posó una mano en el muslo de su príncipe rojo, mientras escuchaba *Paperweight*, de *Joshua Radin*.

Y, para su sorpresa, dos horas más tarde, iniciaron el descenso.

—¿Ya hemos llegado? —quiso saber Eugenia, desconfiada, mientras se quitaba los cascos.

—Póntelos otra vez —Felipe le guiñó un ojo—. Hacemos escala en Munich —sonrió—. Estaremos solo una hora hasta embarcar otra vez. Tendrás que ponerte de nuevo los tapones y te taparé los ojos también.

Ella sonrió. Si ahora se hallaban haciendo transbordo en el corazón de Europa y les quedaba otro vuelo, dedujo que sería hacia un destino lejano.

Y no se equivocó...

Diez horas y cuarenta minutos de vuelo más tarde, aterrizaron por segunda vez.

—¡Bangkok! —exclamó Eugenia. Se cubrió la boca e incorporó la espalda como un resorte cuando el capitán les dio la bienvenida a la capital de Tailandia—. Dios mío...

Se quedó petrificada. Había una historia. Había una razón.

Él se echó a reír y tuvo que arrastrarla para sacarla del avión.

—Tenemos cuatro días para disfrutar de Bangkok hasta que volemos otra vez —le informó Felipe mientras esperaban las maletas en la cinta transportadora—. ¿Te gusta la sorpresa?

Ella estaba tan pasmada que no sabía qué decir.

—Nana —le dijo él, tomándola de las manos para besarle los nudillos—, tu madre te regaló una bola del mundo tras tu primer vuelo en avión. Tenías nueve años —sonrió—. Le pediste que te marcara los lugares que fuese fotografiando y los que había fotografiado hasta el momento. Eran pueblecitos y ciudades de América, Europa y África —adoptó una actitud seria. Enlazó los dedos con los suyos—. Cuando murieron, tu primera noche sin ellos, estuviste en vela, revisando los ocho libros que había publicado tu madre. Hiciste unas marcas nuevas en la bola del mundo. Yo estaba con vosotras esa noche y tampoco podía dormir. Vi la luz de tu cuarto encendida y entré. Me dijiste que...

—Que algún día yo recorrería Asia, que había sido el continente que mi madre no había descubierto con su cámara —sentía sus mejillas mojadas por las silenciosas lágrimas que derramaba desde que Felipe había empezado a recordar el pasado que los unía—. Que empezaría en Tailandia y terminaría en...

—La India —pronunciaron los dos al unísono.

—Felipe... —se arrojó a su cuello, temblando—. No sé cómo agradeceréte...

—No, Nana —la besó en el pelo—. No me des las gracias. Solo son treinta días y siete países en los que vamos a estar, no es Asia al completo —la sujetó por la nuca—, pero es mejor que nada. Sé que es tu sueño y, al igual que tu primer sueño lo cumplí yo al hacerte volar vestida de ratoncita —sonrió, divertido—, quise que este viaje fuese...

—Mágico —sonrió. Su corazón no latía desde hacía un rato.

—Aunque luego me borres de tu ordenador —agregó con los pómulos teñidos de rubor y un

dolor agudo en sus ojos castaños—, aunque luego me odies, pero quiero que este viaje no lo olvides nunca.

—Entonces, hazlo inolvidable...

—Nana... —bajó los párpados y recostó la frente en la suya. Respiró hondo, estremecido como ella—. ¿Podríamos solo...?

—¿Vivir nuestra quimera?

—Sí...

Se miraron sin parpadear.

—Bésame...

Aquel susurro decidido brotó de la garganta de Eugenia.

A Felipe se le aceleró la respiración. Una batalla se desataba en su interior, ella pudo sentirlo al fijarse en sus ojos, en el tormento que padecía y en la desesperación por besarla, una batalla perdida... ¿o ganada?

—Treinta días solos tú y yo —le recordó Eugenia.

—Pero...

—Treinta días. Solos tú y yo. Desde ahora. Nuestra quimera —enfaticó, a posta.

—¿Aquí? —expresó Felipe, nervioso, en un tono apenas audible—. ¿Estás segura de que quieres que nuestro primer beso sea...?

—En un aeropuerto. ¿Dónde mejor? —su rostro se chamuscó, pero su insistencia no se desvaneció, sino que se incrementó. Era su oportunidad. No desperdiciaría un solo día de esos treinta—. No sueño con otra cosa desde hace ocho años.

—Estuve a punto —confesó, sonriendo con tristeza—. Hace ocho años, estuve a punto de besarte en Barajas, antes de marcharme a Munich, pero...

—Hubiera sido peor —lo entendió perfectamente.

—Para los dos —le acarició la nariz con la suya—. No podía, pero ahora...

—Ahora sí puedes. Podemos.

Ambos sonrieron, cómplices.

—Como en el Empire State —comentó ella, sosteniéndose en sus hombros—. Felipe... —se elevó de puntillas y le enroscó los brazos en el cuello—, cumple otro de mis sueños.

—Nana... —gimió, cerrando los ojos e inclinándose—. Te parecerá una tontería —emitió una carcajada, sonrojándose—, pero me da miedo besarte. Llevo tanto tiempo queriendo hacerlo, pero tanto tiempo, que temo no saber hacerlo.

—Pues entonces, tenemos miedo los dos —concluyó ella—, porque será mi primer beso de verdad. Solo he tenido una relación, pero nunca... —suspiró, temblorosa—. Lo intenté. Intenté olvidarte. Intenté enamorarme, pero... —agachó la cabeza.

—¿Por qué no pudiste? —le susurró, apenas sin voz, tomándola de la barbilla para que lo observara.

Ella volvió a suspirar de forma entrecortada.

—Prefiero no contestar a una pregunta cuya respuesta ya sabes.

—Y yo prefiero escuchar la respuesta de tus labios, aunque me la imagine, aunque la sepa —se mordió el labio inferior, como si se reprimiese, cerrando los ojos un segundo—. Necesito escucharlo, por favor...

Ya no había vuelta atrás.

—Porque ninguno eras tú... —le complació Eugenia, mirándole con curiosidad. Se le humedecieron de nuevo los ojos—. Porque te amo, Felipe, desde siempre...

—Desde siempre... —repitió él, como si estuviera hipnotizado—. Y yo a ti, Nana... —una

lágrima se escurrió por su mejilla—. Te amo desde siempre...

Eugenia sollozó de felicidad. Rio, al tiempo que lloró.

—Durante treinta días, serás mía.

—Siempre lo he sido...

Felipe gimió de nuevo al oír tal significativa frase.

Entonces, sin esperar más, ella le acunó el rostro entre las manos y se atrevió, porque algo en su interior le gritaba que debía ser ella la que pusiera fin a la lucha de Felipe. Él necesitaba que lo sacase del tormento, tanto como Eugenia necesitaba que saliera; no estaba dispuesta a seguir en la ignorancia. Lo besó en los labios. Besó a su príncipe rojo... por fin.

Jadearon en cuanto sus bocas se unieron en un roce casto y breve. Se apartaron al instante, contemplándose, aturdidos, como si hubieran sufrido una descarga. Y reclamaron sus labios de inmediato. Los dos, porque Felipe la estaba besando... Se fundieron en un abrazo mágico, como mágico era cualquier momento con él.

Eugenia llevaba ocho años soñando con *el* beso. Ocho años imaginándose cómo sería. Y ocho años eran muchos. Pero el apetito de su corazón, las súplicas de su cuerpo y los gritos desgarradores de su alma que durante tanto tiempo se habían apoderado de sus fantasías, evocando en su mente infinidad de besos, de *el* beso de su príncipe rojo, no la habían preparado, ni siquiera un ápice, para recibir tal alivio, tal hambre satisfecha, tal sed saciada, tal... plenitud.

No fue lento. No fue delicado. No fue dulce.

Fue torpe... Sus labios se succionaron con impotencia y sus lenguas se enredaron con violencia. Sus bocas conectaron en un beso atropellado.

Fue rápido... Eran incapaces de besarse despacio porque se habían contenido durante tantos años que, agobiados por la necesidad, se devoraron con prisa. El tiempo y el espacio se disiparon. El cielo y el suelo a sus pies intercambiaron posiciones. Se marearon, incluso trastabillaron el uno hacia el otro. Se convirtieron en péndulos suspendidos en el aire.

Fue intenso... Flotaron sumidos en una burbuja de placer impaciente. Los dos cuerpos se pegaron el uno al otro, se oprimieron contra sí, mientras sus labios ofrecían y demandaban largos besos sin coger oxígeno, mientras sus bocas se empapaban de la pasión que amenazaba con desbordarlos si no se controlaban.

Pero no se reprimieron. No quisieron. No pudieron no hacerlo.

Él resolló en sus labios cuando una desconocida Eugenia absorbió su lengua con avaricia. Felipe le hundió los dedos en las caderas, estrechándolas contra las suyas, notando ella cómo su piel se inflamaba hasta alcanzar límites impensables. Vibraban sin cesar, ambos.

Eugenia se alzó aún más de puntillas, lo tiró del pelo en la nuca en un arrebato frenético por sentirlo más adherido a ella, por pretender comérselo, porque estaba más que dispuesta a devorarlo y a dejarse devorar. El calor la asfixió. Y gimió, delirante por el hormigueo constante que invadía cada una de sus terminaciones nerviosas. Sucumbió a la fiebre de estar encadenada a esos potentes y magnéticos brazos, a ese cuerpo sólido tan viril, tan duro, tan abrasador...

Las manos de él ascendieron por su espalda, arrastrando las palmas, arrugándole la camiseta y el jersey, y apesó sus cabellos en dos puños, los enmarañó, ladeó la cabeza y se volvió loco... Comenzó a engullirla con urgencia, succionó sus labios sin descanso, lamió el contorno de su boca a placer, tentándola adrede, jugando para, enseguida, adueñarse de su lengua, robándole lamentos esporádicos a Eugenia y emitiendo gruñidos de satisfacción. Era una tortura exquisita... Y se derritieron.

—Dios, Nana...

Él detuvo el beso de golpe, parpadeando como lo haría un hombre que se hubiera quedado

ciego, pero ciego de goce, igual que ella... Ciega, sorda y muda de la impresión.

—Mí Nana... —le tocó los labios con dedos torpes.

Desorientados y resoplando con mucha dificultad, se contemplaron con ojos turbios por un deseo irrefrenable ya, un deseo y un amor que, por fin, quedaron liberados.

Sorprendidos por las sensaciones, por *el* beso, con los corazones desbocados y las respiraciones que parecían imposibles de ralentizar, se apartaron y se acercaron a la cinta que transportaba solo sus dos maletas. No había nadie más que ellos. Y eso les arrancó una carcajada que logró que recuperasen gran parte de la normalidad.

Felipe se encargó de las dos maletas y, con la mochila de Eugenia en la espalda, salieron del aeropuerto hacia la parada de taxis. Los dos hablaban inglés a la perfección. El taxista los condujo hacia el lujoso hotel Mandarin Oriental, según las indicaciones de Felipe. Ella se preocupó en la recepción cuando él no entregó su credencial de piloto, sino su pasaporte y su tarjeta de crédito. En Nueva York, bastó su documentación de DATCO, tanto la de él como la de Richi. Esperó a estar en la habitación a solas.

No se fijó en la maravilla de la estancia, en la amplitud, en la fascinante decoración, en las extraordinarias vistas de la ciudad a través de la gran cristalera del fondo por la que se accedía a una bella terraza. No.

—Felipe.

Él despidió al hombre uniformado que les había traído las maletas, le entregó una propina y cerró la puerta.

—¿Te gusta? —le preguntó Felipe, con su sonrisa arrebatadora.

—Es un hotel muy caro. Y no has pilotado tú. Tampoco van a ser dos días. ¿Cómo has pagado...?

—Nana —se acercó y la cogió de las manos—, no te preocupes por nada.

—Pero... —se soltó—. Esto es demasiado. Yo no...

—Tú te mereces todo esto y más —la besó en los labios con extrema suavidad—. Déjame regalarte parte de tu sueño. Por favor —la besó otra vez, gimiendo los dos por el arrumaco de sus bocas, más prolongado, más acelerado—. Además, no siempre serán hoteles como este —dibujó una lenta sonrisa—. Lo tengo todo planeado. Y creo que te va a encantar.

Eugenia suspiró de manera irregular, contemplando sus labios con ansia, anhelando el beso del aeropuerto. Apoyó las manos en su pecho y ascendió lentamente hacia su cuello, elevándose de puntillas. No desvió los ojos de esa boca que la llamaba a voces.

—Felipe... —le susurró ella, antes de aproximar los labios a los suyos—. Por favor...

Necesitaba más, mucho más, horas y horas de besos, días enteros sin respirar.

—Nana... —gimió él, conteniéndose—. Tenemos que...

—No —y lo besó.

Y Felipe la atrapó en el aire al instante, entre sus brazos, con fuerza, a punto de romperle los huesos. Eugenia le rodeó la cintura con las piernas. Cayeron en la cama. Sus cuerpos se encajaron como polos necesitados de hallar su verdadero hogar.

Era de madrugada, y, aunque estaban cansados por el largo viaje, ninguno quería deshacer las maletas ni dormirse. Ninguno quería separarse del otro un solo milímetro.

—He deseado tenerte así tantas veces... —le confesó él, algo avergonzado, dirigiendo la boca hacia su cuello—. Es mejor ir con calma —la besó con la punta de la lengua, iniciando un fogoso recorrido desde su oreja hasta su clavícula, desmintiendo sus propias palabras—. Sí, es mejor —incorporó la cabeza para mirarla, apoyándose en los codos para no aplastarla—. Pero son tantos años deseándote... —comprimió la mandíbula—. Y ya no puedo frenarme más. Ya no.

Ella le acarició la cara, admirando su atractivo semblante que transmitía una férrea seguridad.
Un momento...

—¿Tantos años? ¿cuántos?—repitió Eugenia, extrañada.

Él agachó la cabeza, reacio a responder.

—Felipe... —Eugenia le acarició de nuevo, con suavidad.

—Hace... diez años, me di cuenta de que estaba enamorado de ti. La discusión. El día de tu diecisiete cumpleaños.

Recordó los mensajes que se habían intercambiado unas semanas atrás.

—Por eso me dijiste... —empezó ella.

—Que jamás podría olvidar ese día, esa discusión, que lo cambió todo para mí.

Pero Eugenia, en lugar de sonreír, en lugar de saltar de felicidad, se enfadó. Lo empujó y se levantó.

—¿Y por qué seguiste con Bel? —le exigió ella, abrazándose a sí misma por el horrible escalofrío que le recorrió el cuerpo—. Estuviste casi dos años más con mi hermana. Casi dos años, Felipe, pero ¿estabas enamorado de mí?

Él se puso de pie y procedió a guardar sus pertenencias en el armario, en la entrada de la habitación. La ignoró.

—Felipe —lo siguió y lo agarró del brazo—. Contéstame.

—No —se apartó—. No indagues.

—¿Que no indague? —se rio sin una pizca de alegría—. ¿Me dices que llevas enamorado de mí diez años, y pretendes que no indague? ¡Necesito respuestas! ¡Mi-mierda! ¡Háblame!

Felipe se giró y la enfrentó. El sufrimiento retornó a sus ojos.

—La condición era el último día en el último vuelo, Nana, antes no.

Eugenia, rabiosa, se encerró en el baño de un sonoro portazo. Echó el pestillo, se recostó en la puerta y se deslizó hacia el suelo, abrazándose las rodillas y escondiendo el rostro bañado por lágrimas de impotencia.

—Nana —le dijo él desde afuera—. Ábreme, por favor.

No respondió. Su llanto creció más. Se tapó la cara con las manos. No entendía nada, mucho menos ahora que se habían besado, que habían abierto su corazón tras años encerrados.

—Nana, por favor... —se le quebró la voz—. No puedo.

—¡No quieres! —exclamó ella, furiosa—. ¡No quieres hablar! ¡Claro que puedes, pero no quieres! ¡Eres un cobarde! —se incorporó—. ¡Lo fuiste antes con Bel y lo serás el uno de diciembre cuando me abandones y corras hacia Carlota! ¡Y no lo entiendo!

—Nana...

Aquello la enervó.

—¡Me llamo Eugenia, mi-mierda! ¡Eugenia! ¡Eugenia! ¡Eugenia! —golpeó la madera con el puño y estalló en más lágrimas—. ¡Llevo toda mi vida loca por ti! ¡Toda mi vida, Felipe! ¡Y desde que fui consciente de ello, lloraba cada vez que abrazabas a mi hermana, que la besabas, que la cogías de la mano, que hacías planes con ella, que le demostrabas todo tu cariño! ¡A Isabel, no a mí! —golpeó de nuevo—. ¡Llegué a odiarla! ¡Rezaba cada noche para que rompierais! ¡Prefería no volver a verte a verte cada mal-maldito día con ella! ¡Te odié a ti! ¡Te odié porque no podía odiarte! —retrocedió hasta la pared contraria, donde se hallaba la ducha. Se dio con el grifo en la cadera y una lluvia delicada empezó a rociarla. Se sentó debajo del agua y cerró los párpados—. Soy Eugenia... —murmuró, intentando convencerse—. Eugenia, no Nana. No quiero ser Nana, ni tu Nana... No —tragó saliva repetidas veces—. Tampoco quiero que seas mi príncipe rojo... —chasqueó la lengua—, porque mi príncipe rojo sobrevuela el firmamento, y eso es de valientes, no

de cobardes.

Entonces, Felipe le propinó una patada a la puerta y el pestillo se rompió. Con decisión, se metió en la ducha, se arrodilló, la tomó por la nuca y la besó.

—Tienes razón, Nana —dos lágrimas rodaron por sus pómulos, rasposos por esa barba de tres días que incrementaba su indiscutible y maduro atractivo—. Fui un cobarde, pero ya no habrá nada que no seamos tú y yo —la suave lluvia los mantenía empapados y calientes—. Te amo desde siempre, en silencio, viviendo un tormento porque no podía hacerlo abiertamente. Contestaré a todas tus preguntas, pero antes... —acortó la distancia de sus bocas—. Antes voy a hacerte mía al fin.



—Sí...

Aquel dulce gemido de Eugenia le supo al agua bendita que precisaba para sanar al fin de esa infame mentira que lo había condenado durante tantos años, que lo había carcomido hasta casi matarlo de agonía y desesperación.

Tras las palabras que le había gritado ella a través de la puerta, palabras llenas de amargura, desgracia, martirio... Se negó a continuar vegetando en una vida que no deseaba, una vida sin Eugenia.

—Vamos a hacer el amor —la besó en los labios.

—Sí... —repitió ella, con las ropas encharcadas, pegadas a sus pronunciadas y excitantes curvas.

—Eres preciosa —le retiró los mechones hacia atrás, arqueándole el cuello para que la lluvia borrara la inmensa tristeza de su cara—. Debería invitarte a cenar, al cine. Debería regalarte flores, bombones. Debería contarte mis secretos, mis sueños. Debería escuchar tus secretos, tus sueños. Debería alcanzar la luna y el sol y ponerlos a tus pies. Y entonces, solo entonces, debería hacerte el amor, no antes de todo eso, sino cuando de verdad yo lo mereciese.

Ella lo contempló con sus impresionantes ojos verdes, que parpadeaban con un brillo cegador, un brillo turbio de deseo, un brillo resplandeciente de puro amor.

—Pero —añadió él, en un ronco susurro— siento que ya te he invitado a cenar y al cine. Siento que ya te he regalado flores y bombones. Siento que ya te he contado mis secretos y mis sueños. Siento que ya he escuchado los tuyos. Siento que ya he alcanzado la luna y el sol y los he puesto a tus pies. ¿Sabes por qué? Porque tu mirada me habla —le acunó el rostro entre las manos—. Porque tu mirada me está diciendo ahora que soy un dios invencible. Porque tu mirada me está pidiendo a gritos que olvide todo, que no me detenga, que no vaya con calma, que te desnude, que venere cada centímetro de ti, que te bese, que te acaricie y que te haga el amor hasta morir —inhaló una profunda bocanada de aire y la expulsó de manera irregular—. Y eso es, precisamente, lo que voy a hacer. Porque ya no puedo seguir callado, quieto y reprimiéndome. Ya no puedo más... No he hecho nada malo. Y no vuelvas a decir que no eres mi Nana y que yo no soy tu príncipe rojo. No vuelvas a decir eso. Jamás. Prométemelo.

—Felipe... —se arrodilló—. No lo haré. Te lo prometo. Y ya te lo mereces —sonrió con tal ternura que le arrancó un jadeo—. Soy tuya, y tú eres mío.

—Siempre lo fui... —se le quebró la voz por la emoción. Su corazón se precipitó hacia las alturas a respirar aire puro, lo que hacía cuando pilotaba, lo que hacía cuando estaba con ella—. Solo tuyo, mi Nana, de nadie más, ni antes ni ahora ni en el futuro. Eres la dueña de mis recuerdos,

los que ya han pasado y los que están por venir, solo tú.

Eugenia, para sorpresa de él, se agarró el borde del jersey y se lo sacó por la cabeza, junto con la camiseta, mostrando un sujetador blanco de encaje. Se levantó y se quitó las zapatillas, los calcetines y los vaqueros, despacio y sin quitarle los ojos de los suyos. Las braguitas brasileñas de encaje blanco, que se ataban con lacitos en las caderas, lo despojaron por completo de aliento. Cayó sentado a la piedra beis del suelo de la ducha, atónito.

¿Cómo algo tan cándido podía resultar tan carnalmente tentador? La lujuria lo asaltó. Quería comerse aquel bocadito inocente. Quería comérsela hasta hartarse, aunque sospechaba que nunca se cansaría de ella, ya se había convertido en un completo adicto a sus besos. Quería buscar sus puntos de placer y explorarlos hasta hacerla suplicar, hasta hacerla estallar de pasión, hasta hacerla gritar su nombre mientras sucumbía al abismo con su boca, sus dedos y su propia excitación, que estaba a punto de romper la cremallera de sus pantalones. Quería poseerla en todas las posturas, en todos los lugares, sin dejar de observar cómo se derretía. Quería honrar su blanquecina piel, estudiársela de memoria, cada lunar, cada mancha, cada peca, cada centímetro de perfección, porque era perfecta. Quería que ella lo acariciara a él y derramarse sobre su cuerpo, y también en su interior, sin barreras, sin protección. Quería tantas cosas... Y lo único que no quería era seguir esperando.

Entonces, como si le hubiera leído el pensamiento, Eugenia dirigió las manos a la espalda, sonó un *clic* y el sujetador se deslizó lentamente por sus brazos hasta aterrizar en la piedra. Sin concederle tiempo para reaccionar por la visión de sus hermosos senos erguidos, rosados e hinchados, se desató, a continuación, los lacitos de las braguitas y estas rodaron por sus esbeltas piernas.

Con el agua bañando su glorioso cuerpo, erizando aún más su brillante y cremosa piel, con los cabellos hacia atrás mostrando su precioso rostro, sin mechones que lo obstaculizasen, con esa mirada resplandeciente que le tenía totalmente dominado, desnuda frente a él... Felipe estaba paralizado. Y Eugenia, para su asombro, no se cubrió el cuerpo, sino que avanzó hasta sentarse a horcajadas en su regazo, sin vergüenza ni timidez, a pesar del delicioso rubor que coloreaba sus mejillas. Era tan hermosa que le daba miedo incluso parpadear por si se trataba de un sueño.

Tanto tiempo imaginándosela en su mente como el enfermo que había creído ser... Y todo ello ya se había acabado. Por fin. Ya no más. Eugenia lo había logrado... Le había besado en el aeropuerto, corriendo el riesgo de que él la rechazase por tantas veces como le había dicho que entre ellos no podía existir nada. Pero lo hizo. Fue valiente y lo besó. Y que Felipe probase su boca un solo instante había sido tan liberador, que su interior había explotado, que el tormento y el dolor se habían desvanecido al fin. Eugenia ya no era una niña. Ahora lo sabía. La había respetado siempre, nunca había intentado nada porque había creído que enamorarse de una chica de diecisiete años era malo... ¿Malo? El verdadero amor no podía ser malo. Jamás. Ahora lo sabía...

—Tócame... —le rogó Eugenia en un hilo de voz, tomándolo de las manos y guiándolo hacia sus pechos—. Por favor...

Felipe, al fin, reaccionó y atrapó esos senos tan exquisitos entre los dedos. Perdió el juicio. Como le pasó en el aeropuerto, su templanza, su paciencia y su cordura se esfumaron de inmediato. Él, vestido por completo... ella, totalmente desnuda, a su alcance, en su regazo, rociados ambos por una lluvia tórrida que trazaba un aura embrujadora y luminosa alrededor de Eugenia; era la escena más erótica que había contemplado jamás.

Felipe se inclinó y engulló uno de sus senos con los labios, al tiempo que enderezaba el otro entre los dedos. Ella se curvó, echando la cabeza hacia atrás, y gimió su nombre, tirándolo del pelo. Él jadeó, enterró la cara entre sus rebosantes pechos, tan suaves, tan deliciosos... apresando

sus nalgas con las manos. No hubo delicadeza, tampoco actuó despacio ni con detenimiento. Obedeció a sus instintos y se dejó arrastrar por el caótico infierno que existía en su interior. Su palpitante erección clamaba liberarse y estaba a punto, porque tenerla desnuda entre sus brazos era demasiado fuerte... Era maravilloso... Brutal.

—Felipe... —enganchó su jersey a ciegas y tanteó para quitárselo—. Quiero... tocarte...

Ante dicha súplica, emitida en un suspiro ahogado, se apartó de Eugenia lo suficiente para deshacerse del jersey y la camisa, que se sacó de los vaqueros con esfuerzo, por culpa del agua. Se desprendió de las zapatillas con los pies, al igual que de los calcetines, como pudo, porque por nada del mundo Eugenia se alejaría. La miró a los ojos y quedó hipnotizado.

—Dices que tus ojos son tu maldición —murmuró él—, ¿y sabes una cosa, Nana? Para mí también lo han sido durante muchos años, pero ahora ya no lo son, ahora son mi bendición.

Cuando lo había mirado en el pasado, Felipe había podido ver con claridad cuánto lo quería, cuánto le dolía un simple gesto cariñoso suyo hacia Isabel, cuánto imploraba uno de sus abrazos, cuánto había necesitado un beso de verdad en el aeropuerto de Barajas ocho años atrás. Y eso se había convertido también en su maldición particular, porque saber que sus nefastos sentimientos de enfermo eran correspondidos desde el principio, había sido una tortura. Pero eran también unos sentimientos que, a pesar de ocho años de ausencia, se habían incrementado, se habían fortalecido, se habían vuelto... indestructibles. Por parte de los dos. Solo con mirarla el primer segundo de reencontrarse en Barcelona, hacía ya casi un mes, se había condenado y renacido a la par.

—Felipe... Eres... perfecto...

Las nerviosas, pero resueltas, manos de Eugenia lo sacaron de su ensimismamiento de golpe. Trazaron cada músculo, la anchura de sus hombros, el fino relieve de sus fuertes pectorales... Él se paralizó de nuevo, conteniendo el aliento por enésima vez aquel día.

Entonces, ella le clavó las uñas y las arrastró por su abdomen plano hacia el cinturón, que desabrochó con torpeza; él resopló y se levantó con Eugenia en vilo. La empotró contra la pared de piedra y la besó con exigencia y mando. Quería castigarla por excitarlo tanto, por no parar quieta, tan pronto enredaba los dedos en los rizos de su nuca y tiraba, robándole más y más gemidos, como tan pronto le desabotonaba los pantalones e introducía una mano por dentro de los bóxer...

—¡Nana! —profirió Felipe, deteniendo el beso de pronto. Su cabeza aterrizó en su hombro—. Dios... —la sostuvo con un brazo por las caderas y dirigió una mano para ayudarla—. Así... Sigue... —la enseñó cómo acariciarlo. Pausado. Lánguido. Saboreando ambos tal acto primario del ser humano—. Nana... —le hundió los dientes en el cuello, aplastó sus senos contra su torso y deslizó los dedos por su intimidad—. No pares...

Ella gritó, comprimiéndolo con las piernas en un reflejo. Y Felipe se mareó, literalmente. Eugenia era muy sensible, tan tierna bajo su mano, tan femenina entre sus brazos, tan entregada a acariciarlo...

—Te deseo tanto, Nana...

La bajó al suelo, se desprendió del resto de su ropa y la cargó de nuevo contra la pared. Necesitaban una cama. Necesitaba ser delicado y considerado, al menos esa primera vez. Pero no pudo. Tantos años... Tantos...

—Lo siento... —le susurró él, un instante antes de enterrarse profundamente en su interior de un solo empujón. El clímax lo devoró en ese mismo instante, como un mero principiante—. Nana... —buscó sus labios a ciegas y la besó con infinita gratitud mezclada con infinito ardor—. Mi Nana...

Un clímax indescriptible... Había culminado nada más entrar en ella. Fue tal el placer que sintió

que no pudo ni quiso frenarse.

—Felipe... —lo abrazó con el cuerpo, arqueándose, abrigándolo con ímpetu.

Y Felipe no paró, ni siquiera para recuperarse, porque su cuerpo pedía más, porque el cuerpo de ella lloraba desesperado de placer. La tomó por el trasero con las dos manos, lo aplastó un instante y comenzó a penetrarla más rápido a cada segundo, más acelerado, más extremado. Los gemidos de Eugenia, sus uñas en su espalda, sus talones en sus nalgas, la manera en que elevaba sus caderas para encontrarse con él a mitad de camino, la misma violenta tensión por ser colmados del deleite más extraordinario que pudiera existir... lo catapultaron por segunda vez hacia el abismo y ella lo acompañó de principio a fin, gritando su nombre y apretándolo, dentro y fuera de su cuerpo.

Convulsos, cayeron al suelo, envueltos el uno en el otro, besándose con labios temblorosos, acariciándose con manos trémulas, repitiéndose cuánto se amaban con murmullos estremecidos entre beso y beso. La miró. Sonreía con una expresión de pura felicidad. Lo sujetó por las mejillas y lo besó en la boca con adoración. Felipe tragó saliva, se le formó un grueso nudo en la garganta y le resultó imposible controlarse. Las lágrimas descendieron por su rostro, lágrimas que Eugenia besó, lágrimas de libertad.

—Te amo... —le susurró él antes de besarla en la frente, un beso prolongado y suave—. Desde siempre...

Se sentía tan bien al confesarlo en voz alta y sin remordimientos... Era una sensación nueva, desconocida, que estaba más que dispuesto a disfrutar.

—Pero ya no en silencio —aclaró ella, ruborizada, dedicándole su sonrisa favorita: la más bonita...

—No —la acunó contra su pecho, todavía sin apartarse, todavía unido a su maravilloso cuerpo, todavía excitado como nunca lo había estado, todavía con ganas de amarla hasta morir—. Nunca más en silencio.

—Bien.

—Bien.

Debían hablar, pero no era el momento. Ahora, necesitaban seguir sintiéndose el uno al otro.

Felipe apagó el grifo, cogió los dos albornoces que colgaban de unos ganchos de la mampara, la cubrió con uno, se ajustó el otro y, en brazos, la transportó a la cama. La secó sobre la colcha, besándola en los labios, en el hombro, en los senos, en el vientre, en los pies... Había sido perfecto... Y, al analizar sus impresionantes ojos verdes, que no le quitaban la embriagada vista de encima, Felipe supo que para ella también lo había sido.

La desnudó, se desnudó y se metieron entre las sábanas de seda con los cuerpos enlazados, la cabeza de Eugenia, sobre su pecho y la suya, sobre su pelo. Y cepillándole los húmedos cabellos con los dedos de forma distraída, se quedaron dormidos.

No obstante, la imagen de Isabel, las palabras de aquella condenada víbora, le impidieron disfrutar del sueño. Una pesadilla, que le pareció más un recuerdo angustioso, lo despertó al amanecer, apenas un par de horas después.

Se levantó y se acercó a la cristalera sin salir a la terraza. Estaban muy altos, en la penúltima planta del clásico y vanguardista edificio, anclado a orillas del río Chao Phraya. Era uno de los más lujosos de la ciudad, el más céntrico y el que poseía la mejores vistas de Bangkok. Felipe ganaba bastante dinero, no era rico, pero vivía bien acomodado, no era caprichoso ni exigente y había ahorrado mucho en los años que llevaba trabajando, por lo que había decidido usar todo cuanto tenía para que Eugenia se sintiera como una auténtica princesa de cuento en ese mes.

Ella había nacido en una cuna de oro, había vivido con doncellas y chófer en una mansión, y,

aunque al morir sus padres, lo había perdido todo y había sobrevivido maravillosamente a verse en la calle sin un solo céntimo en los bolsillos, se merecía esa misma vida que el destino le había arrebatado de la noche a la mañana, se merecía no preocuparse por el dinero, por un sueldo que, encima, había perdido, se merecía ser esa auténtica princesa que, vestida de ratoncita, conquistara el mundo. Y si Felipe podía entregarle el mundo durante treinta días, lo haría sin dudarlo.

Al pensar en ella, en sus besos, en la ducha, en el modo en que se había desnudado ante él, deseosa de entregarse a su príncipe rojo, en la manera en que habían hecho el amor bajo el chorro del agua... Al recordar todo aquello, la pesadilla quedó relegada al olvido y regresó a la cama.

Más tarde, cuando Felipe abrió los párpados a un nuevo día, lo primero que vio fue a Eugenia, boca abajo, de frente a él, las manos debajo de la almohada y su largo y sedoso pelo enmarañado en su espalda. Las sábanas se hallaban arrugadas en el borde del colchón. La curva de sus nalgas llamó irremediablemente su atención y su erección se alzó y se endureció como un proyectil. La necesitaba...

Quiso despertarla y amarla por segunda vez, pero al contemplar su perfecto y succulento trasero con más detenimiento, como quien estudiaba una verdadera obra de arte, se incorporó con cuidado y comenzó a besarla en la curva del final de la espalda, muy despacio, maravillándose por lo suave que era. Y preciosa, la mujer más hermosa que había conocido, aunque en ese momento su belleza se transformó en comida, y el inmenso amor que sentía por ella, en apetito, porque estaba para comérsela...

Antes de besarla en el aeropuerto, antes de probarla, incluso antes de rozar sus labios en el bar latino de Nueva York, se había mantenido cuerdo; había necesitado tocarla constantemente, siempre que había podido, pero había logrado no pecar. Sin embargo, desde su beso en el aeropuerto de Bangkok, Felipe se había convertido en un hombre diferente, dominado por sus instintos. Ternura había sido lo que ella le había inspirado siempre, pero, ahora, había nacido en su ser un desconcertante sentimiento: desenfreno. Y era desconcertante porque, hasta ese momento, había sido capaz de controlarse. Ya no.

Se le entrecortó la respiración al descender por sus nalgas, que también acarició con las manos, incapaz de no hacerlo, y saboreando con los ojos el manjar que dormía con placidez.

Y Eugenia se movió. Él paró, con la boca a un par de centímetros de distancia de su piel, pero no se apartó. Esperó, con el corazón suspendido. Ella elevó la cara y la giró, buscándolo, hasta que lo encontró. Sus ojos chocaron, los de Eugenia quedaron velados por... deseo. Lentamente, se dio la vuelta hasta quedar boca arriba en todo su esplendor. A Felipe se le escapó un jadeo estrangulado. Ella flexionó las piernas y las cerró y las abrió, incitándolo sin palabras. Y él no esperó, se situó entre sus muslos y atrapó su boca con desesperación, la misma que Eugenia le transmitió al instante, agarrándolo del pelo y clavándole los talones en el trasero.

Y esa segunda vez que hicieron el amor, tampoco hubo vergüenza ni timidez ni pudor. Esa segunda vez fue pura necesidad de liberar el deseo que tantos años habían mantenido guardado bajo cien candados. Fue rápido. Las respiraciones se hicieron insoportables... El sudor perló sus cuerpos... La fiebre los asaltó hasta hacerles perder el control...

Entonces, esos ojos verdes sollozaron de agonía. De amor, de lujuria y de pasión. Y fue así cómo a ella le sobrevino un potente éxtasis y cómo él, fascinado por verla derretida de placer, se derramó en su interior mientras gemía su nombre.

—Nana... —se tumbó sobre Eugenia, sosteniéndose en los codos y contemplándola con seriedad—. Hoy no salimos de la habitación, estás avisada —mordisqueó su labio inferior, acomodándose entre sus muslos, frotándose adrede, experimentando un delicioso hormigueo al apreciarla tan dispuesta y tan entregada a más... Mucho más—. Bangkok tendrá que esperar, tú y

yo, no.

—Tú y yo ya hemos esperado demasiado —convino ella, que jugueteó con los rizos de su nuca, erizándole la piel con sensual cariño, porque todo lo que Eugenia transmitía era una mezcla de inocencia y erotismo, una mezcla explosiva, una mezcla que él adoraba con toda su alma.

—Exacto —succionó sus labios con extrema languidez, gimiendo los dos entre beso y beso—. Joder... —resopló, cuando Eugenia le hundió los talones en las nalgas otra vez—. Nana...

—Felipe... —alzó las caderas, buscándolo—. No esperemos más...

—Claro que no... —gimió.

Se le cerraron los párpados, escondió el rostro en su cuello, aspirando su dulce aroma y el suyo propio, porque olía a él, algo que lo condenó a la perdición. Era suya, al fin era suya...

—Me estás volviendo loco... —y la penetró.

Eugenia fue a reírse, pero Felipe se retiró y se enterró de nuevo en su interior de una embestida dura y salvaje que le arrancó un chillido.

—¿Estás bien? —se preocupó él, deteniéndose de inmediato—. ¿Te he hecho daño?

Ella negó con la cabeza de manera frenética. Él sonrió con malicia y la embistió del mismo modo, saliendo de su cuerpo muy despacio para, a continuación, arremeter con ese desenfreno que lo había poseído, un desenfreno que ya no le desconcertaba. El amor era irracional. Punto.

Se sintió invicto. La notaba completamente deshecha de placer bajo su cuerpo, gimiendo, sollozando, suspirando, implorando más.

Y no salieron de la habitación...

Al anoecer, pidieron al servicio del hotel que les subiera la cena y comieron desnudos en la cama; Felipe, recostado en el cabecero y Eugenia, entre sus piernas, a quien alimentaba con los dedos. Entre carcajadas, besos atrevidos, mimos escandalosos y promesas candentes murmuradas entre bocado y bocado, tuvieron la mejor cena de sus vidas.

—Me gustaría preguntarte algo —expuso él cuando terminaron.

—¿Y desde cuándo me pides permiso? —sonrió con travesura.

—Tienes razón —le guiñó un ojo, estrechándola un instante contra su pecho—. Pero es una pregunta... —respiró hondo—. Es sobre Isabel.

—Hazme la pregunta —se puso rígida.

—Cuando nos reencontramos en el aeropuerto del Prat, el mes pasado —comenzó Felipe, serio y atento a su reacción—, me dijiste que a Isabel le duró el cabreo dos años y que vuestra relación cambió. Yo te pregunté si a bien o a mal y tú me respondiste que ni una cosa ni la otra, que vuestra relación se volvió diferente.

—¿Qué quieres saber? —se rodeó las rodillas, apartándose un poco de él. Sus ojos se fijaron en un punto infinito en las sábanas.

—Todo. Lo que pasó.

—Cuando me fui de Barajas y llegué a casa, Bel ya no estaba. Ni sus cosas, ni una nota. Nada —negó con la cabeza—. La llamé al móvil varias veces, le dejé varios mensajes, pero no me contestó ni me devolvió las llamadas, y decidí darle un tiempo y no agobiarla más. Unos días después, la vi por la calle. Íbamos por la misma acera. Yo la vi primero y, de la sorpresa, me paré. Cuando Bel me vio, también se detuvo, me miró un momento sin decir nada y se cambió de acera. Y eso se repitió durante dos años cuando coincidíamos en algún sitio: una cafetería, la calle, el supermercado... Yo me busqué otro piso enseguida, más pequeño y más económico, la que es mi casa ahora, y supuse que estaba cerca de la casa de Bel por las veces que nos veíamos —hizo un ademán.

»Una de esas veces, Sofí estaba conmigo y recuerdo que se enfadó tanto que corrió detrás de

Bel. Yo me fui. Sé que discutieron porque me lo contó luego, pero no sé qué se dijeron, solo que Sofi le dio mi dirección. La cuestión es que una semana después, Bel vino a mi casa con Juanito. No hablamos de ti ni de lo que pasó. Me contó que se mudaba con Luis a Barcelona, que le habían ofrecido a él un buen puesto de trabajo que les permitiría que ella dejase el bufete para dedicarse a su hijo —suspiró de nuevo—. Desde entonces, Bel ha venido con el niño a Madrid por mi cumpleaños, cada año, y yo he ido a Barcelona en mis días de vacaciones, en Nochebuena y en el cumple de Juanito, que es el treinta de mayo. Hablamos todos los domingos por Skype, aunque poco; en realidad, con quien me tiro horas en la pantalla es con mi sobrino —sonrió con dulzura—. Le quiero mucho.

Felipe escuchó cada palabra, pronunciada con apatía y cierta indiferencia. Estaba sorprendido. Ella siempre había admirado a su hermana, la había tenido en un pedestal y, a pesar de la diferencia de edad, habían estado muy unidas, al menos, hasta que él e Isabel habían iniciado su relación. A partir de ahí, Eugenia se había apartado. Felipe creyó que había sido para permitir a su hermana intimidad con su novio. Sin embargo, ella jamás había hablado de Isabel como hacía un momento, como si fueran meras conocidas que se contactaban por simple educación y cortesía. Parecía que ahora nada las unía, excepto Juanito.

—Nunca hablamos de lo que pasó contigo —le confesó Eugenia—. Nunca te hemos nombrado —respiró hondo—. Ya te dije que no la culpo ni me arrepiento de haberla traicionado. A veces, pienso que el distanciamiento entre los tres fue lo que nos tenía que pasar —apoyó la barbilla en las rodillas—. Llegué a odiarla... —tragó con dificultad—. Y me sentía tan mal por odiarla... —chasqueó la lengua—. Era mi hermana, pero... —cerró los ojos—. Me dolía tanto veros juntos e imaginaros casados y con un montón de hijos. Eráis la pareja perfecta —alzó los párpados y lo observó, vulnerable—. Me alegré cuando me enteré de lo de Luis —se ruborizó—. Soy una persona horrible... —las lágrimas inundaron sus mejillas—. Me alegré de que te hiciera daño, Felipe... ¿En qué me convierte eso? —giró el rostro, cogió la colcha y se cubrió, temblando—. Por eso, te conté lo de su embarazo, porque ella no se merecía estar contigo. Tú eras tan bueno, nos ayudaste tanto desde que mis padres murieron, nos acogiste en tu casa, nos salvaste... Y Bel te lo pagó de la peor manera —suspiró de manera entrecortada—. Lo que no me imaginé fue que me abandonarías a mí también. Yo actué con maldad y eso tuvo consecuencias.

Felipe sonrió, no pudo evitarlo.

—¿Maldad, Nana? —la abrazó desde atrás. La besó en el pelo—. Si tú no me lo hubieras dicho, yo no hubiera roto con Isabel, ella no se hubiera casado con Luis, tú y yo no nos hubiéramos reencontrado por su boda y ahora no estaríamos aquí, así —se miraron, sonriendo él—, juntos por fin. Eso no es maldad, Nana. Si hubieras guardado el secreto, seguramente, Isabel y yo nos hubiéramos destruido. No éramos la pareja perfecta —frunció el ceño—. Jamás lo fuimos —la contempló, temeroso ante lo que estaba a punto de revelar—. Nana... Isabel sabía lo que yo sentía por ti.

—¿Lo sabía? ¿Lo dices en serio? —Eugenia palideció.

Felipe asintió. Su semblante era tan misterioso que a ella le recorrió un horrible escalofrío.

—Cuando tú y yo discutimos el día de tu cumpleaños —comenzó él—, ¿recuerdas que Isabel estaba en la puerta escuchándonos?

—Sí, y, cuando la viste, os encerrasteis en su cuarto.

Felipe inhaló una profunda bocanada de aire que expulsó como si se armara de la valentía necesaria para hablar. Se levantó y sacó unos calzoncillos de su maleta abierta en el suelo. Se los colocó. Cogió una camiseta blanca de manga corta y se acercó a Eugenia para ponérsela, como si precisase cubrir su desnudez para evitar así que se sintiera incómoda en algún momento de la temible conversación que se avecinaba, un acto que la encantó y la intranquilizó a partes iguales.

Ambos se sentaron en el borde del colchón. Él la tomó de las manos y agachó la cabeza.

—Isabel me preguntó directamente si yo sentía algo por ti —le confesó Felipe, serio, acariciándole el dorso de manera distraída, sumido en el pasado—. Yo me quedé blanco. Y, de pronto, todo se aclaró. Yo sabía que me pasaba algo raro contigo. No quería... —suspiró con fuerza, soltándola. Se revolvió el pelo—. No quería reconocer que ese algo era lo que en verdad era, porque me asustaba solo de pensarlo. Y me asustaba porque nunca había sentido nada parecido por nadie —se incorporó y caminó por la amplia estancia, gesticulando, nervioso—. Y cuando ella me lo preguntó, me di cuenta de que estaba enamorado de ti. Por eso, discutimos tú y yo, Nana. Por la mañana, hice mi primer vuelo como piloto comercial oficial. Vosotras me acompañasteis. Nos hicimos una foto en la cabina antes del despegue. Y cuando llegamos a casa de tus padres luego, e Isabel se puso a cocinar, yo te llamé *enana* de broma y tú te enfadaste de repente, me gritaste que estabas harta de que yo te viera como una niña, y yo me enfadé también, de repente, porque me di cuenta de que tenías razón, ya no eras una niña, y me asusté sin saber por qué. Todo mi mundo se volvió patas arriba. Me enamoré de la hermana pequeña de mi novia. Me dio tanto miedo... —se frotó la cara—. Me sentí tan perdido... No sabía qué hacer.

Felipe se detuvo frente a la cristalera, se cruzó de brazos y continuó, con la vista fija en la ciudad de Bangkok:

—Isabel no era una persona a quien le gustase discutir. A mí, tampoco. De hecho, nunca discutíamos, ni nos gritábamos, ni nos reprochábamos cosas. Cuando algo no me gustaba, me callaba, me lo guardaba para mí para evitar una discusión. Cuando a ella algo no le gustaba, en vez de callarse, optaba por darme un discurso con los pros y los contras del tema en cuestión y así decidir yo por mí mismo qué decisión tomar.

—Manipulación. Como con el fútbol americano.

—Pero ese día hizo otra cosa.

Eugenia se levantó y avanzó hacia él, con el corazón en suspenso.

—¿Qué hizo? —susurró ella, estrujándose la camiseta en el pecho.

—Se quedó callada un buen rato, mirándome con desprecio, hasta que me contó que tu padre lo sabía, que le había dicho que yo te quería a ti, no a ella, pero que ella no le había creído hasta que me vio discutir contigo ese día.

—¿Mi padre? —frunció el ceño.

—No hubo pros ni contras —prosiguió Felipe, tranquilo y pausado—. Me dijo que eso no podía ser, que yo no podía sentir algo por ti porque tú eras una niña, que eras menor e ibas al instituto, y yo era un adulto de casi veintisiete años que ya trabajaba. Me repitió un montón de veces que tú eras una niña pequeña —permaneció unos segundos callado—. Después, se rio como si todo fuera una broma. Y, mientras se reía, me dijo: *Mi padre está loco, porque, ¿qué mente sana hace eso? Si fuera verdad, estarías enfermo por dentro. Tú me quieres a mí, a Eugenia también la quieres, pero porque ella es como tu hermana pequeña. Tu hermana, Felipe, es tu hermana pequeña que acaba de cumplir diecisiete años. Hablaré con mi padre y le quitaré esa idea tan absurda de la cabeza.* Me acuerdo perfectamente, como si hubiera sido ahora... Me acuerdo de cada maldita palabra.

—Dios mío... —pronunció Eugenia, tapándose la boca un segundo—. Ahora lo entiendo...

Él se giró y la observó con la frente arrugada, sin comprenderla.

Sí, pensó ella, ahora entendía ese tormento que había apreciado en sus ojos. Ahora entendía muchas cosas, demasiadas.

—¿Te lo dijo más veces? —quiso saber Eugenia, alarmada, aunque lo disimuló.

—Sí. La segunda vez fue unos meses más tarde, justo la primera noche que tus padres te dejaron salir con tus amigos —sonrió, nostálgico—. Tenías el cumpleaños de un chico de tu clase y estabas emocionada porque iba a ser tu primera fiesta. Sacaste todos los vestidos del armario, los pusiste en la cama y me pediste que eligiera uno.

—Me probé todos y te los fui enseñando, y no me gustó ninguno —se acordó ella, sonriendo—. Me puse histérica. Mi madre nos oyó y sugirió que me llevases a comprarme uno.

—Y nos fuimos de compras.

—Tú y yo solos. Isabel no vino.

—No —su semblante se cruzó—. Isabel sí fue, Nana, pero no con nosotros. Nos espió.

Eugenia se quedó boquiabierta.

—Me dijo que no podía acompañarnos porque tenía que preparar un juicio para el bufete en el que acababa de empezar a trabajar —continuó Felipe, con los puños apretados a ambos lados de su cuerpo—, pero era mentira. Nos siguió y nos espió las dos horas que estuvimos juntos —aleteó las fosas nasales—. Cuando llegamos a casa de tus padres, te encerraste en tu cuarto para arreglarte para la fiesta. Isabel me encerró a mí en el suyo para contarme lo que había hecho. Resulta que no fue sola, resulta que tu padre estuvo con ella. Isabel alegó que solo quería demostrarle a tu padre que yo la quería a ella, no a ti, que yo te veía como mi hermana pequeña, nada más, pero tu padre no era tonto.

—Pero si no hicimos nada —murmuró ella, atónita.

—Íbamos de la mano.

—Como hacíamos siempre —se encogió de hombros—. Siempre íbamos de la mano. ¿Qué había de malo en eso?

—Con una niña pequeña no hay nada de malo, pero una chica de diecisiete años con un chico de veintisiete, la cosa cambia —desvió los ojos, sonrojado y avergonzado—. Tu padre se enfadó. Yo no quería problemas. Tu hermana me pidió que variase mi actitud hacia ti, que dejase de llevarte de la mano a todos sitios, que no estuviese tan pendiente de ti y que frecuentase menos tu casa y, por tanto, tú y yo coincidiésemos menos, lo que tranquilizaría a tu padre —respiró hondo. Su expresión se suavizó, pero no abandonó la gravedad—. Y me repitió lo de la primera vez. *Mi padre está muy preocupado, se cree que te vas a liar con ella, qué tontería, ¿verdad? ¿Qué mente sana hace eso? La tuya no, desde luego, porque no eres ningún enfermo, ¿a que no? Tú me quieres a mí. Eugenia es tu hermana pequeña, nada más, como Alba* —inhaló aire de forma

contenida—. Cada maldita palabra está grabada aquí —se señaló la sien— y aquí —se señaló el corazón—, cada maldita palabra que me dijo Isabel sobre ti y sobre mí.

Eugenia posó una mano en el pecho, negando con la cabeza, incapaz de creerse algo así.

—¿Qué mente sana hace eso? —repitió él con la voz rota por un dolor tan intenso que ella experimentó una cruel ansiedad, dificultándole la respiración—. ¿Ahora entiendes por qué te dije que una relación entre tú y yo era imposible? —la sujetó por los hombros—. He pasado diez años creyéndome un enfermo, Nana... —sus ojos se empañaron—. Yo también llegué a odiar a Isabel. La odié con toda mi alma —se apartó y se golpeó el pecho—. Odiaba estar con ella, odiaba verla, odiaba su forma de ser, odiaba cómo me alejaba de ti, odiaba cuando se ponía cariñosa, y eso solo ocurría contigo presente, odiaba sus abrazos, odiaba que me tocara, odiaba todo de ella —su cabeza cayó hacia delante—. Pero lo que más odiaba era que me repitiese una y otra vez lo malo que era que yo siquiera te mirase, que yo respirase tu mismo aire, Nana —se secó los pómulos mojados a manotazos.

»Me castigué a mí mismo tantas veces... —la contempló, tragando saliva—. No quería romper con Isabel, porque eso hubiera supuesto dejar de verte. Y no podía hacerlo, te necesitaba aunque jamás pudiera tenerte... Y me dolía tanto que ella llevase razón... Porque llegué a creérmelo, llegué a creerme un enfermo, Nana. Fui un cobarde porque no luché por ti. Lo sé —asintió—. Fui amigo de Isabel antes de ser su novio, estuve metido en tu casa día sí y día también. Tus padres me trataban como a un hijo más, me invitaban a viajes, a restaurantes, me hacían regalos en Navidad, me incluían en las reuniones familiares más importantes, contaban siempre conmigo para todo. Eran muy buenos, yo no podía traicionarlos y, para tu padre, era una traición en toda regla que yo me hubiese fijado en ti, en su hija pequeña, menor de edad y hermana de su otra hija, mi novia, para mayor inconveniente.

—Pero si mi padre te adoraba... —no lo asimilaba. Le resultaba imposible creerse todo aquello. Imposible—. Mi padre hablaba maravillas de ti, Felipe —lo tomó de las manos y sonrió entre lágrimas, estaba llorando sin percatarse—. Mi madre también. Jamás los vi mirarte mal o enfadarse contigo o por ti. Jamás, Felipe —negó con la cabeza para enfatizar—. Y a mí nunca me dijeron nada, ni siquiera mi hermana. Nunca. ¿Hablaste con él alguna vez?

—No, siempre medió Isabel. Nunca hablé con tu padre de esto, me enteraba por ella.

—Es que... —se alejó un par de pasos y se retiró los cabellos hacia atrás, frotándose la cara—. Es que lo que me estás diciendo... —suspiró—. Me resulta tan... Parece una pesadilla. ¿Tú? —lo apuntó con el dedo índice—, ¿un enfermo por enamorarte de mí? —se acercó, despacio, entornando la mirada—. Sí, era una niña cuando te conocí y menor de edad cuando empezó todo lo que me cuentas, pero ¿qué hay de malo? Que mi hermana era tu novia. Lo único, Felipe. ¿Enfermo? —sonrió con ternura, acortando la escasa distancia. Se alzó de puntillas y acunó su rostro entre las manos—. Pues sí, estabas enfermo y lo estás todavía, como yo, enfermo de amor. ¿Eso es malo? Claro que no.

—Nana... —la rodeó por las caderas y apoyó la frente en la suya con los párpados cerrados—. Te amaba tanto... No podía separarme de ti. No podía, Nana —le hundió los dedos en la piel por encima de la camiseta—. Solo de pensarlo me volvía loco. Y cuando tus padres murieron... —tragó de nuevo—. Isabel... —rechinó los dientes. Abrió los ojos—. Fue muy cruel... —tragó otra vez—. El accidente y enteraros de que estabais arruinadas sacó lo peor de ella. Ya no esperaba que se le presentase una oportunidad, cada vez que nos veía a ti y a mí juntos, me decía después que yo le daba asco, que seguro que cuando me acostaba con ella me imaginaba que era contigo... —se estremeció—. Nos tachaba a ti y a mí de impuros, de inmorales... Y ya eso no pude soportarlo, Nana. Una cosa era que yo fuera un enfermo, que me lo repitiese continuamente para su

propio placer, porque disfrutaba diciéndomelo —le invadió un escalofrío—, pero que a ti te insultara, y más que te llamara impura cuando eras el ser más inocente, honesto y tierno del mundo, Nana... —resopló—. Y cuando me confesaste que Isabel estaba embarazada de Luis, ya no lo soporté más. Me alegré de su traición, igual que tú. Tenía que irme. Debía abandonarte. Me he creído un enfermo diez años, Nana, diez...

—Felipe... —lo abrazó por el cuello—. No lo eres... Y Bel... —se mordió la lengua—. No puedo creerme que te hiciera sentir así, que te torturara de ese modo.

—Ahora que lo pienso... —murmuró él, correspondiéndola por la cintura—, ¿y si fueron celos? ¿Y si estaba celosa de ti porque yo te quería a ti y no a ella?

—¿Por qué no me lo has contado antes? —recostó la mejilla en su pecho.

—Porque eran tu hermana y tu padre... —suspiró—. No quiero enemistarte con nadie, y no quiero causarte problemas ahora con la única familia que te queda, Nana, jamás me lo perdonaría...

—No quiero que me ocultes más cosas, Felipe, por favor.

—Ya no hay más secretos, te lo prometo —la estrechó con excesiva fuerza—. Ya lo sabes todo. Y lo siento... Perdóname por haber sido un cobarde, pero tu padre...

—No, Felipe —le acarició la cara—. No tengo nada que perdonar —lo besó en la boca, dulce, muy dulce, tremendamente dulce—. Felipe... —gimió cuando notó sus manos por debajo de la tela en dirección a sus nalgas.

—Me vuelves loco... —la besó en el cuello con la lengua, como lo haría un sinvergüenza, un adorable y seductor sinvergüenza que la derretía con su mera presencia, que se adueñaba de su mente, estuviera despierta o no, estuviera con él o no—. Voy a hacerte el amor otra vez, ratoncita —le apesó el trasero y la levantó para que le enroscara las piernas y los brazos en torno a su cuerpo—. No voy a dejarte dormir —la condujo a la cama, andando muy despacio, masajeando sus nalgas, restregando su lacerante erección cubierta por los bóxer contra su anhelante intimidad—. Tenemos tantos años que recuperar...

—Felipe... —tiró de su pelo y lo besó con abandono, arqueándose y frotándose contra él sin ningún reparo. Enredaron las lenguas y jadearon, mientras se devoraban despacio—. Mucho tiempo perdido...

Se succionaron los labios en escalera, primero el superior, luego el inferior, y embistieron en el interior de sus bocas para saquearlas como dos desesperados.

—Mucho, Nana —la sentó en la cama, situando su trasero en el borde del colchón. Le quitó la camiseta por la cabeza, acariciándole la piel que iba descubriendo con las yemas de los dedos—. Eres preciosa... —susurró, ronco, admirando cada centímetro expuesto—. Tan bonita...

Los ojos de Felipe le gritaban en silencio lo hermosa que era. Con él se sentía preciosa, deseada, viva, feliz...

Y él... Sus músculos aterciopelados y embaucadores, sus brazos fuertes, sus piernas atléticas, hasta sus pies la hechizaban, y su rostro, tan atractivo... Era todo un hombre. Y que la mirase de ese modo tan penetrante, que la adorase con los ojos, con la boca, con las manos, con todo su cuerpo... tan poderoso, tan arrogante...

La primera vez que hicieron el amor, en la ducha, le dolió al principio, hacía mucho de su última relación, pero estar envuelta por él, que la necesitase tanto como para no poder despegarse de ella, como para volverse loco de placer y de amor por ella, provocó que su cuerpo reaccionara y le permitiera saborear el ardor tan puro que le suponía cobijarlo en su interior.

—Te amo —le dijo su príncipe rojo, quitándose los calzoncillos— y te deseo como no he deseado a nadie en mi vida —se inclinó, la besó de manera prolongada y la tumbó—. No te

imaginas cuántas veces te he soñado así... —le colocó los pies sobre sus hombros, quedando sus piernas estiradas sobre su torso, tan masculino—. No te imaginas cuántas veces he fantaseado contigo... —guió su magnífica erección hacia su entrada y se enterró milímetro a milímetro en su interior, gimiendo los dos por tal exquisita delicia—. Sí que estaba enfermo... —le rodeó los muslos y comenzó a entrar y a salir de ella de un modo desmayado, jadeando ambos en cada embestida—. Y lo sigo estando... Ahora más que nunca.

—Felipe... —se agarró a la sábana por encima de su cabeza y la arrugó entre los dedos, sin dejar de contemplarse el uno al otro con avidez—. No lo estás... No digas...

—Sí, ratoncita —la cortó, en un susurro áspero—, ahora soy un completo depravado —descendió una mano hacia el núcleo de su placer y empezó a mimarlo con dedos tan expertos que le robaron un sollozo y una lágrima de puro placer—. Ahora pienso cumplir todas y cada una de mis fantasías —condujo la otra mano hacia uno de sus erguidos senos y lo amasó con obscuro homenaje. Sus movimientos, sus atenciones, su mirada... Era todo tan licencioso que no había cabida para la timidez—. Dios, Nana... Mira cómo me tienes... Mira lo bien que encajamos... Hacerte el amor se siente tan bien... Pero tan bien... Enfermo o no, por fin eres mía.

Eugenia se curvaba para recibirlo y Felipe resollaba, sofocado, cuando aquello sucedía. Continuaron amándose sin variar el ritmo, hasta que sus cuerpos estallaron en un clímax cegador. Él cayó sobre ella y se besaron con una devoción que excedió los más recónditos anhelos de sus almas. Se abrazaron y permanecieron unidos hasta que el sueño los atrapó.

Eugenia se despertó sobresaltada a las tres de la madrugada. Estaba boca abajo en la cama, junto a su príncipe rojo, también boca abajo, con su brazo ciñendo su cintura y una pierna entre las suyas. Sudorosa y fría por la pesadilla que acababa de tener, se deshizo con cuidado del agarre y se duchó para refrescarse, recordando la esclarecedora conversación con Felipe.

Con el albornoz puesto, cogió su iPhone del bolso, que descansaba en la silla frente al pequeño escritorio, en una esquina, se metió en el baño para no hacer ruido y llamó a su mejor amiga, calculando que allí serían las diez y media de la noche, una hora oportuna aún para llamar a alguien.

—*¡Aleluya, Thelma!* —respondió Sofía nada más descolgar al primer tono—. *Ya me estaba desquiciando... De hecho, estaba marcando ahora mismo a la Interpol... ¡Te he dejado mil mensajes! ¡Hace más de veinticuatro horas que no sé nada de ti, joder! ¡Más te vale una buenísima excusa! Ni siquiera Richi ha podido hablar con Felipe.*

Uy... Cuando Louise soltaba tacos es que estaba muy enfadada...

—Lo siento, Sofi... ¿La Interpol llega a Tailandia? —arrugó la frente, cuestionándose tal pregunta.

—*¡Tailandia!* —gritó—. *¡Estáis en Tailandia! ¡Tu sueño, mi Thelma! ¡Tu sueño!*

Eugenia sonrió con embeleso.

—Sí, Louise, estamos en Bangkok. Aún no me lo creo... —se mordió el labio inferior—. Aunque supongo que me lo creeré cuando vayamos a ver la ciudad.

—*Espera... Llegasteis ayer, ¿no?*

—Sí.

—*Entonces, ¿por qué no has visto todavía la ciudad?*

Ella se ruborizó, cubriéndose la boca automáticamente.

—*¿Thelma? Ay, Dios... ¡Habla!*

—Louise...

—*Thelma, o hablas o le pido a Richi que me lleve ahora mismo a Bangkok para ver con mis propios ojos lo que me estoy imaginando ahora mismo. Y no sé si quiero verlo...*

—¿Y qué te estás imaginando? —sonrió con picardía.

—*Pues si llegasteis ayer y todavía no has visto la ciudad... Blanco y en botella, Thelma, ¿o no?*

Silencio.

—Louise...

—*¡Dímelo de una buena vez, por Dios! ¡Me va a dar un infarto!*

Eugenia se rio.

—Nos besamos en el aeropuerto de Bangkok... —suspiró, recordando el beso más especial del mundo—. Ay, Sofi... —se puso tan colorada que creyó vislumbrar humo en torno a su cara—. Y no hemos salido de la habitación todavía...

—*Madre mía... Os habéis dado prisa, ¿eh? Nada de citas, nada de más besos para ir cogiendo confianza, nada de alguna caricia robada... No, no... A la cama directamente, ¿para qué esperar más!*

—¿No crees que ya hemos esperado suficiente? —sonrió.

—*Ay, Thelma, no sabes cuánto me alegro de oírte tan feliz... hasta te ha cambiado la voz.*

—¡Anda ya!

Se carcajearon.

—Estamos juntos, Sofi, juntos de verdad. Tengo que contarte muchas cosas, hemos hablado largo y tendido. Estoy algo desorientada todavía, no te lo voy a negar, y me da la sensación de que estoy viviendo un sueño frágil que se va a romper en cualquier momento, pero ya me ha dicho que nada ni nadie lo va a alejar de mí.

—*Siento preguntarte esto, pero ¿qué pasa con Carlota y con la gerencia de DATCO?*

—De eso es de lo único que no hemos hablado —se puso nerviosa—. Prefiero que me lo diga él, que saque el tema él, no yo. Me da miedo hablar de Carlota, la verdad —se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la pared y las rodillas flexionadas—. ¿Y si esto es un sueño?, ¿y si se está comportando así solo por... —se acaloró— por acostarse conmigo, por divertirse en este mes de libertad que tiene?, ¿y si...?

—*Para el carro, que estamos hablando de Felipe y de ti.*

—Ya, pero... —se mordió el labio inferior—. Me da tanto miedo... Estamos en Asia y hasta el treinta de noviembre no regresamos a España. Aquí no nos conoce nadie, no está nuestra vida, no están Isabel ni Carlota, pero allí en Madrid... —resopló.

—*¿Y Tomy?*

—Mi-Mierda... —se había olvidado por completo de Tomás... Se frotó el rostro, respirando hondo—. Hablaré con Tomy a la vuelta, cara a cara. Ya me siento bastante mal por haberle mentado con el viaje, como para encima escribirle un mensaje para contarle lo de Felipe. Son amigos.

—*Sí, y a Tomy le gustas un montón, así que la noticia no le va a caer nada bien, sobre todo si ya sospechó de Felipe una vez.*

Eso era un problema.

—No tenías que haber dicho lo de Barcelona —la regañó.

—*¡Encima de que te ayudo! ¿Y qué pensabas decirle?* —carraspeó e imitó su voz para añadir —: *Oye, Tomy, en realidad, me voy un mes entero con Felipe a recorrerme un trocito de mundo porque llevamos enamorados muchos años, pero la historia es tan complicada y tan larga que mejor no te la cuento. ¿Te basta como resumen?*

—No lo vi antes de irme. Quedamos en que nos veríamos para despedirnos antes del jueves, pero le dije que no podía.

—Thelma...

—Louise...

—Hay otro problemilla...

—¿Qué pasa? —se incorporó.

—Carlota y Richi se vieron ayer en Berlín. Había reunión de DATCO y le tocó asistir. Comió con ella y charlaron un rato. Le preguntó sobre ti.

—¿Sobre mí? ¿Por qué?

—Carlota y Richi se llevan muy bien, él es una especie de paño de lágrimas para ella. Es el único del grupo en el que confía y desde el principio siempre se ha desahogado con él. Le preguntó por el viaje a Nueva York y también por qué Felipe había cambiado su plan de vuelo de noviembre, que había elegido lugares a los que no había volado nunca, que no entendía nada. Richi no sabía lo de Asia, creíamos que iríais a América o a Europa. No sé si lo sabe Carlota porque no le dijo nada a Richi, pero supongo que sí, porque se ha enterado del cambio de su plan de vuelo.

—Se supone que no van a saber nada el uno del otro hasta el uno de diciembre, se supone que están haciendo su vida con libertad, se supone... —respiró hondo.

—Tienes que hablar con Felipe de Carlota. No quieres sacar el tema, pero Richi se quedó preocupado por tanto interrogatorio. Escribió a Felipe para contárselo, pero no le ha contestado. Si estaba contigo, no habrá visto los mensajes.

—¿Le dijo algo más?

—Le dijo que tenía miedo de perder a Felipe por ti.

Aquello estrujó su corazón. Carlota le caía bien, era muy amable con ella.

—Thelma, no te quedes callada, que nos conocemos —le avisó su amiga, adivinando lo que estaba pensando—. Y no se te ocurra sentirte mal. Felipe le dijo a Carlota que estaba contigo en Nueva York, ¿no?

—Sí.

—Lo siento por Carlota, me cae bien, igual que a ti, pero Felipe está enamorado de ti, no de ella. El amor, a veces, no es correspondido, por desgracia. Y eso Carlota lo sabe.

—¿Lo sabe? —se incorporó, asustada—. ¿Cómo que lo sabe? ¿Desde cuándo?

—Antes del viaje a Nueva York, Felipe y ella discutieron, fue cuando él decidió que hasta el uno de diciembre no se verían, que cada uno haría su vida, que necesitaba despedirse de su vida si iba a renunciar a todo por ella. Lo sé por Richi, Felipe se lo contó. Discutieron por los aviones de papel, porque Carlota no es ninguna tonta y se dio cuenta. Que su novio haga aviones de papel y escriba en ellos una frase de la película favorita de otra chica que no es ella, y durante años... Es para mosquearse, ¿no crees?

Eugenia suspiró con pesar como respuesta.

—Y le dijo que había visto cómo te miraba, y que no te miraba como si fueras su hermana pequeña, que era lo que Carlota había creído desde el principio, como Tomy. Así que, sí, Thelma, lo sabe.

—¿Y aun así, le esperará el uno de diciembre? ¿Aun así está tan tranquila en Berlín? —frunció el ceño—. No lo entiendo.

—Yo tampoco lo entiendo, yo rompería la relación porque es obvio que no me quiere, sino que quiere a otra. O, quizás, lo intentaría —dudó—, quizás sí actuaría como Carlota porque le quiero y le esperaría porque preferiría tenerlo, aunque no me corresponda, a no tenerlo. La entiendo.

—Yo también —dejó caer los hombros, desanimada.

—*Richi cree que, mientras Carlota no se entere de que tú estás con Felipe en sus vuelos de noviembre, estará tranquila porque él ya se ha comprometido con Bruno para la gerencia. Lo que Carlota no sabe es que Felipe no quiere la gerencia, que la aceptó por ella.*

—Felipe es demasiado bueno —musitó con cierto enfado, descansando la espalda de nuevo en la pared—. Aceptó algo que no le gusta y por una mujer a la que no quiere. Pretendía ser un infeliz el resto de su vida. Ahora lo entiendo —el enfado desapareció—. Ahora entiendo muchas cosas...

—*¿Me estoy perdiendo algo?*

—Louise, siéntate, que esto va para largo...

—*Espera...* —se escuchó cómo caminaba unos pasos—. *Ya estoy sentada* —inhaló aire y lo expulsó despacio—. *Soy todo oídos, Thelma...*



—Esto está riquísimo, Pruébalo —le dijo Felipe, acercando su brocheta de pollo sazonada con curry rojo a su boca.

Eugenia dio un mordisco y gimió de deleite.

—*¡Me encanta!* —exclamó ella, con los ojos brillantes—. Prueba tú esto —le ofreció el tenedor desechable con *noodles* salteados con pato y verduras, que sacó de su paquete de plástico transparente.

Él se rio porque había sido inútil que aprendiera a usar los palillos, por lo que había solicitado un tenedor de plástico.

Se habían despertado muy temprano por el *jet lag* y habían paseado por las calles de Bangkok tras desayunar en el hotel. A media mañana ya estaban hambrientos y, como la ciudad estaba poblada de puestos callejeros de comida rápida, puestos de gran calidad gastronómica abiertos durante todo el día, se decantaron por el famoso barrio Saochingcha para almorzar.

Sentados en los bajos taburetes que el puesto poseía en la acera, degustaron platos de comida típica tailandesa.

—*¿Adónde quieres ir ahora?* —le preguntó Felipe, embelesado con Eugenia.

Era incapaz de apartar los ojos de ella. Esos vaqueros pitillo ajustados, claros y con rotos, le hacían un trasero increíble. Las zapatillas eran rosas, como la camiseta sin mangas que llevaba, y que se ceñía a sus senos de un modo más que tentador. La temperatura era como una primavera española, pero la humedad tan grande aumentaba el calor, por lo que se había recogido los cabellos en una coleta alta y tirante, mostrando su cuello y provocando estragos en él por las ganas que tenía de hincarle el diente como si fuera Drácula. Parecía más pequeña por la informalidad de su atuendo, y por la dulzura que desprendía su rostro, ruborizado constantemente. *¿Y por qué estaba tan colorada?* Pues porque Felipe no paraba de besarla a la menor oportunidad, robándole suspiros irregulares y estremecimientos. A los dos.

—*¿Por qué no vemos el Wat Suthat?* —sugirió Eugenia, ajena por completo a los continuos pensamientos pecaminosos de él—. Está enfrente del Ayuntamiento y del Columpio Gigante —sacó del bolsillo trasero de su pantalón el mapa que les había proporcionado el hotel. Lo desplegó y buscó el templo—. Está cerca de aquí. *¿Vamos?*

Recogieron los paquetes vacíos y se dirigieron al Wat Suthat, uno de los templos más importantes del budismo tailandés, y de los menos frecuentados por los turistas.

Felipe cargaba la mochila a la espalda. Ella se colgó la cámara en el cuello y, con las manos entrelazadas, caminaron por las calles de la zona antigua de Bangkok hacia su destino.

Nada más entrar en el recinto, un hombre uniformado les indicó que se descalzaran y a Eugenia, que se cubriera los hombros. Se puso la sudadera y ambos se desprendieron de las zapatillas. No necesitaron mucho tiempo para visitar el Wat, ya que solo podían rodear el templo central, un sendero en el que Eugenia se hartó de hacer fotos de los pintorescos tejados y de los ciento cincuenta y seis Budas, de las veintiocho pagodas chinas, que representaban las veintiocho vidas de Buda, y de los magníficos murales que encontraban a su paso.

En la gran sala interior, quedaron deslumbrados por el enorme Buda Phra Si Shakyamuni. Se arrodillaron, con los pies debajo del trasero, y admiraron la estatua de bronce de más de ocho metros de altura. No intercambiaron palabras, pero sí sonrisas, infinitas sonrisas deslumbrantes y de dicha. Eran felices. Juntos. Allí.

Después, regresaron al hotel para cambiarse de ropa para la noche. Era pronto, pero el recepcionista les había aconsejado un paseo en barco por el río *Chao Phraya*, a orillas del hotel, al atardecer.

En el ascensor, subiendo a su habitación, acorraló a Eugenia contra una de las paredes, la sujetó por la nuca con firmeza y devoró su boca como un desesperado. La risa de ella se convirtió en gemidos al segundo escaso. Le enroscó los brazos en el cuello y buscó su lengua con la misma ansia que Felipe le transmitía. Los jadeos y el calor poblaron el espacio. Había cámaras de seguridad, lo sabía, pero era tal su deseo que se olvidó de ellas, le atrapó el trasero y se apretó contra su cuerpo para hacerle notar su gran excitación.

Alcanzaron el cuarto a trompicones, sin despegar sus bocas un solo instante. Las prendas volaron por la estancia mientras se dirigían al baño. Y nada más entrar en la ducha y accionar el grifo del agua caliente a ciegas, él detuvo el sofocante beso de golpe, la giró y la obligó a apoyar las palmas en la piedra beis de la pared del cubículo, justo debajo de esa lluvia tan sensual que los empapó enseguida. Le retiró el pelo húmedo a un lado y la mordió en la nuca, descendiendo una mano hacia su intimidad y subiendo otra hacia uno de sus pechos, que tocó a placer, según lo que demandaban sus instintos, oscuros y perversos.

—¡Felipe! —gritó Eugenia al sentir el primer roce.

Él le separó las piernas con una rodilla y se situó entre ellas. No podía esperar, ni ser delicado, mucho menos cuando ella estaba tan preparada para acogerlo en su interior, cuando se retorció con espasmos por el placer tan intenso que recibía, cuando alzaba las nalgas, curvándose, suplicando más.

La penetró con rudeza, arrancándole otro grito y a Felipe, un gruñido de satisfacción.

—Te echaba de menos... —emitió él en su oído antes de lamérselo, casi a punto de morir de éxtasis.

Claro que la había echado de menos. Llevaban desde el amanecer sin hacer el amor y ya no aguantaba más. La rodeó por las caderas con un brazo y continuó acariciando su intimidad, mientras salía y entraba de su exquisito cuerpo, que temblaba y temblaba sin cesar. Aumentó el ritmo. Se controló lo increíble hasta que Eugenia estalló en un clímax tan imperioso que lo arrastró consigo hasta el infierno.

Fue rápido, duro y tremendamente primitivo.

La besó en el cuello, estrechándola entre sus brazos con fuerza, a pesar de la convulsión que lo poseía. Le dio la vuelta y la besó en la boca.

—Te amo —le susurró Felipe entre beso y beso, acunando su acalorado rostro entre las manos—. Te amo mucho, mi Nana... —su corazón también había explotado—. Pero mucho, mucho... Y no voy a parar de decírtelo porque, por primera vez en mi vida, se siente bien...

Ella le dedicó una sonrisa preciosa, tan bonita que lo despojó del aliento por enésima vez. Y lo

besó también, alzándose de puntillas y enredando los dedos entre sus mechones.

Cuando Eugenia, en ropa interior, un conjunto de sujetador y braguitas de seda y encaje blanco roto, se alisó sus largos cabellos con el secador, en el servicio, frente al espejo de los lavabos de mármol beis, él se apoyó en el marco de la puerta y la observó, hipnotizado.

—Eres preciosa. Siempre lo fuiste, pero ahora lo eres mucho más —se acercó despacio y la abrazó por la cintura, descansando la barbilla en el hueco de su clavícula—. No te pintes hoy.

—¿Por algún motivo en especial? —sonrió.

—Así pareces más niña y yo —sonrió con travesura—, más pervertido.

Los dos soltaron una suave carcajada.

Y se sintió muy bien al poder bromear sobre lo que tanto daño le había hecho. Ya no más, pensó Felipe, feliz, nunca más.

—Solo un poco de brillo en los labios —le avisó Eugenia, que apagó el secador y sacó el brillo de su neceser.

—Yo lo haré —se lo quitó y procedió a pintarle los labios, contemplándolos con grave necesidad.

No quería salir de la habitación, no quería moverse el resto de su vida. Quería estar abrazado a ella, desnudos, adorarla sin parar, porque no se merecía otra cosa.

—Quiero regalarte el cielo, porque en la tierra ya estás —le confesó él, atónito por el penetrante fulgor de sus impresionantes ojos verdes—. Quiero regalarte las estrellas, para que seas la dueña del universo. Quiero regalarte el mundo, Nana, pero lo haré poco a poco para que nunca me abandones, para que te enamores más y más de mí, para que no puedas vivir sin mí, para que siempre estés conmigo.

—Felipe... —dos lágrimas bañaron sus mejillas—. Ya tengo todo eso, porque el cielo, las estrellas, el sol, la luna, el universo... eres tú —lo besó con labios trémulos. Lo abrazó con los ojos cerrados—. Ojalá mi madre me viera ahora mismo contigo, así.

—¿Por qué lo dices? —la besó en el pelo.

—Porque siempre me decía que, cuando fuera mayor, no me conformara con un hombre que no fuera mi príncipe rojo —sonrió entre lágrimas—. Y ahora entiendo el verdadero significado de sus palabras. Yo creía que se refería al tópico del príncipe azul, pero como mi color favorito es el rojo, pues pensaba que era por eso, pero ahora me doy cuenta de que hablaba de ti.

—¿Tú crees? —arrugó la frente—. No sé, Nana, tu padre...

—Felipe —adoptó una expresión de gravedad—. Mi padre te quería como a un hijo. Lo sé. Lo viví. Isabel te pudo mentir para manipularte porque nunca hablaste con él del tema, nunca. Tú sabías todo por Isabel, ¿no?

No pasó por alto que ya no se dirigiese a su hermana por el apodo *Bel*, sino por su nombre completo. Y con eso, añadido a la frialdad del tono de su voz, Felipe creyó al cien por cien que Eugenia había levantado un muro hacia Isabel a raíz de desvelarle lo acontecido en el pasado. Y eso no era bueno... Se había mantenido en silencio los últimos diez años, precisamente, para evitar problemas, y ahora había causado uno mayor, porque solo se tenían la una a la otra.

—Que Isabel me mintiera en eso...

—Es retorcido —concluyó Eugenia, apretando la mandíbula—, es de ser mala persona, Felipe, muy mala persona.

—Nana, no...

—No —se apartó y salió del servicio para vestirse—. No te preocupes, todo está bien.

—No me gusta la mentira —la agarró del brazo—. No está todo bien, y menos después de lo que acabas de decir.

Ella se soltó con brusquedad y lo miró, transmitiendo rabia e impotencia.

—Isabel te manipuló. Sabía lo que sentíamos el uno por el otro, Felipe. Yo era su hermana —se golpeó el pecho con el puño—, no una simple amiga, ni una vecina, mucho menos una enemiga, pero me trató como si lo fuera. Tú eras su novio, y darse cuenta de que tu novio está enamorado de tu hermana, debe de ser durísimo —tragó saliva—. Yo no soportaba verlos juntos, me dolía tanto que me dormía cada noche llorando, Felipe, así que me imagino cómo se pudo sentir Isabel al respecto. Yo sé lo que es, sé lo que se siente cuando la pareja de tu hermana es la persona de la que estás enamorada, la persona sin la que no puedes vivir —las lágrimas bañaron su cara sin remedio mientras hablaba desde el profundo dolor que le había perforado el alma, como a él. El mismo tormento—. Pero yo no hice nada, no intenté separarlos, me aparté todo lo que pude. Vale que fui yo quien te conté lo de Luis y lo de su embarazo, pero fue ella quien te traicionó, quien se buscó solita las consecuencias de sus actos. Y después de escucharte ayer, después de recordar cada momento que vivimos los tres desde que tú y yo nos conocimos —lo señaló con el dedo índice—, ahora entiendo a Sofi.

Felipe se extrañó por su último comentario.

—Hablé con Sofi anoche —le explicó Eugenia—. Me desperté por una pesadilla y la llamé.

—La próxima vez, despiértame, Nana —la tomó de las manos y se las besó con infinito cariño.

—¿Me salvarás de mis pesadillas? —se rio.

—Te salvaré de todo —sonrió—. Estando a tu lado, soy un dios invencible, no lo olvides —le guiñó un ojo, divertido.

Se besaron en la boca.

—¿Por qué has dicho lo de Sofi? —quiso saber él, conduciéndola a la cama para que se sentaran.

—Le conté lo nuestro —se sonrojó, desviando los ojos, un gesto que le encantó—. Y también le conté lo que me dijiste. Lo siento, Felipe, pero Sofi es mi mejor amiga y...

—No te justifiques —la besó en la frente—. Lo entiendo. Además, Sofi ha estado contigo desde que entraste en la universidad y no te ha abandonado desde entonces. Yo me fui. Isabel también se fue. Pero Sofi siguió a tu lado, ella ha vivido tu dolor, forma parte de esto también —sonrió con cariño.

—A eso es a lo que voy —respiró hondo—. Sofi nunca me ha hablado mal de Isabel. Siempre la he notado rara cuando he mencionado a mi hermana en alguna conversación por algo puntual, como si se pusiera alerta, como si desconfiase de cualquier cosa de Isabel. Y ahora lo entiendo, ya sé por qué —arqueó las cejas—. Ayer me reconoció que nunca le gustó Isabel, que no le gustaba cómo me miraba y cómo me trataba.

—Isabel nunca te trataba mal.

—Lo sé, y Sofi también, pero me dijo que siempre pensó que Isabel odiaba la complicidad que teníamos tú y yo y, por ende, me odiaba a mí. Y después de contarle lo tuyo... —suspiró—. Sofi está convencida, como yo, de que mi padre no sabía nada, de que todo fue una estrategia de Isabel para separarte de mí, por miedo a que la dejaras, precisamente, por mí —frunció el ceño—. Pero hay algo que no entendemos. Si quería estar contigo por encima de todo, ¿por qué se liaba con Luis?, ¿por qué se quedó embarazada?, ¿y por qué se fue a vivir con él en cuanto tú te marchaste? Se han casado, Felipe. Está enamorada de él, lo sé, veo cómo lo mira, y, desde luego, no es como te miraba ella a ti.

Felipe se calló lo que estaba pensando. Recordó, en ese momento, cuándo empezó su noviazgo con Isabel. Eugenia era muy buena en todas las materias del colegio. Del sobresaliente no bajaba, y sin apenas esforzarse. Sus profesores nunca le dieron importancia a tal hecho, pero, al terminar

la ESO en el instituto, justo antes de empezar Bachillerato, su tutor se reunió con sus padres para preguntarles si podían realizarle unas pruebas a su hija, un test para conocer su coeficiente intelectual, porque sospechaban que era superior a la media. Y no se equivocaron, poseía un coeficiente de ciento cincuenta y siete, pero no llegaba a ser excepcional; según las estadísticas, le faltaban tres décimas.

Se quedaron todos alucinados. Jamás lo habían sospechado. Los cuatro, él incluido, sabían que era muy lista, pero como se trataba de una niña muy cariñosa, sociable y risueña, asociaban las altas capacidades con ser callado, retraído y serio, justo lo contrario a ella.

Cuando el tutor les entregó los resultados de las pruebas, Pedro y Alicia decidieron celebrarlo invitando a sus dos hijas a cenar, cena a la que Felipe asistió porque Isabel le rogó que la acompañara. Esa misma noche, Isabel lo besó en los labios al despedirse. Él se sorprendió, porque pensaba que seguía enamorada de Luis, su primer amor, aunque hubiera tenido otros novios después de Luis. Entonces, le confesó que lo quería, pero no como un amigo, sino como algo más, y que por qué no intentaban estar juntos. A Felipe le gustaba mucho, era guapa, simpática y se llevaban muy bien, por lo que no se lo pensó, aceptó enseguida.

Qué casualidad que fuera esa misma noche cuando comenzaran su noviazgo, y todo por iniciativa de Isabel... Qué casualidad también que, cada vez que Eugenia tenía una buena noticia que darles, Isabel se volvía mucho más mimosa con él... Demasiadas casualidades.

Él creía en el destino, pero no en las casualidades. Y eso se lo debía a ambas hermanas. Por un lado, estaba convencido de que el reencuentro con Eugenia en Barcelona había sido porque el destino les había concedido *la* oportunidad; y, por otro lado, la actitud de Isabel había estado siempre condicionada por Eugenia, sin casualidades que valiesen.

—Necesito hablar con Isabel —anunció ella, sacándolo de sus recuerdos—. No ahora, tampoco por teléfono, pero necesito hablar con mi hermana. Tú y yo estamos juntos al fin, Felipe, y no me pienso esconder, mucho menos por ella, eso te lo aseguro, y más después de todo lo que me has contado.

Felipe la comprendió. Cualquiera en su situación necesitaría una explicación, o varias...

—Y yo tengo que hablar con Carlota en persona, Nana —inhaló una profunda bocanada de aire—. También, con Bruno.

Eugenia suspiró, arrugando la frente.

—¿Qué te pasa? —se preocupó él, sujetándole la barbilla para que lo mirara.

—Pues que... —volvió a suspirar, apartándose—. Entiendo que debas hablar con Carlota en persona, pero... —se giró y agachó la cabeza—. Tengo miedo...

Felipe sonrió, la abrazó desde atrás y la besó en el cuello.

—No tengas miedo, porque yo te amo a ti desde siempre. Carlota me gustaba, no te lo niego, y he llegado a quererla mucho, hablo desde el cariño. Han sido tres años y lleva un anillo en la mano, le debo una explicación.

—El anillo —musitó ella—. Cuando lo vi en su dedo...

Él la giró y la besó en los labios, tomándola de la nuca.

—No te castigues. Si te sirve de consuelo, yo lo único que hice fue pagarlo, ella lo eligió, yo no opiné.

—¿Por qué? —quiso saber Eugenia, arrugándole el fino jersey de color azul marino que llevaba por encima de una camiseta blanca.

—Carlota es muy inquieta, siempre quiere hacer algo, siempre tiene algún plan pensado, alguna comida, alguna fiesta... Y ese dinamismo me ayudaba a no pensar tanto en ti. Después de cinco años ahogado en tus recuerdos —la observó con el corazón latiendo desbocado—, conocer a

Carlota me obligó a centrarme en algo real, porque mi vida se resumía en pilotar, comer con mis padres los sábados y pensar en ti de día y de noche. Y por eso, cuando ella me propuso casarnos, no lo pensé.

—¿Conseguiste olvidarme? —preguntó, en un hilo de voz.

—Nunca —susurró, ronco por la emoción—, ni un solo día dejé de pensar en ti —se ruborizó, pero necesitaba ser sincero—. No me he acostado con ella una sola vez desde que tú y yo nos volvimos a ver el mes pasado. Carlota lo intentó varias veces, pero yo... —se encogió de hombros—. Simplemente, no pude.

—Es muy guapa y tiene un cuerpo increíble —se sonrojó, clavando los ojos en su jersey.

—No sigas por ahí —acunó su rostro y la besó con infinita ternura—. Es todas esas cosas que has dicho, y más, pero hay algo que no es, lo único importante —sonrió.

—¿El qué? —pronunció en un tono trémulo.

—Tú.

—Felipe... —suspiró, irregular—. Te amo...

—Y yo a ti —apoyó la frente en la suya, cerrando ambos los párpados.

—Desde siempre.

—Desde siempre, mi Nana.

Se besaron un maravilloso momento, envueltos el uno en los brazos del otro, temblando, expresando sus más profundos sentimientos. Un beso inolvidable.

Una hora más tarde, se montaron en el barco para admirar, extasiados, el precioso atardecer navegando por el río Chao Phraya. Luego, cenaron en el famoso restaurante Sirocco Bar, ubicado en lo alto del hotel Lebua at State Tower, un enorme edificio que destacaba por su gran cúpula dorada. Lo había elegido Eugenia por la mañana y llamaron para reservar, ya que lo conocía por la película *Resacón en Tailandia* y le hacía ilusión ir allí.

Una orquesta tocaba en directo. Se exigía vestir de etiqueta, por ello, Felipe había optado por unos pantalones oscuros de pinzas, una camisa blanca y una americana, además de sus mocasines de ante con borlas azules. Eugenia, bellísima, llevaba un largo vestido blanco, estampado en flores pequeñas de todos los colores, de manga por debajo del codo y que se ataba en un lateral con un lazo; unas bailarinas doradas y un brazaletes a juego. El pelo se lo había recogido en una cola de caballo tirante con las puntas rizadas. Estaba tan elegante, tan guapa, que no podía apartar los ojos de ella. No parecía una niña, pero para Felipe siempre sería su niña, su ratoncita.

—Yo también tengo que hablar con alguien más cuando volvamos —declaró Eugenia, tras haber pedido la comida y las bebidas.

Él frunció el ceño, desconfiado. Tenía una sospecha.

—¿Con quién?

—Con Tomy.

Acertó.

A Felipe le invadieron unos horribles celos. No debía sentirse así, porque estaba con él, porque lo amaba de manera incondicional y porque sabía que jamás lo traicionaría, pero fue inevitable, se tensó. Se cruzó de brazos y esperó la explicación.

—Ha sido muy bueno conmigo, Felipe.

—Hay un motivo y tú lo sabes.

—Tomy no es malo —se enfadó.

—Claro que no es malo, pero nunca le has parado los pies —también se enfadó—. Dejas que te toque todo lo que quiere, que te abrace continuamente y que te bese en la cara cuando le apetece.

—Eso no es verdad —apretó la mandíbula—. Ya le dije dos veces que no esperase nada de mí.

Pero tengo que hablar con él —suavizó su expresión y suspiró—. Tomy se puso celoso con la frase de *Peter Pan* de tus aviones de papel —gesticulaba con las manos mientras hablaba en voz baja—. Me hizo un interrogatorio sobre ti y sobre mí. Luego, me pidió perdón y me dijo que estaba celoso, pero que no tenía ningún motivo porque tú eras como un hermano mayor para mí. Yo no lo negué. Le debo una explicación antes de que nos vea a ti y a mí juntos, ¿lo entiendes? Eres su amigo, Felipe.

Felipe asintió, aunque no varió su semblante. Por supuesto que lo entendía. Tomás se había portado muy bien con Eugenia, había sido demasiado empalagoso, pero lo entendía. ¿A quién no le gustaba una mujer como ella? Era guapísima, amable, de gran corazón que saltaba a la vista con solo echar un ojo a su sincera mirada, delicada, muy femenina, alegre, recatada, inocente, desprendía devoción a rabiar, cariñosa, siempre con tiempo para los demás, la lealtad era una de sus principales virtudes, era culta, también, sabía cómo comportarse en cada situación, una niña que podía conversar de todo con todos... Su cuerpo, encima, era un montañ de tentadoras curvas que conducían a cualquier hombre al desvarío. Y muy inteligente, aunque nadie lo supiera porque jamás había alardeado de ello, justo lo contrario, se había avergonzado cuando sus padres o él habían mencionado tal hecho. Y más cosas, la lista era infinita. En definitiva, era perfecta. Lo tenía todo, interior y exterior.

—¿Has sabido algo de Tomy? —quiso saber Felipe.

Un camarero les trajo una botella de agua y otra de vino tinto. Sirvió el agua en sus correspondientes copas. A continuación, vertió muy poco del vino en otra copa para él, pero el propio Felipe se la cedió a ella para que lo probase.

—Quiso quedar a tomar un café antes del viaje —le informó ella antes de dar el sorbo preciso al tinto—. Le dije que al final no podía —saboreó la bebida. Se ruborizó—. No entiendo de vinos —sonrió con timidez—, pero creo que este está muy rico.

—Gracias —le indicó Felipe, en inglés, al camarero, quien procedió a servir también el tinto como había hecho con el agua. Y añadió en español, a Eugenia—: He pedido uno afrutado, aunque no pegue mucho con la comida, para que te resulte más agradable, más dulce y menos amargo.

Ella se inclinó sobre la mesa. Sus impresionantes ojos verdes brillaron en demasía. Él, enfrente, la imitó. Y se besaron, agradecida Eugenia por su gesto y enternecido él por cuánto la amaba.

—Me escribió antes de que embarcáramos el día uno, deseándome un buen viaje, que, por favor, no me olvidase de él —continuó ella, desviando la mirada—, y que si no me importaba que se escapase algún día a Barcelona para verme.

Felipe se atragantó con el tinto. Carraspeó.

—¿Barcelona? —repitió él, parpadeando—. ¿Le dijiste que te ibas un mes a Barcelona con tu hermana?

—Bueno, yo... —jugeteó con la servilleta—. Fue Sofí. Tomy me preguntó que adónde me iba un mes entero y yo no supe qué responderle. Sofí le dijo que me iba a Barcelona para descansar y replantearme mi vida ahora que no tengo trabajo.

—¡Nana! —la regañó, arrugando la frente—. No tenías que haberle mentido.

—¡Yo no le mentí!

—No lo negaste —chasqueó la lengua—. Una de las azafatas que iba en el vuelo de Madrid a Munich es amiga de Tomy. Es cuestión de tiempo que se entere. En DATCO, corren los chismes a una rapidez alucinante, así que ya sabrán muchos que yo, el novio de Carlota, viajaba con una chica que no era Carlota —arqueó las cejas—. Carlota es rubia y tiene los ojos marrones, tú eres morena y tus ojos verdes son impresionantes, así que...

—¿Mis ojos son impresionantes? —lo interrumpió, sorprendida.

Felipe ladeó la cabeza, entornando la mirada para ponerla nerviosa.

—Tus ojos verdes son impresionantes, Nana —repitió en un áspero susurro—. Son los más bonitos que he visto en mi vida. —Ella tragó saliva—. Pero no es lo que más me gusta de ti —agregó, estirando un brazo para tomar su sedosa y abundante coleta entre los dedos.

—Mi pelo... —adivinó en un hilo de voz.

—Tu pelo —asintió, observando sus mechones como si estuviera en trance—. Es igual que el de tu madre. Lo llevaba tan largo como tú, me acuerdo —analizó su rostro—. Te pareces mucho a ella —sonrió, distraído—. Recuerdo que tu padre siempre la regañaba cuando se lo recogía y la obligaba a soltárselo. Un día, tu madre me dijo que se lo iba a cortar solo para fastidiar a tu padre. Él la oyó, cogió todas las tijeras de tu casa y las tiró al contenedor que había en la acera de enfrente —ambos se rieron—. Tu madre le gritó que si no sabía que existían las peluquerías, y se enfadó tanto por lo que hizo que se lo cortó —la contempló con embeleso—. Nunca te lo cortes, Nana, ni siquiera cuando te enfades conmigo.

—Nunca, mi príncipe rojo.

Estaba viviendo un sueño, un maravilloso sueño del que no quería despertarse, jamás.

Felipe se puso en pie y le tendió la mano. Eugenia, extrañada porque estaban esperando el postre, aceptó el gesto.

—Baila conmigo —le pidió él.

—Pero... —la vergüenza la inundó.

Había una orquesta en una esquina, pero nadie bailaba. No existía una pista ni nada por el estilo. Felipe la ayudó a levantarse de la silla y, bajo la atónita y curiosa mirada de todos los presentes, la condujo hacia los músicos, posó una mano abierta en su espalda y con la otra mano enlazó la suya en alto. La orquesta, entonces, tocó una versión más lenta de *I say a little prayer*, la mítica canción de *Aretha Franklin*. Comenzaron a mecerse gracias a que su príncipe rojo la guiaba con presteza y seguridad, porque lo que era ella... estaba hecha un manojo de nervios, su corazón se hallaba a punto del colapso y rezaba para que no los echaran. ¿Y si consideraban una falta de respeto el alterar el orden del local?

Sin embargo, un eterno minuto más tarde, una encantadora pareja de ancianos tailandeses, muy sonrientes, se acercó y los imitó. Y no fueron los únicos, por lo que Eugenia se relajó, al fin.

—¿Lo ves? —le susurró Felipe, al oído—. No pasa nada —sonrió. La besó en la frente, casto y prolongado—. Y ahora que ya se te fue el miedo —le guiñó un ojo—, baila conmigo, pero hazlo mirándome a los ojos, para sentirme tu dios invencible, que no eres la única que se ha puesto nerviosa —se rio.

Ella suspiró, extasiada y feliz. Le devolvió la sonrisa y obedeció, contemplándolo con el infinito amor que sentía por él, perdiéndose en sus resplandecientes ojos castaños, que la adoraban más a cada instante, confinándola a su quimera particular.

En el segundo estribillo, Felipe se separó para tomarla de las manos y girarla en una vuelta, provocando que su falda volase y mostrase una pierna con seductora elegancia. Y cuando aquello ocurrió, la mirada de él se tornó oscura, robándole el aliento a Eugenia. Y cuando la pegó a su cuerpo y atrapó su boca en un beso corto, pero arrollador, ella voló hacia las estrellas y se desintegró. Se observaron, ebrios de deseo.

Sin probar el postre, pidieron la cuenta. No hablaron, no se tocaron... hasta que entraron en la habitación del hotel. Felipe la aplastó contra la puerta y la besó con urgencia. Se fundieron en un abrazo vibrante, gimiendo y apretándose sin medida. Él introdujo las manos por la abertura del vestido sin deshacer el lazo y la alzó por el trasero. Ella le ciñó la cintura con las piernas. Felipe caminó a ciegas hasta la terraza, chocándose con los muebles, resoplando los dos por el deleite de sus bocas unidas, de sus bocas apremiantes, de sus bocas exigentes, de sus bocas conectadas sin ninguna intención de despegarse...

Abrió y se sentó en una de las dos hamacas que había, con Eugenia a horcajadas. Aunque la barandilla era de cristal, los laterales eran de piedra beis, y estaban tan altos, alejados de otros rascacielos y en la penumbra de la noche, que nadie podía verlos. No obstante, sí podían oírlos. Y tal pensamiento, el de ser descubiertos, le aceleró aún más las pulsaciones. Por nada del mundo quería compartir tal íntimo acto con nadie que no fuera su príncipe rojo, pero la idea de esa posibilidad le resultó intrigante, la llenó de poder y, para sorpresa de ambos, lo empujó para que

se tumbara y se desanudó el vestido. No se lo quitó, tan solo lo dejó abierto, exponiendo su ropa interior de encaje rosa. Se soltó los cabellos y se los revolvió, hipnotizada por la mirada hambrienta de Felipe.

—Más —le ordenó él, sacándose la camisa de los pantalones.

Eugenia, lentamente, se retiró las tiras del sujetador por dentro de las mangas del vestido, lo desabrochó en la espalda y lo dejó caer al suelo. La suave brisa de la noche y los maliciosos ojos de Felipe irguieron sus senos desnudos.

—Más —repitió él en un tono más ronco, observando sus pechos, honrándolos con la intensidad de su mirada.

Ella descendió las manos a las braguitas, pero Felipe la detuvo.

—Eso lo hago yo —se incorporó, para quedar sentado.

Eugenia comprendió a qué se refería y le deslizó la chaqueta por sus anchos hombros. Le acarició el torso, en dirección descendente, por encima de la camisa, hasta el último botón.

—Más... —jadeó, cuando ella le rozó, adrede, con un dedo su enorme erección, que tensaba la cremallera de los pantalones.

Eugenia desprendió los botones de la camisa muy despacio, hacia arriba, y se la quitó. Delineó con las uñas el contorno de sus pectorales, de sus hombros, de sus bíceps, de su abdomen... Era magnífico. Se inclinó y lo besó en la boca, mientras continuaba desgastando su abrasadora piel con las manos... Mientras él le apesaba el trasero por encima del encaje, dentro del vestido... Mientras el beso se ralentizaba... Mientras sus lenguas se retorcían, más obscenas, entrando y saliendo de sus bocas con inflamable extenuación... Mientras ellos se mareaban de placer.

—Más...

Eugenia arrastró las uñas por su torso, estremeciendo a Felipe, que gimió en su boca. Le quitó el cinturón, le desabrochó el pantalón y le bajó la cremallera. Tuvieron que separarse para poder deshacerse de la prenda y de los zapatos. A continuación, él la volvió a colocar en su regazo a horcajadas. Y tal gesto les sustrajo un resuello al encajar sus caderas.

—¿Más, no? —pronunció ella en un hilo de voz, desprendiéndose de las bailarinas a manotazos.

—Ahora, me toca a mí —metió las manos por dentro del vestido y mimó su espalda, erizándole la piel, al tiempo que sus labios trazaban un reguero de besos por su cuello, por su garganta, por su escote—. Otra fantasía.

Eugenia no podía pensar. Le revolvió el pelo y tiraba de sus mechones en cada espasmo que su cuerpo padecía por culpa de los besos húmedos y lascivos que él grababa a fuego en su piel. Apenas era capaz de escucharlo.

—Bajo el cielo... —continuó Felipe, descendiendo la boca hacia un seno, cuyo pezón irguió entre los dientes—, me harás tú a mí el amor, aquí... medio vestida... —le costaba también hablar, respiraba de un modo muy acelerado—, encima de mí... —succionó su pecho.

—¡Felipe! —gritó, muerta de placer.

—¿Más?

—¡Sí!

Felipe emitió una risa áspera antes de devorar sus senos de manera lenta, agónica. Ella se desesperó, se arqueó, ofreciéndose sin tapujos, frotándose contra él, ansiosa, muy, pero que muy ansiosa...

—Te necesito... —le suplicó Eugenia, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados—. No quiero esperar... No puedo...

—Quiero besarte entera... —protestó Felipe, metiéndole los dedos por la costura del encaje—.

Quiero...

—No —lo sujetó de los cabellos y lo besó con ardor.

—En otra ocasión será, pero también con el cielo como testigo —la observó con fiereza—. Te lo prometo, Nana.

—Sí... —se derritió.

Él se tumbó, tiró de los lazos de sus braguitas y las arrojó al suelo. Se desabotonó los tres botones de los calzoncillos y liberó su erección. Y ella no perdió el tiempo, la tomó en una mano, apoyó las rodillas en los laterales de la hamaca, se levantó unos centímetros, la guio hacia su implorante entrada y se deslizó hacia abajo, notando, de nuevo, plenitud...

El gemido que emitieron los dos, la descarga que sufrieron y la conmoción que experimentaron les obligó a clavar los ojos el uno en el otro. Ninguno respiraba. Permanecieron quietos unos segundos, asimilando la realidad.

—No es un sueño... —susurró Eugenia, sobrecogida.

—No, Nana —le acarició la mejilla—. Tú y yo. Es real.

—Desde siempre... —la emoción pudo con ella y una lágrima se deslizó por su cara.

—Desde siempre —atrapó su lágrima con el pulgar y seguidamente la chupó, un gesto que la condenó.

Eugenia comenzó a mover las caderas, robándoles suspiros irregulares a ambos. Él se curvó hacia ella, sujetándola por las nalgas con fuerza, sudando por el esfuerzo de contenerse para cederle el control. Eugenia sonrió, recostó las manos en su pecho y bajó los párpados. Gimiendo su nombre, sintiendo su firme agarre, apreciando sus temblores por lo excitado que estaba, bailando en su regazo, abrigándolo en su interior de forma tan absoluta como desmedido era su amor... amó a su príncipe rojo con todo su ser.

Después, agotados, se quedaron tumbados en la hamaca y con las manos entrelazadas. Ella, abrazada a Felipe, con la cabeza en sus pectorales y una pierna sobre sus muslos, tarareó la canción que habían bailado en el restaurante. Entonces, él sacó el móvil del bolsillo de su pantalón, tirado en el suelo, y la buscó en internet. Se puso en pie, se colocó los calzoncillos y le tendió la mano, con su sonrisa arrebatadora. Ella se rio, se anudó el vestido para taparse, mostrando una de sus piernas, y aceptó el gesto. Felipe envolvió sus caderas con los brazos, Eugenia rodeó su nuca con los suyos, descansando el rostro en su pecho. Se mecieron al son, girando sobre sus pies, abrazados, sonriendo.

—Este es nuestro primer baile oficial —anunció él—. El de Nueva York no cuenta porque todavía no eras mi novia.

—No soy tu novia porque no me lo has pedido —se quejó, fingiendo enfado.

Él soltó una carcajada, se apartó y arrodilló una pierna en el suelo, con solemnidad, alterando gravemente el flujo sanguíneo del corazón de Eugenia.

—Eugenia Martínez Fernández —pronunció Felipe, tomándola de la mano y sin dejar de sonreír —, ¿me concederías el inmenso honor de ser mi novia?

—¡Sí! —exclamó ella, arrojándose a su cuello para besarlo y sellar así su relación, pero su príncipe rojo la frenó en seco...

—¿Y te casarías conmigo?

Eugenia se paralizó.

El tímido rubor que surgió en los pómulos de Felipe, sumado a que la diversión se esfumó de su cara al instante, la convencieron de que no se trataba de ninguna broma.

—Felipe...

—Te amo, Nana —sus preciosos ojos refulgían. Su semblante expresaba miedo—. Llevo los

diez últimos años loco por ti. Sé que es pronto, sé que te ha pillado desprevenida la pregunta, sé también que solo hace dos días que nos besamos por primera vez, pero... —respiró hondo, discontinuo—, no quiero esperar más. Quiero casarme contigo, quiero tener muchos hijos contigo, quiero verte hacer fotos cada día del resto de nuestras vidas, quiero...

Ella lo calló con un beso. Se miraron y se rieron, avergonzados, con las mejillas arrojadas y temblando.

—¿Quieres, Nana? —quiso saber él, en un ronco susurro—. ¿Quieres casarte conmigo?

—Felipe... —su corazón estalló al notar la vulnerabilidad de su príncipe rojo—. Claro que quiero. Te amo...

Felipe soltó el aire que había retenido.

—Te regalaré un anillo, Nana, y te...

Eugenia, seria de pronto, lo silenció, posando un dedo sobre sus labios.

—Todavía no. Hasta que Carlota no se quite el que lleva, no quiero un anillo.

Él asintió, la estrechó contra el pecho y la besó en los cabellos.

—Lo siento... —se disculpó Felipe, abatido—. No debí pedirle un tiempo, no debí aceptar la gerencia, no debí...

—No, Felipe —lo abrazó con fuerza—. La culpa no es tuya. La culpa es de... —se mordió la lengua, llena de rabia—. Es de Isabel.

Ya lo había planeado con Sofía. Cuando terminara el viaje, el treinta de noviembre, volaría a Barcelona para enfrentar a su hermana. No podía actuar como si no hubiera sucedido nada. Además, ahora, Felipe era su vida, su presente y su futuro, y si tenía que cortar la relación con Isabel, lo haría, aunque le costara lo inhumano por su sobrino. Pero, tras lo ocurrido con él, tras lo mucho que habían soportado los dos durante diez años; sobre todo, Felipe, por el sufrimiento de creerse un enfermo solo por amarla a ella, a una chica diez años menor. Un dolor más emocional que físico, un dolor infligido de manera gratuita por parte de la que era su hermana de sangre. Por supuesto que hablarían. Isabel le debía muchas explicaciones.

—No pienso que la culpa la tenga Isabel, Nana —se sentaron en la hamaca—. Me manipuló, sí, y lo de tu padre... sabemos lo que ella me contaba, es la única persona que sabe la verdad, y fue por tu padre por lo que fui un cobarde y no luché por ti, pero yo elegí no luchar. La culpa es mía.

—Tenías miedo, Felipe —chasqueó la lengua, sin desvanecerse la impotencia y la furia contenida de su interior—. No fuiste ningún cobarde, todo lo contrario. Mis padres habían sido muy buenos contigo y creías que los decepcionarías por las cosas que te decía Isabel —desvió los ojos, se levantó y se acercó a la barandilla—. Isabel fue cruel —apretó los puños—. Muy cruel.

Felipe la abrazó desde atrás y la besó en el cuello con cariño. Ella se aferró a sus brazos.

—Si lo hubiera sabido...

—Hubieras discutido con Isabel —pronosticó él—, y eso era lo que intentaba evitar por todos los medios, no quería que te enfrentaras a tu padre y a tu hermana. Es tu familia.

Eugenia sonrió, se giró y lo tomó por las mejillas.

—Eres tan bueno... —lo besó, de puntillas—. No me arrepiento de no haber sido yo también valiente, porque yo me aparté por mi hermana y también por ti, porque creía que eras feliz con ella. Nos separamos hace ocho años, pero nos hemos vuelto a encontrar. Es nuestra oportunidad.

—Es el destino —se inclinó y se abandonaron a un beso cargado de infinita pasión.

Se besaron largo rato, exprimiendo sus emociones a través de sus bocas, esas mismas emociones que nacieron diez años atrás. Nunca se tocaron, nunca confesaron sus sentimientos. Siempre se protegieron, siempre se amaron en silencio, siempre callaron. Se alejaron. Pero el verdadero amor repudiaba el olvido, la distancia, la ausencia, el tiempo y el espacio. El destino

se lo demostró cuando volvió a unirlos.

—Esto es... —suspiró Felipe—. Esto es tan bueno, Nana... —la besó en la frente—. Se siente tan bien..

Se sentía mágico.

Desde siempre.

*

El último día en Bangkok lo pasaron pateando la ciudad desde el alba hasta el anochecer, sin parar Eugenia de fotografiar cualquier pequeño detalle. Pidieron la cena al servicio de habitaciones de lo agotados que llegaron. Les dolían los pies y necesitaban descansar. En alboroz, recién duchados, comieron en la terraza, bebiendo vino afrutado.

—Me da pena irme de aquí —comentó ella, desanimada, rodeándose las rodillas con los brazos al terminar la cena. Estaba entre las piernas de Felipe, ambos en una hamaca—. Sé que solo han sido tres días, mañana ya nos vamos, pero... —suspiró, observando las vistas de la capital tailandesa—. Aquí nos hemos besado por primera vez —sonrió, recordando el beso en el aeropuerto—. Aquí hemos hecho el amor por primera vez... —se sonrojó, fue inevitable—. Aquí nos hemos dicho *te amo* por primera vez. Me da pena... —respiró hondo, tranquila—. Sé que la vida sigue, que mañana tienes que trabajar y que me llevarás volando a otro lugar increíble —lo miró y le sonrió, entrelazando una mano con la suya y recostándose en su pecho—, pero lo que nos ha pasado en esta ciudad y en esta habitación tendrá siempre un trocito de mi corazón. El mes entero ya es inolvidable porque es contigo —le besó los nudillos—, pero Bangkok será siempre...

—Especial.

—Sí... —cerró los ojos.

Él se agachó y la besó en los labios.

—¿Sabes? —le dijo Felipe—. En todo el tiempo que llevo trabajando, nunca he hecho lo que voy a hacer este mes.

—¿A qué te refieres? —ladeó el rostro para observarlo.

—Nunca he pilotado fuera de Europa y América, y tampoco he pilotado solo seis vuelos, que es lo que haré en este mes. Normalmente, los pilotos comerciales volamos noventa horas al mes, a veces más, a veces menos. El número de vuelos que hacemos varía por el número de horas que se tarda en llegar a destino. Este mes haré veintidós horas.

—¿Y puedes hacer eso? —se preocupó—. Cambiaste el plan de vuelo que te enviaron, ¿no?

—En DATCO, te pagan en función de lo que trabajes. Tienes un sueldo fijo y, además, comisiones, por horas extra o por hacer más vuelos largos de los que te corresponden —sonrió—. Siempre nos envían el plan de vuelo a finales del mes anterior, pero nos permiten cambiar, nos dan un margen. Son veintidós horas las que haré, pero las haré en un continente donde no he volado nunca y que, encima, está bastante lejos de la central de DATCO, que está en Berlín, esto me da puntos extra.

—¿Has pensado alguna vez en cambiar? Me refiero a dejar de ser piloto comercial para ser el piloto de algún millonario ejecutivo —hizo un ademán—, o algo parecido.

—Sí, lo he pensado —adoptó una postura seria, demasiado—. Bruno me lleva ofreciendo ser su piloto privado personal desde hace unos años, antes de que conociera a Carlota. Alguna vez he pilotado su *jet* privado, pero solo en ocasiones en que se ha quedado sin su piloto —respiró hondo—. No es algo que me apasione. Un piloto privado trabaja bastante menos y debe estar las veinticuatro horas disponible para su jefe. A mí me gusta cambiar de aires y volar todo lo que pueda —sonrió, distraído, con los ojos en las estrellas—, aunque me sepa las rutas de memoria —

se encogió de hombros—. Me encanta volar, ya lo sabes.

—Por cierto —entornó la mirada—, Carlota es rubia. Son mechas, pero sigue siendo rubia.

—Sí —asintió, confuso.

—Isabel también es rubia.

—¿Adónde quieres llegar? —enarcó una ceja.

—¿Lo has hecho aposta, lo de estar con dos rubias? ¿Alguna más que deba saber? —los celos carcomieron sus entrañas. La rigidez poseyó su cuerpo.

—Estás celosa —soltó una carcajada.

—¡Claro que no! —exclamó, levantándose, ruborizada por la mentira. Se cruzó de brazos—. ¿Y bien? ¿Alguna otra novia más?

—Ninguna.

—¿Y por qué rubias? —inquirió, molesta—. Yo no soy rubia —se tocó el pelo, nerviosa—. ¿Te gustaría que lo fuera? —se atrevió a preguntar, asustada, de pronto, por tal posibilidad.

—¿Tú qué crees? —se puso en pie y acortó la distancia. Deslizó los dedos desde la raíz de sus cabellos, retirándoselos hacia atrás—. Eres morena, no tienes el pelo negro, pero sí castaño muy oscuro. Directamente, rechazaba a las castañas y a las morenas porque no eran tú —frunció el ceño—. Y no se te ocurra hacerte nada en el pelo, ni mechas, ni esas cosas que os hacéis las mujeres —hizo una mueca.

Ella se echó a reír, dejando caer los brazos.

—¿Y cuando me salgan canas?, ¿tampoco podré teñirme?

Él sonrió, inclinándose, sujetándola por el cuello con ambas manos.

—Te repetiré una y otra vez lo preciosa que eres con canas, Nana. Y estoy deseando verlas, ¿sabes por qué?

Eugenia negó con la cabeza. Su corazón se suspendió.

—Porque que yo vea tus canas será la demostración de que nos estaremos haciendo viejecitos juntos —añadió y la besó en la boca con ternura—. ¿Y si yo me quedara calvo? ¿Me querías igual, más o menos?

Ella bufó.

—Felipe, por favor, que tienes un montón de pelo para la edad que tienes.

Felipe se quedó boquiabierto.

—¿Para la edad que tengo? —repitió en un hilo de voz, pálido.

—Bueno —arrugó la frente sin entender su reacción—, tienes casi cuarenta y...

—Perdona —se apartó, enojado—, tengo treinta y siete años.

—Cumple los treinta y ocho el veintinueve de diciembre. Eso es casi cuarenta —arqueó las cejas—. Y lo he dicho como un halago. ¿Tú te has visto el pelo que tienes? Muchos de mi edad tienen entradas y canas, y tú, ni una cosa ni la otra.

—Sí, claro —resopló, indignado—, tengo un montón de pelo para la edad que tengo.

Eugenia comprendió su malestar y se le escapó una carcajada. Él se lo tomó como que se estaba divirtiendo a su costa y, murmurando incoherencias, se metió en el interior de la habitación. Ella lo siguió.

—Me encanta que seas mayor que yo —confesó Eugenia, mordiéndose el labio inferior—. Me gusta mucho... —se ruborizó.

Felipe se dio la vuelta y la contempló, luchando una batalla particular, pues estaba furioso, pero sus últimas palabras le encantaron... Y le acalaron las mejillas de manera adorable. Parecía un niño pequeño, pero, en realidad, era un hombre... Un hombre en todo el sentido.

—Me gusta que me saques diez años —agregó ella, retorciéndose los dedos en el regazo—. Me

gusta también mi cara de niña al lado de tu cara de hombre, creo que por eso no me suelo pintar. Me gusta que vayamos por la calle de la mano y que la gente nos mire para intentar averiguar la diferencia de edad que tenemos. Me gusta mucho —su rostro se incendió—. Es... —carraspeó, nerviosa—. Es la fantasía de cualquier chica.

Él avanzó hacia Eugenia. Paró a dos centímetros.

—Me encantabas, Felipe —declaró ella, seria. Tuvo que levantar la barbilla para continuar mirándolo—. Me imaginaba que me besabas a escondidas de todo el mundo, como si fuera la relación prohibida entre una alumna y un profesor, o entre un chico que ya trabajaba y una adolescente de instituto. Me imaginaba que me acariciabas donde no me había acariciado nadie, porque no quería que me acariciara nadie que no fueses tú... —tragó saliva. Su corazón le golpeaba el pecho con tanta fuerza que temió que se le saliera—. Me imaginaba que, de noche, cuando todos ya dormían, te colabas en mi habitación porque me echabas mucho de menos, aunque hubieras cenado en mi casa. Me imaginaba que me desnudabas y me hacías el amor mientras me decías cuánto me amabas... —su voz se quebró—. Me imaginaba que, abrazados en la cama, soñábamos con escaparnos para vivir nuestro amor libremente, perdidos en un rincón aislado del mundo —sonrió—. Y también me imaginaba que conseguíamos escaparnos, que nos fugábamos a Las Vegas y nos casábamos —se rio con suavidad, meneando la cabeza—. Sueños de niña, supongo.

—Y de adulto —no sonreía. La contemplaba, penetrante—. Yo me imaginaba todo eso, Nana. Y también me encanta que seas diez años menor que yo —acunó su cara entre sus cálidas manos—. Antes lo veía como algo malo, pero, en el fondo, me gustaba, era excitante. Por eso me sentía un enfermo, porque quería amarte libremente, pero también, seducirte.

—Felipe... Eso no puede ser malo. Es amor.

—Ahora lo sé. Pero seguías siendo una niña. Es... —sonrió, abochornado—. Tenías diecisiete años cuando quise besarte la primera vez. Es un poco pervertido.

Se rieron, ambos avergonzados.

—Lo peor de todo era que deseaba hacerlo —le reveló Felipe, aún algo confuso, antes de rozar sus labios con los suyos en una caricia lenta y sensual—. Deseaba que hiciéramos tantas cosas...

—Todas buenas... —se estremeció—. Porque contigo todo es... bueno.

—Demasiado bueno —descendió a su cuello—. Nunca te haría daño. Me gustaba que fueras más pequeña, porque me sentía tu protector, sobre todo cuando me mirabas de esa forma que me hacía sentir un dios invencible; y ahora, todavía más. Ahora... —suspiró, entrecortado, sobre su piel, erizándose—. Ahora quiero hacerte otro tipo de cosas. Ahora quiero amarte sin restricciones —la besó debajo de la oreja con la punta de la lengua—. Ahora quiero gritarle al mundo que eres mía y hacerte mía constantemente... —le desató el albornoz y, muy despacio, se lo retiró hasta aterrizar en el suelo, dejándola desnuda frente a él—. Mi Nana... —gimió—. Antes eras preciosa, siempre lo fuiste, pero es que ahora... —se mordió el labio inferior, analizándola con un anhelo insaciable antes de lanzarse a su boca.

Eugenia y Felipe crearon un mágico recuerdo más en esa habitación, un recuerdo inolvidable que atesorarían siempre, independientemente de lo que el destino les tenía preparado.

Se amaron por última vez en la especial ciudad de Bangkok...



Felipe entró en el avión con el uniforme puesto, deseando pilotar, explorar una nueva ruta y

conducir a su Nana por el cielo hacia otro país que ella soñaba con descubrir desde que murieron sus padres, pero se le borró la sonrisa del rostro en cuanto se topó con el otro piloto, de pelo rubio casi blanco, ojos azules, piel como la nieve y de aspecto enorme. En DATCO, lo apodaban como *Vikingo*.

—Felipe, cuánto tiempo —le dijo Hagen, en alemán, con su característica frialdad.

—Hagen —correspondió, estrechándole la mano, por educación, nada más.

Vikingo era el mejor amigo de Carlota y ambos hombres no se habían gustado desde el principio. Aunque todo era cordial, siempre había tirantez cuando coincidían; por ello, Felipe lo evitaba en la mayoría de las ocasiones en que viajaba a Berlín.

—Creía que hoy pilotaba con Erik —comentó él, dirigiéndose hacia la cabina de mando. Habló en inglés, solo por fastidiarlo. Hagen no sabía español y odiaba hablar en inglés.

—Cambio de última hora —contestó Vikingo, sin variar el alemán, también por fastidiarlo —lo siguió—. Me lo pidió Carlo —cerró tras de sí y se cruzó de brazos—. Me llama cada día desde hace dos semanas, llorando.

Felipe respiró hondo y lo enfrentó.

—No me des el vuelo, Hagen. Lo que pase entre Carlota y yo es entre Carlota y yo. No te metas.

—Por supuesto que me meto —rechinó los dientes—. ¿Sabes por qué me pidió que pilotara hoy contigo? Porque lleva dos días escuchando rumores sobre que su prometido viaja muy acaramelado con una española llamada Eugenia, morena y de ojos verdes, y quería saber si era cierto o solo rumores —ladeó la cabeza—. ¿Tengo que salir a comprobar los pasaportes o me lo dices tú ahora mismo?

Se sostuvieron la mirada hasta que una azafata los interrumpió para avisarles de que los pasajeros comenzaban a llegar. Y se quedaron solos de nuevo.

—Carlo también me ha dicho —continuó el alemán— que estás gastando los billetes que regala DATCO a sus empleados. ¿Todos con Eugenia? Primero, Nueva York; luego, Munich; después, Bangkok; ahora, Siem Reap... —acortó la distancia, con objeto de intimidarle, aunque no lo consiguió—. Nunca me has gustado, Felipe, porque nunca la has querido, pero pedirle un tiempo para despedirte de tu vida —hizo un ademán—, cuando en realidad lo que estás haciendo es tirarte a esa zorra española —escupió con desagrado— mientras tu prometida no hace otra cosa que...

Felipe lo agarró de la camisa y lo empujó contra la pared.

—No vuelvas a insultarla —sentenció él, conteniendo la inmensa rabia que lo poseía.

—Así que es cierto... —entornó sus ojos—. Estás enamorado de Eugenia.

Felipe lo soltó.

—No lo tenía planeado —declaró él en voz baja y en alemán—. Mis planes eran despedirme de mi vida en noviembre, el uno de diciembre mudarme a Berlín, decidir la fecha de la boda con Carlota y hacerla feliz.

—Pero cambiaste tu plan de vuelo y te llevaste a Eugenia contigo —gruñó—. Permíteme que dude que no lo tuvieras planeado. Por eso, le dijiste a Carlo que hiciera su vida este mes, ¡para no sentirte culpable al engañarla con otra!

—¡No! —respiró hondo para calmarse—. No te debo ninguna explicación, Hagen —lo señaló con el dedo índice—, a Carlota sí, pero no a ti —volvió a respirar hondo—. No lo tenía planeado... —insistió, revolviéndose el pelo.

—¿Cuánto hace que la conoces? —le preguntó Vikingo en un tono más tranquilo.

—Veinte años.

—Resulta difícil creerte, Felipe, mucho más cuando la conoces desde siempre.

Desde siempre... Sonrió sin poder evitarlo, pero, rápidamente, regresó a la realidad.

—Es complicado, Hagen —desvió la mirada, cruzándose de brazos.

—¿Y qué piensas hacer? —indagó, de nuevo molesto—. Carlo está esperándote. El uno de diciembre la tendrás en el aeropuerto con los brazos abiertos.

—No me casaré con ella. Aceptar la gerencia fue un error —lo observó con el mentón alzado—. Pero no puedo decirle todo esto por teléfono, ni a Carlota ni a Bruno. Tengo que hablar cara a cara con los dos.

Hagen asintió.

—Sé cuál es tu plan de vuelo de este mes —anunció Vikingo, acomodándose en su asiento—. Te traeré a Carlo. Te avisaré.

—¿Qué? —arrugó la frente.

—Felipe, cuanto más lo retrases, peor será, y estoy de acuerdo en que debes hacerlo cara a cara. Con los vuelos que vas a hacer, te va a resultar imposible volar a Berlín y volver para seguir trabajando. Tardarás dos días como mínimo y, esos dos días seguidos, los tienes a finales de noviembre. Te traeré a Carlo —repitió—. A Bruno, no. Eso lo solucionas tú solito —gruñó otra vez—. Y ahora, venga, que nos toca trabajar.

Felipe también gruñó.

—No necesito tu ayuda, Hagen, ni la quiero.

—¿Quieres que Carlo siga sufriendo por tu culpa?

—Claro que no.

—Pues necesitas mi ayuda —alzó una mano—. Y te ayudo porque estoy deseando perderte de vista, y que rompas con Carlo es la solución a tus problemas y a los míos.

No comentaron más al respecto, solo hablaron para lo estrictamente necesario, el vuelo en sí. Y tampoco pudo salir a ver a Eugenia en ningún momento de la hora y cinco minutos que duraba el vuelo con destino Siem Reap, Camboya.

Al aterrizar, cuando ya se levantaron para salir del avión, Hagen gruñó por enésima vez ojeando su móvil y se marchó de manera precipitada, sin ni siquiera despedirse.

Por desgracia, Vikingo estaba en lo cierto. Felipe tampoco se sentía muy cómodo con la situación. De hecho, se sentía un miserable teniendo a Carlota esperando, cuando iba a rechazarla. No se lo merecía, claro que no, pero él se merecía ser feliz por fin, después de diez años sufriendo.

Encontró a Eugenia esperando las maletas, frente a la cinta transportadora, junto al resto de los viajeros. Y, nada más verla, vestida con sus zapatillas blancas, sus *shorts* vaqueros blancos que le hacían un trasero impresionante, su jersey de fino algodón beis, ancho y largo, y sus preciosos cabellos sueltos, se olvidó de lo sucedido con Hagen, se olvidó de Carlota, se olvidó de todo y recordó Bangkok. Sonrió, experimentando esas mariposas que se describían en los libros y que, sí, existían en la vida real, o quizás eran elefantes, porque su estómago rugía de la necesidad de estrecharla contra su cuerpo, de hacerla estremecer y de estremecerse con solo apreciar su aroma a azahar.

Y lo hizo, desde atrás, la envolvió entre sus brazos y la besó en el pelo.

—Mi príncipe rojo... —suspiró ella, aferrándose a sus brazos y girando la cabeza con los ojos cerrados—. Estamos en Camboya —sonrió, sin abrir los párpados—. Gracias... —se le quebró la voz por la emoción—. Mi sueño crece y todo gracias a ti.

Felipe, cuyo corazón estalló de felicidad, la besó en los labios y gimió al instante.

—Dios, Nana... —gimió de nuevo sobre su boca antes de besarla con más ardor—. Te echaba de menos... —muchísimo. Se dio cuenta en ese momento—. Cuatro días pegados como lapas...

Estas horas sin ti se me han hecho eternas.

—Felipe... —se giró, lo agarró del cuello con las manos, se puso de puntillas y lo besó con mayor entusiasmo.

Y él se perdió. Fue incapaz de apartarse, de frenar ese beso tan increíble y apasionado, de actuar con sensatez, estaban rodeados de gente... incapaz, hasta que...

—Para esto querías ese tiempo de libertad —pronunció una voz femenina muy familiar, ligeramente irascible, en español.

Felipe y Eugenia pararon, aturridos por la intromisión. Al darse la vuelta, descubrieron a Carlota, acompañada de un vikingo que echaba humo por la nariz.

—Tenía que verlo con mis propios ojos —continuó Carlota, contemplando a Eugenia con un desprecio masticable—. Y parecías muy modosita...

—Carlota, yo lo... —comenzó ella.

—¡Cállate! —le gritó la rubia, avanzando con sus tacones milimétricos a una rapidez alarmante.

Él situó a Eugenia a su espalda y entrecerró la mirada. Se irguió y apretó la mandíbula. Carlota, al verle en esa actitud, se detuvo de golpe, confusa porque no se esperaba esa reacción de él.

—Felipe... —su semblante se cruzó por la incredulidad.

—Lo siento, Carlota. No puedo decirte otra cosa.

Esa zona del aeropuerto se había ido vaciando hasta estar solos. Sus dos maletas eran las únicas que daban vueltas en la cinta.

—¿Qué sientes, maldita sea? —exclamó la rubia, resguardada por Hagen, que observaba a Eugenia con una leve confusión, como le sucedía a cualquier hombre que se fijaba en ella la primera vez.

—Siento que te hayas enterado así —respondió Felipe, sosegado—. Pensaba hablar contigo cara a cara, no por teléfono.

—¡Me he enterado por una azafata que va aireando por ahí que mi prometido viajaba abrazado a otra mujer! —miró a Eugenia y la señaló con el dedo—. ¿Y Tomy?, ¿cuánto tiempo crees que tardará en enterarse? —enarcó una ceja—. Estás en Barcelona, ¿eh? Estuve con Richi y con él en la última reunión de DATCO y tenía planeado ir la semana que viene a Barcelona a verte —sonrió con frialdad—. Ya tiene el vuelo reservado. ¿Quieres que haga yo los honores y le avise de que, para entonces, tú estarás en otro país perdido de Asia? —se rio sin humor—. Claro que lo haré.

—Mira, Carlota —empezó ella, conteniéndose—, siento mucho el daño que esto te supone, pero Tomy y yo somos amigos, nada más. Déjale al margen, porque no tienes ningún derecho a meterte y hacerle daño.

—¿Y tú sí, maldita mosquita muerta? —la señaló con el dedo índice—. ¿Tú sí tienes derecho a meterte en mi relación —se apuntó a sí misma— y a revolcarte con mi prometido? ¡Porque eso habéis estado haciendo en Bangkok, revolcaros como animales!

Aquello no lo soportó. Nadie blasfemaba de su amor. Nadie. Nunca más.

—Basta —zanjó Felipe, agarrando a la rubia del brazo de malas maneras y llevándosela lejos de Eugenia y de Hagen, quien volvió a gruñir y lo observó deseando estrangularlo—. Esto es entre tú y yo —la condujo hacia una sala de acceso restringido. Se metieron dentro y la soltó. Inhaló una gran bocanada de aire y la expulsó, calmándose—. Te digo lo mismo que le he dicho antes a Hagen, Carlota. Esto no lo tenía planeado. Nana y yo...

—¿Nana? —hizo una mueca.

Felipe se humedeció los labios.

—Lo siento, Carlota, de verdad que lo siento. No quería hacerte daño. Mi intención era casarme contigo, vivir contigo en Berlín e iniciar mi entrenamiento para la gerencia el uno de

diciembre —se acercó—. También mi intención era despedirme de mi vida, incluida Eugenia —suspiró. Se apoyó en la pared y clavó los ojos en el suelo—. Cuando Eugenia tenía diecisiete años, me di cuenta de que estaba enamorado de ella, no de su hermana, y llevo diez años queriéndola en silencio —la miró—. Cuando te conocí, me gustaste mucho y pensé que quizás tú me ayudarías a olvidarla, porque en esos años que Eugenia y yo estuvimos separados, pensaba en ella día y noche. También quise intentar ser feliz, y creí que contigo podría lograrlo —introdujo las manos en los bolsillos del pantalón—. Pero cuando la vi en el aeropuerto de Barcelona el mes pasado... —se encogió de hombros—. Luché, Carlota, luché en contra de mis sentimientos, pero en Bangkok...

—Por eso no se la querías presentar a Richi —comentó Carlota, en un tono serio, sereno, aunque bien estirada, orgullosa y con expresión de desconfianza—. Por eso no querías hacer la cena entre los cuatro —chasqueó la lengua—. Te salió bien que Richi se fijara en Sofía.

—No lo entiendes, Carlota. Y no lo entiendes porque no lo sabes —negó con la cabeza—. Una cosa son mis sentimientos y otra, bien distinta, lo que pasó. Yo estoy loco por Eugenia desde hace diez años, pero nunca me atreví a nada con ella porque no podía. No voy a contarte mi pasado, porque solo nos incumbe a Eugenia y a mí —comprimió la mandíbula—. Y a Isabel. A nadie más.

—Necesito una explicación —le rebatió la rubia, apretando los puños a los costados—. Si ese pasado se ha metido en mi presente, me incumbe, Felipe, te guste o no.

Silencio.

Analizó a Carlota con atención. Estaba enfadada, su orgullo se hallaba resentido. No lloraba. Era coraje, no dolor, lo que sus ojos desprendían. Había cruzado medio mundo, sí, pero por haber escuchado los rumores en los que se convertía en el núcleo de los chismes de los empleados de la que sería su empresa dentro de poco. Felipe recordó la conversación telefónica que habían mantenido cuando él había llegado a Nueva York: Carlota le había dicho que sabía que él la quería, pero que amaba a Eugenia; entonces, si su prometida estaba al tanto de ello, ¿por qué optaba por esperarlo hasta el uno de diciembre, si su amor no era correspondido?

Y lo supo.

—No te hagas la mártir, Carlota —sonrió, desprendiéndose de lo miserable que se había sentido hasta hacía un instante—. Tú tampoco estás enamorada de mí.

La rubia se ruborizó, apartando la mirada. Él amplió su sonrisa. A punto estuvo de reírse. La situación se había vuelto surrealista.

—Si quieres saber mi pasado —le ofreció Felipe—, primero me explicarás tú a mí por qué estabas dispuesta a casarte con un hombre al que no amas y que sabes que él a ti, tampoco.

Carlota dejó caer los hombros, derrotada.

—Yo te quiero, Felipe.

—Y yo a ti, Carlota —acortó la distancia y la tomó de las manos—. Y mucho. Pero no estás enamorada de mí, como yo tampoco de ti. Lo que sentimos es cariño, no amor.

La rubia suspiró como si expulsara una carga muy pesada que la había impedido respirar.

—Lo siento, Felipe... Yo también creí que tú me ayudarías a olvidar... —suspiró de nuevo—. Parezco tonta.

Él frunció el ceño, preocupado.

—Carlota, ¿tú...?

—Yo también quiero a otro que no eres tú —sonrió con tristeza, destruyendo esa coraza de mujer perfecta, convirtiéndola en una humana de carne, hueso y sentimientos—. Pero lo mío es imposible.

—Lo mío también era imposible, eso era lo que yo creía.

Carlota le apretó las manos.

—Creo que deberíamos hablar de esto en otro momento —le aconsejó la rubia—. Hagen está... —ladeó la cabeza—. Digamos que si antes le caías mal, ahora... —hizo un mohín con los labios.

Ambos se echaron a reír.

—Y Eugenia está con él —añadió Carlota, alzando las cejas—. Hagen es un caballero y solo habla alemán, pero cuando quiere matar a alguien con los ojos, lo mata. Y, perdóname, pero Eugenia parece una niña al lado del grandullón de Vikingo.

—Eugenia habla alemán como una nativa —sonrió—. Estudió en un colegio privado alemán hasta que sus padres la metieron en el instituto público, y siguió estudiando alemán, además de francés e inglés.

—Así que cuatro idiomas, ¿eh? —se sorprendió, colgándose de su brazo. Sonrió—. Reconozco que siento un poquito de envidia —sus ojos relampaguearon—. Cuando he visto cómo se te dibujaba una sonrisa en la cara mientras te acercabas a ella sin que se diese cuenta, y luego cuando la has abrazado y los dos habéis cerrado los ojos al sentirlos el uno al otro... —su mirada se empañó por la emoción—. Eres muy afortunado, Felipe —adoptó una actitud demasiado seria—. Perdóname por haberme burlado de tus aviones de papel. Me pudieron los celos —lo besó en la mejilla y se dirigió a la puerta—. Hablaré con mi padre. Y avísame cuando aterrices de nuevo en España. Tenemos una larga charla pendiente.

Él la siguió afuera. Y se quedaron atónitos al ver a Hagen y Eugenia, sentados en el suelo, recostados en una pared, hablando en alemán entre risas, como si se conocieran de toda la vida.

Cuando los oyeron aproximarse, Vikingo se levantó y ayudó a Eugenia a incorporarse. La alegría de su rostro fue reemplazada por un resentimiento infinito hacia Felipe, pero cambió al de confusión al ver cómo la rubia le dedicaba una sonrisa de arrepentimiento a la morena de ojos verdes.

—Eugenia —comenzó Carlota—, siento haberte insultado. Felipe te lo explicará todo. Espero que paréis en Berlín a la vuelta o que me visitéis pronto. Y por Tomy no te preocupes, que no diré nada, pero deberías hablar con él. Los rumores de vuestro viaje están corriendo como la pólvora por la empresa, no tardará en enterarse y, créeme, es mejor que lo sepa primero por ti, aunque solo seáis amigos —observó a Hagen y agregó en alemán—: ¿Nos vamos, Vikingo?

Este se despidió de Eugenia con dos besos en las mejillas.

—Ha sido un placer, Eugenia —sonrió.

—Igualmente, Hagen —convino ella, en alemán.

—¡Ah! —exclamó Carlota, acortando la distancia con Felipe. Se quitó el anillo—. Toma.

—No —se negó él, sonriendo—. Es tuyo.

La rubia lo abrazó por última vez, como también a una estupefacta y boquiabierta Eugenia, y se marchó.

—Felipe, ¿qué ha pasado con Carlota? Si no fuera tu prometida y no me hubiera insultado antes —dijo Eugenia, observando la partida de Carlota y Vikingo—, me atrevería a decir que Hagen y ella están enamorados, pero algo les impide ser felices, como nos ha pasado a nosotros. Qué tontería, ¿verdad? —se rio con suavidad.

Ahora fue él quien se quedó boquiabierto. ¿Carlota y Hagen? ¿Podría ser...?

—¿Por qué lo dices? —indagó Felipe, curioso.

—Bueno, no hay más que ver cómo les brillan los ojos cuando se miran. Quizás es solo cariño, pero me ha dado la sensación de que había algo más. No sé, a lo mejor es que como yo ahora soy tan feliz —sonrió, ruborizada—, veo corazoncitos y flechas de cupido por todas partes.

Él estalló en carcajadas, rodeando sus hombros. Ella lo correspondió por la cintura.

—No has respondido a mi pregunta...

Recogieron las maletas y se encaminaron a la salida, mientras Felipe se lo contaba.

—Definitivamente, Carlota y Hagen están enamorados —concluyó Eugenia, convencida—. ¿Qué será lo que los retiene?

—¿Tú crees?

—Y hacen muy buena pareja. Son muy guapos, rubios y simpáticos. No sé —se encogió de hombros—, tienen un *feeling* especial.

—Hagen no es simpático —masculló Felipe con una mueca.

—Y esa es otra razón por la que sé que no me equivoco —sonrió—. Contigo, nunca ha sido simpático porque eras el novio de Carlota y luego su prometido. Y él es simpático, conmigo lo ha sido.

—Porque eres preciosa —se detuvo—. Contigo es imposible no ser simpático —la besó en los labios—. Y deja de seguir diciendo cosas buenas de Hagen porque me estás poniendo celoso —la besó otra vez, más prolongado—. Que si es guapo, que si es simpático... —la besó de nuevo, introduciéndole un ápice la punta de la lengua.

—Tú eres mi príncipe rojo —lo tomó por las mejillas. A él se le cayó el equipaje al suelo—. No hay nadie como tú. ¿Te vale esto para que desaparezcan tus celos?

—Más tarde me demuestras que no hay nadie como yo...

Aquella promesa le robó un jadeo a Eugenia, que Felipe se bebió de su boca, porque la besó más... Y más... Y más... Y más... Hasta que un hombre de impecable uniforme negro entero los interrumpió.

—Buenas días —los saludó, en español, con un marcado acento y una sonrisa amable—. ¿El señor Felipe Barrueco y su esposa?

Él asintió y le tendió la mano.

—Buenos días. Sí, somos nosotros.

Eugenia desorbitó los ojos, pero permaneció callada.

—Encantado de conocerlos, señores de Barrueco —les estrechó la mano a ambos—. Síganme, por favor.

Lo siguieron hacia un precioso Mercedes negro de 1968. Les abrió la puerta trasera para que se acomodaran, mientras guardaba el equipaje en el maletero. A continuación, les ofreció zumo de piña muy fresco, que agradecieron sobremanera, antes de sentarse al volante.

—¿Se cree que estamos casados? —preguntó ella en voz baja, nerviosa y con las mejillas arreboladas.

Felipe ocultó una risita. En realidad, él lo había indicado en el hotel por teléfono al hacer la reserva, pero solo para que les dieran la mejor habitación. Se mantuvo en silencio hasta que alcanzaron el hotel y otro hombre uniformado los guio hacia su pequeño y maravilloso rinconcito particular durante los tres días de estancia en Siem Reap.

—Oh, Dios mío... —musitó Eugenia, alucinada por la belleza del lugar.

Al fondo del verde y perfectamente cuidado jardín tropical del hotel estilo colonial, que parecía más una mansión camboyana que un hotel en sí, y cerca de la piscina de azulejos verdes rodeada en sus cuatro lados por hamacas de madera, se detuvieron frente a una puerta por la que se accedía a su bungalow.

—Bienvenidos y felicidades —les indicó el empleado, antes de entregarle la llave y dejarlos solos.

—Oh, Dios mío... —repitió Eugenia, tapándose la boca.

Estaban parados en la entrada. Se trataba de un espacio abierto compuesto de salón, baño,

dormitorio, terraza con *jacuzzi*, a la que se accedía gracias a una cristalera, ducha exterior y bañera interior. La decoración era por completo *zen*: estilo depurado, sencillo, materiales naturales, muebles bajos y colores claros que contrastaban con la pared rojiza en la que estaba apoyada la cama, frente a la bañera, y la pared anaranjada del salón, justo donde se hallaban ellos. Se respiraba paz y tranquilidad, pero también... sensualidad.

—Me lo recomendó un compañero —le explicó Felipe, acercándose a la cristalera—. Su hermano y su cuñada estuvieron aquí en su luna de miel hace siete años y repiten cada año por su aniversario. Dicen que es mágico este hotel —sonrió, admirando la terraza. Abrió la puerta y salió. Avanzó hacia el *jacuzzi*, en el centro. Estaba repleto de plantas y había dos sillones individuales de mimbre en una esquina—. Y también me recomendaron que dijera que éramos recién casados, así que, eso hice —se agachó para probar la cálida temperatura del agua y la miró—. Creo que el zumo de piña es por eso.

—Dijiste que no todos los hoteles eran como el de Bangkok —musitó Eugenia, seria aunque ruborizada.

—Y no lo son —le guiñó un ojo mientras se sentaba en el borde, casi a ras del suelo—. Ven aquí.

Ella suspiró con resignación y caminó hacia él. Se acomodó entre sus piernas abiertas y recostó la cabeza en su pecho.

—No quiero que te gastes tanto dinero —declaró Eugenia en un tono tembloroso.

Felipe la besó en el pelo y la estrechó contra su pecho.

—Y yo no quiero que te preocupes por nada. Es un hotel lujoso, pero es un hotel que no está explotado. Quería que tuvieras de todo este mes y que fuese un viaje mágico, ya lo sabes —la tomó por la nuca y la obligó a observarlo. Entonces, descubrió que estaba llorando. Y se inquietó—. Nana... ¿Qué ocurre?

—Es que... —se secó la cara con las manos y se arrodilló en el suelo—. Que me traigas a estos sitios, pues... —tragó saliva—. Te puede parecer una tontería, pero me acuerdo mucho de mis padres, de la vida que llevé y... —volvió a tragar saliva—. No me importó quedarnos en la calle cuando murieron, no estoy así porque necesite esa vida y ese despliegue de dinero —apoyó las manos en sus pectorales—. Es que... —lo miró, ligeramente asustada—. Primero me llevaste al Broome en Nueva York y luego organizaste este viaje por Asia... —más lágrimas bañaron su rostro sin contención—. Y solo por mí... Es... —suspiró de forma entrecortada—. Es... —hizo un gesto como si se sacara el corazón del pecho—. Es... —suspiró de nuevo.

Él no supo cómo tomarse aquello.

—¿Y eso es bueno o es malo? —quiso saber Felipe, titubeando y sin apenas respirar por el miedo a haberse equivocado.

Eugenia se echó a reír de repente, acariciándole los pómulos con dulzura.

—Es bueno, tan bueno que me desborda... —se sonrojó mucho más—. Te amo tanto... —lo besó en los labios—. Gracias...

Él expulsó el aire que había retenido. Aquella mujer era un torbellino de emociones.

Y le encantaba.

Desempacaron los enseres de aseo y un poco de ropa.

—En el siguiente punto de nuestro mapa, lavaré ropa —le avisó Eugenia, recogiendo el pelo en una coleta alta y tirante, pues hacía calor y agradecía tener la nuca despejada.

—¿Nuestro mapa? —repitió Felipe, asomándose por una esquina del espejo, situado encima del lavabo con una sonrisa.

—Sí —le devolvió el gesto—, este viaje es nuestro mapa. He pensado que ese será el inicio de mi libro, un pequeño mapa de nuestro recorrido. Lo editaré un poco para darle mi toque, porque no sé dibujar, soy pésima. Y creo que el trocito de mapa será en blanco y negro, y las fotos en color, porque los colores de aquí ya son los protagonistas —asintió, sumida en sus repentinas ideas—. Me gusta —amplió su sonrisa.

—¿Y cómo lo llamarás?, ¿como propuso Richi?

—Parecido —ladeó la cabeza y entornó la mirada, pensativa—. Aún no lo he decidido, pero llevara *un avión de papel* en el título, eso seguro —asintió de nuevo, solemne, y se dirigió hacia el armario. Sacó una camiseta a rayas azul y blanco, ancha y que caía por un hombro, y se cambió el jersey que llevaba—. ¿Nos vamos? —frunció el ceño, tocándose la tripa—. Tengo hambre. Desayunamos muy temprano.

Felipe se había quitado el uniforme y se había puesto unas bermudas de color caqui, una camiseta blanca de manga corta ceñida con elegancia a sus músculos y unas *vans* de ante beis, cerradas, sin cordones. Estaba guapísimo y su piel se había bronceado levemente en Bangkok. Tenía el pelo revuelto la mayor parte del tiempo, pero se lo había mojado y cepillado con la raya lateral unos minutos antes. Ella ahogó una risita porque tardaría un minuto, si acaso, en despeinárselo.

—¿De qué te ríes, ratoncita? —sonrió él, acercándose como un depredador.

—De que no entiendo por qué siempre te peinas si luego no tardas en despeinarte —sonrió, divertida.

—¿Eso significa —le rodeó la cintura con los brazos— que vamos a quedarnos en el bungalow? —arqueó las cejas.

—He dicho que tengo ham... —pero se detuvo al percatarse de la picardía con la que Felipe la observaba—. Oh... —y se sonrojó.

—Lo digo porque como te encanta tirarme del pelo cuando... ya sabes —le guiñó un ojo—. Eres tú quien me despeina.

El calor de las mejillas de Eugenia creció hasta lo indescriptible. Se soltó, avergonzada.

—Yo no te tiro del pelo —se cruzó de brazos, arrugando la frente—. Yo no te despeino.

—Claro que me tiras del pelo y me despeinas —también se cruzó de brazos, pero no varió su solazada expresión—. Me tiras tanto del pelo que deben faltarme ya unos cuantos mechones, aunque a mi edad —se burló con un mohín— no me preocupa, porque tengo mucho pelo, ¿no? —ladeó la cabeza—. Eres muy... —se humedeció los labios lentamente, adrede—, fogosa. Y un poquito agresiva, ¿no crees?

Ella se giró por los nervios que la invadieron.

—Pues estate tranquilo, que no volveré a tirarte del pelo —se dirigió hacia la puerta.

—No he dicho que me moleste. Y en ese momento no puedes controlarte, ratoncita.

Aquello la frenó, pero no se giró.

—Es más —añadió Felipe—, puedes tirarme del pelo las veces que quieras, yo siempre estoy dispuesto a complacerte —recalcó con ronquera.

Eugenia se sentía tan abochornada que fue a abrir la puerta, porque necesitaba huir, pero él posó una mano en la madera, impidiéndoselo.

—¿Adónde vas? —le susurró Felipe en el oído, áspero e incitador, acariciándose con el aliento, acelerándole las pulsaciones.

—Quiero irme... —sus párpados se cerraron, pesados.

—No quieres irte.

—Sí... —suspiró, irregular.

—No, Nana, quieres quedarte conmigo aquí, pero estás avergonzada y muy colorada por lo que te he dicho —respiró hondo en su cuello, rozándose con los labios—. Te dije que nunca sintieras vergüenza conmigo, así que ahora mismo voy a quitarte la vergüenza...

Ella retrocedió de manera inconsciente, alejándose. Felipe avanzó. Lentamente, Eugenia continuó caminando hacia atrás y él, hacia adelante, con una sonrisa cada segundo más traviesa, y... Oh... Y esa sonrisa la conocía muy bien...

—No me vas a cazar —le avisó ella, intentando ocultar la diversión que se apoderó de su cuerpo en ese momento.

—No, ¿eh?

Felipe avanzó más deprisa. Eugenia retrocedió más deprisa.

—Siempre te cazo, ratoncita —y soltó una carcajada cuando ella se chocó con la esquina de la cama.

—Esta vez, no —corrió hacia la puerta, la abrió y salió precipitada al pasillo.

Pero él siempre la cazaba... Y en esta ocasión, la cargó sobre el hombro y la lanzó a la cama. Ella gritó por la impresión y botó sobre el colchón. Y Felipe no le concedió tregua, sino que tumbó medio cuerpo sobre el suyo, le sujetó las manos por encima de su cabeza y comenzó a hacerle cosquillas por la tripa. Eugenia estalló en carcajadas enseguida, olvidándose de la vergüenza. Se retorció, pataleó y no paró de reírse.

—¡Por favor! ¡Felipe!

Él, contemplándola con gran diversión, empezó a convulsionarse y también estalló en carcajadas. Detuvo las cosquillas, al fin, y aflojó el agarre, aunque no la soltó aún.

—¿Se te ha ido la vergüenza? —le preguntó Felipe, sonriendo—, ¿o necesitas más? —y descendió hacia su cadera, su punto débil.

Y a Eugenia se le escapó un largo gemido de placer, porque aquellas cosquillas no eran divertidas, en esa parte de su cuerpo no...

Durante unos segundos, se miraron con tal anhelo que el deseo creció a una rapidez sorprendente. Él se inclinó hasta quedar a escasos milímetros de su boca. Introdujo la mano, con mucha suavidad, por la cinturilla de sus *shorts*, acariciándole la cadera, sabiendo lo que sucedería a continuación... Ella se arqueó de forma inconsciente y volvió a gemir. Sus labios se tocaron. Eugenia, incapaz de permanecer quieta, le rodeó con la pierna y alzó las caderas en un ruego que nada tenía de inocente. Y Felipe...

—Joder, Nana... —siseó, poniéndose en pie de inmediato—. De rodillas en la cama —le ordenó, mientras se desabrochaba las bermudas—. Las manos también.

Ella, temblando, obedeció, ansiosa. Él se colocó detrás y liberó su erección, que guio hacia la entrada de su intimidad, frotándola un segundo agónico.

—Dios, Nana... —resopló—. Siempre estás lista para mí...

—Felipe... Por favor...

Eugenia se curvó como una felina de forma instintiva y él lo aprovechó y se enterró profundamente en su interior de una embestida dura, pero balsámica, que le hizo gemir de alivio, casi chillar, al sentirse plena y completa por él... De él.

Y su príncipe rojo no esperó un solo segundo, sino que cogió sus cabellos en un moño desordenado con una mano, curvándole el cuello hacia arriba, avivándola infinitamente más, y, con la otra, se aferró a su cadera. Comenzó un vaivén salvaje, embistiéndola con desesperación, abrigándolo ella con desesperación...

—Me vuelves loco... ¡Muy loco, joder!

Los choques de sus cuerpos se sucedieron de manera cada vez más rápida, más desenfrenada, más depravada, más irracional, más fiera, más lujuriosa, más atrevida, más...

Nunca había sentido nada parecido. Era demasiado carnal. Su piel estaba por completo erguida, su cuerpo lloraba por exprimir la lujuria que los asaltaba, incluso ella sollozaba de puro placer desmedido. Era desbordante... Y tan adictivo...

—Solo pienso en esto, día y noche... —confesó él, entre ahogos discontinuos—. En hacerte el amor hasta morir... En cumplir todas y cada una de mis fantasías... Todas contigo... Siempre tú... Antes... Ahora... Mañana... Dormido o despierto... Y no me sacio de ti... Y no creo que lo haga nunca...

—No puedo más... —le rogó Eugenia, cuyas extremidades, brazos y piernas, vibraron, flaquearon, se debilitaron—. Felipe... Por favor...

—Conmigo... Nana... —le costaba hablar.

Felipe, entonces, le soltó el pelo y acarició su intimidad con tal maestría que ella se mareó, se le nubló la vista y gritó su nombre mientras un clímax implacable la engullía en un abismo sin fin, un abismo al que se precipitó junto a su príncipe rojo, juntos. Agotados, aterrizaron en el colchón.

—Felipe... —se estremeció, haciéndose un ovillo—. Abrázame...

—Mi Nana... —la envolvió entre sus trémulos, pero protectores brazos.

Se besaron con ternura hasta que se recuperaron.

—Confías en mí y eso me llena de orgullo, te lo prometo, siento que te merezco —le dijo Felipe, que se acostó boca arriba con la mirada en el techo—. Soy feliz... —una carcajada de incredulidad brotó de su garganta—. Tengo treinta y siete años y es la primera vez en mi vida que me siento así. Nunca es tarde, ¿eh? Casi a los cuarenta —giró la cara en su dirección y le dedicó su sonrisa arrebatadora—. Y es solo por ti.

A Eugenia se le formó un grueso nudo en el pecho. Se tapó los labios con una mano para ahogar un sollozo y cerró los ojos, pero Felipe le quitó la mano y la besó con una dulzura extrema. Y su estómago rugió, hambriento. Ambos se rieron.

—Mi Nana tiene mucha hambre —se levantó y la ayudó a hacer lo mismo, además de ajustarse su propia ropa y de atarle a ella los cordones de las zapatillas que siempre calzaba desatadas—. Eres un desastre precioso —le trazó el puente de la nariz con el dedo índice—. Vámonos.

Se montaron en un *tuk-tuk* que había en la puerta del hotel y se dirigieron hacia el centro rumbo a un nuevo lugar por descubrir.

A Siem Reap no se la podía calificar de bonita, pero sí poseía un encanto especial que la hacía única y que la convertía en la más importante de Camboya: era donde se multiplicaba la concentración de los templos del país. En el hotel, les aconsejaron que pasearan por la ciudad tranquilamente, que se empaparan de la vida de allí y que, al día siguiente, visitasen el célebre Angkor Wat y sus alrededores.

Fue un día mágico añadido a *su mapa*. Pasearon cogidos de la mano sin perder la sonrisa un segundo. Comieron sopa en uno de los puestos callejeros, un plato estrella de la cocina *jemer*, y arroz. Lo más popular era la carne de cocodrilo y de serpiente, pero, tanto Felipe como ella, decidieron dejarlo para otra ocasión.

Por la tarde, como la ciudad era pequeña y apenas contaba con una calle principal y algunas paralelas turísticas, caminaron abstraídos saliendo del bullicio y se toparon con uno de los puentes que cruzaban el canal del río Siem Reap, poco frecuentado, alejado de las masas de extranjeros. En la rivera, había un bonito paseo con bancos, esculturas y farolas con detalles labrados, uno de los más bellos lugares que habían visto. Y como Siem Reap estaba llena de puentes, los admiraron todos. Eugenia tomó infinitas fotos con su príncipe rojo como protagonista, sin que él se diese cuenta.

Para cenar, decidieron quedarse en el bungalow. El servicio de habitaciones les llevó un carrito con suculentos manjares típicos de Camboya, entre los cuales se hallaba el plato nacional: *amok*, servido en hojas de plátano, con pescado cocinado con leche de coco, verduras y especias.

—Me gusta la comida de aquí —comentó ella cuando terminaron—, por cómo la sazonan con las especias, pero prefiero mi comida española a las serpientes y los cocodrilos —hizo una mueca—. Qué asco...

Estaban en la terraza, descalzos, en los sillones de mimbre. Unos farolillos alumbraban aquel maravilloso rincón con luz amarilla muy agradable, incluso espiritual. Y se respiraba naturaleza pura por las hermosas plantas que lo poblaban. Se sentían relajados.

Felipe se rio.

—Cuando nos dijo el dueño del puesto que lo probásemos, creí que vomitarías allí mismo —se burló él, con los ojos brillantes de diversión.

—¡Oye! —protestó con fingido enojo—. Y tú, ¿qué? Te quedaste blanco.

—No me quedé blanco, sino verde, igual que tú.

Estallaron en carcajadas.

—No pruebo una serpiente ni aunque me paguen —señaló él, con otra mueca—. ¿Te imaginas que nos han colado algo en la sopa?

Eugenia se tapó la boca, horrorizada. Felipe se inclinó y le quitó la mano, entre risas. La besó en los labios con suavidad.

—¿Te apetece que nos bañemos en la piscina antes de dormir? —le sugirió él, incorporándose—. Está abierta de noche y creo que ponen una hoguera en el centro del agua. ¿Quieres?

Ella sonrió, se levantó y fue a asentir, pero...

—¡No me he traído bañador! —se llevó las manos a la cabeza—. ¡Mi-mierda! ¡Se me olvidó!

—Ponte tu ropa interior. En el punto siguiente de nuestro mapa, te compras algo. No me fio mucho de los mercados de aquí.

—Sí —convino Eugenia, chasqueando la lengua—, es una ciudad bonita, pero está muy explotada.

—La ciudad en sí no me parece bonita, pero los puentes y lo que vamos a ver mañana, merecen la pena.

—Y este bungalow —sonrió—. Es precioso —apuntó al *jacuzzi* con el dedo índice—. Lo probaremos mañana, hoy toca la piscina.

Felipe se acercó y la rodeó por las caderas, atrapando su trasero al instante y robándole un suspiro entrecortado.

—Mañana toca *jacuzzi*, vale, pero desnudos, Nana.

—Sí...

Su príncipe rojo deslizó las manos por los costados de su cuerpo hacia arriba, hasta acunar su rostro. La besó con los labios separados, prolongado, dulce, mimoso... Eugenia gimió, alzándose de puntillas para pegarse más y enroscándole los brazos en la nuca.

—Creo que la piscina puede esperar...

—Sí...

Una corriente eléctrica la recorrió cuando Felipe arrastró de nuevo las manos hacia abajo, enredando la lengua a la suya con languidez, y la levantó en el aire por las nalgas muy despacio, apreciando cómo serpenteaban ambas anatomías en busca de fricción. Lo ciñó con los muslos. Él caminó hacia el interior. Cayeron sobre la cama en un amasijo de extremidades y el beso se tornó fiero, violento...

Pero el móvil de ella los interrumpió de pronto. Lloriquearon de frustración, con las respiraciones al borde del colapso.

—Cógelo —le indicó Felipe, apartándose—, que luego Sofi se enfada y llama a la Interpol —le guiñó un ojo—. Voy a ponerme el bañador —la besó en la frente y se alejó.

Eugenia, molesta por la inoportuna intromisión, sacó el móvil de su bolso, en el salón, y observó la pantalla. Automáticamente se paralizó.

—¿Qué pasa? —se inquietó él al acercarse, ya cambiado con el bañador y otra camiseta—. ¿Quién...? —no acabó la frase. Vio la cara de Isabel en el iPhone, junto a un niño que, dedujo, era Juanito—. Te espero en la piscina —ni siquiera la besó, se tensó y se fue.

Ella respiró hondo y descolgó, obligándose a mostrar una sonrisa.

—Hola, Bel.

—*Hola* —sonrió.

Era guapa hasta en pijama. Sus abundantes y rubios cabellos ondulados y capeados hasta el pecho se los había recogido en un moño deshecho, como siempre hacía para estar cómoda. Sus preciosos y almendrados ojos marrones oscuros bailaban alegres. Estaba sentada en un sofá de su apartamento, con su hijo en su regazo.

—*¡Hola, tía!* —la saludó su sobrino, agitando una mano.

—*¡Hola, Juanito!* —amplió su sonrisa.

Juan era un niño de facciones dulces, pelo y ojos heredados de su abuela materna, como Eugenia, pues ella se parecía mucho a su madre. Isabel, en cambio, era un calco de su padre.

—*¿Qué tal el viaje?* —se interesó su hermana—. *¿Dónde estáis?*

—En... —durante un segundo, se planteó mentirle, pero prefirió no hacerlo, siempre era mejor ir con la verdad por delante—. En Camboya.

—*¡Camboya!* —desorbitó los ojos.

—*¿Dónde está eso, tía?* —quiso saber su sobrino, arrugando la frente.

—Es un país de Asia.

—*¿A la derecha de Europa?*

—Sí —sonrió—. Eso es.

—*Eso está muy lejos, tía* —profundizó su ceño, preocupado.

—Un poquito —salió a la terraza y se acomodó en uno de los sillones de mimbre con las piernas flexionadas debajo del trasero—. Y cuando vuelva, iré a Barcelona a verte, ¿quieres?

—*¡Sí!* —aplaudió y se marchó corriendo llamando a su padre.

—*¿Camboya?* —repitió Bel, extrañada—. *¿Qué se os ha perdido a Sofía y a ti allí? Cuando me dijiste que os ibais de vacaciones, me imaginé que iríais a Galicia, como hacéis todos los años, que pasáis unos días en la casa que tiene la familia de Sofía allí* —se cruzó de brazos.

A Eugenia se le borró la sonrisa. La inundó la rabia y la impotencia.

—Ya no trabajo, Bel —declaró ella, seria—. Lo dejé. No soportaba a Conrado, ya lo sabes. Isabel la observó con gravedad.

—*Por otro trabajo, ¿no?* —indagó su hermana.

—No —negó con la cabeza—. Voy a dedicarme a la fotografía.

—*¿Dejas tu sueldo, porque no soportas a tu jefe, para dedicarte a la fotografía? ¿Te das cuenta de que la fotografía es un hobby, no tu vida real?*

—Sí —los nervios la invadieron.

—*¿Y te parece bien quedarte en la calle sin un céntimo solo porque quieres hacer fotos? Eso no es una actitud muy madura.*

—Mamá hacía fotos —tragó saliva.

—*Sí, Eugenia, se dedicaba a la fotografía de moda, le pagaban, tenía un sueldo, contactos, experiencia, estudios... ¿Y tú?* —arqueó las cejas—. *Estudiaste Empresariales. Eres contable. Lo elegiste tú, nadie te obligó. Tienes veintisiete años, Eugenia, no eres una niña. Los adultos toman decisiones y tú ya tomaste la decisión de tu futuro* —sonrió—. *La fotografía te gusta, claro que sí, igual que a mamá, pero no es tu profesión. Lo tuyo son los números, no el arte. Tu jefe es un capullo* —hizo un ademán—, *como la mayoría, muy pocos son buenos, pero es lo que toca. ¿O quieres venirte a vivir con nosotros? La puerta está abierta, ya lo sabes, soy tu hermana mayor, lo único que te queda y, si tengo que mantenerte, lo haré. No importa que no quepamos los cuatro en esta caja de cerillas que tengo por casa, pero por ti, lo que sea.*

—Tengo ahorros... —musitó, sintiéndose cada vez peor.

—*Los ahorros no duran eternamente, ¿o acaso eres rica y me acabo de enterar?* —se inclinó hacia la pantalla.

—No...

—*Mira, Eugenia* —se volvió a recostar en el sofá, rodeándose las rodillas en el pecho—, *te entiendo. Yo también tuve un jefe idiota, pero si dejé de trabajar fue por Juan. Fue una decisión entre Luis y yo. Y podíamos permitirnoslo. Pero tú...* —chasqueó la lengua—. *Y perdona que te diga, pero dejar un trabajo por el que muchos matarían, piensa en todas esas familias que ahora viven en la calle, por hacer fotos y, encima, largarte a Camboya para gastarte tus ahorros, ¿te parece que eso es lo que tenías que hacer?* —negó con la cabeza—. *Claro que no, Eugenia. Tu vida es ese trabajo que no te gusta, porque lo has elegido tú* —insistió, solemne—, *tú, Eugenia, y no pasa nada. Tómate Camboya para relajarte porque lo necesitas, pero, a la vuelta, habla con Conrado, que del aire no se vive, ¿o no te acuerdas cuando se murieron papá y mamá y nos quedamos en la calle?*

Ahora que lo pensaba, Felipe tenía razón. Isabel no discutía, sino que te hacía sentir ridículo con su lógica aplastante de pros y contras. En cualquier otra persona, uno creería que tal discurso era bueno, para poder decidirse en algo, ventajas y desventajas, pero lo que hacía su hermana era añadir sus sutiles opiniones negativas en las frases y convertir los pros en contras, de tal modo que manipulaba para conseguir su objetivo: que la obedecieran sin ordenar, que uno aceptara lo que imponía sin imponer, sintiendo que lo que pensaba era una tontería.

—No nos quedamos en la calle, Bel... —temerosa por su reacción, se atrevió a añadir—: Fe... —carraspeó—. Felipe cuidó de nosotras.

Su hermana palideció.

Era la primera ocasión en que lo nombraba en los últimos ocho años.

Isabel entornó su oscura mirada, pero se recompuso enseguida. Sonrió.

—*He estado echando un ojo a los vuelos a Madrid para tu cumple y...*

—Este año —la interrumpió—, mejor me acerco yo, después de mi cumple. Es que me van a

hacer una fiesta y...

—¿Una fiesta? —arrugó la frente—. ¿Quién?

—Sofi tiene novio, acaba de empezar con un chico y...

—¿Sofía acaba de empezar con un chico, pero se ha ido a Camboya contigo? —enarcó una ceja.

—Es que el viaje ya lo teníamos contratado —sonrió, simulando sosiego y rezando para que no pillara sus mentiras—. Y desde hace unas semanas salimos con los amigos de su novio y...

—¿Unas semanas, y me lo dices ahora, desde Camboya?

—Bueno, es que... —titubeó, tragando saliva otra vez.

—¿Ocurre algo que deba saber, Eugenia? —se irguió.

Ella tragó saliva por enésima vez.

—Quiero ir a Barcelona yo este año —anunció, seria—. Cuando termine el viaje, iré a veros.

—¿Y cuándo terminas tu viaje?

—El treinta de noviembre.

—El día en que, supuestamente, te hacen una fiesta los amigos del novio de tu amiga, la cual se va un mes entero contigo a Camboya —permaneció unos segundos callada—. ¿Por qué me mientes? ¿Qué me estás ocultando? Primero, dejas tu trabajo para quedarte en el paro porque ahora, de repente, te apetece hacer fotos —enumeró con los dedos sin elevar el tono de voz—, te vas un mes lejos de España para gastarte tus ahorros, cambias la rutina que tienes conmigo, o sea, con tu hermana, y me mientes. ¿Qué te ha pasado, Eugenia? ¿Qué te está pasando?

Eugenia inhaló una gran bocanada de aire.

—Pásame a Juanito, que quiero hablar con él.

—No, hasta que me digas la verdad.

La verdad... Se rio, sin humor.

—Nos veremos en Barcelona, a mi vuelta —anunció ella, levantándose—. Llámame el domingo que viene para hablar con Juanito, por favor —y finalizó la llamada.



Felipe colgó. Acababa de telefonar a Richi porque la llamada de Isabel lo había inquietado tanto que necesitaba escuchar las ocurrencias de su mejor amigo, aunque habían terminado charlando sobre Eugenia y Sofía como dos tontos enamorados.

Estaba tumbado en una de las hamacas del jardín tropical del hotel donde se encontraba la piscina, en cuyo centro había una pequeña fogata que confería al lugar un romanticismo sugerente, incrementado por una suave música *zen* que salía de unos altavoces, ocultos detrás de unos árboles, en las esquinas.

Y, de repente, vio a una ninfa de pelo oscuro y largo, descalza y sonriendo con timidez, que descendía las escaleras que conducían al jardín. Llevaba un vestido blanco, vaporoso, de tirante fino, suelto desde el pecho hasta las rodillas y traslúcido. Gracias a las velas que rodeaban la piscina y a las llamas de la hoguera, él pudo atisbar sus braguitas, sus favoritas, las que se ataban con lazos en las caderas, y sus esbeltas piernas al caminar. Se le incrementaron los latidos de su corazón.

—Hola —le dijo ella al alcanzarlo.

No contestó, no pudo, se le atascaron las palabras. Estaba tan bonita, con algunos mechones tapándole un lado de la cara, retorciendo los dedos en el regazo y mordiéndose el carnoso labio

inferior, que si Felipe abría la boca sería para gemir por tal visión, y no estaban solos, había dos parejas más.

Él se incorporó y se quitó la camiseta por la cabeza, al igual que las zapatillas, dejándolo junto a las dos toallas que le habían prestado en la recepción del hotel. Acortó la distancia y le retiró a Eugenia la prenda que ocultaba su conjunto de ropa interior de encaje blanco. Con la penumbra, y que los presentes se hallaban en sus burbujas de amor particulares, nadie reparó en ellos. Enlazó una mano con la suya y la guio hacia el agua.

—Está caliente —comentó Eugenia, con una sonrisa que le robó el aliento.

En cuanto la calidez lo cubrió hasta la mitad del pecho, la pegó a su cuerpo y la instó a que lo rodeara con las piernas y con los brazos, apresando Felipe su trasero para que no se apartara, y también porque ambicionaba tocar sus nalgas, medio desnudas por el estilo brasileño de aquellas braguitas tan fascinantes que lo mantenían en un estado perenne de enajenación cuando la veía con ellas. Continuó hacia la hoguera. La piscina no los cubría más, cosa que agradeció sobremanera solo por poder admirar el inicio de sus senos, que se desbordaban un ápice de las copas bajas del sujetador y que se mojaban con sensualidad a cada leve movimiento.

—Qué bonito, ¿a que sí? —susurró Eugenia, ajena al éxtasis que estaba sintiendo él por estrecharla entre sus brazos, por notar cada curva de su cuerpo femenino—. Parece una alberca, no una piscina.

—Muy bonito —convino, ronco, introduciendo las manos dentro del encaje. Resopló.

Ella dio un respingo y lo miró.

—Felipe... —protestó en voz baja, clavándole las uñas en la espalda—. Hay más gente.

—Están a lo suyo —se situó detrás de la fogata, justo en el lado contrario a las dos parejas—. Y no voy a hacer nada que no quieras —le acarició la piel, en dirección descendente hacia...

Eugenia se sobresaltó, chapoteando en el agua por un espasmo que sufrió. Frunció el ceño, observando a los otros, muy nerviosa. Le empujó, se sumergió y huyó de Felipe, emergiendo en la esquina opuesta, bien lejos. Él gruñó y buceó, pero ella volvió a huir, en esa ocasión, hacia la hoguera. Sin embargo, Felipe aprovechó el juego de sombras que las llamas dibujaban en la piscina y se situó en una de ellas. Eugenia, desconfiada, se movió en su busca alrededor de la fogata, pero el fuego la cegaba a la oscuridad, por lo que él se sumergió otra vez sin que se enterase, hasta que la agarró de los tobillos y tiró para hundirla en el agua.

—¡Eres un i-idiota! —exclamó Eugenia, tosiendo—. ¡Por poco me ahogas!

Él estalló en carcajadas. Ella, enojada a un nivel descomunal, empezó a salpicarlo, pero Felipe la acorraló contra una de las paredes de azulejos verdes, la sujetó del cuello y se inclinó lentamente.

—No se te ocurra —sentenció Eugenia, furiosa—. No te he perdonado.

—Mejor para ti, porque no te he pedido perdón.

Ella emitió una exclamación ahogada por tal arrogancia. Era tan fácil picarla...

Fue a besarla, pero ella lo frenó tapándole la boca con los dedos. Y él, que se excitaba por segundos, se los chupó. Eugenia retiró la mano como si se hubiera quemado.

—¿Estás loco? —se retorció para salir de su firme presión.

—Mucho —sonrió con malicia, antes de dirigir las manos de nuevo a sus nalgas y pellizcárselas.

—¡Ay! —le dio un sonoro guantazo en el brazo que apenas le produjo cosquillas—. Para. Ya. ¿Vale?

—Me encanta cuando te enfadas, se te arruga la nariz como a una ratoncita.

Felipe le rozó la nariz con la suya, la apresó con fuerza e intentó besarla otra vez en la boca,

pero Eugenia giró la cara. Él parpadeó, boquiabierto.

—¿Acabas de rechazarme? —le preguntó Felipe, totalmente incrédulo.

—Se llama *hacer la cobra*, por si tus casi cuarenta años no están en la onda, colega —se burló con un mohín.

—Mis casi cuarenta, ¿eh? —la agarró por la nuca y la besó con determinación para que no se escapase de él.

Al principio, ella lo golpeó en el pecho y emitió quejas incoherentes, pero en cuanto tomó su trasero por dentro de las braguitas y la adhirió a su erección, se derritió, y no solo ella...

—Nana... —gimió él, apoyando la frente en la suya para controlarse.

Eugenia no se lo permitió, sino que se enloqueció, lo tiró del pelo y lo besó con ardor, arqueándose entre sus brazos, frotándose y jadeando sin ningún tipo de pudor.

Felipe escuchó unas risitas, por lo que detuvo el beso. Las dos parejas se marcharon, para su relajación, pues una cosa era jugar un poco y otra muy distinta hacerle el amor a Eugenia delante de nadie. Ni en sueños permitiría jamás que cualquier hombre la viese desnuda, mucho menos disfrutando del más puro placer. Era suya, en todo el sentido de la palabra.

—Hay que parar, Nana. Puede venir alguien.

—¿Ahora sí? —entornó la mirada, mosqueada.

—No eres la única que no quiere parar —le dijo en un áspero susurro.

—Pues no pares... —metió una mano por dentro de su bañador—. Y yo no soy la única que siempre está... dispuesta. Tú, también...

Ambos gimieron en un tono apenas audible.

—Nana... Yo siempre te deseo... —un leve vértigo lo asaltó—. Pero no es...

—Desde aquí, no nos ve nadie —lo mimó lánguidamente, ruborizándose—. ¿O sí?

—No... —se hallaban en un rincón oscuro y en el más alejado de la entrada del jardín. Su espalda, además, los escondía de las posibles miradas curiosas de las ventanas de las habitaciones—. Pero vas a tener que ser los ojos de los dos, porque yo solo veo jardín —se bajó el bañador lo justo y liberó su erección—. Estate muy atenta —frunció el ceño—. Y en silencio —le desató uno de los dos lazos de las braguitas y la alzó, al tiempo que se hundía en su interior a un ritmo tan desmayado que nadie sospecharía que pasaba nada más allá de un abrazo—. Dios, Nana... ¿Qué me haces? Jamás me hubiera imaginado hacer esto en un lugar como este...

Eugenia recostó la mejilla en su hombro y lo arañó en la espalda. Felipe se controló lo indescriptible para no bufar y embestirla como un auténtico animal. No obstante, fue tal la abundancia de placer que sintió cuando se unieron en un solo cuerpo, de ese modo tan desfallecido, que, sin esperarlo y cual principiante, se derramó al instante, quietos los dos... Ella comenzó a contraer sus músculos internos y a hundirle los talones en las nalgas con intensidad, así que no le cupo la menor duda de que...

—Felipe... —lo mordió en el hombro—. Yo...

—Yo, también —confesó, entendiendo lo que quería decirle.

Mientras la repentina culminación los abstraía de la realidad, no dejaron de mirarse, ni se inmutaron hasta que, poco a poco, aquel delicioso letargo se desvaneció. Y se abrazaron con fuerza, temblando, estremecidos y confusos por lo acontecido.

—Nana, yo... —tragó saliva, nervioso—. No es el momento, pero... —se separaron y se colocaron la ropa—. Lo estamos haciendo sin cuidarnos.

Eugenia se sonrojó tanto que Felipe se rio con suavidad.

—No soy tan ingenua —se quejó ella, cruzándose de brazos.

Él la besó en la boca con ternura.

—Lo eres, Nana, y eso es lo que me vuelve tan loco por ti —la observó con todo el amor que le profesaba—. Mañana compraré preservativos —añadió él, serio—. ¿Cuándo tuviste la regla?

—Antes de empezar el viaje —su expresión cambió y se asustó—. ¿Y si me quedo embarazada? Hemos sido muy imprudentes —se retorció los dedos, muy nerviosa—. ¿Te das cuenta de que no tengo trabajo? —le preguntó, muerta de miedo—. Estamos en nuestra quimera, pero...

—¿Qué ocurre? —se alarmó.

—Es que... —agachó la cabeza.

Felipe la condujo a la hamaca y se secaron con las toallas. Se sentaron.

—Isabel me ha dicho una cosa que puede que sea cierta —le confesó ella—. Le he contado que he dimitido del trabajo. Tengo ahorros, al menos, para unos pocos meses, sin caprichos, eso sí, pero todo se acaba.

—¿Qué quieres decir?

La mera idea de que Isabel hubiera tratado de herirla lo asqueaba.

—Yo no soy fotógrafa profesional —declaró Eugenia, tranquila, gesticulando—. Nunca lo he sido. Eso de dedicarme a la fotografía está muy bien, pero tengo que vivir, para vivir se necesita dinero y me niego a ser una mantenida. ¿Y si viene un bebé? —levantó la mano, negando con la cabeza cuando él fue a intervenir—. No se te ocurra decirme que contigo no necesito trabajar.

Felipe sonrió.

—No iba a decirte exactamente eso.

—¿Y qué ibas a decirme?

—Que conmigo puedes hacer lo que más quieras, que es dedicarte a la fotografía, aunque no ganes dinero al principio, o aunque ganes poco. Yo tengo suficiente para vivir los dos.

—Es lo mismo —masculló Eugenia, ruborizada—. Esto no es negociable ni discutible. Quiero aportar mi granito de arena.

—Me parece bien —asintió, ampliando su sonrisa e hinchando el pecho de lo orgulloso que se sentía de ella—. Por eso, te metiste en esa cafetería.

—¿Cómo?

—Cuando os mudasteis a mi piso, después de afrontar las deudas de tus padres tras su muerte, buscaste trabajo por las tardes. Por las mañanas, ibas a clase a la universidad y por las tardes, trabajabas en una cafetería —enlazó una mano con la suya, necesitado de su contacto al mencionar el pasado que los unía y que los había distanciado. Todavía le dolía—. Isabel y yo te dijimos que no hacía falta, pero tú...

—Isabel nunca me dijo que no hiciera falta —desvió los ojos, soltándose—. Solo tú.

Él enmudeció. ¿Otra mentira de aquella condenada víbora?

—Y lo hice por ti —agregó ella, flexionando las piernas sobre la hamaca y rodeándose las rodillas—. Me cuidaste sin que te lo pidiera. Isabel era tu novia, era normal que la cuidases a ella, pero yo no me quería sentir como la pobrecita que necesitaba que el novio de su hermana se hiciera cargo de ella. Por eso, busqué trabajo, sin importarme de qué. Cuando le conté a Isabel que me habían contratado de camarera en una cafetería, me dijo que ya era hora de aportar algo en casa, que ya no era ninguna niña y que necesitaba madurar y dejar de esperar a que tú me rescatases de todo.

Felipe comprimió la mandíbula. Se mantuvo callado y sereno por respeto a Eugenia.

—Ahora me ha dicho —continuó ella, con el semblante cruzado por la decepción—, que su casa está abierta para mí, pero que no estoy actuando con madurez al haber dimitido de un trabajo porque no soportaba a mi jefe, y que eso de dedicarme a la fotografía no es lo mío, que yo no soy

artista, que yo soy...

—No sigas —la abrazó con fuerza contra el pecho—. Me imagino lo que ha hecho: lo mismo que hacía conmigo.

—Ahora me doy cuenta, Felipe, por eso estoy así —silenció un sollozo—. Desde que tengo uso de razón, te prometo que era mirar a mi hermana o pensar en ella y sonreír —sonrió con amargura—. Siempre la vi como la más guapa, la más buena, la más inteligente, la más de todo, Felipe —escondió el rostro en su cuello—. Y, ahora, todo eso se ha roto. Yo me siento rota cada vez que lo pienso. Y es una sensación horrible...

Felipe suspiró. Los recuerdos invadieron su mente y perforaron sus entrañas.

—No estás sola, Nana —la besó en el pelo—. Jamás lo estarás. Siempre me tendrás a mí, independientemente de lo que pase. Siempre. Y sigue siendo tu hermana. Lo solucionarás, ya lo verás —intentó convencerse a sí mismo, aunque pronosticaba que esa relación de hermanas tenía poco futuro, por desgracia.

—Felipe... —se sentó a horcajadas sobre él y lo envolvió con su trémulo cuerpo—. ¿Por qué? ¿Qué le he hecho? Isabel no era así...

—Isabel siempre fue así. Lo siento, Nana, pero es verdad. Lo que pasa es que, como tú bien has dicho, la tenías en un pedestal. Y no es malo, es tu hermana. Lo anormal sería que no te pareciera la mejor en todo.

Eugenia suspiró. Felipe la besó de nuevo en la cabeza.

—¿Sabes? —le dijo ella, mirándolo con el ceño fruncido—. Cuando rompí las fotos, hace ocho años, y tiré a la basura las que salía Isabel, no lo hice porque discutiéramos ella y yo, ni siquiera porque tú me abandonases por su culpa. No fue por eso.

—¿Y por qué lo hiciste? —le acarició la cara con un dedo, secando sus lágrimas, embriagándose de lo preciosa que era hasta llorando, con los ojos y la nariz rojos.

—Lo hice porque era ella la que nos había unido a ti y a mí, y me daba rabia pensar que, si no fuera por Isabel, tú y yo no nos hubiéramos conocido. Por eso, rompí las fotos, como si de ese modo tú y yo hubiésemos vivido nuestra historia juntos, solos, sin ella, aunque las circunstancias de la vida nos separasen al final.

Su corazón explotó ante tal declaración.

—Nana... —acunó su rostro entre las manos, se agachó y la besó en los labios, tumbándose ambos en la hamaca—. Eso fue lo que yo soñé en el avión cuando me despedí de ti para mudarme a Munich, que tú y yo tendríamos nuestra historia de no haber existido Isabel; por eso, rompí la foto de tu cumpleaños, la quité a ella, nos pegué a ti y a mí con celo y la guardé en mi cartera. Solos tú y yo.

—¿Y te gustó ese sueño? —sonrió.

—Me encantó —le devolvió el gesto—. Y lo soñé durante ocho años, incluso cuando estaba con Carlota. Pero, ahora, la realidad es infinitamente mejor que...

—Cualquier cosa, mi príncipe rojo —lo besó en la boca, abrazándole el cuello.

—Mi Nana... Siento mucho todo esto.

—Yo, no —volvió a sonreír—. Las cosas pasan por algo. No me arrepiento de nada, ni siquiera de no haberme lanzado contigo —se rieron con suavidad—. Yo también soy feliz ahora, Felipe, como nunca antes lo había sido y lo peor de todo —sonrió con una tristeza innegable— es que, en el fondo, se lo debo a mi hermana, porque, si no hubiera sido por ella, nunca hubiera encontrado a mi príncipe rojo. No la odio —se sentó—. Pero me da lástima todo esto. Si mi madre estuviera aquí... —contempló las estrellas—. Siempre me decía que si alguna vez yo dejaba de sentir algo hacia alguien, directamente dejaba de sentir, es decir, ni bueno ni malo, entonces es que ese

alguien sobraba en mi vida. Y no es el caso, Felipe, siento muchas cosas hacia Isabel, buenas y malas. Y yo quiero a mi hermana, claro que la quiero, pero... —agachó la cabeza.

No continuó. Ese *pero* hablaba por sí solo.

Él la cogió en brazos y la transportó al bungalow. La cuidó como su niña que era. Le quitó la ropa mojada y le colocó una de sus camisetas, que le quedaban como un camisón. Le cepilló los cabellos, desenredándoselos, se los secó con el secador que había en el baño y la metió en la cama. Le mimó la espalda con las yemas de los dedos por debajo de la camiseta, abrazados, con las piernas enlazadas, hasta que se durmió en su pecho. Solo entonces, Felipe permitió que Morfeo se lo llevase consigo, pero con un funesto presentimiento en su corazón.

*

Los días pasaron... extraños.

Dijeron adiós a Siem Reap y saludaron a Kuala Lumpur, su tercer destino, la capital de Malasia, una ciudad moderna, llena de rascacielos y naturaleza verde donde convivían mayas, chinos e indios.

Dijeron adiós a Kuala Lumpur y saludaron a Yogyakarta, la capital cultural por excelencia de la isla de Java, en Indonesia, una especie de pueblo grande donde todos los habitantes se conocían entre sí, con las puertas de las casas abiertas de tan segura como era la ciudad, invadida por vegetación, repleta de arte callejero e inundada de música con pequeños recitales por las calles a cualquier hora del día.

Dijeron adiós a Yogyakarta y saludaron a Singapur, la gran metrópoli del sudeste asiático, donde la tradición y la modernidad se fusionaban en una.

Y fue en Singapur, a un día y medio de volar hacia su sexto destino, a once días de terminar su viaje, de regresar a España, a sus vidas, cuando Felipe telefoneó a Ricardo, desesperado. Aprovechó que Eugenia se acababa de dormir y salió de la habitación. Se dirigió al salón y de ahí, al fondo de la estancia, a la terraza abierta con vistas de Singapur, para hablar tranquilamente.

Estaban alojados en un apartamento, en pleno centro. Cuando había reservado, creyó conveniente variar un poco por si ella se cansaba de tanto hotel. Y, como Singapur era una gran ciudad que podría recordarle a la rutina madrileña por el estilo de vida, pensó que un piso coqueto y bien ubicado la reconfortaría más que un edificio de numerosas habitaciones, por muy famoso o caro que fuese.

—*Yo también te iba a llamar* —le dijo su amigo a través de la línea.

—¿Y eso?, ¿qué ocurre?

—*Dímelo tú, porque Sofi ya no sabe qué pensar. Dice que lleva dos semanas notando a Eugenia muy rara y cree que es porque ha pasado algo entre vosotros.*

—Sé lo que le pasa —se frotó la cara, tumbándose en el sofá de dos plazas que existía en un lateral—. Bueno... —dudó—, no lo sé, pero me lo imagino.

—*¿Es por su hermana? Sofi me lo ha contado todo, espero que no te importe...*

Él sonrió.

—Claro que no, además, pensaba contártelo yo cuando volviéramos, no es una conversación para mantener por teléfono.

—*Entonces, te perdono por no confiar en mí.*

Se rieron.

—*¿Y bien, Flip?*

Felipe respiró hondo y le relató aquella conversación sobre Isabel que había tenido con Eugenia su primera noche en Siem Reap, la última vez que habían hecho el amor. Durante el resto

de su viaje, hasta el momento, habían paseado cogidos de la mano, se habían empujado de turismo, habían compartido sonrisas, gestos cariñosos, algún beso casto, alguna caricia inocente, pero nada más. Ella había estado ausente y la había pillado en varias ocasiones con los ojos rojos e hinchados, signo indiscutible de haber llorado.

No la había presionado, tampoco interrogado. Y sabía que era fuerte, pero sufría por su hermana, porque, a raíz de que él y Eugenia se habían confesado sus sentimientos, ella se había despertado de un sueño en relación a Isabel, y de golpe y porrazo, como se solía decir.

—*Está jodida, entonces* —opinó Richi en un tono grave—. *Es normal. Es su hermana.*

—No sé qué hacer... Tengo miedo de sacarle el tema por si la hundo más —se le aceleró el corazón—. Richi... Yo he provocado esto. Si me hubiese callado como estuve callado los diez últimos años, ella no...

—*No, Felipe* —lo cortó, serio—, *que te quede una cosa bien clara: tú no tienes la culpa de nada, como tampoco Eugenia. Es Isabel la única culpable de todo. Esa tía es veneno, Flip, veneno...* —suspiró con fuerza—. *A Isabel jamás le ha importado su hermana pequeña. Es más, estoy seguro de que fue tu novia solo por joder a Eugenia, porque si resulta que tu novia te es infiel con otro tío, se queda embarazada de él y, nada más irte tú al romper con ella, ella se va corriendo con el otro, tienen el hijo y ocho años después se casan...* —bufó—. *A ver, Felipe, que cuando le pones los cuernos a tu pareja y luego acabas con el amante, es que estás enamorado de tu amante, fin de la historia.*

—Estamos de acuerdo —afirmó con total solemnidad—. Y también pienso más cosas.

—*Soy todo oídos.*

Felipe le contó cómo empezó su noviazgo con Isabel, la noche que celebraron las altas capacidades de Eugenia.

—*Ya no necesito más* —declaró Ricardo con la voz afilada—. *No me gustaría conocer a esa zorra, Felipe, ni de lejos, vaya zorra de cuidado* —gruñó—. *Y ahora entiendo el odio tan grande que le tiene Sofi, porque no la puede soportar, pero siempre ha callado por Eugenia, para no hacerle daño si se enteraba de lo que sentía Sofi hacia Isabel. La odia, te lo juro, Felipe.*

—No es la única —inhaló una gran bocanada de aire—. Es su hermana, Richi... —insistió, tapándose los ojos con un brazo flexionado—. Estoy muerto de miedo...

—*Pues no lo estés. Eugenia te adora desde siempre, Flip, igual que tú a ella. A su relación con su hermana no le auguro un final feliz, y lo pasará mal, te necesitará a su lado cuando rompa con Isabel, porque romperá, Sofi, tú y yo lo sabemos, por mucho que sea su hermana. Y creo que eso es lo que le pasa a Eugenia, que sabe lo que va a ocurrir cuando hablen, cuando le pida explicaciones.*

—Hablaban todos los domingos por Skype, pero no sabe nada de Isabel ni de Juanito desde hace dos semanas. Sé que Nana la ha llamado y ha insistido, pero no ha recibido respuesta.

—*Por cierto, ya me enteré de lo de Tomy.*

Felipe se incorporó de un salto.

—¿Y bien?

Le había enviado un mensaje a Richi la semana anterior, para saber si Tomás y Eugenia habían vuelto a hablar entre ellos, por si Sofía le podía decir algo, porque desde Siem Reap apenas habían charlado sobre nada que no fueran cosas del viaje.

—*Lo único que me ha dicho Sofi es que Tomy se compró un billete de ida y vuelta a Barcelona para ir a ver a Eugenia el fin de semana pasado y que Eugenia le escribió un par de días antes para contarle que no estaba en Barcelona, que no podía decirle dónde estaba, que*

por favor la perdonase por mentirle y que a su vuelta quería quedar con él para contarle todo.

—¿Y Tomy?

Era su amigo y, aunque no hubiera una gran confianza entre ellos, lo apreciaba y sentía mucho que sufriese, pero no iba a renunciar a Eugenia por nada ni por nadie.

—*A Tomy lo vi yo el otro día en Berlín* —le contó Ricardo—. *Estaba bastante serio. Me preguntó por ti, por tus vuelos de este mes, y también quería saber si eran ciertos los rumores.*

Cerró los ojos.

—¿Qué rumores, Richi?, ¿los que hicieron que Carlota volara medio mundo para comprobar que Nana estaba conmigo en Asia? —sonrió sin humor.

—*No, los rumores de que Carlota y tú habéis roto. Lo sabe todo el mundo. De hecho, en DATCO no se habla de otra cosa, a espaldas de Bruno, evidentemente.*

—¿Y qué le dijiste? —se acercó a la barandilla y apoyó los codos.

—*Que yo no era nadie para airear la vida privada de los demás, por muy amigos que fuésemos. Se enfadó y se fue. Pero no es ningún tonto, tío.*

—Lo sé. Elisa era una de las azafatas que iba en el vuelo de Madrid a Munich. Nos vio a Nana y a mí volar juntos. Y ya sabes que no puedo dejar de tocarla, así que... —suspiró—. Creo que fue ella la que empezó los rumores que inquietaron a Carlota.

—*Elisa es muy amiga de Tomy.*

—Lo sé.

—*Joder, Felipe...*

—No lo digas.

—*No hace falta que lo diga, pero habla tú también con Tomy. Forma parte del grupo, es un amigo más y somos cinco, si hay dos de nosotros con algún lío, va a ser desagradable para todos.*

—Lo entiendo, pero tampoco sé qué puedo decirle —chasqueó la lengua—. Y me repatea que Nana hable con él a mis espaldas.

—*Los celos no son buenos* —se burló, soltando una carcajada.

—Richi... —estaba inquieto y preocupado—. No sé qué hacer con ella... Lleva desde Camboya muy rara, y de eso hace ya más de diez días. Está a años luz de mí y no sé qué hacer para que vuelva...

Ambos permanecieron en silencio unos segundos.

—Y me siento tan mal... —añadió él, en un hilo de voz. Notaba que le faltaba el oxígeno—. No paro de repetirme una y otra vez que si me hubiera callado... —chasqueó la lengua, revolviéndose el pelo con saña—. En Bangkok, fue mágico, Richi, fue un sueño... —sonrió, distraído—. Desde que aterrizamos en Tailandia hasta nuestro primer día en Siem Reap, viví un sueño tan bueno... —se mordió la lengua para reprimir un gemido—. El mejor de mi vida. Pero tras haber aparecido Isabel... —apretó la mandíbula—. Joder...

—*Tío, creo que tengo la solución.*

—Estoy abierto a cualquier cosa, Richi.

—*Ya Eugenia le va a encantar...*

Malé.

Sí, Malé, la capital de la República de las Maldivas.

Sí, las Maldivas, ese paraíso tropical, virgen y salvaje, a salvo de la explotación industrial, ese paraíso tropical de arena fina y blanca, arrecifes de coral y aguas verdes cristalinas que uno veía en las revistas y que, aunque no le gustase la playa, rezaba por poder ir allí, al menos, una vez en la vida.

Sí, Felipe la había llevado, literalmente hablando, a las islas Maldivas.

No se lo podía creer.

Desde antes de aterrizar, tenía la mandíbula desencajada y no parpadeaba. Habían sido cuatro horas y media de avión desde Singapur y todavía le resultaba imposible creerse que estuvieran allí.

Se reunió con él, lo abrazó por el cuello, poniéndose de puntillas.

—Eres increíble —le susurró Eugenia, sonriendo, antes de besarle en los labios, sobrecogida por el nuevo destino.

Felipe le sonrió y le devolvió el beso, casto, breve y tierno.

Cuando se separaron para coger las maletas, a ella le recorrió el mismo escalofrío que padecía los últimos días; en concreto, desde aquella primera noche en Siem Reap.

Un hombre vestido de lino blanco, informal, pero elegante, los saludó en el *hall* de llegadas del aeropuerto de Malé, con un cartel donde había escrito *Señores Barrueco*, igual que en Camboya, algo que la incomodó. No podía evitar preocuparse por la cantidad de dinero que Felipe había invertido en *su mapa*. Todos los alojamientos, hasta el momento, habían sido maravillosos y no había escatimado en gastos. Cualquiera cosa que Eugenia se había quedado mirando más de dos segundos, él se lo había comprado. Pero ella se hallaba en su propio mundo desde la conversación que habían mantenido sobre Isabel.

Y no era la única que estaba rara, pues Felipe, a pesar de no haber dejado de tocarla a la mínima oportunidad, de mostrarse siempre cariñoso y amable, también se encontraba distante y muy callado.

—Por aquí, por favor —anunció el hombre, en español, con marcado acento, señalándoles una lancha motora que aguardaba aparcada junto al resto de transportes en el muelle, nada más salir del aeropuerto.

Se montaron y partieron rumbo a lo desconocido. Veinticinco minutos más tarde, el hombre detenía la lancha junto a una pasarela de madera que conducía a la orilla de una playa pequeña llena de vegetación virgen, parecía una isla desierta... Posó una mano en el pecho, atónita. Aquello era tan bello que se le puso la piel de gallina sin intención de normalizarse.

—Hemos llegado, señores de Barrueco. Bienvenidos —les sonrió el hombre, encargándose de las dos grandes maletas, y una tercera que habían comprado en Kuala Lumpur, Malasia, porque no les cabían los regalos que habían ido adquiriendo.

Caminaron; la pareja, cogida de la mano. Felipe cargaba su mochila en la espalda, como siempre, su chaqueta colgaba de su brazo y tecleaba en el móvil con la mano libre, sonriendo de manera distraída. Supuso que estaría hablando con Richi.

Al final de la pasarela, dos mujeres asiáticas, descalzas sobre la arena, vestidas también de lino blanco, les recibieron con una gran sonrisa y un cóctel de frutas helado que portaba cada una en una bandeja. Felipe se guardó el iPhone en el bolsillo del pantalón del uniforme. Bebieron la deliciosa bebida y se lo agradecieron.

—Por aquí, por favor —les indicó una de las dos mujeres, en perfecto español, avanzando hacia aquella vegetación virgen.

Se adentraron en ese hermoso paraje verde, de intenso olor a pureza, a vida. A pocos metros, se toparon con un sendero de piedras blancas. Lo atravesaron, apenas diez pasos, hasta encontrar un escondido bungalow de madera y techo de paja, rodeado y cubierto en los laterales por frondosa naturaleza. Parecía pequeño.

—Con solo descolgar el teléfono de la casa, hablarán con nosotros directamente —les explicó la otra mujer, entregándoles una llave—. Todo está según nos pidió ayer, señor Barrueco. Feliz estancia —sonrió a la pareja—. Esperamos que disfruten.

—Vendré a buscarlos el día acordado —añadió el hombre—. Les llamaré para confirmar la hora.

Felipe cogió la llave. Los tres desconocidos se marcharon por donde habían venido.

—¿Ayer? —repitió Eugenia, frunciendo el ceño.

—Ayer cambié la estancia —abrió la puerta y le permitió pasar primero.

—Por Dios... —murmuró ella, paralizada en el umbral.

Aquello era mágico, como el viaje en sí, como su príncipe rojo, como cada momento que pasaba con él... Las lágrimas amenazaron con bañar su cara como dos ríos. Tragó saliva.

Y no era pequeño. El bungalow se distribuía a lo largo, un rectángulo de dos plantas separadas por cuatro escalones anchos en la mitad del espacio abierto. A la derecha, había una puerta y a la izquierda, otra. Y al fondo, pasados el salón y la cocina, existía una piscina infinita, de esas sin bordes que parecían continuar hacia el mar, al aire libre, sin techar, con una hamaca de tela muy ancha colgada en una esquina entre dos árboles.

—Esto es... —balbuceó, anonadada—. No tengo palabras...

—Yo tampoco, Thelma —convino una voz femenina muy familiar.

Cuando una cabecita, también muy familiar, se asomó desde la terraza, y le sonrió, Eugenia parpadeó, creyendo tener visiones... Sofía entró, despacio, aproximándose hasta detenerse en la escalera. Se miraron un segundo en suspenso.

—¡Louise!

—¡Thelma!

Gritaron al unísono antes de correr la una hacia la otra y fundirse en un abrazo tembloroso. Se echaron a llorar entre carcajadas. Saltaron como dos niñas pequeñas mientras chillaban, locas de emoción por haberse reencontrado.

—Te he echado tanto de menos... —pronunciaron a la par, riéndose, a continuación, por haber dicho lo mismo a la vez.

Se secaron la cara y se tomaron de las manos.

—¡Estás morena! —exclamó su amiga, sonriendo—. Estás guapísima, Thelma. ¿Puedo tenerte un poquito de envidia? —hizo un fingido puchero.

—¿En serio? —arqueó las cejas—. ¿Te has dado cuenta de dónde estamos?

—¡Sí! ¡Estamos en las Maldivas! —se lanzó a su cuello con tal fuerza que aterrizaron en un sofá entre más carcajadas.

—Y eso que lleváis solo veinte días sin veros... —comentó Ricardo, al lado de Felipe, ambos observándolas, divertidos.

—Es la primera vez que nos separamos —les informó Sofia, que se puso seria de repente—. Desde que nos conocimos en la universidad, nos hemos visto a diario, menos en Navidad, y porque Eugenia la pasa en Barcelona, pero eso es un día y medio, no veinte —se levantó y, recatadamente, se estiró el corto vestido blanco veraniego que llevaba, ruborizada y evitando mirar a Richi—. ¿Algún problema? —inquirió.

Ricardo arrugó la frente.

—Ninguno.

—Perfecto —contestó Sofi.

—Vale —apuntó Richi.

El silencio que se instauró resultó más que incómodo.

Eugenia y Felipe se dedicaron una mirada de confusión. Parecía que el paraíso era solo de paisaje, porque lo que eran esas dos parejas... Una, distante y la otra, enfadada.

—El bungalow y la pequeña isla donde estamos es para nosotros cuatro solos —les informó Felipe—. Tenemos comida y bebida para los seis días que estaremos aquí. Si necesitamos algo, descolgamos el teléfono y hablamos directamente con los dueños, mientras tanto, nadie que no seamos nosotros vendrá aquí.

—Privacidad absoluta —lo definió Ricardo, todavía serio.

Más silencio incómodo.

—¿Deshacemos las maletas? —propuso Eugenia, sonriendo a Sofia.

—¿Podemos hablar un momento a solas? —le preguntó ella, arrastrándola hasta la terraza sin esperar una respuesta—. Tengo que pedirte un favor.

—¿Se puede saber qué os sucede a Richi y a ti? —le dijo en voz muy baja, para que no las oyeran.

—Nada.

—Nada... —bufó—. Ya —se soltó y enarcó una ceja.

—Luego —zanjó Sofia.

—Vale, luego —claudicó, suspirando con simulada resignación—. ¿Cuál es ese favor?

—¿Te importaría dormir conmigo estos días?

—Oh... —se sorprendió.

—Sé que es mucho lo que te estoy pidiendo, pero... —desvió los ojos hacia la piscina, adonde se acercó, abrazándose a sí misma—. Con Richi... —suspiró, angustiada.

—Tranquila —la rodeó por los hombros desde atrás, sonriendo—. Dormiremos juntas. Solo dime si tú estás bien.

Sofi giró el rostro y la miró, escrutándola.

—Te lo diré, si tú me dices a mí que tú estás bien.

Más silencio incómodo.

Regresaron al interior.

—¿Vamos, Nana? —la instó Felipe, dedicándole una sonrisa dulce y tendiéndole la mano.

—Yo... —sus mejillas se incendiaron—. Me quedo con Sofi.

Los dos hombres dieron un respingo y fruncieron el ceño. Richi, maldiciendo incoherencias, se alejó hacia la puerta de la derecha y desapareció. Felipe, en cambio, traspasó la puerta de la izquierda con el equipaje de ella y volvió a salir instantes después para seguir el rastro de su amigo, mirándola con extrañeza. Sofia y Eugenia expulsaron el aire que habían retenido y se encaminaron hacia su cuarto, otra belleza de ensueño de color blanco y beis, luminoso y romántico.

—¿El otro será igual? —quiso saber ella, acercándose a la cristalera de la derecha, pues las

tres paredes eran cristaleras.

—En realidad, en el otro el suelo es de cristal y está encima de una pecera con peces de colores —arrugó la frente—. Llegamos media hora antes que vosotros y echamos un vistazo al bungaló —se sentó en el borde de la cama, decorada con pétalos rojos dibujando un corazón, corazón que rompió su mejor amiga sin inmutarse al hacerlo—. Te preguntarás qué hacemos aquí —adoptó una actitud grave—. Felipe habló con Richi antes de ayer. Está muy preocupado por ti, igual que yo, y a Richi se le ocurrió que podíamos acompañaros unos días para que yo te animara.

Eugenia sonrió, se acomodó a su lado y la abrazó por los hombros.

—¿Qué pasa con Richi, Sofi?

Sofía respiró hondo, acalorándose de nuevo. Se levantó y se acercó a una de las cristaleras, la que ofrecía un hueco entre la vegetación virgen exterior y por el cual se admiraban las cristalinas aguas turquesa de la isla.

—Te va a parecer una tontería —comenzó su amiga, abatida y con la cabeza gacha—, pero... Richi y yo ya llevamos un mes juntos y... —volvió a suspirar, retorciéndose los dedos en el regazo—. El otro día me invitó a cenar, precisamente, para celebrar que hacía un mes que nos besamos por primera vez.

—Eso es un detalle muy bonito —pero no sonrió, porque la expresión de Sofía no auguraba nada bueno—. ¿O no?

—Sí —se giró y la miró, abochornada—. Cuando luego me llevó a casa, pues... Nos besamos en el coche, como siempre, para despedirnos y... —nerviosa, se retiró el pelo hacia atrás, tirándose de los mechones en la nuca—. La cosa se descontroló.

—Vale —asintió, comprendiendo lo que quería decir, aunque le estaba costando mucho.

—Digamos que... pues... ¡Joder! —exclamó de golpe, sobresaltándola—. La cuestión es que acabamos... acostándonos, pero no acostándonos y con ropa, ¿me entiendes?

—No, ahora no —parpadeó, desorientada—. Me perdí.

—Nunca habíamos pasado de los besos —continuó Sofía, paseando por el espacio, gesticulando con suavidad—. Ni siquiera nos habíamos acariciado. Nada. Nunca. Y el otro día, pues... —su cara se inflamó hasta lo indescriptible—. Nos volvimos locos, te lo prometo... —desorbitó los ojos—. Me agarró, me levantó del asiento, me sentó encima de él y... —cerró los párpados—. Nos empezamos a mover como si lo estuviéramos haciendo y...

—¿Y? —ya iba entendiéndolo. Ocultó una sonrisa.

—Y todo iba muy bien hasta... —añadió en un tono casi inaudible—: Hasta gemimos, Eugenia —apoyó una mano en su escote—, yo, que no he gemido en mi vida... —y alzó la voz, enfadada—: Y de repente se para, se enfada y me echa del coche —hizo un aspaviento y una mueca—. ¿Tú te crees? —inquirió, indignada, irguiéndose y cruzándose de brazos—. Y no me ha dirigido la palabra salvo para proponerme lo del viaje. ¿Tú te crees? —repitió, meneando la cabeza.

Eugenia no pudo soportarlo más y estalló en carcajadas, imaginándose, con bastante claridad, lo que en verdad les había ocurrido.

—¡No te rías! —le increpó Sofi, pellizcándole el brazo.

—¡Ay! —protestó, sin dejar de reír.

—¡Eugenia!

—Vale —se serenó, aunque no perdió la sonrisa—. Louise, te voy a hacer una pregunta que te va a sonar rara.

—Dime —colocó los brazos en jarras.

—¿Qué ropa llevaba Richi esa noche?

—Una camisa blanca, un jersey azul y un pantalón de pinzas beis, ¿por qué? —arrugó la frente,

extrañada.

—¿Era fino el pantalón?

—¿Era un pantalón de pinzas, joder! —se ofuscó—. ¡Habla!

Ella reprimió más carcajadas.

—¿Dices que paró de repente?

—Sí.

—¿Y no notaste algo... inusual en el pantalón?

—Si te refieres a... —hizo un enésimo aspaviento, avergonzada—. Si te refieres a esa parte de su anatomía —se le escapó una risita—, déjame decirte que es...

—No lo digas —levantó una mano para callarla, sonrojándose también—. ¿O acaso tú quieres saber cómo es esa parte de la anatomía de Felipe?

—¡Claro que no! —retrocedió como si se hubiera quemado.

—Perfecto, porque yo tampoco quiero, por nada del mundo, que me describas la de Richi.

Silencio demasiado incómodo...

—¿Notaste algo raro? —insistió Eugenia, incorporándose—, ¿algo como una mancha?

—No tuve tiempo de nada —frunció el ceño—. Te recuerdo que se enfadó y me echó.

—¿Y no se tapó... esa parte cuando te quitó de encima?

Sofía entornó los ojos, pensativa.

—Ahora que lo dices... —se golpeó la barbilla con los dedos—. Siempre me acompaña hasta la puerta de mi casa, pero ese día no salió del coche y me empujó para que yo saliera cuanto antes. Y me quedé alucinada en la calle mientras veía cómo aceleraba hasta perderse de vista —chasqueó la lengua.

—Louise —la sujetó por los hombros.

—Thelma —la observó con desconfianza.

—Hay un motivo por el cual Richi se enfadó, te echó de malas maneras y no te acompañó a la puerta. Y Felipe te lo confirmaría, si se lo contases.

—¿Cuál? —se preocupó.

—¿No te lo imaginas? —arqueó las cejas—. Pues que Richi se manchó los pantalones contigo, Sofi, y está claro que para él fue muy vergonzoso.

—¿En serio? He sido una idiota al enfadarme, ¿a que sí? —murmuró Sofía, desolada—. Y una idiota aún mayor por no haberme dado cuenta de lo que pasó... Parezco nueva... Bueno, lo soy... Pero es que me sentí tan mal... Se suponía que estábamos celebrando nuestro primer mes juntos.

—Bueno, Richi podría haber hablado contigo, que se supone que es un hombre, no un niño que se avergüenza por algo así, y no es malo, al menos, yo no lo considero malo, y más si encima tú eres virgen, es decir, que el maduro y experto en este tema es él.

—En realidad... —sonrió como lo haría una niña que hubiera hecho una trastada—. Yo no soy virgen para él.

—¿Qué quieres decir?

—Le mentí.

—¡Sofi! —la regañó—. No se miente con algo así.

—Ya lo sé, pero... —dejó caer los brazos—. Richi se ha acostado con muchas y me daba miedo que se burlase de mí o que jugase conmigo al creerse que yo soy lo que soy, virgen, inocente, como quieras llamarlo —suspiró—. Pensé que si le mentía, entonces me tomaría más en serio. ¿Quién se mantiene virgen a mi edad, por favor? Soy patética...

—No eres patética —le sonrió con dulzura—, todo lo contrario. Quieres algo especial y no te conformas con menos, eso no es malo, Louise.

—Me da mucho miedo... —se le empañaron los ojos—. Me he enamorado como una tonta... —se rodeó a sí misma—. Y ha sido tan rápido... Y es tan intenso...

—Sofí, tienes que hablar con él.

—No puedo... Me da vergüenza decirle que le he mentado con algo así —se le escapó una lágrima que secó enseguida—. Pensaré que soy una niña.

—Pues si a tu vergüenza le sumamos su vergüenza...

Ambas expulsaron aire con pesar.

—¿Y Felipe y tú? —se interesó Sofía, tomándola de las manos—. Estás muy rara, Thelma. Te conozco. ¿Es por él? ¿Os ha pasado algo malo? ¿Habéis discutido?

Se sentaron en la cama.

—No —sonrió con tristeza—. No hemos discutido. Felipe sigue siendo cariñoso, sigue siendo mi príncipe rojo, pero yo... —agachó la cabeza—. No paro de darle vueltas a todo lo de Isabel.

—Eugenia, no...

—No me refiero solo a lo que me dijo la última vez que hablé con ella. Me refiero a todo. No sé cómo me siento hacia ella.

—Has levantado un muro a tu alrededor.

—¿Cómo lo sabes? —desvió la mirada—. Mis ojos... Mi maldición.

—No. Lo sé porque, desde que Felipe te contó todo lo que pasó hace ocho años, la llamas *Isabel*. No he vuelto a oírte llamarla *Bel*.

—No me había dado cuenta...

—Y eso te influye en tu relación con Felipe —afirmó Sofía—. No deberías permitirlo, porque entonces nada de lo que ha sucedido entre vosotros desde Bangkok merecerá la pena si dejas que tu hermana siga malmetiendo.

—Lo sé, pero... —se le enturbió la mirada—. No puedo evitarlo, Sofí. Es tan duro... He vivido engañada —respiró hondo, padeciendo un horrible estremecimiento—. Creía que Isabel era buena y me he dado cuenta de que no lo es. Y no solo eso, sino que ha sido mala conmigo, con su propia hermana —se golpeó el pecho—, y de manera gratuita. A veces, pienso que su comportamiento se debe a que tenía miedo de perder a Felipe, pero luego también pienso que eso es imposible, porque, si de verdad lo hubiera amado una mínima parte de lo que lo amo yo, no le hubiera engañado con nadie, mucho menos quedándose embarazada.

—Exacto —le frotó el brazo para reconfortarla.

—Felipe también está raro. Se mantiene apartado, no me quiere presionar ni interrogar. Lo conozco. Me está dando espacio, pero...

—Quieres que te presione y que te interroge —sonrió con suavidad.

—Sí, no quiero que me dé espacio, sino que invada el mío. Se ha vuelto todo tan frágil... —las lágrimas bañaron su cara sin remedio—. Los cinco primeros días del viaje fueron increíbles... —sonrió, nostálgica—. Lo he estropeado todo... —sollozó, tapándose la boca con una mano—. He permitido que Isabel me influyese... Y no me había dado cuenta hasta ahora, contigo... —la contempló con ansiedad.

—Mi Thelma... —la abrazó con fuerza—. Lloro, sácalo todo... —le acarició el pelo mientras Eugenia se desahogaba, soltando la rabia, la impotencia, la amargura y el dolor que sentía.

—No me sueltes... —se aferró a su mejor amiga, a su verdadera hermana, con desesperación, temblando—. No me dejes...

—Nunca —la apretó contra sí, llorando también, aunque en silencio, convirtiéndose en la roca que en ese momento necesitaba—. Tú a mí, tampoco.

—Nunca, Louise.

—Te quiero mucho, Thelma.

—Mucho, Louise...

Cuando se calmaron, un rato después, deshicieron su equipaje.

—Habla con Felipe —le aconsejó Sofi antes de salir de la habitación.

—Primero, hazlo tú con Richi.

Ninguna pensaba hacer tal cosa, al menos ese día.

Al entrar en el salón, se percataron de que no había nadie, solo una nota en la encimera de la cocina: los dos hombres se habían marchado a inspeccionar la isla.

—Nos podían haber esperado —musitó Sofía, enfadada—. ¿Es así como un tío de casi cuarenta años reacciona con madurez? —arrugó la nota con saña y la tiró al suelo—. ¡Ni siquiera me ha pedido explicaciones, joder!

—Sofi... —titubeó Eugenia.

—Llevo razón —anunció, tajante, asintiendo con solemnidad—. Dilo.

Silencio.

—Óyeme bien, Thelma —Sofía agitó el dedo índice en el aire, más enojada, imposible—, necesito escuchar ahora mismo: *Louise, llevas toda la razón, Richi es un capullo inmaduro.*

—Llevas toda la razón, Richi es un ca-capullo inmaduro —obedeció, sin convencimiento.

—¿Y yo tenía miedo de decirle la verdad sobre mi virginidad? —se señaló a sí misma, incrédula—. Pues si dudaba en hablar con él, ahora me niego. Ya no hay dudas —entrecerró los ojos—. ¿Sabes? Tengo una idea —sonrió con malicia, colgándose de su brazo—. Vamos.

Eugenia no sabía cómo hacerla entrar en razón, porque las inmaduras, en realidad, habían sido ellas...

Entraron de nuevo en la habitación. Sofía sacó dos bikinis del armario, uno rojo de lunares pequeños blancos, de triángulos en el pecho y braguita con volante; el otro, bordado y de color blanco, palabra de honor y braguita brasileña. Le entregó el rojo, quedándose con el blanco.

—Como me dijiste que no te compraste ningún bikini —comentó su amiga, acercándose al baño privado para cambiarse— y Richi me propuso venir aquí, me pasé por tu casa y te los cogí.

—Gracias —sonrió—. Eres la mejor, Louise.

—Dime algo que no sepa —le guiñó un ojo y se encerró en el servicio.

Minutos más tarde, descalzas, con pareos anudados a las caderas, a juego con sus bikinis, y sus sombreros borsalinos, se fueron a la playa, cargando un bolso con crema protectora para el sol, una botella de agua, refrescos, dos toallas amarillas que había en el bungalow, y sus teléfonos.

—¡Esto es impresionante! —exclamó Sofía, extasiada, al alcanzar la orilla—. ¡Estamos en las Maldivas!

Se rieron, nerviosas, como dos niñas pequeñas.

Se acomodaron con las toallas en dos de las cuatro hamacas que había debajo de unos árboles. Se echaron la crema y pusieron música a un volumen bastante alto para animarse. Sofi buscó a su artista favorito, *Ricky Martin*, y comenzó a mecer las caderas en su dirección.

—*Que como decía mi madre, bailando todo se arregla* —canturreó, arrancándole carcajadas—. ¡Vamos, Thelma!

Eugenia se levantó de la hamaca de un salto y bailó con su amiga, desinhibida por completo al creerse solas.

Creerse, sí, porque en realidad estaban siendo espiadas por dos depredadores...

—Si no cierras la boca, te entrarán moscas —le advirtió Felipe.

—Eso también va por ti, ¿no? —le rebatió Ricardo.

Ambos gruñeron, cruzados de brazos, contemplando, babeando, cómo Sofia y Eugenia, en dos atrevidos bikinis que debían estar prohibidos porque apenas las tapaban, bailaban al son de *Ricky Martin* con una soberbia seducción y sin darse cuenta de que lo hacían.

—Pero ¿tú has visto cómo están bailando? —inquirió Richi, horrorizado y fascinado a partes iguales.

—Y lo que llevan puesto... —silenció un jadeo al ver a Eugenia tan apetecible con ese bikini rojo tan, pero tan tentador.

Richi ahogó un gruñido.

—Pues no te fijas tanto en la de blanco.

—Tú, directamente, no mires a la de rojo —lo increpó Felipe—. Que te gustaba Nana, si mal no recuerdas.

—Su físico, Felipe —estaba muy enfadado. Los dos lo estaban—. No es fea, joder, y tengo ojos en la cara.

—Sofi tampoco es fea, y yo también tengo ojos en la cara —lo picó adrede, porque solo tenía ojos para su Nana—. Parecemos dos críos...

—Tienes razón...

Los repentinos y estúpidos celos se esfumaron de inmediato.

—Y deja de rumiar, que pareces un animal —añadió Felipe, malhumorado—. Como sigas así, nos oirán, y adiós al espectáculo.

—Estamos escondidos detrás de unos árboles, tío, tranquilízate.

—¿Sabes? —se cruzó de brazos—. Te veo muy cómodo aquí.

—¿A qué te refieres? —lo interrogó Ricardo, frunciendo el ceño.

—Escondido. Te veo muy cómodo escondido cuando deberías salir y dar la cara.

Los pómulos de su amigo se tiñeron de un intenso rubor.

—Richi, es una auténtica gilipollez. —Richi, muerto de vergüenza, le había contado antes lo sucedido con Sofi—. Te estás comportando como un crío.

—¿A ti te ha pasado alguna vez? —espiaba a su novia entre unas ramas.

—No, pero he estado a punto. Varias veces.

—Entonces, no me digas que es una auténtica gilipollez porque no sabes lo que es.

—Le estás dando importancia, y no la tiene.

Richi respiró hondo y fijó sus ojos azules en los suyos.

—Sofi es la mujer más increíble que he conocido en mi vida —confesó en voz baja, muy serio—. Es preciosa —enumeró con los dedos—, simpática, inteligente, muy segura de sí misma, me hace reír tanto que, a veces, me duele la tripa —sonrió, distraído—, porque es muy divertida, y te juro que la deseo tanto, pero tanto, que hago el ridículo constantemente como no me ha sucedido jamás. Me encanta, Felipe, ya lo sabes, estoy loco por ella y cada día más —se le borró la alegría del rostro—. Pero nos separan diez años.

—¿Eso es un problema? —le preguntó él, asustado, de pronto, por tal posibilidad.

—Sí, tío, para mí lo es. Tiene veintiocho años, está buenísima y no es la típica tía que necesite a un hombre, podría derrotar al mundo entero con solo una mirada. Yo tengo treinta y ocho. Claro que me preocupa la edad. Estoy muy cerca de los cuarenta, cuando ella todavía no ha cumplido los treinta. Y me da miedo que se cruce un tío de su edad con el que tenga más cosas en común que conmigo, que, repito, rozo los cuarenta. Me da miedo que me vea demasiado mayor para ella, que... —se frotó la cara—. Que un día se despierte y crea que ya no soy suficiente porque soy un

viejo, que prefiera a un niñato, no a mí, que yo hace diez años viví lo que ella está viviendo ahora, no sé si me entiendes...

Por desgracia, lo entendía demasiado bien.

—Sé que solo llevamos un mes juntos —continuó Richi, abatido, con la cabeza agachada—, pero... —se encogió de hombros—. He caído, tío. Solo pienso en un futuro con ella y si esto se rompe... —resopló, revolviéndose el pelo.

Felipe le palmeó la espalda.

—Y lo que me pasó el otro día con ella —agregó Ricardo, sonrojándose de nuevo— fue un completo ridículo. Tiene que pensar que soy peor que un adolescente —se cruzó de brazos—. Y me siento peor que un adolescente. He estado con muchas tías, pero nunca me había puesto nervioso con ninguna, hasta ahora, y te aseguro que con Sofi... —sus pupilas se dilataron—. Joder, está tan buena que... No sé cómo consigo esperar tanto, si encima ha estado con dos tíos, o sea que...

—¿Cómo? —lo interrumpió, extrañado—. ¿Quién ha estado con dos tíos?, ¿Sofi?

—Sí, claro, estoy hablando de ella.

Él sonrió.

—¿Y de dónde te has sacado eso?

—Me lo dijo ella, ¿cómo te crees que lo sé?

Felipe se tapó la boca para no estallar en carcajadas.

—¿Se puede saber de qué coño te ríes? —le exigió Richi, colocando los puños en las caderas.

—Sofi es virgen —sonrió—, lo sé porque me lo dijo Nana.

A Richi se le desencajó la mandíbula.

—¿Y por qué me ha mentado? —pronunció, atónito y boquiabierto—. ¿Yo, preocupado por lo del otro día, porque la impresión que le di fue la de un ridículo inexperto, y resulta que la inexperta es ella? ¿Por qué me ha mentado, joder? —se golpeó el pecho con un puño, rabioso—. Me dio seguridad cuando me dijo que había estado con dos hombres antes que conmigo. ¡Y es mentira!

—No creo que lo haya hecho con maldad, Richi —lo confortó Felipe—. A lo mejor, ella tiene tanto miedo como tú y por eso te ha mentado. Me dijo Nana el mes pasado, después del viaje a Nueva York, que Sofi se iba a hacer la dura contigo porque no quería ser una más en tu lista.

—¡Ella nunca sería una más, joder! —exclamó, furioso—. ¡Nunca la he tratado como a una más!

—Pero ella no lo sabe, ¿o ya le has dicho que estás enamorado hasta las trancas de ella?

Silencio.

—Me lo tomaré como un no —afirmó él, arqueando las cejas—. Conozco a Sofi, Richi. La conozco desde que ella tenía dieciocho años y, aunque haya estado tanto tiempo sin verla, es la misma Sofi que conocí. Tiene una seguridad muy fuerte, pero de cara a los demás, no te confundas. Es muy inocente —insistió—, igual que Nana, me refiero en cuestión de hombres. Sé que Sofi tuvo un par de novios en la universidad, pero no pasaron de los besos —lo sujetó de los hombros—. Richi, Sofi puede parecer una mujer con mucha picardía, pero, en el fondo, está tan muerta de miedo como tú, con la diferencia de que tú no eres ningún inexperto, lo que significa que su miedo es mayor que el tuyo.

—No lo dudo... —murmuró su amigo, desviando la mirada a la arena—. Pero me ha mentado, no importa el motivo.

—Habla con ella.

—¿Tal y como ha hecho ella explicándome que prefiere dormir con Eugenia en vez de conmigo?

¿Así hablo con ella? —inquirió, enfadado otra vez.

Felipe suspiró, resignado.

—Richi, que todavía no os habéis acostado ni habéis dormido juntos, y, repito, es virgen. ¿No crees que debes ser un poco más paciente y quitarte ese cabreo que te nubla la sesera?

—Sí hemos dormido juntos —confesó Ricardo, acalorado—. Sus padres no saben que Eugenia está aquí. Sofi lleva años quedándose los fines de semana a dormir con ella, así que, como Eugenia no está y ella y yo hemos salido juntos los fines de semana, se ha quedado en mi casa —frunció el ceño—. ¿Entiendes ahora por qué me ha cabreado tanto que no me avisara, al menos?

Él asintió.

—Pero... —comenzó su amigo, pálido de pronto—, ¿qué coño están haciendo?

Felipe dirigió los ojos hacia donde miraba Richi y su mandíbula se desencajó: Eugenia y Sofia se habían quitado la parte superior de sus bikinis. Estaban tumbadas boca arriba en las hamacas, disfrutando del sol, de la música y charlando entre risas.

—¡Joder, no mires! —exclamó Ricardo, tapándole los ojos.

—¡Tú, tampoco! —lo imitó, enfadado.

Pero, enseguida, quitaron las manos del otro.

—Esto es ridículo... —masculló Felipe—. Parecemos dos idiotas. Primero, las espiamos y luego, nos atacan los celos cuando resulta que estamos los cuatro solos en esta isla. Ridículo.

—Estoy de acuerdo —suspiró, derrotado—. Volvamos al bungaló. Como me quede un segundo más aquí... —gruñó, contemplando a Sofi—. ¿De verdad estuviste a punto de... —se ruborizó— de mancharte los pantalones con Eugenia?

—Sí —emprendieron el regreso a la cabaña.

—¿Y cómo te sentiste? —se atrevió a preguntar Richi, ligeramente vulnerable.

—¿Y si te digo que era lo que quería? —sonrió.

—¿Lo que querías? ¿Cómo puedes querer hacer el ridículo de esa manera, tío? —hizo una mueca.

—Porque el amor es ridículo, Richi, e irracional. Y si me hubiera manchado los pantalones, no me hubiera importado, porque con o sin ropa sigue siendo hacer el amor con Nana —se le hinchó el pecho—. Y llámame cursi, si quieres, pero estoy tan loco por ella que si se me manchan los pantalones infinitas veces, bienvenidas sean esas veces —le guiñó un ojo—. Es ropa, la lavas y punto.

Ricardo se rio con suavidad, que era justo lo que él pretendía, animar a su amigo.

Entraron en el bungaló y se sirvieron una cerveza de la nevera. Llevaban los bañadores puestos, se quitaron las camisetas y las zapatillas y se metieron en la piscina infinita, apoyándose en el borde invisible, que ofrecía la bella vista del océano de intensos, claros y embrujadores azules y verdes. Un paraíso.

Al rato, escucharon la puerta principal abrirse. Los dos se giraron y observaron cómo sus novias se acercaban a la terraza, descalzas, se desprendían de los pareos y, sin dedicarles un escueto saludo o mirada, se introducían en la piscina, enfrascadas en una conversación tan interesante que no repararon en ellos.

Felipe carraspeó.

—¿Tenéis hambre? —sugirió él—. Hay de todo en la nevera.

—Yo picaría algo, sí —respondió Ricardo, saliendo del agua de un salto ágil—. Voy a preparar un aperitivo, a ver qué encuentro.

—Te acompaño —dijo Felipe, y añadió hacia las chicas—: ¿Qué os apetece?

—Nada, gracias —contestó Eugenia, agitando una mano, todavía sin mirarlo.

Felipe entornó los ojos. ¿A qué venía esa actitud?

—¿Te pasa algo? —se interesó él, suspicaz, pero ella continuaba a lo suyo con su amiga—. Nana, te estoy hablando.

—Perdona, ¿qué decías? —preguntó, intranquila.

—Que si te pasa algo.

—¿Por qué le iba a pasar algo? —Sofía se incorporó y colocó los puños en la cintura.

Richi escuchó su tono afilado y, despacio, anduvo hasta la terraza para enterarse.

—Porque no nos habéis avisado de que estaríais en la playa. Nosotros nos fuimos y os dejamos una nota. Y ahora venís y nos ignoráis —arrugó la frente—. Por eso le pregunto a Nana que qué le pasa.

—Pero ¿es que acaso os importa? —enarcó Sofí una ceja, erguida.

—Si lo estoy preguntando, será que sí nos importa —se cruzó de brazos y también se irguió, intimidante, pero ella lo encaró.

—No nos pasa nada; simplemente, que os habéis largado sin esperarnos siquiera, aunque, qué me puedo esperar de ti... —dirigió su mirada a su novio—, si te digo que voy a compartir habitación con Eugenia y te ha dado igual. ¿Y ahora esperas tú que esté pendiente de ti? Las cosas no funcionan así, Richi.

Así que era eso...

—¿Eso es lo que te pasa, Nana? —se inclinó Felipe hacia Eugenia—, ¿decides, sin contar con mi opinión, que dormirás con tu amiga en lugar de conmigo, y esperas que te pida que no lo hagas? ¿Eso querías? ¿Así funcionan las cosas? —miró también a Sofía.

—Podías haber dicho algo —musitó Eugenia, no queriendo traicionar a su amiga, pero consciente del problema que esto le estaba causando con Felipe.

—¿Y qué querías que dijera, si Richi y Sofí no se miraban? Y como tú has estado tan rara estos días, pensé que tanto ella como tú necesitabais estar juntas y solas —hizo un ademán—. Ahora ya sé lo que habéis estado haciendo—sonrió sin humor—: criticarnos a Richi y a mí. Y sin motivo, porque no hemos hecho nada.

—¡Oh! —exclamaron las dos aludidas.

—Muy bien dicho, tío —lo secundó Richi, a su lado.

—¿Muy bien dicho? —repitió Sofí, con el semblante cruzado por la furia—. ¿También te ha parecido bien que eligiera a Eugenia para dormir en vez de a ti?

—Yo no suplico, nena —le contestó, apretando la mandíbula—, ni ruego, ni pido. Quien no quiera dormir conmigo, que no duerma, no voy a ir detrás —estiró los músculos del cuello— porque no me hace falta.

Sofía enrojeció, cerrando los puños en los costados de su cuerpo.

—¿Os hemos criticado sin motivo? —estalló—. No habéis hecho nada. Os ha dado igual.

—No nos ha dado igual, si no, no estaríamos discutiendo —intervino Felipe, que estaba perdiendo la paciencia—. Lo que pasa es que hemos respetado vuestra decisión, pero, claro —resopló—, lo que queríais era que nos arrodilláramos, ¿verdad? Pues conmigo no contéis.

—Conmigo, tampoco —añadió Richi, asintiendo con solemnidad.

—No, por supuesto que no —ironizó Sofía, dando una palmada en el aire—. Porque sois unos machitos, ¿a que sí? ¿Cuántos años tenéis? —se rio—. Por favor...

—Casi cuarenta —intervino Eugenia, sonriendo a Felipe—, ¿verdad? Casi cuarenta.

—Sí, Nana, casi cuarenta. Casi.

—¿Algún problema con la edad, nena? —quiso saber Ricardo, entrecerrando los ojos y dando un paso hacia su novia.

—Que no se corresponde con vuestra edad mental. Sois dos críos.

—Yo no soy ningún crío.

—¡Por supuesto que lo eres! —estalló Sofi, moviendo los brazos, alterada—. ¡Solo un crío sale corriendo a esconderse cuando le pasa algo que le avergüenza!

Richi se ruborizó tanto que se cegó y gritó:

—¡Y solo una niña te miente a su novio diciendo que no es virgen cuando resulta que sí lo es!

Sofia se quedó boquiabierta.

—¿Pensabas que no me iba a dar cuenta? —inquirió Ricardo, rabioso—. ¡Esas cosas se notan, joder!

—Tú eres un experto en eso, ¿no? —le contestó Sofi al instante, sin amedrentarse—, porque te has acostado con tantas que ya eres capaz de diferenciar a las vírgenes de un vistazo. ¡Enhorabuena!

—Pues sí —sonrió, satisfecho e hinchando pecho—. ¿Y qué?

Sofia rechinó los dientes y avanzó, pero su mejor amiga la detuvo, agarrándola.

—Tranquilízate, Sofi.

—Puede que sea virgen —continuó Sofi, cruzándose de brazos e irguiéndose—, pero no soy ninguna ingenua, ni ninguna ignorante en cuanto al sexo. Siento haberte mentido con lo de mi virginidad —se sonrojó hasta el infinito, pero no varió su sombría expresión—, pero si lo hice fue porque, efectivamente, has estado con tantas que... —se giró, ofreciéndole el perfil.

—¿Que te doy asco?, ¿por eso me mentiste? —escupió Ricardo, sujetándola del codo—. Mírame a la cara cuando me hables. Se llama *educación*, y también *valentía*, aunque creo que tú de eso sabes poco.

Sofia se soltó con brusquedad.

—¡Aquí el único cobarde eres tú! —lo empujó—. ¡Y un niño! ¡Y un...! ¡Joder! —retrocedió—. Sí, te mentí, no estuvo bien lo que hice, pero tengo mis razones. Y si tú no alardearas tanto de la cantidad de tías con las que te has acostado, a lo mejor te darías cuenta de que me haces daño.

—¿A ti? —Richi se puso serio de golpe—. Yo no alardeo, simplemente respondo al interrogatorio que me haces siempre sobre mis ex. Y eso se llama estar celosa, no hacerte daño.

—¡Yo no estoy celosa! —gritó de pronto.

Ricardo emitió una carcajada, divertido.

—Por supuesto que lo estás, nena. Y tienes razón en que no eres ninguna ingenua ni ninguna ignorante, porque, si yo me manché los pantalones, fue por tu culpa, ¿o acaso esa noche yo estaba besando a un bloque de hielo? —acortó la distancia—. No, nena, te estaba besando a ti y tú no parabas de moverte, te volviste loca... —se humedeció los labios—. Te volví loca —se corrigió, sonriendo con picardía—. Y es normal, no eres la primera ni la última que se derrite por mí —le guiñó un ojo—. Pero... ¿Mancharme los pantalones? Eso sí fue la primera vez que me pasaba... —bufó—. Lo raro hubiera sido que no lo hubiera hecho, ¿no te parece? De hielo tienes poco, nena —le acarició el escote de un hombro a otro.

Sofi fue a propinarle un manotazo, pero un brillo destelló en sus ojos. Sonrió.

—Tienes toda la razón —le enroscó los brazos en la nuca y comenzó a darse la vuelta, obligándolo a girar también—, no pasa nada por haberte manchado los pantalones —pegó las caderas a las de su novio, el cual reaccionaba con sumisión, estaba embobado en Sofia—, te calenté mucho, ¿verdad?

Richi tragó saliva y asintió de forma distraída.

—Claro... —prosiguió Sofi, caminando despacio hacia el borde de la piscina mientras empujaba a Ricardo, de espaldas al agua—, la culpa fue mía, pero es que me volviste loca,

también tienes razón en eso, igual que ahora... —le rozó los labios con los suyos.

—¿A...? ¿Ahora, nena?

—Sí, nene, ahora. Pero no es el momento ni el lugar, ¿verdad?

—No...

—Pero nos tenemos que quitar este calor, ¿verdad?

—Sí...

—Pues se me está ocurriendo algo y es algo muy bueno porque evitará que te manches el bañador.

—Vale...

—Richi... —susurró, deteniéndose—. Estás ardiendo...

—Sí, nena, por ti... —estaba paralizado y babeaba.

—¿Te quito el calor? —parpadeó, coqueta.

—Joder, nena...

—¿Te lo quito?

—Sí...

—¡Muy bien! —y lo empujó con fuerza, arrojándolo a la piscina.

Richi emergió con una ira atroz. Se quedó quieto en la mitad del rectángulo.

—Para que aprendas —le anunció Sofia, enfadada de nuevo—. Vuélveme a llamar calentona otra vez y te juro que permanezco virgen hasta el matrimonio.

—Eso será si yo te pido que te cases conmigo —soltó Ricardo, saliendo del agua de un salto. Se desprendió de la camiseta y de las zapatillas empapadas—, y ten por seguro que eso está tan lejos que ni siquiera lo veo en el horizonte de mis prioridades.

—Richi... —lo avisó Felipe, negando con la cabeza.

—¡Serás...! —comenzó Sofi, avanzando, pero Eugenia la volvió a frenar—. ¡Eres un capullo arrogante y un niño!

—¡Deja de insultarme, joder! —estalló Richi—. ¡Si me manché los pantalones fue porque ya no podía más de lo que te deseaba, maldita sea! ¡Si te eché del coche y me largué antes de que entraras en tu casa fue porque me moría de la vergüenza! ¡Eso no es ser un niño, joder, eso es tener miedo de perderte por hacer el ridículo! ¡¿Es tan difícil de imaginar y de entender?!

—¡Cómo querías que me lo imaginara y que lo entendiera si me lo estás explicando ahora, joder! ¡Las cosas se hablan, y más un hombre de casi cuarenta años!

—¡Deja ya en paz mi edad!

—¡No me da la gana! —chilló Sofia, histérica.

—¡Pues si tanto te quejas de mis casi cuarenta, mejor que cada uno haga su vida!

—¡Perfecto! ¡Capullo!

—¡Y tú me calientas todo lo que te da la puñetera gana para luego no hacer nada, porque sigues siendo virgen, joder! ¡Y eso sí tiene nombre, Sofia: calientabraguetas!

—¡Richi! —exclamaron Felipe y Eugenia, alucinados.

Sofi, pálida por las últimas palabras recibidas, acortó la distancia y añadió:

—Tú y yo hemos terminado —se giró y se marchó hacia su habitación.

Richi, que reaccionó al instante, se encerró en el otro cuarto, quedándose Felipe y Eugenia solos en la terraza.

—Richi se ha pasado —musitó Eugenia, frunciendo el ceño.

—Sí, pero Sofi lo ha provocado a posta.

—¿Lo estás justificando? —pronunció en un hilo de voz.

Felipe la miró, serio.

—No lo estoy justificando, pero Sofi tampoco lo ha hecho bien. Él se ha comido su orgullo, le ha confesado lo que pasó, a pesar de ser algo que le avergüenza profundamente. Y ella ha utilizado eso para hacerle creer que lo entendía y que se iban a acostar. Ha herido sus sentimientos.

—¡Ah, claro! —meneó la cabeza—. Se me olvidaba el código ético de los hombres...

—¿Qué código? —se cruzó de brazos.

—Eso de que los hombres ponéis a vuestros amigos por encima de cualquier mujer, aunque sean vuestras novias, sin importar si lleváis razón o no, si os equivocáis o no.

—Igual que vosotras. Aceptaste dormir con tu amiga sin tenerme en consideración, es decir, la pusiste por encima de mí. Yo no he puesto a Richi por encima de Sofi, solo he dicho que los dos se han pasado, no solo él.

—No —colocó las manos en la cintura—, lo que has dicho es que Richi se ha pasado, pero porque Sofi lo ha provocado y, que yo recuerde, vosotros habéis provocado la discusión. Sofi y yo nos hemos defendido, nada más.

—¿Que nosotros hemos provocado la discusión? —arqueó las cejas, dejando caer los brazos—. Lo que hemos hecho ha sido respetar vuestra decisión de no dormir con nosotros, de pasar la mañana en la playa sin avisarnos y de ignorarnos después. Y, encima que me acerco y te pregunto si te pasa algo —levantó una mano en el aire—, me llevo una mala contestación seguida de otra porque, supuestamente, yo he sido quien lo ha hecho mal. Estabas deseando discutir conmigo, Nana, así que no te hagas la víctima.

—¿Que yo me hago la víctima? —alzó las cejas, riéndose sin humor—. ¿Me llevas viendo las últimas dos semanas rara, no eres capaz de interesarte por mí sabiendo como sabes lo que me pasa, y soy yo quien actúa de víctima?

La discusión cambió de rumbo a un tema delicado.

—No quería presionarte —se defendió, muy enfadado—, quería...

—¿Respetar mi espacio?

—Exacto —se irguió—. ¿Es eso un delito?

—No, pero viniendo de ti... —le dio la espalda.

—¿Qué quieres decir con eso? —se posicionó enfrente de ella, entornando los ojos.

—Tú no has respetado mi espacio, Felipe —lo observó con gravedad y enojo—, lo que has hecho ha sido apartarte, como siempre. Te apartaste de mí por Isabel hace ocho años, como un cobarde, me abandonaste por su culpa —cerró las manos en dos puños—, y, ahora, has vuelto a hacer lo mismo y por la misma persona: Isabel. ¡Siempre Isabel!

—Se trata de tu hermana, no de una vecina, por supuesto que me he apartado, porque bastante mal me siento por haberte contado todo lo que pasó, porque eso ha provocado que tú estés como estás —le dolieron sus reproches, le ardía el pecho.

—¿Sabes qué, Felipe? —se dirigió hacia el interior—. Sigue apartándote, ya estoy acostumbrada, aunque sería bueno que llamas a las cosas por su nombre —giró el rostro para mirarlo y añadir—: Lo que tú llamas *apartarse* se denomina *ser un cobarde* en el lenguaje universal, y tú de eso sabes mucho, ¿a que sí?

Se dedicaron una mirada inundada de orgullo, dichoso orgullo... antes de encerrarse cada uno en sus respectivas habitaciones de un portazo.

Tres días después, aún sin hablarse entre ellos, apenas sin coincidir juntos más de unos segundos, Sofía se negó a seguir en esa horrible situación.

—Esto es el paraíso, Thelma, y estoy harta de estar mal, de no divertirnos, de no disfrutar. Nos quedan dos noches y un día, porque pasado mañana nos vamos de aquí —se levantó de la hamaca de la playa—. ¿No estás de acuerdo?

—¿Y qué propones?

—Una fiesta —sonrió.

—¿Una fiesta? —arqueó las cejas—. ¿Te das cuenta de que Felipe, Richi, tú y yo somos los únicos que vivimos en la isla?

—Por favor, ni me los nombres —hizo un aspaviento—. Y me refería a una fiesta para ti y para mí. ¿Desde cuándo necesitamos a nadie para pasárnoslo bien? —volvió a sonreír.

Eugenia se rio, incorporándose.

—¿Y qué hacemos?

—¿Qué te parece una hoguera y unos cócteles en la playa esta noche? —sugirió su loca amiga—. Nos arreglamos, ponemos música y bailamos hasta el amanecer.

Ella se rio todavía más, pero asintió.

—Solo tenemos un problema, Louise.

—A ver... ¿Cuál?

—¿Tú has hecho una hoguera alguna vez en tu vida? Porque yo, no.

—Es sencillo, tú déjame a mí.

Eugenia alzó de nuevo las cejas, incrédula.

—Hay cerillas en la cocina —intentó Sofia convencerla, colgándose de su brazo—, recogemos unas ramitas y algún tronco, y listo. ¿Qué me dices?

Ella le regaló una amplia sonrisa.

—Que vamos a quemar la isla, pero ¡vale! —concluyó su amiga, arrojándose a su cuello—. Pues venga, que tenemos que cenar, ducharnos y prepararnos para nuestra fiesta.

Dejaron las toallas por si luego les apetecía refrescarse en su fiesta privada. Regresaron al bungaló. No había rastro de los chicos. Mejor, pensó Eugenia, aunque decepcionada y dolida por lo acontecido. Lo llamaba cobarde, ¿y qué hacía él? Nada. Absolutamente nada.

El enfado aún persistía, pero su corazón se encogía cuando lo veía, sobre todo en esos momentos en que a Felipe se le cruzaba el semblante si sus ojos chocaban con los suyos y saltaban chispas.

—Primero tú —le indicó Sofia—, yo voy a hacer la cena.

—Con una ensalada estará bien.

—Estoy cansada de tanta ensalada —arrugó la frente—. Voy a hacer algo de pescado. Confía en mí.

Ella sonrió, agradecida. Su mejor amiga era una experta en la cocina, le gustaba mucho y, encima, se le daba muy bien. Eugenia siempre había creído que Sofi se había confundido de profesión, igual que ella. Eran contables, pero sus verdaderas pasiones eran la fotografía y la cocina.

Se duchó, tomándose su tiempo, porque su mente decidió molestarla, evocando imágenes del viaje, y no precisamente de las Maldivas. Quedaba poco para finalizar noviembre, para volver a España, a su casa, a su vida, y, excepto los cinco primeros días del mes, Eugenia y su príncipe rojo habían estado distanciados. El miedo la asaltó. Se rodeó a sí misma debajo del chorro del agua y se deslizó hacia el suelo, apoyándose en la pared de piedra blanca de la ducha.

¿Y si no era una discusión cualquiera?, ¿y si no estaban destinados a estar juntos y se estaban percatando de ello a raíz de la discusión?, ¿y si su quimera se estaba rompiendo, como rota sentía su propia alma ante el desapego que padecían?, ¿y si había sido un completo error el viaje?, ¿y si el error en sí había sido pretender ser algo que jamás saldría bien?

Las lágrimas se mezclaron con el agua. Cerró los ojos. Se culpó. Su interior se rompió en miles de pedazos. No tenía ganas de fiesta, sino de meterse en la cama y solo salir cuando el avión aterrizase en Madrid.

Y llorando, con la toalla puesta frente al armario, fue como la encontró Sofía.

—Thelma... —se asustó su amiga, acercándose—. ¿Qué ocurre?

—Me duele... —sollozó—. Me duele mucho... —la miró y descubrió que su expresión era igual que la suya—. Y a ti, también, Sofi, no lo niegues.

Sofía bajó los párpados y asintió.

—Tenían razón —comentó Eugenia en voz baja—, teníamos que haber hablado con ellos antes de decidir dormir juntas. Los excluimos sin explicarnos, como los excluimos cuando nos fuimos a la playa el primer día y como los excluimos ignorándolos en la piscina después. Y también tiene razón Felipe en cuanto a que estábamos deseando discutir. Sofi, tú estabas enfadada por lo de Richi y yo, porque Felipe me veía distante y no hacía nada para evitarlo —ambas suspiraron con pesar—. ¿Y si les sugerimos que cenen con nosotras en la playa?

Sofi suspiró de nuevo, afirmando con la cabeza.

—Ya he hecho la cena y hay suficiente para cuatro. Vístete mientras me ducho y, luego, metemos la comida en una cesta para llevárnosla, tipo picnic.

Sonrieron, aunque desanimadas, y procedieron a arreglarse. Las dos eligieron un vestido de estilo ibicenco; el de Sofía, atado al cuello, entallado en el corpiño y falda de vuelo, y el de Eugenia, largo hasta los pies, con la espalda al aire y traslúcido desde los muslos.

Cuando salieron del dormitorio, un buen rato más tarde, vieron a Felipe y Richi a punto de marcharse.

—¿Os vais? —les preguntó Eugenia, con delicadeza.

—¿Hace falta que te responda a la pregunta, Nana? —le contestó Felipe, muy serio y sin mirarla.

Y que no la mirase le agrietó el corazón, pero su orgullo la dominó.

—Eugenia —le dijo ella—, me llamo Eugenia.

Él giró el rostro lentamente y, ahora, sí la miró.

—Sí, nos vamos... Eugenia.

Su nombre, de sus labios... terminó por partirle el corazón.

—Vamos a dar una vuelta en una lancha que nos han traído los del resort —le explicó Ricardo, con mucha suavidad, queriendo aliviar la tensión entre Felipe y ella, pero de nada sirvió.

Felipe salió del bungalow sin añadir más y su amigo lo siguió, no sin antes dedicarle Richi a Eugenia una triste sonrisa. Ella también salió, sus pies se activaron por inercia y espero hasta que la lancha motora se perdió de su vista.

Eugenia permaneció clavada en la arena, sin respirar, hasta que Sofía le tocó el hombro. La observó, ya no simulando, sino transmitiéndole el profundo dolor de sus entrañas, porque ya no

era enfado, era dolor en estado puro. Y el rostro de Sofi era idéntico al suyo.

Regresaron al bungalow y, en silencio, guardaron la cena, la bebida y la caja de cerillas en una cesta de mimbre que había en la encimera de la cocina. Y, descalzas como estaban, se fueron a la playa.

Estaba anocheciendo, por lo que se apresuraron a recoger ramas.

Para sorpresa de las dos, Sofi consiguió hacer una pequeña fogata en el centro de un círculo que había marcado con piedras. Eugenia la aplaudió y ella hizo una reverencia como si de una actriz de teatro se tratase.

—¿Alguna canción en particular? —le preguntó ella, accionando la aplicación de música de su iPhone.

—Que no sean de amor ni nada parecido —contestó, sacando la comida y los tenedores—. He hecho daditos de bonito encebollados.

—¡Qué rico! —se sentaron en la arena alrededor del fuego—. Louise.

—Dime, Thelma.

—Todas las canciones hablan de amor, ya sea de desamor, de infidelidad, de...

—Justo lo que me hará Richi esta noche con alguna asiática de tres al cuarto —gruñó sin mirarla—, si es que todavía soy su novia.

—Richi no te haría eso.

—No lo conoces.

—No, pero...

—Pero nada, Eugenia. Además, ya no estamos juntos.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Te aseguro que si estuviéramos en España y no atrapados en una isla paradisíaca durante seis días, ya no sabríamos nada el uno del otro.

—Sofi...

—No, Eugenia. Es la verdad. Nadie me llama calientabraguetas, mucho menos mi novio, y se va de rositas.

Silencio incómodo.

—¿Sabías que soy su primera novia seria? —le preguntó Sofia, entregándole un tenedor y poniendo el plato hondo de madera entre ambas—. Pero eso no significa que él no sepa que a una novia no se la llama calientabraguetas.

—Tú tampoco lo hiciste bien —jugueteeó con un trozo de bonito.

—Lo sé, pero no se lo pienso reconocer. Los dos dijimos cosas que no debimos decir, pero yo terminé la discusión diciéndole que habíamos roto, ¿y qué hizo él? —la observó con fijeza—. Vamos, dímelo tú.

—Nada.

—Correcto. Nada.

—Igual que Felipe... —agachó la cabeza.

—Y después de tres días haciendo más de lo mismo, es decir, nada —lanzó su tenedor al plato en un arrebatado de rabia y celos—, en vez de acercarse a nosotras e intentar solucionarlo, se marchan de la isla sin contar con nosotras.

—Se me ha quitado el hambre.

—A mí también.

Se quedaron contemplando el mar, que empezó a cubrirse de plancton luminoso, un océano de estrellas, así lo denominaban.

—Oh... —articulaban las dos en un hilo de voz, sobrecogidas por tal extraño y bellissimo

fenómeno.

Fascinadas todavía, a pesar de haberlo descubierto la primera noche, se aproximaron a la orilla y permitieron que sus pies se bañaran por aquellas hermosas estrellas.

—Es precioso —comentó Eugenia, acuclillándose para tocar la luz con las manos—. No me canso de mirarlo, parece magia... Lo echaré de menos cuando nos vayamos.

—Y yo... —suspiró.

Pero ninguna estaba hablando del plancton...

Volvieron a su hoguera y se sentaron en la arena. Los ojos de aquellas hermanas se clavaron en un punto infinito en el fuego, cada una sumida en sus pensamientos.

—Me pidió que me casara con él —le confesó a Sofía en un susurro tembloroso, abrazándose a sí misma.

Su amiga despegó los labios, petrificada.

—Y también... No nos hemos cuidado —añadió Eugenia y carraspeó, ruborizada—. Tuve la regla justo antes de empezar el viaje y desde Siem Reap no nos hemos acostado.

—Thelma... —posó una mano a la altura del corazón—. ¿Sabes lo que eso significa?

—Que puedo estar embarazada —respiró hondo—, pero es pronto para saberlo. Me tiene que bajar la regla a finales de mes. No vamos a hacer más el tonto, aunque visto lo visto...

—Felipe te adora —sonrió con dulzura, antes de acercarse para abrazarla—. Lo solucionaréis, lo sé, solo tenéis una discusión pasajera.

—¿De qué me sirve que me adore si se acaba de ir? —las lágrimas ya mojaban sus encendidas mejillas—. No sería la primera vez que elige huir. Es un cobarde...

—No lo es, y tú tampoco crees que sea un cobarde, así que no mientas.

—Vale, pero necesito insultarlo para sentirme mejor —le sacó la lengua.

—¿Y te sientes mejor? —ocultó una risita.

—No.

Se miraron y sonrieron.

—Lo que sigo pensando es que necesitamos desconectar —le recordó Sofía, que cogió la coctelera de la cesta donde había mojito, que había preparado mientras cocinaba la cena—. Vamos, Thelma, hagamos un tónico —la abrió y lo sirvió en dos copas de cristal que también se habían llevado de la cabaña—. Ahoguem las penas en el alcohol.

Brindaron y dieron un sorbo a la bebida.

—¿Sabías que está prohibido el alcohol en Malé? —le expuso Sofía, antes de beber más cóctel—. Y en las islas habitadas por ellos, pero no en las islas de turistas, como la nuestra.

—No lo sabía —frunció el ceño.

—¿Y crees que lo sabrán ellos?

Soltaron una carcajada maliciosa.

—Nosotras aquí disfrutando de un buen mojito; me ha salido riquísimo, por cierto —dijo Sofía tras apurar su copa y servirse más—; y ellos, vete tú a saber dónde y sin alcohol, ¡que les den!

Brindaron de nuevo y se pusieron a bailar.

Al final, no cenaron y un rato más tarde de bromas y carcajadas, el mojito, como era lo normal, se les subió a la cabeza.

—¿Te acuerdas de cuando nos conocimos? —articuló Eugenia con la lengua un poco trabada.

—Como para olvidarlo... Fue en la clase de *Introducción a la Microeconomía*. ¡Te caíste encima de mí!

Se rieron, aterrizando en la arena de rodillas.

—Llegabas tarde —recordó Sofía, entre más carcajadas—, abriste la puerta como un

torbellino, te pisaste los cordones de las zapatillas y te caíste encima de mí.

—¡Te tiré el zumo!

Se desternillaron, doblándose por la mitad.

—Yo que lo tenía todo súperordenado —continuó su amiga—, con mis tres bolígrafos azules colocaditos en fila —gesticuló con la mano libre, simulando lo que estaba contando—, mis folios perfectamente puestos en la mesa, ¡hasta estrenaba el vestido para que me diera suerte! Y vas tú —la apuntó con el dedo índice— y acaba el zumo en mi mesa y...

—Y resbalé por culpa del zumo... Y terminamos las dos en el suelo... —se rieron más fuerte—. ¡Te caíste... de la silla... para atrás... conmigo encima!

—¡Tú me tiraste! ¡Y el profesor nos echó de clase y ya no nos dejó entrar el resto del semestre!

Durante un par de minutos, no pudieron seguir hablando porque las carcajadas se lo impidieron. Lloraban de la risa tumbadas en la orilla. Se secaron las lágrimas con una amplia sonrisa.

—Me duró el chichón de la cabeza una semana —se quejó Sofi, antes de estallar otra vez en carcajadas—. Pero la vergüenza que pasé... —resopló—. Esa me duró toda la carrera, hasta la graduación.

—Es que encima te entregó el diploma ese profesor, menuda suerte —sonrió Eugenia.

—Era feísimo. Y repulsivo. Me recordaba a una serpiente peluda.

—¡Calla! —se tapó la boca—. ¡Qué asco! —se inclinó—. ¿Sabías que en Camboya comen carne de cocodrilo y de serpiente?

Se miraron con una mueca y volvieron a reírse.

En ese momento, la inoportuna canción *Vuelve*, de *Juan Magán* y *Paulina Rubio* se coló directa a sus corazones. La letra las hundió...

—*Tengo la sensación de que no vuelves nunca... Te pido vuelve, que tú no sabes lo que estoy sufriendo... Bring me back your life...*

Las lágrimas resurgieron, pero, en esta ocasión, no fueron producto del humor.

—Te dije que no quería canciones de amor —susurró Sofía, estremecida.

—Y yo te dije que todas las canciones son de amor.

—Apaga la música.

—Apágala tú.

Pero ninguna se movió. Lloraron, sin emitir ruido, hasta que terminó esa canción y se inició otra, muy antigua, *Stronger*, de *Britney Spears*, justo la que necesitaban, tanto por el mensaje como porque se la sabían de memoria.

—¡Uf! —suspiraron con alivio al unísono.

Y se carcajearon, incorporándose para mecer el cuerpo al ritmo, cantando casi a gritos como si se desfogaran, abrazadas la una a la otra por los hombros y saltando en la orilla, mojándose y manchándose el vestido de arena y agua.

A lo lejos, vieron un foco que se fue agrandando hasta detenerse en el final de la pasarela de la madera, foco que pertenecía a una lancha motora, de la que descendieron Felipe y Ricardo.

—Ignóralos —le ordenó Sofi, seria de pronto—, y, sobre todo, no dejes de bailar. Toma —le entregó su copa de mojito—. Casi no queda.

—Creo que estoy mareada... —hizo un ademán—. Pero me siento muy bien.

—Es lo que tiene haber bebido sin haber comido, Thelma —le guiñó un ojo—. Yo también estoy mareada, pero ellos no se pueden enterar.

—Vale —asintió, vehemente—. ¿Y cómo lo hacemos? Porque me tiemblan las piernas de tanto salto y... —soltó una carcajada espontánea.

—¡Joder! —exclamó Sofía tras tropezarse con un montículo de arena, provocando que la copa

se vertiera en su escote—. Qué horror... —se despegó la tela empapada de mojito de la piel—. ¡No te rías!

Eugenia aterrizó de rodillas, se cubrió los labios, pero no pudo parar de reírse y terminó contagiando a su amiga.

—¿Están borrachas? —inquirió la voz afilada de Richi cuando las alcanzaron.

—Sí, señor Ricardo —contestó Sofi, alzando su copa vacía en un silencioso brindis—, ¿que usted nunca bebió más de la cuenta en su juventud?

Eugenia desorbitó los ojos y se carcajeó sin remedio al fijarse en la expresión de Richi tras oír la pulla.

—Perdona, ¿qué has dicho? —rebató él, cruzándose de brazos—, es que con el pedo que llevas, no se te entiende al hablar.

Felipe comenzó a convulsionar los hombros y eso Eugenia sí que no se lo permitió. Ella se levantó con leve esfuerzo y lo observó con una ira inmensa.

—Como se te ocurra reírte de mi amiga... —lo apuntó con el dedo.

—¿Qué vas a hacerme... Eugenia? —la retó él con una sonrisa arrogante.

—¡Tú, viejo! —llamó Sofía a Ricardo, también incorporándose—. Estoy pedo, ¿y qué? Soy una niñaata, según tú, ¿no? Pues... —fue a sujetar a Eugenia del brazo, pero no calculó la distancia, la golpeó en el trasero y acabaron de nuevo en la arena en un enredo de extremidades—. ¡Joder!

—¡Ay! —protestó ella también, por el golpe.

—Además de ser una niñaata, tienes una lengua muy sucia, nena —comentó Richi, riéndose por el ridículo espectáculo que estaban presenciando.

—¡No me llames *nena*, capullo!

—Yo la mato... —masculó Ricardo, avanzando hacia su novia.

—Tranquilo, Richi —lo frenó Felipe—. Están borrachas, ¿qué te puedes esperar?

Eugenia se puso en pie, avanzó hacia él y lo empujó.

—¡Eres un imbécil!

—¡Vaya! —exclamó Felipe, entornando la mirada. La diversión se esfumó—. ¿Ya no tartamudeas cuando dices una palabra fea? —se burló con voz de niño pequeño—. ¿Será por el alcohol?

—Nosotras, al menos, nos hemos quedado aquí. No se nos ha ocurrido abandonaros en una isla. La próxima vez, no regreséis, porque no os necesitamos.

—¡Bien dicho, Thelma! —la obsequió Sofi.

Él, en cambio, ni se inmutó, sino que le dedicó una sonrisa de triunfo.

—Tú, mejor cállate, Sofía —la regañó Richi.

—¡No me llames *Sofía*! —estalló la aludida.

—¿Y cómo coño quieres que te llame, si ese es tu nombre, joder?

—¡No me llames, directamente!

Ricardo y Felipe se miraron de un modo enigmático, serios, y, a continuación, sonrieron.

—Creo que esto no me gusta... —le susurró Sofía, retrocediendo y arrastrándola consigo.

Eugenia se asustó cuando ellos avanzaron con claras intenciones...

—¡Corre! —le gritó su amiga un instante antes de girarse y salir huyendo en dirección al bungalow.

Ella obedeció o, al menos, lo intentó, porque el vestido era largo y estaba mojado desde los muslos, por lo que le resultó un estorbo y un inconveniente para poder correr como necesitaba. Entonces, unos fuertes brazos la levantaron, los de su príncipe rojo, lo reconocería con los ojos vendados...

—¡No! —pataleó—. ¡Suéltame!

—A sus órdenes, Eugenia —se metió en el mar y cuando el agua le cubrió las rodillas, la arrojó por los aires.

Eugenia emergió con un ataque de tos y el pelo en su cara. Pisó mal y se hundió otra vez. Y esos mismos brazos de antes la sacaron a la superficie de inmediato.

—¡Mi-mierda! —profirió ella, retorciéndose para soltarse.

—Se te ha bajado ya el pedo —afirmó al escuchar su tartamudeo.

Se apartó y se alejó hacia la cabaña. Eugenia quiso llorar de rabia.

—¡No me vuelves a humillar así en tu vida, ¿me oyes?! —gritó ella, obligándole a frenar en seco.

—Te has humillado tú solita —ni siquiera se dio la vuelta.

—Yo no me he ido de la isla sin darte explicaciones, te recuerdo que estoy aquí por ti.

—¿Pretendías que me quedara aquí otra noche para ver cómo seguías ignorándome? —ahora sí se giró y la enfrentó—. ¿Pretendías que continuara viendo cómo huyes de mí y cómo me tratas con indiferencia? —se tocó el pecho para recalcar—. ¿Sabes cuánto duele eso? No, Na... Eugenia —chasqueó la lengua—. ¡No tienes ni puta idea de lo que duele, joder! —se revolvió el pelo con saña.

—¡Por supuesto que me hago una pu-puta idea porque es exactamente como me siento yo, mi-mierda, Felipe! —se acabó. Ya no podía más...

Se acercaron el uno al otro.

—¡Yo no siento indiferencia hacia ti! —se defendió él.

—¡Yo, tampoco! —salió del agua.

—¡Yo te amo!

—¡Yo, también!

Pararon a un milímetro de distancia de sus bocas, brotando un suspiro entrecortado de las mismas, expulsando el inmenso consuelo que sintieron al recordarse cuánto se amaban.

—Dios, Nana... —la tomó por la nuca, recostando la frente en la suya. Eugenia le enroscó las manos en el cuello, de puntillas—. Pero mucho... Te amo mucho...

—No vuelvas a llamarme Eugenia nunca más.

—Nunca más, Nana... Nunca más...



Felipe no supo cuál de los dos besó primero al otro, solo supo que, al fin, la tenía entre sus brazos de nuevo, estrechándola con fuerza, temblando ambos, besándose con desenfreno.

—Mi príncipe rojo... —pronunció, entre besos desesperados.

Aquellas tres palabras lo resucitaron. Gimió al escucharlas. Se estremeció. Fue a alzarla por el trasero, pero el largo y atrevido vestido ibicenco estaba mojado y adherido a su piel, por lo que lo agarró de un lateral y lo rasgó sin miramientos. Al instante, atrapó sus nalgas por dentro de la tela y por encima de esas endemoniadas braguitas brasileñas de encaje y la levantó, encajando las caderas de ambos y rodeándolo ella con los muslos.

—Felipe... —jadeó Eugenia, propinándole un tirón en el pelo.

Dios... La adoraba... Se arrodilló y la tumbó en la orilla, situándose entre sus piernas, que lo apretaron para impedirle escapar.

—No me voy a ninguna parte, Nana —le susurró, ronco, al oído, antes de devorar su cuello a

placer, mientras le subía el vestido hasta la cintura a manotazos.

—Te he echado de menos... —le desabrochó el vaquero con dedos nerviosos y torpes—. Mucho...

—Nana... —le rompió las braguitas, gruñendo como el desequilibrado que era por esa mujer—. Lo siento... —se disculpó, un poco abochornado por lo que acababa de hacer.

—Creía que no mentías... No lo sientes en absoluto...

Se rieron, pero, al mirarse, la diversión desapareció y un deseo irrefrenable los sacudió. Ella le bajó los pantalones y los calzoncillos con rapidez, lo justo, porque no podían desperdiciar un solo segundo.

—Felipe... —le hundió los talones en el trasero—. Te necesito...

Felipe resolló por su ruego y se enterró profundamente en su interior de una dura y salvaje embestida. Y gritaron de alivio al unirse.

—Me vuelves loco, Nana... —la sujetó por las caderas y comenzó un frenético vaivén sin esperar a tomar conciencia.

—Muy... loco... —afirmó ella, que lo agarró de las nalgas y le clavó las uñas en la carne mientras alzaba las caderas para encontrarlo a mitad de camino cada vez que la penetraba.

—Sí... Dios... ¡Sí!

El éxtasis los alcanzó de un modo tan vertiginoso e impresionante que se quedaron estupefactos y les costó lo indescriptible reaccionar. Fue demasiado rápido, apenas se amaron en un suspiro.

—Nana...

—Felipe... —le acarició la cara.

Él cerró los ojos ante la dulzura de sus manos, escondiendo el rostro en su cuello, desplomándose sobre ella, desmayado, aún sin separarse y sin ninguna intención de hacerlo. Por nada del mundo se alejaría un milímetro siquiera.

—Mi Nana... —repetía Felipe sin cesar, abrazándola con excesiva y renovada fuerza—. Mía... Mía... Mía...

Eugenia sollozó.

—Tenía tanto miedo... —le confesó ella en un hilo de voz.

—Ya pasó —la besó en el cuello con ternura—. Te amo y eso nunca va a cambiar por mucho que discutamos.

—O que alguien nos quiera separar... —sus ojos se empañaron—. Lo siento, Felipe... He permitido que Isabel me distancie de ti. Y no eres ningún cobarde. Olvida lo que dije.

Felipe se separó, se colocó la ropa, se descalzó y se sentó, con Eugenia a horcajadas en su regazo.

—Ya es suficiente, ¿no crees? —dijo él, con gravedad.

—No sé a qué te refieres —arrugó la frente, sin comprenderlo.

—A que tenemos que centrarnos en nosotros, en el hoy, no en el ayer, Nana, no continuar en el pasado —respiró hondo—. Isabel es tu hermana y debe ser durísimo cómo te sientes con respecto a ella. El pasado es tu presente y, por tanto, el mío, pero no por lo que nos pasó, sino porque todo lo que te afecta a ti, me afecta a mí, porque te amo —sonrió con cariño, trazándole la nariz con el dedo—. Pero no podemos seguir así.

—Estamos marcados, Felipe —agachó la cabeza—. Por el dolor...

Felipe le elevó la barbilla con los dedos.

—Y por el amor, Nana.

Ella le arrugó la camisa en el pecho, observándolo con vulnerabilidad, aterrada.

—Cuando volvamos a Madrid...

—Te acompañaré a Barcelona —asintió, solemne—. Y me da igual que te niegues, voy a ir contigo. No estás sola.

Eugenia le dedicó esa preciosa sonrisa que conseguía robarle el aliento. La envolvió entre sus brazos. Miraron el plancton en cómodo silencio, roto únicamente por las suaves y pequeñas olas que rozaban sus pies.

—Felipe, cuando os fuisteis...

—No estábamos muy lejos —se sinceró—. En realidad, solo queríamos que pensarais que nos íbamos de fiesta... —se sonrojó—. Pero para daros celos.

—Pues lo lograsteis —refunfuñó, desviando los ojos.

—Mírame, Nana.

—No.

—Mírame.

—Que no —intentó alejarse, pero él no se lo permitió, sino que la ciñó con fuerza contra su cuerpo—. ¡Suéltame!

—¡Que me mires!

Le obedeció al fin, aunque furiosa.

—¡No soportaría que tocaras a otra que no fuera yo! —le espetó Eugenia, retorciéndose—. ¡Que miraras siquiera a otra que no fuera yo! ¡No lo soportaría! —las lágrimas bañaron sus coloradas mejillas.

Felipe se rio. Su ego se incrementó. ¡Y qué bien sentaba!

—Me encanta cuando te enfadas, ratoncita, ya lo sabes, pero celosa... —gimió, agarrándola de una mano para apoyarla en su dura erección, la cual no había disminuido un ápice—. Soy capaz de llegar sin tocarnos cuando te veo celosa, de lo mucho que te deseo en esos momentos, como ahora, y no te imaginas qué poco me importaría hacer tal ridículo.

Ella ahogó un jadeo. Sus pupilas se dilataron.

—Quiero verte desnuda bajo la luz de la luna —le pidió él en voz muy baja y con la respiración irregular.

Eugenia suspiró de manera discontinua. Se levantó y, entre las piernas estiradas y abiertas de Felipe, se bajó los finos tirantes del vestido, deslizando la tela hacia abajo, mostrando sus senos, libres de sujetador, y seguidamente el resto de su cuerpo. Ruborizada, desnuda y tremendamente sensual, se mostró ante él con una confianza ciega.

Felipe, hipnotizado con aquella belleza mística, porque parecía irreal con sus largos, sueltos y oscuros cabellos tapándole la mitad del torso, con sus curvas delirantes, con su piel cremosa y brillante, la prolongación de la misma luna... y su expresión de deseo por él, se incorporó y se quitó la ropa. La tomó de las manos y la guio hacia el océano de las estrellas que formaba el plancton. Se detuvieron, pegados el uno al otro, abrazados, cuando el agua alcanzó su cintura. Y la besó. Y se perdieron en la magia de su amor.

Se amaron despacio, protegido el uno por el otro, gimiendo en cada intensa y lánguida acometida, sin dejar de besarse, saboreando cada instante, apreciando cada convulsión involuntaria que padecían...

Y cuando salieron del mar y se tumbaron en la arena, volvieron a amarse por tercera vez aquella noche de ensueño, mientras despuntaba el alba en aquella isla perdida del Pacífico, tan lejos de su hogar, mientras se susurraban al oído cuán grande era el deseo que se profesaban, cuán desbordante, cuán ardiente, cuán agudo, cuán insaciable, cuán impaciente, cuán ilimitado...

Regresaron al bungalow con las manos entrelazadas, besándose y rozándose por encima de la ropa. No tenían suficiente. Sin embargo, al entrar en la cabaña, se paralizaron. Prendas de ropa se

hallaban dispersas por el espacio y varios charcos mojaban el suelo, en dirección hacia las dos habitaciones. Había rastro de agua por todas partes.

—¿Dónde se supone que están? —preguntó Eugenia, confusa.

Escucharon un grito femenino seguido de una risa masculina, pero no acertaron a saber de qué estancia provenía tal alboroto.

—Parece que han hecho las paces.

Se miraron y soltaron una carcajada.

—Se me ocurre el mejor lugar —lo arrastró ella hacia la terraza.

Se tumbaron en la hamaca de tela que colgaba de dos árboles. Abrazados, acariciándose con infinita devoción y observando el amanecer en el horizonte, se quedaron dormidos.

Cuando Felipe se despertó, se topó con Eugenia sobre su pecho, mirándolo con una dulce sonrisa. Esos impresionantes ojos verdes lo impactaron por cuánto resplandecían.

—Hola, mi príncipe rojo.

—Hola, mi Nana —sonrió lentamente—. Llevo soñando con despertarme a tu lado desde...

—Los bellos durmientes se han despertado —lo interrumpió Richi, en calzoncillos, el pelo revuelto y rastros de sueño en la cara—. Son las cinco. ¿Os apetece ir a la playa? Es nuestro último día. Sofi se está poniendo el bikini.

—¡Voy a preparar la cámara! —exclamó Eugenia, bajándose al suelo con esfuerzo por el vaivén de la hamaca, antes de marcharse a su habitación.

Él se restregó la cara para despejarse y también se levantó.

—Podíais haber pegado una nota en la puerta —gruñó Felipe, estirándose—. Esta hamaca está muy bien para un rato, pero no es una cama.

Ricardo se rio como un pilluelo.

—Lo siento, tío, es que en ese momento no... —se ruborizó con una sonrisa de embeleso, distraído—. Digamos que no pensaba en otra cosa que en lo que estaba haciendo.

—Richi.

Su amigo parpadeó.

—Dime.

—Esta noche...

—¡Ah, no! —lo cortó Richi, negando con la cabeza—. Esta noche nos toca a Sofi y a mí la playa.

—¿Estás de coña? —entornó la mirada—. No —se cruzó de brazos—. El viaje es nuestro, vosotros os habéis acoplado, así que... —chasqueó la lengua—. Ni hablar. La playa es para Nana y para mí.

—Pues dormirás otra vez en la hamaca —masculló Ricardo.

Silencio.

—Me pido la habitación de la pecera —exigió Felipe, frunciendo el ceño sobremanera.

—No. A Sofi le encanta.

—¡Joder, Richi! —se acercó a la cocina y sacó una botella de agua fría de la nevera—. ¿Cómo no le va a encantar si encima tiene una terraza que da a una alberca? ¿Por qué Sofi sí puede disfrutar de esa habitación y Nana, no?, ¿eh?

—Si tú me dejas la playa, yo te dejo el cuarto de la pecera, venga, me sacrifico —hizo un cómico ademán.

Felipe gruñó de nuevo. Se observaron unos segundos interminables.

—A piedra, papel o tijera —anunció Richi, cerrando su mano en un puño.

—Vale. El que gane elige lo que quiera. Todo lo que quiera. Y prefiero pares o nones. Yo,

pares. Tú, nones.

Prepararon sus manos.

—Una... Dos... Y...

Ganó Ricardo.

—¡Bien! Me pido la playa y la pecera.

Felipe salió de la estancia golpeándole en el hombro, adrede.

—Tenéis la piscina —lo animó su amigo, sonriendo.

—¿Como vosotros ayer? —alzó una mano para que no hablara—. Y no contestes porque era una pregunta retórica —se dirigió a la habitación de la pecera, la suya, de momento.

—Tío... —silbó Ricardo, siguiéndolo—, Sofi es...

—Demasiada información.

—Perdona... —carraspeó, nervioso.

Él se rio y le palmeó la espalda.

—Me alegro, Richi, de verdad. Todo solucionado, entonces.

—Sí —sonrió, dichoso y feliz—. ¿Y tú con Eugenia?

Felipe arrugó la frente.

—Cuando termine el viaje, la acompañaré a Barcelona. Quiere hablar con Isabel y yo no quiero que esté sola —sacó del armario el bañador y se encaminó al baño para ducharse.

—Pero... —titubeó— ¿Eugenia está bien?

—Todo lo bien que se puede estar cuando te das cuenta de que tu hermana es una zorra manipuladora y envidiosa que ha estado la mayor parte de tu vida haciéndote sufrir sin que tú lo supieras.

—Lo de envidiosa todavía no lo sabe.

—No.

Un rato más tarde, Felipe sostenía la cámara de Eugenia para tomar fotos de las dos amigas.

—Trae —le dijo Eugenia, cogiéndole la cámara y apoyándola en un pequeño trípode en la arena entre unos árboles e inclinándola ligeramente hacia arriba.

—¿Qué vas a hacer? —no se perdió detalle, observándola.

—Estoy programándola para que dispare cincuenta fotos en ráfaga.

—¿Cuántas por segundo?

—Cinco, es decir, que contamos con diez segundos.

—¿Se puede programar para que dispare más fotos?

—Las que quieras hasta quinientas —acabó y pulsó un botón. Se levantó—. Ya está.

—Tenías que haberte traído el ordenador, en lugar de haberte comprado esas dos tarjetas de memoria tan caras —le tendió la mano.

—Ya, pero no quería cargar también con el portátil, ni descargar cada noche las fotos —aceptó el gesto y caminaron hacia la orilla, a pocos pasos—. Además, me hacían falta. Me caben más de tres mil fotos en cada tarjeta. Son caras, pero si me voy a dedicar a la fotografía, necesitareé lo mejor, ¿no? —se encogió de hombros—. Y este viaje lo merecía —sonrió con timidez—, no solo por el libro que quiero diseñar —se ruborizó.

Él la besó en la mejilla, abrazándola con fuerza por detrás.

Se colocaron los cuatro juntos para las correspondientes fotos. Fueron diez segundos de carcajadas, porque no se pusieron de acuerdo con las posturas y las poses, por lo que Eugenia volvió a programar la cámara, pero con más segundos.

Después, comieron una ensalada de frutas que habían preparado antes de irse a la playa.

Cuando estaba anocheciendo, Ricardo le dedicó una significativa mirada.

—¿En serio? —masculló Felipe, alucinado porque los estaba echando.

—¿Qué ocurre? —se preocupó Sofía, que estaba sentada con la espalda apoyada en el pecho de su novio.

—Nada —farfulló él, incorporándose—. Vámonos, Nana.

—¿Qué? ¿Por qué? Estoy a gusto.

—Ya, pero Richi quiere estar mucho más a gusto y tú y yo sobramos. Nos toca la piscina —observó a su amigo con odio—. Solo la piscina.

Las dos amigas enmudecieron. Sofi, además, se sonrojó una barbaridad. Se apartó de Ricardo.

—¿Le has pedido a Felipe que nos deje solos en la playa?

—Técnicamente, no me lo ha pedido —contestó Felipe, cruzándose de brazos, malhumorado—. Primero, me lo impuso y luego, nos lo jugamos a pares y nones. Por desgracia para nosotros, nos quedamos sin playa y sin la habitación de la pecera, que, por cierto —miró a Eugenia—, tiene una terraza que da a una alberca, pero como Richi es tan egoísta no vas a poder disfrutarlo.

—¡Oye! —se quejó Richi, levantándose—. Has perdido. Y tú estableciste que el ganador eligiera todo.

—Si yo hubiera ganado la playa, ten por seguro que te hubiera dejado la pecera. No soy tan imbécil como tú.

Se acercaron. Saltaron chispas por sus ojos.

—Ayer tuvimos que dormir en la hamaca —continuó, cada vez más enojado— porque no se os ocurrió avisarnos de en qué habitación estabais. Y el bungalow estaba hecho un desastre.

—Ya te dije que en ese momento no estaba para pensar en nada que no fuera Sofi —sus pómulos se tiñeron de rubor. Apretaba los puños—. ¿O tú en mi situación hubieras dicho: *espera un momento, que tengo que hacer una cosa?*

—Vale, pero todavía no es de noche, Richi, quedamos en..

—Ya sé en lo que quedamos, pero ¿tú nunca has tenido un calentón?

—Cuando estoy con más gente, me controlo por respeto a ellos, pero, claro —dejó caer los brazos—, qué vas a saber tú de respeto y autocontrol.

Ricardo lo golpeó en el hombro.

—Retira lo que acabas de decir, Felipe.

—Dame la pecera y lo retiraré, Ricardo —le devolvió el golpe.

—No. Perdiste —entrecerró la mirada y lo golpeó de nuevo, más fuerte.

—Pues no lo pienso retirar... imbécil —le devolvió el golpe por segunda vez.

—¡Retira eso también! —otro golpe.

—¡Dame la jodida pecera y lo haré! —otro.

—¡No! —otro.

—¡Pues no lo haré! —otro.

Ambos se observaron un instante, rugieron y se abalanzaron como dos críos por la arena. Rodaron por la orilla y acabaron en el mar.

—¡Chicos!

Se detuvieron de pronto ante la llamada de sus novias, aún sujetándose, Richi por el costado y Felipe por el cuello. Giraron sus rostros hacia ellas y se paralizaron. Eugenia y Sofía estaban de espaldas, sonriéndoles con picardía, con los dedos tirando del nudo que ataba la parte superior de sus bikinis.

Y se los quitaron.

Y se los lanzaron al agua.

Y se giraron entre risas para mostrarles el succulento manjar de sus hermosos senos.

—¡No mires a mi novia! —protestó Ricardo, tapándole los ojos.

—¡Tú tampoco a la mía, joder! —lo imitó.

Entonces, unos brazos delicados rodearon la cintura de Felipe y unos pechos llenos y erguidos se pegaron a su espalda.

—Nana... —tragó saliva.

—Nena... —gimió su amigo, notando a Sofi a su espalda.

Cada uno se volvió hacia su novia y la besó con abandono, entre jadeos.

Felipe se enloqueció... ¡Y cuándo no! Alzó a su Nana por el trasero y salieron del mar. Y no se detuvo hasta entrar en el bungalow, casi a oscuras, porque era casi de noche; seguidamente, en la habitación de la pecera, manchando de arena y agua todo a su paso. Aterrizaron en la cama, que olía a limpio, pues él había cambiado las sábanas antes de marcharse a la playa por si acaso Ricardo se ablandaba y le cedía ese cuarto al final.

—No vuelvas a enseñar nada a nadie que no sea yo —le ordenó, autoritario, sujetándole las muñecas por encima de su cabeza. Jamás se había sentido tan posesivo como en ese momento—. Solo con pensar que Richi te ha visto... —le hervía la sangre. Un instinto primitivo y animal se adueñó hasta de su alma.

—Solo lo hemos hecho para que dejarais de pelearos —sonrió con travesura—. Y tú has visto a Sofi.

—Ni siquiera la he mirado —profundizó más la arruga de su ceño—. No vuelvas a hacerlo.

—Nunca —se arqueó, frotándose contra su erección.

—Prométemelo —le exigió, bajándole las braguitas de un tirón.

—Sí... —levantó las caderas, ansiosa.

—Dilo —se quitó el bañador de igual manera, ayudándose con los pies.

—Te... —comenzó Eugenia, ciñéndole las caderas con sus muslos con fuerza y apremio—. ¡Felipe! —gritó cuando la penetró de una embestida fiera, dominante y exigente—. Te lo... —otra embestida violenta—. ¡Prometo!

La cama chirrió. Felipe gruñó, dirigió la mano libre a su intimidad y la acarició sin piedad mientras la amaba sin piedad.

—Eres mía.

Otra...

—¡Sí!

Otra...

—Dilo.

Otra...

—¡Soy tuya!

Aquella frase lo llenó de un placer indescriptible.

Ya no hubo más palabras, pero sí más gritos desesperados por parte de ella... Y más gruñidos animales de satisfacción por parte de él... Y el éxtasis más alucinante que habían experimentado jamás.

—Me matas... —suspiró Felipe con fuerza, dejándose caer a su lado, respirando los dos con grave dificultad—. Joder... —bajó los párpados—. Mis casi cuarenta se notan...

Eugenia comenzó a convulsionarse hasta estallar en carcajadas y subirse encima de él a horcajadas.

—Me encantan los casi cuarenta de mi príncipe rojo —le susurró en la oreja, robándole varios latidos al rozársela con los dientes—. ¿Sabes por qué? —posó las manos en su pecho y se desplazó hacia arriba y hacia abajo sobre su erección con una pesadez más que cautivadora,

instándolo a mirarla—. Porque eso te hace más maduro, más experto, y a mí... —ladeó la cabeza, humedeciéndose los carnosos labios, hipnotizándolo—. A mí me conviertes en una alumna que ansía aprender a complacerte —se levantó sobre sus rodillas—. ¿Crees que esos casi cuarenta necesitan un ratito para recuperarse o pueden iniciar la siguiente clase, señor Barrueco? — lentamente descendió, acogiéndolo en su interior.

El gemido que emitió Felipe fue suficiente como respuesta.

Nunca, en sus casi treinta y ocho años, había practicado el sexo tan a menudo ni de manera tan licenciosa como con Eugenia. Nunca. Con ella era todo diferente. Y se sentía tan bien...

Eugenia se movía con tanto erotismo, buscando su propio goce, con los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás, completamente arqueada, meciendo sus nalgas como una auténtica diosa del placer. Él ascendió las manos para tomar sus pechos, para masajearlos, para erguirlos entre los dedos, para hartarse de tocarlos... Pero incorporó el torso porque necesitaba abrazarla, necesitaba rozar cada centímetro que fuera capaz de rozar. Eugenia le rodeó con las piernas, lo envolvió por los hombros con los brazos. Felipe la sujetó desde atrás por los hombros, le mordió el cuello, se lo succionó, se meció al ritmo que ella pautaba, le cedió el control, mareado de tanta delicia, y siguieron amándose sin prisas, hasta que el segundo éxtasis los precipitó de cabeza al infierno.

Permanecieron abrazados un buen rato hasta que sus respiraciones se normalizaron. Se contemplaron con los ojos vidriosos y se besaron con adoración.

—Felipe... —su semblante se cruzó por la gravedad—. Otra vez no hemos usado protección.

—Lo siento.

No lo sentía en absoluto... Y ella se dio cuenta.

—Felipe, ¿tú...? ¿tú quieres...?

No supo qué responderle, porque estaba muy seria, incluso preocupada.

—Tú, no —adivinó él, agachando la cabeza.

—Claro que quiero —lo tomó de las mejillas—, pero quiero hacer las cosas bien, no deprisa y corriendo.

—¿No crees que hemos esperado demasiado? —pronunció en un hilo de voz—. Soy un egoísta, perdóname —se alejó hacia el cabecero, se recostó y cerró los ojos—. Y un impaciente. Lo quiero todo contigo y lo quiero ya.

—Felipe... —se acercó, sonriendo.

—Yo también tengo miedo de perderte... —le confesó Felipe—. Olvida lo que te he dicho, tienes razón, las cosas se hacen bien, no deprisa y corriendo. Me pondré un preservativo a partir de ahora, y que nos casemos tampoco te preocu...

Ella lo besó, callando sus palabras.

—Cuando volvamos a Madrid, hablaremos de la boda; en eso, yo también soy una impaciente y una egoísta.

—Nana...

El tono quebrado en que pronunció su apodo y el intenso fulgor de sus ojos castaños provocaron que lágrimas de felicidad regaran sus mejillas.

—Aunque... —dudó ella, nerviosa—. No llevamos ni un mes juntos y hablar de boda...

—Llevamos muchos años juntos, ratoncita —le trazó el puente de la nariz con el dedo índice.

Ante aquella declaración, se esfumaron sus repentinos miedos.

—¿Por qué siempre me haces eso? —quiso saber Eugenia, sonriendo y entornando la mirada, curiosa—. Lo de la nariz.

Felipe se sonrojó y se rio, revolviéndose el pelo como un niño pequeño a quien acababan de pillar trasteando.

—Me lo haces desde...

—Que tenías diecisiete años.

Recordar esa época le alteró considerablemente el bombeo del corazón.

—Empecé a hacértelo cuando quería besarte —su semblante se cruzó por la vulnerabilidad—. Pero besarte de verdad. Ese tipo de besos que no se pueden describir y en los que entregas tu alma, no solo tu cuerpo y tu corazón. Ese tipo de besos en los que quieres transmitir tantas cosas al mismo tiempo que, con palabras, es imposible: gratitud, amor, pasión, devoción, deseo, cariño, ternura, lealtad... ¿Ves? —le guiñó un ojo—. No puedo expresarlo con las palabras suficientes porque no existen palabras suficientes para ti, Nana, ni para lo que siento por ti.

—Felipe... —posó una mano en el corazón.

—Un día, estabas enfadada con tu padre porque no te había dejado salir a cenar con un chico que te gustaba —sonrió, nostálgico—. Estabas en el porche, ahí te encontré cuando llegué a tu casa para recoger a Isabel. Me lo contaste —soltó una suave carcajada—. Se te arrugaba la nariz como a una ratoncita, igual que ahora —le pellizcó la punta de la nariz—. Fue la primera vez que me di cuenta de que siempre hacías eso cuando algo no te gustaba —inhaló una bocanada de aire y la expulsó con calma—. Y quise besarte —apretó la mandíbula, serio—. También fue la primera vez que quise hacerlo. Y como no podía, te acaricié la nariz y me guardé el secreto para mí —se encogió de hombros—. Lo sentía mal, me sentía un enfermo —le clavó los ojos en los suyos con fiereza—, pero te consideraba mi ratoncita, Nana, mía.

—Lo hiciste en el aeropuerto del Prat cuando nos reencontramos...

—Sí, Nana, te tracé la nariz con el dedo cuando estábamos en el avión, justo cuando te dije que me alegraba de que hubiera cosas que no cambiaran porque tus ojos me volvían a hablar después de tanto tiempo, y tú lo achacaste a que era tu maldición, como repetías siempre —respiró hondo—. Y también lo hice cuando comimos con Richi y Sofi y preparamos el viaje a Nueva York, nada más verte al salir de tu trabajo.

—Y en el avión antes de aterrizar en Nueva York, después de la discusión —lloraba en silencio sin percatarse.

—Y en el *ferry* de camino a la Estatua de la Libertad.

—Y en Siem Reap, justo cuando me dijiste...

—Que por primera vez en mi vida era feliz y te lo debía a ti.

—Felipe... —repitió, emocionada, y arrojándose a su cuello para estrecharlo con toda la fuerza que pudiese demostrar. Jamás lo olvidaría.

—La boda será el mes que viene —anunció su príncipe rojo, cambiando de tema de forma radical.

Eugenia se rio entre lágrimas.

—¡Estás loco!

Él la apresó con fuerza entre sus brazos y la tumbó en la cama, debajo de su magnífico cuerpo. Procedió a hacerle cosquillas, que le arrancaron una carcajada tras otra.

—¿Cuándo te tiene que bajar la regla? —le preguntó Felipe cuando se tranquilizaron.

—A finales de mes, y ya me duelen los pechos, como siempre.

—Así que te duelen los pechos... —murmuró, inclinándose para rozar uno de sus senos con los labios, delineando su forma, alterándole las pulsaciones—. Entonces, tendré que hacer algo para remediarlo.

—Lo que quieras... —se le nubló la vista.

Él jadeó por su ruego y se levantó del lecho.

—Felipe, ¿qué...? —comenzó Eugenia, arrugando la frente, confusa.

—Espera aquí —desapareció de la habitación y regresó con el bote de crema de ella. Además, sacó un par de preservativos de la maleta de Richi—. Date la vuelta.

Ella obedeció con una inmensa sonrisa, colocándose boca abajo en el colchón, con los brazos flexionados debajo de su cara. Un sonoro azote en una de sus nalgas la sobresaltó.

—¡AY! —chilló por la impresión.

—Tenía que hacerlo —se rio como un bribón y le besó la zona afectada, erizándole la piel—. No lo sabes, pero es cierto —le vertió crema en la espalda—. Y precisamente porque no lo sabes, es todavía más, mucho más.

—¿El qué no sé? —cerró los ojos y disfrutó del masaje.

—Lo buena que estás —el tono que empleó fue más áspero de lo habitual—. Porque estás buenísima... —deslizó las manos hacia su trasero y lo manoseó con extrema lentitud y dedicación.

—¿Tan buena estoy? —sintió un regocijo tras otro en la tripa, tanto por sus palabras como por sus atenciones.

—Sí... —suspiró Felipe, discontinuo, bajando por sus piernas, que comenzó a venerar una a una—. Para comerte, Nana... —volvió a suspirar—. Estás para comerte...

—¿Quieres comerme? —se mordió la lengua para ahogar los gemidos que su cuerpo luchaba por emitir.

—Sí... —acarició su piel, impregnándola de crema con movimientos circulares desde las plantas de los pies hasta las nalgas, arriba y abajo, una y otra vez.

—Pues cómeme...

Él se paralizó.

—Pero —añadió Eugenia, girándose para tumbarse boca arriba— antes debes remediar el dolor de mis pechos, ¿no? —delineó la forma de sus senos con un solo dedo de cada mano.

Felipe, embrujado por sus dedos, por la seductora imagen que ella le estaba ofreciendo, se quedó boquiabierto y sin respirar.

—Felipe.

Silencio.

—Felipe.

Silencio.

Como no se inmutaba, estaba abstraído por completo en sus pechos, Eugenia acercó una mano a

su más que excitada erección y dibujó con el dedo índice una línea por abajo, desde la base hasta la punta, muy, muy, muy despacio.

El largo y entrecortado resuello que brotó de la garganta de Felipe le incrementó el ego a un nivel desmedido. Se miraron.

—Me duelen mucho —lo incitó ella en voz baja, provocadora.

—Sí, Nana...

—Necesito las manos de mi príncipe rojo justo aquí —se señaló los senos con una mano y cerró la otra en torno a su virilidad.

—¿Solo mis manos? —articuló en un tono estrangulado.

—Y tu boca... —notaba las mejillas ardiendo y tembló por la inseguridad que, de pronto, la asaltó.

—¿Solo ahí? —su mirada chispeó, perversa—. En Bangkok te dije que un día te comería entera con el cielo como testigo, ¿te acuerdas?

Los roles cambiaron sin previo aviso. Ahora, ella se paralizaba y él tomaba el control.

—Dime, Nana —se inclinó, apoyándose en el colchón con los codos, a un milímetro de distancia—, ¿quieres mi boca solo en tus pechos?

Silencio.

—Nana.

Un súbito calor la inflamó de deseo, impaciencia y expectación. Pero estaba petrificada, no podía moverse, ni siquiera respiraba.

—Nana —le rozó la nariz con la suya—, ¿quieres mi boca en más sitios además de en tus pechos?

—Sí...

—Yo también quiero mi boca en más sitios además de en tus pechos —le recorrió el cuello con el filo de los dientes—. Te voy a comer enterita en plena naturaleza, de noche, con el cielo como testigo.

Nada más decir aquello, él se puso en pie, pasó un brazo por detrás de sus rodillas y otro en su espalda, la alzó sin esfuerzo y la condujo al exterior de la estancia, traspasando la cristalera abierta, a la derecha de la cama, dirigiéndose a la preciosa, pequeña e íntima alberca. Era un estanque que parecía más una bañera para cuatro personas, de piedra verde azulada muy clara, simulando el color del mar del Pacífico, con dos focos diminutos en su interior y estaba rodeada de césped y de plantas altas y frondosas, cuyas terminaciones en lo alto se curvaban, ofreciendo un escondite perfecto para cualquiera, solo a la vista de la luna y las estrellas.

Él se tumbó en el césped, pegado a un árbol, a la izquierda de la alberca, con Eugenia encima, estirada sobre su cuerpo. La sujetó por la nuca y lamió sus labios de extremo a extremo...

—Dios mío... —gimió ella, clavándole las uñas en los hombros.

Felipe descendió las manos hacia sus caderas y su boca a su cuello, regándola de besos impúdicos, con la lengua, con los labios... Mientras bajaba besándola por el escote, la empujaba con suavidad, pero con firmeza, hacia arriba, de tal modo que él, sin moverse, la besaba entera.

Eugenia padecía una descarga tras otra en cada succión, con cada roce de sus dientes, con cada desgaste de su lengua... Tuvo que incorporarse a medida que Felipe hacía que avanzase. Y cuando terminó con las rodillas a ambos lados de su cabeza, él tumbado debajo, y lo miró... Era una postura tan indecente, que su deseo se acrecentó.

—Agárrate a la rama —le ordenó él, ronco, muy ronco...

Ella obedeció con torpeza, alcanzando la primera rama que tocó, a ciegas, porque no podía apartar los ojos de los suyos, oscurecidos por la pasión. Le vibraba cada músculo. Estaba

convencida de que las piernas no la sostendrían más tiempo y se aferró al árbol.

Y se la comió, literalmente...

Y solo con sentir su aliento acelerado, irregular y cálido en su intimidad, Eugenia se dilapidó en el placer. Y clamó, no porque quisiera, sino porque su cuerpo sollozaba hacerlo... Y esa boca... Esa boca fue demencial... Y experimentó tal conmoción cuando un éxtasis agresivo la devoró que las lágrimas acompañaron al grito de liberación que emitió Eugenia y al prolongado aullido de Felipe, que en ese preciso momento la acompañó, pues había sido tan tórrido para los dos que él no había podido resistirse a acariciarse mientras la devoraba. Era la primera ocasión en que él lo hacía y Eugenia se sintió poderosa, bella y deseada.

Se bañaron en el estanque, cuyo agua alcanzaba el final de sus senos. Él se apoyó en la piedra y ella, en su torso, sentada en su regazo. En silencio, con los ojos cerrados, recibió las manos de su príncipe rojo en sus doloridos pechos. Los amasó con delicadeza y cariño. La besó en la sien, en la mejilla, en el pelo, en la mandíbula, en el cuello, en el hombro... Y le susurró cuánto la amaba una y otra vez... y otra... y otra...

Aquel viaje ya de por sí era inolvidable solo por compartirlo con Felipe, el hombre de su vida, y cada momento vivido con él en el último mes y medio había sido mágico, pero esa noche sintió que era un regalo del destino, el mismo destino que los había separado hacía ocho años y que los había unido al fin, rezaba, para el resto de sus vidas.

—No nos vamos a casar el mes que viene —se negó Eugenia, riéndose.

—¿Por qué no?

—Porque, aunque sea una boda muy íntima, hay que preparar los detalles y me gustaría tener un trabajo antes de casarme.

—Nana, ya sabes que...

—Felipe, por favor, entiéndeme.

—Está bien —la besó en la frente—. Mira, haremos una cosa.

—Te escucho —frunció el ceño, concentrada.

—Cuando lleguemos, primero, organizamos tu mudanza.

—¿Mi mudanza? —arqueó las cejas—. ¿Y por qué no la tuya?

—Nana —ladeó la cabeza—, vives en un piso de alquiler de sesenta metros cuadrados y yo, en mi propia casa, que tiene ciento cincuenta. ¿Necesitas más razones?

Ella le golpeó el hombro, fingiendo enfadarse.

—Además —añadió Felipe, estrechándola con fuerza un instante hasta casi romperle los huesos—, mi prometida va a necesitar un cuarto especial solo para ella, para sus fotos, ¿no? En nuestra casa lo tienes.

—Nuestra casa... —sonrió—. Me gusta cómo suena.

—Y a mí —le trazó la nariz con el dedo índice.

Eugenia sufrió una sacudida ante ese gesto tan significativo.

—Pero pienso ayudar con los gastos —le avisó ella, alzando una mano para enfatizar.

—En cuanto nos casemos, lo mío será tuyo y lo tuyo será mío. Arreglaremos las cuentas del banco para estar los dos en todas, ¿de acuerdo?

Eugenia asintió, feliz.

—Y lo segundo que haremos —agregó su maravilloso príncipe rojo— será hablar con el cura y, en la primera fecha que nos diga, nos casaremos. Es todo lo que voy a ceder. Si nos dice en una semana, tú te callas y nos casamos en una semana.

Ella soltó una gran carcajada que lo contagió.

—¿Y si nos dice que en dos años?

—Cambiamos de iglesia.

Se rieron de nuevo.

—¿Y a cuál iremos? —le preguntó Eugenia—, ¿tienes preferencia por alguna?

—Yo, no, ¿y tú?

—Yo, tampoco.

Felipe hizo una mueca.

—Me niego a recorrernos todas las iglesias de Madrid, ¿sabes cuánto podemos tardar en hacer eso?

Eugenia se desternilló, tapándose la boca.

—No te rías, ratoncita —la reprendió, con simulada rectitud—. Esto es serio. Se trata de nuestra boda.

—¿Qué tal en la Parroquia de Santa Bárbara? —sugirió—. Está en el barrio de Las Salesas.

—Donde tú quieras —la besó en los labios—. ¿Por algo en especial?

—La verdad... —se ruborizó, sonriendo—. Tiene una escalera muy larga de acceso a la iglesia y, siempre que me quedo mirándola, que es siempre que paso por ahí, y paso mucho —se rio con suavidad—, me imagino vestida de novia, con el velo y la cola del vestido deslizándose por los escalones, yo con la cara girada, sonriendo, y sujetando un extremo del velo, meciéndolo, haciéndolo volar... —estiró un brazo como si fuese una prolongación de lo que describía—. Es una foto que se me viene a la cabeza en cuanto veo esa escalera —observó el infinito con una sonrisa soñadora—. No sé cómo explicarlo, pero es como si esa escalera estuviera destinada para mí. Te prometo que se me acelera el corazón cuando la veo. Y eso me sucede desde que murieron mis padres.

—Y en esa foto de tu cabeza, ¿te ves subiéndola o bajándola, sola o acompañada? —quiso saber, con gravedad.

—Sola —sonrió—, pero subiéndola, para encontrarte a ti en el altar, esperándome.

Él contuvo el aliento.

—No me preguntes por qué, yo tampoco sé la razón —le dijo ella, recostándose en su pecho—, pero nunca me he imaginado ese día sin ti, desde que era pequeña, aunque con diez años aún no sabía lo que significabas para mí. Y cuando te fuiste a Munich, me prometí a mí misma que no me casaría con ningún otro que no fueses tú, aunque me quedase soltera de por vida, rodeada de gatos —se carcajeó.

—Tú odias los gatos —musitó y suspiró. La tomó por las mejillas y la besó en los labios—. Te amo...

—Mucho... —cerró los parpados y lo correspondió con anhelo.

—Mucho, mi Nana...

Se besaron, fundiéndose en un abrazo que se tornó apasionado en cuestión de segundos, pero no hicieron más que besarse. Y qué besos... Se derritieron por igual, emitiendo suspiros de placer y amor.

Salieron de la alberca, se secaron y se tumbaron en el césped, envueltos el uno en el otro. En mitad de la noche, se quedaron dormidos.

Y al amanecer, demasiado pronto para su gusto, Eugenia fue despertada por un tierno beso en el cuello.

—Arriba, Nana, que tenemos que hacer las maletas y prepararnos para el vuelo, y, no te preocupes, es largo y podrás dormir en el avión.

Ella protestó. Notaba el cuerpo pesado en exceso.

—Vamos, dormilona... —la instó él, zarandeando su cadera.

Eugenia movió el trasero en un acto involuntario, acto que le arrancó un jadeo a Felipe, pues estaba pegado a su espalda y ella había provocado que su despierta erección encontrase el hueco perfecto entre sus nalgas.

—Nana... —comenzó a frotarse.

—Felipe...

El sueño y la pesadez desaparecieron de inmediato. Giró el rostro y buscó su boca, que él le entregó tras gruñir de satisfacción.

—¿Tenemos tiempo? —quiso saber ella en un susurro ahogado, justo cuando Felipe le abrió los muslos con una mano y empezó a acariciar su intimidad con una lentitud abrasadora.

—Dios, Nana... —estaba más que lista para él.

—He soñado contigo, mi príncipe rojo —le susurró, con los labios rozando los suyos, como respuesta a su muda pregunta—. Y quiero que se cumpla mi sueño.

Felipe gimió, se puso un preservativo y se enterró en su interior muy despacio, apreciando cada centímetro de su unión. Sus bocas acudieron desesperadas a un beso más desesperado aún. Se amaron sin prisas, se mecieron a una cadencia tremendamente intensa. Y no dejaron de besarse en ningún momento...

Tres horas después, Sofía y Eugenia se despedían tras haber embarcado. Richi y Sofi volaban a Madrid, con escala en Frankfurt.

—Ya me contarás los detalles —le pidió ella, en voz baja, para que no las oyeran sus novios.

Sofía, colorada, sonrió, resplandeciente, y asintió.

—El treinta de noviembre, a las seis de la tarde, me tienes esperándote en Barajas —le recordó su amiga al abrazarla—. Disfruta lo poco que te queda, Thelma. Te quiero mucho —la miró—. Y, no es por nada, pero reconoce que los mejores días de todo tu viaje han sido en las Maldivas conmigo.

—Eso no lo dudes, Louise —se echaron a reír.

Ricardo también la abrazó con cariño. Y aquella pareja se fue a su puerta correspondiente, dejándola sola, porque Felipe ya se había marchado al avión a prepararse.

Se tomó una de esas pastillas milagrosas que la ayudaban con su pánico a volar y esperó sentada en una de las sillas del aeropuerto a que él fuera a buscarla para tapanle los ojos con una mano y conducirla a su asiento sin que se enterase del destino. La sorpresa duraba hasta el final. ¡Y le encantaba!

—Ya estoy aquí, Nana —surgió al frente, con una sonrisa. Ya no llevaba la chaqueta y se había remangado la camisa del uniforme en los antebrazos—. ¿Preparada para nuestro siguiente destino?

—¡Sí! —se levantó de un salto.

Él la miró con un brillo especial en sus ojos y su sonrisa arrebatadora.

Y se metieron en el avión.

Y despegaron hacia el nuevo punto en *su mapa*.

Felipe estuvo con Eugenia un gran rato en las casi ocho horas que duró el trayecto, sentado a su lado y charlando.

Y aterrizaron en... ¡Nueva Delhi! ¡India!

Entonces, la tristeza afloró cuando esperaba las maletas en la cinta transportadora, y se le formó un grueso nudo en la garganta. Y lloró. Con el primer sollozo se tapó la cara, angustiada de pronto.

—¿Nana?

—¡Felipe! —se arrojó a su cuello, desconsolada, cuando se reunió con ella.

—¿Qué te pasa? —se asustó, ciñéndola con excesiva fuerza—. Nana, dime qué ocurre. ¿Te ha llamado Isabel o...?

—No... —se deshizo del agarre con la cabeza gacha—. Es que estamos en la India, y eso significa que es el final del viaje. Y me da mucha pena...

Cuando Felipe asimiló su estado, sonrió, acariciándole las mejillas, obligándola a mirarlo. Le secó los surcos con los dedos.

—Pero no es nuestro último viaje, Nana.

—¿Ah, no? —se perdió en sus preciosos ojos castaños, sujetándose a sus muñecas.

—No —se humedeció los labios, también hipnotizado con ella—. Haremos muchos más viajes.

—¿Ah, sí?

—Sí —se inclinó—. Tu bola del mundo es muy grande y tenemos toda nuestra vida por delante para tachar puntos en nuestro mapa.

—Nuestro mapa...

Se besaron, despacio y con dulzura.

—Te amo... —susurró Eugenia, sintiendo renacer de felicidad—. Gracias... —se alzó de puntillas y lo abrazó, descansando el rostro en su pecho, escuchando así los poderosos y alterados latidos de su corazón, idénticos a los suyos.

Recogieron su equipaje y se marcharon, en un coche que les estaba esperando, hacia Nueva Delhi, a veinte kilómetros de distancia, al hotel Jukaso Inn, luminoso, pequeño, de estilo elegante y limpieza inmaculada. Estaba situado cerca del Jardín Lodi, que, según el chófer, era el favorito de los enamorados, de fotógrafos, de los entusiastas de caminatas matutinas y de familias que salían de picnic en invierno.

Eugenia sacó la ropa de sus maletas por última vez. En Maldivas, y también en Malasia, habían lavado y lo tenían todo limpio y planchado. Después, mientras Felipe ojeaba el móvil y llamaba por teléfono, ella se duchó para despejarse del viaje en avión y se puso un vestido informal de flores diminutas amarillas, largo, vaporoso y de tirantes muy finos que se ataban en los hombros. Se calzó unas sandalias doradas, planas, y metió en la mochila una rebeca y un pañuelo, por si acaso debía cubrirse el escote en algún monumento.

Cuando se reunió con su novio, en la terraza de la *suite*, este expulsó el aire con pesadez.

—¿Qué sucede? —se preocupó ella, tocándole el brazo.

—Ya debía tener el plan de vuelo de diciembre —le explicó, guardándose el iPhone en el bolsillo trasero del vaquero—, pero no es así.

—¿Y eso es malo?

—Pues significa o que Bruno me ha despedido o...

—Que Carlota no ha hablado con su padre sobre vuestra ruptura y, por tanto, no sabe que rechazas la gerencia —concluyó tras adivinar al instante la segunda posibilidad.

—Y si me hubiera despedido, tendría alguna llamada perdida de DATCO o un *e-mail* notificándomelo. Y no he recibido nada. Pienso hablar con Bruno en persona cuando el viaje termine, pero me parece muy raro que Carlota no le haya comentado nada. La he llamado, pero cuando le he preguntado, me ha cortado la llamada porque estaba ocupada.

Eugenia suspiró, cruzándose de brazos. ¿Por qué Carlota actuaba así?



A Nueva Delhi se la apodaba comúnmente como la capital del caos por ser muy ruidosa, de tráfico desorbitado, de edificios en ruinas y de gente desconfiada que andaba con prisas y concentrada en lo suyo, además de ser la ciudad mejor comunicada del país; en definitiva, un lugar

al que se amaba o se odiaba.

Los días que vivieron allí, Eugenia y Felipe se empaparon de su cultura con un entusiasmo inigualable, de su gastronomía, de la belleza de su historia, y Eugenia no paró de tomar fotografías, extasiada, radiante por caminar por la India, uno de sus sueños ya cumplidos. Se enamoraron de la ciudad, como no podía ser de otra manera. Era intensa, caótica, diferente a cualquier sitio que hubieran conocido, pero amaron Nueva Delhi.

Dos días antes de su regreso a España, se trasladaron en tren a la ciudad de Agra, famosa por poseer el Taj Mahal. Fue una sorpresa para ella, pues él había guardado el secreto. Eugenia creyó desde el principio que no se moverían de la capital, y Felipe no la sacó de su error hasta que se detuvieron en Agra. No hicieron maleta, porque él deseaba que ella no se imaginase nada hasta descender del tren.

Se alojaron en el hotel Orberoi Amarvilas, donde los recibieron con un zumo de lima y toallas húmedas para refrescarse. Estaba ubicado a quinientos metros del impresionante y romántico palacio, a orillas del río Yamura, reconocido por la Unesco como Patrimonio de la Humanidad y nombrado una de las siete maravillas del mundo.

Mágico.

Eugenia estaba en lo cierto al definir el viaje de *su mapa* como mágico, porque así lo sintió él cada día, a pesar de las discusiones y del distanciamiento, en especial aquella noche en Agra. Fue, para Felipe, la segunda mejor noche de toda su vida; la primera era, sin dudas, cuando habían hecho el amor por primera vez, en Bangkok.

Llegaron por la mañana, tras dos horas y media de trayecto. Por la tarde, visitaron el Taj Mahal gracias a las entradas que, al reservar el mes anterior, el hotel Orberoi les proporcionó. Y por la noche, tras cenar en la terraza de la *suite* con las extraordinarias vistas del palacio, se amaron entre las sábanas sin dejar de besarse, de abrazarse, de tocar cada centímetro de piel, de mimarse, de honrarse con las palabras, con la boca, con las manos y con sus cuerpos. Ella debajo de él... Ardiente... Entregada... Ciega de placer... Sollozando promesas de amor, pero también de lujuria, porque el deseo que se profesaban era imperecedero... Como imperecedera fue esa delirante noche.

Al día siguiente, volvieron a Nueva Delhi por la tarde, con el tiempo justo para preparar el equipaje y marcharse al aeropuerto; el vuelo, con escala en Moscú, duraba veinte horas.

Despegaron a las diez de la noche, abrazados en los asientos de primera clase de un avión de la compañía DATCO. Eugenia lloraba desde que habían facturado el equipaje y Felipe no dejaba de sonreír porque, hasta llorando, era la mujer más bonita del mundo. La reconfortó todo el viaje, no se apartó de ella, le resultó imposible no hacerlo, incluso cuando se quedó dormida en su pecho después de la cena que les sirvieron.

Comprobó su reloj en infinidad de ocasiones hasta que, al marcar las doce en punto y comenzar el día treinta de noviembre, la besó en el pelo y le susurró:

—Felicidades, mi Nana —le retiró un mechón que le caía por la mejilla.

Eugenia se removió y parpadeó hasta enfocar la vista. Le sonrió.

—Toma —le dijo él, entregándole lo que le había comprado en el aeropuerto sin que se enterase.

Ella sacó la caja rectangular de la bolsa y contuvo el aliento. Era un test de embarazo.

—Pero... —pronunció Eugenia en un hilo de voz, nerviosa y asustada.

—No te ha bajado la regla todavía —le indicó el baño con la cabeza.

Se levantaron y avanzaron hacia el servicio. Ella respiró hondo de forma discontinua antes de meterse en el cubículo. Felipe la esperó afuera, recostado en la puerta. Cuando salió, llevaba

guardado el test en la bolsa. Se acomodaron de nuevo en sus asientos.

—En la caja pone que hay que esperar cinco minutos.

En silencio sepulcral y sin apenas inhalar oxígeno, esperaron los cinco minutos de reloj. Fue él quien lo sacó, tapando adrede el resultado para verlo juntos a la vez.

—Una raya es negativo —le informó Eugenia—, dos, positivo.

—¿Preparada?

Ella volvió a suspirar, entrecortada, y asintió, con el ceño fruncido. Felipe lo destapó.

—Negativo —desveló Eugenia.

No estaba embarazada. No comentaron nada, pero él no supo si ella se alegraba o no del resultado del test, y el propio Felipe tampoco sabía cómo sentirse.

Aterrizaron en Madrid a las seis de la tarde de aquel apagado treinta de noviembre. Ricardo y Sofía los recibieron con abrazos, besos y dos abrigos, que agradecieron sobremanera; venían con vaqueros, jerseys y zapatillas, pero ninguna chaqueta.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamó la pareja al unísono.

—Gracias —respondió Eugenia con timidez y fingiendo alegría.

Se montaron en el BMW de Richi.

—¿Y bien? —pronunció Ricardo, con las manos al volante—. ¿Adónde?

Felipe permaneció en suspenso. Observó a Eugenia.

—Si necesitas... —comenzó él.

—Te necesito a ti —lo cortó ella, apretándole la mano. No sonrió, ni lo miró.

Expulsó el aire que había retenido.

—A su casa —le comunicó a Ricardo.

Telefonó a sus padres para avisarles de que ya estaban en Madrid. Su madre los invitó a comer al día siguiente, cuando ya estuvieran recuperados del viaje.

Sofi y Richi les acompañaron hasta el apartamento, ayudándoles con las maletas. Felipe dejó la suya en un rincón del salón para que no estorbara y las dos amigas se encerraron en la habitación de Eugenia.

—¿Qué ha pasado? —se preocupó Ricardo, sentándose en el sofá—. Traéis una cara...

—Que tiene un retraso, le he comprado un test de embarazo y se lo he dado en el vuelo. Está claro que me he equivocado.

—¿Un retraso? —desorbitó los ojos—. ¿Está embarazada? —se incorporó de un salto, atónito—. ¿No se te ocurrió comprar preservativos? Que yo sepa, son universales.

—En Maldivas te quité unos preservativos y en la India los compré, pero hasta que fuimos a la isla, no tomamos precauciones.

—¿Y se puede saber por qué eres tan descuidado? —lo regañó Richi, ajeno a sus verdaderos deseos—. Con Carlota, te ponías histérico cada vez que le tardaba en bajar la regla.

—Richi...

—De hecho, nunca, jamás —recalcó, agitando el dedo índice en el aire—, te has acostado con Carlota sin ponerte un preservativo, ¿recuerdas eso?

—Richi...

—Y digo Carlota porque es la última con la que has estado, pero...

—¡Richi!

—¡Qué!

—¡Cállate de una vez!

Ambos suspiraron, calmando los nervios.

—Hasta que fuimos a las Maldivas, no me puse un jodido preservativo porque no me dio la

puta gana, ¿lo entiendes ahora? —inquirió Felipe, cruzado de brazos—. Y, aparte, no me llevé preservativos y en mitad de la faena no le iba a decir: *Espera, me visto y voy a comprar preservativos* —gruñó.

La situación lo estaba superando. Primero, la decepción del test y, ahora, su mejor amigo reprendiéndolo como si fuera un niño sin cerebro.

—¿Quieres ser padre? —preguntó Ricardo, boquiabierto.

—Pues claro que quiero ser padre, ¿tú, no?

—Sí, pero... Acabas de empezar con Eugenia. Es muy pronto.

—Pronto será para ti —se enfadó, girándose para ofrecerle el perfil—. Llevo con ella más de la mitad de mi vida. No quiero esperar más. Bastante he esperado. Toda mi vida esperándola como un imbécil, porque siempre soñé con que fuera mía, con casarme con ella, con tener hijos con ella... aunque me creyera un enfermo —respiró hondo—. Cuando Carlota me dijo que quería ser madre pronto, te prometo que se me paró el corazón, y no en el buen sentido.

—Tienes miedo de perderla —afirmó, por completo convencido.

—Sí.

—¿Por eso quieres dejarla embarazada?, ¿para que nunca te abandone? —se acercó y ladeó la cabeza—. ¿Sabes que existen hijos con padres separados, divorciados o que, directamente, no están casados? Lo sabes, ¿verdad?

Felipe hizo una mueca y lo empujó.

—Eres imbécil.

Richi se echó a reír.

—¿Es por eso, tío? —le interrogó, ya sin pizca de alegría.

—Se ha hecho un test en el avión y le ha dado negativo, así que, falsa alarma, y mejor para ella porque ella no quiere, pero yo... —lo observó, sin esconder sus más profundos sentimientos—. Quiero un hijo de mi Nana, Richi... —se le empañaron los ojos—. No es por mi edad, tampoco por el miedo que siento cada vez que pienso en el viaje a Barcelona para hablar con Isabel, ese miedo de que Isabel la manipule y la aleje de mí, como hizo conmigo. No es por eso —negó, ferviente—. Llevo tanto tiempo soñando con besarla, abrazarla y quererla con libertad, con gritarlo y que todo el mundo sepa que Eugenia Martínez Fernández es mía, mi mujer, que estoy loco por ella desde hace diez años, Richi. Se dice pronto, ¿verdad? —sonrió sin humor—. Y quiero hacer realidad todo eso. Lo quiero todo de ella. Y lo quiero ya. ¿Por qué tengo que esperar? ¿No hemos esperado ya suficiente? Y, sí, me ha jodido un infierno —frunció el ceño— que el test saliera negativo, pero más me ha dolido que ella ni siquiera me mirase, y no sé si se alegra o no, aunque supongo que se alegra de que haya dado negativo, pero se ha quedado rara y odio verla rara, lo odio con toda mi alma y...

Un sollozo lo interrumpió.

Los dos amigos giraron el rostro y descubrieron a Sofí y a Eugenia paradas en el pasillo. Los habían oído. Eugenia, además, se tapaba la boca para silenciar más sollozos. Felipe sonrió con ternura, desplegó los brazos en cruz y esperó. Ella corrió al instante, arrojándose a su cuello.

—Te cacé, ratoncita.

—Me cazaste... —tragó saliva. Lo sujetó por las mejillas, dedicándole una mirada de auténtica adoración—. Yo también lo quiero todo de ti. Y lo quiero ya. Y si quieres ya un bebé, yo también lo quiero ya.

Felipe transformó la ternura en travesura.

—Entonces, Nana, ¿empezamos la mudanza?

—¿Mudanza? —repitió la otra pareja.

—¡Thelma! —gritó Sofi, entusiasmada, aferrándose a su amiga y saltando como dos niñas pequeñas ante una muñeca nueva, arrancándoles carcajadas a todos—. ¡Me alegro tanto!

—Necesitaréis ayuda —propuso Ricardo.

—Hoy, no —respondió Eugenia antes de bostezar—. Estoy bastante cansada del viaje. Necesito un baño, una cena en condiciones y mi cama.

Él entornó los ojos y la azotó en el trasero sin previo aviso.

—¡Ay! —chilló ella por la impresión, llevándose las dos manos a las nalgas.

—Eso te pasa por no incluirme en lo que necesitas —simuló enfado, alzando el mentón.

Richi y Sofía se desternillaron, pero Eugenia sí se enojó. Y de verdad.

—Pues ahora sí que no te voy a incluir.

Felipe se rio, creyendo que estaba de broma, se inclinó y fue a besarla, pero...

—¿Me acabas de hacer la cobra?

—Vaya... Lo recuerdas, colega —se burló, sin diversión—. ¿A tus casi cuarenta no has comenzado todavía a perder la memoria?

—Pero ¿se puede saber qué te pasa? —preguntó Felipe, confuso.

—No me ha gustado lo que has hecho —respondió ella, enfadada.

—Era una broma —se defendió, arrugando aún más la frente.

—No me ha gustado tu broma.

—Ya lo veo —enarcó una ceja.

—Pídeme perdón.

—¿Estás hablando en serio? —Felipe soltó una carcajada de incredulidad.

—¿Ves que esto me parezca gracioso? —ladeó la cabeza, furiosa.

—¿Hace falta que responda a tu pregunta? —escondió una risita.

—Pues pídemelo perdón, es lo menos que debes hacer.

Él alucinó. Contempló a Ricardo y a Sofi con la esperanza de recibir algún tipo de auxilio por su parte, pero estaban estupefactos.

—Está bien, perdona —claudicó él, sin saber qué más hacer.

—Pues... ¡No te perdono, i-idiota! —giró sobre sus talones y se encaminó hacia su dormitorio, donde se encerró de un sonoro portazo.

—¿Se puede saber qué le pasa a Eugenia? ¿Felipe? —indagó Sofía, muy mosqueada y desconfiada—. Es doña Paciencia y doña Sonrisas. ¿Me perdí algo? Porque es la primera vez en mi vida que la veo saltar como acaba de saltar con garras y sin motivo aparente. ¡Era una broma, por Dios! —le clavó el dedo en el pecho—. ¿Qué le has hecho, Felipe?

—¡Yo no le he hecho nada!

—¿Y por qué está así?

—A lo mejor es por lo del test de embarazo —sugirió Richi, grave—. Le ha afectado.

—¡Claro que le ha afectado! —exclamó Sofi, realizando aspavientos—. Ni siquiera se dio cuenta de que tenía un retraso —se aproximó a la habitación. Pegó la oreja a la puerta unos segundos. Golpeó la madera con suavidad—. ¿Thelma?

—Ahora no, Louise —le contestó Eugenia desde el otro lado.

—Bueno, me ha llamado *Louise*... —comentó Sofía, aliviada—. ¿Quieres que los eche a la calle y me quedo a dormir? ¿Vemos una peli detrás de otra, de esas malas de terror que nos hacen reír tanto, que a nadie más le hacen gracia?

—Mañana trabajas.

—Sí, pero no sería la primera vez que voy habiendo dormido poco. Vamos, Thelma...

—Lo siento, Sofi, pero quiero estar sola.

Sofi suspiró, derrotada.

—Descansa, mi Thelma. Mañana estaré aquí, ¿vale? En cuanto salga de trabajar.

—Lo siento, Sofi...

—Llámame si necesitas cualquier cosa.

—Gracias... Y discúlpame con Richi. A Felipe dile que... Dile que nos veremos mañana en casa de sus padres.

A Felipe se le encogió el estómago.

—Nos vemos mañana, Thelma —terminó Sofia, volviéndose para salir del apartamento con su novio—. No te vayas, Felipe —le pidió en voz baja—. No sé qué le pasa, pero sí sé que te necesita, porque siempre te ha necesitado solo a ti.

—No me iba a ir a ninguna parte —sonrió con tristeza.

Sofi lo besó en la mejilla y la pareja se fue.

Felipe se descalzó y avanzó con sigilo hasta el dormitorio. Se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y las piernas flexionadas. Esperó. Al minuto escaso, escuchó cómo ella murmuraba incoherencias en un tono cada vez más agudo y alto. Se abrió la puerta como un torbellino.

—¡Encima, se va el muy i-idiota! ¡Será...! —empezó Eugenia, y se detuvo porque se tropezó con los pies de él—. ¡Oh!

Felipe la cogió a tiempo de que no aterrizara en la tarima de bruceos.

—No te has ido... —murmuró ella, sonrojada y pillada.

—No me voy a ir a ninguna parte sin ti.

—Felipe... —sus impresionantes ojos verdes se turbaron por la emoción—. ¡Lo siento! —se lanzó a su cuello, en llanto y temblando—. ¡Lo siento tanto!

—Nana... —la estrechó con fuerza contra su pecho y la besó en el pelo infinitas veces.

—Lo siento... No sé qué me ha pasado, yo... Me he comportado como una cría...

—No, Nana, quien lo siente soy yo. Nunca he sido bueno con las bromas. No lo volveré a hacer, ¿vale?

—¿Ah, no?

El tono de decepción que empleó le robó una sonrisa. Por supuesto que volvería a azotarla, pero en la intimidad de las sábanas.

—¿Querías bañarte? —le recordó Felipe, incorporándose los dos.

—Sí. ¿Qué quieres hacer tú?

—Bañarme contigo —le susurró al oído, arrancándole un gemido.

—Sí...

—Vamos, ratoncita.

La obligó a retroceder hacia la habitación mientras él avanzaba y le quitaba, poco a poco, la ropa que escondía sus exuberantes curvas femeninas que tanto echaba de menos.

—Eres preciosa —la contempló en ropa interior—. Me encantan las braguitas que usas, Nana. Me ponen... muy loco.

Ella le sonrió con nerviosismo. Felipe gruñó por cuánto le excitaba ruborizarla, la cogió de la mano y la llevó al servicio, donde se sentó en el borde de mármol de la bañera, accionó el grifo del agua caliente y colocó el tapón. La miró. Se levantó.

—Tu turno, Nana.

Eugenia acertó la distancia, agarró el borde de su jersey y se lo subió hasta sacárselo por la cabeza, estirándose de puntillas por lo alto que era. Le siguió la camiseta. Y se le escapó un resuello estrangulado al fijarse en su torso desnudo.

—¿Te gusta lo que ves?

El rojo de sus fascinantes mejillas se intensificó y el brillo de sus ojos chispeó, dilatándose sus pupilas.

—El cinturón —le indicó Felipe, áspero.

Ella obedeció.

—El pantalón.

Ella obedeció, arrodillándose.

—Los... —carraspeó él para centrarse, aunque le resultó imposible porque ella no se dio cuenta de aquella sumisa postura—. Los calzoncillos.

Ella obedeció, muy despacio.

Él, observándola desde arriba, y Eugenia, contemplando su erección con la respiración entrecortada, los labios separados y un destello suplicante en su mirada... se condenaron a la perdición, porque los instintos de Felipe se tornaron violentos y exigentes al instante.

—Nana.

Eugenia alzó los ojos. Y en esas profundidades verdes, él no halló miedo ni vergüenza.

—Por favor... —suplicó.

Y ella... obedeció.

Y Felipe se mareó.

—Joder... —jadeó, obligándose a mantener el control, porque corría el riesgo de caerse al suelo—. Hazme lo que quieras...

Los labios de Eugenia bañaron su erección con una entrega exquisita... Ella lo tomó en las manos y lo acarició, mientras lo conducía al edén con aquella boca que, poco a poco, fue cogiendo confianza y seguridad.

El torbellino de emociones que sintió él en su interior fue caótico, una anarquía de placer y más placer. Gimió, resopló y rogó más, como un moribundo, porque estaba a punto de morir por culpa de esa deliciosa boca y de esas suaves y dulces manos.

—No te imaginas... lo preciosa que... estás... ahora mismo... —le costaba hilar las palabras y arrastraba las letras cual hombre ebrio hasta el desmayo.

—¿Más que antes? —rebató, provocadora, entre besos más que picantes con la punta de la lengua, avivándolo con su mera imagen de rodillas, con su trasero en postura respingona y consumiéndolo...

—Mucho... Mucho más...

Y cuando Eugenia se lo introdujo entero en la boca...

—¡Dios! —profirió Felipe, desvariando ya.

Él la agarró del pelo, manteniéndola quieta, con cuidado de no dañarla, pero excitándose hasta lo indecible, mirándose a los ojos, compartiendo uno de los momentos más eróticos de sus vidas, y se derramó en su interior como un auténtico animal, dominado por un arrebató primitivo de marcar a su mujer.

—Otra... fantasía cumplida... —confesó Felipe en un prolongado e irregular gemido de liberación—. Eres... perfecta...

—Vas a cumplir todas, te lo prometo —le susurró ella, acariciando sus muslos.

La soltó, despacio, y se acomodó en el borde del mármol. Apagó el grifo, aunque falló en dos ocasiones por los temblores que todavía padecía. La tomó por las axilas y la puso en pie entre sus piernas. Le desabrochó el sujetador y lentamente le deslizó los tirantes por sus brazos, mostrando esos senos tan maravillosos, grandes, rosados, erguidos, necesitados... Su erección sufrió varios espasmos que le erizaron la piel.

—Felipe... —le acarició la cara con dedos trémulos.

Él, mirándola a los ojos, tiró de los lacitos de sus braguitas brasileñas muy despacio hasta que se desanudaron y la prenda aterrizó en el suelo.

—Toda mía —apretó la mandíbula.

Se relamió. Se metió en la bañera y le tendió la mano para que lo imitara. La recostó en su pecho, le colocó las piernas en el mármol, fuera del agua, abiertas, expuesta. Y comenzó a acariciar su clavícula... sus hombros... su escote... Delineó sus pechos con las yemas de los dedos, los pellizó hasta hacerla gritar y curvarse. Descendió por su tripa... por su vientre... por la cara interna de sus muslos con ambas manos... Y ascendió hacia su intimidad. Y Eugenia lloriqueó... La mordió en el cuello, rozando su núcleo de placer con suplicio, atormentándola, trazando círculos, guiándola hacia las estrellas. Ella sollozaba su nombre, arqueándose hacia sus manos y ladeando la cabeza para ofrecerle todo cuanto quisiera.

—Nana... —se frotó contra su trasero, desesperado por cobijarse en su verdadero hogar—. Te deseo más... mucho más... —tragó, cerrando los párpados—. ¿Y tú a mí?

—Sí... —sin despegar la espalda de su torso, elevó las caderas lo suficiente para que Felipe la penetrara. Y lo hizo—. Dios mío...

Él, entre gemidos entrecortados, ascendió una mano a sus senos y los aplastó al tiempo que se mecían con una armonía delirante. Eugenia le rodeó la nuca con las manos, retorciéndose como una seductora felina en cada embestida, entre súplicas.

La fiebre los asaltó. El sudor perló sus cuerpos. No aumentaron el ritmo, no lo aligeraron, tan solo se cortejaron como sus cuerpos reclamaban. Debilitados, postrados, expirando poco a poco en la inmensidad del fuego perpetuo.

Y el cortejo llegó a su fin con la conquista de sus deseos más reconditos...

Por el momento.

Eugenia despertó sobresaltada por culpa del timbre de su casa. Estaba sola en la cama. La puerta del baño se hallaba entornada y el sonido del agua al correr le indicó que su príncipe rojo se estaba duchando. Cogió el móvil del suelo y comprobó la hora.

El timbre volvió a sonar.

—Qué raro... Si solo son las once y media —dijo, extrañada por que Sofía hubiese salido antes del trabajo.

Se levantó y caminó a trompicones hasta la puerta principal, bostezando y gruñendo. Abrió.

—Estaba durmien... —comenzó ella, dispuesta a regañar a su amiga por la intromisión, pero se paralizó.

No era Sofía.

—Hola —la saludó Tomás, con una amplia sonrisa.

Tragó saliva y rezó una plegaria para que a Felipe no se le ocurriera salir de la habitación bajo ningún concepto. Se estiró la camiseta blanca que llevaba, que le quedaba como un camisón largo hasta la mitad de los muslos porque no era suya, sino de su novio.

—¿Te he despertado? —le preguntó Tomy con una expresión de disculpa—. Creí que a esta hora ya habrías descansado de tu viaje. Y como no contesté a tu último mensaje —añadió, serio—, pensé que te debía una explicación.

—No, yo...

—¡Nana! —la llamó Felipe desde su cuarto.

Tomás frunció el ceño.

—¿No estás sola?

Eugenia palideció.

—¿Te importa si me ducho y me visto? ¿Nos tomamos un café? —le sugirió ella con un rayo de esperanza, cerrando poco a poco la puerta.

—Vale, te espero en...

—¿Nana? —repitió su novio, acercándose—. ¿Ya te has despertado? Pensaba ir a comprar algo de desayuno. Me visto y voy. ¿Qué te apetece?

Tomy paró la puerta con el pie. Su semblante se cruzó por algo que no supo identificar. A ella se le aceleró la respiración.

—¿Nana?

Tomás empujó la madera hasta chocarse esta con la pared con un golpe que retumbó en su pecho, descubriendo así a Felipe, detrás de ella, caminando con tal seguridad en aquel apartamento que parecía suyo, y vestido únicamente con unos calzoncillos. Tenía el pelo revuelto y húmedo, y frenó en seco al ver a su amigo.

—Eras tú —pronunció Tomy, mirando a Eugenia—, la morena de ojos verdes que viajó con Felipe a Munich hace un mes —observó a Felipe y le dedicó una mirada cargada de frialdad—. Me lo contó Elisa.

—Me imaginé que lo haría —le contestó él, tranquilo, aunque erguido y orgulloso, acortando la distancia con ella.

—Conque tu hermano mayor, ¿eh? —le inquirió Tomás a Eugenia. Se rio sin humor—. He sido

un gilipollas... —chasqueó la lengua—. ¿En algún momento desde que nos conocemos no me has mentido? —meneó la cabeza—. Lo supe cuando nos enteramos de la frase de *Peter Pan* y, como un auténtico imbécil, te creí, Eugenia.

Ella no reaccionaba.

—Siento que te hayas enterado así —expuso Felipe, posando una mano en la cintura de Eugenia e inclinándose para besarla en la sien, posesivo—. Ella quería hablar contigo.

Eugenia se apartó, enfadada por su gesto y por su poca consideración.

—Tomy, por favor —le pidió ella, que avanzó un paso—, espérame en la cafetería de la esquina. Déjame explicarte, por favor.

Aquellos dos hombres se contemplaron con una tensión masticable. Tomy no respondió y se fue.

—¡Tomy! —salió al descansillo de la planta y se apresuró a las escaleras, pero su novio la agarró del brazo—. Suéltame —se retorció, pero él no la soltó hasta que entraron en casa—. ¿Cómo has podido hacer eso?

—¿Hacer el qué? —se cruzó de brazos—, ¿demostrarle que eres mía para que sepa cuál es su sitio? Ni siquiera es tu amigo, no te confundas.

—¡Eso lo decidiremos él y yo! —exclamó, rabiosa—. ¡Y no soy ningún objeto, soy una mujer que no necesita que su macho celoso la marque!

—Eres mi prometida. Y si tengo que marcarte —entrecerró los ojos—, por supuesto que lo haré.

—Yo voy a tener que soportar que vayas a Berlín para hablar con Carlota y con Bruno. ¿Me has oído quejarme? —se giró y se dirigió hacia el dormitorio—. Y estamos hablando de tu ex prometida y tu ex futuro suegro —sacó unos vaqueros y un jersey del armario—. Entre Tomy y yo nunca ha habido nada. ¡Y no hables de mí de esa manera tan machista! —se vistió a manotazos.

—Hablo de ti como lo que eres: mía. ¿Y desde cuándo te molesta que te toque y te bese delante de nadie?

Eugenia resopló sin delicadeza.

—Es Tomy, Felipe, tu amigo, y yo...

—Le gustas —la cortó, alzando el mentón—, y no como una amiga, así que, despierta, Nana. Tú por él no sientes nada y, si no se hubiera enterado de este modo, te aseguro que no se hubiera frenado. Y es amigo mío, sí, pero tú eres... —suspiró, dejando caer los hombros—. Tú eres mi Nana —le acarició las mejillas acaloradas, sonriendo con dulzura.

—Y tú eres un i... ¡Idiota! —retrocedió y fue a vestirse.

Él gruñó. La siguió al baño, donde se peinó los enmarañados cabellos. Se calzó las zapatillas blancas, se colocó su chaqueta de piel forrada en el interior para el frío y cogió su iPhone del colchón.

—¿Adónde crees que vas? —le exigió Felipe.

—¿Adónde crees que voy? —abrió la puerta del piso y se marchó.

Telefoneó a Tomás, bajando las escaleras para salir del edificio.

En la calle...

—Estoy aquí —anunció Tomy, recostado en la pared, a la izquierda del portal.

Eugenia respiró hondo para normalizarse. Se aproximó, seria.

—Lo siento, Tomy...

—¿Qué es lo que sientes? —le preguntó en voz baja y cargada de tristeza.

—Sinceramente, que te hayas enterado de este modo —se sentó a su lado, en el suelo—. Iba a llamarte hoy para quedar contigo y contártelo todo.

—Has estado todo el mes con él, ¿verdad? Por eso rompió con Carlota —se acomodó también

en el suelo con las piernas flexionadas y los brazos en las rodillas, observando un punto en la calzada.

—Tomy, mi historia con Felipe es muy complicada.

—Eso de que es amigo de tu hermana...

—Eran novios. Primero, fueron muy amigos y unos años más tarde, se hicieron novios. Estuvieron juntos cinco años, casi seis. Después, rompieron y él se mudó a Munich.

—Hace ocho años —adivinó—. ¿Y vosotros nunca...?

—Nunca —respondió, sabiendo a lo que se refería—, hasta hace justo un mes. Pero la historia no es tan sencilla —sonrió sin una pizca de alegría.

—¿Por qué te fuiste con él a Asia?

—¿Lo sabes? —frunció el ceño.

—Lo sabemos todos en DATCO, menos Bruno, claro. Se rumorea desde hace un mes que Felipe cambió su ruta de noviembre por una morena de ojos verdes, española, con la que le ha puesto los cuernos a Carlota. Y estamos hablando de Felipe —arqueó las cejas—, un tío que siempre ha sido el caballero perfecto en todo. Jamás se le ha visto discutir, perder la paciencia, tratar a alguien sin educación o cualquier cosa negativa que se te ocurra, y hacia cualquiera, amigo o compañero de trabajo. Por eso, todavía siguen los rumores, porque nadie entiende qué le ha pasado para traicionar a Carlota, nada menos que a la hija del dueño.

—Eso de los cuernos es mentira —se indignó—. Felipe no estaba con Carlota, técnicamente, cuando él y yo... —se sonrojó, desviando los ojos a sus zapatillas—. Se habían dado un tiempo.

—Darse un tiempo...

—Lo sé, sigue siendo una relación.

La tomó de la mano.

—Eugenia, yo... —suspiró—. Sé que nos conocemos poco, pero no quiero perderte. Llámame masoquista —se rio con suavidad—, pero me gusta estar contigo.

—Tomy... —sonrió con tristeza—. Eres un buen chico, pero...

—Como amiga —la aclaró, con una sonrisa desanimada—, no quiero perderte como amiga.

Eugenia asintió.

—Puedes confiar en mí —le indicó Tomás, solemne—. Y no te niego que sí me gustaría saber vuestra historia, más que nada por dejar de sentirme tan gilipollas...

Ella volvió a asentir.

—¿Un café? —sugirió Eugenia, apretándole la mano.

—¿Y Felipe? —arrugó la frente.

—A Felipe lo veré luego, y me va a oír... —masculló, enfadada—. Siento lo de antes, él no tenía que haber...

—Él ha hecho lo que tenía que hacer, Eugenia —se levantaron—. Eres preciosa, por dentro y por fuera. Cualquiera en su situación hubiera hecho lo mismo, y eso solo significa lo mucho que le importas, porque sabe que tú a mí no me eres indiferente.

Anduvieron hasta la cafetería que hacía esquina en la calle Fuencarral y pidieron dos cafés. Ella inhaló una profunda bocanada de aire y comenzó el relato de su vida sin omitir ningún detalle.

Dos horas después, muy justa de tiempo para la comida con Enrique y Blanca, se despedía de Tomy con un gran abrazo en la puerta de su piso, prometiendo verse pronto, iniciando así una verdadera amistad.

Encontró a su novio, arreglado con vaqueros, zapatillas, camisa y jersey, sentado en el sofá, con los codos en las piernas y la barbilla en las manos, pensativo, callado y con una mirada que

podría fundir el hielo.

—¿Piensas hacer esto también con Isabel? —lanzó él, poniéndose en pie—. Me refiero a discutir conmigo por culpa de otra persona, largarte de casa sin solucionar las cosas y dejarme dos horas tirado esperándote —habló en un tono bajo y afilado—. Has puesto a Tomy por delante de mí. ¿Harás lo mismo con Isabel o con cualquiera a quien creas que debes darle explicaciones sobre nosotros, explicaciones que nadie se merece porque nuestra vida juntos solo nos incumbe a ti y a mí, a nadie más?

Estaba muy enfadado, pero, más que eso, era dolor lo que transmitía, tanto su mirada castaña como sus palabras, un dolor que desgarró sus entrañas. Sin embargo, Eugenia también se enfadó.

—¿Y tú, Felipe? ¿Te das cuenta de que le hemos hecho daño a Tomy, que resulta que es tu amigo, y a ti parece que te da igual? ¿Que lo que has hecho ha sido marcar territorio? ¿Que me estás reprochando que haya ido a disculparme en lugar de bajar con nosotros y pedirle perdón tú también?

Felipe se quedó parado. Estaba tan ofuscado que se había dejado llevar por los celos y había olvidado lo importante.

—Joder, Nana, yo...

—No, no he acabado —le cortó ella, cada vez más enfadada—. Además, sigues sin el plan de vuelo de diciembre y hoy ya estamos en diciembre, pero no haces nada. No me reproches lo de Tomy, cuando tú todavía no has hablado con Bruno, por cierto —ironizó—, tu ex suegro.

—Primero, eres tú, la mudanza y el cura —se sonrojó—, así lo hablamos. Después, lo demás. Y con Tomy hablaré, tienes toda la razón.

—Resulta que, sin lo demás, tú y yo no podemos avanzar. ¿No se supone que te espera hoy Bruno en Berlín para empezar tu entrenamiento para la gerencia? ¿Y Carlota?, ¿has vuelto a llamarla?, ¿has intentado averiguar por qué no te explica lo que está sucediendo? No, ¿verdad? Y no se te ocurra ponerme a mí de excusa.

—No eres ninguna excusa —cerró las manos en dos puños—, eres mi prioridad, lo más importante de mi vida.

—Tú también lo eres para mí —se ruborizó—, pero le hemos hecho daño a Tomy y se merecía una explicación. Además —se irguió, molesta—, si no hubieras actuado como un ca-capullo celoso, no hubiera hecho falta que me esperaras dos horas —se giró, muy enojada—. Lo normal hubiera sido que bajaras a disculparte con tu am..

Se detuvo al escuchar una fuerte aspiración. Y se quedó traspuesta cuando se giró y vio a Felipe sentado en el sofá, con la cabeza gacha, claramente arrepentido. Él levantó la vista, y ella trató de seguir enfadada, pero no soportó verlo así. Se acercó a él y le acarició la cara.

—Lo siento, Nana... —empezó Felipe en voz baja—. Siento haberle hecho daño a Tomy, no se lo merecía. Y, mucho menos, tú te mereces que te haya tratado así, pero... —chasqueó la lengua—. Pero no quiero que nos escondamos. No ha sido la mejor manera, pero...

Eugenia le cogió la cara entre las manos y le besó en los labios. Necesitaba a su príncipe rojo, verle tan vulnerable le provocó un pinchazo en el estómago.

Y el beso, que había empezado suave y delicado, pronto se tornó apasionado, como no podía ser de otro modo entre ellos... Felipe se incorporó y tiró de sus brazos hacia el pasillo. Comenzó a desnudarla con manos lentas y atrevidas, que tocaron cada rincón que iba descubriendo.

—¡Felipe!

Y él empezó a desnudarse también.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Ahorrar tiempo, Nana —la cogió en brazos, ella se sujetó a su cuello en un acto instintivo—.

Ya vamos tarde, así que me ducho contigo.

—Pero... —titubeó ella.

—Y, mientras te duchas, te voy a hacer el amor.

—Para ahorrar tiempo —su interior estalló en fuegos artificiales—. Todavía no te he dicho que te perdono... —jugueteó ella.

—Por eso, voy a hacerte el amor, Nana —la bajó al suelo y accionó el grifo del agua caliente de la ducha—. Vamos a hacer las paces.

—No es tan fácil... Vas a tener que convencerme —Eugenia estaba disfrutando el juego.

—Vale... —respondió Felipe, acercándose a su cuello— te voy a pedir perdón por varias cosas.

—Muy bien, te escucho —ocultó una sonrisa.

—Perdón por quererte como nunca he querido a nadie... —le quitó la camiseta—. Perdón por querer pasar el resto de mi vida contigo... —le bajó los pantalones—. Perdón por querer hacerte el amor cada día del resto de mi vida... —la desnudó por completo— aunque aquí tienes que reconocerme que no puedes resistirte a mí. Me tiras del pelo siempre, ¿recuerdas?

—¡Oye! —Eugenia le sacó la lengua.

Él le dedicó su irresistible sonrisa arrebataadora.

—Vuelve a sacarme la lengua, ratoncita, y te la como, y no te imaginas las ganas que tengo...

Ella contuvo el aliento. Se acercó muy despacio, acunó su rostro entre sus cálidas manos y se inclinó.

—¿Me harás la cobra si intento besarte? —le preguntó en un tono ronco.

—No...

—¿Y me sacarás la lengua otra vez? —le rozó las incendiadas mejillas con los pulgares.

—No...

—¿No?

Eugenia emitió un gemido entrecortado, cerrando los párpados y clavándole las uñas en los hombros.

—Dame tus labios, Nana, y tu lengua —gruñó—. Dame tu boca...

—Es tuya...

—¿Y tú?

Ella abrió los ojos, turbios por el deseo. Tragó saliva. Su cuerpo era un volcán a punto de erupcionar. Se le olvidó el enfado, la discusión, el perdón. Se le olvidó todo lo que no fuera su príncipe rojo.

—Sí... Felipe... Soy tuya... desde siempre...

—Y yo soy tuyo desde siempre, mi Nana. No lo vuelvas a dudar o a negar.

—No... Te lo prometo... —se humedeció los labios, ansiosa, de puntillas—. Mi príncipe rojo... Mío... desde siempre...

—Tuyo, Nana, solo tuyo...

Y se besaron con pasión, como si el mundo estuviera pereciendo a sus pies.

Y se metieron en la ducha, donde Felipe la alzó por las nalgas y, apoyándola en la pared de mármol, le hizo el amor con una intensidad arrolladora debajo del chorro del agua. Se amaron profundamente, él con la cara escondida en su cuello, que mordía y succionaba en cada prolongada embestida y ella, arruinándole el peinado y clavándole las uñas. Cada centímetro de su piel, cada terminación nerviosa, cada soplo de su alma, salió disparado hacia el país de Nunca Jamás...

Una hora más tarde, detenían la moto en la acera de la casa de los padres de Felipe. Eugenia

temblaba tanto que tropezó al desmontar.

—¿Estás bien? —se preocupó él, agarrándola de los brazos.

—Sí —mintió, sin mirarlo.

Su novio enarcó una ceja, suspicaz.

—Estoy muy nerviosa —confesó ella, retorciéndose las manos en el regazo.

—Los conoces desde hace muchos años —sonrió, frotándole los hombros.

—Sí, pero nunca como tu novia y...

—Ya les conté todo por teléfono desde Camboya, después de lo de Carlota en el aeropuerto de Siem Reap —arrugó la frente—. Por cierto, conseguí hablar con ella antes.

—¿Y?

—Tengo que volar a Berlín mañana. Me ha dicho que no puede explicármelo por teléfono y, como ya iba a ir para disculparme en persona con Bruno, decidí hacerlo cuanto antes.

—¿Mañana? —sufrió un escalofrío.

—Vuelvo el mismo día —la besó en la frente—. ¿Entramos?

Eugenia se sintió rechazada, aunque no lo demostró. Él viajaría a Barcelona con ella, ¿pero a Berlín iría Felipe solo? ¿Por qué no se lo proponía? Podría esperarlo en cualquier cafetería mientras hablaba con Bruno. ¿Por qué la excluía, pero, en cambio, se negaba a que ella fuera a ver a Isabel sin él?

—¡Por fin! —exclamó Blanca al abrirles la puerta, arrojándose a ella entre lágrimas.

—¿Estás llorando, mamá? —quiso saber Felipe, tan pasmado como Eugenia.

—De felicidad, hijo —la besó en las mejillas con fuerza y saludó a su hijo del mismo modo—. No porque ya estéis en España, sino porque llevo años rezando para vivir este momento —sonreía de un modo resplandeciente—. Mi Felipe y su Nana, juntos por fin.

La pareja, ruborizada, sonrió, entrelazando sus manos. Él, además, le besó el dorso.

—¿Ya están aquí? —dijo Enrique desde el interior.

Pasaron.

—Hola, papá.

—Hola, hijo —se abrazaron—. Eugenia —la estrechó como lo haría un padre con su hija, con adoración, con fuerza, con protección—, bienvenida a tu casa.

A ella le explotó el corazón. Parpadeó repetidas veces para mitigar las lágrimas, pero lágrimas de consuelo, alivio, dicha...

Comieron cocido, que había preparado Blanca especialmente para Eugenia, y charlaron sobre el inolvidable viaje vivido, *su mapa*. Y Felipe, en el postre, soltó la bomba.

—Nos vamos a casar —dejó boquiabiertos a sus padres que, enseguida, se levantaron de sus asientos y los colmaron de cariño.

—¿Cuándo? —quiso saber Enrique—. Pronto, espero —les guiñó un ojo.

—Todo lo pronto que nos deje el cura —respondió su hijo, sonriendo.

—¿Dónde? —indagó Blanca, que tenía la mano de Eugenia entre las suyas encima del mantel.

—En la Parroquia de Santa Bárbara —contestó ella—, es una iglesia que está...

—En el barrio de Las Salesas —terminó su futura suegra con un brillo especial en sus ojos—.

Muy bonito lo que vas a hacer, Eugenia.

—¿Por qué lo dices, mamá? —Felipe y Eugenia se miraron, extrañados por el comentario.

—¿Es que no lo sabéis?

—¿Saber el qué?

—Tus padres, Eugenia, se casaron en Santa Bárbara.

Eugenia se tapó la boca al instante y sollozó. Su novio la envolvió entre sus brazos, regalándole

la sonrisa más bonita del mundo. La besó en el pelo.

—Por eso sientes que perteneces a esa escalera, Nana —le susurró—. Tu madre te habla desde el cielo.

Ella no pudo hablar durante unos segundos.

—Pensaréis que soy tonta —bromeó Eugenia cuando se calmó, secándose la cara con los dedos—. Me he emocionado. No lo sabía.

El matrimonio se rio. Bueno, se rio Enrique, pero Blanca la escrutó a conciencia.

—¿Me ayudas a hacer el café, cariño? —le pidió a Eugenia.

—Claro —accedió ella, de inmediato.

Se dirigieron a la cocina.

—Eugenia, no te asustes por lo que te voy a preguntar ahora.

—Vale —se alarmó, fue inevitable—. ¿Qué sucede, Blanca?

—¿Estás embarazada?

Eugenia contuvo el aliento. Negó con la cabeza.

—¿Te has hecho la prueba? —insistió su futura suegra.

—Tengo un retraso, pero ayer me hice un test en el avión y dio negativo. Supongo que se me retrasa porque estoy nerviosa.

—¿Te ha pasado alguna vez? —preparó la cafetera.

—Sí, por eso no le doy importancia.

—¿Cuánto retraso?

—Cinco días.

—¿Sabes que los test dan falsos negativos? —la miró con el asomo de una sonrisa—. ¿Y que, cuando hay tan poco tiempo de retraso, se recomienda repetirse la prueba unos días después y con la primera orina del día? Quizás, es pronto para que te dé positivo.

—No lo sabía —sus pulsaciones se aceleraron.

—¿Cuándo te lo hiciste?

—Por la noche.

—Créeme, Eugenia, repítete el test mañana a primera hora. Sé de lo que hablo —emitió una suave carcajada—. Voy a ser abuela... —suspiró, hinchada de orgullo—. Cuando lo sepa Enrique... —soltó una risita—. ¡Está deseándolo!

—Pero yo no... —balbuceó—. ¿Cómo estás tan segura de que...?

—Lo estás, tesoro —cogió una bandeja y colocó las tazas, los platos, las cucharas, el azucarero y la jarrita de porcelana a juego con leche caliente—. ¿Te duelen los pechos, te sientes a flor de piel, tan pronto lloras como te enfadas o te sientes feliz, todo esto sin saber el motivo? —apagó la cafetera y sirvió el líquido humeante en las tazas.

—Sí... —asintió, automática.

—Ese brillo en tu mirada es inconfundible, además de la expresión de cansada de tu cara. ¿Duermes mal últimamente?

—He dormido poco estos días, pero porque el viaje...

—Porque estás embarazada, cariño, lo que pasa es que tu retraso ha coincidido con vuestro regreso y los últimos días de un viaje tan largo deben de ser estresantes. Además —sonrió con travesura—, has devorado el cocido, no te has dado cuenta, pero yo, sí. Pide cita en el ginecólogo. No te hagas el test. No te hace falta.

—Pero... —alucinaba por su férrea seguridad.

—Y va a ser un niño —añadió, guiñándole un ojo, antes de desaparecer de la estancia.

¿Cómo podía saberlo aquella mujer? ¿Y si se equivocaba? El test había salido negativo...

Decidió no comentarle nada a su novio, prefería guardárselo para sí misma por si Blanca erraba en sus premoniciones.



Felipe aterrizó en Berlín a las diez de la mañana. Había madrugado bastante para zanzar cuanto antes cualquier cosa relacionada con la familia Ordeno. Cogió un taxi a la salida del aeropuerto hacia la sede de DATCO, pero, en lugar de entrar en el edificio, se reunió con Carlota en una cafetería en la acera de enfrente.

La rubia ya estaba aguardándolo con una infusión caliente entre las manos, sentada en torno a una mesita circular. Le dedicó una gran sonrisa al verlo. Se dieron dos besos y un abrazo, pues el cariño entre ellos era indiscutible.

Él pidió un café al camarero.

—Tienes que contarme sobre Asia, Flip —le dijo Carlota, entusiasmada por escuchar su viaje.

Quizás demasiado entusiasmada... Felipe entornó los ojos y bastó aquel gesto para que ella dejara caer los hombros en actitud de derrota.

—Mi padre solo sabe que no vas a aceptar la gerencia y que continuarás en tu trabajo de piloto, pero cree que seguimos juntos.

Él desorbitó los ojos.

—Carlota, ¿qué...?

—¡Lo siento! —exclamó, masajeándose las sienes—. Felipe, yo... Necesito que me ayudes —lo agarró del antebrazo—. Necesito que sigas siendo mi prometido hasta la fiesta de aniversario de DATCO.

—¿Tú te has vuelto loca? —se soltó—. No pienso hacer eso —se enfadó—. O me lo explicas desde el principio, o me largo ahora mismo de aquí y no me vuelves a ver.

La rubia suspiró y, por primera desde que Felipe la conocía, su semblante transmitió amargura.

—Felipe, mi familia es muy tradicional —comenzó Carlota, con gravedad—. Eso ya lo sabes, los conoces, pero lo que no sabes es que... —respiró hondo—. ¿Recuerdas cómo nos conocimos?

—Yo acababa de pilotar el avión privado de tu padre. Aterrizamos aquí, en Berlín. Tú lo estabas esperando en el aeropuerto. Tu padre nos presentó.

—Mi padre nos presentó... —arqueó las cejas—. Porque quería que nos conociéramos tú y yo en persona —suspiró como si expulsase una carga muy pesada—. Mi padre no contrata a alguien solo con ver su currículum. Antes de contratarlo, lo investiga. En el despacho de su casa tiene un armario donde guarda archivados dosieres de cada uno de sus empleados: vida personal, familia, trapos sucios, si los hay, denuncias, aunque sean de tráfico, enfermedades, alergias... Absolutamente todo. Y lo mantiene actualizado. Posee muchos contactos, uno de ellos es un policía retirado que ejerce como su detective privado particular, quien se encarga de investigaros.

Él se quedó atónito, pero disimuló y, con la mano, le indicó que continuara hablando. Dio un sorbo a su taza.

—Yo, por aquel entonces, estaba saliendo con otro hombre.

—Creía que eras soltera —frunció el ceño, sorprendido.

—Es que mi relación era secreta. Me refiero a que nadie más lo sabía, salvo él y yo. Bueno, me corrijo, mi padre también estaba al tanto. Me enteré de ello el día que tú y yo nos conocimos. Por la noche, en su casa, prácticamente me obligó a que terminara mi relación clandestina porque no le gustaba mi novio.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Porque... —apretó la mandíbula un instante—. Porque su familia es humilde. Sus padres no tienen estudios, ni sus hermanos. De hecho, él es el único de su familia que ha ido a la universidad. Puede parecerle una tontería lo que te estoy diciendo, pero... —el dolor en su mirada surgió con poderío—. Mi padre insistió. Yo me negué. Se lo conté a mi novio.

—¿Y qué hizo él? Tu novio.

Por raro que pareciera, decidió no indagar sobre el nombre de él, aunque tenía una ligera sospecha.

—Se presentó en el despacho de mi padre, en DATCO. Discutieron —se sumió en los recuerdos—. No sé qué se dijeron, pero me lo imagino. Y rompimos. Bueno, rompió él, no yo —se rio sin humor—. Le supliqué que no me dejara, pero él no cedió. Y —ladeó la cabeza, observándolo— me dijo que, si de verdad lo amaba, te diera una oportunidad a ti, que tú a mi padre le gustabas mucho, que a pesar de no pertenecer a una familia adinerada, eras el candidato perfecto para mí: educado, discreto, culto, el mejor piloto de la compañía, el mejor compañero entre sus compañeros, el más responsable, trabajador... Un sinnúmero de cualidades —las lágrimas descendieron por sus mejillas. Se las limpió con rapidez, ante todo la habían educado como una señorita perfecta, correcta y protocolaria—. Un mes después, tú y yo empezamos a salir.

—Lo siento mucho, Carlota —le acarició la mano—. ¿Todo por una familia sin estudios universitarios? —hizo una mueca—. Vivimos en el siglo XXI.

—Lo sé. Y mi padre también lo sabe, pero quiere un príncipe heredero para su princesa.

—Yo no tengo dinero. Sinceramente, no entiendo por qué tu padre me eligió para ti después de lo que me estás contando.

—Por tu reputación —sonrió con tristeza—. Felipe, eres el mejor piloto de la compañía y todo el mundo habla maravillas de ti: azafatas, otros pilotos, incluso las secretarias de las oficinas. Siempre lo han hecho, desde tu primer día. Y... —agachó la cabeza—. Mi padre no me quiere dejar la empresa a mí sola, Felipe, porque tiene miedo.

—¿De qué? Si eres una experta en dirigir DATCO.

—Gracias —se sonrojó por el halago—. Tiene miedo de que yo termine contigo y vuelva con... —carraspeó—, con el que fue mi novio antes que tú, porque sabe que sigo enamorada de él. Por eso, insistía tanto con la boda y con que empezaras cuanto antes con la gerencia. Mi padre no confía en él. Piensa que solo busca mi dinero, mis influencias, tanto él como su familia. Y si tú firmas el traspaso de la compañía junto conmigo, él se quedará tranquilo porque, aunque tú y yo nos divorciemos, el cincuenta por ciento de DATCO siempre te pertenecerá a ti.

Felipe no supo qué responder. Creía que ese tipo de pensamiento ya no se estilaba y se sorprendió muchísimo, pero a mal, aunque no opinó, al fin y al cabo, Bruno era su padre y, por mucho que la rubia sufriera, seguiría siendo su padre. Pero le resultaba tan chocante. El señor Ordeno era una persona de trato sencillo, preocupado por sus empleados, con minutos para escucharlos, que conversaba con cualquiera sin importar nada. Podía entender que un padre anhelase lo mejor de lo mejor para su hija, pues, aunque la comparación no era la acertada, eso le ocurría a él con Eugenia.

—He convencido a mi padre en este mes de firmar mi parte del traspaso el día del aniversario de DATCO —le informó Carlota, seria—. Me ha costado, pero lo he logrado. Y también le he explicado que lo tuyo es pilotar —sonrió—, no encerrarte en un despacho.

—¿Y lo de fingir que seguimos juntos?

—En cuanto firme mi parte del traspaso, les diré a mis padres que hemos cancelado el compromiso. Me quedaría con la mitad de la empresa y mi padre ya no podría hacer nada para

quitármela, a no ser que yo se la vendiese.

—¿Y volverás con... él?

La rubia negó con la cabeza.

—Eso se terminó hace tres años, Felipe.

—¿No hay posibilidad?

—Ninguna. Desde que rompimos, él ha estado de flor en flor. Y sigue. No se compromete, no quiere, pero a mí tampoco me quiere.

—¿Has hablado con él?

—No hace falta. Lo sé. Lo conozco.

—Lo siento mucho, Carlota, de verdad.

—¿Y Eugenia y tú? —sonrió con dulzura—. Te toca.

Él sonrió, embelesado, al invocarla en su mente.

—Nos vamos a casar. Ayer llamamos por teléfono a la iglesia y tenemos cita con el cura la semana que viene. Es una iglesia muy demandada, así que cogemos el primer hueco que nos diga —se encogió de hombros—. No me importa el día, solo casarme con ella, el resto me da igual. Llevo esperando demasiado tiempo y, aunque solo llevemos juntos un mes, quiero todo con ella y lo quiero ya, incluido hijos.

—Por eso me dijiste que no tenías miedo a ser padre, pero que ahora no querías —no varió su sonrisa—. Lo que pasaba era que la querías a ella como la mamá de tus hijos.

—Exacto.

—Desde el principio.

Ambos se rieron y Felipe procedió a relatarle su vida con Eugenia desde que la conoció, hacía ya veinte años, sin omitir detalle alguno.

—Dios mío... —articuló la rubia en un hilo de voz—. Esa Isabel es un demonio...

—Y de los peores.

—¿Y qué vas a hacer? Es su hermana...

—Lo sé. La voy a acompañar a Barcelona, no quiero que esté sola con ella.

—Haces muy bien —asintió con solemnidad—. Además, Eugenia te necesitará después de hablar con Isabel, porque, si ya está hecha polvo, imagínate cuando escuche todo de la boca de su propia hermana —arrugó la frente—. Contad conmigo para lo que necesitéis, Flip, lo que sea.

—Gracias —sonrió—. Me voy a ir ya. Subiré a saludar a tu padre y a explicarle mi renuncia a la gerencia.

—Voy contigo.

—Carlota... —se pusieron en pie—. Me quedo en Madrid.

—Vives allí, sí —hizo un mohín—. No entiendo lo que quieres decirme.

—Tendrás que inventarte excusas de cara a tu familia, porque no voy a venir a Berlín a no ser que sea por trabajo.

—Tranquilo, ya contaba con ello —la gravedad la invadió—. Yo, en cambio, me iré todos los fines de semana a Madrid para que mis padres no sospechen. Siempre puedo decir que, como tú te vas a mudar a Berlín conmigo, preferimos disfrutar de España hasta entonces.

—¿Y lo de mudarnos y la boda? ¿Qué les has dicho?

—Que todo se hará a partir del aniversario de DATCO.

—Joder... —se revolvió el pelo—. ¿Te das cuenta de que luego voy a tener que explicarle todo esto a Nana?

Carlota, de repente, soltó una carcajada.

—Cómo se nota que nos hemos sincerado, ¿eh? —sonrió ella—. Ya no te corriges cuando la

vas a nombrar. Directamente es *Nana*.

—Y no sabes lo aliviado que me siento —salieron a la calle—. Era horrible tener que esconderme. Fueron diez años, Carlota, pero nunca logré acostumbrarme.

El señor Bruno Ordeno recibió a Felipe con un afectuoso abrazo y una pequeña reprimenda por haber rechazado la gerencia, pero también le dijo que entendía que no la aceptara.

Después, la rubia le arregló su plan de vuelo.

—Fue mi culpa, perdona —se disculpó Carlota en su despacho, sentada en su magnífica silla de piel, como la gran ejecutiva que era. Tecleó en el ordenador de su escritorio de cristal—. Como solo hablé con mi padre de tu renuncia a la gerencia, te borraron de la lista de pilotos. Se me olvidó, pero... —se tocó la barbilla, pensativa—. ¿Por qué no te tomas unos días de vacaciones? Así arreglas lo de la boda con Eugenia, lo de Barcelona y lo que necesites hacer. ¿Qué tal dos semanas? Te incorporas a mitad de mes, justo antes de Navidad. ¿Te parece bien?

Él sonrió, agradecido, y asintió.

—Me voy ya —anunció Felipe, acercándose para despedirse de su ex prometida, ahora amiga. Se abrazaron con cariño.

—Si necesitas que hable con Eugenia —le acompañó hasta los ascensores—, la semana que viene estaré en Madrid de sábado a domingo.

—Llámame cuando estés allí y quedamos, ¿de acuerdo? No tienes que estar sola y no quiero que lo estés.

—Gracias, Felipe —lo besó en la mejilla—. Eres un gran hombre.

—Y tú, una gran mujer, Carlota —le guiñó un ojo—. Nos vemos en Madrid —y se fue.

Cinco horas después, aterrizaba en la capital española. Y Eugenia, a quien había telefonado antes de subirse al avión, había ido a buscarlo. Se arrojó a sus brazos en cuanto lo vio salir por la puerta de llegadas. Él inhaló su aroma a azahar y la besó en el cuello. Se había convertido en su ritual. No obstante, aquella ocasión resultó diferente porque ahora eran una pareja oficial, sin ocultarse, sin miedos, sin obstáculos. Eran libres de amarse y gritárselo al mundo entero.

Cogieron un taxi que los llevó al apartamento de Eugenia, quien ya había empezado a embalar sus cosas en las cajas de cartón que Richi le había proporcionado el día anterior.

Por la noche, quedaron con Ricardo y Sofia para cenar y luego, con el resto de sus amigos para tomar una copa. Faltó Tomás, algo que no les sorprendió. Cuando sus amigos les vieron entrar en el local de la mano, se quedaron paralizados.

—Sí, tíos —les comunicó Richi—, es cierto que Carlota y Felipe rompieron el mes pasado y que Eugenia es esa morena de ojos verdes que ha estado viajando con él en noviembre.

—¡Sabía que eras tú! —exclamó Javi, con una sonrisa, señalándola a ella con el dedo índice—. Mucha casualidad que Flip cambiara su plan de vuelo después de toda la vida haciendo las mismas rutas, y que Eugenia se marchara justo ese mes entero fuera de Madrid.

Felipe sonrió y besó a su novia en la mejilla.

—Entonces, ¿qué pasa con la gerencia? —le preguntó Pablo, también sonriendo.

—Nada. Seguiré pilotando.

—¡Bien! —le ovacionaron todos, aplaudiendo.

El bar estaba lleno de gente y la música era alta, por lo que nadie reparó en ellos.

—Nunca me gustaste para Tomy —le comentó Edu a Eugenia—. Es un gran tío y tú eres muy guapa y simpática, pero no me pegábais juntos. Por cierto, Flip —lo miró a él—, ¿Tomy ya lo sabe?

—Sí.

—Por eso no ha venido —opinó Javier, serio—. Siento decir esto, pero está muy pillado por ti,

Eugenia, necesitará tiempo.

Ella agachó la cabeza, abatida. Felipe la guio hacia la barra y pidieron dos tercios de cerveza.

—No estés mal, Nana —le dijo él, acariciándole la espalda—. Entiendo que te sientas así. Tomy no es tan amigo mío como Richi, pero sigue siendo mi amigo y una buena persona, yo también me siento mal, pero he pasado media vida sintiéndome muchísimo peor, infinitamente peor, así que lo siento por él, de verdad que sí, pero ya puedo amarte con libertad y no me pienso esconder más por deferencia a nadie, por muy amigo o familiar que sea.

Eugenia asintió con una débil sonrisa.

Un rato más tarde, entraban en el piso de ella para irse a dormir, pero ella continuaba desanimada. Al día siguiente, fue más de lo mismo, por lo que les pidió a Ricardo y a Sofí que se acercaran y les ayudaran con la mudanza. Las ocurrencias de Richi y el desparpajo de su amiga, lograron arrancarle unas cuantas carcajadas y poco a poco Eugenia empezó a sonreír de verdad.

Por la noche, cuando estuvieron solos, Felipe le contó todo lo de Carlota.

—¿Crees que Hagen es ese novio? —le sugirió ella.

Estaban tumbados en la cama, en pijama. Ya habían terminado de empaquetar todas las pertenencias de Eugenia y, por la mañana, acudiría un primo de Ricardo con una furgoneta para llevarlo todo a su nuevo hogar.

—Eso creo, pero por lo que dijiste en el aeropuerto de Siem Reap, que habías visto algo entre ellos.

—Pues me da mucha pena por ella, sinceramente. No puedo entender cómo un padre no desea la felicidad de su hijo por encima de todo.

—¿Te molesta? —se atrevió él a preguntar.

—¿El qué? —frunció el ceño.

—El favor que me pidió Carlota.

Su novia sonrió.

—Claro que no —le rozó la mejilla con la mano, inclinándose—. Eres mi príncipe rojo. Siempre he confiado en ti. Y Carlota siempre me cayó bien —lo besó con delicadeza en los labios—. Si necesita cualquier cosa, dile que puede contar conmigo —bostezó, tapándose la boca con educación.

Felipe se rio, la besó en el pelo y los cubrió con el edredón.

—Dulces sueños, mi Nana —la acogió entre sus brazos, con la espalda de ella en su pecho y las piernas entrelazadas.

—Dulces sueños, mi príncipe rojo.

*

Cinco días después, el sábado por la mañana, entraban en el despacho del padre don Alfonso, en la Parroquia de Santa Bárbara, para acudir a su ansiada cita. Era un hombre de setenta años, alto, con una buena barriga, de expresión bonachona, gafas y el pelo blanco. Les recibió con una sonrisa amable. Se acomodaron en las dos sillas que flanqueaban el escritorio de madera, frente a él.

—Estamos dando fechas para dentro de dos años.

—¿Dos años! —exclamó la joven pareja, al unísono.

Don Alfonso se rio.

—Dos años se pasan volando, muchachos —ojeó su libreta—. Lo siento mucho, pero estamos completos.

—¿No hay ningún hueco? —insistió Felipe, decepcionado.

El cura negó con la cabeza.

—Probamos en otra iglesia —propuso Eugenia, apretándole la mano—. No me importa.

—Nos casaremos aquí porque es lo que tú deseas —la desilusión que sentía era inmensa, pero cumpliría cada uno de sus sueños, costase lo que costase.

—Un momento —anunció don Alfonso, levantando una mano y, con la otra, apuntando a una de las hojas de su agenda—. Si tanta prisa tenéis, siempre podría...

—¿Qué? —pronunció la pareja a la par.

—Pero es muy pronto, y cae entre semana.

—¿Cuánto es pronto? —lo instó Felipe.

—Al día siguiente del día de Reyes, el siete de enero. No seríais la primera pareja que casamos aquí en un día que no sea fin de semana.

Ella lo contempló con su tímida y preciosa sonrisa.

Y el cura escribió sus nombres completos en la libreta. Les entregó unos papeles con la información que necesitaban, incluido el curso prematrimonial que debían hacer, y se fueron.

Una vez en la calle, él tomó a Eugenia por las axilas, la alzó en el aire y giró sobre sus talones, loco de alegría. Ella soltó una carcajada tras otra.

—¿Te das cuenta de que queda un mes? —le dijo Eugenia al bajar al suelo—. Es muy poco tiempo y hay que hacer muchas cosas.

—Es mucho tiempo, Nana —la besó en la boca, rápido y casto—. Yo me casaba contigo ahora mismo.

Ella se rio, acalorada y avergonzada, pero, de pronto, se tornó triste.

—¿Qué ocurre, Nana?

—Me gustaría ir al cementerio. Llevo un año sin ir y como nos casamos aquí... Quiero ir. Y luego vamos a casa de tus padres y ya se lo contamos, ¿vale?

Felipe sonrió y asintió. Se montaron en la moto y se dirigieron al cementerio de La Almudena, en el barrio de Ventas, donde también estaba enterrado su abuelo.

—¿Tienes carnet de conducir? —se interesó él, al apagar la moto en la puerta del cementerio.

—Nunca me lo saqué. Siempre me he movido andando o en autobús, salvo cuando Sofi y yo salimos por noche, que cogemos taxis.

Entraron y caminaron despacio, cogidos de la mano y con los cascos en el brazo contrario.

—¿Quieres sacártelo? —sugirió Felipe, arqueando las cejas—. O el de moto. No estaría mal que lo tuvieras, por si acaso lo necesitases.

—No tengo ni coche ni moto —sonrió.

—Ahora, sí —le guiñó un ojo—. Lo mío es tuyo y lo tuyo es mío.

Ella soltó una carcajada, ruborizada.

—Me lo pensaré.

—Luego, podemos ir a algún lugar apartado de tráfico y te enseño a manejar la moto.

Eugenia le dedicó una enorme sonrisa como respuesta.

Sin embargo, la felicidad de la que gozaban desde la cita con don Alfonso y su inminente y deseada boda se vio aplastada por la presencia de cierta mujer rubia, acompañada por un niño moreno, de espaldas ambos a ellos, de pie frente a la tumba de Pedro y Alicia.

—Isabel... —articuló ella en un hilo de voz, rígida de pronto.

La rubia, que, en efecto, no era otra que Isabel, se giró al escuchar su nombre.

—¡Tía! —gritó el niño, que, entusiasmado, corrió hacia Eugenia y se abrazó a sus caderas con fuerza, separándola de Felipe.

Ella tardó unos segundos en reaccionar, y no fue la única...

—Felipe... —musitó la rubia, pálida por tal inesperado reencuentro para los tres adultos.

—Íbamos a ir a tu casa ahora, tía, después de saludar a los abuelos aquí —le explicó Juan, mirando al desconocido que había al lado de su tía—. Hola, señor.

Felipe se arrodilló y le tendió la mano.

—Hola, señorito —le sonrió, simulando total normalidad—. Soy Felipe.

Cuando tuvo el rostro del niño a la altura del suyo, parpadeó. Entonces, la imagen de una ratoncita veinte años atrás invadió su mente. Juan era un calco exacto de Eugenia. Idénticos, con la diferencia de que el niño llevaba el pelo corto, nada más. Los mismos impresionantes ojos verdes, el castaño oscuro de sus cabellos, la nariz respingona, la expresión inocente y tímida...

—Yo soy Juan —le estrechó la mano.

—Encantado de conocerte, Juanito.

El niño, al oír el apodo, sonrió como si hubiese hallado a un amigo incondicional en él.

—¿Eres amigo de mi tía?

—Sí, lo soy.

—Es que ella me llama así.

—¿Puedo llamarte yo así también?

—Vale —ladeó la cabeza, pensativo—. Si eres amigo de mi tía, eres mi amigo, así que, sí, puedes llamarme *Juanito*. A Sofi también la dejo que me llame *Juanito* porque es mi amiga, como de la tía. ¿Sabes quién es Sofi?

Felipe silenció una risita ante tal desenvoltura.

—Sí, la conozco. Es mi amiga también.

—Sofi es muy guay.

Él asintió, sonriendo.

—Sí, Sofi es muy guay.

—¿Y...?

—Juan —lo cortó Isabel.

El niño agachó la cabeza y se volvió hacia su madre.

—Así que —comenzó aquella rubia, dirigiéndose a Eugenia— era esto lo que me ocultabas.

Eugenia permaneció callada.

—Acabamos de llegar de Barcelona —continuó Isabel, con los hombros rectos, el mentón alzado y la mirada gélida—. Llevamos un mes sin saber de ti. No me has dejado otra opción que venir a Madrid.

—Has venido para saber qué estaba pasando —afirmó Eugenia, aunque manteniendo un tono de voz sosegado por el niño—. Y si llevamos un mes sin hablar no ha sido por mí. Te llamé por Skype una semana después. No me devolviste la llamada. He sido yo quien no he sabido nada de ti. Y te dije que, a la vuelta de mi viaje, iría a Barcelona a veros.

—¿Desde cuándo? —les exigió la rubia, observando a la pareja con una frialdad escalofriante.

—Nos vamos a casar.

Los oscuros ojos de Isabel se inundaron de ira, una ira que se esfumó de inmediato, tan rápido que él creyó que se lo había imaginado. Pero viniendo de esa víbora...

—¿Te vas a casar, tía? —le preguntó el niño—, ¿cómo mamá y papá?

—Sí, cariño —se obligó a sonreír—. El día después de que vengan los Reyes Magos.

—¡Hala! ¡Qué guay!

—Y tú me acompañarás al altar, ¿te gustaría? —desplegó los brazos en cruz.

Juan corrió y se arrojó a ella sin dudar.

—¡Sí!

Felipe dibujó una lenta sonrisa en su rostro, cargada de infinito amor. Su novia era toda una *mamá*. Se la imaginó con su propio hijo y su corazón explotó. Estaba deseándolo...

—Tenemos que hablar —anunció la rubia, rompiendo la magia del momento.

—Vamos a casa —le indicó Eugenia a él, pidiéndole permiso a través de sus expresivos ojos.

Felipe asintió, serio, y ella le dijo a su hermana la dirección.

El momento había llegado.

Eugenia y Felipe, en la moto, alcanzaron su apartamento en la Castellana antes que su hermana y su sobrino, que tomaron un taxi a la salida del cementerio. Estaba tan nerviosa que ni siquiera se movía, parada en el salón de su nueva casa.

El espacio era muy amplio y estaba decorado en tonos beis y verde, con baldas llenas de libros en la pared de la izquierda. Se entraba directamente a la estancia desde la entrada del piso y detrás se encontraba el pasillo que conducía a las cuatro habitaciones y al baño. La decoración era de estilo *vintage*, con vinilos colgados en la pared de la derecha, muebles claros y artesanos y multitud de cojines repartidos en los sofás, incluso había un gramófono en una esquina. Los vinilos y el aparato de música habían pertenecido al abuelo de Felipe, un apasionado de la música en inglés de los años sesenta y setenta, aspecto que también había heredado su nieto y que a Eugenia le encantaba.

Con toda la mudanza, no habían tenido tiempo para nada que no fuera desembalar, comer y dormir. Y, aun así, quedaba alguna caja en una de las tres habitaciones de invitados que había, una de las dos que estaban vacías, pues la otra se encontraba amueblada para Alba por si, en alguna ocasión, decidía dormir allí. Su adorable príncipe rojo y la propia Alba, con quien habían almorzado el día anterior, la habían convencido para que utilizara ese cuarto como ella quisiera. Su futura cuñada se había negado en rotundo a que esa estancia continuara para su posible uso, cuando no la iba a utilizar porque esa casa pertenecía a la pareja en exclusividad, que se lo agradecía enormemente, pero que hicieran lo que desearan.

Isabel y Juan entraron.

—¡Qué grande! —exclamó el niño—. ¿Vives aquí, tía?

—Sí, ¿te gusta?

—Sí, es una casa muy guay. La otra también me gustaba, pero era mucho más pequeña.

Ella se rio, pues su sobrino estaba en una fase de su vida en la que todo era *guay*.

—Oye, Juanito —lo llamó Felipe, aproximándose al niño—, ¿te apetece dar una vuelta conmigo? Podemos ir a unos columpios que hay detrás de este edificio.

—Ya soy un poco mayor para los columpios, pero, si tú quieres ir, te acompaño. Mamá, ¿puedo? —le pidió permiso a su madre.

—Sí —contestó Isabel, escueta.

—¿Y te gustan los deportes? —se interesó Felipe, sonriendo.

—¿Cuál? —le preguntó Juan a su vez.

—¿El rugby? Es que si los columpios no te gustan, tengo una pelota de rugby en mi habitación y hay un parque cerca de aquí, podemos jugar un rato allí.

—No sé jugar al rugby, pero quiero aprender. ¿Es guay?

Eugenia no pudo evitarlo y soltó una carcajada. Felipe le guiñó un ojo, divertido.

—El rugby es un deporte muy guay —le aseguró él, mientras se perdía por el pasillo con el niño de la mano para coger la pelota del dormitorio principal.

—No me hace ni pizca de gracia que ese hombre se lleve a mi hijo —escupió su hermana, rechinando los dientes—, pero no me queda otra opción si quiero hablar contigo.

—Ese hombre es mi novio, mi futuro marido y será el tío de Juanito —replicó ella,

conteniéndose y fingiendo tranquilidad—, así que te convendría cerrar la boca, al menos, delante de mí, por respeto.

—¿Respeto? —se echó a reír.

En ese momento, Felipe y Juan aparecieron en el salón con la pelota de rugby y seguidamente se marcharon, no sin antes dedicarle Felipe una mirada de ánimo y un gesto para que lo llamase al móvil si lo necesitase. Eugenia asintió.

Y se quedaron solas.

—¿Respeto? —repitió Isabel, quitándose el abrigo y dejándolo de malas maneras en uno de los tres sillones que formaban una U en el centro del espacio—. ¿Por qué debería tenerte respeto a ti, cuando tú te vas a casar con mi ex novio, una persona que provocó nuestro distanciamiento durante dos años? ¿Quién debe respeto a quién, Eugenia?

Su hermana, más alta y delgada, era una mujer que no solía levantar la voz, siempre tenía una sonrisa educada en su rostro y sus modales eran dignos de una reina, perfectos. Era muy guapa y, aunque ya contaba con treinta y ocho años, la mamá en la que se había convertido había incrementado su atractivo. Se cuidaba mucho físicamente y vestía según dictaba la moda, además de maquillarse con sutileza en los puntos justos para destacar su belleza, como sus preciosos labios perfilados o la forma almendrada y exótica de sus grandes ojos color chocolate. Era igual que su padre.

Sin embargo, ahora que la observaba después de seis meses sin verse, ahora que mantenía una relación con Felipe, ahora que ya sabía toda la verdad de lo sucedido en el pasado, de repente, esa belleza se evaporó. Ahora, apreciaba demasiadas arrugas en su rostro, castigado por el estrés y el cansancio que le suponía a su hermana ser madre, ama de casa y esposa de un marido que no la ayudaba en nada porque trabajaba más de doce horas diarias, incluidos los fines de semana. Ahora, esos grandes ojos del color del chocolate ya no le resultaban exóticos, sino que parecían enormes témpanos de hielo que podrían congelar el mundo entero de un mero vistazo; y, ¿quién deseaba el frío en lugar de la calidez? Y esos preciosos labios estaban perfilados gracias a un discreto lápiz labial que había utilizado, no a la naturaleza de los mismos, una naturaleza que le pasaba factura.

No se parecía en nada a su padre. Y se cuestionó cuándo había cambiado tanto Isabel. ¿En los últimos seis meses? No. Su hermana siempre había sido así, pero Eugenia nunca se había percatado de sus defectos, de sus imperfecciones, de su ausencia de tibieza, ya ni siquiera de calidez, porque siempre la había considerado la mejor en todo.

Y se había equivocado tanto al pensar y al sentir así con respecto a esa desconocida mujer. Ahora, en ese preciso momento, no reconocía a la persona que se hallaba frente a ella. Si hasta los recuerdos que creía buenos de Isabel habían desaparecido... Los buscó en su mente, pero no los encontró.

No. No habían desaparecido. Nunca habían estado. Su única hermana no era Isabel, sino Sofía.

—Fuiste tú quien provocaste nuestro distanciamiento —comentó Eugenia, tranquila. Los nervios que le provocaba su hermana se habían marchado para dar paso a una gran seguridad en sí misma. Respiró hondo—. Fuiste tú quien traicionó a Felipe con Luis, quien se quedó embarazada de otro hombre que no era su novio, un novio que lo único que hizo fue soportarte, porque ni siquiera era feliz, por tu culpa, y tú lo sabías.

Isabel entornó esos gélidos ojos.

—¿Eso te ha dicho?

—Me lo ha contado. Todo —enfaticó, apretando la mandíbula—. Ahórrate más mentiras, más manipulación y más maldad —inclinó el torso—. Porque eres mala, Isabel. Ahora lo sé. Y nada de

lo que digas podrá borrar diez años de tristeza, amargura y soledad.

—Qué ingenua has sido siempre... —se carcajeó—. Tu alto coeficiente intelectual es una broma. Qué ingenua... —repitió su hermana, que chasqueó la lengua—. Siempre tan ingenua —la miró con el semblante indiferente—. Sí, Eugenia, Felipe te quería a ti. A mí nunca me quiso. Yo le gustaba, pero nunca se enamoró de mí. Y la verdad es que siempre supe que te prefería a ti antes que a nadie, pero no lo quería reconocer —se encogió de hombros—. Por eso, acudí a Luis cuando papá y mamá murieron, porque necesitaba que me abrazasen, que me besasen, que me desearan... Y Luis siempre me ha querido por encima de cualquier cosa, al contrario que Felipe —entrecerró los ojos—. ¿Sabes lo que es ver con tus propios ojos cómo tu novio cuida, protege y adora a tu hermana, mientras que a ti ni siquiera te coge de la mano a no ser que se lo supliques? Claro que no lo sabes... —bufó—. Yo, en cambio, sí lo sé. Lo viví.

—¿Por qué no le dejaste? ¿Por qué seguiste con él sabiendo todo eso? ¿Por qué?—se cruzó de brazos—. Si quieres te respondo yo.

—Adelante —la instó con un gesto y sonriendo con soberbia.

—Porque no soportabas que me quisiera a mí y no a ti. Porque no me soportabas a mí. Nunca lo hiciste, Isabel.

Aquellas palabras lograron que la frialdad de esos ojos castaños se transformase en rencor, rabia, odio...

—Tienes razón, Eugenia —señaló Isabel, irguiéndose—. No te soportaba, pero la culpa es de Felipe. Yo te quería muchísimo, pero él se entrometió. ¡Él nos separó! —alzó los brazos, histérica—. ¡Él provocó que yo te odiase! ¡Él, solo él! ¡Y lo hizo sabiendo lo que pasaría luego! ¡Igual que me empujó a Luis! ¡Lo tenía todo planeado!

Eugenia retrocedió por instinto al contemplar y ver cómo era Isabel en realidad.

—Desde que eras una niña de siete años —declaró su hermana, gesticulando más calmada—, Felipe te cuidó y te protegió porque eras mucho más importante para él que yo, y, desde que cumpliste diecisiete años, el muy idiota te prefería a ti antes que a mí. ¡A ti! A una niña. Sí, una niña, Eugenia, la misma niña que sigues siendo ahora, porque solo una niña deja su trabajo y se larga un mes entero a vivir la vida y gastarse el poco dinero que tiene. Y deduzco que te has ido con él. Lo de Sofía era mentira, como más mentiras que me has dicho porque, además de infantil, eres una cobarde. Tú también lo quisiste siempre, a mis espaldas, ¿y qué hiciste? —ladeó la cabeza, dedicándole una mirada tan hostil que a ella se le encogió el corazón—. Seguiste abrazándolo, andando por la calle de la mano con él, haciendo que te ayudara a elegir modelitos para tus salidas con tus amigos... A él, al novio de tu hermana. Eso no se le hace a una hermana, Eugenia —negó con la cabeza.

»Y lo curioso de todo es que no me sorprendió que me traicionaras ni que salieras corriendo detrás de él cuando me abandonó, porque me abandonó estando embarazada, que no se te olvide. Pero te perdoné, porque no soy mala. Si fuera mala —la apuntó con el dedo índice—, no te hubiera cuidado estos últimos seis años, ni te hubiera ofrecido mi casa mil veces, ni me hubiera presentado en Madrid por tu cumpleaños sin faltar un solo año, ni te hubiera invitado a pasar las navidades en mi casa para que no estuvieras sola, ni muchas más cosas que prefiero callarme —se estiró más, adoptando de nuevo esa asquerosa frialdad—, porque, al contrario de lo que crees, jamás te reprocharé nada porque soy tu hermana y soy buena persona. Te he perdonado, Eugenia —la observó unos segundos, callada—. Llevo perdonándote muchos años. ¿Y esto es lo que recibo?

Eugenia no supo si reír o llorar.

—Llevo años —añadió Isabel, acortando la distancia— perdonándoos a Felipe y a ti. Y ahora

os vais a casar... —soltó una carcajada, palmeando en el aire—. ¿Yo soy la mala, Eugenia? Mi hermana y mi novio me traicionan durante años, ¿y soy yo la mala? Os merecéis estar juntos, por supuesto que sí —asintió repetidas veces—. Sois tal para cual —escupió, colocándose el abrigo—. No pienso seguir un segundo más en una casa donde se me insulta —la miró—. Yo te quería muchísimo —repitió, rechinando los dientes—, eras mi hermana pequeña que me ponía en un pedestal, que me ponía de ejemplo siempre, que me buscaba a mí, no a mamá, cuando tenía pesadillas, que se colgaba de mi pierna y lloraba porque no quería que me fuera a ninguna parte sin ella —sus ojos se empañaron, pero no derramó ninguna lágrima—. Pero llegó Felipe a nuestras vidas y lo estropeó todo, porque me arrancaste de ese pedestal para ponerlo a él, y no es que le pusieras a él en otro, no, es que me quitaste a mí —se golpeó el pecho—, me borraste, Eugenia. Felipe siempre estaba por encima de todo para ti. Fuiste tú quien me abandonó muchos años atrás, antes de que me quedase embarazada, antes de que fueras corriendo a traicionarme, antes de que lo eligieras a él antes que a mí. Fuiste tú, Eugenia. Y la culpa fue de Felipe. ¿Quién es la mala persona aquí? —se dirigió a la puerta—. Por favor, llámalo y dile que me traiga a mi hijo al portal.

Tantas cosas que quería decirle, tantas explicaciones que quería exigirle, y se quedó muda, impresionada. ¿Y si se había equivocado? ¿Y si su hermana había actuado de ese modo en el pasado por el dolor que sentía por la situación, porque su novio amaba a su hermana? Claro que eso dolía...

Con manos temblorosas, sacó el móvil del bolso, que descansaba en la mesita de la entrada, donde lo había apoyado nada más entrar en casa. Le escribió un mensaje a su novio para pedirle que regresaran lo antes posible. Él contestó al instante que ya estaban de camino.

—Necesito un tiempo —agregó su hermana, dándole la espalda—. Podrás hablar con Juan cuando y cuanto quieras, solo los domingos como hasta ahora o los días que tú prefieras. Pero yo necesito pensar —se giró y la observó, secándose las lágrimas que ya sí derramaba—. Siempre podrás contar conmigo, soy tu hermana mayor, no tienes a nadie más que a mí, pero déjame un tiempo. Necesito asimilar todo esto. Tendrás noticias mías cuando se me pase, porque siempre se me pasa, siempre te perdono, ya estoy acostumbrada a hacerlo —abrió la puerta—. Eugenia, por favor, permíteme un consejo: replantéate la boda. Sinceramente, en el pasado, Felipe nos separó y nos hundió y ahora ha provocado lo mismo. ¿De verdad merece la pena estar con alguien así? Además, tenías diecisiete años cuando él, un supuesto adulto de veintisiete, se fijó en ti. ¿Qué mente sana hace eso?

Si no hubiera pronunciado la última frase, Eugenia habría estallado en llanto, muerta de arrepentimiento por el dolor que su hermana le acababa de transmitir en su discurso.

Pero pronunció esa frase...

Y ella lo vio todo rojo...

Avanzó y le cruzó la cara de un sonoro bofetón, causando que aterrizase en el suelo sobre su trasero por el impacto tan inesperado.

Isabel, petrificada, se tocó la mejilla y la contempló como si estuviera ante el mismísimo diablo.

—Eres una zorra manipuladora —la acusó Eugenia desde lo alto—. Por un momento, he creído que de verdad sufriste porque Felipe y yo nos amábamos, pero ya no me engañas. Felipe está enfermo, sí, pero de amor por mí, como yo por él. Tú jamás entenderás eso —entornó la mirada, vibrando de cólera, apretando los puños en los costados—, ¿sabes por qué? Creía que estabas enamorada de Luis, pero es imposible, tú no tienes corazón. Y ahora, lárgate de mi casa y de mi vida, y no vuelvas.

Su hermana se levantó, conteniendo la furia que la asaltó. Fue a replicarle, pero Felipe y Juan las interrumpieron.

—¡Mamá, ya sé jugar al rugby! —exclamó su sobrino—. ¡Es muy guay!

—Nos vamos, Juan —le indicó Isabel, ignorando su gran noticia.

—¿Ya? —la desilusión se apoderó del niño—. Pero...

—Juan —lo cortó su madre, agarrándolo del brazo—, he dicho que nos vamos —lo arrastró hasta las escaleras y comenzó a descender.

Eugenia se cubrió la boca y las lágrimas, violentas, se deslizaron por su rostro al ver marcharse a su sobrino sin poder evitarlo.

—¡Tía! ¡Tía!

El niño consiguió escaparse, ascendió y corrió hacia ella, que se arrodilló y abrazó a su sobrino, temblando por el dolor que le suponía aquella repentina y cruel despedida. Su hermana, en cambio, no subió, cosa que agradeció.

—Juanito, escúchame.

—Sí, tía.

Eugenia entró en el piso y cogió un bolígrafo y una hoja del recetario que había en la encimera de la cocina. Escribió su número de móvil. Dobló el papel hasta dejarlo diminuto y se lo metió en el bolsillo delantero del vaquero a Juan.

—Te he apuntado mi teléfono —susurró ella, acariciándole la cara—. Juanito, por favor, siempre que quieras hablar conmigo, aunque solo sea para decirme *hola*, para contarme cualquier cosa, lo que sea —insistió—, aunque te parezca una tontería, llámame, ¿vale? Será nuestro secreto.

El niño asintió.

—¡Juan, baja ahora mismo! —le regañó su madre desde la escalera.

—No me quiero ir, tía, quiero quedarme contigo y con Felipe un rato más, por favor, convence a mamá —la rodeó por el cuello.

—Juanito... —sonrió, fingiendo alegría, aunque las lágrimas se lo impidieron.

—Tía, ¿por qué lloras? —arrugó la frente—. Tú nunca lloras.

—Juanito, mamá y yo nos hemos enfadado.

—Pues pediros perdón y así me quedo aquí.

—No es tan fácil.

—¿Ya no vendrás a casa? —la miró y jugueteó con su pelo, distraído.

—No, pero tú sí vendrás para mi boda. Recuerda que eres mi padrino.

—¿Y si yo te pidiera que vinieras?

Silencio.

—Tía...

—Iría. Cuando quieras verme, dímelo, ¿vale? Y allí me tendrás.

—Te quiero mucho, tía —la abrazó otra vez.

—Yo también, mi niño... —lo envolvió con fuerza.

Juanito se alejó hacia los escalones y, antes de descender, les sonrió y les dijo:

—Felipe es guay, tía, igual que tú —y se fue.

Eugenia estalló en llanto, en el suelo. Se tapó la cara y lloró lo que jamás había llorado. No se arrepentía por haberla abofeteado ni por haber zanjado su inexistente relación de hermanas, pero dolía tanto...

Su príncipe rojo la cogió en vilo y la llevó a la cama, donde ella se hizo un ovillo y, apretándolo a él entre temblores, continuó descargando todo el dolor que padecía desde hacía

años, más de la mitad de su vida, hasta que, sin darse cuenta, se quedó dormida.

Despertó horas después, sin lágrimas ya, pero se volvió a dormir.

Y así estuvo varios días, en la cama, con la mirada perdida, sin noción del tiempo, regresando a la realidad solo para comer cuando Felipe le traía una bandeja, pero, apenas daba dos bocados, corría al baño y vomitaba. Luego, se acurrucaba contra él, que no se separó de ella en ningún momento, y se dormía de nuevo.

No hubo pesadillas. No pensó en el adiós de Isabel, tampoco en Juanito. Pero recordó su vida cuando sus padres vivían, cuando Felipe y su hermana eran amigos, no novios, recordó esa parte en la que todos eran felices, en la que viajaban a París, Milán y Nueva York, los cinco, porque su príncipe rojo les había acompañado desde que entró por primera vez en su casa, en sus vidas. Recordó mucho a su madre, la cantidad de veces que Alicia le comentaba lo mucho que le gustaba Felipe, lo mucho que lo quería como si fuera su hijo. Recordó también una ocasión en que su padre, tras haber cenado una noche de verano en el jardín, le dijo a Eugenia, que en aquel entonces contaba con dieciseis años, que podía morir tranquilo porque su hija mayor, Isabel, no necesitaba nada más que a sí misma y porque su hija pequeña tenía un ángel de la guarda que la cuidaría siempre, a Felipe.

—Nana —le dijo él una noche, no sabía cuándo, al meterse en la cama para dormir—, mañana me incorporo al trabajo. Vuelo a las siete de la mañana a París y regreso a las nueve y media de noche. ¿Estarás bien? Puedo pedirle a Carlota más días libres para estar contigo. No me gusta dejarte así.

Ella asintió con los ojos cerrados.

—Mi Nana... —continuó Felipe, acariciándole el pelo—. Dime qué puedo hacer para que sonrías... por favor... No puedo verte así más tiempo...

Eugenia lo abrazó y lo besó en el pecho, donde recostó la cabeza. No dijo nada.

Y se durmieron.

Al día siguiente, Sofia se presentó en su casa al salir del trabajo. Y Eugenia, por primera vez en diez días, se levantó de la cama para otra cosa que no fuera vomitar.

—Tienes una cara horrible, Thelma —Sofi hizo una mueca. Alzó una bolsa—. Y como ya me lo imaginaba, vamos a ponerle remedio.

—Me siento horrible, Sofi, así que...

—¡Menuda voz! ¿Se te ha olvidado hablar? Anda, Thelma, indícame el camino a tu, supongo, magnífico baño, porque vaya casa.

Eugenia suspiró. Ni tenía ganas de discutir ni tenía ganas de luchar, por lo que se dirigieron al servicio principal, la última puerta de la derecha del pasillo; existía otro en la entrada, un aseo pequeño para las visitas.

En efecto, era magnífico. Al igual que el salón era de estilo *vintage*, acogedor y hogareño, perfecto para reconfortar a un invitado, el baño, en cambio, era moderno, sofisticado y lujoso. Mármol blanco desde el suelo, con reflejos en marrón, beis en las paredes, azulejos con piedras marrones para la ducha, con mampara de cristal transparente, a la derecha; dos lavabos de piedra como dos grandes cuencos, a la izquierda, debajo de un enorme espejo con dos focos pequeños de luz, y una bañera de estilo huevo, de frente, delante de las dos ventanas con esterillas marrones a modo de cortinas. Era muy luminoso, amplio, con mucho detalle y exquisito.

De debajo de los lavabos, que había entre un mueble abierto de madera, donde se encontraban las toallas perfectamente dobladas y el cesto de la ropa sucia de mimbre marrón con lino blanco en el interior, sacaron dos taburetes blancos.

—Esto es increíble... —murmuró su amiga—. Tampoco quiero imaginarme cómo será tu

habitación.

Otra maravilla, pensó ella, en tonos marrones y beis y con dos balcones en la pared de la derecha. Esa casa era preciosa, cada estancia con un estilo diferente, pero con un punto en común: todos los muebles eran claros y artesanos y predominaba el marrón. Pero no existía un solo cuadro o una sola fotografía. La mayoría de las paredes, a excepción de los vinilos del salón, estaban vacías. Y, sí, Eugenia creía que le faltaba algo. Hablaría con él, porque tenía una ligera sospecha acerca de la carencia de fotos.

Sofía le llenó la bañera de agua, echó jabón hasta formar espuma y la ayudó a meterse dentro. Eugenia seguía apática, pero poco a poco, fue reviviendo. Metió la cabeza en el agua y, al salir, fue capaz de sonreír a su amiga, a modo de agradecimiento. Una vez limpia, esta le indicó que se sentara en el taburete y le lavó la cara con un paño y un gel especial. Actuó con tanta delicadeza y tanto cariño que Eugenia se echó a llorar, abrazándola por la cintura. Esos gestos eran los que nunca había recibido de su hermana. Nunca.

Sofi la abrazó hasta que se calmó.

—Gracias... Tú sí eres mi hermana, Sofi, tú, sí...

—Eso nunca lo dudes.

Durante una hora, en silencio, Sofía cuidó de Eugenia. Podía parecer algo tonto poner una mascarilla, masajear la cara y limpiar poros y demás imperfecciones, sacar brillo a un rostro, al fin y al cabo, pero no fue eso lo que hizo su amiga con ella, no, lo que hizo fue borrar poco a poco el dolor de su alma y hacer desaparecer la tristeza con cada paso del paño por su cara y su cuello.

Y también la maquilló, aunque con la sutileza que a Eugenia le gustaba. Y la peinó. Le alisó los cabellos y le colocó una diadema fina de terciopelo verde. Y hasta le eligió la ropa: un vestido de terciopelo verde, con mangas estrechas hasta las muñecas, hombros fruncidos, entallado en la cintura, sin escote, de cuello redondo y corto hasta la mitad de los muslos. Las medias eran negras tupidas, como las bailarinas de terciopelo negras.

—Pareces una niña —comentó Sofía, sonriendo—, justo lo que necesitáis Felipe y tú.

Ella se ruborizó. Se contempló en los espejos de las puertas correderas del armario y se rio por la certeza de las palabras de Sofi.

—Tienes el tiempo justo para coger un taxi e ir al aeropuerto a recibir a tu príncipe rojo como se merece, así que venga —le indicó la sabia de Louise.

Eugenia la abrazó con fuerza, sacó su abrigo de paño gris marengo del armario, su bufanda y su boina de lana a juego. Y se marchó a Barajas tras despedirse de Sofía en la calle y tomar un taxi.

Sin embargo, el tráfico fue horrible y llegó cuarenta minutos tarde. Le lanzó al taxista los treinta euros y corrió por el aeropuerto hasta que alcanzó la puerta de llegadas. Estaba cerrada. No había nadie. Seguramente, él ya estaría en su BMW de camino al apartamento.

Las lágrimas bañaron su rostro, destrozando la pintura. Se acercó con pesadez a la pared y se deslizó hacia el suelo, donde se rodeó las rodillas flexionadas y escondió el rostro. Le había prometido recibirle en cada vuelo y había fallado... Llevaba más de una semana encerrada en la cama por culpa de Isabel, encerrada en los recuerdos, encerrada en el dolor. Y lo había pagado con Felipe, porque los recuerdos que revivió en su mente en los últimos diez días eran del pasado, pero no del mágico e inolvidable viaje que realizaron en *su mapa*.

Entonces, una presencia le hizo sombra.

—Disculpe, señorita, ¿está usted bien?

Esa frase...

Esa voz masculina, profunda y ligeramente áspera...

Esa voz tan familiar...

Alzó la cabeza y descubrió a su príncipe rojo, arrodillado frente a ella, vestido con el uniforme de piloto azul marino, el abrigo colgado de su brazo y regalándole esa sonrisa arrebatadora que tanto había extrañado.

—Felipe... —sollozó y se lanzó a sus brazos, tirándole hacia atrás—. Lo siento...

No les importó a ninguno acabar tumbados en el suelo. Se envolvieron el uno al otro durante una hermosa eternidad.

—He estado esperándote —le confesó él—. No podía irme sin ti. Sabía que vendrías. Lo sabía, Nana.

—Felipe... —se estremeció.

Cuando se levantaron, Felipe continuaba sonriendo, adorándola a través de sus preciosos ojos castaños, que se oscurecieron al fijarse en su atuendo de los pies a la cabeza.

—¿Te...? ¿Te gusta? —titubeó Eugenia, estirándose el abrigo abierto con recato.

—Me encanta, Nana. Estás preciosa.

Y lo hizo... Él le trazó el puente de la nariz con el dedo índice...

—Llévame a casa —le pidió ella en un tono trémulo y cargado de significado.

A su príncipe rojo se le alteró la respiración. Entrelazaron sus manos y caminaron hacia el aparcamiento, donde estaba estacionado el todoterreno. Se metieron en el coche y se dirigieron a casa.

Felipe la condujo directamente a la habitación, sin encender ningún interruptor. La vivienda estaba en penumbra, pero la luz de la noche y de la vida madrileña se colaba a través de las ventanas y de los balcones, creando la intimidad que necesitaban.

—Mi príncipe rojo... Ámame como solo tú sabes hacerlo, como yo lo necesito...



Felipe creyó estar soñando.

—Mi Nana... —pronunció en un hilo de voz, sobrecogido por su petición.

Le acarició las mejillas, observando el fino surco negro que había manchado su rostro debido a las lágrimas. Estaba más bonita que nunca.

Ella bajó los párpados y él le limpió la cara con los dedos, inclinándose despacio. Necesitaba saborear cada segundo de anticipación. Y la besó lentamente. Primero, pegó los labios a los suyos, suave, delicado, atento, cariñoso... Ambos suspiraron de alivio. Después, se apartó, se deshizo de la chaqueta y el abrigo y buscó la cámara de fotos de Eugenia, metida en la mochila en una de las habitaciones de invitados. La cogió, junto con el pequeño trípode, y la colocó en una de las mesitas de noche que formaban parte de la estructura de la cama.

—¿Qué haces? —quiso saber ella, girándose.

—No te muevas.

Felipe la programó, recordando cómo la había visto hacerlo en las Maldivas, para que sacara quinientas fotos en ráfaga, comprobó el encuadre y regresó con ella.

—Nana... —se inclinó de nuevo y la besó, de perfil a la cámara, quitándole el abrigo, la bufanda y la boina, que cayeron al suelo en desorden—. Pareces una niña —la contempló con profunda adoración—. Mi niña.

La besó muchas veces, acunándole la cara entre las manos. Absorbió sus labios, los succionó muy despacio. Entró en su boca en cuanto Eugenia la abrió. Las lenguas se encontraron tras una eternidad y se mecieron con languidez, unidas, bailando al son de sus gemidos. Ella enterró los

dedos en su pelo y tiró, ahondando el beso más íntimo de sus vidas. Él le dio la vuelta, colocando su espalda en su torso y comenzó a recorrer su cuello con besos húmedos e insinuantes. Su lengua la bañó con sensual devoción. Sus labios la acariciaron con sensual dulzura.

Los párpados se le cerraron. La sentía tan tierna, tan abstraída de todo menos de él, tan mimosa... que fue incapaz de ver con claridad, de pensar con claridad... La rodeó por la cintura y le arrugó el vestido en el vientre, robándole un jadeo a Eugenia y un incremento considerable de la frecuencia cardíaca de los dos. Ascendió las manos por los costados sin dejar de venerar su cuello, arqueado y ladeado, pidiendo más... Dirigió las manos hasta su espalda y le bajó la cremallera del vestido de terciopelo. La tela aterrizó a sus pies. Él desanduvo dos pasos y contempló la parte trasera de aquella bella mujer: piel cremosa y brillante, sujetador negro de encaje, medias tupidas negras que estilizaban sus esbeltas piernas y que cubrían sus nalgas respingonas.

—Eres preciosa... —susurró, áspero y vibrando de excitación—. Me da miedo tocarte, pero no puedo resistirme a hacerlo.

Se volvió a inclinar, deslizándole sus cabellos por encima del hombro hacia delante, y besó su nuca. Y continuó besando su espina dorsal hasta toparse con el encaje, que desabrochó al instante. Ella contuvo el aliento. Le retiró las tiras por sus brazos, le resbaló las copas hacia abajo, rozando adrede con el encaje las aureolas de sus senos, que se irguieron enseguida. Eugenia padeció un delicioso escalofrío, gimiendo de nuevo, tambaleándose levemente. Felipe se arrodilló y la besó en el centro de la espalda al tiempo que delineaba el borde de las medias, de izquierda a derecha y viceversa, una y otra vez... una y otra vez... una y otra vez... Las rodó tan lento como fue capaz hasta desprenderla de ellas. Y, al fin, descubrió esas enloquecedoras braguitas brasileñas de encaje negro y con lacitos.

—Dios, Nana... —tragó saliva, incorporándose—. Te deseo tanto...

El hambre que tenía era voraz. Habían estado demasiados días sin tocarse y, aunque corría el riesgo de no aguantar, necesitaba besar cada centímetro de su cuerpo hasta hartarse.

Se acercó a la cámara y volvió a programarla para otras quinientas fotos. A continuación, se situó enfrente de Eugenia, rodeando su cintura con los brazos para posar las manos abiertas en sus omoplatos. Y la besó en la boca, tan lánguido que desfallecieron a la vez. El bronco resuello que emitió él envalentonó a Eugenia, que se alzó de puntillas, le enroscó las manos en el cuello y profundizó el beso, buscando su lengua de manera desesperada. Felipe descendió hacia sus nalgas, apretándolas contra sí un instante. A continuación, le desató los lacitos y agarró las braguitas en alto antes de dejarlas caer. La levantó por el trasero, ella lo ciñó con las piernas y la tumbó en la cama.

Se estremeció. Verla desnuda encima de la colcha, con los cabellos desparramados sobre los cojines, con esa diadema que resaltaba lo dulce que era, fue demasiado para su autocontrol y sufrió un espasmo en su erección, pero respiró hondo y consiguió sosegar un poco. Solo un poco.

Se incorporó para quitarse los zapatos, los calcetines y la corbata y se desabotonó la camisa en el cuello y en las muñecas, remangándose y sacándose de los pantalones ante la vidriosa, intensa y ávida mirada de Eugenia. Apoyó las manos a ambos lados de los hombros de ella y, arrodillándose entre sus muslos, comenzó a besarla por cada rincón, por cada curva, por cada milímetro de su voluptuoso cuerpo, desde la frente hasta los dedos de los pies... desde los dedos de los pies hasta la cabeza... por los costados... delante... por la cara interna de las piernas... en la cadera... en las axilas... en la frontera de su vientre y su intimidad... siempre con los labios y la lengua... adorándola... Y todo sin llegar a rozar un ápice lo que más anhelaban ambos que rozara.

En sus pechos, se entretuvo como un glotón insaciable. Le resultó extraño notarlos más pesados, más llenos y, a ella, mucho más sensible en esa zona de su cuerpo.

—Muy loco, Nana... —resopló como un animal—. Me vuelves muy loco...

Los amasó con egoísmo, los engulló en la boca con fervor y los abrasó con los dedos para erizarlos cuanto pudiera y volver a inflamarlos con los labios, con la lengua, incluso con el filo de los dientes, retorciéndose ella con un erotismo y una entrega desmedidos.

Cuando descendió hacia el paraíso, Eugenia chilló, aferrándose a la colcha con fuerza y alzando las caderas. Él se las sujetó para impacientarla y devoró su deliciosa intimidad.

—¡Felipe! —lo tiró del pelo cuando un súbito éxtasis la arrojó al abismo.

Entonces, Felipe ascendió con besos obscenos por su torso, ya negado a contenerse más, mientras se desabrochaba los pantalones del uniforme, ahora con prisas... mientras se bajaba los calzoncillos hasta el final del trasero... mientras la tomaba de un muslo debilitado para que lo ciñera por la cintura... mientras se enterraba profundamente en su interior con una embestida larga... Y fueron tan candentes las contracciones con que Eugenia lo cobijó de inmediato, que él se retiró un segundo y la embistió con dureza una única vez antes de culminar en un delirio sobrecogedor.

Acudieron el uno al otro para unir sus bocas en un beso trémulo cargado de una pasión que estaba muy lejos de extinguirse. Ella lo ayudó a desnudarse, los dos con manos torpes y rápidas sin dejar de besarse con desenfreno. Él la agarró y la giró, sin miramientos, colocándola en cuatro, palmas y rodillas sobre la cama, y la embistió de nuevo desde atrás. Le sujetó el pelo en un puño y comenzó un frenético vaivén entre gritos y gruñidos de pura satisfacción.

Aquello no era normal.

Aquello era irracional, un caos.

Aquello era amor. *Su* amor.

Terminaron sudorosos y temblorosos, desplomándose Felipe sobre Eugenia. Ella se volvió, quedándose de perfil, y se besaron con ternura.

—¿Mañana vuelas? —le preguntó Eugenia en voz baja.

—A Berlín —frunció el ceño—. Vuelvo el sábado.

—Pero... —su semblante se cruzó por la decepción—. Mañana es martes...

—Lo sé —la besó en la frente—. Lo siento, pero voy a hacer un recorrido con Bruno y Carlota a las sedes de DATCO en Europa en su avión privado. Operan a su piloto de unas piedras en la vesícula y durante dos semanas me han pedido que lo sustituya.

—¿Dos semanas? —incorporó el torso—. Pero...

—Tendría que irme el domingo por la noche también a Berlín, pero prefiero hacerlo el lunes de madrugada para estar contigo —sonrió, trazándole el puente de la nariz, abstraído en el rubor que cubrió sus mejillas—. Eres preciosa —le quitó la diadema que aún llevaba.

—Felipe, ¿no vas a estar para Nochebuena? —sus ojos se llenaron de lágrimas.

Él se alarmó, se sentó y la acomodó en su regazo.

—Por supuesto que voy a estar en Nochebuena contigo, Nana. Vuelvo el día veintitrés por la tarde, con el tiempo suficiente para disfrutar de la Navidad madrileña contigo.

—¿Iremos a la Plaza Mayor y nos compraremos un gorro de Papá Noel?

—Y, luego, una palmera de chocolate en La Mallorquina, que nos comeremos sentados en la fuente —asintió con fingida solemnidad—. Y patinaremos sobre hielo en la pista de Callao.

—Te acuerdas... —empezó a llorar, tapándose la boca.

Felipe se preocupó mucho ante tal reacción, pero creyó que se debía a la ausencia de Pedro y Alicia en unas fechas tan marcadas, tan especiales, pues había sido el ritual navideño de la familia

Martínez del día veintitrés de diciembre por la tarde, desde que Eugenia era un bebé, y que el propio Felipe había disfrutado con ellos como uno más.

—Claro que me acuerdo, Nana. ¿Y también te acuerdas de que siempre terminaba cargándote en mis hombros por la cantidad de gente que había?

Ella se echó a reír, de pronto, entre lágrimas.

—Mi padre se ponía de los nervios por si me secuestraban, era un paranoico, y como tú eras más alto que él —lo señaló con el dedo—, te pedía que me subieras a tus hombros.

—Y lo hice hasta que ya me pesabas demasiado —soltó una carcajada—. Te enfadaste tanto porque no podía contigo que tu madre se enfadó contigo.

—Y mi padre.

—Y acabasteis tirándoos de los pelos hasta que yo me arrodillé delante de ti y te dije que te pusieras en mi espalda, que así sí podía —se volvió a reír al recordar la anécdota—. Les sacaste la lengua, te colgaste de mi cuello y les dijiste...

—*Es mi príncipe rojo y yo soy su ratoncita, tenéis que entenderlo* —recitó de memoria.

—Exacto, Nana.

Se miraron con los ojos brillantes. Felipe le retiró un mechón detrás de la oreja.

Y Eugenia se echó a llorar de nuevo.

—Nana... —la abrazó—. Me estás asustando con tantas lágrimas...

—No sé qué me pasa, todo me hace llorar... Perdona...

—No me pidas perdón. Son unas fechas muy señaladas y después de lo de Isabel...

Era lógico que echase de menos a sus padres, a pesar de haber transcurrido ya diez años, pero si a eso se le sumaba lo acontecido con su hermana, a él no le cupo la menor duda de que serían unas navidades tristes.

—Ya le conté a mi madre lo de la boda —le informó Felipe—. Y también sabe lo de Isabel. Me dijo que no te quería agobiar, que la llamasen cuando necesites cualquier cosa, que, aunque sea una boda rápida y pequeña, le encantaría ayudar.

Ella asintió, secándose el rostro y sonriendo.

—La llamaré mañana. También a Sofí —desorbitó los ojos de golpe y saltó de la cama—. ¡Ay, Dios! ¡Nos casamos en tres semanas! ¡Hay mucho que hacer! —salió corriendo de la habitación, como Dios la trajo al mundo y bajo la atónita mirada de él.

Eugenia entró en la habitación, riéndose como una niña traviesa.

—Se me olvidó vestirme —se acercó al armario y se colocó unas braguitas y una camiseta suya que le quedaba como un camisón y que ya era una costumbre que las usase ella, algo que a él le volvía loco de deseo y de amor a partes iguales.

Felipe soltó una carcajada, mezcla de diversión y de incredulidad. No importaban sus cambios de humor, tampoco importaba lo sucedido con Isabel. Esa condenada víbora ya no formaba parte de sus vidas. Y se iban a casar. Él no podía ser más feliz que en ese momento.

*

Tras pasar la semana alejado de Eugenia y haberla extrañado tanto, el sábado, en cuanto ella lo recibió en el aeropuerto, se la comió a besos y más besos y se le pegó como una lapa. Su risa, su timidez y su delicioso sonrojo entusiasmaron su corazón.

La acompañaban su madre, Alba, Richi y Sofía, que habían sido testigos de tal romántico encuentro.

—¿Qué hacen todos aquí? —le preguntó al oído antes de mordisqueárselo de manera intencionada. Solo pensaba en meterla en la cama y hacerle el amor sin descanso hasta las cinco

de la madrugada del lunes, que era cuando le tocaba volar a Berlín otra vez.

—¡Para! —se quejó ella entre carcajadas, más avergonzada todavía, procurando frenar sus manos, que le tocaban el trasero a su antojo—. Están aquí porque... ¡Felipe! —dijo un respingo y le propinó un golpe en el brazo.

—Vale —se rio, antes de besarla en el cuello con la punta de la lengua.

—Felipe... —gimió—. Vale, por favor... —insistió, sin convicción alguna aunque estirándose el abrigo con pudor.

—Vale —concedió con una sonrisa pícaro. Y añadió en un susurro—: Pero luego voy a tocarte todo lo que quiera.

Los impresionantes ojos verdes de Eugenia relampaguearon por aquella promesa.

Se reunieron con los demás.

—Hijo mío, quién te ha visto y quién te ve... —murmuró Blanca, meneando la cabeza, alucinada por la escena.

Felipe le guiñó un ojo a su madre.

—¿Qué hacéis aquí? —quiso saber él, besando en las mejillas a Alba y a Sofi y estrechando la mano de su amigo antes rodear los hombros de su novia.

Se había puesto una diadema de terciopelo azul a juego con la ropa, y estaba tan bonita...

—Tenemos que hablar sobre la boda —le respondió Eugenia—, por eso han venido. Tu padre nos está esperando en el restaurante para comer todos juntos.

—¿Y por qué no estáis vosotros con él? —rebatió Felipe, frunciendo el ceño hacia los otros.

—Porque tu madre y tu hermana querían ver esos recibimientos que te hace Eugenia, tío —le explicó Ricardo con una petulante sonrisa—, y Sofi y yo... —se encogió de hombros—. Alguien tenía que traerlas, ¿no?

Se dirigieron al aparcamiento, se montaron en los dos coches y partieron rumbo al restaurante, en el barrio de Las Salelas.

—Hablé con don Alfonso ayer —le comentó su novia, en el asiento del copiloto. Blanca y Alba iban detrás, Sofia y Richi en el coche de este—. Por hacernos un favor, nos da una charla mañana por la tarde a modo de curso prematrimonial.

—Bien.

—Había pensado en hacer la celebración en nuestra casa —le sugirió ella, sonriendo con tal ternura que Felipe asintió como un autómatas.

—Será lo que tú quieras, Nana.

—Oh... —musitaron su madre y su hermana al unísono.

Él gruñó.

—Algo sencillo —continuó su preciosa novia. Esa diadema lo estaba volviendo más loco por segundos—. Tortilla de patatas, embutido ibérico, algunos canapés fríos y calientes... Esas cosas. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto, Nana —la tomó de la mano y la besó en el dorso.

—Oh... —repetieron Blanca y Alba.

Felipe gruñó de nuevo.

—En cuanto al postre, todavía no he mirado nada, pero dice Sofi que hay una confitería riquísima al lado de la casa de sus padres. Podíamos ir esta tarde. ¿Estás de acuerdo?

—Cuando tú me digas, Nana.

—Oh... —dijeron de nuevo su madre y su hermana.

Él gruñó por enésima vez. Frenó en seco y aparcó.

—Como vuelva a oír un *oh* —sentenció Felipe—, no me veis hasta la boda.

Blanca y Alba se dedicaron una mirada solazada y permanecieron calladas. Él salió del todoterreno y le abrió la puerta a Eugenia para ayudarla a bajar. Y escuchó a su espalda:

—Oh...

Felipe masculló una serie de incoherencias y entraron en el restaurante.

Comieron hamburguesas y patatas fritas. Lo curioso fue que Eugenia prácticamente devoró su plato en un santiamén. Sofi se quedó tan sorprendida como él, al contrario que los demás, que no le daban importancia a tal hecho.

Charlaron sobre la boda.

—Javi, Edu, Pablo, Tomy —enumeró Eugenia, mientras degustaba una copa enorme de brownie, helado, chocolate derretido y nata—, tus padres, los padres de Sofi, por supuesto —sonrió a su amiga—, Alba, Juanito, Carlota, Hagen, tú y yo —sonrió.

A Felipe se le congeló la sonrisa y arrugó la frente.

—Perdona, ¿quién has dicho antes que a mí?

—Carlota.

—Después de Carlota.

Ella no respondió, sino que desvió los ojos al postre y se introdujo una buena cucharada que le impidió hablar.

—Nana.

Silencio en la mesa.

—Nana.

Más silencio.

—¡Nana!

—¡Qué! —se limpió la boca con la servilleta y bebió un sorbo de agua—. ¿Qué quieres que te diga, Felipe? —frunció el ceño, enfadada—. No iba a invitar a Carlota sola cuando resulta que va a asistir a la boda del que era su prometido hace dos meses y medio —alzó una mano—. Y no me importa que no estuviérais enamorados y que ahora seais muy buenos amigos, pero resulta también que Javi, Edu y Pablo no la tragan mucho, Richi y Sofi estarán en su burbuja de cupido particular como siempre —hizo un ademán, ruborizando a la pareja aludida— y tu familia sigue siendo tu familia de cara a ella —lo miró, decidida—. Carlota necesita un apoyo en la boda, te guste o no, ¿y quién mejor que Hagen?

—¿Vikingo? —quiso saber Ricardo, entornando sus ojos azules.

—El mismo —contestó él, furioso.

—¿Vikingo? Mmm... suena bien... —intervino Alba, entre risas.

—A todo esto... ¿quién es Hagen? —indagó Sofi, curiosa.

—El mejor amigo de Carlota —les informó Eugenia, inclinándose sobre los codos como si lo que contara a continuación fuese secreto de sumario— y creo, no estoy segura, que es el hombre del que está enamorada, pero enamorada de verdad, y es un amor imposible, porque parece ser que Bruno no lo aceptó y rompieron. Ella, heredera, y él, de familia humilde. La familia de Carlota se interpuso.

—Oh...

Felipe meneó la cabeza. Ella siguió relatando la historia.

—Por cierto —añadió su novia—, Carlota llega a las ocho de la tarde. Le dije que viniera directamente a casa. Trae cosas para mi vestido de novia.

Él sonrió y la besó en la colorada mejilla.

Acabaron de comer, se despidieron de su familia y se fueron las dos parejas jóvenes a la confitería, en busca de la tarta perfecta. Sin embargo, en cuanto les ofrecieron probar el primer

pastel, el rostro de Eugenia adquirió un tono pálido, luego amarillo y, finalmente, verde... Se levantó dando trompicones y vomitó en la papelera que había en una esquina, junto al mostrador.

—¡Nana!

—Bueno, ya basta —zanjó Sofi, que se incorporó, le arrebató las llaves del BMW a Ricardo, sujetó a su amiga del brazo y la sacó a rastras del local.

Richi y Felipe las siguieron, asustados.

—Vosotros, quietecitos —los frenó Sofía—. Elegid la tarta, Felipe, y, cuando hayáis acabado, nos llamáis, pero ya te aviso de que estaremos en tu casa.

—¡Sofi! —exclamó Ricardo.

—¿Qué está pasando? —inquirió Felipe, malhumorado.

—¡Obedeced, joder! —les gritó, antes de subirse al coche—. ¡No es tan difícil!

Y desaparecieron.

—Ni de coña me quedo aquí —señaló él, corriendo hacia el todoterreno.

Richi, que tampoco entendía nada, se subió en el asiento del copiloto. Felipe eligió otro camino, que, dedujo, sería más rápido, pero se equivocó y estuvieron parados en una retención por el tráfico durante quince minutos.

Para su sorpresa, llegaron al mismo tiempo que ellas entraban en el portal con una bolsa de farmacia colgando de la mano de Sofi. Subieron los cuatro en el ascensor en completo silencio. Ahora, la cara de Eugenia mostraba una expresión de puro terror.

—¿Estás bien, Nana? —se preocupó él hasta el extremo, intentando cogerla de la mano al entrar en el piso, pero su amiga se lo impidió.

—Ahora, os sentáis en los sofás del salón —les indicó Sofía, empujando a Eugenia hacia el pasillo—, y nos esperáis sin discutir, ¿estamos?

Felipe y Ricardo acataron el mandato con los brazos cruzados al pecho, confusos y preocupados.

Tras lo que pareció una eternidad, las dos chicas caminaron por el pasillo de vuelta al salón, llorando y abrazadas.

Llorando...

Ellos se levantaron del sofá.

—Nana, ¿qué...? —comenzó él, jamás tan asustado como en ese momento.

Sofi sonrió y permitió que Eugenia se adelantara. Se colgó del brazo de Richi y se retiraron unos pasos para darles intimidad.

—Sofi, ¿qué...? —le quiso decir Ricardo.

Pero Sofía le cerró la boca con un dedo.

—Felipe... —lo llamó su novia, acortando la distancia—. Yo...

—Te juro que nunca he pasado tanto miedo como ahora mismo, Nana, así que...

—Estoy embarazada.

A Felipe se le doblaron las piernas y aterrizó en el sofá. Ella, riéndose, se arrodilló entre sus muslos y acunó su rostro entre sus delicadas y suaves manos.

—¿De...? —tragó saliva, paralizado—. ¿De verdad? Pero...

—Hace varias semanas que me tenía que haber bajado la regla y no ha sido así. Cuando comimos con tus padres al día siguiente de volver de la India, tu madre me dijo que los test podían dar falsos negativos, que estaba convencida de que estaba embarazada y que va a ser un niño —emitió una carcajada—. Felipe... —lo tomó de las manos y las posó en su vientre plano—. Vamos a tener un bebé. De verdad.

—Nana... Pero ¿tú quieres? Me dijiste...

—Sé lo que te dije, que mejor ir sin prisas, pero cuando dio negativo el primer test —sonrió—, me di cuenta de que quería que fuera positivo —su sonrisa se volvió traviesa—, y tienes casi cuarenta, colega, mejor que seas papá cuanto antes, ¿no crees?

Felipe no pudo evitarlo, ni quiso, las lágrimas bañaron su cara y las risas brotaron de su garganta. Los demás se contagiaron. Él se puso en pie, alzó a Eugenia, apretándola tanto como para casi romperle los huesos. Casi, porque ahora tendría que cuidarse de abrazarla con tanta fuerza por el bebé que ya estaba creciendo en su interior.

—Soy feliz, Nana —la bajó al suelo—. Y todo gracias a ti. Y a mis casi cuarenta —le guiñó un ojo.

Se besaron, entre sonrisas y lágrimas.

—Si es un niño —anunció ella, interrumpiendo el beso de pronto— se llamará *Peter Pan*.

La otra pareja se desternilló por el nombre.

—Se llamará como tú quieras que se llame —la complació Felipe, convencido de que si fuera un niño, por supuesto que se llamaría *Peter Pan*.

—¿Sabías que los niños aprenden a masticar cuando tienen su primer diente, y ya no dejan de hacerlo? —le preguntó Sofía, arqueando las cejas.

—¿Por qué me dices eso? —respondió Eugenia, tras limpiarse la boca con una servilleta.

—¿Tú tienes dientes, Thelma?

—¿Tú qué crees? —se los enseñó, molesta por el incoherente interrogatorio.

—Pues te convendría recordar que los tienes, porque no estás masticando, estás engullendo, y no quiero que te atragantes —sonrió con picardía.

Ella gruñó y se llevó a la boca un trozo enorme del sándwich mixto que se estaba comiendo. Y se lo tragó sin apenas masticarlo, adrede.

—Amén, Thelma.

Se miraron un segundo y, automáticamente, estallaron en carcajadas.

Era lunes por la tarde. Sofía ya había salido del trabajo y había ido a visitarla con una maleta a cuestas. Como Felipe iba a estar fuera cuatro días, su amiga se había presentado con equipaje para quedarse con ella hasta el día veintitrés.

En pijama, con la televisión encendida, cenaban mientras ojeaban revistas de moda para coger ideas para su vestido de novia, vestido que corría mucha prisa, pero que, gracias a Carlota, la mañana previa a la boda lo tendría en su casa. Un diseñador alemán, íntimo amigo suyo, le confeccionaría el traje, pero, para ello, debía enviarle a Carlota esa misma noche un boceto por *e-mail* de todo lo que se le ocurriera. El diseñador acudiría a Madrid el día veintidós para tomarle las medidas y charlar sobre el vestido. Todo muy precipitado, pero confiaban en la rubia al cien por cien. Se estaba portando tan bien con Eugenia, al igual que con Sofí, que ya la consideraban una muy buena amiga. Además, Carlota le regalaba el traje, fuera cual fuese el presupuesto. Ella, evidentemente, se había negado, pero la otra había insistido hasta la saciedad, por lo que, entusiasmada y llorando de alegría, había aceptado.

—Es que no me gusta otra cosa —protestó Eugenia, cerrando una revista—. Dudo con el cuerpo, pero nada más.

—Pues ya está —Sofía tecleó en el portátil mientras decía—: Falda de tul con volumen, estilo *midi* y corte en la cintura... Cuerpo de pedrería con mangas estrechas hasta las muñecas y escote de corazón... O cuerpo de seda, ceñido, mangas estrechas hasta las muñecas y escote de bailarina por delante y por detrás... O sugerencias del diseñador.

—Vale. ¿Y los zapatos?

—Eso es probártelos. ¿Vamos mañana por la tarde? Ven a buscarme al trabajo y nos vamos de zapaterías.

—Muy... —fue a responder, pero el timbre de la puerta la interrumpió—. Creía que Richi estaba en Florencia estos días —se incorporó del sofá y avanzó hacia la entrada.

—Y yo —se extrañó su mejor amiga, que la acompañó.

—Pues no sé quién puede ser.

—Espérate que cojo un paraguas, por si acaso.

Eugenia se echó a reír al ver a Sofí buscando un paraguas como una loca, pero solo encontró uno de tamaño tan pequeño que, al sujetarlo en alto en previsión de un posible ataque, soltaron una

sonora carcajada.

—¡Tía! —gritaron a través de la madera.

A las dos amigas se les borró la alegría del rostro. Eugenia abrió una rendija y Juanito empujó la puerta al instante y se arrojó a su cintura.

—¡Tía!

La madre del niño entró a continuación con una expresión tan enigmática que no supo cómo definirla.

—Isabel.

—Hola, Eugenia —observó a Sofía con altanería—: Sofía.

Sofí no respondió, pero le dedicó una mirada del más profundo odio, que le heló la sangre a Eugenia.

—¡Nos vamos a quedar contigo hasta la boda, tía! ¿A que es guay?

—¿Cómo? —seguía sin reaccionar.

—Juanito —lo llamó Sofía, tendiéndole la mano—, ¿te enseño tu habitación? Es muy guay.

—¡Sí!

Los dos desaparecieron por el pasillo.

Su hermana entró en casa, dejó la maleta en el suelo y cerró tras de sí. Se recostó en la madera. Agachó la cabeza. Emitió un sollozo. Alzó la cabeza. La contempló... llorando.

—Lo siento, Eugenia... —se disculpó en un tono quebrado—. Siento tanto lo que te dije... No es cierto... —la tomó de las manos—. Yo te quiero, Eugenia, te quiero mucho... He sido una mala hermana, tenías razón... Pero yo quería a Felipe, y saber que él te quería a ti y no a mí; encima, tú eras mi hermana... —más lágrimas estropearon el maquillaje—. Me dolió mucho, pero luché por él, porque sí le quería, por eso no rompí con él, pero la muerte de papá y de mamá... —suspiró—. Lo siento, Eugenia, lo siento muchísimo... ¿Podrás perdonarme?

Ella no sabía qué hacer, qué decir...

—Cuando llegué a Barcelona —le relató Isabel, secándose la cara con dedos temblorosos—, se lo conté a Luis. Él me abrió los ojos —permaneció unos segundos callada con la vista clavada en la tarima—. Nos hemos separado.

Eugenia palideció. Se cubrió la boca. Vale que su hermana no era un ejemplo a seguir, pero Luis e Isabel se querían. Su cuñado siempre le dedicaba a su mujer el poco tiempo que el trabajo le permitía. Era un buen hombre, amable, paciente, cariñoso, jamás levantaba la voz, jamás regañaba, jamás decía *no*. ¿Qué les habría sucedido?

—¿Puedo quedarme contigo hasta tu boda? —le pidió su hermana con tristeza—. Por favor, Eugenia. Después, Juanito y yo nos iremos, volveremos a Barcelona. Luis se ha ido a vivir a casa de sus padres y a mí el piso se me hacía cuesta arriba sin él. Y como el niño va a ser tu padrino, pensé... —se detuvo.

Isabel nunca había llamado *Juanito* a su hijo.

—Así te ayudaré con la boda, como muestra de mi arrepentimiento —insistió aquella desconocida rubia—. Por favor, Eugenia... No tengo a nadie más a quien recurrir... Somos hermanas.

Ella asintió, seria. Su hermana, entonces, la abrazó y le susurró *gracias* en el oído.

—Te enseñaré tu cuarto.

Eugenia eligió el primero a mano izquierda, el más alejado, tanto de su dormitorio como del baño que compartía con su novio.

—El baño está en la entrada, es un aseo con ducha —le explicó ella. Por nada del mundo permitiría que utilizase el otro baño—. Ahora te traigo unas toallas para Juanito y para ti.

¿Queréis cenar?

—Lo hicimos en el avión —colocó su equipaje encima de la cama de matrimonio y procedió a guardar su ropa en el armario empotrado blanco, enfrente.

La dejó descansar y se dirigió a su cuarto. Sofia no tardó en aparecer.

—¿Te fías de ella? —estaban de pie, en el centro de la estancia.

—Claro que no —se cruzó de brazos—. Creo que voy a llamar a Luis para salir de dudas.

—Os he oído. Juanito, no, pero yo, sí. ¿De verdad se han separado?

Eugenia se encogió de hombros. Cogió su iPhone de la mesita de noche y marcó el teléfono de su cuñado, pero nadie contestó.

Cinco minutos más tarde, le llegó un mensaje de Luis:

L: *Lo siento, Eugenia, pero no puedo hablar contigo. Supongo que me llamas porque ya te has enterado. También supongo que habrá ido corriendo a pedirte cobijo porque, supuestamente, está arrepentida. Sí, nos hemos separado. Ya no aguantaba más. No tenía que haberme casado con ella, ni haber seguido durante tantos años a su lado, sabiendo como es, pero (por enésima vez) "supongo" que el amor lo convierte a uno en ciego y tonto. Ya no más. La querré el resto de mi vida, pero se acabó. Permíteme un consejo: aléjate de ella todo cuanto te sea posible, o acabará contigo de la peor forma, que es lo que ha hecho conmigo.*

—Dios mío... —posó una mano en el pecho, alarmada.

—Ahí lo tienes, Thelma, así que ya puedes echarla de aquí.

—Ya, claro —bufó—, ¿y a Juanito?

—Uf...

Se sentaron en el borde del colchón.

—Sabes que tienes un problema mayor que la propia Isabel, ¿verdad? —le comentó Sofia, seria y con las cejas enarcadas.

—¿Cuál?

—¿Cómo vas a explicárselo a Felipe? Él también vive aquí. ¡Ay, Dios! —la agarró del brazo con fuerza—. ¡Los tres otra vez bajo el mismo techo, como antes!

—Cállate, que te puede oír Juanito —masculló ella, aterrada por tan acertadas palabras—. Ay, Sofi... —cayó tumbada en el colchón—. ¿Qué hago?

—Díselo. Llámale o escríbele.

—¿Y qué le digo? —inquirió Eugenia, inclinándose y bajando el tono de voz—, ¿que mi hermana se va a quedar, nada menos que diecisiete días, en nuestra casa porque se ha separado de Luis y yo no he sabido decirle que no por mi sobrino?

—Correcto, Thelma.

—Mejor, espero a que venga...

—¿Qué piensas hacer con Isabel?

—Nada —bufó, indignada—. Quiero que Juanito venga conmigo a todas partes, pero ella... —chasqueó la lengua—. Ni hablar. Es capaz de sabotearme la boda.

—Totalmente de acuerdo, pero ¿piensas dejar a Isabel en esta casa, sola?

—Ay, Dios... —se llevó las manos a la cabeza sin darse cuenta de que tenía el móvil en una de ellas y se golpeó la frente—. ¡Ay!

—¡Tía! —su sobrino entró en la habitación al escuchar su grito—. ¿Qué ha pasado?

—Me acabo de dar un golpe... —gimoteó, frotándose la parte dolorida—. ¡Me saldrá un chichón, mi-mierda!

—Eso no se dice —la regañó Juan, sonriendo como un pilluelo—, solo cuando no está mamá.
Las dos amigas se rieron.

—Y mamá no está aquí —anunció Sofia, revolviéndole el pelo al niño—. ¿No me has traído un dibujo esta vez? —fingió un puchero.

El niño se fue y regresó al segundo escaso con un fajo de papeles arrugado que dispuso encima de la colcha y separó en dos montones. Les entregó uno a cada una, marcados con una S de Sofia y una E de Eugenia. Ambas se miraron entornando los ojos, luego miraron a Juan y...

—¡A por él! —gritaron al unísono las dos amigas.

—¡No! —chilló su sobrino, entre risas entrecortadas, corriendo por el espacio para escapar, pero acabaron los tres en la cama, haciéndose cosquillas los unos a los otros.

Durante un rato, disfrutaron, olvidándose de lo malo, desterrándolo aunque fuera un tiempo efímero.

Antes de dormirse, ya metida entre las sábanas con Sofia a su lado en el quinto sueño, recibió un mensaje de...

F: *Te echo tanto de menos que ya no puedo dormir sin ti...*

Eugenia suspiró de felicidad. Un regocijo invadió su estómago.

E: *Ya somos tres...*

F: *Tres... Todavía no me lo creo... ¡Vamos a ser papás! Parece que la vida no es tan injusta después de todo. Llevo pensando desde el sábado que ha merecido la pena todo lo que hemos sufrido durante tanto tiempo si hoy estamos a punto de casarnos y esperando nuestro primer bebé. Sí, mi Nana, soy tan feliz que ni me lo creo, y todo gracias a ti. Y te lo repetiré todos los días del resto de nuestras vidas, porque vamos a morir juntos, muy muy muy muy muy muy viejecitos.*

Ella silenció un sollozo para no despertar a su mejor amiga, pero no pudo reprimir las lágrimas.

E: *Yo seré muy muy muy viejecita cuando tú seas muy viejecito (y podría continuar con los "muy", pero no quiero ofenderte con la verdad). Te voy a cuidar bien a partir de ahora para que los achaques de tu edad te dejen envejecer muchísimo, y así yo pueda alcanzarte de viejecita.*

F: *La próxima vez que me llames viejo a mis casi cuarenta (y no olvides que son "casi" cuarenta), te voy a demostrar lo "viejo" que soy, ENANA.*

Se tapó la boca para no reírse abiertamente.

E: *Sí, sí... Que te gusta la música de los sesenta, COLEGA.*

F: *No me compares la música de los sesenta y setenta con la canción Aserejé, de Las Ketchup, que te pillé bailándola en el baño ayer cuando creías que estabas sola. Cómo*

se nota lo mucho que has practicado la coreografía...

Eugenia enrojeció de vergüenza...

E: *¡No lo hiciste!*

F: *Sí.*

E: *¡No!*

F: *Hasta te grabé...*

E: *No me gastes una broma así.*

Lo siguiente que recibió fue un video de un minuto en el que se la veía a ella, en ropa interior, frente al espejo del baño, bailando y cantando aquella pegadiza canción que ni siquiera le gustaba, como si se tratase de una cantante de gran fama y reputación, también atrevida, pues estaba actuando... ¡Dios mío! ¡Ridícula!

E: *Bórralo ahora mismo, Felipe, ¡pero ya!*

F: *Te prometo que cada vez que veo el video me excito tanto que podría llegar sin apenas tocarme...*

Ella se quedó boquiabierta.

E: *No puede ser cierto lo que me estás diciendo porque ese video... ¡es lo más antierótico que existe en el mundo! Y, por si no lo sabías, hay determinadas cosas que la pareja no debe saber del otro, este video es un ejemplo de ello. BÓRRALO.*

F: *En el video sale mi Nana vestida con esas braguitas que se atan con esos lazos que me vuelven loco, como más loco me vuelve mirarle el culo con ellas... Sale mi Nana con un sujetador que le está tan apretado que vuelvo a babear esperando como un tonto que se le salgan los pechos para comérselos... Sale mi Nana moviendo sus curvas, curvas que me hechizan, como una auténtica diosa... Sale mi Nana con esa mirada que me convierte en un jodido dios invencible, porque sé que, aunque se esté observando a sí misma en el espejo, está pensando en mí mientras se acaricia el cuerpo al son de la música...*

No, Nana, no pienso borrar este video. Jamás.

Eugenia tragó saliva, pero tenía la garganta seca cuando terminó de leer, y le costó. Su cuerpo ardía tras aquellas palabras. Se obligó a no gemir, a permanecer muda e, incluso, quieta como una estatua, porque no estaba sola. Se obligó a pensar en ovejitas para intentar dormirse, para serenarse, pero un nuevo mensaje le paró el corazón.

F: *Sueña conmigo, mi Nana. Yo, tenlo por seguro, ya lo estoy haciendo...*

Ella se mordió la lengua, se armó de valor y tecleó.

E: *Pues sigue soñando conmigo, mi príncipe rojo. Sueña que antes de la boda tú y yo nos vamos a ir de compras, porque, tienes razón, todos los sujetadores me están pequeños. Iremos a todas las tiendas de lencería y entrarás conmigo en el probador para decidir qué sujetador, braguita, tanga o culotte me queda bien... Sueña también con que, a tu regreso, ten tú esto por seguro, tu Nana va a bailar solo para ti con un sujetador que le quede apretado, con los pechos a puntos de salirsele, y esas braguitas brasileñas con lazos que tanto te gustan...*

Tenía las pulsaciones tan aceleradas e irregulares que necesitó acercarse al baño para refrescarse. De repente, hacía demasiado calor.

Su iPhone vibró en su mano con otro mensaje.

F: *Porque sé que estás con Sofi, que, si no, te llamaba y hacíamos el amor por teléfono, eso también tenlo por seguro, Nana, porque estoy muy loco ahora mismo, y sé que tú, también...*

Le temblaban las manos cuando escribió la respuesta.

E: *Estoy encerrada en el baño...*

Felipe la llamó al instante... Y, por primera vez en la vida de los dos, practicaron sexo telefónico...

Pero, a pesar de liberarse a la vez y juntos, lo hicieron solos y se quedaron solos. Y ella, cuyas hormonas vivían una anarquía a raíz del embarazo, estalló en llanto desconsolado.

—*Mi Nana, no llores, por favor...* —le rogó él a través de la línea, asustado—. *Dime qué te pasa.*

—*Te... echo mucho... de... menos...* —le dijo entre hipidos, respirando con grave dificultad—. *Siempre que hacemos... el amor... me abrazas y... ahora estoy... sola...*

Percibió que sonreía.

—*Coge mi almohada y duerme con ella.*

—*Ya lo he...* —suspiró, calmándose— *hecho. Le di la mía a Sofi. Quería dormir con tu olor. Lo hice la semana pasada también. ¿Te molesta?*

Felipe se rio con suavidad.

—*¿Cómo me va a molestar que hagas algo así? Aunque no sé qué tal olerá* —bromeó.

—*Tú siempre hueles muy bien* —se ruborizó.

—*Yo también te echo mucho de menos... Pero en menos de tres días me tienes haciéndote el amor y abrazándote luego.*

En ese momento, recordó la inesperada visita...

—*Felipe...* —respiró hondo, cerrando los ojos—. *Isabel y Juanito están aquí.*

Silencio.

—*Se han presentado hace un rato* —le explicó con un leve miedo a su reacción—. *Luis y ella se han separado y...* —dejó caer los hombros—. *No podía cerrarle la puerta a Juanito, Felipe.*

—*Lo sé* —contestó, rotundo y serio—. *¿Cuánto tiempo se van a quedar?*

—Me ha dicho Isabel que hasta la boda, que luego volverán a Barcelona.

Silencio.

—También me ha dicho que siente mucho todo, que está muy arrepentida y que, por favor, la perdone.

—¿Y tú te lo crees?

—No.

Él expulsó el aire que había retenido.

—Felipe...

—Nana...

—No quiero que esto nos afecte... Tengo miedo...

—*Pues no lo tengas* —señaló, tajante y autoritario—. *Isabel no nos va a separar, intente lo que intente. Y, lo siento, Nana, pero no me fío un pelo de ella. Es evidente a qué ha venido, pero no lo va a conseguir. Por respeto a Juanito y porque eres mi mujer, Isabel se quedará en nuestra casa hasta la boda, pero no está invitada. No me importa cómo lo vaya a hacer, pero Isabel no vendrá a la boda, aunque tenga que estar dando vueltas por Madrid. Y en cuanto Juanito se quiera ir, llamaremos a Isabel y los dos se marcharán a Barcelona, ¿entendido? Si él quiere quedarse unos días con nosotros, que se quede, pero Juanito, Isabel no.*

Eugenia tragó saliva. Jamás lo había notado tan duro con respecto a nada ni a nadie. Se le erizó la piel. Estaba de acuerdo, pero seguía siendo su hermana a pesar de todo... Qué complicado...

—Entendido.

—*Ahora te dejo, que es muy tarde y mañana madrugo.*

—Vale, yo...

—*Buenas noches, Nana* —y colgó...

Ella observó la pantalla apagada de su móvil durante una eternidad. Esperaba un mensaje por su parte, la había colgado... Pero no lo recibió, por lo que se fue a la cama y procuró dormir.

No lo logró.

Como tampoco logró sonreír al día siguiente, cuando se despertó y recordó que no se hallaba sola en casa, sino que tenía invitados. Le encantaba estar con el niño, pero su presencia estaba ligada a la de su hermana, por desgracia.

Debía reconocer que la expresión de dolor que mostraba Isabel en todo momento la sorprendía. Eugenia no era estúpida y sabía que no estaba así por ella, sino por su marido.

Por la tarde, pasaron por el centro de Madrid y entraron en muchas jugueterías. Ahí aprovechó.

—Ayer llamé a Luis —anunció Eugenia.

Su hermana se sobresaltó.

—No me lo cogió, pero me mandó un mensaje —continuó ella, que ojeaba sin atención unos juegos de la consola Wii—. ¿Qué ha pasado?

—Discutimos por ti. Él no estuvo de acuerdo en que tú y yo rompiéramos nuestra relación, me echó la culpa y se marchó esa misma noche. Me di cuenta, una vez sola, de que Luis llevaba razón. Intenté hablar con él, pero lo único que me dijo fue que arreglara las cosas contigo, que solo así volvería conmigo.

Eugenia no contestó.

Salieron de la tienda y se dirigieron al trabajo de Sofi.

Pero Sofía no pudo distender la tensión, ni la desconfianza, mientras entraban en zapaterías.

—Me gustan estos —comentó su amiga, señalando unos zapatos azules de salón, de punta y satén con un broche.

—Son muy *Sexo en Nueva York* —bromeó ella, riéndose.

—Estos están guay, tía —le dijo su sobrino enseñándole unos zapatos desorbitadamente caros, pero impresionantemente bonitos.

—Oh... —musitaron las tres mujeres al unísono.

Eran cerrados, de tacón, de punta casi redondeada y plataforma en el interior. El color era marfil; el tacón, fino y dorado, estaba vestido de diamantes originales sin dejar un milímetro al aire; el resto del zapato estaba forrado por piedras, perlas y más diamantes; en el lado exterior de cada uno, se dibujaba una flor de diamantes diminutos de la que caían dos tiras finas y doradas, a modo de pulsera.

Le preguntó a la dependienta si podía pagarlos a plazos, pues aquellos maravillosos zapatos costaban su sueldo en YUNI durante un año, ni siquiera podía permitírselos empleando sus ahorros. Imposible. La mujer, como era lógico, se negó.

Decepcionada, Eugenia no quiso seguir mirando más. Se fueron todos a su casa. Juanito e Isabel se asentaron en el salón para ver la televisión y Sofía y ella se metieron en su habitación con el ordenador. Eugenia pensó que, si empezaba ya a preparar su carta de presentación para ser fotógrafa, se distraería y se olvidaría de los zapatos más increíbles que había visto jamás.

—Madre mía, Thelma... —suspiró Sofi, tumbadas ambas en la cama, frente al portátil—. Menudo viaje...

Estaban comprobando las fotos de *su mapa* para borrar las que no eran necesarias y recopilar las demás en sus carpetas correspondientes, para editar o cualquier otra cosa que requiriese realizar.

—Sí —suspiró ella, nostálgica—, inolvidable y mágico.

—Tengo que traerte el álbum de Nueva York. Me lo enviaron cuando estábamos en las Maldivas —se fijó en una foto en la que salía Felipe, sin posar, apoyado en un puente de Siem Reap—. Tengo el título perfecto para tu libro y no es nada relacionado con un avión de papel: *Segunda estrella a la derecha*.

Eugenia dibujó una lenta sonrisa en su rostro, brillante de felicidad.



Felipe se quedó rígido cuando sus ojos se posaron en un punto detrás de su novia: Isabel.

Acababa de aterrizar en Madrid, procedente de Berlín, y Eugenia corrió a recibirlo, pero no fue como las otras veces. No. Con la presencia de esa víbora, el abrazo y el beso que se dio la pareja resultó corto, casto y ninguno sonrió con alegría en la mirada.

—Hola, Felipe —lo saludó Juan, tendiéndole la mano con una amplia sonrisa.

—Hola, Juanito —sonrió, estrechándosela. Le revolvió el pelo—. ¿Qué tal estás pasando las navidades aquí en Madrid?

—¡Muy bien! —frunció el ceño—. Pero la tía no sabe jugar al rugby.

—Bueno, ya estoy yo aquí para jugar contigo, y podríamos enseñar a la tía.

El niño asintió con solemnidad.

Se encaminaron hacia el aparcamiento, donde estaba estacionado el todoterreno desde que se había marchado el lunes a trabajar. Le gustaría que su novia se sacase el carnet de conducir, pero no quería presionarla, aunque utilizaría las vacaciones para enseñarle en algún descampado.

—¿Cuándo vuelves a volar? —le preguntó Eugenia, entrelazando la mano con la suya.

—Hasta la última semana de enero, nada.

Eugenia abrió la boca, pasmada. Y se echó a llorar... Él soltó una carcajada y la rodeó por los hombros, besándola en los labios y apretándola contra sí.

—Mi Nana llorona.

—¿Por qué lloras, tía? —se preocupó su sobrino, que corrió a ella y la cogió de una mano—. Últimamente, lloras mucho.

—Es de felicidad... —se sorbió la nariz como una niña pequeña, sonriendo.

—Tampoco es para tanto, Eugenia —comentó Isabel, a su izquierda—, os vais a casar, es normal que le concedan días libres. No entiendo las lágrimas —entornó sus fríos ojos oscuros—. Juanito tiene razón, últimamente, lloras mucho.

Nadie contestó.

—¿Y adónde iréis de luna de miel? —quiso saber la víbora, cuando se montaron en el coche—. Con una boda tan precipitada y siendo la fecha que es, necesitaréis un milagro para conseguir algo rápido. Quizás, lo mejor es que pospongáis el viaje.

Felipe se tragó el rugido que le sobrevino, arrancó y partieron rumbo a casa.

—No lo hemos pensado aún —respondió Eugenia, seria, observando el exterior por la ventanilla.

—De eso hablaremos luego —le indicó él—. Carlota nos deja su casa en Los Alpes suizos todo el tiempo que queramos.

Ella se tapó la boca, ahogando una exclamación.

—¿En serio?

—En serio, Nana —le guiñó un ojo—. Es una cabaña preciosa que te va a encantar. Sé que no te lo esperabas, pero...

—¡Ya me encanta! —lo besó en el pómulo en un arrebato.

—¿Carlota?, ¿esa chica que te regala el vestido de novia? —se interesó Isabel desde el asiento trasero.

—La misma —asintió Eugenia, seria otra vez.

—Es un gran regalo. Es muy generosa tu ex novia, Felipe. No lo haría cualquiera. Debes importarle muchísimo. Por cierto, ¿también se va a casar? Lo digo por el anillo de compromiso que lleva en su dedo. Se me olvidó preguntártelo ayer, Eugenia.

Felipe se tragó un nuevo rugido.

—¿Qué tal con Carlota, Nana?

—Muy bien, vino con el diseñador para ver mi vestido de novia.

Él sonrió. Ella, también. Pero a ninguno le alcanzó el gesto a los ojos.

Alcanzaron el apartamento casi una incómoda hora después, debido al tráfico. Era veintitrés de diciembre y Madrid estaba repleto de gente y de coches.

Al entrar, la horrible colonia cítrica de la víbora le arrancó un gruñido. Quería que oliera a azahar, a su mujer, a su Nana, pero, no, el odioso aroma se comía el de Eugenia, y no le gustó nada.

Felipe se alejó a su habitación y deshizo el pequeño equipaje. Su novia lo siguió.

—Lo siento... —le dijo ella a su espalda.

—No has hecho nada malo —se quitó el uniforme.

—Felipe...

Él se giró, en calzoncillos, y, al verla con la mirada vidriosa por las inminentes lágrimas, acertó la distancia y la envolvió con cariño entre sus brazos, besándola en el pelo de maravillosa fragancia de azahar. Ambos suspiraron. No pronunciaron palabra. Felipe no podía mentir, pero tampoco podía sincerarse, por lo que optó por callarse.

—Vienen Sofi y Richi con nosotros ahora —le informó ella, caminando los dos al baño porque él necesitaba ducharse. Se sentó en uno de los taburetes, mientras Felipe se enjabonaba el cuerpo y los cabellos—. El otro día se cruzaron por la calle con Camila, la madre de Richi —se rio.

—Es un cuervo esa mujer —masculló él, aclarándose—. Richi no se lleva bien con ella.

—Me dijo Sofi que fue todo muy raro —sonrió—, pero que la han invitado a cenar en casa de los padres de Richi esta noche.

—¿De verdad? —se extrañó sobremanera, agarrando su toalla, que colgaba de un gancho de la mampara, tras haber cerrado el grifo.

—Quieren conocerla. Ella está de los nervios —emitió una suave carcajada—. Me ha enviado ya cien mensajes porque no sabe qué ropa ponerse.

—Y Richi, ¿cómo está? —frunció el ceño.

—¿Por qué lo dices? —imitó su gesto, poniéndose en pie. Aquella pregunta la escamó.

—Porque nada de lo que hace esa mujer es desinteresado. Y te aseguro que su interés nunca ha sido bueno. Si Camila quiere conocer a Sofi... —siseó—, malo, Nana, muy malo.

Ella se asustó.

—Debería hablar con Sofi.

—Díselo luego cuando la veas. Y que acepte un consejo de mi parte —se inclinó—, que cuanto menos trate a esa mujer, mejor. Directamente, que huya de Camila.

La madre de Ricardo era una persona detestable cuando se la conocía de verdad. Su perfecta apariencia de mujer multimillonaria, muy atractiva a sus cincuenta y seis años —había tenido a su único hijo, Richi, con dieciocho—, educada, siempre sonriente, era eso, pura fachada. En su interior no existía corazón. Su amigo la apodaba *la dama de hielo* porque, además, era tan gélida que ni el iceberg más grande del planeta podía compararse con ella. Ricardo, en cambio, era tan bueno como su padre, Daniel.

Le deseaba suerte a Sofia, porque Camila era capaz de acabar con cualquiera que se entrometiera en su camino, guardándose muy bien las espaldas y sin ensuciarse las manos. Y Sofi no era la candidata perfecta para su hijo, y eso que su amiga pertenecía a una familia millonaria, de gran reputación en España y Europa, propietaria de una cadena de hoteles de lujo desde hacía generaciones. Pero eso tampoco sería suficiente, y todo se resumía a que la había escogido Richi, no la propia Camila.

—Voy a hacerme un sándwich, que tengo hambre —se quejó Eugenia, tocándose el estómago—. ¿Te hago uno?

Felipe se aproximó, descansó una mano en su vientre aún plano y la besó en los labios.

—Te he echado de menos, Nana —le susurró, ronco, antes de introducirle la lengua en la boca, buscar la suya y enlazarla entre gloriosos gemidos por parte de los dos—. No necesitas el sándwich...

—No...

—Cómeme a mí...

—Sí...

La besó otra vez.

Eugenia se elevó de puntillas, le enroscó los brazos en la nuca y se entregó con abandono. Él resopló, ardiendo ya de deseo. Lanzó la toalla al suelo, cogió a Eugenia por el trasero por encima de las medias tupidas negras que llevaba debajo del vestido y la sentó en el mármol entre los dos lavabos. Ella se deshizo de las bailarinas que calzaba con sus propios pies y le hundió los talones en las nalgas, tirándolo del pelo y frotándose contra su erección, robándoles espasmos a ambos. Se devoraron la boca con desenfreno.

Felipe le subió el elástico vestido gris de lana hasta sacárselo por la cabeza. Se fijó en el sujetador que apenas podía contener sus preciosos senos. Le bajó las copas y los tomó entre las manos, friccionando las aureolas entre los dedos para erguir aquellos pechos tan extraordinarios que lo enajenaban tanto.

—Felipe... —se arqueó.

—Joder, Nana... —gruñó de satisfacción—. Tenemos que comprarte sujetadores, aunque... —sudó por cuán excitado se hallaba, moviendo las caderas contra su intimidad, acariciándola en círculos por encima de las medias y de las braguitas—. Los que te quedan pequeños, como este —se lo desabrochó y lo deslizó por sus brazos, erizándole la piel y todavía más sus senos—, te los vas a poner cada vez que hagamos el amor. Y si te hacen daño, tú tranquila, que yo te cuidaré como te mereces. Nana...

—Sí... —deslizó las manos por sus pectorales, por su abdomen—. Felipe... Haré lo que tú quieras...

—Nana... —gimió antes de absorber un pecho con los labios.

—¡Felipe! —gritó ella, que se curvó por completo por tanto placer como recibió, mientras bajaba más hacia su...

—¡Tía! ¡Tía! —Juan aporreó la puerta—. ¿Qué te pasa?

Felipe y Eugenia se detuvieron de golpe por la inoportuna intromisión.

—¡Tía!

—Estoy... —carraspeó ella—. Estoy bien, Juanito. Ahora salgo.

—¡Mamá me ha dicho que te diga que va a preparar algo de comer, que qué quieres tú!

—Ahora voy.

El niño se alejó.

Y el deseo se esfumó.

Se apartaron. Él la ayudó a descender al suelo y le ajustó el sostén. Estaba enfadado y no lo ocultó, y no por su sobrino, porque Juanito no tenía la culpa de nada, sino por Isabel. Aquella condenada víbora no estaba actuando como una supuesta inocente arrepentida de sus acciones y palabras pasadas. Había mandado a su hijo adrede para interrumpirlos.

Y todavía restaban catorce días hasta la boda...

Y lo que Felipe pretendía que fuese una tarde memorable con el ritual navideño resultó la peor. Isabel no dejó de pedirle que, por favor, estuviera muy atento a su hijo porque era pequeño, había demasiada gente y se podía perder. Y todo ello lo hacía cuando Eugenia lo agarraba a él, le daba un beso tierno y le sonreía.

—Es una... —comenzó Ricardo cuando entraron en el McDonald's de Gran Vía para comprarle un refresco a Juanito.

—Zorra manipuladora y envidiosa —concluyó Felipe, chirriando los dientes.

—¡Hasta Eugenia se ha dado cuenta, tío! Le ha dicho a Sofi que le parece muy extraña tanta sonrisita que te dedica Isabel, que si ya de por sí no se fiaba de ella, ahora, mucho menos.

—Lo está haciendo a posta.

—¿Y por qué no la echáis de casa? —se enojó, cruzándose de brazos.

—Por Juanito, y porque Nana es muy buena. Por mucho daño que le hiciera su hermana, jamás le daría la espalda. Yo no soy nadie para enfrentarlas.

—Porque no te lo perdonarías si tú causaras un problema entre ellas.

—Richi —lo miró con fijeza—, yo soy el problema entre ellas.

—Ya —suspiró—. Ese niño es genial —sonrió, señalando a Juanito con la cabeza.

—Lo es —pero no sonrió.

—Y es igualito que Eugenia.

Ahora, él sí sonrió, y con embeleso.

—Tanto por fuera como por dentro —convino Felipe, embobado en su novia, que mantenía aferrado al niño con la mano mientras pedía su refresco de naranja—. Cuando lo conocí, me lo llevé a jugar al rugby para que Nana e Isabel pudieran hablar a solas. Y me recordó tanto a ella de pequeña... —se rio con suavidad—. No paró de hacerme preguntas, todo le entusiasmaba. Es muy tímido al principio, muy serio, pero enseguida coge confianza y no deja de sonreír. Y la sensibilidad que tiene para todo... —se tornó serio—. Parece más hijo de ella que de la zorra de Isabel.

—Otro punto a tener en cuenta para que la odie, ¿no te parece?

—Joder, Richi... —se revolvió los cabellos, frustrado—. Me da la sensación de que estoy reviviendo el pasado y eso no me gusta nada, porque en el pasado, por culpa de Isabel, Nana y yo nos separamos.

—Hace ocho años, Eugenia y tú no estábais como ahora. No compares.

—Vale, no comparo —gesticuló mientras hablaba en voz baja—, pero el problema de hace ocho años es el mismo que el de ahora.

—Pues tendrás que hacer algo, tío, pero rapidito, porque... —desvió la mirada—. No quieras saber lo que opina Sofí.

—Dímelo —lo agarró del brazo al ver que no contestaba—. Richi.

—Yo no te he dicho nada.

Felipe asintió, impaciente.

—Sofí está convencida de que no habrá boda —anunció Ricardo con excesiva gravedad—. Dice que si Isabel ha vuelto es para sabotearla, y que lo logrará.

A él se le aceleró el corazón a un ritmo desmedido. Por desgracia, una parte de Felipe así lo creía.

—Por cierto —le dijo él, ladeando la cabeza—, ¿qué es eso de una cena con tu madre?

—El lunes nos la encontramos por la calle, mi madre iba a entrar en una tienda, nos vio y se acercó —le informó Richi, abatido y sin ocultarse—. Te juro, tío, que procuro salir con Sofí a sitios donde sé que mi madre no pisará. Te lo juro.

—Te creo. Continúa.

—Fueron cinco minutos, nada más, y no la presenté como mi novia, ¡ni de coña lo haría!

—Pero tu madre no es tonta.

—No, no lo es —negó con la cabeza, dejando caer los hombros—. Luego, me llamó por teléfono para invitarnos a los dos a cenar hoy. Intenté negarme, yo...

—Nunca te niegas a nada en lo referente a tu madre, Richi.

Silencio.

Ricardo suspiró con pesar.

—El caso es que esta noche cenamos con ellos.

—¿Sofí sabe cómo es tu madre? —le preguntó él con suavidad.

—Le he dicho que la llamo *la dama de hielo*. Y me entendió.

—Puede entender con ese apodo que es una mujer muy fría, pero...

—Felipe, por favor —le suplicó a través de sus ojos azules que no lo presionara.

—Tranquilo, Richi —le palmeó el hombro—. Pero tu madre jamás querrá a Sofí, los dos lo sabemos, y Sofí te importa, ¿no?

—La amo... —confesó su mejor amigo en un trémulo susurro y con una expresión de tal vulnerabilidad que Felipe se asustó.

—Creo que ya es el momento de enfrentarte a tu madre.

—Hay una cosa que... —pero no continuó.

Una vez tuvo Juanito su refresco de naranja, se acercaron a la pista de hielo de la plaza de Callao, pero Eugenia no pudo patinar porque a Isabel le dolía mucho la cabeza, de repente, y le pidió que le comprara unas pastillas en la farmacia. Felipe, más enfadado imposible, se ofreció a ir en su lugar, pero el niño le rogó que patinaran juntos. Richi y Sofia tuvieron que marcharse y a él no le quedó más remedio que meterse en la pista de hielo con madre e hijo. Juanito se colocó entre los dos y patinaron siguiendo el rectángulo como si se tratasen de una familia; encima, Isabel no paraba de reírse y de tropezarse, aterrizando encima de Felipe... siempre. Se sentía tan asqueado...

El problema llegó cuando Eugenia apareció con la bolsita de la farmacia y los buscó con la mirada desde fuera de la pista. Y todo rastro de felicidad desapareció de su rostro. Sencillamente, se apagó. Y se giró, perdiéndose entre la muchedumbre que poblaba el lugar tan concurrido de la ciudad.

Él se disculpó con el niño, para asombro de Isabel, que había sonreído con maldad ante la reacción de Eugenia. Se quitó los patines tan rápido como pudo y corrió por la plaza, chocándose con unos y con otros, dando vueltas y más vueltas, desesperado, hasta que la encontró cerca de uno de los escaparates de El Corte Inglés, escuchando a un hombre que, con un violín, entonaba el villancico *The first Noel*, su favorito.

Caminó despacio hasta situarse a su espalda. La rodeó por los hombros con un brazo. La notó rígida; la abrazó más fuerte y se inclinó y le colocó el gorro de lana con pompón para que le tapara bien las orejas. Ella sollozó. Felipe la apretó con fuerza, envolviéndola con el cuerpo entero.

—Te amo a ti, Nana —le susurró con la voz quebrada—. Solo a ti. Antes. Ahora. Siempre.

Eugenia se volvió entre sus brazos y lo abrazó por el cuello, de puntillas, llorando.

Maldita Isabel...

Ella, entre lágrimas, lo besó en la boca. Y, durante unos minutos maravillosos, se perdieron en el amor incondicional que sentían el uno por el otro. Y deseó que la víbora fuera testigo, porque él no se controló y Eugenia, tampoco. Devoró a su ratoncita y fue devorado. Y se sentía tan bien...

—Qué asco... —murmuró Juan, interrumpiéndolos.

La pareja se separó entre risas al reconocer esa voz.

—Cuando seas mayor —le avisó Felipe al niño, revolviéndole el pelo con cariño—, no vas a querer hacer otra cosa con la chica que de verdad te guste.

—¿A ti te gusta la tía?

—Eso no se pregunta, Juan —lo regañó su madre.

—A mí tu tía no me gusta —contestó él, observando al niño—, me encanta, Juanito. Me la comería entera cada día del resto de mi vida.

—¿A besos como ese?

—Sí.

—¡Puaj! —hizo una mueca, que les arrancó más carcajadas a una deliciosamente ruborizada Eugenia y a Felipe.

La víbora, en cambio, gruñó, pero lo hizo tan bajo que nadie se percató, excepto él.

Regresaron a casa para preparar la cena. Se encargaron de cocinar las dos hermanas, mientras que Juanito y Felipe pusieron música en el antiguo gramófono.

—Qué guay es este aparato —comentó el niño, sonriendo.

—Se llama gramófono —lo accionó y la canción *Have you ever seen the rain*, de *Creedence*

Clearwater Revival resonó por el espacio—. Era de mi abuelo. Se murió hace muchos años. Le encantaba escuchar música y jugar al rugby.

—¿Y los discos también eran suyos? —paseó por la pared donde estaban colgados.

—Se llaman *vinilos*. Y, sí, también eran de él.

—Tenía muchos. Aquí hay... —contó mentalmente con una rapidez asombrosa—. Siete en cada fila y hay cuatro por fila. Veintiocho.

Él se quedó atónito. ¿También en la inteligencia se parecía a su tía?

—Tenía muchos más, pero los guardo en ese armario —le señaló el mueble bajo de la televisión, a su espalda—. Los de la pared eran sus favoritos.

—Así es como si lo recordases, ¿no? A tu abuelo.

Felipe sonrió, despacio.

—¿Él te enseñó a volar? —quiso saber Juan, aún contemplando los vinilos—. Me dijo la tía que eres piloto.

—Me enseñó a volar su avioneta, pero tuve que estudiar en una escuela para ser piloto, y eso se lo debo a él.

—¿En serio? —lo miró, pasmado—. ¡Qué guay! —frunció el ceño—. ¿Qué es una avioneta?

Él se acercó al mueble de la televisión y sacó una caja que contenía fotografías antiguas de su familia. Buscó una en concreto. Sonrió y se la entregó al niño. En ella, salían un Felipe de trece años y su abuelo, dentro de la cabina de una avioneta blanca con franjas horizontales rojas, a punto de despegar, los dos con las gafas clásicas de piloto. La imagen la había tomado su abuela. Esas gafas aún las conservaba, se las había regalado su abuelo ese mismo día.

—¡Qué guay! —exclamó Juanito, alucinado.

Él soltó una carcajada.

—¿Me enseñarás alguna vez, Felipe?

—Yo no tengo avioneta. Y esa avioneta —apuntó la fotografía con el dedo índice—, ya no existe.

—¿Y eso?, ¿qué pasó?

—Mi abuela tuvo un accidente. Mi abuelo la había enseñado a pilotarla, pero no la dejaba hacerlo sola por si sucedía algo malo —la tristeza lo invadió—. Un día, ella quiso demostrarle que sí podía —suspiró—. Perdió el control y se estrelló.

—Pobrecita... Y tu abuelo, también.

—Mi abuelo dejó de pilotar por eso. Yo tenía dieciséis años.

—No lo sabía —murmuró Eugenia, aproximándose a ellos con el mantel en la mano.

Felipe la besó en la frente.

—Mis abuelos se murieron en un accidente de avión —dijo Juanito, serio, enseñándole la foto antigua a su tía.

—Lo sé —afirmó él, revolviéndole el pelo para que se animase—. Los conocí.

—¿De verdad? —se le iluminó la cara debido a la ilusión. No obstante, su expresión se tornó grave y añadió en un susurro—: Mamá le dice muchas veces a papá que el abuelo era el mejor hombre del mundo, pero que la abuela era mala.

Felipe y Eugenia se dedicaron una mirada de extrañeza y estupor a partes iguales. Ella se arrodilló frente al niño y lo cogió de las manos.

—La abuela era la mejor mujer del mundo, Juanito, y, quien te diga lo contrario, miente, ¿de acuerdo?

Su sobrino asintió con solemnidad.

—Y te parece muchísimo a ella —comentó Eugenia, sonriendo, aunque desconsolada.

Su sobrino se arrojó a su cuello, tirándola al suelo. Los tres se rieron, en especial porque Eugenia empezó a hacerle cosquillas al niño, que se retorció, se levantó y huyó por el piso, perseguido por su tía.

—¡Sálvame, Felipe! —le gritó Juanito.

Felipe, sin parar de carcajearse, lo alzó en la espalda y corrió por el espacio, despacio para no fatigar a su novia, que se doblaba por la mitad de las risas incontroladas que la asaltaron.

Entonces, la música se cortó y la diversión desapareció de pronto.

Maldita Isabel... Aquella víbora apagó el gramófono con unos ojos gélidos y una sonrisa perfecta.

—A cenar.

Se acabó. No más. Felipe lo decidió en ese momento.

Cuando, más tarde, el niño y Eugenia se fueron a dormir, él, aún sin cambiarse de ropa, se dirigió al salón, donde Isabel veía un debate político en la televisión. Felipe le arrebató el mando de malas maneras, apagó el aparato y lo lanzó al sofá.

—¿Qué es lo que quieres? —le exigió él en un tono bajo para no despertar a nadie.

—Quería ver el debate, que estaba bastante interesante —se incorporó y se cruzó de brazos, sonriendo con maldad.

—Sabes a lo que me refiero.

—Vaya... —colocó las manos en las caderas—. Te dignas a hablarme y a mirarme más de dos segundos. Me siento halagada —arqueó las cejas—. He venido por Eugenia, para solucionar lo que tú has jodido, Felipe, lo que jodiste hace muchos años.

—¿Sabes, Isabel? Nada de lo que hagas, de lo que pretendas hacer o de lo que digas va a separarme de tu hermana —se rio—. Eres patética. Siempre lo fuiste.

—Pues bien que te acostabas con esta patética mientras pensabas en una niña pequeña.

—No sigas por ahí —entrecerró los ojos, furioso—. Dejé que me manipularas hace años porque no podía alejarme de Eugenia. No te quería. Nunca te quise. A ella, en cambio, la adoraba, y ahora te puedo asegurar que no hay medida en el mundo que abarque lo que siento por ella.

Isabel comenzó a respirar con dificultad y le dedicó una mirada de infinito rencor.

—Y yo no jodí nada —continuó él, señalándola con el dedo—, lo jodiste tú solita porque tú ya estabas jodida cuando te conocí. Envidiabas a tu hermana, como ahora, que no puedes soportar que ella sea feliz. No la soportabas a ella, directamente, ni la soportas ahora. Hasta te fastidiaba que tuviera un coeficiente intelectual mucho más alto que el tuyo. Y solo eras cariñosa conmigo cuando ella llegaba a casa con una buena noticia que contar, y me besabas y me abrazabas en sus narices sabiendo que ella también me amaba. Eso solo lo hace una persona rastrera y mala como tú. Me manipulaste, me hiciste creer que era un enfermo, la castigaste a ella, me castigaste a mí, pero ¿sabes una cosa? —sonrió con satisfacción—. Mereció la pena cada uno de esos días que me asqueaba el mero hecho de estar contigo, merecieron la pena todos, porque mi amor por Eugenia creció hasta el punto de ser indestructible. O, si no —se dirigió al pasillo y se giró para observarla—, ¿dónde estás ahora, Isabel, después de ocho años? En la casa de tu hermana, que también es la mía. ¿Y por qué estás aquí? Porque tu hermana y yo nos vamos a casar dentro de dos semanas.

—No, si yo puedo evitarlo —por fin, ofreció su verdadera cara.

—Inténtalo —sentenció Felipe, gélido y erguido—, y es lo último que harás en tu vida.

Los padres de Felipe, como no podía ser de otra manera, invitaron a Isabel y a Juanito a pasar la cena de Nochebuena y la comida de Navidad, con ellos.

Al principio, fue incómodo y tenso, pero todos se centraron en el niño y en la inminente boda, ignorando así a la rubia. Eugenia no se sintió del todo bien con eso, pero no podía defenderla porque continuaba sin confiar en ella, sobre todo, a raíz de la vuelta de Felipe. Su hermana había pasado de no pronunciar palabra, excepto las necesarias, a no callar en lo referente a él y le sonreía con coquetería, algo que a Eugenia la enervaba, la regresaba al pasado, la angustiaba y la aterraba. Sin embargo, Blanca, Enrique, Alba y Felipe mimaron tanto a Eugenia que consiguió desterrar el pánico y la ansiedad.

Cuando llegaron al apartamento el día veinticinco, por la noche, tía y sobrino se paralizaron al ver un gigantesco árbol de Navidad en una esquina del salón, con regalos en el suelo.

—Pero ¿cómo...? —comenzó ella, atónita.

—Sofí y Richi lo han hecho esta mañana —le explicó Felipe en un aparte, sonriendo—. Hay trasteros en la planta de los aparcamientos subterráneos del edificio. Tenemos uno. Allí guardó Carlota todo lo que compré en Berlín, el árbol, los adornos y los regalos, y que ella se trajo en el avión cuando vino con el diseñador. Quería darte una sorpresa.

—Felipe... —se emocionó, posando una mano en su vientre y otra en su corazón.

El árbol era una belleza, decorado en tonos rojos y dorados, con angelitos, bastones a rayas rojas y blancas, bolas de nieve, cascabeles, un sinfín de figuras artesanas preciosas y una gran estrella en la cima. Además, en la esquina contraria, había un Belén de altas imágenes con un portal iluminado, conectado a un enchufe. Era maravilloso.

—Gracias...

—Te amo, Nana, a ti y a nuestro bebé —la besó en los labios con ternura—. Desde siempre y para siempre.

—¿Bebé? —repitió Isabel, incrédula, que había entrado ignorando el árbol y lo demás—. ¿Estás embarazada? —su tono de voz era afilado y agudo. Se le había borrado todo rastro de color en su rostro.

—¿No lo sabía? —le preguntó él, con el ceño fruncido.

—No se lo había dicho —se irguió, molesta—. ¿Acaso es una mala noticia, Isabel?

Su hermana se sobresaltó y rápidamente sonrió. La abrazó y los felicitó a ambos.

—¿Voy a tener un primito, tía? —se entusiasmó Juanito, saltando de alegría.

—Sí, cariño —se rio.

—Y ahora —anunció Felipe—, ¡toca abrir los regalos de Papá Noel!

El niño salió disparado hacia el árbol. Isabel, en cambio, se disculpó con una sonrisa y se encerró en su cuarto.

—¡Hala! —exclamó su sobrino al romper un envoltorio y descubrir una pelota de rugby—. ¡Papá Noel lo sabe todo! ¡Qué guay! ¡Qué guay! ¡Qué guay! ¡Qué guay!

La pareja soltó una carcajada.

—Vamos, Nana —la instó Felipe, empujándola—. Abre el tuyo, te toca.

Ella, atacada de los nervios como cualquier crío en Navidad, se sentó en la alfombra y cogió

una caja rectangular envuelta en papel dorado que llevaba su nombre escrito: *Nana*. Cuando lo abrió...

—¡Dios mío! —se cubrió la boca, estupefacta.

—¡Son los zapatos, tía, los que te gustaron! —acertó Juanito, mientras desenvolvía su segundo y último regalo—. ¡Papá Noel lo sabe todo!

Se trataba de los zapatos de tacón desorbitadamente caros e impresionantemente bonitos que tanto le habían gustado para la boda.

—Pero, Felipe... Son... Son... Son demasiado caros, yo no... —tragó saliva—. Son...

—Son de Papá Noel —la regañó él, arrodillándose—. ¿Te gustan? —preguntó con cierto temor y vulnerabilidad.

—¿Estás de broma? Son increíble... —sacó uno y lo acarició como si fuera una obra de arte, ensimismada y obnubilada—. Pero ¿quién...?

—Sofi le escribió la carta a Papá Noel para ti, y me la dio a mí para que la enviara —le guiñó un ojo.

Eugenia lloró, extasiada de felicidad.

—Hay otro, pero no es de Papá Noel —le aclaró él—, sino mío, y no lo puedes abrir delante de... —señaló al niño con la cabeza—. Está guardado en la habitación para después.

—Tengo hambre, tía —protestó Juanito, lanzando la pelota al aire una y otra vez. El resto de sus regalos carecían de importancia—. ¿Puedo comer tortitas con chocolate?

—Yo no sé cocinar... —se lamentó ella.

—Pero yo sí se hacer tortitas —anunció Felipe, poniéndose en pie—. ¿Quieres ser mi ayudante, Juanito? —extendió la mano hacia arriba.

—¡Sí! —se la chocó.

Los dos *hombres* se marcharon a la cocina. Eugenia, sonriendo, con lágrimas en los ojos, los vio partir y experimentó tal paz que se imaginó que Juan era su hijo, de ambos, y que los cuatro, incluido el bebé, formaban una familia perfecta, la suya.

Recogió los papeles rotos y los regalos. Se reunió con ellos y, entre carcajadas y bromas, cenaron riquísimas tortitas de chocolate hasta quedar más que saciados. Luego, su sobrino los abrazó y los besó y se fue a dormir. Ninguno nombró a Isabel.

—Al fin, solos, Nana —apuntó Felipe, acercándose a las dos lámparas del salón para apagarlas. Solo dejó encendido el árbol. Colocó un vinilo de la pared en el gramófono y le tendió la mano—. Baila conmigo.

En ese instante, *Can't help falling in love*, de *Elvis Presley*, resonó en el espacio, envalentonando su corazón.

—No hemos elegido todavía nuestra canción —le recordó él, descansando una mano en su espalda y enlazando la otra con la suya.

Eugenia recostó la mejilla en su pecho, bajó los párpados y suspiró.

—He pensado que, para nuestro baile —siguió Felipe, que cada dos palabras la besaba en el pelo—, podría ser la canción que bailamos en Bangkok, *I say a little prayer*, ¿qué te parece?

—Es perfecta —no se movió, continuó meciéndose entre sus protectores brazos.

—Pero tú y yo tenemos dos canciones. Esta es la otra.

—¿Ah, sí? —frunció el ceño, pero tampoco se movió.

—Sí, porque con esta canción... —se apartó, obligándola a mirarlo. Arrodilló una pierna y sacó una cajita de piel verde turquesa con el logotipo de *Tiffany & Co*. La destapó—. Con esta canción, mi abuelo le pidió matrimonio a mi abuela y mi padre dice que soy igual que él, así que haré esto también como él —sonrió, adorándola con sus preciosos ojos castaños claros—. Nana, ¿quieres

casarte conmigo?

Ella dibujó una resplandeciente sonrisa en su sonrojada cara, llevándose las manos a la misma.

—Felipe... —tragó saliva repetidas veces, contemplándolo a él—. Prefiero no responder a esa pregunta...

Y se arrojó a su cuello, cayéndose al suelo, riéndose los dos por aquella significativa contestación. Su príncipe rojo le sujetó la mano izquierda y le ajustó el anillo en su dedo anular. Era muy fino, de oro blanco; evocaba un hilo delgado que terminaba en la parte superior en un lazo de diamantes diminutos. Era sencillo pero atrevido, elegante pero discreto.

—¿Un lazo? —indagó Eugenia, sonriendo con travesura.

—Ya sabes por qué —le devolvió el gesto, pellizcándole el trasero por encima de las medias tupidas y por debajo del vestido de terciopelo.

—¡Ay! —se ruborizó al extremo, pues notó sus mejillas calcinadas.

—Cállate —soltó una carcajada—, que vas a despertar a toda la casa. Tengo otra sorpresa y para eso necesito que nadie nos interrumpa. Vamos, prometida —se incorporó, la ayudó a levantarse y, descalzos como estaban, corrieron al resguardo de su dormitorio con miradas cargadas de promesas.

Encima de la cama, delante de los cojines que poblaban la mitad del lecho, había una bolsa de tamaño pequeño, con franjas verticales rosa claro y rosa fuerte y con el nombre *Victoria's Secret*.

Eugenia avanzó lentamente, la abrió y sacó un camisón blanco de malla transparente, de tirantes finos y ajustables en los hombros, adorno de encaje en las sugerentes copas, cierre posterior con corchetes, la mitad superior de la espalda al aire y largo hasta el inicio de los muslos.

—Hay más —susurró él, áspero en su oído, deslizándole muy despacio la cremallera lateral del vestido hacia abajo.

Ella introdujo de nuevo la mano en la bolsa y cogió unas braguitas brasileñas de encaje a juego que se ataban con... lazos en las caderas.

Felipe le retiró el terciopelo por los brazos, agachándose. A continuación, rodó las medias por sus piernas mientras depositaba húmedos besos en su piel, hasta quitárselas por completo. Se puso en pie y, besándola en el cuello, rozándole la piel con el filo de los dientes entre beso y beso, le desabrochó el sujetador y lo resbaló por sus brazos, irguiéndole los senos, agitándola a un nivel infinito. Descendió las manos por los costados de su cuerpo hasta alcanzar el tanga. Gruñó, agarrando el borde. Se lo bajó a la misma tortuosa velocidad y le mordió la nalga izquierda.

—Ay...

Su ardiente príncipe rojo gruñó otra vez.

Completamente desnuda, de espaldas a él, con los pesados párpados cerrados, el corazón en suspenso y el aliento extinguido, permitió que la vistiese con las braguitas y el picardías.

—Dios, Nana... Estás increíble... —gimió, desprendiéndola de la coleta que sujetaba sus cabellos, desparramándose estos de tal forma que gimió de nuevo—. Y ahora... —se apartó—. Joder...

Ella abrió los ojos y lo buscó. Él se hallaba sentado en el borde del colchón y tecleaba en su iPhone. Terminó y apoyó el móvil en el colchón. Automáticamente, la canción *When a man loves a woman*, de *Michael Bolton*, la estremeció.

—No sé si me has preparado algo o no —le susurró Felipe—, pero solo quiero una cosa como regalo de Navidad —se apoyó en los codos—. Baila para mí.

Eugenia se acaloró tanto por la petición que vibró por entera.

—Y me encanta esta canción, aunque no sea de los años sesenta o setenta —agregó Felipe, guiñándole un ojo—. Cada vez que la escucho, me acuerdo de ti, desde que me di cuenta de que

estaba enamorado de mi ratoncita. ¿Sabes por qué me recuerda a ti? Porque la música es sensual, pero la letra proviene de un corazón puro, es decir, sensualidad e inocencia, lo que tú eres para mí. Y ahora, baila para mí, mi Nana.

Tras aquel discurso que la sobrecogió por la sincera sencillez de sus palabras, el pánico a hacer el ridículo se desvaneció de su cuerpo. Cerró los párpados por segunda vez y se dejó guiar por las abrasadoras sensaciones que sintió gracias a la melodía y al hecho de saber que Felipe la estaba observando sin pestañear, aunque no lo viera, pero lo sabía. Notaba sus ojos acariciar cada centímetro de su piel.

Durante tres minutos, sus caderas se mecieron en consonancia con sus brazos. Fue atrevida, fue descarada, fue sugerente. Se arrugaba el camisón alzándose y bajándose mientras se tocaba la tripa... los costados... las caderas... la cintura... el cuello... el pelo... mientras silueteaba el encaje con un solo dedo... mientras él jadeaba...

Abrió los párpados. La mirada de Felipe la quemaba. Ella experimentó un subidón de adrenalina y de deseo voraz. Caminó lentamente hacia él, le tendió las manos y tiró para que se levantase. Reprodujo de nuevo la canción y comenzó a desvestirlo. Primero, el jersey, luego, la camisa, los pantalones de pinzas y los calcetines. Se situó enfrente y se arrodilló muy despacio. Observando cada una de las reacciones que esos llameantes ojos castaños transmitían, le clavó las uñas en los pies y ascendió hacia sus nalgas por encima de la tela.

—Nana... —enredó un mechón con el dedo índice.

Eugenia resbaló los calzoncillos por sus fuertes piernas, cubiertas por un fino vello oscuro. Trazó la casi inexistente cicatriz que se había hecho al jugar al rugby. Se inclinó y se la besó con dulzura. Felipe, que no se perdía ninguno de sus movimientos, gimió, sufriendo una convulsión. Ella le deslizó los calzoncillos hasta el suelo, se inclinó de nuevo y despositó un beso suave, casto y corto en su erección. Él contuvo el aliento, cerrando el puño en sus cabellos y apretando la mandíbula con excesiva fuerza. Eugenia posó las manos en su trasero, acercándose más al tiempo que despegaba los labios, y, entonces, devoró su dura y latente rigidez... Devoró a su príncipe rojo, lo reverenció. Utilizó la lengua, los labios húmedos, los dientes... muy cuidadosa... muy mimosa... muy... glotona.

Y Felipe, tras una auténtica agonía de placer, la alzó por las axilas cuando ya no pudo resistirlo más y la colocó de rodillas en el colchón, con el torso incorporado. Algunos cojines cayeron a la tarima en desorden. Se situó detrás de ella, adherido a su espalda y acomodó su erección entre sus nalgas. Le introdujo las manos por dentro del picardías, respirando de un modo muy acelerado en su pelo, a la altura del cuello.

Eugenia dejó caer la cabeza en su hombro y elevó los brazos para enroscárselos en la nuca.

—Felipe... —gimió ella cuando él le trazó la costura de las braguitas de una cadera a otra, por delante y por detrás, trastornándola hasta la eternidad. Se le cerraron los párpados.

Felipe, sin prisas, agarró el extremo de uno de los lazos y tiró hasta deshacerlo. Repitió el acto con el otro. Eugenia se deshizo como el encaje... pero de placer. De exuberante y generoso placer, un placer compartido con un amor eterno que traspasaba el tiempo y el espacio.

Las braguitas aterrizaron en la cama. Él resbaló una mano hacia su intimidad y ella gritó... Le tapó la boca enseguida con la otra mano, gruñendo, satisfecho y hambriento de Eugenia a partes iguales.

—Ratoncita... Estás tan calentita... —le retiró los mechones con la nariz, para besar su cuello con una lentitud flamígera, acariciando del mismo modo su núcleo de placer—. Muy calentita... Y me encanta...

—Solo por... ti... Y... para ti...

—Nana...

Eugenia abrió los muslos de manera inconsciente, se arqueó y frotó el trasero contra su erección. Se desquició. Le agarró la muñeca y le clavó las uñas, a punto de perder el control. Él gruñó por enésima vez y, sin dejar de tocarla, se enterró en su interior milímetro a milímetro, para poseer hasta el mínimo resquicio de su alma.

Hicieron el amor muy despacio, apreciando cada temblor de su unión, y con una intensidad que rozaba la desesperación. La pasión que vivieron, que sintieron, fue impresionante... Y culminaron en un éxtasis tan poderoso que perdieron el sentido durante unos minutos, fascinados por completo, muy lejos de la realidad. ¿Y quién quería regresar?

Antes de quedarse dormidos, tendidos encima de la colcha con los cuerpos unidos y las piernas enredadas, ella le susurró:

—Tu regalo llegará con retraso.

Él la besó en la cabeza.

—Mi regalo eres tú, Nana; tú y nuestro bebé.

El corazón de Eugenia le explotó en el pecho.

*

Los días siguientes los pasó Eugenia con cierto nerviosismo por el cumpleaños de su príncipe rojo. Lo tenía todo planeado. No había visto a Sofía ni a Ricardo, pero sus dos amigos la habían ayudado, al igual que Carlota, quien celebraría Nochevieja con ellos, allí, en Madrid.

El mismo día veintinueve, después de haber felicitado a Felipe en la cama, al despertarse, con muchos besos, muchas caricias, mucho amor y, sobre todo, mucha pasión desmedida, aunque en silencio para que Isabel y Juan no se enterasen, se ducharon juntos entre risas y más besos, más caricias, más amor y más pasión. Se vistieron, él con vaqueros, zapatillas, camisa y jersey azul y ella, prácticamente igual, pero con el jersey de color rojo, pues se sentía pletórica y muy ilusionada por los *casi* cuarenta de su novio. Se abrigaron con gorros de lana, bufandas y guantes y se fueron al aeropuerto con Juanito, dejando a su hermana en casa, para recoger a Carlota.

—¡Hola, Carlo!

La recibieron con sonrisas y abrazos. Y cuando miraron detrás de la rubia, se sorprendieron.

—Hagen —gruñó Felipe, cruzándose de brazos—. La boda es el siete de enero —le recordó, en inglés, para molestarle—, hoy es veintinueve de diciembre, ¿se puede saber qué haces aquí?

—Por favor —lo regañó Eugenia, acercándose a Vikingo. Y añadió en alemán—: Es un placer verte otra vez, Hagen.

Hagen le dedicó una mirada de odio a Felipe y a ella, una dulce sonrisa.

—Gracias, Eugenia, lo mismo digo —la abrazó con total confianza—. ¿Y este niño? —señaló a Juan, agachándose para quedar a su altura.

—Es mi sobrino, Juanito. No sabe alemán, pero inglés, sí.

—Entonces —zanjó Vikingo en inglés—, tú eres Juanito —le tendió la mano—. Yo soy Hagen —sonrió—. Encantado.

El niño parecía asustado por lo grande que era Hagen, pero la sonrisa amable del gigante alemán lo relajó y le estrechó la mano.

—¿Eres amigo de mi tía? —le preguntó Juan en perfecto inglés, estudiaba en un colegio inglés desde los cuatro años.

—Eso espero —le guiñó un ojo a la aludida, que le sonrió como respuesta.

—Hagen y yo nos quedamos aquí hasta la boda —anunció la rubia, colgándose del brazo de Eugenia, encaminándose hacia el aparcamiento exterior donde estaba el BMW—. Nos cogimos

vacaciones —se ruborizó, desviando la mirada—, así, no tengo a los pesados de mis padres preguntando por Felipe —la observó con pesar—. Siento mucho eso, Eugenia, y no te imaginas cuánto agradezco tu comprensión.

—No te preocupes —sonrió, apretándole la mano. Y susurró—: Por cierto, ya que sacas el tema... —carraspeó—. Sofi y yo estamos deseando escuchar tu historia con... —señaló a Hagen con la cabeza, que iba detrás con los otros dos. Juanito, por supuesto, en medio de los dos hombres, que se lanzaban dardos envenenados con los ojos como dos auténticos críos.

El sonrojo de Carlota se incrementó y desorbitó los ojos.

—Pero si nadie... —comenzó, asustada.

—Solo hay que miraros —sonrió con ternura—. Está loco por ti y tú, por él, ¿me equivoco?

Carlota negó en un suspiro.

—Pero es imposible, Eugenia. Por desgracia, antes necesitaba un milagro para convencer a mi padre y ahora, necesito dos, porque Hagen no... —volvió a suspirar—. Ya no quiere saber nada de mí, excepto ser mi amigo.

—Bueno, mañana quedamos Sofi, tú y yo y hablamos tranquilamente.

Se marcharon al piso que tenía la rubia, a las afueras de Madrid, y que ya había puesto en venta. Deshicieron el equipaje y, a continuación, se fueron los cinco a comer. Ni siquiera avisó a Isabel. No se acordó de su hermana, a pesar de estar con su sobrino. Después, Carlota se llevó a Felipe con una excusa para que los demás pudieran preparar su fiesta sorpresa, aunque a él no le hizo ni pizca de gracia que Eugenia se quedase sola con Vikingo.

Al llegar al apartamento con Hagen y Juanito, encontraron a Sofia esperándolos en el portal.

—¡Hola!

Las dos amigas se abrazaron, aunque Eugenia frunció el ceño. Desde el día veintitrés, la sonrisa de Sofia no alcanzaba a sus ojos y, muchas veces, se quedaba ensimismada con una mirada increíblemente triste. No habían podido hablar porque no habían tenido más de unos segundos a solas. Lo curioso era que a Ricardo no lo había visto desde ese día veintitrés. ¿Habría sucedido algo con Camila? Luego le preguntaría.

—¡Hola, tía Sofi! —la saludó Juanito, abrazándola también, la quería mucho.

—¡Hola, enano! —sonrió, pellizcándole el moflete.

—Hagen, te presento a Sofi —le indicó Eugenia en inglés—. Sofi, él es Hagen.

—Encantada —señaló, con una tímida sonrisa, sintiéndose un poco intimidada, pues era uno de los hombres más atractivos del mundo, sin exagerar, además de llamativo por la claridad de su pelo, sus ojos y su piel.

—Es un placer, Sofi. Disculpa que te hable en inglés, no sé español.

—No te preocupes.

Caminaron hacia el piso. Al entrar, descubrieron a Isabel en ropa interior, un conjunto bastante provocativo, bailando como una loca en el salón, con los auriculares en los oídos, cantando a gritos y saltando en los sofás. No se percató de que entraban. Sofia y Hagen, atónitos, se paralizaron. También, Juan. Eugenia, en cambio, furiosa, avanzó hacia su hermana y le arrancó los auriculares, arrojando el móvil a uno de los sofás.

—¡Qué susto, por Dios! —exclamó Isabel, que se cayó a los cojines por la impresión.

—¿Se puede saber qué estás haciendo así vestida en el salón? —colocó los puños en los costados.

Su hermana entornó los ojos, observó a Hagen y se irguió, sacando pecho y luciendo un cuerpo muy interesante, bien cuidado y brillante por la crema que se habría echado.

—Me acabo de duchar —contestó Isabel, sonriendo con frialdad—. Solo estaba haciendo un

poco de tiempo. Te recuerdo que os habéis largado con mi hijo y sin invitarme —se cruzó de brazos y alzó el mentón—. Me aburría.

Se acabó. Eugenia estaba harta ya de tanta tontería. Se había mantenido callada y al margen, pero ya no podía continuar en silencio ni ignorar lo obvio.

—Y yo te recuerdo, Isabel, que tu hijo es mi padrino y que tú no estás invitada a mi boda. Viniste a mi casa, supuestamente destrozada y arrepentida por lo que pasó entre tú y yo, pero ya me cansé. Y solo me faltaba que estuvieras en *mi* salón, vestida así solo para que Felipe entre por esa puerta —apuntó a la puerta principal, donde se hallaban los otros tres— y te vea así.

—¿Tienes miedo de que le guste lo que vea y recuerde lo mucho que yo le gustaba? —se rio—. Estaba enamorado de ti, pero... —añadió en un susurro—: me follaba a mí.

—Será hija de... —masculló Sofía que, al sospechar lo que iba a decir, le había tapado los oídos al niño a tiempo.

Eugenia agarró a su hermana sin ningún miramiento y la empujó hacia el pasillo. Percibió cierto olor a alcohol. La soltó con brusquedad, provocando que trastabillara.

—Vístete, que tenemos invitados, y dúchate otra vez, porque apestas. Tienes un hijo —contuvo la rabia de abofetearla por segunda vez en su vida—. Esto me demuestra que ya no escondes más tu cara, ¿no? Has tardado.

—Nunca la he escondido, pero sí la he reservado hasta que ya me habéis hartado vosotros a mí. Y, por cierto, esta casa es de Felipe, no tuya, ¿o acaso has pagado algo o contribuyes en algo? —ladeó la cabeza y sonrió, maliciosa—. Parece que continuas anclada en el pasado, cuando él te mantenía, porque siempre fuiste una mantenida, Eugenia, y, ¿recuerdas el pasado, justo donde vives tú ahora? —se inclinó—. En el pasado, Felipe y yo nos acostábamos —se giró y abrió su habitación—. Y el pasado, como dicen, querida hermana, siempre vuelve —y se encerró de un portazo.

—Tía... —la llamó su sobrino.

Eugenia temblaba de ira, dolor e impotencia.

—Tía —repitió el niño, avanzando con temor—. ¿Por qué se ha puesto así mamá?

Ella giró el rostro. Juanito la abrazó por la cintura. Los dos temblaban, aunque por diferentes motivos. Lo besó en la cabeza. No contestó a la pregunta.

—Cariño, ¿por qué no le enseñas a Hagen tu pelota de rugby?

El niño salió corriendo, seguido por Vikingo, que no ocultaba su preocupación.

—¿Estás bien? —Sofi le acarició el brazo.

—¿Tú qué crees? —las lágrimas bañaron su cara—. Mal-maldita Isabel... Sabe dónde hacerme daño...

—No, ni hablar —la sujetó por los hombros, observándola con determinación—. No se te ocurra dudar, porque no tienes motivos.

—Pero ella tiene razón... —agachó la cabeza—. Estoy sin trabajo, me he gastado mis ahorros en el regalo de Navidad de Felipe y en esta fiesta. Y, sí, llevo más de una semana reviviendo el pasado. Y no me gusta nada porque en el pasado, él y yo nos separamos...

○○○○○

—¡SORPRESA!

—¡FELIZ CUMPLEAÑOS!

Felipe se sobresaltó nada más abrir la puerta ante el grito de las numerosas personas, amigos y

familiares, que se encontraban en su casa.

—¡Vamos! —lo empujó Carlota—. Ha sido idea de Eugenia. Por eso, tenía que entretenerte hasta la hora acordada. ¡Feliz último cumpleaños de soltero!

Él sonrió, meneando la cabeza. Le había tenido cuatro horas de tienda en tienda, buscando un vestido que ella pudiera llevar en la boda. Estaba agotado, había olvidado el caos que suponía ir de compras con Carlota.

Los presentes se acercaron y le felicitaron con abrazos y besos. Sus amigos lo ovacionaron, entregándole un tercio de cerveza tras otro. Había banderitas de cumpleaños colgadas con hilos de pared a pared, globos, y los invitados hasta llevaban gorritos de fiesta. En una pancarta, al principio del corredor, había escrito: *Mi príncipe rojo cumple hoy "casi" cuarenta*. Sonrió, embelesado y emocionado, para qué negarlo. No era una persona de fiestas, pero aquella era la mejor de su vida y todo gracias a su Nana.

Así estuvo un buen rato, charlando y riendo con unos y con otros, hasta que alguien rodeó su cintura con confianza. Al girar el rostro, descubrió que se trataba de Isabel, que se pegaba cuanto podía a su cuerpo como una víbora que era, serpenteando.

—No me toques —masculló Felipe, soltándose con cuidado—. Estás borracha —escupió con repugnancia, no porque estuviera ebria, sino porque esa mujer lo asqueaba—. Refréscate un poco —se dirigió en busca de su novia.

—No sé dónde está —le dijo Isabel, siguiéndolo con dificultad, dando traspies por el alcohol ingerido—, pero te acompaño, futuro cuñado —lo sujetó del brazo cuando estaban en el pasillo.

Felipe gruñó. La agarró para soltarse de nuevo. No entendía a qué venía esa actitud. Lo había amenazado unos días atrás, pero no se había acercado más a él, lo había ignorado y había sido recíproco, ni siquiera se habían mirado, a pesar de compartir techo. Y ahora, se le estaba insinuando.

Entonces, de pronto, se abalanzó sobre Felipe y lo besó en la boca, con los invitados a escasos metros de distancia. Y, como no se lo esperaba, mucho menos la fuerza con que se le echó encima, se tropezó con sus propios pies y se chocó con la pared.

—¡Quita, joder! —la empujó—. No me vuelvas a tocar, ¿entendido? —se restregó los labios como si así pudiera borrar ese beso horrible que no debía haber sucedido.

Isabel se rio, pero le entró un ataque de tos y salió precipitada hacia el aseo de la entrada para vomitar. Cuando él giró la cabeza, se topó con Sofía, muy seria, que lo contemplaba con los ojos entornados. Felipe se puso nervioso.

—Sofí, no es...

—Lo sé —asintió, rígida—. Lo he visto todo, no te preocupes —se aproximó despacio—. Sácala de aquí, Felipe, porque te aseguro que, si hubiese sido Eugenia y no yo la que hubiese visto esta escena, el problema sería el triple de grande, porque tienes un problema, Felipe.

—¿Qué ha pasado? —él se asustó.

—Que la gran puta de Isabel estaba esta tarde en ropa interior, saltando en los sofás, cuando hemos entrado para preparar la fiesta. Y se ha encargado de decirle a Eugenia delante de Juanito, de Hagen y de mí que estábais viviendo como en el pasado, tú manteniendo a Eugenia mientras Isabel y tú follábais. Literalmente.

A Felipe comenzó a costarle respirar. No quería estropear la fiesta, por su novia, pero...

Alguien apagó las luces en ese instante. Entonces, los presentes empezaron a cantar *Cumpleaños feliz* mientras se apartaban para que Eugenia, llevando una tarta en las manos con multitud de velas encendidas, avanzara hacia él, entonando la melodía con una felicidad radiante en su precioso rostro anegado en lágrimas.

Felipe emitió una sonora carcajada, fue inevitable. El embarazo tenía sus hormonas alteradísimas. Lloraba por todo. Y a él le encantaba, porque acudía siempre a sus brazos cuando eso sucedía. Y le encantaba también cómo se le arrugaba la nariz como a una ratoncita cuando las lágrimas surgían, igual que si se enfadaba.

—¡Pide un deseo!

La sala se silenció. Él miró a su Nana con todo el amor que la profesaba.

—Ya lo tengo *casi* todo —enfaticó adrede.

—¿Como tus *casi* cuarenta, quieres decir? —rebatió ella, traviesa.

Felipe posó una mano en su vientre, gritándole a cualquiera, que todavía no lo supiera, que serían padres. Y sopló las velas, pidiendo el deseo en su mente.

—¡Felicidades! —profirió Eugenia por enésima vez aquel día.

La gente aplaudió. Él cogió la tarta y se la entregó a su madre, la persona que estaba más a mano. A continuación, tomó a su novia por la cintura y la besó con fervor delante de todos, robándole risas entrecortadas a ella y silbidos de aprobación a sus amigos y familiares, que contagiaron al propio Felipe.

Todos disfrutaron del resto de la fiesta.

Casi todos. Había tres personas que no lo hacían.

Caminó decidido hacia el cuarto de Isabel. Abrió y cerró tras de sí. La víbora estaba tumbada sobre la colcha, prácticamente desmayada por la borrachera tan grande que llevaba encima. La estancia, además, se hallaba hecha tal desastre que parecía que hubiera pasado un tornado.

Sin perder tiempo, agarró la maleta que se encontraba en una esquina y la llenó de todas sus pertenencias, sin dejarse nada. Después, cogió la botella de agua que había en el suelo y la vertió en su cara. Isabel se incorporó de golpe, asustada.

—¿Qué coño haces, animal?

Él la levantó de la cama y la empujó hacia la puerta. Su vestido estaba arrugado, manchado y apestaba a alcohol y a vómito, como quien lo portaba. Su melena estaba enmarañada y su rostro, lleno de surcos negros y el pintalabios rojo, corrido. Era la mujer más fea que había visto jamás, más mala y más detestable.

—Lárgate ahora mismo de mi casa. Me da igual que vayas a un hotel. Juanito se puede quedar aquí con su tía y conmigo hasta que se te pase la borrachera o hasta el día de la boda. Pero no te quiero ver más. Y no te vas a acercar a tu hermana nunca más.

—No tengo dinero —se irguió, orgullosa, contemplándolo con odio y rencor.

—Quédate aquí dentro hasta que venga a buscarte —le ordenó él, apuntándole con el dedo índice—. Y voy a tardar —y se fue.

Al salir de la habitación, se topó con Sofia, cabizbaja y observando el infinito con una expresión de pura tristeza.

—¿Sofi?

Su amiga se sobresaltó. Parpadeó hasta enfocar su empañada visión... Sí, empañada, porque estaba llorando. Y, ahora que lo pensaba, Richi poseía esa misma mirada desde hacía varios días.

—¿Qué ha pasado, Sofi? —se preocupó él, tomándola de las manos, frías como el hielo.

—Nada —se apartó y se giró para regresar a la fiesta.

—¿Qué te ha hecho Camila?

Ante aquella pregunta tan repentina, Sofia volvió a sobresaltarse.

—Nada —repitió—. Camila se ha portado mejor conmigo en cinco minutos, que fue lo que duró la cena del otro día, que Richi desde que le conozco —le daba la espalda y tenía los hombros caídos en actitud de derrota—. Nada más recibirme en su casa, me dijo la verdad. Fue sincera

nada más conocerme, al contrario que el hombre que yo creía que me amaba.

—¿Qué verdad? —arrugó la frente, extrañado.

Su amiga se metió entre la muchedumbre, aunque alejándose de Ricardo, quien procuraba no acercarse tampoco. ¿Qué demonios estaba ocurriendo?

—¿Y esa cara? —se interesó Eugenia, a su derecha, abrazándolo por la cintura.

—¿Qué les pasa a Richi y a Sofi?

—No lo sé, pero estoy deseando saberlo. Cuando te estábamos preparando la fiesta, ni siquiera se saludaron ni se miraron.

—Están enfadados.

—Es más que eso —opinó ella en un suspiro—. Nunca había visto a Sofi así, tan... apagada. Ha sido algo más fuerte que una discusión. Mañana hablaré con ella. Hemos quedado para tomar un café Carlota, Sofi y yo.

Felipe la besó en la cabeza.

De la mano, disfrutaron de la fiesta hasta la madrugada, rieron, gastaron bromas, bailaron... Y, cuando se despidieron del último invitado y Eugenia se quedó dormida en la cama de su sobrino, junto a él, sin desvestirse, de lo cansada que estaba, entró en el cuarto de Isabel, que lo esperaba de brazos cruzados encima del lecho. Se había limpiado la cara y se había cambiado de ropa, pero no había recogido el desastre de la estancia y seguía oliendo mal. A veneno de víbora.

—Vámonos —le ordenó él, precediendo la marcha, ni siquiera la ayudó con la pesada maleta—. Y en silencio, que están durmiendo.

—No, claro —ironizó—, no vaya a ser que tu prometida se despierte y se eche a llorar por mi partida, y lo haría —se rio, desdeñosa—. Es una mema. Siempre lo fue, pero ahora... —detuvo sus palabras al chocarse con Felipe, que se había parado en seco en la entrada de la casa.

—Mira, Isabel —empezó en un tono muy bajo y afilado, contemplándola con repugnancia—, no me das ninguna pena, pero sí me das mucho asco. Nunca le he levantado la mano a nadie, mucho menos a una mujer, y no voy a empezar contigo, no caeré tan bajo, así que deja de provocarme porque no vas a conseguir nada —salió sin esperar una respuesta y bajó por las escaleras para fastidiarla más.

Se montaron en el todoterreno y condujo hacia un hotel de tres estrellas, en la calle Princesa, bien alejado de ellos. Paró en doble fila y se dirigió a la recepción, donde pagó la estancia de nueve días, lo que restaba hasta la boda. Y se marchó sin mirarla.

Al día siguiente, le tocó explicar a Eugenia lo sucedido con Isabel, aunque omitió la escena del beso para evitarle un sufrimiento añadido. Ella, seria, asintió.

—¿Y no ha dicho nada del niño?

—Perdona que te lo diga, Nana, pero estos días ha ignorado a Juanito y tú te lo has llevado a cualquier sitio sin que ella se molestara o se negara. ¿Te parece esto una respuesta?

—Tengo que llamar a Luis y contárselo.

—Por favor, vamos a olvidarnos ya de esto —suspiró, agotado por la situación— y a centrarnos en la boda, ¿de acuerdo?

Eugenia volvió a asentir, pero no sonrió durante el resto del día.

Por la tarde, cuando ella se fue con sus dos amigas a tomar café, Felipe y Juan, como hacía sol, dieron una vuelta en la moto y jugaron al rugby en El Retiro hasta que Eugenia le llamó para avisarles de que volvía y no llevaba llaves. El niño, para su asombro, no preguntó por su madre en ningún momento.

—¿Te has enterado de algo de Sofi y Richi? —quiso saber él, mientras preparaba la cena en la cocina y Juanito veía la televisión, ya en pijama, en el salón.

—Han roto —anunció ella con gravedad—, pero no nos ha dicho el motivo, solo que han roto porque era una relación imposible. Y no solo eso... —lo agarró del brazo, alarmada—. Cuando Sofi se fue, Carlota me contó que Richi ha dimitido de DATCO, ¿lo sabías?

—¿Cómo? —se secó las manos con un trapo.

—Bruno ha llamado a Carlota hoy para saber por qué había recibido una carta de dimisión de Richi, que, como ella y tú sois sus amigos, si le podía dar una explicación al respecto.

—Mueve las patatas de vez en cuando —le pidió, sacándose el iPhone del bolsillo trasero del vaquero. Estaba haciendo una tortilla—. Voy a llamarle.

Felipe se encerró en la habitación y telefoneó a Richi.

—*Ya te has enterado* —le dijo Ricardo a modo de saludo y con la voz ronca.

—Y no precisamente por ti. ¿Se puede saber qué tontería es esa de que dimites?

—*No es ninguna tontería. Ya he dimitido.*

—¿Y lo de romper con Sofi? —paseó por la estancia sin rumbo, nervioso—. ¿Pensabas hablar conmigo en algún momento?

—*Felipe, por favor...*

—Dime qué ha pasado, Richi. ¿Te vas de DATCO, cuando resulta que tú adoras pilotar tanto como yo, y rompes con Sofi, que estás loco por ella? Y todo tras estar con tu madre cinco minutos. Está batiendo récords —bufó—. Habla —se sentó en el borde de la cama y esperó a que su amigo pronunciara palabra.

—*Mi madre me quiere al frente de la empresa. Fin de la historia.*

—¿Y qué tiene eso que ver con Sofi? Tu madre siempre te ha querido al frente de la empresa de su familia, pero lograsteis un acuerdo por el cual tú trabajabas la mitad del mes en DATCO a cambio de que también trabajaras en la empresa la otra mitad. Es lo que has estado haciendo hasta ahora. Todos estábais contentos —se enfadó—. ¿Cuál es el jodido problema, Richi?, ¿que tu madre no quiere a Sofi como tu novia? Eso ya lo imaginábamos.

Ricardo suspiró con fuerza.

—*Felipe, por favor, no necesito que me regañes. De hecho, no quiero hablar. No todo es tan sencillo.*

—Richi...

—*Ya hablaremos* —y colgó.

No entendía nada, pero solo Richi podía explicárselo. Y Sofía, pero esta tampoco quería hablar.

Volvió a la cocina. Y estalló en carcajadas. Eugenia se hallaba a varios metros de la sartén con el brazo estirado intentando mover las patatas, que se habían quemado.

—¿Te da miedo, Nana? —le quitó la espátula de madera y retiró la sartén del fuego—. Solo es cocinar, no tienes que enfrentarte al coco —se rio más. Apagó la vitrocerámica.

—No es gracioso. El aceite salta constantemente y me hace daño —los ojos se le llenaron de lágrimas—. Mira —le tendió su mano para que viera una insignificante rojez en el dorso, que ya estaba desapareciendo.

—Pobrecita, mi Nana —bromeó, tomándola de la mano para besársela—. ¿Mejor?

Ella estaba enfurruñada, pero se dejaba hacer, observándolo por el rabillo del ojo. Felipe le alzó la mano y le besó el interior de la muñeca con la punta de la lengua.

—¿Mejor? —repitió en un áspero susurro.

Eugenia se ruborizó y asintió con la mirada brillante. Él le subió la manga de la camiseta y la besó en el interior del codo, húmedo y prolongado. Ella suspiró, entrecortada. Felipe ciñó su cintura con un brazo y la atrajo hacia su torso. Se inclinó para besarla en el cuello, despejado por

el moño deshecho que se había hecho al entrar en casa antes.

Pero Juanito los interrumpió.

—¿Y la cena, tío? Tengo hambre.

Ya lo llamaba *tío*, algo que lo emocionaba. Adoraba a ese niño. Era tan fácil quererlo.

—Pues... —comenzó él, pensativo. Sonrió—. ¿Os apetece una pizza?

—¡Sí! —gritaron tía y sobrino al unísono, chocando las palmas en el aire.

Felipe amplió su sonrisa. Abrazó a Eugenia desde atrás.

—Vas a ser una mamá increíble.

—¿De verdad? —titubeó.

—Por supuesto —la giró, acunó su rostro entre las manos y la besó en los labios.

—Puaj... Qué asco... —comentó el niño.

La pareja se carcajeó.

Y los tres cenaron pizza en el salón viendo *Peter Pan*.

Juanito y ella se quedaron dormidos en el sofá. Los pasó a sus respectivas camas. Cuando se metió entre las sábanas junto a Eugenia, sonrió y le acarició los cabellos mientras pensaba en lo feliz que era, con el niño incluido. Se estaba convirtiendo en la mejor Navidad de toda su vida, a pesar de Isabel, a pesar de lo sucedido entre Ricardo y Sofia, que rezaba para que se solucionase pronto. Le había escuchado miles de veces a la madre de Eugenia decirle a ella cuando se enfadaba que todo tenía solución menos la muerte. Y Alicia estaba en lo cierto.

Incorporó la cabeza para contemplar, antes de cerrar los ojos, el precioso regalo que su novia le había dado por su cumpleaños, un marco de fotos digital de plata en el que se iban sucediendo las imágenes del fantástico viaje de *su mapa*, dos mil fotos, programado para admirar cada una durante cinco minutos, lo que significaba que el regalo duraba varios días. El regalo perfecto.

A la mañana siguiente, los tres pasearon por las calles de Madrid para disfrutar del último día del año, contentos, radiantes. Disfrutaron de la ciudad gracias al maravilloso sol que les acompañó. Después, comieron con su familia y jugaron al Monopoly por la tarde. Blanca y Felipe prepararon la cena mientras Alba, Enrique, Juan y Eugenia continuaban la partida.

—¿Ya fuisteis al médico? —le preguntó su madre, comprobando la comida en el horno.

—Sí, el otro día —le contestó él, terminando de limpiar las almejas en la pila—. Todo va muy bien. El bebé y ella están fenomenal —sonrió—. Según el médico, saldrá de cuentas el uno de agosto, pero ya nos ha avisado de que, al ser primeriza, puede retrasarse. Le mandaron unos análisis y estamos esperando los resultados.

—No sabes cuánto me alegro, hijo mío —lo abrazó con fuerza—. Va a ser un niño.

—¿Cómo lo sabes? —se rio, incrédulo.

—Porque está mucho más guapa, y las niñas afean a la mamá.

—Mi Nana nunca será fea, ni lo estará, porque es preciosa.

Blanca se cubrió la boca, a punto de llorar.

—No —se negó Felipe, frunciendo el ceño—, no lo hagas, que ya la tengo a ella todo el día llorando por cualquier tontería. Tú, no, mamá.

—Es lo que tienen las hormonas —soltó una carcajada—. ¿Y qué tal con la comida?

—Vomita de vez en cuando, no siempre, pero si lo hace es después de desayunar —sacó una cacerola del armario bajo de la derecha y la llenó de agua. Cogió una sartén y procedió a cortar los ajos—. El médico le dijo que se tomara unas pastillas y parece que está mejor. Y de comida, yo la veo igual que siempre —se encogió de hombros—. No come más, pero sí disfruta más comiendo. Es raro, ¿no?

—No, cariño —sonrió—. Las papilas gustativas y el olfato se desarrollan mucho más en el

embarazo.

—Salvo que tan pronto llora como se enfada de repente, o se ríe nada más pegar un grito, sigue siendo mi Nana —sonrió con embeleso—. Y tienes razón, mamá, está mucho más bonita, y ya es decir —experimentó un regocijo en el estómago.

Terminaron de cocinar y se marcharon los tres a casa para ducharse y arreglarse antes de volver para cenar.

—Es que no sé qué he hecho con ellas —masculló Eugenia al entrar. Se refería a su juego de llaves.

—Las has perdido, no pasa nada. Pasado mañana hacemos una copia.

Ella suspiró con resignación y se ocupó de su sobrino.

Carlota y Hagen también estaban invitados a la cena de Nochevieja en casa de los padres de Felipe.

Y fue una noche mágica que atesoraría por siempre en su corazón. Vikingo no era tan malo, después de todo. Compartieron algunas bromas y risas entre ellos dos, para completo descanso de Eugenia, que estaba empeñada en que se convirtieran en amigos. Aunque eso Felipe lo encontraba bastante lejano en el tiempo, ya no lo descartaba.

Se comieron las uvas con las campanadas tras ocho años separados. Bailaron música de los sesenta y setenta en el salón de sus padres. Y regresaron al apartamento cuando Eugenia se quedó dormida en uno de los sofás.

Y así, felices, sin problemas ni nada que obstaculizara sus vidas, transcurrieron los días previos a la boda. Los nervios lo asaltaban a cada instante, en especial cuando hablaban sobre ello o llevaban a cabo alguna tarea correspondiente al ansiado evento.

El día seis de enero fue un caos. Los invitados eran pocos, pero seguía siendo una boda, y la novia estaba histérica por que todo saliera perfecto. Por la tarde, con la ayuda de Hagen y Carlota, desalojaron el salón del piso según las órdenes de Eugenia para, entre las dos, decidir cómo decorarlo todo y apuntar lo que faltaba por comprar.

Y tras mover sofás, mesas y sillas, los dos hombres y Juanito se marcharon a un bar a tomarse algo.

—¿Y la madre? —se interesó Hagen en alemán para que Juan no lo entendiera—, ¿no se preocupa al no ver a su hijo? Menuda mujer... —resopló, asombrado.

—Hay padres de todo tipo, ¿no? Isabel es mala. Y también existen padres que no permiten que su hija se enamore de un hombre cuya familia es humilde, económicamente hablando.

—No sé de qué me hablas —farfulló Vikingo, irguiéndose.

—Sabes perfectamente de qué te hablo —arrugó la frente—. Ahora me toca a mí.

—¿El qué? —lo observó con una expresión desconfiada.

—Los tres años que estuve con Carlota tuve que soportar tus constantes consejitos sobre cómo debía tratarla. Ahora me toca a mí —sonrió con suficiencia—. Desde que tú y yo trabajamos juntos, y más desde hace tres años, siempre he querido decirte esto... —y añadió en inglés para molestarlo adrede—: Eres un gilipollas, Hagen, pero de los grandes, y en mayúsculas.

Hagen enrojeció de ira, pero se contuvo y desvió los ojos a la mesa. El niño estaba dibujando en unas servilletas, entretenido.

—Lo eres —afirmó Felipe, de nuevo en alemán, asintiendo despacio y jugueteando con el botellín de cerveza entre las manos—. Carlota es una mujer increíble. Es buena, guapa, simpática, entregada a los demás, generosa en todos los aspectos, leal... Y un sinfín de adjetivos que forman una lista muy larga.

—Infinita —lo corrigió Vikingo, ruborizado y serio—. La lista es infinita.

—¿Y por qué no luchas por ella? —sonrió.

—Porque su padre no me quiere y nunca me va a querer. Bruno será muy bueno con los empleados, pero es un hombre a quien le importan las clases sociales.

—Si le importaran las clases sociales, no me hubiera presentado a su hija, ¿no crees? —entornó la mirada, pensativo—. Es por otra cosa, ¿a que sí? Y creo que esa otra cosa Carlota la desconoce, ¿me equivoco? —chasqueó la lengua—. No. Bruno no es elitista.

Hagen suspiró, vencido.

—Mi familia, me refiero a mis padres y a mis hermanos, no tiene dinero —comenzó Vikingo, gesticulando con suavidad—, pero mi abuelo, Erik, sí lo tuvo. Mucho dinero. Se hizo cargo del negocio de mi bisabuelo cuando este murió, pero no lo supo administrar. Fue un niño tonto que heredó tantos ceros en su cuenta corriente que se cegó de ambición. Y lo derrochó. Pronto cayó en la ruina. Buscó socios para levantar el negocio, pero nadie quiso ayudarlo, hasta que conoció a Guillermo Ordeno, el padre de Bruno, el abuelo de Carlota. Este le entregó una suma muy grande de dinero, pero mi abuelo lo gastó todo jugando en los casinos, creyendo que así lo triplicaría y no le haría falta trabajar más de por vida.

—Lo perdió —vaticinó Felipe, atento a la historia.

—Lo perdió —aseveró, grave—. Y no solo eso, sino que, para intentar devolverle el dinero, se involucró con un mafioso ruso. Pero mi abuelo tenía la boca muy grande y le contó al mafioso todo lo que sabía de Guillermo, un hombre muy importante en su época, igual que Bruno ahora. Cuando mi abuelo volvió a hacer lo mismo y no pudo pagar al ruso, este le dijo que no se preocupara, pero, poco después, encontraron a Guillermo asesinado en un callejón. La policía investigó y culparon a dos hombres del ruso, los cuales confesaron que había sido una orden directa de Erik —sonrió sin humor—. Encarcelaron a esos dos hombres y a mi abuelo. Y se lo cargaron nada más entrar en prisión por órdenes del mafioso.

—Dios... —se quedó sin aliento.

—Bruno me contrató sin saber quién era, hasta que me investigó, como investiga a todos sus trabajadores. Me llamó a su despacho cuando se enteró por Carlota de que estábamos enamorados y me amenazó con acabar con mi familia si yo me acercaba más a la suya. Me dijo que le diera una mínima excusa para vengar la muerte de su padre.

—Eso pasó hace mucho tiempo —arrugó la frente—. Y tu abuelo también murió.

—Sí, pero Bruno cree que soy igual que mi abuelo, que solo busco el dinero de Carlota.

—Solo hay una manera de convencerlo, Hagen —ladeó la cabeza—. Que Carlota se enfrente a su padre, que amenace con abandonar DATCO si no aprueba vuestra relación.

—Jamás la obligaré a que haga algo así, adora la empresa.

—Pues te deseo suerte, amigo —le palmeó el hombro—, yo estuve ocho años intentando olvidar a Eugenia, y míranos ahora. Ojalá tengáis más suerte y vosotros tardéis menos, porque esos ocho años han sido los peores de mi vida, aunque —sonrió— han merecido la pena.

—Está casado.

—¿Per...? ¿Perdona? —balbuceó Eugenia, que se había quedado sin respiración ante aquella noticia.

—Está casado —repitió Sofía, al borde de las lágrimas—. Richi está casado. Por eso rompimos. Su madre me lo dijo nada más entrar yo en su casa para la cena que, supuestamente, era para conocerme. Casado, Eugenia. Casado.

A un día de la boda, estaban en una cafetería del centro de la ciudad, en plena Gran Vía, esperando a Carlota. La rubia había ido al aeropuerto para recibir personalmente al diseñador de su vestido de novia, que traía el traje y se presentaba en Madrid por si se necesitaba un arreglo de última hora. Se hospedaría en el Hotel de Las Letras, por eso se encontraban ambas amigas cerca de allí.

Sofía acababa de confesarle la verdadera razón de su tristeza, de la ruptura de su noviazgo con el amor de su vida, Ricardo.

—Cuéntamelo —le pidió ella, cogiéndola de la mano para infundirle ánimos, aunque fuera en vano.

Sofi respiró hondo de manera irregular. Las lágrimas empezaron a bañar su rostro cuando habló.

—Antes de la cena, cuando íbamos en el coche de camino a casa de sus padres, Richi estaba tan callado que me asusté. Le dije que mejor dábamos media vuelta, que me echara la culpa a mí de cara a su familia, pero que no quería verlo así, que me explicara lo que le sucedía, porque, desde que nos cruzamos con su madre por la calle días atrás, estaba muy raro —se secó la cara con los dedos, pero de nada le sirvió porque siguió llorando—. Me contestó que su madre quería conocerme y que él nunca podía negarle nada, pero que, pasase lo que pasase, por favor lo escuchase a él después.

—No me extraña que te asustaras...

—Llegamos —continuó Sofía, aferrándose a la mano de Eugenia como si su vida dependiese de ello, temblando también—, nos recibió el mayordomo, porque, sí, tienen mayordomo.

—Y tú, doncellas, así que no te quejes —intentó bromear, sonriendo, pero tampoco sirvió de nada.

—Conocí a su padre, Daniel. Estábamos en la entrada de la casa todavía con los abrigos. Nos dimos dos besos y apareció Camila con una mujer joven. Me saludó también con dos besos y me presentó a la desconocida como Julia, la esposa de su hijo Ricardo.

—Por Dios... —apoyó una mano abierta en su pecho—. ¿Y qué hizo Richi?

—Nada —apretó la mandíbula—. Yo me largué en ese momento, claro está —giró el rostro. Tragó otra vez. Se humedeció los labios. Lloró de nuevo—. Richi no vino detrás de mí... —emitió un sollozo, tapándose la boca—. Tuve que llamar a un taxi y volver a mi casa sola. Me llamó por teléfono tres horas más tarde, Eugenia, ¡tres! —golpeó la mesa con el puño—. Y, como una estúpida, se lo cogí. Me suplicó que le dejara explicarse. Yo le pregunté si era cierto, si estaba casado. Me respondió que sí. Y le colgué sin más. No insistió.

—Sofi... —llorando también, sintiéndose horrible por no poder hacer nada por su auténtica

hermana. La abrazó y la apretó con fuerza—. Lo siento tanto...

Jamás había visto a su mejor amiga así, tan dolida, tan débil, tan vulnerable. Jamás.

En ese instante, Carlota las interrumpió enviándole un mensaje a Eugenia, informándola de que ya se encontraba en el hotel con el diseñador.

Pagaron las infusiones, que ni siquiera se habían bebido, y caminaron en silencio hacia el edificio.

Por desgracia, Eugenia tenía el ánimo por el suelo y se obligó a sonreír en deferencia a Carlota, que se había tomado tantas molestias para con ella. Sofía también sonrió, sus lágrimas exteriores desaparecieron y actuó como siempre: irónica, bromista y cariñosa. Terminaron brindando los cuatro con champán, aunque Eugenia solo se mojó los labios. Y logró desterrar lo malo para centrarse en su boda, en que en menos de veinticuatro horas se convertiría en la mujer de su príncipe rojo. Aún no se lo creía...

—Sigue en pie dormir las tres juntas en mi casa, ¿no, chicas? —les preguntó Carlota para confirmar.

Las dos amigas asintieron. Dormirían las tres chicas en el apartamento de la rubia. Ya tenía la pequeña maleta allí para pasar la noche y arreglarse al día siguiente, al igual que Sofi. Y ella ya no regresaría a casa con Felipe, ya no lo vería hasta las doce de la mañana del día siguiente, esperándola en el altar de la Parroquia de Santa Bárbara. Ya en breve empezaría su pequeña despedida de soltera, que le habían organizado aquellas dos locas.

No obstante, cuando salieron del hotel tras despedirse del diseñador, su iPhone sonó en su bolso.

Isabel...

—Puf... —suspiró, hastiada, pero descolgó porque su sobrino se había quedado a cargo de su novio y de Hagen ese día y era el hijo de su hermana, mal que le pesase—. ¿Qué quieres, Isabel?

—*Quiero a mi hijo, Eugenia* —le ordenó su hermana a través de la línea—. *Ya lo habéis tenido secuestrado demasiados días y, sinceramente, tu boda me importa bien poco, así que me llevo a Juan a Barcelona, te buscas a otro padrino. Ya estoy de camino a casa de Felipe.*

—¡No! —exclamó, alarmada y furiosa—. ¡No te lo lleves! ¡No me hagas esto!

Sus amigas se asustaron.

—*Por supuesto que lo haré, porque es mi hijo, no tuyo, y bastante que he permitido que me echara Felipe a la calle y que se quedara con Juan estos días.*

—¿Y por qué no has venido antes? ¿Por qué hoy, mi-mierda?

—*Sigues tartamudeando como una estúpida sin pronunciar una palabra fea a la primera* —se rio con maldad—. *He esperado a hoy para joderte la boda, Eugenia, porque es lo mínimo que te mereces. Por eso, te dejo sin padrino, porque no te lo mereces. No te mereces nada bueno. Y Felipe tampoco. Y da gracias por que no os denunció por secuestrar a mi hijo* —y colgó.

—¡Joder! —gritó Eugenia de pronto, sin tartamudeo que valiese.

—¿Qué ocurre, por Dios?

—Isabel se va a llevar a Juanito a Barcelona ahora.

Carlota detuvo un taxi de inmediato. Se montaron las tres y partieron rumbo a la Castellana. Con las prisas, se le escurrieron las llaves veinte veces hasta que Sofía se las arrebató y abrió el piso por ella. Su antiguo juego de llaves, el que había perdido, estaba en la mesita que había en la entrada. Y para su completa sorpresa, el apartamento se hallaba en silencio.

—Voy a buscar al niño —anunció Sofi, atravesando el salón.

—¿Oís agua correr? —preguntó Carlota, frunciendo el ceño—. Alguien se está duchando. Escribiré a Hagen, es raro que no esté aquí.

—Juanito tampoco está —les contó Sofia desde el pasillo, en el umbral de la puerta del cuarto del niño—, pero sí sus cosas. A lo mejor, está con Hagen. Si Isabel se lo hubiera llevado, lo habría hecho con todo su equipaje, ¿no?

—No lo entiendo —comentó Eugenia, andando hacia el baño—, voy a preguntarle a Felipe.

La puerta estaba entornada, cosa que le extrañó sobremanera, pues él era un pudoroso que siempre se encerraba en el servicio, aunque sin pestillo y aunque solo se duchase. Empujó la madera.

Pero no entró. No pudo...

Desde su posición, contempló con inmenso horror cómo Felipe e Isabel se besaban dentro de la ducha, desnudos, bajo el chorro del agua caliente...

—¿Eugenia? —la llamó Carlota al reunirse con ella—. ¡Oh, Dios! —profirió al fijarse en la escena.

Y aquel chillido interrumpió a la pareja. Felipe desorbitó los ojos al mirar a Isabel, cuyo rostro acunaba él todavía. La tenía agarrada como agarraba a Eugenia cuando la besaba...

Isabel y Felipe...

Isabel y Felipe...

Isabel y Felipe...

Se le revolviéron las tripas. Se cubrió la boca, a punto de vomitar, fue lo único que movió de su cuerpo. Estaba petrificada. Y lo peor de todo era que no se había paralizado por la sorpresa. No le había sorprendido en absoluto... Llevaba las últimas semanas, desde el regreso de su hermana, esperando que sucediera algo así.

—¿Qué coño haces aquí? —escuchó a Felipe gritarle a Isabel, golpear la mampara para conseguir salir del cubículo, taparse con torpeza con la toalla y escurrirse al pisar el suelo con los pies mojados—. ¿Y cómo has entrado, maldita seas, Isabel? ¡Juan está con Hagen, no te han podido abrir ellos!

—Follar en la ducha, cariño, justo lo que tú querías, por eso he venido —contestó su hermana, que ni se molestó en ocultar su desnudez, sino que se mostró bien orgullosa—. Me echabas de menos después del beso que nos dimos en tu cumpleaños, ¿eh? —se relamió los labios—. Besas mucho mejor que hace ocho años.

Sofía, que ya no soportaba más permanecer quieta durante tantos años, se acercó a Isabel con decisión y le cruzó la cara, marcándole las uñas de un hiriente bofetón, tirándola al suelo por el impacto, y con un odio impresionante.

—¡Estás loca! —soltó Isabel, levantándose.

—Esa era por Eugenia —le aclaró Sofi. Y golpeó de nuevo a Isabel—. Esta, por Felipe —la sujetó del pelo, cogió su ropa que estaba en la entrada del baño y la empujó hasta el pasillo—. ¡Eres una zorra manipuladora y envidiosa que no se merece la hermana ni el hijo que tiene! —le arrojó la ropa—. ¡Fuera de aquí si no quieres que te saque yo a patadas y descargue contigo todo el odio que siento por ti! ¡Venga!

Isabel se vistió a una rapidez asombrosa y obedeció como alma que llevaba el diablo.

—Nana... —pronunció Felipe en un hilo de voz, avanzando, aterrado—. Lo siento, yo... Creí que eras tú... Te lo prometo, Nana... Me estaba enjabonando el pelo con el champú y noté una mano en mi espalda. Pensé que eras tú... —parecía perdido—. Ni siquiera abrí los ojos, yo... Pensé que eras tú... —repitió, incrédulo—. Dios... —se revolvió los empapados cabellos—. Pensé que eras tú...

Pero Eugenia no contestó. Lo miró, con el corazón sin latir.

—Ha dicho... —carraspeó—. Ha dicho que os besasteis en tu cumpleaños...

—Yo... —comenzó él, pero palideció y se detuvo—. Fue ella. Estaba borracha y se abalanzó sobre mí —se aproximó a ella—. Te prometo que...

—¿Y por qué no me lo dijiste? —le exigió Eugenia, cuyo interior resquebrajado se agrietó todavía más—. ¡¿Por qué?! —estalló de rabia, golpeándolo en el pecho—. ¡Por eso la echaste de casa! ¡Por eso te la llevaste al hotel de madrugada y a escondidas de mí y me lo contaste al día siguiente! ¡¿Quién me dice a mí que no te quedaste con ella, que no te la tiraste en el hotel y luego volviste conmigo?!

—¡Sabes que eso nunca pasaría!

—¿Por qué he de creerte cuando me ocultaste lo de tu cumpleaños? ¡¿Por qué, Felipe?! —se tiró del pelo con saña, desesperada de dolor y de furia a partes iguales.

—Eugenia... —le dijo Sofi—. Yo estaba delante. Lo que Felipe te ha dicho es cierto. Isabel se abalanzó sobre él sin previo aviso y...

—¿Cómo? —la cortó ella, anonada por tal revelación—. ¿Tú lo sabías?

Sofía asintió con gravedad. Eugenia salió corriendo de la casa. Se sintió traicionada por su prometido y por su mejor amiga, las dos únicas personas en las que confiaba.

Acababa de revivir el pasado y, precisamente como en el pasado, se quedó completamente sola, con la diferencia de que ahora Sofi también la había abandonado.

Se rompió por dentro.

Lloró sin dejar de correr.

La imagen de ellos dos besándose, desnudos, en la ducha...

Su propia hermana y su prometido a menos de veinticuatro horas de casarse con ella.

Pero no era una pesadilla. No.

Dejó de correr.

Dejó de llorar.

Vagó por Madrid el resto del día hasta bien entrada la noche.

No sintió el frío.

No sintió nada.

Y recuerdo, recordó y recordó... Recordó el pasado. Recordó los besos, los abrazos y los cariños que Felipe e Isabel se regalaban cuando habían sido novios. Recordó que ella misma había sido siempre la hermana pequeña de la novia de su príncipe rojo, la niña pequeña y estúpida que, ocho años de ausencia después, había vivido una quimera durante dos meses, los mejores de su vida, pero eso no quitaba que siguiera siendo una quimera. Y las quimeras eran sueños. Y los sueños, sueños eran.

Al alzar los ojos del suelo por primera vez en horas, se dio cuenta de que estaba frente a la iglesia donde se celebraría su boda. Contempló aquella escalera. Se sujetó a la verja de hierro forjado que delimitaba la propiedad. Permaneció en esa postura mientras una frase de Isabel se repetía en su mente: *el pasado siempre vuelve*. Y, quizás, el pasado había vuelto porque aún no le había puesto el punto y final.

Sacó el móvil del bolso.

Cincuenta y dos llamadas perdidas de Felipe.

Cuarenta y ocho llamadas perdidas de Sofía.

Treinta y cuatro llamadas perdidas de Tomy.

Diez llamadas perdidas de Carlota.

Dos llamadas perdidas de Ricardo.

Borró los mensajes directamente, sin leerlos siquiera. Todos.

Y telefoneó a la única persona que le daría la respuesta que necesitaba.

Cuando colgó y guardó el iPhone en su bolso, apenas cinco minutos más tarde, paró un taxi y se dirigió a la casa de su príncipe rojo, porque, a pesar de todo, sería su príncipe rojo de por vida, por desgracia...

Nada más entrar, Felipe se lanzó a ella.

—Salía otra vez a buscarte —la abrazó con fuerza.

Eugenia no se inmutó. Siguió sin sentir nada, ni siquiera dolor.

Y él lo notó, porque se apartó al instante y la observó con un pánico atroz.

—Nana...

Sofía, que abrazaba a Juanito, Carlota, Hagen, Tomy y Richi estaban en los sofás y se levantaron al verla.

—He venido a recoger mis cosas —anunció ella, caminando hacia la habitación, tranquila.

—Nana —la agarró del brazo en el pasillo—. Al único sitio al que te vas a ir es a casa de Carlota, con ella y con Sofi —frunció el ceño, asustado—. Y ya tienes una maleta allí desde ayer. No necesitas más.

Eugenia se soltó y continuó, ignorándolo.

—¡Ya vale! —le gritó Felipe, que le arrebató la ropa de las manos y la lanzó por los aires—. ¡Háblame! ¡Mírame!

Ella, entonces, lo miró.

—Me voy, Felipe, de tu casa y de tu vida. Me voy —respiró hondo, sosegada y con el cuerpo relajado.

—No —transmitía el terror que sentía con todo el cuerpo, no solo a través de sus ojos—. Te quedas conmigo para siempre. Mañana nos casamos.

El único modo de que él lo entendiera sería sincerarse por completo.

—No siento nada —confesó Eugenia, en un tono bajo y firme—. Nada, Felipe. Cuando te vi con ella en la ducha, no me sorprendió. Te creo cuando dices que creías que era yo. Te creo —asintió—. Me ha costado, pero te creo. El problema es que, repito, no me sorprendió —negó con la cabeza—. Desde que tenía siete años hasta mis diecinueve, te he visto siempre al lado de Isabel. Siempre. He visto lo buen amigo que eras con ella, lo mucho que estudiábais juntos, has viajado con mi familia, has venido a las comidas familiares, a bodas, bautizos, comuniones, cumpleaños y despedidas de mis primos, de mis tíos, de mi hermana y de mis padres. He visto cómo te convertías en el novio de Isabel. He visto cómo la besabas, cómo la abrazabas, cómo la cogías de la mano, cómo la atendías. He visto todo eso durante años mientras yo te amaba tanto que me dolía hasta mirarte —sonrió, sin emoción alguna. Su interior estaba hecho pedazos—. Y luego vi y viví cómo Isabel te traicionó, cómo yo la traicioné a ella y cómo tú...

Permaneció unos segundos callada.

—Y cómo tú me traicionaste a mí —continuó con la voz pausada—. Porque me traicionaste. Eras mi príncipe rojo. Y me abandonaste —suspiró—. Ocho años después, justo cuando se casó Isabel, nos volvimos a encontrar tú y yo. Y te vi con Carlota. Vi cómo la besabas, cómo la abrazabas, cómo la cogías de la mano y cómo la atendías. Igual que con Isabel. Y, aun así, seguiste siendo mi príncipe rojo, a quien acompañé en su último mes como piloto antes de casarse con otra que no era yo, antes de que me abandonases por segunda vez. Pero luché por ti. Te pedí un beso. Te lo supliqué —sonrió de nuevo sin emoción—. Te dije que viviéramos nuestra quimera. Y lo hicimos. Lo hemos hecho durante dos meses, hasta que Isabel regresó y con ella, el pasado. Y he vuelto a verte besarla y acariciarla —negó con la cabeza otra vez—. No siento nada —insistió, tranquila—. ¿Sabes por qué? Porque ya estoy acostumbrada.

»Tú y yo no estamos destinados a estar juntos, Felipe, porque siempre va a haber algo que nos

lo va a impedir. Y, ¿sabes qué es ese algo? Isabel. Siempre Isabel. Y no me refiero a ella en persona, sino a los recuerdos, al pasado, porque estamos los tres unidos, nos guste o no. Y yo necesito romper de una vez con el pasado para poder seguir adelante con mi vida. Estoy rota, Felipe —clavó los ojos en un punto infinito—. Y necesito recomponer mis trozos para poder vivir, porque hace mucho tiempo que dejé de hacerlo. Y gracias a Isabel, hoy me he dado cuenta de ello. Y para poder seguir adelante, tengo que poner fin a esto, aunque tú siempre serás mi príncipe rojo, porque nada ni nadie va a hacer desaparecer eso. Soy la segunda estrella a la derecha, la segunda... Siempre la segunda...

Cuando terminó, comenzó el dolor.

—Eres... Eres mi Nana... —articuló él con la voz rota, apretando los puños a los costados, en tensión, aterrado y con lágrimas bañando su semblante—. No puedes dejarme...

Eugenia recogió toda su ropa y la guardó en la maleta. Metió el portátil en la mochila y se la puso en los hombros.

—Dime, por favor, ¿qué hago? —le rogó Felipe—. Nana... —le tocó el hombro.

Ella sufrió una descarga, pero no se detuvo.

—Estás embarazada, Nana... Vamos a casarnos mañana... Vamos a ser una familia...

Eugenia suspiró. Tragó, tragó y tragó, pero no logró desvanecer el grueso nudo de su garganta. Se quitó su precioso anillo de compromiso y lo dejó sobre la colcha. Bajó el equipaje al suelo y lo llevó hacia la entrada del apartamento.

Los demás les habían escuchado. Sofía, llorando sin emitir ruido, se aproximó a ella.

—Thelma...

No.

Abrió la puerta.

—Nana, por favor... —le suplicó él, a su espalda—. No me dejes... Dime qué hago...

—No puedes hacer nada —agachó la cabeza.

—Te estaré esperando mañana en el altar —anunció Felipe, vehemente.

—Esperarás en vano.

Y se fue.

Un taxi la llevó al aeropuerto, donde se compró un billete de avión con destino Barcelona. Ni siquiera su miedo a volar apareció en los cincuenta minutos que duró el trayecto.

Una vez en aquella ciudad, que tan bien conocía, tomó otro taxi con la dirección exacta de la casa adonde se dirigía. El hombre que le abrió la puerta le sonrió con tristeza.

Luis, a quien había telefoneado esa misma noche.

Su cuñado, diez centímetros más alto que ella, ancho de hombros, de cuerpo atlético, moreno, de ojos marrones tan claros que el color se asemejaba al dorado, nariz aguileña, con bigote fino y rostro atractivo, la abrazó sin dudar.

Eugenia se desplomó en sus brazos.

*

Se asustó al abrir los ojos porque no reconoció la cama, individual, ni la habitación.

El sol entraba a raudales a través de la ventana, a su derecha. Y la molestó. Tuvo que taparse la cara por la excesiva luz. Notaba el cuerpo muy pesado, demasiado. Al girar el rostro para reparar en la estancia, se topó con unos inquisidores ojos del color del zafiro.

—Hola, Thelma —sonrió Sofía, incorporándose del sillón donde se encontraba y acercándose. Le tocó la frente—. No parece que tengas fiebre, pero —cogió un termómetro de la mesilla de noche— póntelo, por si acaso.

Su amiga llevaba unas mallas negras, una camiseta larga por debajo de la sudadera rosa muy claro con capucha, y calcetines.

—¿Dónde estoy? —su tono fue ronco.

En ese momento, Luis entró en el cuarto. Sonrió. Juanito empujó a su padre y corrió hacia ella.

—¡Ya estás bien, tía! —se tumbó a su lado.

Eugenia frunció el ceño, extrañada.

—Te desmayaste cuando llegaste aquí —le informó su cuñado, que se acomodó en el borde del colchón. También llevaba chándal, una camiseta y unas zapatillas—. Has estado delirando por la fiebre. Te llevé al hospital. Y llamé a Sofi porque no sabía qué más hacer. Se vino con Juan enseguida, de Madrid. ¿Recuerdas algo?

—¿Cuánto tiempo llevo así? —quiso saber, tras aceptar un vaso de agua que le ofreció Sofía.

—Cinco días.

Ella desorbitó los ojos.

Luis y Sofía se dedicaron una significativa mirada.

—Juanito —le dijo su amiga—, ¿por qué no me ayudas a prepararle una sopita a la tía?

Sofía y Juan se marcharon cerrando tras de sí. Eugenia se incorporó con cuidado, apenas tenía fuerzas.

—Estás en mi casa —le explicó Luis, grave—. Me compré este apartamento cuando Bel y yo nos separamos. No es tu culpa, por mucho que lo haya dicho ella. Sofi me lo ha contado todo, que Bel te dijo que yo le puse como condición para que volviéramos juntos que arreglase las cosas contigo. Es mentira, como mentira es todo lo que tiene que ver con ella y contigo, Eugenia —respiró hondo y empezó desde el principio—. Ya sabes que Bel y yo fuimos novios siendo unos críos de quince años —no sonreía, continuaba muy serio, pero sus ojos transmitían tristeza, decepción, nostalgia, pérdida, sufrimiento...—. Estuvimos juntos varios años, pero no todo fue maravilloso. Cuando le tocó en clase hacer un trabajo con Felipe, nuestra relación cambió.

Un escalofrío la recorrió al escuchar ese nombre. Se abrazó a sí misma, fue inconsciente.

—Felipe era el más guapo del instituto —continuó su cuñado, recostándose en las palmas—. Estaban todas locas por él, pero Bel no le prestaba atención, solo tenía ojos para mí. Me sentía afortunado, la verdad, porque ella era la más guapa de todas. Pero —ladeó la cabeza, mirando al suelo— ese trabajo los unió. Poco a poco se hicieron amigos. Un tiempo después, Bel comenzó a ignorarme, a pasar de mí, y a centrarse en Felipe. Yo estaba loco por ella, Eugenia, me dolía que se comportara así conmigo, porque yo sabía que él no le gustaba, que solo lo veía como un amigo. Lo dejamos un tiempo en primero de carrera, un tiempo en el que Bel estuvo con otros. Y nos reconciamos. ¿Sabes cuándo?

Ella negó con la cabeza, rodeándose las rodillas flexionadas.

—Antes de acabar nosotros la universidad, cuando tus tutores hablaron con tus padres y les preguntaron si podían hacerte unas pruebas para conocer tu coeficiente —declaró Luis en voz baja—. Los resultados de esas pruebas tardaron dos meses, los mismos dos meses que estuvimos juntos Bel y yo. Pero fue horrible. No parábamos de discutir. Todo le sentaba mal, me gritaba muy a menudo, me insultaba por la calle... Una de esas veces, Felipe fue testigo, quiso mediar para que nos tranquilizásemos y, como yo estaba tan enfadado, le pegué un puñetazo para que se callara y dejara de meterse entre Bel y yo —sonrió sin humor—. Me arrepiento de eso, porque él no tenía la culpa. Él nunca se metía entre Bel y yo. Nunca.

—¿Qué pasó?

—Pasó que Bel rompió conmigo en ese momento. Luego, me enteré de que esa misma noche salisteis a celebrar lo de tu coeficiente intelectual. —Eugenia se ruborizó—. Me enteré porque

Bel me lo dijo, y también me dijo que esa noche, tras la cena, por fin Felipe y ella habían iniciado una relación. ¿Y sabes una cosa, Eugenia? —se inclinó—. Que Bel no dejó de estar conmigo en esos cinco años que estuvo con él. Ella me buscaba. ¿Sabes cuándo? Cuando a ti te había pasado algo bueno. ¿Sabes por qué? —se inclinó más—. Porque era mala. Y eso no solo lo sabía yo, sino también tu madre —se sacó de la espalda un cuaderno viejo de piel que había tenido escondido—. Y el problema creció cuando Bel descubrió esto al morirte tus padres, cuando tuvisteis que venderlo todo —le entregó el cuaderno—. Es el diario de tu madre. Curiosamente, comenzó a escribirlo el mismo día que Bel os presentó a Felipe —se levantó y caminó hacia la puerta—. Tú estabas disfrazada de *Minnie Mouse* —se giró y la miró—. Léelo, Eugenia, tómate todo el tiempo que necesites —y se fue.

Ella lo abrió con manos temblorosas. Lo primero que había escrito decía así: *Cómo he podido engendrar dos seres tan distintos: un ángel y un demonio, y sabemos tú y yo que el demonio es Isabel. Hoy, por fin, me he dado cuenta...*



Y Felipe esperó en vano.

Arreglado con su traje nuevo de novio, había acudido puntual a la iglesia el día siete de enero para casarse con su Nana, pero, tal cual predijo ella, había esperado en vano durante horas, porque no se movió del altar hasta que don Alfonso tuvo que echarlo porque debían cerrar.

Y de eso hacía ya quince días, los peores de su vida, nada comparables a los siete años y once meses que habían estado separados. No. Ahora era infinitamente peor. Si en el pasado no había dejado de pensar en su ratoncita, ahora todo le recordaba a ella. Absolutamente todo. No había un solo centímetro de su casa, de Madrid, de un avión, de un viaje, del mundo entero... que no le recordase lo vivido con Eugenia desde que se habían reencontrado en el aeropuerto de Barcelona, mucho más desde que se habían besado por primera vez en Bangkok el uno de noviembre.

En ello influían tres cosas: el álbum digital de su mesita de noche, que no dejaba de mirar a cada rato que paraba en su casa, es decir, cuando no estaba pilotando, porque, excepto trabajar, no hacía nada, se encerraba; la segunda, era el álbum en papel de Nueva York, que Eugenia no se había llevado consigo.

La tercera cosa llegó a su apartamento esa mañana...

Dos hombres que cargaban con varias cajas grandes se presentaron en el piso con una carta que le entregaron.

—¿Felipe Barrueco?

—Soy yo.

—Tenemos que montarle esto en su habitación y en el pasillo, ¿nos indica el camino, por favor?

—Un momento —frunció el ceño—. ¿Qué es todo esto?

—Lea la carta, señor.

Felipe respiró hondo y rasgó el sobre. Sacó el papel doblado. El corazón le dio un vuelco al reconocer la letra escrita de Eugenia.

Mi queridísimo príncipe rojo:

Te estarás preguntando qué es todo esto tan raro, todas estas cajas y qué quieren estos señores tan serios... Pues... ¡Tu regalo de Navidad! Ya sé que viene con retraso... Soy un desastre, tú me conoces. Aunque reconozco que viene con retraso por tu culpa. Sí, sí, tu

culpa, Felipe, porque si no te hubieran entrado esas prisas por casarnos el siete de enero, se me hubiera ocurrido este regalo con tiempo para que lo descubrieras en su día correspondiente.

Quería hacerte algo muy especial, algo mágico, como todos los momentos que paso contigo, algo inolvidable como "nuestro mapa"... Perdóname, llega con retraso, ¡pero ha llegado!

Y ahora, tengo que pedirte algo... No puedes mirar lo que ellos hagan hasta que te avisen de que ya está terminado. Y no me importa que te tapes los ojos, te encierres en el aseo de la entrada o los esperes fuera de casa, pero... ¡no puedes mirar hasta que esté terminado!

Y no te preocupes, porque les dibujé el pasillo y la habitación y les di las medidas que necesitaban, así que, tranquilo, ellos saben lo que hacen.

Te amo, mi príncipe rojo, desde siempre...

Tu Nana...

P.D.: Segunda estrella a la derecha...

—Y luego recto hasta el amanecer... —concluyó él con la voz quebrada—. Mi Nana... —acarició la hoja, conteniendo las lágrimas.

—¿Señor?

Felipe suspiró y les indicó con la mano el pasillo y el dormitorio.

—Estaré aquí fuera, en el descansillo —les avisó él, antes de salir de casa.

Leyó la carta tantas veces, acarició la letra tantas veces, que perdió la noción del tiempo.

—Ya está, señor Barrueco. No toque nada en las próximas veinticuatro horas.

Felipe se levantó de las escaleras, les tendió la mano, les agradeció su trabajo y se marcharon. Inhaló una gran bocanada de aire y entró. El aroma a pegamento lo inquietó. Desde la entrada se veía el pasillo, pero estaba en penumbra porque era casi de noche, por lo que prendió las luces de la vivienda.

Y se le cayó el papel al suelo.

Y su oxígeno se extinguió.

Despacio y boquiabierto, anduvo hacia el pasillo. Había un trozo de pared vacía a ambos lados hasta las puertas de las habitaciones de invitados. Había. Ya no.

En la pared de la izquierda, ocupando todo ese trozo antes vacío, habían puesto papel pintado, y no uno cualquiera... Eugenia, vestida de *Minnie Mouse* con siete años, sonriendo, estaba sentada justo donde el rodapié, en grande y retocada. No era una fotografía, sino un dibujo animado, pero era ella, su ratoncita. En la pared de la derecha, salía él, también dibujado, en la cabina de un avión, con los cascos puestos, la mano en la palanca de mando y con el pelo más corto, lo que significaba que era de las primeras veces que había pilotado.

Continuó caminando hacia su dormitorio. Frenó en seco en el umbral. Las lágrimas estallaron, mojando su rostro con violencia.

Cada hueco de pared, cada centímetro... había diferentes fotos de ellos dos en distintos tamaños, todas ellas en un mismo papel que habían pegado a las tres paredes, pues en la cuarta se hallaba el armario. Y se trataba de papel pintado también. Iban desde la izquierda de la puerta hasta la derecha, de pequeñas a grandes y, a medida que avanzaban, se iban difuminando, desde color hasta blanco y negro, para terminar en un resplandor, simulando...

—La segunda estrella a la derecha.

Impresionante.

Y, entonces, el pasado se desvaneció. Los recuerdos que quedaron se resumían a los dibujos

animados del pasillo, los dos días más felices de sus vidas: cuando se conocieron y cuando Felipe empezó a pilotar como profesional. Y de ahí, los recuerdos pasaban directamente a su reencuentro de hacía tres meses. Los únicos recuerdos que se mantuvieron en el tiempo eran esos, los que su Nana había congelado en las paredes de su casa. Los únicos.

Gracias a ese regalo, él se percató de que las palabras que le había dicho Eugenia al romper su relación el día antes de la boda ya no valían, acababan de perder todo el sentido. Ella no se había dado cuenta de la naturaleza y del significado de ese regalo.

Y Felipe se encargaría a partir de ese momento de demostrárselo.

Esa misma noche, tumbado en la cama, le escribió el primer mensaje desde que se separaron quince días atrás.

F: *Estabas arrodillada en el suelo, te habías tapado la cara con las manos. Tu maleta estaba abierta y tu ropa, desperdigada en desorden. Me acerqué sin saber que eras tú, pero la repentina fragancia a azahar me hizo cerrar los ojos y, por un segundo, recé para que fueras tú. Te pregunté si estabas bien. Y cuando te quitaste las manos de la cara... se me paró el corazón. Llorabas mientras me explicabas que acababas de perder el avión y que si llegabas tarde al trabajo, tu jefe te despediría. Me miraste y tus impresionantes ojos verdes gritaron: Mi príncipe rojo... Nos montamos en el avión que pilotaba Richi y te abracé los cincuenta minutos de trayecto. No quise soltarte al aterrizar. No quise despedirme de ti. Quise detener el tiempo y permanecer el resto de mi vida a tu lado. Este es mi tercer recuerdo tuyo.*

No esperaba respuesta.

Tampoco la recibió.

Al día siguiente, después de trabajar, alcanzó su casa a las diez de la noche. Se duchó, cenó un bocadillo y se fue a dormir, pero antes le escribió un segundo mensaje. Le relató el cuarto recuerdo que tenía de ella: Eugenia arreglada con el precioso vestido de ante gris, de mangas acampanadas, la noche que le enseñó la foto que guardaba en la cartera, la noche en que Richi y Sofi se conocieron. Esa noche, también se le había parado el corazón al verla descender del taxi, y también había querido detener el tiempo y permanecer el resto de su vida a su lado.

Y así, él le escribió todos y cada uno de sus recuerdos durante tres días, sin recibir respuesta y rezando para que, al menos, los hubiera leído, no borrado directamente al ver el nombre de Felipe en la pantalla de su iPhone.

El día antes de la fiesta de aniversario de DATCO, telefoneó a Tomás y quedó con él para tomarse una cerveza en un bar en Berlín. Sentados en unos taburetes de la barra de madera del local, cada uno observó su cerveza durante unos minutos en silencio.

—Ha vuelto a Madrid —anunció Tomy, serio.

A Felipe se le aceleraron las pulsaciones.

—Hoy, esta mañana —le aclaró su amigo—, por una entrevista de trabajo. Se está quedando con Sofi, pero regresa a Barcelona el domingo por la noche.

—¿Ha estado en Barcelona? —se le oprimió el pecho—. ¿Con Isabel? —se levantó como un resorte—. ¡Cómo se le ha ocurrido!

Ni siquiera Carlota se lo había dicho, pues había mantenido contacto con Eugenia las últimas semanas, pero no sabía nada más que eso. Ni él le había preguntado, ni su amiga le había contado.

—Relájate, Felipe —lo agarró del brazo y lo obligó a sentarse—. Está en casa de su cuñado, no con su hermana. Bueno, ex cuñado, porque se están divorciando. Juan está viviendo con Luis.

Isabel desapareció de la vida de todos. Dejó una carta para el niño, despidiéndose de él. La única persona que conoce su paradero es su abogado, por el tema del divorcio. Y ha renunciado a la custodia de Juan. Eugenia está viviendo con ellos desde que... —carraspeó, incómodo—. Y ya hizo el libro de vuestro viaje. Lo ha enviado a varias editoriales por toda España —sonrió—. Hoy es la quinta entrevista que ha hecho, tres de ellas las llevó a cabo por videoconferencia.

Felipe sonrió, muy orgulloso de ella, sabía que iba a triunfar.

—¿Qué tal está? —se atrevió a preguntar él.

Tomás suspiró con fuerza, frunciendo el ceño.

—Mira, Felipe, no te voy a mentir —lo miró, grave—. Me alegré cuando rompisteis. Sin embargo —dejó caer los hombros—, solo me duró un segundo esa alegría, justo el tiempo que necesité para darme cuenta de que no era una ruptura. Porque no habéis roto. Sofi y Richi sí rompieron. Ellos sí —asintió—. La mirada de Sofi está rota, igual que la de Richi, que la de Eugenia y que la tuya, pero hay una gran diferencia entre las de ellos y las vuestras, Felipe. En la de Sofi y en la de Richi hay decepción y renuncia, pero en la de Eugenia y en la tuya hay esperanza. Y mientras haya esperanza, no está todo perdido.

—No sé qué hacer, Tomy... —confesó él, agachando la cabeza—. Estoy muerto de miedo. La esperé en la iglesia todo el día hasta que el cura me echó porque tenían que cerrar.

Su amigo ahogó una exclamación de sorpresa.

—Es mi Nana y siento que la he perdido —continuó Felipe en un susurro—. He estado escribiéndole mensajes con recuerdos que tengo de ella —sonrió con tristeza—. ¿Sabes por qué? Porque ella me dijo que tenía que romper con el pasado, poner punto y final para seguir hacia delante con su vida, y que eso no podía hacerlo si no salía de mi vida, porque todos los recuerdos que tiene conmigo son con Isabel, que los tres estábamos unidos —suspiró—. Los recuerdos que le estoy escribiendo son solo los que nos conciernen a ella y a mí, los importantes, los que hemos vivido juntos desde que nos reencontramos en octubre después de ocho años, sin Isabel —dio otro trago—. Podría pedirte la dirección de Luis, a ti, a Carlota o a Sofi, pero no quiero presentarme sin haber sabido nada de ella. Quiero que reaccione por sí sola, que me escriba mandándome a la mierda, que me llame para que no vuelva a molestarla, que me bloquee en el teléfono... Algo, lo que sea, pero quiero que reaccione y, ahora mismo, no reacciona. Y tiene que reaccionar sola, porque solo así se dará cuenta de lo que ya le dije una vez, que era la dueña de mis recuerdos, pasados, presentes y futuros. ¿Sabes qué me contestó cuando le dije eso?

—¿El qué?

—Que mi vida no tendría que ser un recuerdo.

La frase hablaba por sí misma.

Tomás sonrió por primera vez.

—Eugenia necesita un empujoncito para reaccionar, no bastan solo las palabras, y conozco la manera, Felipe. ¿Confías en mí?

Felipe, extrañado, frunció el ceño, pero asintió.

Un rato más tarde, se despedía de su amigo con el ánimo renovado, aunque aterrado por si el plan que habían fraguado no resultaba como esperaban.

Esa noche, tenía cena con la familia Ordeno, pero había quedado con Carlota una hora antes para charlar. La rubia se lo había pedido como favor. Se reunieron en la habitación del hotel donde él se hospedaba.

—¿Ha ocurrido algo? —se preocupó Felipe.

—Todavía, no —nerviosa, paseó por la amplia estancia retorciéndose las manos—. Esta noche les diremos a mis padres que hemos roto.

—Pero la firma del traspaso de tu parte de la empresa es después de la fiesta —se acercó—. ¿Por qué este cambio?

—Porque ya no puedo más... —de pronto, se derrumbó en el sofá frente a la cama. Las lágrimas resbalaron por sus ruborizadas mejillas—. DATCO es mi sueño, Flip, y mi presente, pero si consigo DATCO mi futuro estará vacío, como me siento yo ahora... —se secó la cara con delicadeza.

Él se acomodó a su lado. Sonrió.

—Vas a por todas con Hagen —afirmó Felipe.

—Eso pretendo. Yo... —lo contempló con increíble pena—. Lo que os ha sucedido a Eugenia y a ti... —suspiró, irregular. A él se le borró la sonrisa—. No quiero eso, no quiero seguir levantándome cada día sin Hagen a mi lado, destrozada, como lo estáis Eugenia y tú, y por culpa de una tercera persona, en tu caso, es Isabel, en el mío, es mi padre —respiró hondo para serenarse—. No estuvimos mucho, apenas unos meses, pero fue tan intenso —se arrugó el vestido en el pecho—, que no concibo mi vida sin él. Y sé que él ha tirado la toalla. Lo veo en sus ojos... —agachó la cabeza—. También sé que cuando uno ha tirado la toalla, si el otro lucha, si el otro actúa de fortaleza, puede ayudarlo a recoger la toalla, no sé si me entiendes...

—Te entiendo perfectamente. Lo que vale son los actos, no las palabras. Eso me lo ha enseñado Tomy hoy —sonrió.

—Es cierto, lo que vale son los actos —se puso en pie, decidida—. Por eso voy a renunciar a DATCO.

—¿Estás completamente segura? —se incorporó también.

—Me importa DATCO, Flip, tú sabes cuánto, pero no lo quiero si por ello voy a ser infeliz el resto de mi vida, si por una empresa, si por dinero, voy a perder a Hagen. No quiero DATCO. Y lo siento por mi familia —volvió a llorar, angustiada—, de verdad que lo siento, pero tengo que vivir mi propia vida... Aunque sea sin una sola moneda en el bolso, pero le prefiero a él antes que a nada ni a nadie. Prefiero ser pobre a no tenerlo a él. Estoy dispuesta a cualquier cosa, y os lo debo a ti y a Eugenia —le acarició el brazo—. Felipe, por favor, lucha tú también. No te imaginas cuánto te echa de menos. No te imaginas cuánto está sufriendo sin ti. No me lo ha dicho, pero lo sé. Sé por lo que está pasando. Sé por lo que estás pasando tú.

El corazón de Felipe frenó en seco.

—Carlota, te apoyaré en tu decisión, aunque tenga que enfrentarme a Bruno y perder mi trabajo, no me importa, pero no lo hagas esta noche —arqueó las cejas—. Necesito un favor...

—Te escucho.

Se sentaron de nuevo en el sofá y él procedió a relatarle el plan que había pensado Tomás.

—No sé si será buena idea... —musitó Carlota, que chasqueó la lengua—. Está muy dolida...

—No se me ocurre nada más para recuperarla que hacerla venir a la fiesta, que me vea —la agarró de las manos—. Carlota, por favor... Estoy muerto de miedo. La necesito conmigo... La quiero cuidar, proteger, no quiero perderme un solo día más de su embarazo... —se le empañaron los ojos—. Necesito que reaccione, y creo que de esta forma...

—¿Y si no viene?, ¿te rendirás? —suspiró, lamentándose, negando con la cabeza.

—Ayúdame, por favor...

—Supongo que te la debo.

—¿Eso es un sí?

Se miraron unos segundos cargados de tensión y, finalmente, su amiga asintió.

Salieron del hotel y el chófer de Carlota los llevó a la mansión que la familia Ordeno poseía en una urbanización de lujo a las afueras de Berlín.

La cena transcurrió como siempre, tranquila, con las típicas pullas del matrimonio para presionarlos y que eligieran fecha de boda, y con bromas.

—Papá —le dijo la rubia a Bruno en el postre con una sonrisa.

—Dime, hija.

—En realidad, ya tenemos fecha de boda.

—¡Qué bien! —exclamó Loreto, palmeando en el aire—. ¡Cuánto me alegro! —se puso en pie y corrió a abrazar a la joven pareja.

—¿Cuándo? —quiso saber el señor Ordeno, feliz y radiante por la noticia.

Carlota y Felipe se miraron.

—El primer viernes de marzo.

—Pero... Eso es dentro de nada —señaló la señora Ordeno, boquiabierta.

—¿No queríais que fuera deprisa? —bromeó su hija, riéndose.

—A mí me parece perfecto —comentó Bruno, encendiéndose un puro—. Para celebrarlo —le ofreció uno a su futuro yerno, pero declinó la invitación.

—Papá, mamá... ¿Os importaría que lo anunciásemos mañana en la fiesta? —les pidió Carlota con total serenidad y simulada alegría nupcial.

—Claro, hija —concedió el matrimonio al unísono, cogiéndose de la mano.

—Mamá... —añadió la rubia.

—Dime, cielo —le contestó Loreto.

—¿Me prestarías el anillo de la abuela mañana?

—Por supuesto, cariño —le sonrió y la besó en la mejilla con adoración—. Además, la boda es un hecho, así que ese anillo ya te pertenece.

Se referían a un anillo de oro blanco que intercalaba zafiros y diamantes por toda la sortija. Había sido el anillo de compromiso del bisabuelo materno de Carlota a su bisabuela y había pasado a las hijas mayores, de generación en generación. Loreto era la mayor de cuatro hermanas, por lo que lo había heredado.

*

Y la fiesta del aniversario de DATCO llegó.

Felipe, vestido con un esmoquin a estrenar, esperaba a Carlota en la entrada de la mansión de los Ordeno.

—Qué guapo estás, Flip —sonrió con cariño.

—Tú también, Carlo —le guiñó un ojo, sonriendo.

Rara era la ocasión en que aquella mujer no llamase la atención por su elegancia. Y esa noche no era una excepción. El vestido era negro, de falda con volumen y el cuerpo, de pedrería; se había recogido los rubios cabellos de mechas en una coleta alta, tirante y lisa que terminaba en un tirabuzón. Estaba deseando ver la reacción de Hagen cuando la viera.

Los señores Ordeno ya se habían marchado hacia el hotel donde se llevaba a cabo el aniversario de la empresa. Ellos lo hicieron en ese momento.

—Saldrá bien.

—Eso espero.

—¿Has sabido algo de ella?

—Todavía nada.

La noche anterior le había escrito otro mensaje a Eugenia con otro recuerdo, después de cinco días sin pronunciarse y acabando el mensaje de la misma manera que los otros.

Alcanzaron el hotel veinte minutos más tarde. El coche se detuvo frente a la alfombra roja, flanqueada por periodistas y fotógrafos. Él salió primero y ayudó a Carlota, como todo buen caballero. Del brazo, cruzaron la alfombra con una sonrisa perfecta.

Los nervios se acrecentaron al entrar en el gran salón, ubicado en la planta baja del edificio, por el que se accedía a una hermosa terraza con jardín llena de plantas y flores con la iluminación idónea para relajarse del bullicio e, incluso, disfrutar de un poco de intimidad.

La cena se disponía en una especie de bufet libre, en una mesa alargada a la derecha. De frente, se hallaba un podio donde Bruno daría su mítico discurso y, detrás del mismo, la orquesta que ambientaba la celebración. Numerosos invitados, empleados de DATCO y acompañantes, poblaban el espacio entre charlas animadas y risas, bebiendo y comiendo. Comenzaron a saludar.

Una hora después, encontró a Tomás en una esquina hablando con Ricardo.

—¿Dónde está? —le exigió en un tono bajo, a punto de padecer un colapso por la expectación.

Tomy le dirigió una mirada de tristeza.

—Lo siento, Flip, pero no he podido convencerla.

—¿Le mandaste los billetes de avión? —insistió Felipe.

—Hablé con ella por teléfono, le envié los billetes por *e-mail*, le he escrito mensajes durante todo el día, incluso la he chantajeado porque me debe una, pero se ha negado en redondo. Ni siquiera ha aceptado al decirle que podía venir con Sofí. Lo siento...

—Gracias, Tomy —le palmeó la espalda, sintiéndose aún peor de lo que ya se sentía—. No pidas perdón, porque el único que lo ha jodido he sido yo. Y sabíamos que esto era más que probable.

—Felipe... —Tomy respiró hondo como armándose de valor—. Me dijo que no quería saber nada de ti y que esperaba que todo te fuera fenomenal con tu actitud de cobarde de siempre.

La había perdido... para siempre.

Se quedó sin respiración. Un sudor frío perló su piel. Se tocó la pajarita con la intención de arrancársela, pero Richi lo interrumpió.

—¿Qué está pasando?

—Nada, Richi —cerró los ojos un instante—. Tomy iba a convencer a Nana de que lo acompañara a la fiesta para que yo pudiera hablar con ella, pero no ha querido venir. Lo único que me queda por hacer es respetar su decisión —se le empañaron los ojos por enésima vez en las últimas semanas—. Al final, va a tener ella razón —clavó los ojos en sus zapatos—. No estamos destinados a estar juntos. Solo tengo que creérmelo.

—No te lo creas —apuntó Ricardo de repente, sonriendo hacia un punto a su espalda—. Tu Nana acaba de llegar.

Felipe se giró de inmediato como una exhalación.

Allí estaba.

Su Nana...

Sufrió un infarto al verla, primero, por tanto como la había echado de menos y segundo, porque le robó el aliento por lo bella e impresionante que estaba. El vestido era una maravilla, sin mangas, con cientos de perlas y lentejuelas diminutas que brillaban hechizantes bajo la luz en la parte superior del traje, que tapaban los senos y el estómago creando un dibujo encima de la tela transparente sobre su piel, permitiendo que se entrevieran milímetros de su cuerpo, insinuando, pero con suma exquisitez; era estilo sirena y con cola pequeña; en la falda blanca, seguía el dibujo del corpiño en los laterales y, cuando ella se giró, él pudo comprobar que la espalda era transparente y cerrada en la nuca con parte de las perlas y las lentejuelas en los omoplatos; sus cabellos se los había recogido en un moño romántico a modo de trenza.

—Felipe —lo despertó Tomás del trance—, te lo dije —sonrió— hay esperanza.
Eso esperaba él...

—No sé cómo demonios me he dejado convencer para esto —masculló Sofia que, por fin, se reunió con ella en la entrada del gran salón. Estaba espectacular con ese vestido rojo y sexy de Valentino que se había comprado nada más aterrizar en la capital alemana—. Te debo querer mucho, Thelma, y tú me lo estás agradeciendo muy poco. Es que sigo sin entender qué hacemos aquí...

Eugenia no sonrió, pero apreció enormemente que su mejor amiga, con la que ya se había reconciliado, la acompañara a la fiesta de aniversario de DATCO. Y no sonrió porque llevaba desde el seis de enero sin sonreír.

—Recuerda —le susurró Sofia al oído—, que te vea con este vestido tan impresionante que llevas bien orgullosa e ignorándolo, que vea lo que ha perdido por imbécil, y, entonces, nos vamos.

Ella asintió.

Era tan estúpida que había obviado su miedo a volar para asistir a esa fiesta en Berlín solo por él... Siempre él...

Y llevaba desde el día anterior, discutiendo con Sofi sobre si ir o no ir con Tomy. ¿Y por qué había ido? Para sufrir... Sofia se había negado rotundamente, al igual que Eugenia al principio, pero tanto mensaje de Tomás rogándole que, por favor, fueran, las había convencido.

Mentira.

Los celos por si le veía con otra habían terminado de convencerla. Esas malditas inquietudes, molestias, alarmas, que mantenían a una persona al borde del colapso nervioso, causando un posible asesinato, porque en ese instante quería matarlo.

Acababa de conseguir un trabajo como fotógrafa en una revista en Barcelona. Por la mañana, la habían llamado para comunicárselo, pero no estaba segura de aceptar. El sueldo era bajo, aunque suficiente para ayudar económicamente a su cuñado, pues había decidido vivir una temporada con Luis y Juanito, más que nada por el niño. Ahora que Isabel se había marchado para siempre de sus vidas, su sobrino necesitaba una figura materna.

¿Por qué ahora que parecía que remontaba de la tristeza y del dolor, ahora que parecía que se había acostumbrado a vivir sin Felipe, otra vez, aunque no sin sus mensajes, ahora que parecía que emprendía un nuevo comienzo, se complicaba la vida de esta forma?

Otra mentira.

Felipe Barrueco era su príncipe rojo, desde siempre y para siempre. Y no existía un solo día en el que no hubiera pensado en él desde que lo conoció, hacía ya veintiún años.

—¡Hola! —las saludó Tomás, acercándose a ellas.

Se besaron las mejillas y se abrazaron. Tomy les presentó a más pilotos y, durante una hora, ella y su mejor amiga se distrajeran y disfrutaron.

Más mentiras.

Ni Sofia ni Eugenia se lo estaban pasando bien. Estaba siendo la peor noche de sus vidas. Para Sofi, asistir a tal evento con Ricardo presente se estaba convirtiendo en un suplicio. Y para Eugenia, buscar continuamente a Felipe con los ojos y encontrarle siempre pegado a Carlota, conseguiría que el corazón le explotase del pecho.

—Eugenia.

Se giró ante su nombre y descubrió a Hagen, sonriéndole con gran pesar, que no ocultaba. Y le comprendía tan bien...

—Hola, Hagen —le sonrió.

—Me sorprende verte aquí hoy.

—Supongo que necesitaba verle una última vez —su semblante se cruzó por el dolor, que tampoco se molestó en ocultar.

—Yo estuve a punto de no venir —apuró la copa de *whisky*—, pero quería estar cerca de ella para apoyarla porque Bruno, además de anunciar la supuesta boda, también anunciará el traspaso de la gerencia a Carlota.

—¿Y la has visto? A Carlota.

—Sí —comprimió la mandíbula.

—Yo, también, pero él a mí, no.

—Márchate ya —la tomó del codo y se inclinó—. No te tortures más, porque, aunque estén fingiendo por Bruno, verlos juntos no duele, sino que mata —la soltó con delicadeza.

—No puedo —declaró, solemne—. Quiero que me vea y como una ton-tonta —su voz se rompió—, quiero que me diga a la cara por qué no salió detrás de mí cuando me fui, pero, quince días después, empieza a mandarme mensajes y luego vuelve a desaparecer —tragó con esfuerzo—. No quiero perjudicar a Carlota, pero... —sus ojos se turbaron por lágrimas de rabia, pero se obligó a no derramar una sola, como se obligaba cada día desde hacía veinticuatro días.

Él le dedicó una triste sonrisa, comprendiéndola más que nadie.

—Thelma, por favor... —comenzó Sofi—. Hola, Hagen —lo saludó en inglés, pues no sabía alemán. Sonrió, aunque la alegría no alcanzó su abatida mirada.

—Hola, Sofi —le sonrió de igual modo y la besó en la mejilla.

—¿Habéis formado el club de los desechos del amor? —ironizó Sofia, con la lengua un poco trabada—. Porque, si es así, me apunto —cogió una copa de champán que un camarero la ofreció—. ¿Brindamos por ello? Así, ahogamos las penas en el alcohol. Si quieres, Hagen, Thelma y yo te enseñamos. Ya lo hicimos una vez en las Maldivas —se bebió casi la copa entera de un trago.

—¿Os sirvió de algo? —se interesó Vikingo.

—En su momento, sí, hubo reconciliación pasional y todo, pero, a día de hoy, Thelma y yo estamos solteras —se terminó el champán—. ¿Y sabes qué es lo mejor, Hagen? Que en mi caso, él está casado y en el de Thelma, es un niño inmaduro —cogió otra copa—. Me gusta este grupo de los desechos del amor.

Eugenia se alarmó. Sofia estaba ebria, sin duda, pero no solo eso, sino que era la primera ocasión en que la escuchaba hablar así sobre su situación con Richi. Solía evadir el tema cuando ella le preguntaba, pero ahora, no. Y, aunque Hagen era de confianza, estaba gritando a los cuatro vientos que Ricardo tenía esposa.

—Uf... —suspiró Sofi, aferrándose al brazo de Eugenia—. ¿Me acompañas al baño, por favor? Necesito un poco de agua en la nuca.

—¿Estás mareada?

—Un poco...

—Vamos —les indicó Hagen, rodeando la cintura de Sofia para que nadie se percatara de nada—. Voy con vosotras.

Los servicios se encontraban a la derecha de la enorme estancia, al final de un estrecho y largo corredor. Vikingo las esperó fuera mientras ambas amigas se relajaban a solas.

—¿Estás mejor? —quiso saber Eugenia, posando una mano en la espalda de Sofi.

—No... —sollozó, alzando el rostro para observarla.

—Sofi... —la abrazó, aguantándose sus propias lágrimas porque, si una no podía ser fuerte, la otra debía transformarse en su muralla.

Su mejor amiga, su hermana, estaba sufriendo y todo por su culpa, por haberle pedido que volara a Berlín, que no la dejara sola.

Sofía explotó en llanto, sonoro, muy sonoro... Eugenia se estremeció, pero aguardó a que se calmara, acariciándole el pelo suelto con inmenso cariño.

—¿Por qué está casado? —pronunció Sofi en un tono ronco—. ¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué permitió que me enamorara de él si lo nuestro era imposible desde el principio? ¿Por qué?!

Minutos más tarde, le retocó el maquillaje a su amiga, ya serena y sin rastro de alcohol, y de la mano salieron en busca de Vikingo.

Sin embargo, al cerrar la puerta del servicio, el trío compuesto por Felipe, Carlota y Ricardo se aproximó a ellos entre carcajadas que se cortaron de golpe al verlos. Automáticamente, Hagen, Eugenia y Sofía se irguieron, a la defensiva.

Su príncipe rojo... ahí estaba. Imposible estar más atractivo que él...

Se tragó el grueso nudo que se le formó en la garganta.

—Me alegro mucho de que hayáis venido —les dijo Carlota con una débil sonrisa.

—Hola, Carlo —respondió Sofi, sin esconder el malhumor—. ¿Tus acompañantes también se alegran? Apuesto a que sí.

Richi, que no le quitaba la ardiente mirada de encima a su ex novia, entornó sus ojos azules, pero no respondió.

—Vámonos —gruñó Vikingo en alemán, ofreciéndoles un brazo a cada una—, que la peste se contagia.

—Desde luego —convino Eugenia.

Carlota dibujó una sonrisa de comprensión hacia las chicas; para ella, tampoco era fácil.

Los tres los rodearon para volver a la fiesta, pero Felipe los detuvo, al comentar:

—Volvamos a la fiesta, Bruno está a punto de hacer el anuncio.

Eugenia se separó de sus amigos y lo encaró.

—Si te refieres a vuestra supuesta boda, no te preocupes, que estaré en primera fila para felicitaros. A lo mejor, la boda de mentira te sale mejor que la de verdad —colocó los puños en las caderas.

Felipe contuvo la respiración, pero se recompuso enseguida.

—Te lo agradezco —ladeó la cabeza—, Eugenia.

Ella dio un respingo al escuchar su nombre, perdiendo todo rastro de color en su cuerpo. Fue a recordarle que en una ocasión, en las Maldivas, él le había prometido que nunca más la llamaría *Eugenia*. Y acababa de romper la promesa. Pero se calló. Se giró y se alejó con Hagen y Sofía.

Ya no le quedaba nada más que hacer allí. Había ido a verle, a que él la viera, a enfrentarle, a darle una última oportunidad de hacer las cosas bien, con la esperanza, aunque lo negara, de que él corriera hacia ella, la abrazara y todo el dolor quedara atrás y volvieran a ser Nana y su príncipe rojo. Pero nada de eso había pasado. Lo único que le quedaba era marcharse de allí, y cuanto antes.

El problema surgió cuando su amiga desapareció. La buscó en vano.

—¿Sabes dónde está Sofi? —le preguntó a Tomy.

—No. ¿Te encuentras bien? —frunció el ceño—. Me refiero a...

—Sé a lo que te refieres.

—¿Y ya está?

Eugenia lo contempló con una expresión de desconcierto.

—Tomy, no sé...

—¿No piensas hacer nada? —inquirió Tomás, enfadado.

Y ella se enfadó.

—¿Y qué más quieres que haga, Tomy? Estoy aquí, ¿no? Soy yo la que, una vez más, viene a él. Y no ha hecho nada porque solo le importa la supuesta boda, porque quien le importa es Carlota, no yo, eso es lo que está demostrando.

Eugenia no soportaba aquello, necesitaba huir. Se alejó precipitadamente hacia la terraza. Respiró hondo con fuerza al percatarse de que no había nadie. Se apoyó en la pared de ladrillos y cerró los párpados. Las lágrimas descendieron veloces, violentas y desesperadas. Hagen tenía razón. No dolía... La estaba matando.

—Creí que estarías en primera fila para felicitarme.

Esa voz, un poco áspera y tan familiar... la sobresaltó.

Se apartó de la pared como si se hubiera quemado. Felipe, serio, en las sombras del jardín, a escasos dos metros, la observaba con un brillo en los ojos que le erizó la piel a ella, tenebroso.

—Felicidades —masculló Eugenia, ofreciéndole el perfil y cruzándose de brazos.

—¿Y ya está?

Ella se giró.

—¿Y qué quieres que te diga?

—No hace ni veinticuatro horas que te escribí un mensaje.

—¿Y? —apretó la mandíbula—. No los leo.

—Tu boca miente —avanzó despacio—. ¿Sabes lo que, en cambio, me están diciendo tus ojos ahora?

Eugenia tuvo que alzar la barbilla por la alarmante cercanía. Tragó saliva.

—No me interesa —le contestó ella, rodeándolo para regresar a la fiesta.

Pero él la agarró del brazo. Forcejearon y él ganó, empostrándola contra la pared, apoyando las dos manos a ambos lados de su cabeza e inclinándose hasta que las narices casi se rozaron.

—¿Quién es la cobarde ahora, Eugenia?

Un cuchillo afilado se clavó en sus entrañas al escuchar por segunda vez su nombre.

Felipe se alejó un par de pasos.

—Vamos, haz o di algo, lo que sea —comprimió la mandíbula, conteniéndose—. Vamos, Eugenia, sé valiente. ¿No eras tú quien me tachaba a mí de cobarde?

—Esto es lo que me faltaba. No tengo nada que decir, pero hacer, sí: me voy —pero no se movió.

—Vete. ¿Qué esperas conseguir con eso?

—¿Y qué esperabas conseguir tú portándote así este mes? ¿Volverme loca? Destrozas nuestra vida, no sé nada de ti en quince días y, cuando empiezo a salir del pozo, te da por mandarme mensajitos de amor que me vuelven a hundir.

—¿Y entonces qué haces aquí?

—No tengo nada más que decir —comenzó a temblar.

—No, claro, ya lo dijiste todo el día seis, ¿verdad?

—Sí.

—Y, si querías salir de mi vida porque necesitabas poner fin y seguir adelante sin mí, ¿me explicas qué haces aquí?

—Me invitó Tomy.

—Repito, Eugenia, si querías salir de mi vida, ¿qué haces aquí? Porque acompañar a Tomy a

una fiesta de DATCO, en la que sabes que voy a estar yo porque es en la que hacemos el paripé para Bruno, cosa que también sabías —ladeó la cabeza—, es meterte en la boca del lobo.

—Solo... —se detuvo, rabiosa e impotente—. Quería verte una última vez para comprobar que ya no significas nada para mí.

—¿Y lo has comprobado? —entornó la mirada.

—Por supuesto. No siento nada por ti —Eugenia tuvo que hacer un gran esfuerzo para decir tal mentira.

—No me lo creo —siguió él, tan seguro de sí mismo que ella tembló más—, ¿sabes por qué? Porque tus ojos gritan lo mucho que me amas y lo mucho que te duele todo esto, lo mucho que te duele no estar protegida por tu príncipe rojo.

—Eso no es verdad —desvió la mirada.

—Dime, mirándome a la cara —se le enrojeció el tono, acortando la distancia de nuevo— que ya no me amas, que no significo nada para ti y que no me echas de menos. Hazlo y te creeré.

—No tengo por qué demostrarle nada a nadie —lo rodeó y se dirigió a las puertas de cristal abiertas que daban acceso al gran salón—. Felicidades y adiós, Felipe.

—¡Maldita sea, reacciona de una jodida vez! —explotó Felipe a su espalda—. ¿Qué más falta que te diga para que reacciones? ¿Qué más tengo que hacer para que vuelvas a mí? ¡Eugenia, joder!

—¡Basta! —estalló ella de inmediato, encarándolo—. ¡¿Qué quieres que te diga?! —lo empujó con saña, pero él no se movió un milímetro—, ¿que estoy aquí porque quería ver con mis propios ojos si eras capaz de ser feliz sin mí y entender tu comportamiento este último mes?, ¿que te he mentado con lo de los mensajes?, ¿que me paso todo el día desde que me despierto pensando en tu siguiente recuerdo?, ¿que cuando recibí el primero me sentí viva otra vez?, ¿que te odio con toda mi alma porque no te molestaste en buscarme cuando salí por la puerta de tu casa?, ¿que te odio aún más porque tardaste quince malditos días en dar señales de vida? —lo empujó de nuevo, más fuerte—, ¿que te odio mucho más porque nunca luchas por mí?, ¿que te odio muchísimo más por llamarme *Eugenia*, porque ya has olvidado a *tu Nana*? —ni siquiera se molestó en secar las furiosas lágrimas que empapaban su cara y hasta el vestido—, ¿que te odio infinitamente más porque no puedo odiarte, porque te amo desde siempre y para siempre? ¡¿Eso quieres escuchar?! —lo empujó otra vez—. ¡Me duele aquí! —sollozó, tocándose el cuerpo—. ¡Me duele el cuerpo entero de lo mucho que te echo de menos! —se tocó el pecho a la altura del corazón—. ¡Me duele aquí de lo mucho que te necesito! —dejó caer los brazos, inertes—. ¡Y me duele el alma de lo mucho que te amo!

El tiempo se congeló, tal como le sucedía a él en los recuerdos.

—Sí —contestó Felipe, sonriendo—, eso es justo lo que quería escuchar, mi Nana.

Eugenia se cubrió la boca con la mano, cerrando los ojos y sollozando más. Su príncipe rojo le retiró la mano y acunó su rostro entre las suyas.

—Nana, yo...

—¿Qué demonios significa esto? —los interrumpió una voz masculina y autoritaria.

Era Bruno Ordeno.

Felipe, para su completo horror, se apartó de ella de golpe.

—No es lo que crees, Bruno —se justificó él, nervioso—. Solo estábamos...

—Espero que despidiéndote de ella —lo cortó el señor Ordeno, erguido y con el semblante cruzado por la desconfianza.

—Claro, Bruno. Solo es una vieja amiga que me felicitaba por la boda y me estaba explicando que no puede asistir.

Eugenia contuvo el aliento. Retrocedió. Carraspeó.

—En realidad, ya me iba. Disculpádmeme...

Y se fue.

En esa ocasión, no buscó a Sofia.

Como la invitación que les había enviado Tomy incluía también esa noche de estancia en una de las habitaciones del hotel donde se llevaba a cabo la fiesta, corrió hacia los ascensores y subió a su cuarto. Le escribió una nota a su mejor amiga, pidiéndole perdón por abandonarla. Agarró el bolso y el abrigo, nada más, y se marchó al aeropuerto en un taxi. No podía permanecer un segundo más allí. Había sido un error volar a Berlín y asistir al aniversario de DATCO, un error que acababa de pagar caro.

En cuanto entró en el aeropuerto, se acercó a una azafata para cambiar su vuelo de vuelta a Madrid para Barcelona, directamente.

—Aquí tiene —le dijo la mujer uniformada, entregándole el nuevo billete y su tarjeta de embarque—. El vuelo sale en treinta minutos, le aconsejo que se dé prisa.

—Gracias.

Se quitó los zapatos, se levantó la falda y corrió. Ya en la sala de embarque, se dio cuenta de que no llevaba el abrigo consigo.

—No me lo puedo creer —farfulló ella.

No lo resistió más. Eugenia se echó a llorar, tapándose el rostro con ambas manos y cayendo de rodillas en el suelo.

—Cariño —la llamó una anciana, tendiéndole la mano.

Pero ella no podía parar. Los sollozos aumentaron en tono y en intensidad. Le temblaba tanto el cuerpo, sentía tanta angustia, tanta soledad, tanto dolor...

—¡Quiero que vuelva! —gritó Eugenia de pronto—. ¡Quiero que aparezca aquí y me rescate como mi príncipe rojo que es! ¡¿Por qué no ha venido?! ¡¿Por qué no está aquí?!

—Ven conmigo —la ayudó a incorporarse y la guio hacia unas sillas—. Vamos a sentarnos tranquilamente y a charlar un poquito —le pidió con suavidad.

—Usted no lo entiende...

—La primera vez que nos vimos, ibas con mucha prisa porque perdías un vuelo. Un policía grandote y minucioso te estaba volviendo loca en el control de aduanas.

—Sí... —respondió ella, confusa—. ¡Por su culpa todo cambió! —continuó, de vuelta a la realidad—. ¡Ya estaba acostumbrada a no verlo, me costó, pero aprendí a vivir sin él, aunque no quisiera vivir sin él, y ese policía me hizo perder el vuelo y me reencontré con él! —le gritó, llorando.

—Las cosas es mejor hacerlas bien —le respondió la anciana con cara de pilluela—. Todo el mundo tiene prisa, nadie valora nada más que a sí mismos, ni siquiera el preciado tiempo —se encogió de hombros—. Y, a veces, se necesita una ayudita para que las cosas salgan como tienen que salir. ¿Perdiste el vuelo, cariño?

—Sí...

—Parece que no fue tan mala la lentitud de ese policía, ¿no crees? —la señaló a la cara, sonriendo—. Acabo de preguntarte si perdiste el vuelo y me has contestado que sí con una sonrisa.

Eugenia se sobresaltó. En efecto, estaba sonriendo. Contempló su reflejo en un cristal un instante, pero enseguida regresaron las lágrimas.

Y la anciana rodeó sus hombros para reconfortarla.

—Será mejor que te calmes, o perderás el avión otra vez.

—No me importa.

—¿Ya no? —le sonrió.

—Si lo pierdo, cogeré el siguiente, aunque no tengo dinero. ¿Sabe? Me gasté todos mis ahorros en un regalo que le hice a mi prometido. Y lo volvería a hacer —se sorbió la nariz como una niña pequeña, pero ya le daba todo igual—. Pero luego no nos casamos.

—¿Por qué? —continuaba sonriendo.

—Porque... —en ese momento, se dio cuenta—. Porque estaba muerta de miedo —confesó ella en un susurro—. Tenía miedo de que mi sueño se hiciese realidad —observó a la mujer—. ¿Cómo es posible que una persona que ame a otra no se case con esa otra por miedo a que todo sea real?

—Quizás eso es porque esa persona está tan acostumbrada a no ver cumplido ninguno de sus sueños, que cree que no se merece ser feliz.

—Mis sueños... —recordó a su príncipe rojo cuando la sujetó para que no aterrizara de bruces contra el suelo disfrazada de *Minnie Mouse*—. Sí tengo sueños cumplidos —sonrió con tristeza—. Pero mi príncipe ya no se va a casar conmigo, una ratoncita... Pero, claro... —suspiró, regresando más lágrimas—. ¿Quién quiere a una ratoncita frente a una princesa?

—Bueno —clavó los ojos en un punto en la espalda de Eugenia—. Por ahí viene corriendo un hombre vestido de esmoquin que tiene pinta de ser un príncipe, y si es el tuyo, ¿qué hace aquí y no con su supuesta princesa? —le guiñó un ojo.

Eugenia se incorporó como un resorte. Se giró. Allí estaba Felipe, corriendo hacia ella.

—¡Nana!

Nana...

Eugenia se olvidó de los zapatos, de dónde estaba, se olvidó de Carlota, de Isabel... Giró el rostro hacia la anciana, para agradecerle sus palabras, pero lo que vio en su lugar fue un destello que se desvaneció poco a poco, hasta desaparecer. Un destello...

Eugenia se quedó desconcertada, pero enseguida sonrió, recordando las palabras de la anciana; sin saber por qué, pero convencida de que, gracias a ella, se había reencontrado con su príncipe rojo en Barcelona después de ocho años, y ahora también... Si no hubiera sido por ella...

—¡Nana! —volvió a gritar Felipe.

Ella se alzó la falda y salió precipitada hacia él. Se pararon a gran distancia, asustados.

Entonces...

—Mi ratoncita...



—¡Felipe! —gritó ella, en llanto repentino antes de correr hacia él.

Felipe la imitó y se encontraron a mitad de camino. La alzó del suelo por la cintura y se fundieron en un abrazo que transmitía su amor incondicional... Se rieron ambos entre lágrimas. La bajó al suelo. Acunó su rostro entre las manos y la besó en la frente con los ojos cerrados, lánguido y prolongado. Seguidamente, trazó el puente de su nariz con el dedo índice.

—Mi Nana...

Eugenia sollozó, aferrándose a sus hombros, clavándole las uñas.

—No sabía qué hacer para recuperarte... —le confesó él en un susurro ahogado, aún muerto de miedo porque creía haberla perdido—. Carlota quería decirle la verdad a sus padres ayer y cancelar la boda, pero le pedí que aguantara un día más porque yo quería que vinieras a la fiesta —se contemplaban con anhelo—. Tomy me dijo que te había invitado y pensamos que la única esperanza de que vinieras era si sabías que yo iba a estar, y eso solo pasaría si tenía que venir

para hacer de novio de Carlota.

—Voy a matar a Tomy... —frunció el ceño.

—Quería que reaccionaras —insistió Felipe—. Gracias a ti, yo lo hice. Me besaste en el aeropuerto de Bangkok, y todo lo que me gritaste luego en el hotel... logró que me rompiera por dentro, que mi tormento desapareciera al fin, para empezar de nuevo, a tu lado, contigo —sonrió con ternura—. Sé que esto ha sido una estupidez, y corría el riesgo de que no vinieras, pero necesitaba intentarlo. Sé lo que es rendirse, Nana, y también sé lo que es que te enseñen a luchar. En el pasado, me rendí por cobarde, pero tú me enseñaste a luchar —ambos se emocionaron—. Necesitaba que reaccionaras y así ayudarte a luchar por nosotros; sin ti, no soy nada —le acarició las mejillas, secándole las lágrimas que estaba derramando.

—No volveremos a rendirnos —cerró los ojos un instante—. Te lo prometo, mi príncipe rojo.

Felipe sonrió y se giró.

Sofía, Richi, Carlota, Tomy y Hagen, este último totalmente alucinado, estaban allí. Lo habían acompañado al aeropuerto. En cuanto él se había deshecho de Bruno, había buscado a Sofi sin dilación. Habían encontrado la nota de Eugenia en la habitación del hotel y se habían montado en dos taxis para impedir que se subiera al avión.

—Eugenia... —la llamó Carlota, con una expresión abatida, acercándose despacio—. Lo siento... Siento mucho no haberte contado que iba a decirle a mi padre la verdad...

Eugenia se soltó de Felipe y avanzó hacia ella con una sonrisa cariñosa.

—No tengo que perdonarte nada —se abrazaron entre risas. A continuación, se aproximó a Tomás—. Tenías razón, Tomy.

—¿En qué? —arrugó la frente.

—La noche que nos conocimos, me dijiste que conseguirías que yo te quisiera, aunque solo fuera como amigo —sonrió—. Y lo has logrado —se emocionó—, porque te quiero mucho... —se abrazaron también—. Gracias... Aunque haya sido todo una estrategia —soltó una carcajada—. Pero si tengo otro problema con Felipe, espero que vuelvas a engañarme para ayudarnos.

—Yo también te quiero mucho, Eugenia —le aseguró Tomy, sonriendo—. Mereces la pena, eso también te lo dije esa noche.

Carlota se giró hacia Hagen.

—Hagen, renuncio a DATCO, la decisión está tomada —le explicó en alemán.

—¿Cómo? —preguntó Vikingo en un hilo de voz.

Ella respiró hondo.

—Les voy a decir a mis padres la verdad sobre Felipe y yo. Esta mañana, iba a firmar los papeles por los cuales me quedaba con la mitad de DATCO, pero —tragó, reprimiendo las lágrimas— no los quiero... —observó a Hagen—. Le he dicho a mi padre que ya hablaré con él mañana, cuando pase la fiesta. Renuncio a DATCO, no quiero nada de eso si no te tengo a ti, Hagen.

El resto permaneció en suspenso. Ricardo y Tomás, anonadados, porque desconocían lo que sucedía, se quedaron boquiabiertos.

Vikingo gruñó.

—¡Tú eres tonta, joder! ¡Te he dicho mil veces que te olvides de mí!

Carlota se tapó la boca y se giró, llorando ya de manera inevitable.

—¡Hagen! —lo regañó Eugenia, furiosa y apuntándolo con el dedo índice—. ¿Te importaría dejar de ser tan ca-capullo y amarla como os merecéis los dos? Parece que es algo común en los pilotos... —le dedicó una significativa mirada a Richi, que se sonrojó.

Entonces, Hagen acortó la distancia, agarró del brazo a Carlota, la pegó a su cuerpo y la besó

en la boca de un modo exigente y violento.

—Eres tonta —susurró Vikingo, tan ruborizado como Carlota—. No quiero que renuncies a tu sueño y a tu posición, y mucho menos por mí. Jamás me lo perdonaría.

—¿No te das cuenta de que mi sueño eres tú?

Hagen la tomó por el rostro y la besó, ahora tierno y delicado. Ella le enroscó los brazos en la nuca y, de puntillas, siguieron besándose, abstraídos de la realidad, recuperando el tiempo que habían perdido por circunstancias de la vida.

Eugenia y Sofia, abrazadas, observaban a la pareja con lágrimas de felicidad. Tomy y Ricardo sonrieron.

—¿Y Bruno? —quiso saber Hagen al detener el beso, aunque sin alejarse un milímetro de Carlota.

—Hablaré con mi padre mañana. Le explicaré todo.

—Yo iré contigo —le aseguró Felipe, asintiendo.

Se dirigieron todos de vuelta al hotel. Carlota y Hagen, de la mano y dándose todos los besos que no se habían dado en tres años. Pero al girar la esquina, el beso se les cortó de golpe. Bruno y Loreto estaban en la puerta del hotel. El señor Ordeno, al verles, echó a andar hacia ellos y fue a sujetar a su hija para apartarla de Hagen, pero este gruñó por segunda vez y colocó a su novia a su espalda.

—Papá, por favor...

—¡Aléjate de mi hija! —exclamó Bruno, fuera de sí.

—Papá...

—¡Carlota, ven aquí ahora mismo!

—No —se irguió y lo encaró—. No, papá. Lo siento, pero amo a Hagen con toda mi alma y ya estoy harta de sufrir solo porque tú crees que él solo busca mi dinero. ¡Se acabó!

—Hija... —dijo la señora Ordeno con una expresión de pura tristeza—. Hagen es...

—El nieto de Erik —la cortó la rubia, asintiendo—. Lo sé todo. Pero no me importa. Y si a mí no me importa, a vosotros, tampoco —se colgó del brazo de su novio—. Estoy cansada —las lágrimas acompañaron sus palabras— de vivir siempre en función de vosotros, de lo que esperáis de mí, de que os sintáis orgullosos de mí. Es mi vida y siempre la daré por vosotros, pero, a partir de ahora, voy a pensar en mí. Renuncio a DATCO, papá. Si no aceptas a Hagen, no me aceptas a mí.

—¡Por supuesto que no lo acepto!

—¡Ni siquiera te has molestado en conocerlo, maldita sea!

Padre e hija se retaban con los ojos.

—Eso es cierto —convino Loreto, que, curiosamente, sonrió a su marido—. Bruno, cariño, nuestra hija se ha hecho mayor y ya debe tomar sus propias decisiones. Además —le acarició el pómulo—, ¿cuántas veces me has dicho que a la única persona a quien confiarías tu empresa es a Carlota?, ¿cuántas, Bruno?

—Muchas —musitó el señor Ordeno, más sereno—. Pero es que Hagen...

—Es el nieto de Erik, sí, pero no es Erik, como tú tampoco eres Guillermo.

Después de un eterno minuto en silencio, Bruno avanzó hacia su hija.

—Si es lo que quieres, te apoyaré, pero ahora mismo me cuesta aceptarlo. Necesito tiempo.

El matrimonio Ordeno se marchó, después de que la señora Ordeno abrazara a Carlota diciéndole al oído que no se preocupara porque la ayudaría con su padre.

Y al fin, todos respiraron.

Subieron a recoger sus pertenencias y se despidieron unos de otros, deseándole suerte a la

nueva pareja, y Sofía, Eugenia y Felipe se dirigieron de nuevo al aeropuerto. A pesar de la hora, pudieron coger un avión gracias a los contactos de Felipe. Los tres volaron a Barcelona, a petición de Eugenia. Llegaron a casa de Luis a las nueve de la mañana, vestidos de gala y con ojeras.

—Felipe.

—Luis.

Aquel hombre parecía un desconocido. Estaba bastante cambiado tras ocho años sin verlo, muy mayor, muy castigado, aunque no le sorprendió porque había estado con Isabel todo ese tiempo, las víboras chupaban hasta la última gota de sangre, por mucho que se las quisiera.

Sofí decidió dormir en el cuarto de invitados. Felipe y Eugenia se metieron en la habitación que utilizaba Eugenia, pequeña, blanca inmaculada y con afrodisíaco aroma a azahar. Se sentaron en el borde de la cama y se descalzaron. Ella sacó un cuaderno viejo de piel de debajo de la almohada.

—Es el diario de mi madre —le explicó Eugenia, rozando la portada con los dedos—. Me lo dio Luis cuando vine aquí. Isabel lo encontró cuando recogimos todas las cosas de mis padres para venderlas. Luis lo descubrió después de que se casaran, pero no dijo nada, solo lo leyó. Y cuando mi hermana le contó que habíamos discutido después de nuestro viaje por Asia, según Luis, ya no pudo soportarlo más y, por eso, se separaron —su semblante se cruzó por algo que no supo identificar—. Me da mucha lástima, Felipe... —se secó un par de lágrimas que se escaparon de sus tristes ojos.

—¿Qué ocurre, Nana? —la tomó de las manos—. ¿Es malo lo que dice tu madre?

—Mi madre empezó a escribirlo el día que Isabel te invitó a casa la primera vez. Lo primero que dice es que ya no sabía qué hacer con Isabel. No lo escribía a diario, hay épocas de largos meses que se saltan, solo escribía cuando necesitaba desahogarse —lo observó, seria—. No habla nada bien de Isabel, la describe de una manera que yo desconocía, o que quizás yo nunca he querido conocer. Por eso, Juanito nos dijo que Isabel le decía a Luis que mi madre era mala, cuando resulta —se le fue apagando la voz— que la única mala era Isabel.

—Nana, no te tortures —le acarició la mejilla—. Deshazte del diario. Quémalo. Dicen que las cosas que se queman se olvidan para siempre. Se cierran. Y, sinceramente, creo que todos necesitamos cerrar el pasado.

—Dice que... —le tembló la voz. Suspiró, entrecortada—. Mi madre sabía lo nuestro, Felipe. Sabía que tú y yo nos queríamos en silencio. También sabía que Isabel lo sabía. Habló con ella. Hablaron de ti y de mí —le apretó la pierna—. Mi madre le pidió que rompiera contigo, que te dejara marchar, que tú necesitabas alejarte de casa y que yo necesitaba crecer, pero que estaba convencida de que tú y yo acabaríamos juntos porque nuestro amor era puro e inocente, porque tú y yo éramos puros e inocentes, pero que Isabel era un demonio... —le temblaron los labios—, un demonio lleno de envidia, de maldad, de rabia, de celos... Que Isabel carecía de corazón, que Isabel era incapaz de amar... —agachó la cabeza—. ¿Sabes qué le contestó Isabel?

—No lo sé, pero me lo imagino.

—Le dijo a mi madre que por encima de su cadáver iba a permitir que yo fuera feliz... —sollozó—. Que no me merecía nada bueno, que había nacido en la familia equivocada, que le había quitado su puesto, que estaba harta, que había sido feliz sola, sin mí, que desde que nací se olvidaron de ella y todo era yo y que solo por eso lo pagaría el resto de mi vida... Y que si... —volvió a sollozar—. Que si debía arrastrarte a ti, lo haría, que solo era tu novia por molestarme a mí, que...

Él le tapó la boca con un dedo.

—No necesito escuchar más, ni tú necesitas recordar todo esto.

—Duele demasiado... —susurró Eugenia, arrojándose a su cuello—. Es mi hermana...

—Lo sé —la besó en el pelo, estrechándola con fuerza.

—¿Cómo un hermano puede sentir algo así hacia ti sin tú haberle hecho nada más que nacer después que él? —se estremeció—. ¿Cómo, Felipe? —apoyó el rostro en su hombro.

—Tu hermana te ha apoyado, te ha querido desde el principio, se ha reído contigo y te ha hecho reír, ha vivido contigo cada momento importante desde que os cruzasteis la una en el camino de la otra.

—Pero... —extrañada, frunció el ceño.

—Sí, me has oído bien, hablo de tu hermana, Nana, creo que se llama Sofi, ¿no? —sonrió.

Eugenia sonrió entre lágrimas.

—La familia no la crean solo los lazos de sangre.

—Exacto, Nana. Tú y nuestro bebé sois mi familia —la besó en los labios con ternura—. Y Sofi es mi cuñada —se rieron.

—Felipe —le dijo, seria de nuevo. Respiró hondo—. Quiero quemarlo.

—¿Ahora?

—Sí. Creo que este diario solo ha conseguido aumentar la oscuridad de Isabel —añadió Eugenia, sabiamente—, y creo que fue un error que lo conservase todos estos años.

Él no respondió, sino que se levantó y, cogiendo a Eugenia de la mano, salieron del edificio y quemaron el diario en una explanada de tierra que había cerca de allí. Los dos contemplaron cómo las pequeñas llamas se tragaban lo que tanto mal les había causado, a todos.

—Felipe.

—Dime, Nana.

—En el primer mensaje que me enviaste, ponías que era tu tercer recuerdo. ¿Cuáles son el primero y el segundo?

Él sonrió, acunando su rostro entre las manos.

—El primero es cuando te conocí —sonrió, extasiado en la pureza de su belleza.

—¿Y el segundo?

—El segundo es cuando me di cuenta de que estaba enamorado de ti.

Ella cerró los ojos, expulsando el aire que había retenido durante tantos años...

Al fin, el pasado quedó enterrado.

*

Una semana después, se presentaron en la Parroquia de Santa Bárbara, con sus padres, Alba, Richi, Carlota, Hagen, Sofi, Tomy, Edu, Pablo, Javi, Juanito y Luis. Sin hacer el paseillo hasta el altar, habiéndose arreglado juntos tras ducharse aquella mañana, los novios precedieron la marcha por aquella gran escalera que conducía al templo.

Él llevaba el traje entallado que se había comprado para el día siete de enero, gris marengo, camisa blanca y corbata gris perla, y que se ponía por segunda vez, ambas, por la misma mujer y por la misma razón, pues aquel aciago día la había estado esperando en vano, pero hoy, no. Además, se había peinado los cabellos con esmero y se obligaba a no revolvérselos a cada segundo.

Eugenia vestía un impactante vestido de falda de tul voluminosa hasta las rodillas, con un cuerpo de seda, de manga estrecha hasta las muñecas y escote de bailarina por delante y por detrás, además de los zapatos de joyas que le había regalado él por Navidad, su anillo de compromiso en la mano izquierda y su melena recogida en una trenza de espiga y de raíz. Calificarla de bella era quedarse corto, porque, además de la felicidad que irradiaba su hermoso

rostro, se le notaba una pequeña, casi insignificante, redondez en su tripa, algo que envalentonaba todavía más su corazón.

Lo habían decidido el día anterior nada más despertarse, que no querían esperar y que no necesitaban una fecha, porque cualquier día les bastaba. Habían llamado a sus amigos y a su familia para avisarles de la locura que iban a hacer. Y, aunque a don Alfonso por poco le provocaron un infarto por la celeridad y exigencia para que oficiara la ceremonia al día siguiente, se casaron.

Y comieron cocido en su casa, hecho por su madre. Cortaron la tarta de queso con un cuchillo cualquiera. Bailaron *I say a little prayer*, de *Aretha Franklin*, en el salón, libre de muebles y con banderitas de colores colgadas de pared a pared. Luego, vestidos todos como estaban, excepto las mujeres, que cambiaron los tacones por zapatos planos, se fueron en los coches hasta el El Retiro y jugaron al rugby, sus padres y Luis, también. Eugenia lo fotografió todo. Y, por la noche, tumbados en la cama, aún con sus trajes de novios, vieron las imágenes en el ordenador, empapándose de lo mágica que había sido su boda.

Y volvieron a bailar, pero, en esta ocasión, *When a man loves a woman*, de *Michael Bolton*, solos, sin público, besándose, acariciándose, desnudándose... Hasta que la pasión los desbordó y se amaron entre las sábanas, por primera vez como marido y mujer.

—Eres mi segunda estrella a la derecha...

—Y luego recto hasta el amanecer. Te amo, mi príncipe rojo...

—Y yo, mi Nana, y yo...

—Desde siempre...

—Y para siempre.



Dos años más tarde...

—¡Vamos a llegar tarde, por Dios! ¡Y como llegemos tarde, Sofí me mata! ¡¿Dónde está mi zapato?!

Eugenia estaba histérica, demasiado. Felipe ya llevaba un par de semanas pensando que estaba embarazada, porque había empezado de nuevo con sus cambios de humor repentinos, sus senos habían crecido una deliciosa barbaridad y devoraba los tomates como si fueran chucherías a cualquier hora del día. Blanca también lo creía, además de que estaba convencida de que sería otro niño.

Acertó con el primero, su hijo, Pedro, aunque lo apodaban *Peter*, por Peter Pan, desde que nació, un niño adorablemente bueno, de dieciocho meses recién cumplidos, y al que le encantaba meterse en la boca los zapatos de su madre, en lugar de un chupete, desde que aprendió a agarrar cualquier cosa.

En ese momento, él le quitó el zapato a su hijo, con cuidado. El niño se echó a llorar desconsoladamente, pero, al cogerlo su madre en brazos, se calmó y la sonrió, no solo con la boca, sino con sus impresionantes ojos verdes, porque Peter había heredado la maldición de Eugenia, y su clásica arruga en la nariz al enfadarse, típico gesto de *ratoncito*...; en el resto, era idéntico a Felipe.

—¡Juanito! —llamó ella a su sobrino—. Toma, Felipe, coge al niño —le pasó a Pedro—. ¿Dónde está Juanito? —cojeaba, porque llevaba un tacón puesto y el otro en la mano, babeado por

su hijo. En la otra mano sujetaba una corbata fina de color rojo—. ¡Juanito!

Era febrero, justo el fin de semana de Carnaval y, desde hacía dos años, Juanito se hospedaba con ellos en las vacaciones, como Semana Santa, verano y cualquier puente que tuviera libre, menos en Navidad, que eran ellos los que viajaban a Barcelona para cenar con Luis y con el niño en Nochebuena. Nochevieja la reservaban para la familia Barrueco en Madrid, cena a la que no habían faltado todavía Carlota y Hagen los últimos dos años, por cierto, recién casados y embarazados de su primer bebé.

—Aquí estoy, tía —anunció su sobrino desde la cocina, ya preparado con unos pantalones beis de pinzas, una camisa blanca y una americana azul marino.

Eugenia le colocó la corbata con un nudo perfecto.

—Felipe.

—Dime, Nana.

—Peina al niño, por favor, yo voy a buscar otros zapatos. Y cuando te digo que lo peines, es que lo peines.

Él se dirigió al baño con su hijo. Se sentó en un taburete frente al espejo y acomodó al niño, que no dejaba de reírse, en su regazo. Le mojó el pelo y le cepilló los oscuros cabellos, que se rizaban en las orejas y en la nuca, con la raya lateral. Sin embargo, como siempre, el niño se puso en pie encima de su padre, le quitó el peine y procedió a cepillarlo como más le apeteció, con los mechones en infinitas direcciones. Y, de nuevo como siempre, Felipe lo imitó entre cosquillas y carcajadas.

—Otra vez igual... —masculló Eugenia, entrando en el servicio para peinarlos ella a los dos.

Dios... La adoraba... Cuando hacía esas cosas, cuando estaba pendiente de ellos, cuando los cuidaba a los tres, a él, a Juanito y a Peter, se le paraba el corazón y deseaba congelar el tiempo para permanecer así el resto de su vida.

—Listos, mis tres hombrecitos —dijo Eugenia con una preciosa sonrisa antes de besar a los tres—. Vámonos.

Pero Felipe quería llegar tarde...

Dejó a su hijo con Juan, agarró a Eugenia del brazo, la metió con brusquedad en el servicio, lejos de las miradas de los niños, la empujó contra la puerta, cerrándose así de golpe, y atrapó su boca con desenfreno. Ella gimió de inmediato, derretida de placer, arrugándole las solapas de la chaqueta del traje y elevando un muslo hacia su cadera.

—Joder... —jadeó él, introduciendo las manos por debajo de su largo y vaporoso vestido fucsia de dama de honor, para tomarla del trasero con desesperación—. Ya no aguanto más...

Llevaban dos malditas semanas sin poder acariciarse siquiera porque su hijo había decidido invadirles la cama cada noche.

—Date prisa... —le suplicó Eugenia en un susurro ahogado, mientras él le desataba un endemoniado lacito de sus braguitas brasileñas y ella le desabrochaba el pantalón.

—Por mucho que Pedro te llame...

—Lo sé —cerró los ojos—. Dios, Felipe, te necesito...

Felipe se agachó un poco y, sujetando su pierna, se enterró profundamente en su interior de una dura y salvaje embestida. Se mordieron la lengua para no gritar, para que no se les oyera. Y era tal el deseo reprimido que los invadía desde hacía quince días que, en apenas dos acometidas, se besaron con desenfreno para silenciar el urgente y violento éxtasis que los precipitó a su codiciado paraíso.

Se arreglaron también con prisas. Sonrieron. La besó en la frente, lánguido y prolongado.

—Las alas de mi ángel... —pronunció ella en un tono cargado de infinito amor.

Y, con Eugenia al volante del todoterreno, se fueron los cuatro a la boda de Sofia...



Querido lector:

Muchas gracias por leer esta historia y darle una oportunidad a Felipe y a Eugenia. ¡Espero que la hayas disfrutado! Si quieres, puedes dejarme una opinión en Amazon, me haría mucha ilusión...

Y, como supongo que lo habrás imaginado, la segunda parte de *Aviones de papel* es la historia de Sofi, ¿te la vas a perder? Dentro de muy poco estará disponible también en Amazon...

Si aún no has leído mis otras novelas, puedes encontrarlas todas en Amazon, en papel, en digital y gratis en Kindle Unlimited.

A mí, puedes encontrarme en:

-E-mail:

sofiaortega.autora@gmail.com

-Blog:

<https://elcodicedesofia.wordpress.com/>

-Instagram:

https://www.instagram.com/sofia_ortegam/

-Facebook:

<https://www.facebook.com/escriptorasofiaortega/>

Gracias...

Un abrazo enorme...

Sofía